

EL CÍRCULO DEL ALBA

Luisa Ferro



Lectulandia

Madrid, 1903. Bruno Moreto se enfrenta a una gran encrucijada. Su tutor, Ernesto Olmedo, médico forense, asesor de la policía y propietario de una funeraria, ha muerto en extrañas circunstancias. Todo apunta a un suicidio. Su muerte deja un negocio hipotecado, con deudas que comprometen gravemente el futuro de Bruno.

El hermano del difunto, Hugo Bonaventura, un conde italiano con fama de vividor, llega a Madrid para hacerse cargo de la situación, pero los acontecimientos darán un giro inesperado.

Bruno y Bonaventura se verán inmersos en la investigación de varios asesinatos rituales de niñas, cuyas raíces se sumergen en el pasado más oscuro de Olmedo. Ambos, pese a sus diferencias iniciales, tendrán que aliarse para destapar un misterio que ha dormido agazapado tras décadas de silencio.

Lectulandia

Luisa Ferro

El Círculo del Alba

ePub r1.0

Titivillus 17.10.16

Título original: *El Círculo del Alba*
Luisa Ferro, 2016
Ilustración de la portada: Lee Avison

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Rafa, que fue, es y será siempre mi camino

23 DE ENERO DE 1878, MADRID
BODAS REALES



La música le hacía cosquillas en el estómago. Le gustaba. Era algo parecido a la melodía de la cajita que *el hombre de la aguja* le enseñaba algunas veces. Tenía una llave a la que se le daba vueltas y más vueltas hasta que de su interior salían varias libélulas de hojalata que pulsaban unos timbres.

El rítmico sonido retumbaba en el techo de aquel zulo como los latidos de su corazón cuando estaba sola, en silencio y a oscuras. Sonrió. Sí, le gustaba la música. La quería para ella.

—Mú-si-ca... Mú-si-ca... —dijo señalando con su diminuto dedo la estrecha claraboya del techo.

—Guarda silencio, Alba. Las niñas buenas no hacen ruido mientras los mayores trabajan —le advirtió su captor en voz baja.

Ella no se llamaba Alba. Tampoco recordaba cuál era su nombre en realidad. Incluso, a veces, no sabía si estaba dormida o despierta; o si se había muerto y aquel agujero era el lugar a donde iban a parar los niños malos. Pero era mejor callar porque, si no, *el hombre de la aguja* le haría lo mismo que a las otras niñas de las jaulas.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a sentir las cosquillas de las notas musicales en la barriguita. También le llegaban voces alegres y risas de niños. Ellos estaban afuera, en el exterior de la ranura de luz. ¿Sería ese el lugar a donde iban a parar los niños buenos? No lo sabía, pero le gustaba. Lo quería para ella.

Los pasacalles se fueron alejando poco a poco de la ranura de luz y la pequeña se quedó dormida.

Sin embargo, en el exterior, la melodía siguió su recorrido por las calles de Madrid. Era el aviso de la proximidad del enlace real entre S. M. el rey Alfonso XII y la infanta doña María de las Mercedes de Orleans.

Un clamoreo de campanas se mezclaba en el aire con las salvas de artillería y las notas de la orquesta del Real Cuerpo de Guardias alabarderos. Dos columnas confrontadas, compuestas por las distintas divisiones de infantería, Guardia Civil y carabineros se habían distribuido a lo largo del recorrido nupcial y contenían a la muchedumbre en las aceras. Los regimientos de lanceros, cazadores y húsares causaron expectación mientras rendían honores. Su porte marcial levantaba pasiones entre las jovencitas ataviadas de domingo que, emocionadas, lanzaban ovaciones al cortejo de carrozas y a la escolta real a caballo.

Las flores tapizaron la calzada al paso de la comitiva en dirección a la estación del Mediodía, punto de llegada de la novia desde el Real Sitio de Aranjuez.

A las diez de la mañana cesó toda actividad. Los tranvías no circularon durante el

desfile y los comercios cerraron sus puertas. Las plazas y calles permanecían desiertas. Todo Madrid estaba en la travesía del Arenal, en la Carrera de San Jerónimo, en el paseo del Prado y alrededores de la basílica de Nuestra Señora de Atocha, donde se llevarían a cabo los esponsales.

Tras el enlace, las campanas repicaron y el cielo se llenó de palomas blancas.

Con la llegada del anochecer, los festejos continuaron. La visión nocturna de la capital era espectacular. Miles de lámparas la iluminaban. Las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno estaban rodeadas de globos de luz de gas y de largos mecheros luminosos que brotaban del agua. Los árboles del paseo de Recoletos lucían hileras de farolillos a la veneciana, al igual que los de numerosos paseos y plazas. Y a pesar del frío invernal, Madrid en pleno lo celebraba en las calles. El vino corría de mano en mano por las corralas y se escuchaban coplas que elogiaban el sincero amor del rey hacia su prima. El sentir popular era que su monarca se casaba como los pobres: por amor verdadero.

Las calles colindantes de los teatros eran un ir y venir constante de carruajes y simones de alquiler. Las funciones eran parte del convite ofrecido a las gentes de la villa para tan magna celebración. Por espacio de cinco días se ofrecería al público un nutrido repertorio de entretenimientos, fuegos artificiales, corridas de toros, regatas, exhibiciones de fieras, e incluso ascensiones en globo aerostático.

Bien entrada la madrugada, la recepción ofrecida por el presidente del Consejo de Ministros en honor al enlace real, con la asistencia de la infanta Isabel, más conocida por el pueblo como la Chata, pondría el punto final a un día glorioso. Y, salvo un par de incidentes aislados, no hubo que lamentar desgracias personales.

Al fin, Madrid cerraba los ojos como una hermosa dama de honor que se ha quedado dormida cubierta de pieles, ebria de vino peleón y de *champagne*. El termómetro marcaba dos grados bajo cero después de un día soleado y se levantó un desagradable viento del noroeste, que propició que algunas luces de gas se apagaran. Otras no lo harían hasta despuntar el alba.

Las farolas del Salón del Prado todavía estaban prendidas a esas horas. No hacía mucho, las fieras de la *menagerie* de *mister* Bidel se habían sentido inquietas en sus jaulas. Metros más allá, en un vagón de tren que hacía las veces de vivienda, el domador se despertó sobresaltado por los rugidos. Zaira, una leona tuerta y mansa que compartía con él aquel insólito cubil, también rugió. Angustiado, se apresuró a salir al exterior seguido de cerca por su peculiar mascota.

Fuera, atisbó las luces de las lámparas de varios de sus ayudantes, que también se habían alarmado por las protestas de los animales.

—¿Ha pasado algo? —preguntó a sus empleados.

—No sabemos, *monsieur*. Hemos inspeccionado los alrededores y no hay ningún merodeador. Todo parece estar tranquilo.

Mister Bidel frunció el ceño. Sus astutos ojos siguieron el recorrido de la leona que, a buen paso, parecía perseguir un rastro. Se detuvo frente a unos parterres y

rugió bravamente, tal vez emulando una fiereza ya sepultada por los años de estrecha convivencia con el hombre.

El domador tuvo que sujetarla del collar para que no se abalanzara sobre un bulto que yacía sobre la hierba. Al acercarse más, descubrió horrorizado que se trataba del cuerpo sin vida de una niña.

El campamento en pleno acudió a los reclamos de socorro y a sus gritos de pavor.

Apenas media hora después, un carruaje del Cuerpo de Seguridad llegó al lugar de los hechos. De él bajaron varios agentes del orden y el jefe de policía Arturo del Romo, al que acompañaba el joven Ernesto Olmedo, estudiante de último curso de Medicina y Cirugía. Dadas las horas de la madrugada, los curiosos que se arremolinaban en torno al cadáver eran pocos, tan solo los empleados de la *menagerie*, que observaban la escena desde una distancia prudencial.

Del Romo lanzó un improperio de impotencia cuando comprobó los signos que presentaba el cadáver. Marcas demasiado comunes para él en los últimos meses. Ya era la sexta niña que aparecía asesinada. Estaba desnuda, con el pelo y las cejas rasurados, con una enorme cicatriz a lo largo del esternón y la manita derecha cerrada sobre el corazón. A su juicio, también tenía la misma edad que las anteriores: unos nueve o diez años.

Intercambió una mirada con el estudiante indicándole que podía proceder al examen de la malograda.

El joven pidió que acercaran varios faroles más y se agachó sobre la víctima. Lo primero que llamó su atención fue la piel de la chiquilla. Presentaba una lividez extrema y tenía los poros erizados, lo que comúnmente se llama «piel de gallina». Para él este fenómeno no era nuevo, lo había visto más de una vez en el depósito de cadáveres durante las clases de disección. El cuerpo comenzaba su proceso de rigidez tras varias horas de producirse el óbito. Confirmó este dato tanteando la mandíbula y la nuca. Estaban agarrotadas. El *rigor mortis* se extendería con rapidez y de forma descendente hasta llegar a los pies. Le abrió los dedos de la mano que descansaba sobre el pecho, aunque no necesitaba hacerlo para saber que dentro del puño hallaría una cría de golondrina muerta. También sabía que en el interior del buche del ave encontraría un insecto: una libélula azul común. Y aún sabía más: a la niña la habían abierto en canal para extraerle el corazón. De ahí la inmensa sutura que fragmentaba en dos el diminuto tórax.

Era el mismo *modus operandi* que en las otras cinco víctimas. Una pauta que se repetía hasta en los más mínimos detalles.

—Lleva muerta solo unas horas —indicó el joven estudiante—. Sus músculos están muy mermados y hay una ligera retracción de las articulaciones de los codos y rodillas, como si hubiese estado recluida durante meses en un cubículo de reducidas dimensiones sin poder moverse. Tal vez una jaula.

Tomó una de las manos al cadáver y olió todo el brazo con delicadeza. Desprendía un profundo aroma a incienso.

—Es esencia de mirra —informó.

La niña llevaba al cuello un cordel de cáñamo de donde pendía una chapa redonda de latón. Brillaba como el oro. Olmedo comprobó que tenía grabados una serie de números en el reverso: «23/03/01».

Sintió un vuelco en el corazón. Aquello era nuevo. Los cadáveres de las otras niñas no llevaban nada al cuello.

Del Romo se había agachado al lado del joven y comprobó también la medalla.

—¿Una fecha, quizás?

—Creo que es un código —dijo al tiempo que apuntaba los números en su libreta. Su instructor dejó escapar un bufo y le clavó una mirada inquisitiva.

—No irás a decirme ahora que tenemos que buscar su significado en un vetusto grimorio oculto en los sótanos de la Catedral de Toledo...

—Jefe... —dijo el joven pasando por alto aquella pulla y ordenando sus ideas en voz alta—. El asesino está ligado a esta ciudad. No siempre ha sido una amenaza, le ocurrió algo traumático que desencadenó su furia. Él busca la divinidad a través de estos ángeles a los que él mismo convierte. Es inteligente, metódico...

Del Romo cabeceó con desaire y le hizo un gesto con la mano para que dejara de hablar.

—¿Sabes cuántos casos he resuelto antes de que tú nacieras, muchacho? —Dio una calada furiosa al cigarrillo—. Lo que menos necesito es que me digas cómo es ese degenerado, ya sé que es un hijo de puta de la peor calaña. Quiero pruebas, Olmedo, evidencias que nos lleven hasta él. Ese cabrón está jugando con nosotros. Cada pista es un callejón sin salida. Si al menos hubiéramos podido identificar a alguna de las víctimas... Pero estas niñas no existen para el mundo. Son agua del Manzanares.

«Agua del Manzanares», repitió para sí el estudiante. Criaturas que respiraban un único aire: la riada pútrida de los arrabales.

Según su opinión, en algo se equivocaba el jefe de policía. El asesino no estaba jugando. No necesitaba retar a los investigadores a ningún duelo intelectual. Él estaba por encima de eso, al igual que estaba por encima del bien y del mal. Su obsesión era otra bien distinta. El infanticida se recreaba con aquellas criaturas como si quisiera preservarlas; convertirlas, de algún modo, en inmortales a sus ojos. Las creaba solo y exclusivamente para él mismo. Y si así era, ¿por qué estaban saliendo a la luz?

No obstante, tal vez Del Romo sí tuviese razón en algo: las pistas eran demasiado ambiguas. No es que carecieran de simbolismo, pero los nexos necesarios para su comprensión estaban desdibujados. No guardaban relación alguna con el asesino, eran ajenas a él y a su método.

—Jefe, creo que debería tener en cuenta lo que le dije cuando se descubrió el tercer cadáver. Puede que estemos ante un coleccionista-recolector. Las pruebas no...

—Cierra el pico, muchacho. Ya están aquí el juez y el forense de turno. Ya sabes: ver, oír y callar. Cuando te digan «orinal», tú dices «presente», ¿estamos?

Olmedo asintió con los labios apretados en una fina línea. Sabía cuál era su puesto siendo un insignificante aprendiz de investigador, aunque no por ello lo llevaba bien. Aun así, no perdió detalle del examen que practicó el forense titular. A veces se aprendía más de los errores del prójimo que de los aciertos. Los aciertos eran fáciles de prever. Lo difícil era hallar lo oculto, lo que solo un pequeño porcentaje sí vería. No obstante, asumía que él todavía estaba en proceso de formación. Ver, oír y callar. Ya hablaría cuando llegara su turno, cuando les blandiera en las narices sus títulos universitarios. Entonces sí le escucharían.

Pero, contra todo pronóstico, el ciclo de muertes llegó a su fin. Aquel fue el último cadáver del Recolector de Ángeles que salió a la luz.

Un año después, el Cuerpo de Seguridad le daba carpetazo con la etiqueta de «inconcluso por falta de pruebas». El caso pasaría a ser uno más dentro de la crónica negra de Madrid.

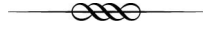
Para el jefe de policía Arturo del Romo, la no resolución del caso suponía un borrón en su intachable carrera como investigador. Él, al menos, así lo sentía. Dentro de un par de meses se jubilaría después de treinta años de servicio. Su única alegría era que su hijo mayor, Antonio, acababa de ingresar como agente de policía. Él era la tercera generación y eso le llenaba de orgullo.

Sin embargo, para Ernesto Olmedo las cosas eran bien distintas. Con su recién estrenado diploma de licenciatura en Medicina y Cirugía por la Facultad de Medicina de San Carlos de la Universidad Central, se le abría un abanico de posibilidades para emprender todos y cada uno de los cursos complementarios para ultimar su formación como patólogo forense, experto en Medicina legal y en Criminalística.

Olmedo jamás olvidaría a las víctimas del Recolector. Ni a las presentes ni a las futuras. Estaba seguro de que el asesino seguiría recolectando ángeles. Ahora bien, eso no significaba que salieran a la luz. Ese hecho jamás tendría que haber ocurrido, puesto que el infanticida los creaba solo para sus ojos.

VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS

SEPTIEMBRE DE 1903, CEMENTERIO DE EPIDEMIAS;
NECRÓPOLIS DEL ESTE, MADRID



El hecho de que Ernesto Olmedo hubiese muerto no le convertía en santo a los ojos del mundo. Incluso puede que para muchos mereciera el apelativo de bastardo. En aquel momento, a Bruno no le resultó difícil llegar a esa misma conclusión. Estaba furioso con el mundo, consigo mismo y con su maestro. Quería odiarlo con todas sus fuerzas. No había dejado ni una maldita nota de despedida. Tampoco pistas realmente fiables que le llevaran a dudar de que su muerte no se tratara de un suicidio, tal y como había apuntado la única testigo del suceso. Pero, por otra parte, pensó que Olmedo jamás se lo puso fácil y que no iba a cambiar ahora que había dejado el mundo de los vivos. Ahora bien, según sus propias doctrinas, un suicidio requería ser tratado como un homicidio hasta que se demostrara lo contrario, y no al revés. Esto implicaba buscar a un posible sospechoso.

Elevó la mirada del féretro y observó a su alrededor. ¿Estaría presente ese posible sospechoso entre los congregados al sepelio?

El sonido vibrante de la campanilla del acólito le sacó de sus cavilaciones. Prestó atención a los sogueros que bajaban lentamente el ataúd a la sepultura. La lluvia repiqueteaba con fuerza en la tapadera y varios relámpagos sesgaron el cielo.

Lady Amber Doyle lanzó una rosa blanca a la fosa. El aya Uma, tras dejar caer un lirio, sostuvo su mano entre las suyas para reconfortarla. Su llanto mudo contrastaba con el rojo brillante de su sari y el *kilat* bermejo que lucía en su frente. Las tres hermanas Espada, amigas inseparables de *lady Doyle*, se sumaron al duelo en un sentir de plañidera.

Al segundo toque de campana, Bruno echó sobre el ataúd el consabido puñado de tierra. Miró al inspector Antonio del Romo, gran amigo de su maestro e hijo del que fuera su primer instructor, el por entonces jefe de policía Arturo del Romo. Su rostro era el vivo reflejo de la impotencia. La comisaría del distrito de La Latina en pleno y algunos altos cargos del Gobierno Civil estaban allí para rendirle tributo. Más de veinticinco años de trabajo, asesoría y cooperación avalaban su intachable labor.

Un poco más retirados, Bruno advirtió la presencia de algunos de los colegas de profesión de Olmedo, casi todos pertenecían al cuadro de médicos forenses del departamento de Medicina Legal del Colegio de San Carlos. Otros rostros le eran ajenos, no pudo ubicarlos dentro de su círculo habitual. Imaginó que se trataba de amigos de juventud: cuervos negros y curiosos.

Sus ojos recorrieron otros semblantes más alejados. Los de la gente sencilla que aguantaba estoicamente el chaparrón bajo el simple refugio de un sombrero y el traje de los domingos. Rostros sinceros: gorriones arreciados de frío.

Fue con la vista más allá, hasta una elevación del terreno, y observó a un

caballero postrado en silla de ruedas. Llevaba unas gafas de cristales ahumados y una bufanda le cubría gran parte del rostro. Lo acompañaban una enfermera y un lacayo de porte marcial, que le cobijaba bajo un enorme paraguas: un gavilán acechando desde su atalaya.

«Todos morimos tarde o temprano, Bruno —recordó volviendo a sus negros pensamientos—. Eso es lo único cierto. Lo realmente prioritario, si queremos indagar en el origen exacto de la muerte, es devolver la voz a los muertos».

Y es que más allá de la infinita curiosidad que su maestro profesaba al «ser humano vivo», estaba la que sentía por los mecanismos de la muerte: el origen, sus causas. Insistía en que para hallar respuestas —además de buscarlas de un modo científico, explorando un cadáver y tras practicarle la autopsia pertinente—, también había que trazar un «mapa de vida» al finado. Para ello, nada como indagar en su *modus vivendi*: lo que decimos, lo que hacemos, lo que pensamos; incluso cómo vestimos o amamos. Somos un espejo para el mundo y este no dudará jamás en catalogarnos sin pudor alguno. Lo realmente espinoso era trazar ese mismo mapa-vivendi a aquellos que ya no estaban entre nosotros. Ellos no podían contarnos nada con su propia voz, pero habían dejado testigos silenciosos. Trazos indelebles que esperaban ser hallados para dar con «el origen».

De aquel punto partía todo: descubrir la finísima línea que separaba la muerte natural de otra violenta. Olmedo lo consideraba un arte además de un reto intelectual donde había que lograr la total reconstrucción de los hechos.

Casi sin ser consciente de ello, Bruno enumeró mentalmente las preguntas clave para la resolución de cualquier crimen según el doctor Hanns Gross, llamado por muchos «el padre de la criminalística». Resonaron dentro de su cabeza con la voz de su mentor: «Quis, quid, ubi, quibus, auxiliis, cur, quomodo, quando». ¿Qué ha sucedido? ¿Quién es la víctima?, ¿cuándo ocurrieron los hechos?, ¿cómo sucedieron?, ¿con qué arma se dio muerte al sujeto?, ¿por qué?, ¿quién o quiénes fueron los presuntos autores? Algunas de ellas se podrían contestar con la simple inspección ocular, otras esperarían a ser resueltas mediante la investigación posterior.

A Olmedo le debía su amor a la ciencia y a la investigación. Sus conocimientos. De él aprendió todo lo que sabía sobre medicina, autopsias y criminología. Lo que jamás le enseñó aquel buen hombre fue el modo de afrontar su pérdida. Su muerte prematura le dejaba doblemente huérfano con apenas veinticuatro años. Se le hizo un nudo en la garganta. En su cabeza, la voz de su maestro todavía conservaba la impronta de alguien querido que llevaba de viaje algún tiempo y tardaba demasiado en regresar. Dentro de poco, pasaría a ser un tono discordante, falto de matices, imposible de adivinar en el enredo de las voces familiares y las recién descubiertas. Su rostro se desdibujaría de su mente y sus famosas frases pasarían a ser un glosario de palabras inconexas, que perderían el sentido que él les confería. Esa chispa que las hacía ser lo que eran hoy: un sendero familiar donde cobijarse, un diccionario constante al que echar mano cuando la duda le mordía y vacilaba sobre qué camino

seguir.

Escuchó el último responso del cura con el alma rota. Fue apenas un trágico paréntesis que le hizo dudar sobre si había llevado a cabo todas las indicaciones que Olmedo señaló en la «cláusula pía» de su testamento. Era una formalidad ya en desuso desde hacía más de un siglo, pero que él, un hombre anacrónico donde los hubiera, se había empeñado en incluir en el documento. En ella daba las instrucciones de cómo deseaba ser enterrado. «Frac, capa española con broches de plata, guantes blancos; insignia del ave fénix prendida en la solapa izquierda...». Llegados a este punto, Bruno decidió hacer un inciso ante la cara circunspecta del señor notario y el asombro general del resto de los deudos.

—¿Insignia del ave fénix? —cuestionó extrañado—. ¿Qué insignia es esa? Yo jamás la he visto.

El funcionario le miró por encima de sus lentes y se encogió de hombros por toda respuesta.

Lady Doyle, sentada a su derecha, le clavó una mirada de reproche. Sus ojos verdes se asemejaron a los de una lechuza que acabara de avistar una insignificante cría de ratón.

—Bruno, ¿qué importancia tiene eso ahora? Ya buscaremos ese condenado broche. Deja que este señor termine su perorata para que podamos marcharnos. Tengo el velatorio en pleno esperando el té.

El notario torció el gesto con un mohín y prosiguió leyendo como el que lee un prospecto de boticario. El escribano reanudó su punteo sobre la copia de carbón, pero sin poder evitar una sonrisa apretada.

—Calesa de gala y crespones negros, auriga con librea de luto y monaguillos con hacheros abriendo el paso de la carroza, el principal portando una cruz...

Continuó monocorde hasta llegar a las últimas voluntades. Entonces, como si alguien hubiese encendido un candil en la noche más cerrada, todos apretaron los labios y aguzaron los oídos cual lebreles que han oído el tiro del cazador y andan al pendiente de dónde ha caído la pieza.

—A la señorita Amber Doyle le lego los abanicos de concha y seda china, el collar de perlas de Borneo y la peineta de jade. También las estolas; la de marta cebellina, la de zorro ártico y la de astracán, todo ello perteneciente a mi amada y fallecida esposa.

Ella hizo un gesto de asentimiento como dándose por enterada.

—A la nodriza de la familia Doyle, Uma Vundi —prosiguió—, le lego las pulseras de plata y los zarcillos de oro y marfil. También dos mantones de Manila que pertenecían a mi amada y difunta esposa. Y, por último, a Bruno Moreto Salvatierra, mi pupilo, le dono algunos de mis objetos personales: tratados de medicina, revistas médicas, cuadernos, mi maletín de estudiante...

Ante la retahíla interminable de enseres, las dos mujeres comenzaron a bisbisear entre ellas. Dejaron de hacerlo cuando el notario procedió a designar al heredero del

inmueble donde se ubicaba la funeraria.

—En cuanto a la casa mortuoria La Luz de Helios y los terrenos en los que está ubicada, hogar de todos los mencionados anteriormente, y contra la cual pesa una hipoteca de cincuenta mil duros en el Banco Español de Crédito, recaerá a favor de mi hermano don Hugo Bonaventura, conde del Drago. Dejo a su noble voluntad el pago de dicha hipoteca y todas las disposiciones que tenga a bien hacer con respecto a mi negocio, rogándole encarecidamente que acceda a que la funeraria prosiga con su funcionamiento y no deje sin hogar a la hermana de mi difunta esposa, a su aya y a mi querido pupilo, expósito de la Inclusa, al que tuve a bien recoger e instruir en todas las funciones del negocio. También le dono toda mi biblioteca y mi museo de Patología.

La voz del notario se convirtió en un zumbido de moscardón enumerando piezas y libros. La mente de Bruno se perdió en una espiral frenética de preguntas. ¿Un hermano? ¿Su mentor tenía un hermano? ¿Heredaba la funeraria y de él iba a depender su sustento y techo? ¿Un conde? ¿Y qué demonios era aquello de que la propiedad estaba hipotecada hasta los cimientos?

Era evidente que las dos mujeres estaban tan confusas como él.

—*Oh, my Goodness!* Un italiano... —soltó indignada *lady* Amber—. ¿Y dónde está ese buen señor? Porque no se ha dejado ver en todos estos años...

El notario se quitó las lentes y la miró con gesto imperturbable.

—Me temo que nada se sabe de su paradero actual. Ahora bien, tengan en cuenta que la lectura del testamento se ha adelantado por cuestiones referentes a la cláusula pía. El señor Olmedo todavía está de cuerpo presente. El levantamiento no se hará oficial hasta dentro de dos semanas. Habrá que dar tiempo a mis colaboradores para que encuentren a su hermano. Puede que ya se haya enterado y acuda al entierro. Sabe Dios...

Ella, con la mano en el pecho, lanzó una exclamación.

—Si ese caballero es conde, se le sabrá de algún hotelito o palacete en Madrid; vamos, digo yo...

—No nos consta ninguna dirección en la capital. El título del Condado del Drago es muy antiguo y sus orígenes se pierden en el sur de Italia, de donde es oriundo el susodicho.

—¿Significa eso que don Olmedo era italiano de nacimiento y no nos lo dijo? —cuestionó ella—. No puedo creerlo...

—Tal vez fueran hermanastros —dedujo Bruno—. Hermanos solo de madre, de ahí que tuvieran distintos apellidos y distintas nacionalidades.

—¿Pone algo de eso en los papeles? —preguntó ella al notario.

—Lamento no poder responder a sus dudas, señorita. Eso serán cuestiones que deberán solventar con el conde Bonaventura en cuanto logremos dar con él. Las competencias de nuestro bufete se limitan a levantar acta de las últimas voluntades del fallecido y a velar para que se lleven a cabo.

Grosso modo les explicó que había un plazo para que el hermano de Olmedo pudiera reclamar la herencia o renunciar a ella. Pasado este periodo y si no había reclamación o súplica por su parte, el banco ejecutaría el embargo de la funeraria si no se satisfacían los recibos atrasados o el total del montante adeudado. Mientras tanto, la hipoteca y los gastos bancarios derivados del impago seguirían aumentando. También les advirtió que tanto las joyas como los objetos de valor que constaban en el legajo no se podrían vender libremente, sino que el dinero obtenido de la venta pasaría a formar parte de un fondo para solventar las deudas pendientes que había adquirido el difunto en vida.

A Bruno le costaba creer que su tutor no les hubiera puesto al corriente de que su economía pasaba por graves aprietos. No obstante, tampoco le extrañó demasiado. En los últimos años, la casa mortuoria no daba beneficios. Apenas cubrían gastos. Menos aún con las reparaciones que hubo que asumir del arreglo del tejado, sumado a la compra de varios caballos y otros enseres.

Cabeceó consternado. «Era un romántico incorregible o un testarudo de tomo y lomo. Para qué engañarnos: ambas cosas le definían a la perfección», pensó. Y no le faltaba razón, tal vez si su mentor hubiera vendido a tiempo las joyas de su difunta esposa y las innumerables antigüedades que atesoraba, no habría dado lugar a una situación tan lamentable. Ahora estaban expuestos a los caprichos de un conde italiano. Todo su futuro estaba en sus manos.

Aguantó bajo la marquesina del pésame la hilera interminable que fue desfilando ante *lady* Doyle, el aya Uma y él. Ni el hombre de la silla de ruedas ni el misterioso conde italiano aparecieron por allí.

La comitiva comenzó a disgregarse. Los más allegados esperaron en la entrada dentro de sus calesas y simones de alquiler para regresar a la funeraria, donde se serviría una cena informal con la que se daría por concluido el funeral.

Antes de abandonar el recinto, Bruno echó una última mirada al camposanto que dejaba atrás. Era una parcela provisional que habían habilitado a causa de la epidemia de cólera que asoló Madrid en 1885. El resto de la futura Necrópolis del Este todavía estaba en obras, veinticinco años después de que los arquitectos la perfilaran como una de las más grandes de España e incluso de Europa. Y sí, tal vez lo fuese dentro de otros tantos; pero en estos momentos era un proyecto faraónico en el que solo podían llevarse a cabo enterramientos en la zona este, a la que todo el mundo llamaba Cementerio de Epidemias o Nuestra Señora de la Almudena.

Olmedo sentía un cariño especial por aquel camposanto. Solía decir que cuando estuviese terminado compraría un panteón cercano a la futura capilla, tras el Patio de Honor. Bruno se preguntó si, la noche de su inesperada muerte, el infeliz lograría adivinar que no le daría tiempo a ver concluido su querido cementerio.

«Un trágico accidente». Así lo bautizó la prensa. Uno de los muchos que glosaban los titulares de la sección de sucesos de cualquier periódico de Madrid y que Bruno hubiese leído con avidez morbosa si no fuera porque no estaba de acuerdo con los

titulares. Para él no había sido un trágico accidente ni tampoco un suicidio, tal y como había apuntado la única testigo del suceso, que describió cómo Olmedo se arrojó ante los cascos de los caballos. Por suerte, esto último no había trascendido a los papeles.

Bruno negó con pesadumbre. Su tutor jamás se habría quitado la vida. Lo asesinaron. ¿Y en qué basaba sus conjeturas? Todavía no estaba preparado para exponerlas, pero no tardaría en constatarlo. Desde ese momento, esa afirmación se convertiría en una promesa hecha ante la tumba de su amigo y mentor. Descubriría la verdad. Descubriría al asesino.

La carroza de deudos principales avanzó lentamente para tomar la carretera de Aragón. Esta vía soportaba bastante tráfico al ser una de las arterias importantes de entrada a Madrid. Los entierros complicaban la circulación en el tramo desde Ventas del Espíritu Santo hasta la carretera de Vicálvaro, que pasaba a pocos metros del cementerio de la Almudena y del Civil, y que bordeaba el arroyo de la Media Legua. Dos carros del Ayuntamiento se encaminaban hacia allí. No iban a mal paso, pues el cochero arreaba las mulas sin miramientos, pero se había formado un buen tapón.

—Hace dos noches se hundió una de las cuevas de Moncloa —dijo el inspector Del Romo, que compartía la carroza—. Murieron al menos quince golfillos y algunas prostitutas. Solían buscar refugio nocturno allí. Con las últimas lluvias, la tierra se reblandeció y terminó por hundirse encima de ellos. Los llevan a enterrar en esos carros del Ayuntamiento.

—Oh, pobrecitos... —dijo *lady* Doyle al tiempo que se santiguaba—. Creo que leí ayer la noticia en el periódico o me lo dijo Manolita, la modistilla que me cose. No estoy segura.

Bruno no pudo evitar un gesto de abatimiento. A los pobres los enterraban en la parte más humilde del cementerio, al fondo, cerca de las tapias; en hoyas de caridad, de seis en seis, colocados pies con cabeza y separados por sexos. Se les echaba unas buenas paletadas de cal por encima y luego la tierra. A los niños se les sepultaba en una zona separada de los adultos.

—¿Quiere el señorito que abrevie por el Caserío de la Elipa? —le preguntó el cochero Pedro.

—¡De eso ni hablar! —se apresuró a responder *lady* Doyle con el ceño fruncido—, que luego nos toca pasar el riachuelo por las tablas. Además, el hedor es insoportable.

—Es lo mismo, Pedro —respondió Bruno—. Queda poco para llegar al puente Calero.

Un cuarto de hora después, la carretera se despejó hasta la glorieta de la Alegría. Los portones del patio de carruajes de La Luz de Helios se abrían para darles paso. La entrada principal se había convertido en una fila interminable de landós, berlinas y coches de punto, tal era la cantidad de personas que se había congregado para el ágape de despedida. Muchos de los vecinos de la Colonia La Peninsular, de Madrid Moderno y de La Guindalera trajeron comida que ellos mismos habían preparado para el duelo. Hasta llegaron bandejas desde La Quinta de los Leones.

El bufet frío se sirvió en el salón Estigia, el más amplio de los cuatro de que disponía la funeraria. Sus grandes ventanales de cuarterones daban a un jardín estilo

inglés que, junto con las estatuas de ninfas y sus hermosos parterres de rosas lavanda, les regalaba un telón de fondo espectacular.

Bruno descubrió a mucho curioso entre los invitados. Imaginó que habían aprovechado la ocasión de puertas abiertas que les ofrecía el funeral para conocer la propiedad y saquear los canapés. Solía ocurrir. *Lady Doyle* tomó la precaución de cerrar con llave las habitaciones y el resto de los salones, previniendo posibles hurtos.

—Pedro, deje que fisguen un poco y échelos discretamente —indicó Bruno al cochero, que estaba ayudando a los criados a servir.

Él aguantó una risilla floja. Seguro que conocía a la mitad de aquella tropa de cotillas cuyos ojos bailaban de un lado a otro sin perder ripio.

Cuando todo parecía haber cobrado el ritmo preciso y los comensales empezaron a formar los típicos corrillos —donde se hablaba de todo menos del muerto—, se dejó caer en uno de los sofás donde estaba el inspector Del Romo leyendo el periódico de la tarde.

—Tiene *pelendenges* la cosa —farfulló el inspector torciendo el gesto—. Menuda campaña de desprestigio... Los reporteros están de un filósofo...

—¿Disculpe? —repuso él, sin saber en ese momento a qué se refería.

—No, nada. Perdóname por estar leyendo el periódico, Bruno, pero ni tiempo he tenido de echar un vistazo a la prensa. Ya sabes, me trae de cabeza lo de la dichosa estafa del Cantinero.

Él asintió con un gesto chusco. Los periódicos echaban humo sobre el proceso judicial de la que muchos ya habían bautizado como «la estafa del millón». Ni tan siquiera el anuncio de la retirada de Silvela de la política, como presidente del Consejo de Ministros y jefe del Partido Conservador, logró robar protagonismo al fraude que, dos años atrás, había conmocionado a la opinión pública, dejando en entredicho a todo un sistema policial, político e incluso jurídico.

No era para menos. Gracias a una trama bien urdida, se había logrado escamotear al Banco de España un millón y pico de reales. Los periódicos habían dado buena cuenta hasta del más mínimo detalle y era prácticamente imposible no estar al corriente.

Los hechos ocurrieron mientras la víctima del timo, don Manuel García Gutiérrez, antiguo cantinero de palacio y hombre muy rico, se encontraba de vacaciones en el extranjero. José Terán, empleado de su total confianza, recibió una carta de su patrón desde la ciudad de Bayona, en la cual le ordenaba que cobrara una letra por valor de 245 000 pesetas del Banco de España, donde el susodicho tenía cuenta. Al parecer pensaba adquirir un par de hotelitos en San Sebastián y ya había ultimado los detalles de la adquisición. En dicha misiva también le daba instrucciones para proceder a la compra en su nombre. Para ello, y tras cobrar la letra, tendría que dirigirse a Ávila y entregar el dinero a un joven llamado Manuel Vázquez, que era el apoderado de don José Izureta, el vendedor. La carta adjuntaba la mitad de una tarjeta, cuya otra mitad estaba ya en posesión del tal Vázquez, y que este le entregaría cuando recibiera el

pago. José Terán así lo hizo. Luego, informó a su patrón de que la operación mercantil había salido según lo acordado. La sorpresa llegó cuando el Cantinero, que estaba en Italia prosiguiendo sus vacaciones, recibió tal notificación, pues él no había firmado ninguna letra ni ordenado ningún pago. Ni que decir tiene que el empresario regresó de inmediato a España para dar parte a las autoridades de que se trataba de una estafa.

El falso apoderado, Vázquez, desapareció con el dinero y, por supuesto, no existió jamás ningún vendedor.

Al igual que ocurriera en otros casos sonados como el del crimen de la calle Fuencarral, la prensa había encontrado un filón gracias al potencial que ofrecía la causa: un gran plantel de presuntos implicados que no dejaban de acusarse mutuamente y de implicar a más gente. No había edición que no mostrara las fotografías de los principales acusados: el propio Terán, María Reina y Engracia Sánchez, dos «cucas», jugadoras habituales que solían montar timbas ilegales; Mariano Conde, un afamado falsificador al que se le atribuían varios trabajos finos, entre ellos la fabricación de billetes de banco de muy buena calidad; el sobrino de este, Antonio Iborra; Aurelio Borrue, quien compró la letra en el estanco; Laureano Díaz, jefe de la Policía Judicial sobre el que pesaban graves acusaciones. Incluso también mostraban el hotelito, propiedad de Carlota Dabán, hija de un general, donde se reunían algunos cómplices de la estafa para jugar a las cartas y a la ruleta. Ni el Cantinero se salvaba de las acusaciones y sospechas sobre su implicación en la trama.

Los periódicos se explayaban dando detalles minuciosos tanto de los interrogatorios como de los careos. Fruto de ello, quedó al descubierto que había policías que tenían por costumbre trapichear amparados por su cargo: compra de género robado, cobro de comisiones por dejar en libertad a delincuentes, hacer la vista gorda en hurtos de cierto calibre a cambio de parte del botín. La lista de malos vicios era larga y vergonzosa, para qué negarlo. La opinión pública pedía el saneamiento del Cuerpo de Vigilancia, al cual tachaban sin ambages de corrupto.

La ya famosa «lista de recompensas» que Antonio Iborra había facilitado a los jueces, junto con las acusaciones vertidas por el exinspector Luna, también acusado de recibir dinero de la estafa, no daban tregua. Doce miembros de la Policía Judicial de Madrid estaban suspendidos de empleo y sueldo hasta que se esclareciera su posible implicación en los hechos. Otros ya habían sido cesados. Todo el Cuerpo de Vigilancia madrileño estaba bajo sospecha y serían investigados uno por uno para así depurar responsabilidades. También se formó un tribunal de honor de la Guardia Civil para juzgar la conducta del teniente Robles, contra el cual pesaban graves acusaciones.

Los políticos no salían mejor parados, se les culpaba de otorgar puestos a dedo dentro de la policía para pagar favores. Algo que justificaba la falta de aptitud y de escrúpulos de algunos funcionarios, que no contentos con tener una pequeña paga, que a muchos les llovía del cielo, buscaban multiplicar sus dividendos a base de

trapicheos. Era un verdadero escándalo.

El sentir general era que las medidas adoptadas contra la corrupción por el gobernador civil, De la Cierva, poco o nada iban a paliar el asunto y con el tiempo todo se olvidaría. El gobernador, por su parte, no se cansaba de repetir que había que profesionalizar el Cuerpo.

Y, para qué mentir: raro era el policía que no cobrara comisión de un burdel o de una taberna. Era el pan de cada día. A Bruno no le costaba ponerse en el lugar de Del Romo cuando leía esos artículos donde se vapuleaba a todo el Cuerpo de Vigilancia de Madrid sin distinción.

El inspector cerró el periódico de mala gana y lo arrojó al otro lado del sofá. Luego, llenó una copa con *brandy* y se la ofreció.

—Muchacho, he sabido por *lady* Amber que estuvisteis ayer en el notario. Sé que no es buen momento, aunque espero que comprendas mi preocupación. Olmedo era un gran hombre, pero sé que las finanzas no eran lo suyo. ¿Os ha dejado cubiertos?

Bruno enarcó una ceja en un gesto irónico.

—¿No le ha contado ya los detalles *lady* Doyle?

—No, la pobre estaba muy disgustada.

—No me extraña, aunque no hay mucho que contar. A ella le ha legado unas pocas joyas y cuatro fruslerías. Y a mí...

Cerró los ojos. No era solo tristeza e impotencia lo que le impedía hablar. Se bebió el *brandy* de un trago.

Aquel gesto fue suficiente para que el inspector confirmara sus sospechas sobre los rumores de que Olmedo estaba arruinado.

—No es necesario que me contestes ahora si no quieres. Me hago cargo. Ya hablaremos cuando hayas descansado.

—Parece que este maldito día no acabará jamás —murmuró abatido.

No lograba sacudirse de encima la sensación de que su mundo, el único que había conocido, se hundía sin que él pudiera hacer nada para remediarlo. Sus planes sobre licenciarse en Medicina y Cirugía morían con Olmedo. Esos sueños se convertirían en cenizas al mismo tiempo que los huesos de su maestro. Polvo al polvo. Cenizas a las cenizas.

En ese momento llegó Pedro algo apurado.

—Discúlpeme, inspector. Uno de sus hombres le está buscando.

—Gracias, Pedro. Dígale que se acerque.

Nada más atisbar al joven agente, Del Romo lanzó un bufido que se mezcló con el humo de su cigarrillo. Se levantó con desgana.

—¿Qué demonios haces aquí, Artiaga? ¿No dejé dicho que me quedaba al ágape de despedida?

—Perdone, jefe, pero no he tenido más remedio que venir a buscarlo. Le reclaman del Gobierno Civil. Tengo un simón esperando.

El inspector contuvo un gesto de fastidio.

—Bruno, lamento tener que marcharme —dijo palmeándole la espalda—. Discúlpame ante *lady* Doyle y el aya Uma.

—No se preocupe. El deber es lo primero. —Se levantó para acompañarlos a la salida.

—Ya te llamaré para ver cómo va todo. Descansa, que falta te hace.

Él asintió con una sonrisa desfallecida. Permaneció en el porche hasta que vio alejarse el carruaje.

Iba a regresar dentro cuando escuchó un carraspeo a su izquierda. Giró la cabeza hacia su procedencia. Era Alister Louper, un caballero británico, colega de su maestro y habitual en las *soirées* de *lady* Doyle.

—Parece que la lluvia se ha calmado un poco —dijo ofreciéndole un cigarrillo, que Bruno rechazó amablemente. Le señaló uno de los butacones de enea que conformaban el tresillo que había en un rincón del porche porticado y esperó a que se acomodara—. Verá, señor Moreto, sé que no es el momento más indicado, pero quiero que sepa que hace unos meses le hice una oferta al difunto Olmedo por La Luz de Helios. Estoy al corriente de que la propiedad está hipotecada y de que él no gozaba de una situación económica boyante. No sé si se ha levantado ya acta del testamento, pero imagino que usted y *lady* Amber serán los únicos legatarios de todos sus bienes. No me he atrevido a comentarlo con ella todavía, pero debe saber que sigo estando interesado en la compra. Necesito una sede para las reuniones de nuestro grupo espiritista. Hemos crecido mucho en el último año y este soberbio palacete sería el marco perfecto.

Bruno observó al hombre que tenía frente a él. Siempre le había considerado un *gentleman* petulante. Tal vez por ser escandalosamente rico y no disimularlo. Excedía la cincuentena, pero no lo aparentaba. Tenía buen gusto en el vestir; no en vano, todo su guardarropa lo confeccionaba una de las sastrerías más prestigiosas de Londres. Destilaba confianza y determinación. Tenía clase. Pero lo que más llamaba la atención a Bruno era esa sonrisa de caimán, que le daba un aire de canalla distinguido.

—Le agradezco el gesto, *mister* Louper, pero me temo que Olmedo ha legado La Luz de Helios a un hermano suyo, el conde Bonaventura.

El británico enarcó las cejas.

—¡Oh, vaya! No tenía ni idea de que habían hecho las paces.

—Yo tampoco —le contestó con un retintín cortante.

Louper le miró con los ojos entornados.

—Perdóneme, señor Moreto, pero estoy algo confuso. ¿No sabía usted que su mentor tenía un hermano?

Él no pudo reprimir un gesto de sorpresa ante la intuición de Alister.

—No, pero ya veo que usted sí.

—Debo admitir que hace más de veinte años que le perdí el rastro.

Bruno sintió un aguijonazo de curiosidad. Tomó la botella de *whiskey* que

reposaba en una bandeja sobre la mesita y sirvió dos vasos. Le tendió uno. Louper esgrimíó una sonrisa aceptando la copa.

—Creo que la última vez que le vi fue en una morgue de Whitechapel. Nuestro encuentro fue breve pero intenso. Tenía las manos metidas en el vientre desgarrado de una puta. Por entonces, él era un verdadero «rastreador de monstruos». Sentía fascinación por las mentes criminales. Trabajaba como detective privado cuando le salía algún trabajo provechoso y, entre tanto, le gustaba indagar en casos escabrosos y sonados, por puro morbo empírico. Según me dijo, andaba tras la pista de Giacomo Squartatore, como llamaba él a Jack el Destripador, pero aquello no le reportó lo que esperaba; creo que se decepcionó con el bueno de Jack, y se marchó a Francia, tras los pasos de otro asesino más voraz y brutal si cabe: el Destripador del Suroeste, un tal Vacher, que, además de destripar a sus víctimas, las violaba y se las comía crudas. Siempre me maravilló su manera de explorar el lado oscuro del ser humano. Ese que todos tenemos y con el que solo unos cuantos se atreven a comulgar. Aunque, ya le digo, joven, desconozco su paradero. Ha pasado mucho tiempo. Éramos tan jóvenes y alocados...

«Rastreador de monstruos», repitió Bruno para sí, sin poder evitar un gesto de morbosa curiosidad.

—Y dígame, *mister* Louper, ¿dice usted que mi tutor y él no se hablaban?

Él le miró fijamente. Sabía que el difunto Olmedo era reservado con su vida privada, pero jamás imaginó que hubiese dejado al muchacho totalmente al margen de aquel asunto. La pelea fue sonada. Habían llegado a las manos e hicieron falta varios hombres para separarlos.

—Discutieron al poco de licenciarse como médicos forenses. Bonaventura se marchó de España aprovechando la partida de una expedición arqueológica a Egipto y, que yo sepa, no ha vuelto por aquí desde entonces. —Hizo una pausa—. Los dos eran como un par de estrellas brillando en el mismo punto celeste. Se cegaban mutuamente con su luz. Aunque bien es cierto que desconozco las verdaderas razones de su distanciamiento y también si mantuvieron correo posteriormente y lograron solucionar sus rencillas. Olmedo no me confió jamás el asunto y yo no hice preguntas incómodas. Él jamás aceptaba consejos bienintencionados.

Louper terminó su cigarrillo y lo apagó en un cenicero de pie. Elevó la mirada sobre el hombro de Bruno y vio a su asistente, Sergey Ivanovich, un gigantón ruso de mirada díscola y cierto aire de monje ortodoxo, que esperaba solícito con la capa, los guantes y el bastón de su señor. El británico se levantó con lentitud y se despidió con un elegante toque de chistera.

—Ya nos veremos, señor Moreto. Le reitero mi pésame y quedo a su disposición y a la de *lady* Doyle. Despídame de ella, si es usted tan amable.

Bruno asintió cortésmente, mientras miraba de soslayo al asistente preguntándose si serían ciertos los rumores sobre que el ruso había sido sirviente de un tal Rasputín, al que se le atribuían poderes místicos, curativos e hipnóticos. *Lady* Doyle, tan dada a

los asuntos del mundo de los médiums, aseguraba que era cierto.

Se apoyó en la balaustrada del porche y vio cómo iban desfilando los últimos invitados al ágape. Pronto la casa se quedaría vacía y al fin podría retirarse a descansar, aunque presentía que el agotamiento iba a impedir que cerrase los ojos.

La última vez que Bruno consultó el reloj de la mesilla eran más de las tres de la madrugada. Decidió levantarse, se puso el batín y bajó las escaleras hasta la habitación de su tutor, una planta más abajo. Allí, su presencia se hacía palpable en cada uno de los objetos que atesoraba. Cada metro cuadrado de aquella estancia estaba ocupado por sus antigüedades. Alacenas renacentistas se mezclaban con mesitas barrocas; sillones Luis XIV con recios escaños medievales. Toda una maraña de piezas, que dormían el sueño de los justos arropadas por cientos de recuerdos.

Se sentó en el sofá favorito de Olmedo. Un butacón de piel agrietada, frente a la chimenea apagada. En una mesita reposaban algunos de sus objetos personales más queridos. Tomó una pipa de espuma de mar. La sopesó, dejó que rodara entre sus dedos. Necesitaba que aquella cachimba le hablara. Porque no solo los cadáveres hablaban de los lugares que alguna vez habitaron, también los objetos y enseres contaban una historia. Solamente se exigía de nosotros un poco de atención. Un oído especial para que su voz se escuchara y se produjera un intercambio, un diálogo mudo que solo podía oírse con el corazón.

¿Qué podía contarle ese objeto sobre su dueño?

Mil historias.

La cazoleta, que semejaba la cabeza de un halcón, no conservaba el color blanco de la piedra recién cincelada. La espuma de mar va tomando un tono amarillento con el paso de los años si no se tiene la precaución de guardarla en un estuche o no se limpia con regularidad. Esta tenía un color ocre muy oscuro, casi marrón dorado. Sus aristas estaban desgastadas, al igual que la embocadura de ámbar pulido.

Con estas primeras pistas, ¿podría comenzar a trazar signos en el «mapa de vida» de su tutor?

Por supuesto. El dueño de la pipa era un individuo descuidado o que rayaba en la holgazanería; sin embargo, no era torpe. Las pipas de espuma de mar tienden a romperse si se caen al suelo o reciben un fuerte golpe. No era el caso. Estaba de una pieza. Y para ser del todo justos, los expertos fumadores solían decir al respecto de ese color que era el que debía tener una buena pipa, que ganaba con los años y que se «señoreaba» con el uso.

¿Y dónde había sido adquirida esa bella pieza de artesanía?

Sonrió con picardía pasando la yema del dedo por el rugoso sello que advirtió en la base de la cazoleta, y la respuesta salió de sus labios sin ningún esfuerzo.

—En el Gran Bazar de Estambul. Uno de los mayores del mundo y principal productor de pipas de espuma de mar.

Mas si tenía que ser sincero, no había llegado a estas conclusiones por pura lógica

deductiva. No. Había «hecho trampas». Jugaba con ventaja. Y es que, si cerraba los ojos, todavía podía oír la voz de su mentor explicándole con todo lujo de detalles su última visita a aquel bazar, cuando apenas era un joven estudiante de Medicina lleno de inquietudes y Bruno ni siquiera había venido al mundo.

—Un lugar mágico, colosal —le dijo mientras venteaba con la palma de la mano la cazoleta y aspiraba el humo—; un laberinto abovedado. Se accedía a él mediante veintidós puertas. Cada calle llevaba el nombre de un gremio de artesanos, y podían adquirirse los más variopintos productos, desde artículos de piel hasta verdaderas joyas de anticuario.

Sus ojos oscuros destilaban ese brillo añejo de los deseos todavía por cumplir cuando hablaba de sus incontables viajes. Bruno le miraba con los suyos muy abiertos, como a un curtido cazador de sueños que ya había echado el lazo a unas cuantas capturas y ahora se jactaba de su maestría ante un aprendiz de soñador.

—Porque no hay que olvidar que Estambul fue la antigua Constantinopla —prosiguió—, y su hermosura es capaz de rendir al ser humano más templado. Cuando miras el Bósforo y ves el reflejo de las luces de ambas riberas, crees haber hallado el paraíso. Es un negro espejo que te llena la cabeza de una magia ancestral, casi mística. Si te detienes a observar su superficie, puedes llegar a sentir la voz del agua milenaria y perderte sin remedio en las evocaciones más recónditas. Algún día te llevaré a Estambul, mi pequeño roedor de biblioteca. Algún día...

Pero ese día jamás llegó.

Bruno dejó la pipa en el estuche, que todavía atesoraba su primitivo olor a cuero. Tomó una pequeña libreta de cubiertas de hule. Sus lomos estaban desgastados y el elástico que impedía que se abriera ya era pasto del tiempo. Allí estaban los dibujos de Olmedo. Eran preciosos legajos de sus pensamientos. Bosquejos de animales: lagomorfos, vertebrados, insectos... De vez en cuando se salpicaban con algún paisaje cautivador, con el rostro exótico de una joven o con las facciones centenarias de algún hombre sabio, de los muchos que había encontrado en sus viajes de juventud. Sus notas, apenas legibles, emborronaban cada una de las páginas. Algunas estaban escritas en un idioma extraño que él jamás logró identificar. Tal vez se tratara de algún dialecto perdido o códigos secretos, como los que solía utilizar su admirado Leonardo da Vinci en sus diarios.

Se dejó invadir por su recuerdo. Podía ver su rictus de concentración, su bigote hirsuto dominado por el prieto gesto de los labios, mientras trazaba un boceto a carbón o sanguina, o mientras lamía la mina del lapicero escribiendo a vuelapluma cualquier pensamiento o frase. Recordó la primera vez que le conoció en la Inclusa, la admiración que le causó y la alegría tan grande que sintió cuando el padre Andrés le comunicó que aquel señor tan elegante le prohijaba para enseñarle un oficio y hacer de él un hombre de bien para el día de mañana. Pero sobre todo recordaba, palabra por palabra, lo que le dijo Olmedo cuando llegó por primera vez a La Luz de Helios y le mostró una exposición de féretros.

—Este establecimiento es una funeraria. ¿Sabes qué es?

Bruno hizo un mohín y se encogió de hombros, aunque aquel término no le era del todo desconocido. Por desgracia, en la Inclusa morían bebés todos los días, y no solo allí; el padre Andrés solía decir que «la sombra de Herodes vagaba satisfecha por las calles de Madrid». Sus padres también habían fallecido y esos ataúdes, aunque muy diferentes a las tristes cajas de pino que él recordaba, era donde se metía a los que la habían espichado.

Olmedo se agachó a su altura y le dijo muy serio:

—Aquí hay que guardar un cierto recato con el lenguaje empleado. En un lugar como este hay palabras que no pueden ser pronunciadas. Debemos evitar herir sensibilidades. Al muerto lo llamamos «finado». A los familiares y allegados, «comitiva». A todo lo relacionado con el funeral, «exequias». Las coronas y centros de flores son «ofrendas florales». A la misa, «réquiem». Al cementerio, «recinto sacramental»; y por último, «los muertos no están muertos; están descansando»; y... otra cosa, ellos no han fallecido, «nos han dejado».

Repitió por lo bajo todas aquellas palabras. Aún hoy, bailaron en su cabeza como una peonza de punta endiablada.

Dejó la libreta de Olmedo a un lado de la mesa junto a varias de sus plumas más queridas. Sus ojos vagaron de nuevo por la estancia llena de polvo en suspensión. Cada una de aquellas antiguallas era una muesca en el alma de su maestro. Testigos silenciosos de sus quimeras. Anhelos que alguna vez fueron destinos por conquistar y que pasaron a ser inconquistables con el devenir de los años. Él creía que cada objeto inanimado tenía el poder de ir atesorando rastros de sus propietarios. Ellos eran su memoria. El libro abierto del cual solo unos pocos sabían leer su caligrafía. Olmedo fue un gran buscador de biografías ocultas y él un aprendiz que intentaba leerlas a través de los ojos del corazón.

Aquel vagabundeo nocturno, en el que se recreó Bruno para intentar aplacar el dolor de su pérdida, duró exactamente dos semanas. Deambulaba por la casa gran parte de la noche hasta que terminaba dormido en cualquier parte menos en su cama. Cada rincón le recordaba escenas que jamás volverían a repetirse. Era una lista interminable de preguntas sin respuestas, de culpabilidad y de impotencia. Y en ese particular viacrucis suyo, Bruno siempre acababa en la galería de hierro y cristales de la azotea. Su madriguera. Su refugio.

En la funeraria, nada era lo que parecía. Lo supo desde el primer día que llegó, con apenas seis años. Y parte de esa conciencia se la dieron las personas que vivían en ella. Ante él comenzaron a desfilar una procesión de rostros que serían un referente en años posteriores. Formarían parte de su pequeño mundo. Uno muy particular, que contenía aromas exóticos según la parte de la casa en la que se encontrara; de escaleras arriba, la diversidad de aromas era sumamente distintiva. El intenso perfume de los aceites esenciales y de especias dominaba el aire.

Era como haber traído la India a la azotea.

Desde allí podía verse un Madrid multicolor en primavera, uno de sol y sombra en verano, uno de acuarela en otoño y otro de niebla y ceniza en invierno, donde el Manzanares cambiaba su nombre por el del Ganges y la tierra exhalaba un latido atemporal en sus veredas.

De niño solía refugiarse allí cuando venían «inquilinos de paso». Así llamaba a los difuntos Uma, el aya de *lady* Amber y su hermana Adeline. Ellas habían llegado a España desde una colonia británica en Calcuta (la India). El padre de ambas, el coronel Doyle, prestó servicio a su majestad la reina Victoria en un protectorado, pero una antigua lesión de columna le había obligado a retirarse del servicio activo. Ya por entonces era viudo. Su difunta esposa había pasado su infancia en Madrid y guardaba un grato recuerdo. Así fue como la pequeña y curiosa familia llegó en el año 1882. Fue un tributo a su memoria. Y no pudieron elegir peor momento, porque tres años después de que se instalaran en un pequeño hotelito de la Colonia La Peninsular, nuestra villa soportó una de las peores epidemias de cólera de la historia. Ni que decir que el viejo coronel poco pudo disfrutar de su nuevo destino. Murió aquejado de esta enfermedad, dejando huérfanas a las hermanas, que por entonces contaban dieciséis y doce años, respectivamente.

La pobre Uma, que apenas conocía el idioma, se vio en el peor trance de su vida. No sabía dónde acudir para dar un entierro decente al coronel. Gracias al doctor que lo había atendido durante su enfermedad, pudo buscar una casa mortuoria. Él conocía al padre de Olmedo y no dudó en recomendarle La Luz de Helios. Aunque, dado que era extranjero no católico, tuvieron que enterrarlo discretamente en el cementerio de los Ingleses.

A partir de entonces, la amistad entre el joven Olmedo y la señorita Adeline se fue tornando en algo más. Cuatro años después, tras la muerte del padre de este, contraían matrimonio en los Jerónimos. *Lady* Amber y el aya Uma se trasladaron a vivir con los recién casados a la funeraria. Ambas fueron un consuelo cuando apenas un año después Adeline falleció en el parto. El bebé, una preciosa niña, tampoco sobrevivió.

Todo esto se lo contó Uma a Bruno. Recordaba que, cuando apenas llevaba un par de meses en su nuevo hogar, llegó a la funeraria el cadáver de un niño al que habían asesinado. Él quiso huir, esconderse, meterse en un armario para no verle. Y acabó subiendo por las escaleras que conducían a la azotea en busca de aire. El penetrante olor del jazmín y de la caléndula llegó hasta él como una caricia. Se sorprendió al ver a la anciana india allí, arrodillada en una esterilla con las palmas de las manos elevadas a la altura del pecho y cantando muy bajito una oración en su idioma, que ella llamó el himno *gayatri*. Con el tiempo se acostumbró a que aquellos cánticos fueran su gallo vespertino particular.

Uma Vundi mantenía su querencia por la tierra. Necesitaba su contacto acre y nudoso. Metía los dedos en el mantillo de las grandes jardineras y hablaba con la

artemisa, con el jengibre, con la ruda... Se comunicaba en un hindi susurrado y exótico, como si les confesara los secretos más recónditos de su alma y ellas fueran capaces de entenderlo. Bruno no tardó mucho en beneficiarse de ese musitar tan suyo.

—No tenga miedo, pequeño *sahib*. Límpiense esas lágrimas, que enturbian sus hermosos ojos azules. —Le tendió un pañuelo—. Nada debe temer. Ahora «ellos» son ánforas vacías, son solo inquilinos de paso. El alma ya ha volado muy lejos de aquí.

Se quitó uno de los saquitos de cuero que llevaba colgados del cuello.

—Le he fabricado este talismán. A partir de este momento, será la bolsa de sus amuletos. Aquí guardará todo aquello que sea importante para usted. Le protegerá de todo mal.

Se lo puso mientras murmuraba una oración. Luego le miró con ojos inmensos. Eran profundos y negros.

—Uma, estás muy lejos de tu país. ¿No echas de menos a tu familia?

—Los míos hace mucho que murieron. Pero echo a faltar algunas cosas sencillas. El sabor dulce del mango y el ácido de la mermelada de tamarindo. Me acuerdo del viento seco que me tostaba el rostro en el caravasar, el trasiego de los vendedores de camellos, el olor del cuero curtiéndose al sol, el de la seda tiñéndose en las piletas y el del sudor de los hombres después de jornadas por los polvorientos caminos. También añoro el aroma de las bolas de carbón al quemarse en las pipas de las ancianas viudas. Los rezongos de sus criados, las oraciones de los santones y el sonido de las rupias en sus cuencos de madera. Es un país muy grande para caber entero en un corazón tan pequeño como el mío, pero cada día me acuesto pensando en él.

—¿Quieres volver?

—Sí y no. Deseo regresar, pero sé cuál es mi sitio ahora. Mi deuda hacia mi brahmán es muy grande y los dioses susurran mi desgracia. No sería bien recibida allí.

Ella era muy diferente a las mujeres que había conocido hasta ese momento. Se expresaba distinto, pero no solo por el acento que arrastraban sus frases, sino también por lo que decía y cómo lo decía. Según le explicó, el brahmán era la casta a la que pertenecía su familia, a la cual debía un gran respeto. También le contó que el coronel Doyle la salvó de perecer en la pira funeraria de su esposo. En su región era costumbre incinerar viva a la viuda cuando el marido moría. Lo llamó «Satí».

—Conservo una botella con agua del Ganges. Es milagrosa, ¿sabes?

Él abrió mucho los ojos, imaginó que sería algo parecida al agua de la ermita de San Isidro; capaz de curar lo que no estaba en los escritos.

—El Ganges es el río sagrado de la India —prosiguió—. En sus orillas incineramos a nuestros difuntos en grandes túmulos de leña, para luego echar sus cenizas al río. Así es la «rueda de la vida».

«La rueda de la vida», susurró Bruno. Le gustó saborear esa expresión. Era la

ideal para describir las distintas etapas del ser humano.

—La muerte es solo un proceso de la propia vida. No hay que temer ni a la una ni a la otra, pequeño *sahib*.

O sea, que el territorio en el que se encontraba no era tan extraño y tétrico. Por el contrario, era natural como la vida misma. Vida y muerte eran dos puntos del mismo camino. Aquella charla resultó para él una explicación a lo inexplicable. Sin duda más coherente que la del mosén de la Inclusa sobre el purgatorio, el cielo y el infierno. Si lo pensaba fríamente, a Bruno no le tentaba para nada lo de estar a la diestra de Dios Padre por los siglos de los siglos. Eso se le antojaba demasiado tiempo, y ejercer de santo el resto de su vida tampoco le atraía lo más mínimo.

Después de aquello, terminó por hacer un pacto consigo mismo. Ellos, los «inquilinos», estaban allí, en la morgue, pero solo era una estación de paso. Ninguno cruzaría la línea imaginaria que dividía la casa en dos. Tan solo encontraban un refugio temporal. Luego, partirían sin demora a los distintos camposantos de Madrid para instalarse en su definitiva morada.

Poco a poco, Bruno fue tomando conciencia del trabajo de Olmedo. Él no le obligó jamás a presenciarlo. Al contrario, fue él mismo quien un buen día apareció en el Sancta Sanctorum, como llamaba el doctor a la morgue del sótano. Primero tímidamente, asomándose de vez en cuando, pero sin atreverse a bajar las escaleras. Desde allí observaba cómo procedía con los cadáveres. Los lavaba, los vestía y los preparaba hasta que solo parecían estar durmiendo pacíficamente. Una le ayudaba a maquillarlos. A las mujeres las dejaba realmente hermosas. Fue ella la que un día le tomó de la mano animándole a que se acercara a una de las mesas de mármol donde su tutor acababa de poner un clavel blanco en la solapa de don Adrián, el dueño de unos almacenes vecinos. Al verle, Olmedo sonrió y le echó el brazo por el hombro.

—Bruno, en este arte lo primordial es aprender a separar los sentimientos. Nuestra misión es preparar los cuerpos para sus familiares. Ellos quieren ver en el fallecido los rasgos más comunes que recuerdan en él. Buscarán un gesto pacífico. Nunca debes olvidar que el que yace en esta mesa es el padre o la madre de alguien, es el hijo o la hija de alguien o el abuelo o abuela de alguien. Y que ha sido amado por muchos. Merecen nuestro respeto absoluto y jamás puede faltarles nuestra atención y mimo. No soporto a los que tratan a un difunto como si fuera carne para alimentar la tierra.

Olmedo le fue enseñando muy despacio el oficio. Fue un proceso lento, que fue entrando en Bruno como la cosa más natural. Creció entre clases de anatomía y química como otros niños aprendían el oficio de pastelero o carpintero. El fenol, el barniz alcohólico de copal, el peróxido de hidrógeno y los colorantes comenzaron a tomar familiaridad en su vocabulario hasta que con los años aquello se convirtió en algo habitual, tanto que se descubrió a sí mismo deseando saber más sobre el arte de su maestro.

Él diferenciaba los cadáveres que solían llegar a diario para ser inhumados de

otros que lo hacían desde el Depósito Judicial de la dehesa de la Arganzuela. A los primeros los llamaba «los muertos del día». A los segundos, «los marcados», eso significaba que ya les habían practicado la autopsia para determinar el origen de su muerte y tenían la típica sutura en «Y», que comenzaba en las clavículas, seguía por el esternón y terminaba en el pubis. Era el método Virchow. Otros, sin embargo, la tenían en forma de «U», de la técnica Mata. Llegaban metidos en un saco de la morgue, etiquetados con un número y con el correspondiente dictamen forense. Los órganos internos estaban reubicados en la cavidad pélvica del cadáver, pero sin orden ni concierto.

«Los muertos del día» tenían nombre propio.

«Los marcados» no. Se refería a ellos por un apodo, por el modo en el que habían sido asesinados o el lugar donde fueron encontrados. Olmedo decía que así resultaba más fácil poner distancia para no verse afectado.

Estos iban directamente al armario frigorífico, que en los primeros años de estancia en La Luz de Helios, cuando todavía no había suministro eléctrico, era prácticamente un cubículo con un sumidero en el suelo. En él cabía una mesa de autopsias, un carro de instrumental adosado a un pequeño fregadero, una báscula romana que colgaba del techo y una persona; dos si se apiñaban. La puerta tenía un cristal a media altura y las paredes estaban revestidas de placas de corcho de un centímetro de espesor para conservar el frío que suministraba la enorme barra de hielo que solía colocarse debajo del cadáver. También había varios respiraderos que desembocaban en el patio.

Años después, con la llegada de la luz eléctrica, se incorporó una lámpara de luminiscencia Wenham con ventilador y un par de armarios nevera.

En poco tiempo, Bruno se vio a sí mismo subido a una banqueta para tener una panorámica perfecta de las autopsias. La colocaba a los pies de la camilla y desde allí observaba al tiempo que Olmedo le explicaba sobre la marcha lo que iba encontrando en el examen.

Algunos de los marcados llevaban más de dos semanas conservados en frío, tras la primera necropsia. Estaban verdosos y muy desecados. Ya habían perdido volumen a causa de la merma de líquidos y su hedor era muy fuerte.

—El olor también nos habla, Bruno. Gracias a él nos es más sencillo determinar la hora aproximada de la muerte cuando otras señales nos niegan ese dato, y también podemos distinguir infecciones ocultas. Quince días después del óbito es más fácil encontrar huellas que no hallaron los forenses en la primera autopsia. La sangre se ha desecado y en algunas zonas se puede apreciar con claridad dónde se ha estancado. ¿Ves este moretón en forma lineal? A esto se le llama «livor mortis».

Bruno asintió. Era prácticamente un rectángulo estrecho y alargado en el costado izquierdo. Se volvía púrpura en el lado superior y perdía intensidad en el inferior. Olmedo tomó un escalpelo e hizo unos pequeños cortes para comprobar si era superficial o profundo. Cogió una lupa y lo estudió durante algunos minutos.

—¿Qué crees tú, Bruno? ¿*Ante mortem*, *perimortem* o *post mortem*?

Iba a proceder a examinar la erosión cuando su maestro chascó la lengua con un gesto reprobatorio.

—Ponte los guantes de goma, muchachito —le recriminó señalando el cajón donde se guardaban—. Jamás toques un cadáver sin proteger tus manos de las infecciones. Y si lo tocas, no olvides nunca lavártelas con la solución de cloruro de cal. Y si por accidente te cortaras con un hueso fracturado del cadáver...

—... lavo bien la herida y le aplico agua de Goulard mezclada con láudano o la cauterizo con nitrato de plata si es más profunda —se apresuró él a concluir, al tiempo que cogía los guantes del cajón y se los ponía.

Examinó la erosión por espacio de largos minutos.

—*Ante mortem*. Había circulación sanguínea cuando recibió el golpe. Hay vasos rotos.

—Esto nos lleva a pensar que recibió el traumatismo antes de su muerte. Ahora hay que descartar que haya sido una contusión *ut plurimum*. Echa un vistazo al dictamen de la autopsia y lee el apartado relativo a los pulmones. Los voy a inspeccionar.

Bruno leyó el dictamen en voz alta mientras él procedía con el órgano en cuestión.

—... Edema en los pulmones —se detuvo ahí.

—Sí, ya veo. Hay una diminuta rasgadura de pleura. Seguramente tendría los tobillos hinchados, pero eso es algo que ahora ya nos es imposible valorar.

Comenzó a separar el tórax ayudado por un retractor y a cortar los cartílagos costales con un costótomo. No tardó en encontrar lo que buscaba. Acercó un «ojo de toro» de gran aumento.

—¿Ves? Tiene astillada la séptima costilla, coincidiendo con la contusión. Eso fue lo que produjo la fisura en la pleura y la consiguiente infección pulmonar.

—¿Y cómo es que no lo vieron los forenses en la primera autopsia?

—Eso carece de importancia para nosotros, Bruno. No estamos aquí para criticar el trabajo de otros. No obstante, te lo diré por si puede valerte para futuros casos. Asociaron el edema de los pulmones con la gripe mal curada que refirió la viuda del finado en la declaración policial. Eso les llevó a error porque pasaron por alto buscar posibles contusiones.

Volvió a mirar a través de la lente.

—Por tanto, ¿a qué nos lleva lo que hemos descubierto?

—¿A descartar un posible accidente en la obra en la que trabajaba?

—Eso es. «El hombre del descampado» era encofrador. Trabajaba en las alturas y con maquinaria pesada, seguramente en condiciones poco seguras. Ahora es cuando se hace imprescindible releer con detenimiento el informe policial. El interrogatorio a su viuda y a los compañeros más próximos podría darnos la clave.

Cogió de nuevo el informe y estudió las anotaciones de la policía concernientes a

los interrogatorios. No tardó en dar con lo que buscaba.

—La viuda no cuenta nada de importancia, a excepción de que su marido llevaba varios días con una fuerte gripe, que tenía mucha tos y le faltaba el aliento. Sin embargo, un tal Apolonio, compañero de trabajo, dice que cinco días antes de la desaparición el finado tuvo un pequeño resbalón y se cayó encima de unas maderas, pero que fue a muy poca altura. Se repuso enseguida y siguió trabajando. Apenas se quejó.

Tomó una de las reglas y volvió a medir el cardenal que presentaba el cadáver.

—Si te fijas, no es difícil adivinar con qué objeto se golpeó en la caída. Tiene la forma del canto de una tabla de las que se emplean para hacer los costeros de una viga. El ancho es de dos centímetros y medio.

Bruno Aprobó sus observaciones con un gesto.

—Llamaré a Del Romo. A este pobre infeliz no lo mató la gripe, sino la caída sufrida en su trabajo. El gran enema pulmonar hizo que le faltara el aliento hasta el punto de caer desplomado en aquel descampado donde lo encontraron. La empresa tendrá que indemnizar a la viuda. Expondré ante el juez las pruebas y mis conclusiones.

La declaración ante el juez era algo de vital importancia, ya que sin ella difícilmente la justicia podría dictar sentencia y ordenar el pago de la póliza de seguros que tenía contratada la empresa por ley.

Bruno cerró los ojos con fuerza. Los recuerdos de sus primeros años de andadura le trasladaban por un momento a tiempos más seguros, tiempos que le habían devuelto la tranquilidad perdida antes de conocer a su maestro, donde la muerte de sus padres le hundió en el abismo extraño y oscuro de los desposeídos; niños huérfanos, invisibles para el mundo. Carnaza de canallas, proxenetas, chirleros o malnacidos como su abuelo Salvatierra.

La voz cálida de Uma le sacó de sus negros pensamientos y le trajo definitivamente al presente. Estaba frente a él con una humeante taza de té rojo y cardamomo.

—Tómesela, pequeño *sahib*. Le ayudará a espantar los pensamientos enredosos que no le dejan dormir. A veces uno intenta encontrar soluciones a un futuro incierto; sin embargo, tal vez la respuesta esté a nuestro alcance solo cuando ese sino nos encuentre.

Bruno negó al aire con una sonrisa de cariño al tiempo que se llevaba a los labios el aromático té. Sin duda era una mujer sabia. «Solo cuando ese sino nos encuentre», repitió mentalmente. Olmedo le hubiese dicho que no cruzara el puente antes de haber llegado a él. Cada uno a su modo tenía respuesta para todo.

Uma le condujo hasta uno de los divanes renacentistas que había en el cenador, al lado de una pequeña estufa de hierro fundido que exhalaba un cálido aliento a madera de pino. Recordó cuando Bruno llegó a La Luz de Helios siendo apenas un niño delgado y enfermizo. Ahora su pequeño *sahib* ya era un hombre. Un joven

fornido, de robustos brazos y tan alto que ni poniéndose de puntillas alcanzaba a abrazarlo. Él se tumbó obediente, acunado por almohadones de raso. Sintió las manos hábiles de Uma al arroparle con una manta y el contacto cálido de sus labios al besarle en la frente. El ronroneo de la combustión le ayudó a quedarse dormido.

Bruno se despertó cuando el sol le daba de lleno en los ojos. Le costó reconocer el cenador donde había pasado la noche. Al enfocar la vista le pareció ver al inspector Del Romo, que asomaba a duras penas entre las hojas de los ciclámenes y las azaleas que atestaban la mesa. El aroma del habano y el humo gris que flotaba en el ambiente fueron concluyentes. También advirtió un delicioso olor a café. El inspector estaba parapetado tras un periódico. Lo cerró en cuanto se percató de que el joven se había despertado.

—A punto estaba de llamar a la Brigada Metropolitana para que te despertara, muchacho. Llevo más de media hora viéndote roncar.

Él se desperezó sonriendo.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media. Hora de trabajar. —Le señaló con un golpe de cabeza unos informes que había dejado sobre la mesa—. Pero antes dejaré que te tomes un café.

Bruno lanzó un bufo. No había dormido ni cuatro horas. Se ajustó el batín y prácticamente se arrastró hasta la silla contigua al inspector. Este, con cara de guasa, le sirvió un café negro y se lo arrimó.

—Te recuerdo que has sido tú quien me pidió con urgencia la autopsia de Olmedo. —Al escuchar eso, el joven la buscó con la mirada y la cogió con avidez—. Confío en que tendrás buenas razones para seguir indagando.

No le contestó, ya había advertido la mirada de ojo clínico que solía utilizar cuando algo no le convencía. Era igual que la de un médico a punto de diagnosticar una enfermedad terminal. Procedió a leer el dictamen. Según avanzaba en la lectura, comprobó que ninguna de las teorías que se había planteado se sostenía en la escasa información que arrojaba aquel informe.

Del Romo le observó atentamente. Estaba convencido de que aquel muchacho testarudo andaba detrás de encontrar alguna pista por peregrina que fuera. No era solo que le costara asimilar el suicidio de Olmedo. Había algo más. Lo conocía. Le había visto crecer, afanarse en las prácticas poco convencionales de su maestro y en sus enseñanzas. Siempre había creído que el chiquillo poseía una intuición especial; el don de encontrar respuestas donde otros habían fracasado. Hablaba con los cadáveres. Lo hacía en voz alta y clara. A veces les rogaba que le otorgaran la claridad de la verdad a través de sus heridas y sus cicatrices. Otras, les exigía; como si aquellos despojos pudieran oír sus reclamos y terminaran por confesarle quién había sido su asesino. Tenía verdadero talento. Era una pena que no hubiese cursado estudios universitarios.

—Inspector —dijo Bruno devolviendo las cuartillas a la mesa—. Le agradezco la

premura al traerme el dictamen, pero aquí no hay nada que aclare mis dudas. —Hizo una pausa buscando las palabras para lo que tenía que decirle—. Verá, yo exploré el cadáver de Olmedo cuando lo trajeron del Depósito Judicial. No se lo conté por temor a que me reprendiera, pero lo examiné antes de prepararlo para el entierro.

Del Romo guardó silencio. De sobra sabía él que sus advertencias de nada habían servido.

—Descubrí un moratón redondo en uno de los costados, cerca de la escápula izquierda —prosiguió Bruno—. Creo que el golpe fue realizado con un bastón de mango redondo. De bola, tal vez. El tobillo derecho de Olmedo había sufrido una luxación. El empeine estaba totalmente morado y el pie hinchado. Tanto la rodilla de la misma pierna como la cadera estaban contusionadas, lo que me lleva a pensar que a consecuencia del bastonazo cayó a la carretera sobre el costado derecho. Las marcas de las ruedas de la calesa se imprimieron a fuego sobre el lado izquierdo, pero antes recibió varias coceaduras de los caballos. Por el ángulo y la profundidad de las marcas, ninguna coincide con la posibilidad de que estuviese de pie cuando las recibió. Todo me induce a pensar que mi maestro estaba tirado sobre la carretera cuando fue arrollado.

Le miró impresionado. Se pasó la mano por los labios en un gesto nervioso. Respiró hondo y siguió en silencio.

—Inspector, esta es una de las razones por las que no admito el suicidio de Olmedo, pero tengo otras más. Si él hubiese querido quitarse la vida, tenía mil maneras de hacerlo mucho menos dolorosas. El Sancta Sanctorum es un almacén de drogas. Tampoco tenía asuntos por resolver y ningún problema grave tan determinante como para desear la muerte.

Del Romo asintió con la cabeza.

—Muchacho, no es que intente justificarme, pero en un principio no di mucho crédito a lo del suicidio porque la declaración de aquella vendedora de castañas me resultó un tanto inverosímil. Es fácil que se equivocara porque su fama de aficionada a la cazalla la precede. Aun así he de reconocer que no albergué duda alguna de que realmente se trataba de un accidente. Olmedo era tan despistado que no es extraño que cruzara la calle sin mirar. Ahora bien, tú mismo has leído la autopsia. No hay en ella evidencias para pensar otra cosa. Además, ¿por qué iba nadie a matarlo? Cierto es que tenía enemigos; no en vano ayudó a meter en la cárcel a muchos asesinos, aunque casi todos son carne de presidio o de cementerio. La lista de sospechosos es corta, por no decir inexistente.

No iba a alentar a Bruno en sus sospechas, pero tampoco a quitarle la idea. Si el chico creía que había algún hilo de donde tirar, no iba a detenerle.

—¿Y por dónde empezarías la investigación? —preguntó dando por sentado que ya no había vuelta atrás.

—Por «desandar» sus pasos. Sus últimas horas de vida son esenciales para saber qué ocurrió. —Se levantó y miró al infinito a través de la cristalera—. Los martes por

la tarde solía ir a buscar antigüedades para su colección. Le gustaba recorrerse los barrios aledaños al Rastro: la calle de la Ruda, Carnero, Santa Ana... Se marchaba a las cinco de la tarde y volvía sobre las diez y media u once. Nunca cenaba. Se tomaba una copa de *armagnac* en la salita de estar y leía un buen rato hasta la hora de acostarse.

—¿Solía llevarlo Pedro en el landó?

—Se lo preguntaré, aunque creo que cogía un tranvía hasta Embajadores y luego proseguía a pie hasta la Rivera de Curtidores. Le gustaba tomarse su tiempo en las tiendas de antigüedades y las librerías de viejo. Decía que las gangas se encontraban husmeando en los rincones más oscuros y olvidados. Si hallaba alguna pieza que captara su atención, la apalabraba y mandaba a Pedro al día siguiente a recogerla. Pero recuerdo que, ese martes en concreto, teníamos programado un embalsamamiento. Aun así se marchó a las cinco y media y me permitió que yo terminara el trabajo. Me extrañó un poco porque no solía salir si teníamos tarea pendiente. Pienso que le surgió algo y por eso se marchó. Además, el atropello tuvo lugar en las cercanías de la estación del Mediodía, en la calle Méndez Álvaro. Esa zona está lejos de su recorrido habitual.

—Bien —dijo Del Romo reflexionando unos instantes—, creo que tienes elementos suficientes para iniciar tu propia búsqueda. Yo te guiaré en tus pesquisas, pero extraoficialmente.

Tras escuchar aquello, Bruno le miró con una mezcla de extrañeza y decepción.

—Yo esperaba que usted abriera una investigación oficial. Hay pruebas suficientes.

El inspector le pasó el brazo por el hombro en un gesto cómplice, casi paternal.

—Espero que me comprendas si te digo que estoy atado de pies y manos. Yo era uno de los mejores amigos de Olmedo y tú su pupilo, mi propuesta no sería recibida con buenos ojos por mis superiores. Ambos somos parte implicada y ya pedí algunos favores para que su muerte fuera dictaminada como un accidente y no como un suicidio. Ahora bien, la cosa sería diferente si encontraras algo realmente fiable que nos llevara hasta un sospechoso. Ahí nuestra objetividad no sería cuestionada y me darían carta blanca.

Bruno terminó por aceptar su proceder, a pesar de no estar de acuerdo.

—Está bien. Me conformo con que al menos usted apoye mis pesquisas. Necesito descubrir la verdad de lo ocurrido. Solo así mi conciencia se quedará tranquila.

—Las apoyo, sí, aunque tendrás que prometerme que andarás con tiento. No te lo tomes a mal, pero eres joven e inexperto. Hay un mundo muy oscuro y peligroso ahí afuera. Olmedo lo conocía bien, sin embargo tú jamás has tenido que mirar a ese mundo a los ojos. Y si tal como apuntas alguien lo asesinó, tendrás que ser cauteloso en extremo.

Sí, tal vez él no conociera de primera mano ese submundo del que hablaba Del Romo, pero lo había palpado día a día en los cadáveres que llegaban a la morgue. A

través de ellos había pisado esa línea imaginaria que separaba el bien del mal. Tampoco su infancia había sido un camino de rosas. Ese submundo también le había rozado la piel con sus dedos de hielo.

—Tendré mucho cuidado, inspector. Antes de dar un paso en falso le pondré al corriente para pedirle consejo.

Del Romo sirvió una segunda taza de café para ambos y repartió un generoso trozo de bizcocho casero. Bruno, por su parte, volvió su atención a la carpeta que seguía sobre la mesa, junto al dictamen de la autopsia de su maestro, y lanzó una mirada interrogante al inspector.

—Se trata de un caso bastante escabroso —le contestó él con un gesto grave—. Estos informes me los ha pasado un amigo guardiacivil. Me ha pedido mi opinión. Quiero que les eches un vistazo y me des la tuya.

Bruno leyó con atención el primero. En él se detallaba el hallazgo del cuerpo de una niña de unos diez años en la acequia del Este, un canal de riego muy cercano al hipódromo y a la ronda del Ensanche, que surtía de agua una zona de huertas y fincas en las afueras. El cadáver estaba desnudo y presentaba signos de maltrato físico; ligaduras en manos y tobillos, señales de agujas en varias zonas del cuerpo y le habían afeitado la cabeza y las cejas. Lo que más llamó su atención fue la descripción de una cicatriz que surcaba el pecho de la niña de forma vertical, como si hubiese sido sometida a una intervención quirúrgica reciente. Todavía conservaba los puntos de sutura cuando fue encontrada. También resultaba interesante el hallazgo de un pájaro muerto en la manita del cadáver. Al final del informe, subrayado, ponía: «Víctima sin identificar». «Se descartó como sospechoso a un vagabundo tras comprobar su coartada».

—¿Un sospechoso?

—Sí, mi amigo me ha contado que lo encontraron cerca del cadáver durmiendo la mona. Tras un interrogatorio y las comprobaciones pertinentes, se le dejó en libertad. El tipo había estado todo el día pidiendo limosna a las puertas de la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles y después del cierre de la iglesia acudió a una cena de beneficencia que daban las beatas en la rectoría. El párroco corroboró que el vagabundo no mentía. Lo conocía de haberlo visto en la cena de caridad. Al parecer se peleó con otro mendigo por algo relacionado con la comida y por eso se fijó en él. Abandonó el comedor cuando cerraron las puertas, a las nueve de la noche, y el forense de turno dijo que la muerte de la cría se produjo unas cinco horas antes de que encontraran el cadáver, que fue sobre las once.

Bruno se detuvo en un par de fotografías que adjuntaba la carpeta. Una mostraba la cicatriz y otra el pájaro: una cría de golondrina común.

Abrió el segundo informe. Los datos eran prácticamente los mismos. El escenario donde había sido encontrada la víctima fue una noria de la misma acequia de riego, en otro tramo distinto, cerca del camino de Canillas. No hubo sospechosos ni tampoco se identificó a la niña. Buscó información adicional, pero no encontró nada

más.

—¿Y el dictamen de las necropsias?

—No se ordenaron autopsias porque tampoco hubo investigación oficial, Bruno. Estas chiquillas no fueron identificadas, no tenían familia conocida. Eran «agua del Manzanares». Así las llamaba mi padre, que en paz descansa. Niños desamparados que desaparecen a diario y a los que nadie echa de menos. Los cadáveres permanecieron varios días expuestos en el Depósito Judicial de la dehesa de la Arganzuela y nadie los reclamó. No se encontró denuncia alguna por desaparición o rapto. Se las enterró en una fosa común de caridad. Recibieron el mismo trato que cualquier prostituta o vagabundo muerto. La beneficencia corrió con los gastos del sepelio.

Bruno apretó los puños con fuerza. Una oleada de rabia contenida se extendió por su pecho como un rayo. Qué nombre merecía una sociedad que no se ocupaba en absoluto de sus niños. Él mismo había sentido en carnes propias lo que era ser «agua del Manzanares», tal vez por eso tenía presente el desamparo tan grande que golpeaba a estos críos. Sin duda, fue una suerte que Olmedo le prohiciera. De haber seguido con el viejo Salvatierra, que se hizo cargo de él a la muerte de sus padres, no sabía qué futuro le hubiese esperado. Si bien, por los recuerdos tan negros que tenía, no le costaba mucho adivinarlo; ahora sería carne de presidio, aunque quería creer que no hubiera terminado como aquel malnacido, que dio su último aliento en el garrote vil.

—Bruno, hay algo más que necesitas saber y por lo que este caso cobra una especial connotación —dijo el inspector ajeno a sus quebrantos—. Los cuerpos fueron robados del cementerio al poco de ser enterrados. El ladrón eligió los cadáveres de estas dos niñas de entre los seis que había en la fosa común.

Él no pudo evitar soltar un silbido de asombro.

—¿Sospechan que fue el propio asesino quien recuperó los cuerpos?

El inspector asintió con vehemencia.

—De ahí que este guardiacivil se mostrara tan interesado en consultarme el caso. Voy a verle hoy y me gustaría saber qué opinas tú.

Tras sopesar los datos con los que contaba, no tardó en darle su parecer.

—Las niñas estaban desnudas, expuestas. Puede que haya un componente sexual, pero el informe no dice nada de que hubiesen sido forzadas; aunque por ahora no hay que descartarlo. Tal vez solo se trate de una llamada de atención y el objetivo del asesino fuera causar una fuerte impresión en quienes las vieran. Hay un *modus operandi* y una firma. También un intervalo de quince días entre una muerte y otra. Estamos ante un asesino reincidente. Mi opinión es que volverá a matar.

—Sí, tenemos suelto a un hijo de puta muy artístico.

—¿Se abrirá una investigación oficial?

—No... A no ser que aparezcan más víctimas.

Ambos guardaron silencio mientras terminaban el desayuno. Del Romo, tras el

último trago de café, encendió el puro que había apagado minutos antes en el cenicero.

—Y dime, Bruno, siento ser pesado, pero ¿qué hay del testamento de Olmedo?

Él le hizo una mueca chusca antes de decidirse a contárselo todo. No se explayó en darle detalles. Todavía no lo había asimilado del todo.

—Vaya... —dijo el inspector en un tono de decepción tras escuchar sus explicaciones—. Jamás pensé que le legara la funeraria a su hermano Hugo. Imagino que tendría buenas razones para hacerlo, porque ellos dos terminaron como el rosario de la aurora.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, hace muchos años de eso. Recuerdo que siempre iban juntos a todas partes, e incluso también ayudó a mi padre en alguna investigación. Tu mentor me contó que habían discutido y que el italiano se había marchado al extranjero para poner tierra de por medio. Era un culo inquieto, le tiraba mucho eso de las momias y las zarandajas egipcias. Siempre estaba hablando de viajar por todo el mundo y vivir experiencias únicas. Bueno, imagino que serían chaladuras de juventud, vete tú a saber. Eso sí, Bruno, siempre fue hombre de palabra. Si los abogados de Olmedo han dado con él, vendrá. Hará lo debido.

El joven sintió algo de alivio al escuchar aquello. En su mente, ya se estaba formando una imagen del tal Bonaventura, pero le carcomía la curiosidad en cuanto a la disputa entre ambos.

—¿Por qué discutieron, inspector?

Del Romo se encogió de hombros.

—No lo sé. Eran muy distintos, chocaban en muchas cosas y ya sabes cómo era Olmedo; muy recto en sus convicciones. Hugo, en cambio, era un... vividor. Le gustaban las mujeres y la diversión. Se sacó la carrera en los pasillos de la facultad. Estudiaba lo justo, pero se graduó con la mejor nota de su promoción.

—¿Fue *magna cum laude*? —cuestionó impresionado.

—Eso es. Olmedo también, aunque me consta que él se dejó los cuernos estudiando y jamás se saltó una clase. Aun así, no le superó.

El inspector cabeceó con añoranza. Él no había llegado a bachiller; los estudios nunca fueron lo suyo. Su asignatura preferida fue la escuela de la calle, y ni siquiera se había cuestionado ser otra cosa que policía como su padre. Había compartido con Hugo alguna que otra escapadita cuando apenas tenía dieciocho años y lo pasaron de fábula. Ese italiano chiflado también se había licenciado con nota en la escuela de la vida.

—Ojalá no se haga esperar, muchacho —dijo mientras se levantaba de la mesa—. Ya me voy, que va siendo hora de que vuelva a la comisaría.

—Lo acompaño.

—No es necesario. Tómate otro café, que tienes unas ojeras de aúpa. ¿Cuánto hace que no sales? A Olmedo no le haría maldita la gracia verte así y lo sabes.

Espabílate y ve a dar una vuelta por ahí a que te dé el aire.

Bruno apretó los labios. Tenía razón, pero aún estaba triste y furioso. Tampoco ayudaba mucho que el hermano de su tutor no hubiese dado señales de vida. ¿Qué se suponía que tenía que hacer él si el conde no aparecía? No podía replantearse un futuro hasta saber las decisiones de aquel señor.

Tras asearse y vestirse, se ajustó el batín y bajó a la salita de estar. Se dispuso a echarle un vistazo al periódico sin demasiados ánimos, pero la voz de *lady* Doyle, que le llegaba desde el despacho contiguo, no le dejó concentrarse en la lectura. Parecía discutir con un hombre.

—Me he personado aquí para advertirles de que no pueden ejercer sin un operario titulado. Si quieren proseguir con la actividad tendrán que inscribir a uno nuevo en la Unión de Empresarios de Pompas Fúnebres. Ellos resolverán todos los trámites. Hasta entonces, tendrán que permanecer cerrados al público. ¿Ha entendido todo lo que le he dicho, señorita?

—Estamos a la espera de que llegue el hermano del difunto don Olmedo —respondió ella en tono monocorde—. Él es el nuevo propietario ahora. Como ha podido comprobar, hemos colgado el letrero de «cerrado por defunción», no tenemos intenciones de abrir hasta que el tema de la herencia se solucione. Tiene mi palabra, señor... ¿Cómo me dijo que se llamaba usted?

—Alfredo Méndez...

—Pues, señor Méndez, puede marcharse con toda tranquilidad. He entendido perfectamente. Ni soy sorda ni lela.

Bruno dejó el periódico y se acercó al despacho para ver con quién hablaba.

Era uno de los inspectores técnicos de la oficina de Higiene y Policía Mortuoria del Ayuntamiento. Dio unos toques de cortesía a la puerta y entró.

—Buenos días, caballero. Soy Bruno Moreto, el pupilo del difunto don Olmedo.

—Lamento mucho su pérdida, señor Moreto. —Se levantó y le estrechó la mano con gesto solemne—. Nada más lejos de nuestra intención que molestarle en tan amargos momentos. He puesto al corriente a la señorita del asunto que me ha traído hasta aquí. Ella le contará. Si me disculpan, tengo pendientes varias inspecciones y voy con retraso. Les deseo buenos días.

Lo acompañó hasta la puerta. En cuanto se alejó, la inglesa exclamó:

—*My Goodness...!* Como no aparezca ese misterioso conde, no sé qué vamos a hacer, Bruno. Me veo en Inglaterra con mi vieja tía abuela Florence... Y eso sí que no. Me buscará un marido más viejo que ella, si es que eso es posible. Creo que tiene casi cien años...

Él sonrió imaginando a la Doyle del brazo de aquel matusalén.

—No se preocupe, *lady* Amber, seguro que el hermano de Olmedo aparecerá.

Ella suspiró por toda respuesta. A ese paso se veía empeñando sus joyas en el Monte de Piedad. Recolocó las flores del jarrón de la entrada al tiempo que se miraba de soslayo en el espejo. Unas disimuladas ojeras entristecían su mirada.

Estaba preocupada, aunque quisiera ocultarlo. Y razón tenía la británica al inquietarse. Lo ocurrido con el inspector del Ayuntamiento solo era la punta de la pirámide.

Bruno decidió bajar a la cocina para echar un vistazo a las facturas del mes. Mercedes y Pedro solían dejarlas en un portapapeles de madera, junto al tablón de campanillas del servicio. Y no le costó encontrarlas, había tantas que se salían por los bordes. Las cogió desalentado y las miró por encima. Las cifras bailaron en su cabeza.

Lourdes, la segunda doncella, entró en la cocina por la puerta que daba al patio. Venía precedida de un mozo de almacén, cargado con varios cestos de verduras. Sujetó la puerta para que pasara el chico.

—Buenas, señorito —le saludó en tono cantarín.

Él le devolvió el saludo sin despegar la vista de las facturas.

En ese instante, apareció Mercedes, que regresaba del lavadero, y le indicó al mozo que dejara las esportillas a un lado de la mesa. Le despidió sin propina.

—Ay, señorito —se quejó al advertir su presencia—, tenía que hablarle sobre las cuentas del mes. Alguien tendrá que hacerse cargo porque cada vez hay más bocas que alimentar en esta casa. El carnicero me ha dicho que el señor Olmedo, que en gloria esté, no abonó las cuentas atrasadas. En el colmado también me han advertido y el droguero y el carbonero me han llamado al orden esta mañana. Pedro tiene que comprar forraje para los caballos y pagar la minuta del veterinario. *Bécquer* lleva días muy malito. La floristería...

Bruno le hizo un gesto con la mano para que no siguiera. Ya se hacía una idea.

—Veré qué podemos hacer, Mercedes. Buscaré el dinero, no se preocupe usted —mintió como un bellaco. No quedaba un real en ninguno de los escondrijos habituales de Olmedo. Ya había mirado en todas partes y ni se le pasaba por la cabeza consultar el saldo del banco. Allí solo había números rojos.

—Ay, señorito, me quita usted un buen peso de encima. Y mire, Araceli, la lavandera, también ha venido a llevarse la ropa. Le debemos varias semanas de jornal. Si por casualidad tuviese usted un par de duros para dárselos... Su marido no tiene trabajo y ella es la única que lleva el sustento a casa...

—Pues faltaría más. Ahora mismo voy a por el dinero. Y si necesita alguna cosa, se la da.

En un santiamén subió por la escalera de servicio hasta la buhardilla. Si no recordaba mal, había dejado algo de calderilla encima del chifonier.

—¡Maldita sea! —renegó al no encontrarlo.

Se mordió el labio furioso. No se acordaba de que se lo había gastado en varias revistas médicas. Se fue derecho a su caja de caudales secreta; un cofre de hueso que conservaba desde niño. Lo abrió con apremio. Estaba vacío. Maldijo una vez más mientras pensaba a marchas forzadas dónde podría encontrar unas monedas. Registró su armario. Rebuscó en los bolsillos de todas sus levitas y gabanes. Nada, ni una

maldita perra. Hasta que se acordó del cajón de las medias. Allí solía guardar algo para emergencias. Lo abrió y al fin encontró su botín: cien duros. Sacudió la cabeza con desánimo. Cogió lo que necesitaba y bajó como una flecha de regreso a la cocina.

La lavandera esperaba frente a la puerta con dos cestos llenos de ropa sucia. Nada más verle extendió la mano para que le pagara. Él le dio el dinero al tiempo que dejaba escapar un suspiro de alivio.

—Mil gracias, señorito. Le voy a dejar las sábanas como el jaspe.

Le guiñó un ojo y se marchó tarareando la estrofa de una tonadilla de moda para bailes de candil.

Bruno buscó a la cocinera con la mirada. La mujer estaba sacando del horno unas hogazas de pan, que dejó caer sobre unas tablas que había dispuestas en una encimera de mármol contigua a la bilbaína.

—Mercedes, ¿has visto a Pedro?

Ella se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano e hizo memoria unos instantes.

—Creo que está aseando las cuadras.

Él le dio las gracias y se dirigió a la puerta que daba al patio de carruajes.

Apenas había salido desde la muerte de su tutor y, al sentir la luz del sol en los ojos, tuvo que entornarlos. Una brisa suave arrastró el aroma de las rosas que adornaban la pequeña glorieta que abrazaba la estatua de un ángel esculpido en mármol de Macael. Atravesó el patio de carruajes y abrió las altas cancelas que llevaban a los establos. Las instalaciones no eran todo lo buenas que se podría desear. Hacía tiempo que las caballerizas necesitaban una reforma. Aun así, la limpieza y el orden reinaban por doquier. Pedro no era un caballero al uso, suplía con creces las funciones de media docena de criados; era cochero, palafrenero e incluso herraba a los caballos si se terciaba. También hacía las veces de albéitar cuando la dolencia de los rocines no era seria. Incluso recomponía las carrozas si se quebraba algún eje o se salía una rueda. Recientemente habían empleado a tres mozos de cuadra que no cobraban sueldo. Eran tres chiquillos recogidos de la calle. Aprendían el oficio a cambio de la comida del día, un jergón, ropa y calzado, que incluía los uniformes de lacayos.

Entró por los portones de la cuadra. Dos filas confrontadas de casillas, separadas por un amplio pasillo. Casi la mitad estaban vacías. Recordó con añoranza que a su llegada a La Luz de Helios había más de una docena de caballos frisonos, negros como el azabache. Ahora solo tenían seis. Eran unos animales hermosos y dóciles, de gran fortaleza física, aunque la mitad ya eran viejos y arrastraban algunos problemas de salud.

Pedro estaba cepillando a *Miserere*, un soberbio ejemplar. Su pelaje relucía al sol de la mañana que entraba por los portones abiertos de par en par. Los tres chiquillos, Ángel, Miguelín y Perico, se afanaban en la limpieza de la paja.

Bruno, tras saludar, acarició la testuz de *Rayo de luna*, que sacó la cabeza a través

del postigo de su casilla para saludarlo. Le ofreció sal en la palma de la mano. *Miserere* relinchó sacudiendo la crin ondulada y espesa, y lo empujó suavemente con el hocico para reclamar su atención. Tomó una manzana de un cesto y se la dio.

El cochero sonrió aquel gesto. Amaba a aquellos frisonos como a la familia que no había tenido y ellos le correspondían con lealtad y una nobleza que ya quisieran para sí muchos hombres. Le acarició el lomo y le palmeó los cuartos traseros.

—Discúlpeme, señorito, pero ¿se sabe ya algo del hermano del difunto don Olmedo?

El buen hombre supo la respuesta con solo leer en los ojos del joven. Vio en ellos el mismo temor que imaginó reflejado en los suyos. La misma incertidumbre ante un futuro incierto. Pero en su propio caso, ese miedo no era solo por su mujer Mercedes y por los chiquillos que había tomado de aprendices, sino también por aquellas pobres bestias que eran toda su vida. Había entrado a servir como mozo de cuadra cuando apenas era un crío de diez años. No conocía otra cosa que la vida de las caballerizas. Comprendía que la manutención y cuidados de los caballos resultaban bastante caros. Algunas funerarias ya habían comenzado a utilizar automóviles que, a la larga, eran más rentables. Pero el señor Olmedo no quería ni oír hablar de ello. Decía que las carrozas eran algo atemporal, elegante y vistoso. Con automóviles o sin ellos, siempre habría al menos un carruaje para satisfacer a un público más exigente y tradicional.

—Todavía nada, Pedro. Aún es pronto, los viajes desde el extranjero son largos.

El cochero sonrió cortésmente. Aquello no le tranquilizó, aunque no hizo más preguntas. Entendió que solo hacía falta mirar a aquel muchacho para saber que estaba más perdido que él. Ni siquiera pensó en contarle que *Bécquer* llevaba días enfermo. Mercedes ya le había dicho que no podían pagar al albéitar.

—Verás, Pedro, quería saber si el señor Olmedo te pidió que le llevaras a algún sitio el día del accidente.

Él le miró algo extrañado por aquella pregunta, pero se limitó a contestar.

—Sí. Lo llevé a la calle Áncora, a una tiendecita de antigüedades. Lo dejé allí y me dijo que me fuera, que ya regresaría él por su cuenta.

Bruno enarcó las cejas esperanzado.

—¿Solía ir a menudo?

—Solo lo llevé un par de veces, que yo recuerde. No sé si lo tenía por costumbre. Ya sabe usted que el señor no comentaba esas cosas conmigo.

—Está bien. Necesitaré que me lleves a esa tienda esta tarde a eso de las cinco.

Pedro reprimió las ganas de preguntarle el motivo. No estaba bien hacer preguntas indiscretas. Además, el señorito no dio lugar a ello, ya caminaba hacia la salida de las cuadras.

Antes de salir, el joven se detuvo y le dijo:

—Manda a uno de los mozos a buscar al albéitar. Tengo algo de dinero. Creo que alcanzará para pagar la minuta.

El cochero asintió maravillado. Seguro que Mercedes le había contado al señorito lo de *Bécquer*. Sonrió aliviado y se apresuró a llamar a voz en grito a Miguelín, el más pequeño de los tres.

Bruno echó a andar cabizbajo. La situación era insostenible. Los cien duros iban a desaparecer como agua por un sumidero.

El landó giró en la glorieta de la Independencia, dejando a la izquierda la puerta de Alcalá para tomar el paseo de las Delicias. La calle Áncora estaba a pocos metros de la glorieta, entre una modesta capilla dedicada a la Virgen de las Angustias y a espaldas de los cementerios de San Nicolás y San Salvador.

«Extraño lugar para una tienda de antigüedades», pensó Bruno al tiempo que Pedro sofrenaba los caballos. Se alejaba de las que solía frecuentar su maestro, que se ubicaban en la telaraña de callejuelas que tejía el Madrid más abigarrado. Aun así, la calle no era tranquila dada la cercanía de la estación del Mediodía. El silbido de los trenes irrumpía sin misericordia. Despidió al cochero dándole instrucciones de que volviera a la funeraria y se dirigió con paso decidido a la tienda. Era un pequeño edificio de dos alturas, en cuyos bajos estaba la entrada con un pequeño escaparate. En una sencilla cornisa pudo leer el rótulo anunciador «Curiosidades». Los cierres estaban echados. Se apreciaba con claridad que las cerraduras habían sido sustituidas recientemente porque había un cambio de color en la pintura de la reja. Puso su mano en forma de visera para intentar divisar el interior. Vio montoneras de libros desordenados sobre los mostradores y gran cantidad de artículos de todo tipo desperdigados por doquier. Pensó que estarían de obras o llevando a cabo una limpieza exhaustiva y tal vez por eso permanecía cerrada al público. Tampoco vio a ningún dependiente. Se separó unos metros del escaparate y miró hacia arriba. Había dos ventanas y otras dos lucernas en la buhardilla con tejado de pizarra a dos aguas. Imaginó que la planta superior era una vivienda, pero por más que buscó no encontró ningún portal de acceso en la fachada.

El pequeño edificio hacía esquina. Se decidió a mirar en la parte posterior. Había un amplio jardín bordeado por un murete que remataba una balaustrada de mármol, de la cual sobresalía una masa de aligustre espeso y alto. Se dirigió a la cancela de entrada, en cuyos arcos de hierro forjado se retorció un rosal trepador. A un lado atisbó una hornacina que contenía una pequeña campana. No dudó en llamar.

Tardaron en abrir. Le recibió una mujer de unos setenta años. Su atuendo de luto contrastaba con los alegres colores de una gran pamea y un delantal de jardinería. Llevaba del brazo una cesta llena de flores azules recién cortadas que olían a vainilla. Notó en su gesto una mueca de velada sorpresa ante la inesperada visita.

—Discúlpeme, señora. Soy Bruno Moreto. Busco al dueño de la tienda. He visto que está cerrada, pero no hay ningún aviso en la puerta.

—Sí, es cierto. Colgamos un cartel por defunción, pero hace tres noches robaron y debió de caerse con el barullo.

Bruno sintió una punzada en el estómago.

—¿Por defunción, dice?

—Así es, el dueño, el profesor Samuel Cohen, murió hace dos semanas. ¿Lo buscaba por algo urgente? ¿Un pedido, tal vez?

—No. No se trata de eso. —Hizo una pausa para tragar saliva. Tenía la boca seca por la ansiedad—. Verá... Tengo entendido que mi maestro, el doctor Olmedo, vino por aquí hace un par de semanas. A lo mejor usted lo recuerda...

La mujer enarcó las cejas.

—Pues claro que sí. El doctor Olmedo era gran amigo del profesor, pero será mejor que pase usted, joven. Ha sido una descortesía por mi parte no invitarle a entrar. Después de lo del robo anda una tan escamada...

Le dirigió a través de un caminito de gravilla blanca hasta un templete que había a pocos metros de la entrada a la casa. Era una construcción bastante sencilla, apenas unas pérgolas de hierro forjado con una hermosa cúpula de ligeras volutas. Le ofreció asiento mientras se despojaba de los guantes de jardinería y del delantal y dejaba la cesta de flores encima de una mesita. Se sentó en una butaca de enea cercana a él.

—Soy *frau* Rosebaum, institutriz y ama de llaves de la casa.

Bruno le dirigió un cortés saludo antes de tomar asiento. Sobre la mesa había una bandeja con una jarra de limonada. La mujer se apresuró a servirle un vaso y se lo ofreció.

—Si le soy sincera, echamos de menos al doctor Olmedo en el velatorio del profesor. Imaginamos que estaría indispuerto, aunque como no mandó ninguna nota de disculpa...

—Verá, mi maestro murió hace hoy dos semanas. El martes veintitrés.

Ella se santiguó con una exclamación de asombro y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sacó un pañuelo del interior de su manga y se las enjugó.

—Entonces, murió el mismo día que el profesor —dijo con la voz quebrada.

—Eso parece. Le arrolló una calesa de camino a casa.

La mujer se volvió a santiguar.

—Jamás hubiese imaginado nada igual. La señorita Anna y yo pensamos que se sentiría indispuerto después de descubrir el cadáver del profesor. No fue para menos... Pero pensar que lo atropelló una calesa...

Bruno no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Disculpe, señora Rosebaum, ¿dice usted que mi maestro fue quien descubrió el cadáver?

—Así fue. Se reunían aquí todos los martes. Solían conversar de sus asuntos en una salita de estar, junto al almacén, mientras tomaban el té. Pero ese día, cuando el doctor Olmedo entró en la tienda, se lo encontró ahorcado. Se había colgado del pasamano del entrepiso. ¡Fue horrible!

La pobre mujer se echó a llorar desconsolada.

—Ni siquiera lo sospechamos —prosiguió—. No notamos nada raro en su comportamiento. Él era un hombre muy serio, nada dado a las bromas; sin embargo,

no se le veía triste o preocupado. Bien es cierto que la tienda no iba todo lo bien que él hubiese querido, aun así pagábamos las facturas. El dinero nunca le importó.

Bruno le dedicó un gesto de interés.

—¿Me dijo usted que habían sufrido un robo?

—Así es. Ocurrió hace tres noches. Lo más extraño es que no hemos echado nada a faltar. Había algunos incunables muy valiosos y no se los llevaron. Anna dice que buscaban algo que no lograron encontrar porque pusieron todo manga por hombro. —Hizo un inciso disculpándose—. Anna es la sobrina del difunto profesor. La pobre mía se ha quedado sola en el mundo con tan solo veinte años. Era huérfana desde muy niña.

—Yo también soy huérfano. Imagino lo desolada que estará.

Miró hacia la casa. Una joven estaba asomada al pequeño balcón de la primera planta. Observaba a Bruno con curiosidad.

De repente, unos pavorosos alaridos, provenientes del interior, cortaron en seco la conversación. Sobrecogieron a Bruno y a ambas mujeres por igual. Él se puso en pie alarmado. Sonaban como los de un verraco al que estuvieran sacrificando.

—¡Por los clavos de Cristo...! —exclamó sin poderlo remediar.

El ama de llaves también se levantó, pero le pidió calma con un gesto de las manos.

—No se alarme, joven. Es mi anciana tía. La pobre está postrada en cama con una apoplejía. Le ha afectado al habla y suele gritar cuando necesita algo. Espere usted aquí y sírvase más limonada. Será cosa de un momento. Discúlpeme.

Bruno asintió anonadado. Jamás hubiera imaginado que un ser humano pudiese emitir semejantes chillidos.

Claudia Rosebaum se alejó a buen paso. Una vez dentro de la casa, llamó a voces a su pupila al tiempo que subía las escaleras. Anna salió de su habitación y esperó a que el ama de llaves llegara al rellano. La señorita estaba todavía en bata y camisón, pero la institutriz no la reprendió. Se limitó a preguntarle si podía ayudarla con su anciana tía.

—Será solo un momento, Anna. Ya sabe usted que *frau* Ursula se niega a que la atienda otra persona que no sea yo. Y sola no puedo moverla. Creo que habrá que cambiarla de arriba abajo.

Anna asintió de mala gana y ambas se dirigieron a la habitación del fondo del pasillo.

Claudia lavó meticulosamente a la anciana. La perfumó con agua de colonia y le puso un camisón limpio. Luego, entre las dos, la ayudaron a llegar hasta la silla de ruedas para poder cambiar las sábanas. Cuando terminaron, la llevaron de regreso a la cama y el ama de llaves sacó el embozo y remitió los bordes de las mantas bajo el colchón.

—No se quejará, *frau* Ursula... Ya está limpita como un bebé. Intente usted dormir un poco, todavía quedan un par de horas para la cena.

La anciana le regaló una mirada fría cargada de complacencia. Su boca retorcida emitió algo parecido a un sonido gutural de satisfacción. No. La vieja Ursula no se quejaba de su suerte. Tal vez lamentara tener que vivir postrada sus últimos años de vida, pero al menos tenía una esclava que la cuidaba con solícita abnegación. Jamás había salido una maldita queja de los labios de aquella mujer a la que una vez ayudó. Cuidaba de ella como si fuera su verdadera hija y sería así hasta el final de sus días. Pero también sabía que el motivo de la diligencia de Claudia no se debía al cariño o a la gratitud. No. Ambas compartían un oscuro secreto. Y era ese y no otro el motivo de su celo.

Su futuro estaba resuelto. Sin embargo, era el pasado el que regresaba para atormentarla con terribles recuerdos. Hubiese deseado enterrarlos en lo más hondo de su alma. La muerte llegaría pronto y la vida se empeñaba en cobrarle cada uno de sus pecados. Tenía miedo. Un miedo feroz. Cuando la vieja del martillo viniera a reclamarle su pellejo tendría que dar cuenta de todos sus pecados. Estaba segura de que no hallaría perdón, el infierno se abriría bajo sus pies para engullirla. Las llamas que allí la esperaban serían más aterradoras que las del Gran Incendio de Hamburgo. Si se esforzaba, incluso podía sentir el calor que desprendían. Ella era una jovencita por entonces. Debió morir esa maldita noche, pero el destino se empeñó en que viviera para que cumpliera el sino del hijo que llevaba en las entrañas.

Instintivamente se protegió el vientre como si todavía estuviese gestando. Aquel bebé estaba predestinado. Era su salvoconducto para una nueva vida. Ese hijo sí tenía que vivir. Los demás solo habían sido errores. Errores y pecados carnales. «¿Y qué hacemos con los pecados carnales?», pensó recordando las advertencias de su padre. «Enterrarlos en lo más hondo de nuestro negro corazón».

Anna y Claudia, ajenas a los pensamientos de la anciana, abandonaron la habitación y cerraron la puerta.

—Cuidar de la vieja es demasiado trabajo para ti, Claudia —le dijo Anna con el ceño fruncido—. Si te soy sincera, a mí me supone también un gran esfuerzo. Para eso están las criadas.

Claudia la miró con los labios apretados en una fina línea. Sabía cuál era ese «gran esfuerzo» del que hablaba. Ella nunca había sentido ningún cariño por *frau* Ursula. Jamás se llevaron bien. La anciana tenía un carácter horrible. Y tras su ataque de apoplejía se había convertido en una anciana gruñona, egoísta e incluso cruel, que no dudaba en llamar a grito pelado a cualquiera de las dos en plena noche, simplemente para que ahuecaran sus almohadas.

—Sabes que no es por ti, Claudia. Ella no agradece tus desvelos; al contrario, te trata peor que a un perro.

—Dios premiará nuestros sacrificios.

—Lo que Dios tendría que hacer es premiarnos con un poco de misericordia y llevársela de una buena vez. Y no sé por qué te empeñas en seguir llamándola tía. No es nada tuyo. La recogiste por lástima y mira cómo te paga. Eres su esclava y ella se

complace por ello. Además, creo que no está tan enferma como quiere hacernos creer. A veces me parece escucharla hablar sola y oigo pasos en su habitación. Estoy segura de que finge su postración y esa terca mudez, sabe Dios por qué retorcido motivo.

El ama de llaves dejó escapar un hondo suspiro por toda respuesta. Sí, era verdad que Ursula no era su tía. Pero ambas estaban unidas por un pasado común. Habían servido juntas para una de las familias más prestigiosas de Hamburgo y se habían ayudado en un momento crucial de sus vidas. El destino tenía estas cosas. Unía a verdaderos extraños con lazos más fuertes que los de la sangre.

Antes de volver a su cuarto, Anna le preguntó por el visitante que había visto desde el balcón de su cuarto.

—Es el pupilo del doctor Olmedo. El pobre hombre también ha fallecido en un accidente. Al parecer fue arrollado por una carroza el mismo día de la muerte del profesor. ¿Verdad que es una espantosa casualidad?

Su pupila emitió una exclamación de sorpresa.

«Las casualidades no existen», pensó. Y se marchó sin despedirse, absorta en sus pensamientos.

Claudia se encogió de hombros. Anna siempre fue una niña difícil, de carácter irascible y solitaria. Le gustaba el estudio y era raro que no anduviera con las narices metidas en los libros. Pero desde la muerte de su tío se había convertido en poco menos que una ermitaña insufrible y maleducada. Imaginó que todo era debido al dolor de la pérdida y que el tiempo volvería a poner las cosas en su sitio. Bajó las escaleras para reunirse de nuevo con Bruno.

—Disculpe la tardanza, joven.

—No hay nada que disculpar. Me he entretenido observando los hermosos parterres y el invernadero. Son una delicia para la vista. ¿Son enanitos? —le preguntó señalando una hilera de alegres estatuillas de sombreros puntiagudos y barbas blancas, que bordeaban un grupo de tejos perfectamente tallados en forma esférica.

—Sí. Soy germana, aunque llevo en España desde que era jovencita. Me los traen directamente de Graefenroda, en Alemania. Allí es costumbre adornar los jardines con estos gnomos. Dicen que traen buena suerte, pero yo lo hago porque me gustan. Son muy alegres.

Bruno sonrió. «Gnomos», curiosa costumbre.

Claudia le ofreció otro vaso de limonada. Él se disculpó. Se estaba haciendo tarde.

—Verá, sé que le sonará algo raro, pero ¿me permitiría ver el lugar exacto donde murió el profesor Cohen?

Sí, a ella le pareció una petición del todo extraña.

—Sígame, fue en la tienda.

Entraron dentro de la casa y Claudia le dirigió hasta unas escaleras situadas al fondo del pequeño comedor decorado con sencillez y buen gusto. Tras el corto tramo de escalones había una puerta. La institutriz sacó un manojito de llaves de uno de los

bolsillos y abrió.

Giró la manija de la luz. Varias bujías iluminaron un estrecho entresuelo bordeado por una barandilla de forja pintada en negro. Era bastante alta. Le llegaba a Bruno al pecho. Calculó que debería de medir más de un metro y sesenta centímetros. En el extremo derecho se ubicaba una angosta escalera de caracol que conducía al piso principal de la tienda.

El ama de llaves le señaló el sitio exacto donde había estado amarrada la soga. Él lo examinó con interés. Para que alguien pudiera rebasar la altura de aquel quitamiedos hubiera necesitado estar en plena forma o subirse a algo.

—¿Era alto el profesor Cohen?

—No. Era más bajito que yo y bastante grueso. Le gustaba la buena mesa.

—¿Encontraron alguna banqueta o escalerilla cerca de donde ató la cuerda?

—No. No había nada.

—¿Sabe si alguien oyó ruidos extraños, gritos o forcejeos...?

Claudia no entendía por qué le hacía tantas preguntas.

—No. Las criadas tenían el día libre y Anna había salido a hacer unos recados. La última vez que vi al profesor, yo acababa de servirle su primera taza de té de la tarde, a eso de las cuatro y media. Recuerdo que, justo cuando yo me iba, entraron dos señores a la tienda. Uno de ellos iba en silla de ruedas.

—¿Eran clientes habituales?

—No. No los había visto nunca por aquí.

—¿Podría describírmelos, *frau* Rosebaum?

Negó con la cabeza.

—Yo iba muy apurada porque tenía que darle la medicina a mi tía y apenas me fijé en ellos, pero me llamó la atención que ambos llevaban lentes de cristales ahumados.

Bruno entornó los ojos. «Un gavilán acechando desde su atalaya», pensó. ¿Podría tratarse del mismo hombre que vio en el entierro de su mentor? Recordaba perfectamente que aquel misterioso caballero y su acompañante llevaban unas gafas así. Por otra parte, el intervalo de tiempo entre que ellos llegaron y el profesor se ahorcó se le antojaba escaso. Olmedo se marchó a las cinco y media de la funeraria...

—¿Qué hora era cuando mi tutor encontró el cadáver del profesor Cohen?

Ella compuso un gesto pensativo.

—Serían las seis menos cuarto, más o menos. Yo estuve atendiendo a mi tía al menos una hora. Acostumbro leerle en voz alta a la hora de la siesta. Recuerdo que acabé el capítulo y debí de quedarme traspuesta unos instantes. Me despertaron los gritos de apremio del doctor Olmedo. Me estaba llamando desde el hueco de la escalera que da a la tienda.

Él reflexionó unos instantes.

—¿Podría usted mirar en el libro de pedidos? Tal vez esos caballeros compraron algo y quedó reflejado su nombre o una dirección.

Claudia asintió con la cabeza y se dirigió a la escalerilla de caracol. Bruno la siguió. La tienda era bastante pequeña y realmente curiosa. Le llamaron la atención algunos objetos realmente estrambóticos. Un pie de momia, una maleta abierta de cirujano con todos sus instrumentos, un fuelle de piel de becerro con garras de cabra, una enorme pipa de espuma de mar cuya cazoleta era el rostro de un diablo y mil objetos igual de llamativos. Ahora entendía el rótulo de la cornisa. Centró su atención en el ama de llaves, que abrió uno de los cajones del mostrador más cercano a la puerta, sacó el libro y lo inspeccionó ayudándose por unas lentes que llevaba colgadas de una cadena a su cuello. Tras varios minutos de comprobación, negó con la cabeza.

—No hay ningún apunte de esa tarde. No compraron nada.

«Mala suerte», se dijo. Con toda probabilidad ellos fueron los últimos que vieron al profesor con vida.

—Verá, necesitaría hablar con la sobrina del profesor Cohen.

—No creo que desee recibir visitas. Se encuentra indispuesta. La muerte de su tío la ha afectado mucho. Estaban muy unidos y le está costando asimilar su pérdida. Hasta se le ha agriado el carácter a la pobre.

—Le agradecería que lo intentara, *frau* Rosebaum. Dígale que lamento tener que importunarla, pero que se trata de algo muy importante.

La institutriz le miró inquisitiva. Aquel muchacho había conseguido ponerla en ascuas.

Claudia transmitió a Anna el mensaje del joven. Ella la despachó con cajas destempladas. Desde el recibidor se oían los regaños, aunque aquel comportamiento no logró intimidar a Bruno cuando el ama de llaves le advirtió.

—Tendrá que ser muy breve, señor Moreto. Espero que disculpe el aspecto de mi pupila, lleva sin salir de su habitación más de una semana.

Él asintió. Respiró hondo y subió hasta el pequeño gabinete.

Anna Cohen le miró con descaro. Fue un terrible impacto para Bruno enfrentar aquella mirada. Sus ojos color ámbar se clavaron en los suyos con aire indolente. Le parecieron los de una niña vieja. Poseían algo de curtida vividora harta de respirar. Tenía la tez tan pálida que las venas de sus sienes se transparentaban y unas profundas ojeras ensombrecían su rostro. Tal vez fueran las culpables de que no fuese del todo hermosa. Los labios de la joven se curvaron con desagrado. Tenía veinte años, pero era tan menuda que aparentaba quince o dieciséis. Y sí, tal como había advertido el ama de llaves, llevaba la bata abierta y un holgado camisón de batista. Su cabello rojizo le tapaba parte de la cara. Estaba totalmente desgreñado. Ni siquiera le dio opción a presentarse.

—Sea breve, caballero. No me complace recibir visitas y menos aún después de la hora del té. ¿Acaso no le enseñaron modales, señor...?

«Vaya —pensó Bruno—, es un hueso. *Frau* Rosebaum se ha quedado corta al decir que se le había agriado el carácter».

—Soy Bruno Moreto, para servirla. —Hizo el gesto de pedirle la mano, y ella lo rechazó—. Tampoco a mí me agrada tener que hacer *ciertas* visitas. Vengo simplemente a mostrarle mis condolencias por la muerte de su tío.

Anna le dio la espalda, luego avanzó varios pasos hasta el pequeño balcón. Sus ojos se perdieron en el cementerio que se veía al fondo.

—Si yo fuera una señorita educada, le daría también las mías por el fallecimiento de su tutor; pero como no lo soy le diré que envidio a nuestros muertos. Ellos están ahora en un lugar mejor. Un lugar donde quisiera estar yo.

Sus palabras desconcertaron a Bruno. Sintió erizarse el vello de su nuca. Percibió mucha rabia contenida en su voz. Estaba irascible, como si le diera todo igual. La comprendía. Él mismo había estado así al principio. Era parte del duelo. Sin embargo no podía pasar por alto que tal vez ella se hubiese quedado estancada en aquella fase inicial de rabia contra el mundo. Se acercó muy despacio.

—Discrepo, señorita. Nuestros muertos no están en un lugar mejor. Simplemente han dejado de existir. Han pasado a formar parte del ciclo de la vida. Sus cadáveres son ahora pasto de los gusanos, un nido de ratas hambrientas; un trozo de carne podrida que se retuerce bajo montoneras de insectos.

Ella giró la cabeza bruscamente hacia él. Sus grandes ojos se clavaron en los de Bruno. Él pensó que sus palabras la habían turbado de veras, pero nada más lejos. Anna hizo un amago de sonrisa. Un guiño que carecía de la dulzura esperada en una mujercita de su edad. Sus pupilas se agrandaron de curiosidad.

—Su forma de pensar es la típica de los hombres de ciencia, señor. Salta a la vista que no es usted creyente. No tiene usted dios. —Señaló una estantería repleta de libros—. Tengo demasiado tiempo para leer toda clase de teorías sobre la vida y la muerte. Sus afirmaciones no me asombran ni me dan miedo. Lea alguno de esos libros y tiemble, caballero.

Bruno enarcó las cejas. Le había dejado de una pieza. No obstante, intentó disimularlo y echó un vistazo a la librería. Allí dormían títulos tan exóticos como extraños para él. Muchos de ellos estaban escritos en alemán. Se apreciaba en sus cubiertas de vetusta piel que eran verdaderas joyas de lance. Descubrió entre ellos algunos tratados de Aristóteles y Heráclito sobre filosofía. Acarició sus lomos con verdadera admiración y no le costó reconocer que aquella muchacha poseía un alma tan antigua como aquellos volúmenes. Se alimentaba de su conocimiento como otros lo harían del aire que respiraban, por viciado que fuera.

Estudió a Anna con detenimiento, intentando adivinar algunos trazos de su mapa de vida. Había un aura trágica en su profundo iris. Un adelanto de la bruma que estaba por llegar y en la que ella deseaba perderse. Pero, curiosamente, también había un grito de auxilio. Pudo escucharlo sepultado entre las voces remotas que silbaban sin misericordia en su cerebro. Ella anhelaba poner fin a su dolor, desaparecer; tal vez

morir, pero al mismo tiempo deseaba que alguien la salvara de su fatal destino. Bruno decidió no seguir con aquello y atajar de raíz la conversación que acababan de iniciar. Sin duda se trocaría en profundos juegos metafísicos y él sería el perdedor en aquella partida.

—Señorita, ¿no le interesa saber mi teoría sobre la muerte de nuestros tutores?

—Sinceramente, tiene usted visos de ser un verdadero pelmazo y no dejará de darme la lata hasta que haya desembuchado esas teorías.

Bruno disimuló una risilla al comprobar que la paciencia tampoco era una de sus virtudes. El dolor por la pérdida de su tío la volvía descarada e insolente y no se molestaba en disimularlo. Era como si la vida acabara de robarle a mano armada y ella se despachara a gusto con todos.

Le pidió permiso para sentarse en uno de los butacones cercanos. Ella asintió lacónicamente con la cabeza.

—Señorita, creo que le reconfortará saber que tengo razones para pensar que tanto el profesor Cohen como mi tutor no se suicidaron, sino que los asesinaron. En el caso del profesor, he inspeccionado el lugar de los hechos y he encontrado evidencias que me llevan a creerlo. Aunque bien es cierto que necesitaría más datos y una necropsia para poder afirmarlo.

Anna le devolvió una gélida sonrisa.

—Ya sé que mi tío no se suicidó. Me lo dijo el doctor Olmedo antes de marcharse de aquí aquella maldita tarde. Estuvo examinando la barandilla del entresuelo antes de llamar a la policía. Yo imaginé que me lo dijo para que no pensara que mi tío era un cobarde por suicidarse. O tal vez me vio tan abatida que quiso aliviar mi conciencia de ese modo. No lo sé. Quedó en volver cuando hubiese averiguado algo al respecto, pero ya veo que ha sido otra víctima más. He ahí el misterio de su extraña ausencia. Reconozco que quise buscarlo, pero no sabía dónde vivía. Lo ignoro casi todo de los amigos de mi tío. —Le miró con la cara ladeada, haciendo alarde de una cruel condescendencia—. Pero me da la impresión de que usted sabía aún menos que yo sobre la vida privada del doctor Olmedo y su círculo de amistades.

Bruno la miró con los ojos entornados, pero no pudo rebatirle aquello.

—Pues sería un buen comienzo que me pusiera al corriente de lo que sepa sobre él, señorita. Por poco que sea, me será útil.

—Mi tío y él acudían a una reunión de amigos cada martes, después de tomar el té aquí. Iban al mesón La Perdiz y la Liebre, una tasca en la calle Mayor.

Bruno sacó su libreta del bolsillo interior de su levita y apuntó el nombre. Ella negó con la cabeza.

—Será mejor que no se moleste en ir a investigar, señor Moreto, ya lo hice yo. Fui el martes siguiente a la muerte de mi tío. Era evidente que el grupo volvería a reunirse allí. Pero no fue así. Pregunté al tabernero. No sabía nada del asunto. Le di el nombre de mi tío, incluso se lo describí físicamente, pero él juró no conocerlo.

—A lo mejor no insistió usted lo suficiente, puede que se viera obligado a guardar

silencio por algún tipo de decoro hacia sus clientes. Igual imaginó que era usted una mandada de alguna esposa celosa.

Ella soltó un par de agrias risotadas.

—Sí, debió de ser eso. Mi pobre cabecita no da para más, bastante tiene con sostener mi sombrero. Menos mal que está usted aquí para dejármelo claro —respondió ella con ironía—. Señor Moreto, ¿a cuántas señoritas refinadas y de reputación intachable ha visto usted en un tugurio interrogando a un tosco mesonero? Casi tuve que maldecir para que aquel señor respondiera a mis preguntas. Insistí, vaya si insistí. Créame que no fue plato de gusto ser observada por los clientes como si el siguiente aperitivo que servir fuese a ser yo.

Bruno quiso que se lo tragara la tierra. Iba a disculparse por su falta de tacto cuando Anna le habló sin contemplaciones.

—Verá, amo la soledad. Las personas me aturden. De hecho, usted ya me está mareando con su presencia. No soy buena compañía. A la vista está que estoy atravesando uno de los momentos más duros de mi vida y no deseo testigos. Si no tiene nada más que añadir, le agradecería que se marchase.

Bruno respiró hondo. A esa chiquilla le salían la ironía y los malos modos a raudales. No obstante, era sincera al dejar al descubierto sus debilidades. Otras mujeres se hubiesen tragado su dolor y jamás hubiesen dejado que un hombre las viera de la guisa de la señorita.

—Lo haré «encantado», pero antes tengo que saber los nombres de los caballeros de las reuniones de La Perdiz y la Liebre. Debo dar con ellos para proseguir con mis pesquisas. ¿Conoce usted el nombre de alguno de ellos?

La muchacha cogió pluma y papel de su escritorio y garabateó varios nombres. Se lo tendió de mala gana y se echó mano a la sien. Le dolía terriblemente la cabeza.

Él cogió la nota que le tendía y la leyó con toda celeridad. Ninguno de aquellos nombres le resultó familiar.

—Permítame solo una última pregunta y la dejaré descansar. ¿Se fijó en si en el entierro de su tío había un hombre en silla de ruedas?

Ella recapacitó unos instantes.

—Sí. Estaba algo alejado del entierro. Iba acompañado por una enfermera y por otro caballero, pero no recuerdo que viniera a darme el pésame.

—¿Lo había visto antes por la tienda o en compañía de su tío?

Anna negó con la cabeza.

—Está bien. Ya me marchó.

La muchacha le señaló la puerta sin disimular un gesto de alivio. «Por fin», le quedó por decir.

Bruno, antes de salir, le dijo sin mirarla:

—Llore usted a sus muertos, señorita Cohen. Llórelos y reconcílese con la vida. Cuando haya llorado durante horas, empezará a encontrar un motivo para el alivio y el perdón.

Anna le miró perpleja. Él desafió una vez más esa mirada febril.

—Necesito saber más sobre el profesor Samuel Cohen. Vendré el martes que viene. Si usted ya se ha rendido, yo no lo haré jamás.

La joven le lanzó una visual de dardo envenenado. Estaba claro que aquel mequetrefe no iba a cejar en su empeño ni un minuto. En cuanto comprobó que él traspasaba la puerta, la cerró de golpe.

Bruno cabeceó con una sonrisa socarrona. «Sí, señor, un hueso duro de roer».

Se despidió de *frau* Rosebaum emplazando su próxima visita para el martes de la semana entrante si ella daba su consentimiento. Claudia aceptó bastante aliviada. Tal vez la visita de aquel muchacho sirviera para que su pupila saliera de la tristeza en la que estaba inmersa. Le pareció un mozo la mar de apuesto. Alto, gallardo, moreno, bien plantado. Y qué ojos azules... Serían capaces de hechizar a cualquier mujercita con pulso en las venas.



El resto de la tarde a Bruno se le fue en un suspiro ordenando los enseres de su mentor. La salita de estar todavía seguía atestada de cajas de madera llenas de bártulos. Aquella tarea anodina le ayudó a entretener los devaneos sobre el pago de las facturas y sus recientes descubrimientos sobre la vida privada de su tutor.

Había comenzado a llover al mediar la tarde. Era finales de septiembre y la lluvia se agradecía después de un verano caluroso y seco, pero, al anochecer, la llovizna se convirtió en aguacero y los truenos camparon a sus anchas. «Madrid no sabía llover», que hubiera dicho el bueno de Olmedo.

Tras una cena ligera se dirigió al gabinete con una taza de humeante café. La casa estaba silenciosa, *lady* Doyle y el aya Uma ya se habían retirado a descansar. Dio órdenes a Pedro para que el servicio también lo hiciera en cuanto acabaran con las últimas tareas. Se relajaría un poco después del trajín y leería un rato antes de acostarse, pero apenas se apoltronó en el orejero sonó la campanilla de la puerta principal.

Al poco, la criadita repiqueteó a la puerta de la salita antes de abrir. Tenía el semblante lívido y los ojos abiertos como platos.

—Señorito, un caballero quiere verle.

—Dile que pase, mujer. Con la que está cayendo tiene que tratarse de algo importante —le respondió levantándose del sillón.

Ella se retorció el mandil. Se la veía inquieta o asustada.

—Pero es que..., es que...

Bruno se acercó a ella con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, Laura?

—Será mejor que venga conmigo al recibidor, señorito.

Tiró de la mano del joven para que la acompañara y le llevó hasta la entrada prácticamente en volandas. La puerta estaba abierta de par en par. Las piezas de cristal de Chandeliers de la lámpara tintineaban por el viento y la hojarasca entraba a placer por el pasillo. Tras las verjas de entrada, la tenue luz de los fanales de un carruaje arrojó algo de claridad a aquel misterio. El cochero estaba ayudando a un caballero muy elegante a bajar los baúles de la trasera del simón y ambos se encaminaban hacia la casa.

Intentó aguzar la vista para descubrir quién era aquel visitante inesperado, pero el paraguas del auriga le tapaba el rostro. Al llegar al porche, ambos dejaron el arcón en la misma entrada y, por fin, aquel individuo elevó su mirada hacia Bruno.

Él se quedó de piedra. Laura se santiguó con un escalofrío.

El recién llegado esgrimió una sonrisa mientras se sacudía la capa. Parecía

divertirle la expresión de incredulidad de Bruno y el temor que provocaba en la criadita.

—Buenas noches, señor Moreto. —Le ofreció su mano—. *Mi scusi* por lo imprevisto de la hora, pero perdí el tren en el trasbordo de Irún y tuve que esperar al siguiente.

Bruno aceptó su mano sin lograr sacudirse de encima el asombro. Le miraba y no llegaba a creer lo que veía. Era como si el difunto Olmedo hubiese regresado de la tumba con quince kilos menos y un nuevo guardarropa.

El caballero volvió su atención al cochero, que para entonces ya estaba de regreso con el resto del equipaje. Le indicó dónde tenía que dejarlo y le pagó. Luego, miró al joven con cierto aire de jocosidad.

—Bueno, mozalbete, usted dirá... ¿Vamos a hacer noche en este porche o me invita a pasar? Le advierto que llevo de viaje varios días y ya no se me sostienen ni las guías del bigote.

Bruno se disculpó por su descortesía y le hizo un gesto para que entrara.

—Laura, llama a Pedro para que recoja el equipaje de don..., ¿o debo referirme a usted como señor conde?

—No será necesario. Puede llamarme por mi nombre de pila o, simplemente, doctor. —Hizo una ligera inclinación de cabeza y se quitó el sombrero, la capa y la chalina, entregándoselos a una pasmada criadita, que con la boca abierta se limitó a sostener aquellas prendas según se las ponía en los brazos. Por último, le dio el bastón y se quedó con un pequeño maletín.

Bruno le dirigió hasta el gabinete, le ofreció asiento y se acomodó frente a él sin dejar de observarle. Bonaventura depositó la bolsa de mano en el suelo, al lado del sillón, y le dirigió una mueca chusca.

—¿Ya me ha retratado usted bastante? —arguyó jocosamente mientras sacaba una pitillera del bolsillo de su chaqueta, la abría con toda ceremonia y le ofrecía un cigarrillo ruso, que el joven rechazó amablemente—. Le advierto que me va a crear complejo de busto aquilino.

—Tendrá que disculparme, pero jamás hubiera imaginado que mi mentor y usted fueran gemelos idénticos.

—Exactos como dos gotas de agua. Sí, *signore*.

También le extrañó su estupenda inflexión de voz. Hablaba español con perfecta fluidez, amén de los pequeños incisos en italiano.

—Debo deducir que mi hermano jamás le habló sobre mí.

—Así es.

—Ya... No le culpo. Nuestra relación estaba pasando por momentos difíciles. Reconozco que teníamos serias diferencias de opinión que acabaron por distanciarnos. Ambos éramos muy tercos y muy jóvenes.

Bruno asintió a sus palabras por pura cortesía. En aquel momento sintió que un intruso había llegado a La Luz de Helios. Para él era un extraño, y nada de lo que le

dijera apaciguaría su ánimo. Él venía a tomar posesión de lo que era su hogar y el de su pequeña familia. Y allí estaba. Sin tan siquiera haber mandado un triste telegrama para anunciarse.

Laura trajo café y les sirvió sendas tazas sin disimular ni un ápice la morbosa curiosidad que sentía frente al recién llegado.

—¿Desea azúcar el señor? —le ofreció.

—Gracias, tres terrones y una nube de leche. Y, *signorina*, si es usted tan amable desearía también una copa de *armagnac* o de *brandy*. Me hace falta como el comer.

—Yo mismo se la serviré al señor, Laura. Puedes retirarte a descansar —le dijo haciendo un aspaviento con la mano.

Le sirvió de una de las botellas que su maestro solía guardar en un aparador. Aquel *brandy* podría tener fácilmente diez años.

Bonaventura lo olfateó girando la copa para que desprendiera los aromas, y dio un trago. Chascó la lengua satisfecho. La sostuvo en la mano mientras dejaba caer sobre el muchacho una mirada incierta sin atreverse a abordar directamente el tema de la herencia. Le pareció un mal modo de empezar a conocerse.

Sin embargo, Bruno no tuvo tantos miramientos. Quería terminar con aquello cuanto antes.

—Imagino que los abogados de Olmedo le habrán facilitado una copia del testamento.

—*Certo*. Me la enviaron por correo a casa de un viejo colega de París. También me pusieron al corriente de las circunstancias de la muerte de mi hermano y en las precarias condiciones que les ha dejado a ustedes. Sé todo lo que tengo que saber.

«No todo», se dijo Bruno.

—Entonces, y disculpe la premura y las formas, ¿ha venido usted con intenciones de quedarse, o simplemente a liquidar la herencia y regresar a su lugar de origen? Sin paños calientes: ¿se hará cargo de la hipoteca que pesa sobre La Luz de Helios?

Hubo un silencio incómodo en el que pudo oír hasta sus propios pensamientos.

Don Hugo se masajeó las sienes buscando las palabras precisas. Dio una profunda calada al cigarrillo y expulsó el humo con lentitud. «¿Y qué carajo le puedo decir yo a un crío al que ni los lazos de sangre podrían atar más a esta casa? —se dijo con amargura—. ¡Maldito seas, hermano! Mil veces maldito». Ni por lo más sagrado quería pasar el resto de su vida dando de comer a los patos del estanque. Quedarse en aquella funeraria sería como enterrarse en vida.

Carraspeó antes de decidirse a hablar.

—*Va bene*, señor Moreto. Mi deseo es abordar este asunto con calma. Pensaba hablar de ello con usted más detenidamente, después de unos días. Cuando hubiese descansado del viaje y tras estudiar en profundidad las cláusulas del testamento. Tengo que consultar con el banco los vencimientos de dicho préstamo. Creo que no nos conviene precipitarnos con decisiones erráticas y poco prácticas. La suma que se debe es bastante respetable...

Dejó esa última frase en el aire esperando que Bruno comprendiera la difícil encrucijada en la que se encontraba, pero el muchacho le miró con reproche.

—Déjese de monsergas —contestó intentando mantener la compostura—. Quiere liquidar la herencia y marcharse por donde vino, ¿no es así?

—Con todos mis respetos. Usted no sabe nada sobre mí, hijo. No me conoce. Y cuando uno no sabe nada sobre otra persona, el mínimo civismo establecido es ofrecerle una oportunidad para ver por dónde respira. Estoy intentando tomar una decisión, pero no es fácil. No conozco el negocio de las pompas fúnebres. Entenderá que primero tengo que estudiar a fondo los libros de cuentas y ver si se trata de un negocio rentable para invertir en él.

Bruno se levantó. El coraje no le permitía seguir impasible escuchando las peregrinas excusas de aquel señor.

—Usted lo ha dicho, señor conde, no lo conozco. Para mí es un extraño. Un intruso que ha venido a poner mi vida patas arriba. A usted le importa un bledo La Luz de Helios y todos los que vivimos aquí.

Bonaventura hundió la vista en el suelo.

No pudo rebatirle aquello. El chico tenía más razón que un santo. Él era el intruso allí.

—Estoy arruinado, señor Moreto —dijo quedamente.

Esa era la verdad. Estaba en la más absoluta miseria. Tan arruinado como su difunto hermano. Hacía cinco años que había vendido los últimos bienes que le quedaban en Italia para costearse un viaje a Nueva Orleans. Y todo para ir tras la pista de un último monstruo al que dar caza. Y también ese resultó ser solo otro enfermo narcisista con ganas de notoriedad. Sin embargo, tenía que reconocer que el viaje había merecido cada centavo invertido. Aquellas tierras por las que había transitado habían resultado ser únicas a muchos niveles. Luisiana era un territorio indómito, profundo, de arraigadas raíces en cuanto a mitos y religiones. Y, qué puñetas, para qué negarlo: no había visitado jamás burdeles como aquellos, donde mujeres criollas de piel de ébano se deshacían bajo los embates de un latino de sangre caliente como él.

Jamás pensó que regresaría a la vieja Europa y menos aún para hacerse cargo de un crío, dos mujeres y un negocio más muerto que los clientes. No quería mentirle a aquel muchacho. Él ya no era el mismo que hacía veinticinco años se marchó de España para buscar el Santo Grial por medio mundo. Ya no creía en nada ni en nadie y había perdido completamente la fe. Él era un despojo de ser humano que había resurgido demasiadas veces de sus cenizas. Demasiadas. Ya no le quedaba yesca para volver a inmolarse ni falta que le hacía. Vendería toda la herencia y regresaría a Luisiana para proseguir con la vida que él mismo había elegido.

Bruno frunció el ceño contrariado ante la confesión de Bonaventura. Aquel tipejo estaba arruinado. No esperaba algo así.

—Tenía usted que haber empezado por ahí, señor conde.

De nuevo el silencio se interpuso entre los dos. Cogió otra copa y la botella de *brandy*, rellenó la del italiano y se sirvió él. Bebió con el ánimo por los suelos. Todo estaba perdido. El italiano había venido para vender y llevarse lo poco que quedara limpio después de pagar al banco.

—Deme unos días, señor Moreto. El viaje ha sido largo. Buscaré una solución que sea beneficiosa para ambas partes. Mi deseo es... —Se detuvo en seco—. ¿No ha sonado la campanilla de la puerta?

—¿Qué? —arguyó confuso Bruno.

—Digo que llaman a la puerta.

Prestó oído. Un nuevo repiqueteo resonó en el silencio. Esta vez también se escuchó la voz de la doncella con el consabido «ya va..., ya va».

Parecía que no iban a tener fin las visitas intempestivas en toda la bendita noche. Se levantó del sillón y se encaminó a la puerta.

En el umbral atisbó la figura del inspector Del Romo. Parecía tener prisa. Bruno se apresuró a llegar hasta él y le tendió la mano para saludarlo e invitarlo a entrar. Él se disculpó por lo impropio de la hora y declinó la invitación. No era una visita de cortesía.

—Bruno, necesito que me acompañes, tengo un simón esperando.

Bonaventura, que había permanecido en la entrada del gabinete, llegó hasta ellos. El inspector dio un respingo al verle. Fueron apenas unos instantes, tras los cuales entornó los ojos, un tanto escéptico, y se dirigió a él con toda familiaridad.

—Hugo..., ¿eres tú?

—El mismo que viste y calza —dijo el susodicho con una mueca tan expresiva como la de su interlocutor.

Se estrecharon la mano con cortesía, pero carentes del entusiasmo de los amigos que llevan años sin verse.

—Bruno, si estás ocupado con la visita, me hago cargo. Esperaremos al forense de turno.

—No se preocupe. El hermano de Olmedo se quedará unos días con nosotros. Ya es tarde, lo mismo quiere retirarse a descansar. Ha hecho un largo viaje.

—Por mí no se preocupe, joven —se apresuró a desmentir—, me he echado una buena cabezadita en el tren. Si no les molesta, me gustaría acompañarlos. El inspector sabe muy bien que estoy al corriente de los peritajes que solía hacer mi hermano para la policía.

Miró a Del Romo. Él no demoró mucho su respuesta.

—Toda ayuda es poca. Han encontrado el cadáver de una niña en el Manzanares.



Tras dejar atrás el paseo del Prado, el carruaje policial dobló hacia Santa María de la Cabeza. Las luces de la estación del Mediodía eran apenas dos manchas gaseosas en la cortina de lluvia. Tomaron el paseo de la Chopera, donde la gran extensión de jardines de la dehesa de la Arganzuela desembocaba en los muretes de contención de la margen izquierda del río Manzanares. El cochero sofrenó las mulas.

Varios fanales iluminaban las inmediaciones. Bruno dirigió su atención a la única arcada de luz del puente de la Princesa, que estaba en construcción, cerca de las vías del ferrocarril de San Martín de Valdeiglesias. Se oían los ladridos del perro del guarda.

Los vigilantes del orden habían logrado llegar hasta una lengua de tierra en el centro del río, cuyas aguas se bifurcaban en una miríada de regueros turbios. Dado que en algunos trechos el agua no llegaba a la rodilla, colocaron varios tablones que permitían un fácil acceso.

Artiaga tendió un farol al inspector después de saludarlos. Clavó una mirada incierta sobre el italiano al reconocer en su rostro el calco exacto del difunto Olmedo.

—Te presento al conde Bonaventura, es el hermano gemelo de Olmedo —le aclaró Del Romo para que se sacudiera aquel gesto de incredulidad—. Le he pedido que nos asesore.

Le dio la mano y pasó a enumerar los pormenores del caso.

—Creemos que esta víctima guarda relación con las otras dos que encontraron en la acequia del Este. El cadáver lo descubrió el guarda de la obra hará como una hora. —Señaló el puente—. Dice que le despertó el perro con sus ladridos, que no oyó ningún ruido sospechoso fuera de una pelea de borrachos y los trapicheos habituales. Esta zona queda muy cerca de los arrabales más conflictivos. Está llena de fábricas y tejares. Se reúne mucha chusma en cuanto cae la noche.

—Gracias, Artiaga —le dijo el inspector haciéndole una seña para que se esfumara.

Un intenso clamor, proveniente de los curiosos que atestaban ambas orillas, se adueñó del aire cuando la luz iluminó a la niña. Era imposible no sentirse sobrecogido. La espuma del río se le había pegado a la carita en forma de rodal y semejaba un sudario de encaje. No tenía cabello ni cejas. La habían rasurado. Sus ojos estaban entornados y ligeramente hundidos en las fosas orbitales. El iris parecía un manchón que comenzara a desteñirse. A pesar de ello, su gesto era sereno como si la muerte hubiese caminado sobre ella de puntillas mientras dormía.

Bruno cerró los ojos sobrecogido. La criatura era un ángel. Tuvo la certeza de que aquel rostro rondaría sus sueños hasta el fin de sus días. Respiró hondo y los volvió a

abrir. Una enorme sutura ocupaba gran parte del esternón de la pequeña. La manita derecha descansaba sobre la herida con el puño cerrado. Calculó, por su corta talla, que tendría unos nueve o diez años.

—Date prisa, Bruno —le urgió el inspector—. Procede antes de que lleguen el juez y el forense de turno. En cuanto los veas aparecer, te haces humo. Luego te explicaré el motivo.

Él frunció el ceño. ¿A qué venía aquello?

Entregó el fanal a Bonaventura. Se puso unos guantes de algodón y tentó las lañas. Dedujo que no hacía mucho que le habían practicado la sutura. La tensión del hilo no era excesiva.

El italiano se apresuró a agacharse atraído por la gran cicatriz.

—*Cristo benedetto...!* —dejó escapar con un gesto de incredulidad—. Tal se diría que le han practicado una cirugía a corazón abierto... Pero eso es...

—Demencial. La obra de un loco —dijo el inspector con voz cavernosa.

—De un loco que sabe suturar —añadió Bruno—. Ha utilizado un «nudo de cirujano». Y debo añadir que su técnica es perfecta.

Prosiguió su examen hasta el abdomen. Apreció los primeros signos de la putrefacción. Era una mancha verde que se oscurecía en la fosa iliaca. También el *rigor mortis* había actuado en ella, pero prácticamente había remitido. Tenía la mandíbula floja, la boca abierta. Para calcular la hora de su muerte, tuvo en cuenta su edad, el rigor aparecía antes en los niños y también lo aceleraba la pérdida importante de musculatura. Estaba extremadamente delgada. Inspeccionó las fosas nasales y los oídos. No rezumaban líquidos ni flujo alguno. Tampoco estaba hinchada por los gases. Se quitó uno de los guantes y le palpó la piel con el dorso de su mano. Ya había alcanzado la temperatura ambiente.

No presentaba «piel de lavandera», las típicas rugosidades en las palmas de los pies y de las manos que solían mostrar los fallecidos que habían estado expuestos al agua varias horas. Observó marcas de pinchazos en las arterias carótida, femoral y radial, la mayoría eran antiguas. La colocó sobre el costado derecho para estimar la posición que tenía cuando le sobrevino la muerte. Al carecer de circulación, la sangre tendía a acumularse por efecto de la gravedad, produciendo marcas violáceas en las zonas del cuerpo donde descansaba todo el peso. Persistían, aunque después alguien moviera el cadáver de sitio o de postura. Esas marcas delatarían su posición inicial. Tenía livideces en el hombro y antebrazo izquierdos, zona de la cadera y en el muslo. También percibió unas extrañas formas romboides. Eran antiguas. La chiquilla había estado atada de pies y manos. De hecho, estimó que había sido inmovilizada con correas, en posición fetal, tumbada sobre su costado izquierdo.

Apreció un leve perfume a incienso. Acercó su nariz a la mano del cadáver y olfateó a lo largo del brazo. Había sido ungida con alguna clase de aceite esencial.

El comisario se impacientaba. La inspección ocular había llevado más de media hora y se le veía pendiente de la llegada del carruaje del juez.

—¿Cuánto calculas que lleva muerta, Bruno?

Se ahorró darle las consabidas explicaciones. Determinar aquello era casi imposible. Un montón de factores, tanto externos como internos, podían alterar el estado real del cadáver. Él solo podía hacer una estimación aproximada con los datos que había observado. Siempre apoyándose en su intuición, la que le otorgaba la experiencia de su trabajo en la funeraria y las autopsias que había realizado con Olmedo.

—Más de treinta y seis horas. Creo que la colocaron aquí o la tiraron desde algún puente y fue arrastrada por la corriente. No lleva en el agua mucho tiempo.

—Sí, eso he pensado yo también. He mandado que rastreen la zona del puente de Toledo y el comienzo del paseo de los Ocho Hilos.

Bruno volvió su atención sobre las extremidades de la niña.

—Creo que la han tenido confinada, sin permitir que se moviera. Tiene huellas de correas y ha perdido mucha musculatura. Me atrevería a afirmar que ha estado encerrada en una jaula, dadas las marcas romboides que presenta.

Del Romo emitió un improperio ahogado.

—¿Y el pelo? ¿Un trofeo, tal vez?

—Puede ser. Le faltan también las cejas. Aunque podría formar parte de un ritual. No descarto que tenga un componente libidinoso. Habrá que descartar abusos en la autopsia. Por otra parte, la ausencia de ropa implica la nula existencia de lazos afectivos entre el asesino y su víctima. No sintió piedad hacia ella. Sin embargo, lleva puesto un perfume sobre la piel. Convendría que los de Medicina Legal lo analizaran.

El inspector cerró los ojos en un mohín de rabia contenida. El mismo que se apreció en Bonaventura.

—¿Y quién sería esta pobre *ragazzina*?

Esclarecer su identidad iba a resultar difícil. No poseía ningún enser personal que arrojara una mínima pista. La policía tendría que consultar en los archivos las denuncias de desaparecidos. La gran mayoría de los expedientes no adjuntaban foto alguna. No era extraño, puesto que un gran porcentaje de denunciantes eran de condición humilde y las fotografías no salían baratas. Tendrían que guiarse por las descripciones que habían dado los familiares. No obstante, Bruno tomó un lapicero y sacó el cuadernillo que solía llevar en el bolsillo interior de su levita. Era una costumbre que le había inculcado Olmedo.

—Don Hugo —le preguntó imaginando la respuesta—, ¿se da usted la misma maña con el dibujo que su hermano?

El susodicho tardó en reaccionar unos instantes, pero tomó el lapicero que le alargaba el joven junto con el cuaderno.

Bruno sonrió con añoranza. También era zurdo.

Pidió a uno de los agentes que sujetara el farol lo más cerca posible del rostro de la niña. La luz era pésima. El italiano sacó del bolsillo lateral de su levita una moderna linterna de dinamo. Era bastante pequeña. Giró una palanca y le indicó al

agente que la sujetara. Aquel boceto sería de gran utilidad para dar con la identidad de la chiquilla en caso de no existir denuncia alguna.

—En el depósito le harán varias fotos —dijo Del Romo.

Él negó con la cabeza.

—Nadie quiere ver la fotografía de una niña muerta —aclaró. Se dirigió entonces a don Hugo para darle unas indicaciones—. Añádale el pelo que le falta y las cejas, que sean suaves. Seguramente era rubia. Los ojos claros y menos hundidos. Dibújela sonriendo, como si estuviera viva.

Se agachó de nuevo sobre la víctima para dar por terminado su rápido examen. Al intentar abrirle la mano derecha, descubrió que tenía algo agarrado. Miró al inspector pidiéndole permiso para proceder. Le abrió los dedos y tomó lo que con tanta fuerza asía.

Era un pajarillo. Una cría de golondrina tan exánime como la niña.

Se lo enseñó al inspector. Su rostro se oscureció con una mueca de impotencia.

—Esto es cosa de un tarado... —masculló él.

Bruno la envolvió en un paño y la dejó a un lado. Volvió a la niña. Apreció una pequeña erosión en el cuello en forma de línea trasversal, como si le hubiesen arrancado una cadena. Era muy superficial, lo que le indicaba que no hacía mucho de aquello. Cogió la lupa para verlo mejor. Vio muestras de una pelusilla adherida al araño.

—¿Alguno de sus hombres ha encontrado un cordel o lazo fino cerca del cuerpo? —preguntó.

—Aún están barriendo la zona, pero hasta ahora nada de nada.

—Pues sería toda una suerte dar con él. No vamos a tener mucho a lo que agarrarnos. Seguro que llevaba colgando algo de valor, tal vez una cruz o una medallita. Creo que se lo arrancaron estando ya en el agua. Seguro que fue alguien con intenciones de empeñarlo.

—Bruno, ¿hay alguna posibilidad de que se trate de un cuerpo donado a la ciencia? Tal vez practicaron con ella los alumnos de medicina... No sé, a lo mejor se les extravió el cadáver del Depósito Judicial, está muy cerca de aquí. Cosas más raras he visto.

Él negó con la cabeza.

—La niña estaba viva cuando le practicaron el corte del esternón. No tengo dudas al respecto. Es un corte limpio, de bordes lisos, practicado con una hoja sumamente afilada y precisa. Tal vez un bisturí. Aunque será mejor que se lo pregunte al forense.

Bonaventura, que hasta ese momento había permanecido en un discreto segundo plano, dejó por un momento de dibujar y se agachó a mirar con detenimiento el costurón. Le pidió la lupa con un gesto de su mano y lo examinó.

—Coincidió con el joven. Había circulación sanguínea cuando se lo practicaron.

El inspector se agachó a mirar la herida.

—O sea, puede tratarse de una operación que salió mal...

—Es lo que parece a simple vista —contestó Bruno poco convencido—. A lo mejor no estaría de más que alguno de sus hombres preguntara en los hospitales. Tal vez en el del Niño Jesús, que es infantil. Puede que le practicaran una cirugía mayor. No sé, por indagar no se pierde nada. Eso sí, ya le adelanto que lo de la golondrina traerá cola. Quien se la puso en la mano quería mandarnos un mensaje.

Del Romo compuso un gesto asqueado al escuchar aquello. No pintaba bien. Luego le hizo una seña para que hicieran un aparte y le prestara toda su atención. Tenía que informarle de algo.

—Quiero hablar contigo antes de que llegue el juez. Verás, no me resulta fácil decirte esto, pero con la muerte de tu mentor han cambiado muchas cosas. «Los de arriba» no quieren que hagas autopsias ni que indagues en los cuerpos. Dicen que careces de título y que pueden buscarse problemas si dan su beneplácito.

Aquello le cayó como un balde de agua fría.

—Pero si yo lo hago desinteresadamente... Solo me limito a echar una mano en las investigaciones. Los cuerpos han salido del Depósito Judicial después de que le practicaran la autopsia oficial pertinente. Olmedo y yo siempre hemos usado los carruajes de la funeraria para llevárnoslos y los hemos devuelto a los familiares cuando el juez así lo ha dispuesto.

El inspector se masajeó las sienes.

—Totalmente de acuerdo en ese punto. Si se os pidió que fuerais asesores externos fue precisamente porque aportabais algo distinto en los exámenes que practicabais. Ya te he dicho que son órdenes de arriba que nada tienen que ver conmigo.

Bruno sacudió la cabeza. No podía creerlo. Parecía que el destino se hubiese confabulado contra él.

—No logro entenderlo...

—No te lo tomes a mal. Los forenses están alborotados. Llevan años demandando la creación de un Instituto de Medicina Legal y que trasladen definitivamente el Depósito Judicial de la dehesa de la Arganzuela a la calle Santa Isabel, a un anexo del Hospital General, para poder llevar a cabo las autopsias en mejores condiciones para la enseñanza del alumnado.

—Pero ¿y eso qué tiene que ver con mi trabajo?

—Digamos que han llegado quejas sobre ti. No me preguntes nombres. Lo cierto es que tú no tienes ninguna licenciatura en Medicina y Cirugía, menos aún como patólogo forense. El bueno de Olmedo sí estaba debidamente cualificado y cobraba por hacer peritajes privados para la policía. Tenía firma, Bruno. Gracias a su testimonio ante el juez se han podido resolver muchos juicios por asesinato.

Él frunció el ceño.

—Jamás me dijo que cobrara un real...

—Tu tutor era muy suyo para según qué cosas. Además, aquí se paga tarde y mal. Hay veces que hasta los propios encargados de los laboratorios se niegan a trabajar

porque no son remunerados. Pero, mira, creo que deberías ver el lado positivo de todo esto. Estaría genial que te plantearas sacarte la licenciatura de médico. Con todos los conocimientos que te enseñó tu tutor, será fácil que apruebes con nota. La mitad de los catedráticos te conocen y saben que vales un potosí. Me consta que te aprecian.

Bruno no salía de su asombro.

—Eso es un sueño al que no podré acceder jamás... Se olvida usted que soy más pobre que las ratas. No será extraño que dentro de un par de semanas tenga que buscarme un nuevo empleo y dormir debajo un puente. A lo mejor alguna casa de pompas fúnebres me contrata como maquillador de cadáveres...

Clavó su mirada en Bonaventura para hacerle patente que dependía de él su incierto futuro. El italiano se la sostuvo unos instantes, pero luego la hundió de nuevo en el dibujo con una dura expresión.

El inspector le palmeó la espalda con una sonrisa de circunstancias. Le dio la impresión de que ambos no habían tenido un buen comienzo. Imaginó que Bonaventura no había llegado muy dispuesto a afrontar la papeleta que su difunto hermano le había endosado. No era moco de pavo.

—Mira, vamos a hacer una cosa, Bruno. Puedes llevarte el pájaro. Indaga lo que quieras en él. Ya veremos si no me meto en un buen lío por esto, pero necesito tu ayuda. Confío plenamente en ti.

Él se apresuró a meter la golondrina en una bolsa de tela y la depositó con mimo en su maletín.

En ese momento llegó el carruaje que traía al juez, al médico forense y al escribano. Del Romo le hizo una seña para que el muchacho se alejara. Don Hugo imitó su gesto y ambos se dispersaron entre el gentío que atestaba la vereda derecha. El italiano lo miraba todo con ese aire de observador empedernido que tienen algunos vividores. Tal vez de *voyeur* curtido en arrabales mundanos, de los que nada escapa a sus gastadas retinas. Sus ojos se habían quedado prendidos de un grupo de chavalines desarrapados, que andaban a la zaga de que algún agente les diera un cigarrillo o una moneda a cambio de alguna información aunque fuera más falsa que Judas. Dio varios pasos hacia ellos poniendo cuidado en que los policías que quedaban barriendo la zona no se percataran, y sacó su pitillera. Un ratoncillo no tardó en caer en aquel ardid de zorro astuto.

—Señor, señor... Yo lo sé todo —susurró un crío tirándole de la pernera del pantalón y mostrándole la mano para que le diera algo.

—Pues ya estás largando como un papagayo, chavalín.

—Un hombre ha dicho que esa era la Dorita. Una que vivía hace mucho en las Injurias. Dicen que se la llevó un comediante para sacarle la sangre y el corazón.

Bruno, atraído por lo que acababa de decir el chiquillo, prendió un fósforo para dar lumbre a Bonaventura, que acababa de sacar un pitillo restregándose por los hocicos al muchacho. El crío lo miraba con ojos de lebre l famélico.

—¿Qué años tienes? —le preguntó don Hugo.

—Once.

—¿Fumas?

—Cuando tengo.

Le ofreció uno y chascó la lengua.

—Pues, hala, a darle al vicio. Ojo, que este cuarterón hace crecer el pelo en el pecho.

El chico no parecía muy satisfecho con el trato. Bonaventura le asestó una colleja y él le regaló la furia de su mirada clara.

—¿Ha oído usted, señor Moreto? —Cabeceó divertido—. «Un comediante», dice... ¡Será cuentista! A ese le contrataban en el Price.

Bruno dejó escapar un resoplido para deslucirle la gracia. No le pareció bien que le diera un cigarrillo. Esos críos ya eran carne de sepultura sin que él les ayudara a crearse malos hábitos.

El italiano jaleó a una recua de chiquillos que se le vino encima, alentados por aquella engañosa dádiva. Los pocos adultos que quedaban en las cercanías fueron reculando discretamente para no ser interrogados por el juez. Ninguno de ellos había visto ni oído nada. Siempre era lo mismo. La mitad eran mendigos y malvivían en cualquier agujero infesto. La otra mitad eran mujeres de la vida. Prostitutas sin burdel que hacían la carrera en cualquier esquina o callejón, al amparo de algún proxeneta de puños furiosos.

Bruno miró hacia el grupo que examinaba el cadáver. El escribiente se esmeraba en apuntar todo lo que le iba dictando el juez mientras el forense, un hombre entrado en carnes, con ojos de batracio soñoliento pero curtido en mil batallas, escrutó a la chiquilla sin demasiados miramientos. No tardaría en concluir su examen.

El rumor de unas ramas cercanas llamó su atención.

—¿Busca compañía el señorito? —le preguntó una mujer con la voz engolada al tiempo que le mostraba los pechos que asomaban al corpiño de muletón y se lamía los labios con lascivia. Era joven, pero le faltaban varios dientes—. ¿O a lo mejor el pimpollo prefiere algo más tierno? —Señaló hacia los mismos arbustos de donde había surgido. Una vieja enlutada se dejó ver y le ofreció a una niña de poco más de diez años. Sus huesudas manos tentaron la carita de la criatura para mostrársela.

—Es virgen —susurró la anciana con una aviesa sonrisa al tiempo que metía la mano debajo del vestido de la cría para enseñarle el lampiño pubis.

Bruno dio varios pasos hacia atrás asqueado. Se tropezó con don Hugo, que hizo aspavientos con las manos para que se alejaran de allí, amedrentándolas con dar parte a la policía, y encaminó sus pasos de vuelta hacia la orilla del río. Cruzaron a la otra vereda a través de los tablonés desvencijados.

—Ya se llevan el cadáver —le informó sin hacer comentario alguno referente a lo que acababa de presenciar—. Será mejor que no nos alejemos. Alguien tiene que llevarnos de regreso a la funeraria. Por estos andurriales no encontraremos ningún coche de alquiler y no será difícil que nos topemos con más de un randa de dudoso

pelaje.

Al llegar, el inspector los estaba esperando.

—Nada —negó cabizbajo—. El barro está intransitable. La lluvia se lo ha llevado todo. Buscaré en los archivos de denuncias de niñas desaparecidas. Si acaso existiera un expediente de la niña en los archivos, os lo haré saber lo antes posible. Mientras tanto, tú vete mirando el pajarillo —le indicó a Bruno—. Y ya sabes... Te lo agradezco, muchacho.

—No tiene nada que agradecerme, inspector. Estoy a su total disposición.

Del Romo le echó el brazo por el hombro mientras iniciaban el camino de regreso a uno de los carruajes.

—Te llamaré por teléfono —le dijo, a modo de despedida.

Él asintió.

Apenas hablaron durante el trayecto. Bonaventura parecía meditar mientras miraba el paisaje nocturno del recorrido.

Casi llegando a la altura de La Luz de Helios, dijo como para sí:

—Creí que los tiempos en que las criaturas aparecían muertas en el río habían pasado. En este país no ha cambiado nada en veinticinco años. Sigue todo igual que cuando me fui. Lo único que varía son los números que llevan de apostilla los reyes; primeros, segundos u octavos. Y sí, también mudan las carteras de los políticos, pero no sus rimbombantes apellidos. Los que no cambiarán de camisa jamás son los pobres, a esos siempre les toca pagar con sudor y sangre los vicios y la buena vida de aquellos que han nacido de pie y que no fueron paridos por hembra de Adán, sino de hiena.

Lo dijo con una voz tan cavernosa que a Bruno se le erizó el vello de la nuca. Razón tenía el italiano, para qué negarlo.



El simón los dejó en la puerta principal de La Luz de Helios. La noche ya afianzaba su cerco sobre la vecindad y el silencio lo invadía todo. El perfume del jazmín y el de las rosas inglesas del porche llegaba a rachas. Bruno inspiró hondo para llenar sus pulmones de ese aroma tan familiar que le devolvía al mundo conocido. Siempre intentaba recobrar el equilibrio después de haber estado en la escena de un crimen. Ser testigo de la ferocidad humana le situaba frente a un abismo incierto; una precaria cuerda floja que se balanceaba en la oscuridad. Era como si necesitara elevar una plegaria para consolar el alma de las víctimas. Una insignificante dádiva hasta que lograra dar con su asesino y así conseguir que descansaran en paz.

Un ruido extraño le sacó de sus cavilaciones. Le pareció que arrastraban algo pesado en el patio.

—¿Ha oído usted eso? —le preguntó a Bonaventura.

Él asintió y le señaló la parte lateral de la casa. Se dirigió hasta allí bastón en mano y con el sigilo de un gato. Bruno le siguió los pasos. Se escuchó un gruñido seco y una oscilación metálica.

—Creo que es uno de los ventanucos del sótano —susurró el italiano con el ceño fruncido.

Los ojos de Bruno se detuvieron en una sombra fugaz que atravesó el patio de carruajes, rumbo a las caballerizas. Soltó su maletín allí mismo y corrió con todas sus fuerzas tras el intruso. Don Hugo le fue a la zaga.

Fue visto y no visto. Tal vez de no haber estado el suelo lleno de charcos su huida hubiese sido más silenciosa, pero el chapoteo que producía su espantada le delató con claridad meridiana. La sombra atravesó los establos y se encaramó al muro de atrás. Saltó con una agilidad pasmosa. Bruno apretó su carrera y escaló la pared. Pudo verle a pocos metros por delante de él. Estaba cerca de la valla del Colegio Santa Susana. Decidió atajar por un terraplén para darle alcance antes de que se escabullera por las callejuelas. El barro le impedía avanzar con facilidad. Cuando vio que igualaba su trayectoria, saltó sobre él. Cayeron al suelo y rodaron unos metros cuesta abajo, hasta que una tapia los frenó con un buen batacazo y el joven quedó sobre él.

Ambos estaban empapados, cubiertos de lodo. Bruno se sentó en su estómago y le hundió el puño en el mentón. El intruso apenas hizo un leve gesto al encajar el golpe. Tenía el rostro oculto por una máscara de papel maché. Intentó quitársela para verle la cara. Él le sujetó la muñeca y se la retorció. De un rápido quiebro se deshizo de Bruno con la ayuda de las piernas y, de un impulso, le desplazó del sitio. Fue a caer sobre un charco. El caco aprovechó esa momentánea ventaja para huir. Bruno se rehízo como pudo y salió tras él prácticamente a gatas. No tenía intención alguna de

dejarlo marchar.

Poseído por la furia, no tardó en darle alcance de nuevo; le clavó el codo en la espalda con toda la fuerza de su carrera. El ladrón se retorció de dolor, trastabilló, aunque no cayó. Con las manos entrelazadas, Bruno le asestó un contundente golpe en la cabeza y al fin logró que doblara las rodillas con un alarido ronco. A Bruno le ardían las manos. Las sacudió en el aire mientras se plantaba frente a él dispuesto a desenmascararlo, pero el mequetrefe hacía intenciones de levantarse. Le agarró por la pechera y le dio un puñetazo en el mentón. Una tremenda patada en el pecho terminó por derribarlo. Quedó boca arriba, inmóvil. Quieto como un maniquí roto.

Esperó unos segundos a que reaccionara, pero seguía inerte, sin mover un músculo. Por unos angustiosos minutos, pensó que lo había matado. Un sudor frío le recorrió la espalda ante esa posibilidad. Se acercó con cautela, dispuesto a arrancarle aquel antifaz que le separaba de su identidad. Cuando su mano se acercó a aquel rostro, el caco le agarró por la muñeca y se carcajeó en sus narices. Era una risa histérica, que le caló hasta los huesos. Por sorpresa y sin levantarse del suelo, el intruso le golpeó con algo que llevaba en la mano derecha. Parecía un guardapuños de metal. Bruno se echó mano al labio, rabioso de dolor. Notó correr la sangre.

De repente, se oyó el sonido agudo de un silbato. Se repitió varias veces.

El caco, como si hubiese sido impulsado por un resorte invisible, se levantó de un salto y arremetió contra Bruno con un gruñido fiero. Le embistió de un cabezazo en el estómago. Él se dejó caer al suelo, aturdido, y aquel individuo prosiguió su alocada carrera a través de los patios vecinos.

El joven se encogió sobre sí mismo. Aquel golpe le robó la respiración y le zumbaban los oídos. Creyó que iba a desmayarse.

Bonaventura llegó resollando por la carrera y un silbato en la mano.

—Lamento mi baja forma, muchacho. No me ha quedado otra que tocar el pito. Sabía que así el tipejo saldría por patas. ¿Dónde están los serenos cuando se les necesita?

Se agachó sobre él y le inspeccionó la herida del labio.

—Le ha dejado hecho unos zorros.

—Pues él tampoco se ha ido de vacío... —contestó malhumorado.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su levita y se lo entregó para que se limpiara. Bruno se incorporó despacio, todavía le faltaba el aliento.

—¿Ha podido verle el rostro? —le preguntó don Hugo al tiempo que le ofrecía su mano para ayudarlo.

—Llevaba puesta una máscara de carnaval, de esas que tienen un pico de cuervo enorme.

—¿Una máscara? Qué individuo más rocambolesco...

Les llevó más de media hora recuperar el bombín de Bruno. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había perdido en la persecución. Estaba cubierto de barro y abollado.

Ya de regreso al muro de atrás de la funeraria, vieron a lo lejos al portero del Colegio Santa Susana. Indicó a don Hugo que se adelantara y fue a su encuentro. Conocía a Eleuterio y temía las preguntas que pudiera hacerle si veía al hermano de su mentor. No era momento de dar explicaciones.

El hombre iba en pijama, con el sombrero hongo, el tabuco en una mano y el farol en la otra. Parecía de todo menos fiero.

—¿Qué diantre ha pasado? —preguntó apurado—. He oído jaleo... Y luego el silbato... ¡Pero si parece usted un eccehomo, señorito Bruno!

—Estoy bien, Eleuterio, no se preocupe. Un caco pretendía robar en la funeraria, pero ha huido. Acuéstese tranquilo, ese no volverá por aquí.

Asintió con la cabeza sin quitarle ojo.

—¿Seguro que no quiere usted que llame a la policía o que lo acompañe a la Casa de Socorro? Creo que el sereno no debe de andar lejos. Esos golpes tienen una pinta muy fea.

—No, de verdad. Se lo agradezco.

—Bueno, pues entonces que tenga buenas noches, señorito. Y si necesita algo, no tiene más que decirlo. Estaré ojo avizor.

—Muchas gracias, Eleuterio.

Don Hugo le esperaba junto al muro. Saltaron a la vez al interior del patio y Bruno fue derecho a recoger el maletín que había dejado allí antes de la persecución. Le indicó al italiano que entraran en la casa sin hacer ruido. No quería que se despertara nadie más. Pondrían el grito en el cielo y se enteraría medio barrio, si es que no lo había hecho ya.

Tras cerrar la puerta con cerrojo, ambos se despojaron de los chanclos y de los abrigos, aunque Bruno tendría que cambiarse de arriba abajo porque estaba de barro hasta las cejas.

—Echaré un vistazo por si falta algo —le dijo a don Hugo.

Se apresuró a revisar la planta baja. A simple vista no notó que faltara nada. Volvió al recibidor y le señaló la puerta del Sancta Sanctorum. El intruso había salido por uno de los ventanucos. Con toda seguridad que allí encontrarían las huellas de su paso.

Al entrar sintió una corriente de aire que le erizó el vello de la nuca. Encendió la luz y escudriñó directamente las portillas. La red metálica de una de ellas estaba en el suelo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Si el intruso llevaba encima una cizalla, él había estado expuesto a que se la clavara durante la pelea.

—Señor Moreto... ¿Qué diablos es esto?

Se giró hacia él. La cara de asombro del italiano no tenía parangón. Señalaba un panel camuflado en la pared. Lo habían forzado.

Bruno sintió una oleada de rabia y extrañeza por igual. ¿Cómo sabía el ladrón de la existencia de esa entrada secreta?

Enfurecido, bajó los dos escalones que le separaban de aquella guarida oculta a los ojos del mundo. Imaginó un escenario dantesco. Encendió la bujía. Don Hugo le siguió los pasos sin sacudirse de encima la curiosidad que le suscitaba esa sala.

—*Madonna!* Así que era verdad, el *Tempus Fugit* existe... —Lo miraba todo atónito—. Mi hermano siempre tan excéntrico. «*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus, singula dum capti circumvectamur amore*»^[1] —recitó con voz solemne—. Era un obseso del paso del tiempo y de la muerte.

Bruno sonrió con una mezcla de ternura y tristeza. Sí que lo era.

Contra todo pronóstico, la estancia estaba en perfecto orden. Nada hacía pensar que hubieran profanado aquel santuario.

—Muy pocos conocíamos este laboratorio —le dijo—. Olmedo no dejaba que nadie entrara aquí. Yo no lo hice hasta que cumplí catorce años. Hasta entonces no tenía ni idea de que existiera. El camuflaje del panel de entrada es perfecto y el resorte que lo acciona está disimulado de tal manera que es bastante improbable dar con él. El intruso ha forzado el panel, lo que indica que sabía la ubicación de la entrada, pero no logró descubrir dónde estaba el resorte.

—¿Quiere darme a entender que el caco conocía esta morgue?

—Así es. Y si, tal y como parece, estaba al tanto de la existencia del *Tempus Fugit*, hay muchas probabilidades de que también conociera a Olmedo. Podría ser alguien de su entorno.

Sus ojos recorrieron erráticos los distintos pasillos que se formaban a ambos lados de las largas mesas, en cuyas bajeras se ubicaban hileras de cajones con cerradura. Sobre los tableros reposaban multitud de redomas, alambiques y matraces. A un lado, había altas vitrinas. En ellas se podía contemplar una buena colección de productos químicos, autoclaves, crisoles, destiladores... Toda una cohorte de utensilios capaces de hacer las delicias de cualquier investigador.

Se dirigió al fondo de la sala y describió unas cortinas que daban acceso a otra habitación más pequeña.

Existía un orden milimétrico en aquel cuarto. Los cráneos y huesos etiquetados ocupaban una de las vitrinas de la izquierda. Las puertas acristaladas protegían aquellas piezas del polvo. En otra, estaban los frascos con cerebros y con fetos de varias especies. Los de gato y perro se mezclaban con los de embriones humanos. Entre ellos había algunos que daban auténtico pavor por las deformidades que presentaban. También había patas y pezuñas de varios animales abiertas en canal. Y, por supuesto, un buen número de manos humanas.

Bonaventura estaba maravillado. Sus ojos bailaron con un brillo especial. Se detuvieron en un recipiente que contenía un feto humano, cuya piel presentaba múltiples grietas oscuras parecidas a las del cuero cuarteado, y su carita semejava una grotesca máscara mortuoria.

—¡El mítico «feto arlequín»! —exclamó—. De todas las cosas extrañas que mi hermano gustaba de coleccionar, jamás imaginé encontrar algo así. ¿Puedo verlo con

más detalle?

Bruno enarcó una ceja con aire crítico. ¿Acaso se había olvidado ya del caco y de la profanación del laboratorio secreto?

—En el primer cajón hay guantes de algodón —le indicó rindiéndose a su entusiasmo—. Póngaselos, pero no abra usted el frasco ni saque el feto de la glicerina.

Le pidió una lupa y se entretuvo más de diez minutos mirando y remirando. Y no solo eso, también tenía ganas de dar lecciones gratuitas.

—La primera descripción de esta rara enfermedad la hizo Seligmar en 1841 —le indicó—, pero fueron Halloperau y Watlet quienes le pusieron nombre cincuenta años después. Por suerte se dan muy pocos casos en el mundo. Es una enfermedad letal de causas desconocidas.

Le echó un último vistazo y lo devolvió a su lugar. Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su levita. Sin duda, su curiosidad le llevaría a examinar algún que otro raro ejemplar.

—Conseguir reunir tal acervo de piezas patológicas le llevaría años, quizá décadas... —dijo dejando traslucir su admiración ante la colección.

—No le sabría decir. Al parecer ya estaban aquí cuando yo llegué. Jamás le pregunté sobre su origen.

—Esto es de un valor incalculable para la ciencia. Merecería estar en el Museo de Ciencias Naturales.

—Bueno, algunos creerían más conveniente que estuvieran en el Museo de los Horrores, si es que existe tal cosa.

—Esta es la prueba de que la naturaleza no es sabia y engendra desvaríos de todo tipo. Unos no llegan a nacer, pero otros conviven entre nosotros sin que sus deformidades sean visibles a los ojos. Esos son los verdaderos monstruos. —Se detuvo frente a un cráneo humano—. Fíjese si no en este espécimen. Por las características antropométricas que puedo apreciar en él, perteneció a un homicida. Arcos temporales pronunciados, orbitales hundidos, mandíbula fuerte... Y lo más curioso de todo: se trataba de una mujer. Me llaman sobremanera los casos de asesinas reincidentes y me río yo de aquellos que las tachan de «ángeles del hogar».

«Vaya», pensó Bruno, como buen italiano estaba de acuerdo con las teorías de su compatriota Cesare Lombroso en cuanto a los signos antropométricos. Ahí tendrían un buen tema sobre el que debatir, pero tendría que ser otro día. Estaba agotado y tenía ganas de terminar con aquello cuanto antes.

—Parece que no falta nada —le informó—. Solo nos queda revisar el cuarto donde Olmedo guardaba sus trabajos y las notas de sus experimentos. Están en ese cuartucho de allí.

Señaló una puerta, al final del museo, y ambos se dirigieron hacia allá.

El corazón se le escapó del pecho al ver el caos que reinaba.

No podía creerlo. Los archivadores de metal habían sido reventados, los cajones

vacíos regaban el suelo; carpetas rotas, portafolios destrozados... Los trabajos y experimentos habían desaparecido. No quedaba ni una sola cuartilla de sus notas.

—¡*Madonna*, qué estropicio!

—¡Se lo han llevado todo! —gritó dando un puntapié a uno de los cajones, lleno de rabia e impotencia.

—*Tuttavia* no me pareció que aquel ladrón llevara ningún saco auestas.

—Ese tipejo no llevaba nada encima, pero puede que no haya venido solo y sus ayudantes ya hubiesen huido. ¡He sido un estúpido!

—No sea usted duro consigo mismo, jovencito. —Le miró fijamente con gesto grave—. No se ofenda, pero creo que me está ocultando algo. Debe sincerarse conmigo. Es la única manera de que yo pueda hacerme una idea de lo que está ocurriendo aquí.

Él asintió al borde de las lágrimas. No podía más. Se sintió un cobarde, un iluso, un miserable... No quedaba nada de Olmedo. Parte de su alma estaba impresa en aquellos trozos de papel. Y él había dejado que se los robaran.

Don Hugo le palmeó la espalda y dirigió sus pasos a la salida.

De repente, Bruno se acordó del robo que habían sufrido *Frau* Rosebaum y Anna Cohen en la tiendecita de curiosidades. El ama de llaves le dijo que no habían echado nada a faltar. Lo cual no significaba necesariamente que no se hubiesen llevado algo. Tendría que hablarlo con la señorita Cohen en su próxima visita.

Se quitó las lágrimas a manotazos antes de abandonar aquel lugar y apagar el interruptor. Sintió que aquello era el comienzo de un misterio aún mayor que el que escondía el *Tempus Fugit*.

Media hora después, el propio Bonaventura acomodó la bandeja con el juego de café sobre la mesita de palisandro de la salita de estar. A Bruno le sorprendió su desenvoltura, se notaba que estaba acostumbrado a vivir solo. Sirvió dos tazas y acercó la botella de *brandy*. Escanció un buen chorro en el café de ambos y luego le animó a que le contara todo lo que le estaba torturando.

—No es fácil lo que tengo que contarle... No sé por dónde empezar.

Don Hugo enarcó una ceja. Se dispuso a quitarse los botines con toda familiaridad. Luego se restregó los pies a conciencia con un gesto de dolor.

—Pues empiece usted por el final —dijo el italiano—. Cree que la muerte de mi hermano no fue ningún accidente ni tampoco un suicidio, sino que lo asesinaron, *non è vero?*

Bruno tuvo que confesar que su perspicacia le acababa de ahorrar un montón de explicaciones.

—Así es.

—*Va bene*. ¿Y qué ha descubierto hasta ahora?

—Que lo mataron el mismo día que a un buen amigo suyo, el profesor Samuel Cohen, propietario de una tienda de curiosidades. Ambos se veían cada martes para tomar el té y hablar de sus cosas.

Con aquello, cogió carrerilla y le contó todo lo que sabía sobre el profesor, su exótica tiendecita y la aparición del extraño personaje de la silla de ruedas en los momentos previos a su supuesto suicidio.

—Creo que se trata del mismo caballero que estuvo presente en el entierro de Olmedo.

—¿Es su principal sospechoso o tiene algún otro en mente?

—*A priori* no. Pero me apostaría algo a que el nombre del asesino está entre los de esta lista. —La sacó del bolsillo interior de su levita y se la tendió—. Me la facilitó la sobrina del profesor Cohen. Estos ocho caballeros cenaban todos los martes en una taberna que se llama La Perdiz y la Liebre. Al parecer, y según la señorita, han dejado de reunirse allí desde la muerte del profesor y la de Olmedo.

El italiano le echó un vistazo y se retorció la punta del bigote con gesto de concentración.

—Le va a resultar extraño, señor Moreto, pero conozco a todos estos caballeros que aparecen aquí. Eran compañeros de facultad de mi hermano y míos.

«Compañeros de facultad», repitió para sí Bruno. Era un buen nexo para empezar a investigar.

—¿En qué andaba metido mi hermano últimamente? —le preguntó don Hugo—. Me refiero en cuanto a experimentos, claro.

Bruno dudó. No sabía cómo se tomaría el italiano los ensayos de su maestro.

Él le regaló un gesto suspicaz.

—Hable sin miedo, joven. No voy a espantarme. Sé que Olmedo solía utilizar medios ilícitos o poco convencionales. Tenía su propio código ético al respecto de sus estudios empíricos.

—Estaba ensayando algunas de las prácticas de Alexis Carrel^[2].

Don Hugo arrugó la nariz y meditó unos minutos tras los cuales colocó los pies encima de la mesita de palisandro. Una pieza de la época Ming de un valor incalculable.

—Tendrá que ser más ilustrativo. Llevo años sin leer un solo renglón sobre medicina para vivos.

—Carrel publicó hace apenas un año la técnica operatoria de la anastomosis vascular y el trasplante de órganos e injertos de miembros. En ese artículo describe el proceso de sutura de los vasos sanguíneos e indica los pasos idóneos para una perfecta asepsia en cirugía.

—¿Se está refiriendo a que mi hermano se había centrado en el trasplante y los injertos?

—En efecto. Llevaba a cabo un estudio sobre la implantación de miembros amputados. Experimentaba con perros y gatos. Ignoro si logró algún avance al respecto, sin embargo... —Dudó unos instantes—. Le parecerá una locura, pero creo que lo consiguió. El robo de todo su trabajo y su muerte están relacionados con estos estudios.

Bonaventura se mostró escéptico.

—Jovencito, me parece que usted ya ha leído a Mary Shelley y su afamado *Frankenstein o el moderno Prometeo*. El injerto de un miembro es, hoy por hoy, inviable. Seamos serios, la infección tras esa clase de operación quirúrgica sería prácticamente inevitable. Y, por supuesto, están los trombos. En un injerto, el miembro sufriría una trombosis generalizada. ¿Y dónde dejaríamos el problema de la pérdida masiva de sangre? Eso sin contar con el tiempo que se necesita para llevar a cabo una cirugía tan complicada. ¿Cómo mantener a un individuo dormido durante más de cinco horas sin que la espiche?

Bruno puso los ojos en blanco. No tenía que jurar que no había ojeado un artículo médico en milenios.

—Se está investigando con drogas capaces de dilatar el tiempo de anestesia. El venoral es una de ellas, al igual que la cocaína. Olmedo conocía ambas. Estaba al tanto de los últimos estudios empíricos y le gustaba llevar su propio cotejo.

El italiano se desanudó la corbata de un tirón y se la sacó con desgana para dejarla encima del sofá.

—Su uso supondría tener que inyectarlas directamente en vena, gota a gota, a través de un catéter. Una práctica peligrosísima para el paciente, amén de los efectos secundarios de esos alcaloides. Pero yo me preocuparía más por el desangrado.

—Bueno, le diré que hay avances al respecto de la pérdida de sangre —se apresuró a decir Bruno—. Un patólogo austriaco, Landsteiner, está llevando a cabo estudios sobre la trasfusión de sangre de un individuo a otro. Según pude leer en un artículo, ha determinado que el hombre tiene distintos grupos sanguíneos compatibles entre sí, incluso hay uno que lo es con todos los demás. ¿Cree acaso que otros investigadores no andan tras esos mismos estudios? Apostaría lo que fuera a que Olmedo era uno de ellos.

Don Hugo dio un trago al café. Sus ojos se perdieron en la luz del amanecer que comenzaba a entrar por los visillos.

—No se lo discuto. Su sed de conocimiento no tenía límites. Podría haber sido un gran investigador y haber accedido a premios notables de no haber sido porque se empeñó en no defraudar a su padre adoptivo. Si no se hubiese enterrado en esta funeraria, su carrera hubiese sido fulgurante. Olmedo fue un hombre de férreos principios y, a veces, son esas mismas reglas las que coartan el libre albedrío del individuo cerrando muchos caminos a su paso.

Bruno era un mar de dudas y, por un momento, se dejó llevar por su curiosidad.

—¿Olmedo era adoptado? ¿Usted también? ¿Ambos eran italianos o españoles? ¿Cómo se conocieron?

En los ojos del italiano se perfilaba una neblina imprecisa.

—Vayamos por partes, señor Moreto. Sé que tendrá mil preguntas que hacerme, pero no me aguanto de sueño. Llevo más de cuarenta y ocho horas sin dormir. Lo realmente importante aquí es la muerte fortuita de mi hermano. Hemos de separar lo

evidente de lo subjetivo. Lo único cierto hasta el momento es que el ladrón que ha robado hoy en esta casa conocía a Olmedo o los estudios en los que trabajaba. Daremos con el quid de este misterio. Llegaremos a ello, no lo dude usted. Si mi hermano fue asesinado, yo no me quedaré con los brazos cruzados. Estoy seguro de que si trabajamos juntos, codo con codo, atraparemos a su asesino.

Bruno sintió un inmenso alivio al escuchar aquellas palabras. Parte del peso que notaba se esfumó, pero, dentro de su particular ecuación, no había contado con dividir esfuerzos a partes iguales. Al fin y al cabo, ¿quién era Bonaventura? Nada más que un extraño al que acababa de conocer.



Bruno se levantó del sofá movido por una súbita inquietud. ¡Trabajar juntos! Dio varios pasos hasta el ventanal y sus ojos se perdieron en la claridad incierta del amanecer que comenzaba a despuntar.

Carraspeó incómodo al sentir la mirada de aquel individuo clavada en su nuca. Se giró hacia él y compuso un gesto escéptico.

—¿Investigar juntos usted y yo...? —arguyó.

—¿Por qué no? ¿Tan raro le parece? Creo que ambos hemos demostrado esta noche que hacemos un buen equipo. Me quedaré en Madrid hasta que todo esto se haya aclarado. Además, ¿no es usted legalmente mi sobrino? Somos familia y las familias...

Bruno hizo un gesto con la mano para hacerle patente su desacuerdo. El *gentiluomo* se estaba pasando de la raya.

—No se confunda. Su único familiar aquí es *lady* Amber. Ella es la hermana de su difunta cuñada. En estos momentos duerme en uno de los cuartos de arriba. Tal vez dentro de un par de semanas tenga que hacerlo en una pensión de mala muerte; siempre y cuando venda lo poco que tiene para poder pagarla.

Don Hugo se levantó como un resorte para clavarle una mirada fiera.

—¿Acaso cree que no he pensado en ella? Está usted siendo muy injusto, jovenzuelo. Ya quisiera poder afrontar el pago de la hipoteca, pero no es así. Yo, al igual que usted, no tengo más pertenencias que las que he traído en mis maletas. No pido más que vivir y dejar vivir al prójimo. Créame cuando le digo que he dejado todo de lado por venir aquí e intentar buscar una solución favorable a ambas partes. Y si me concede usted el beneficio de la duda, llegaré a ella. Solo necesito tiempo para pensar sin estar expuesto a ningún tipo de presión.

Se agachó sobre sus botines y los agarró malhumorado.

—Y ahora, si fuese tan amable el caballere de decirme dónde puedo aposentar mi ilustre trasero, le estaría muy agradecido. Me temo que el mal humor se está apoderando de mí por momentos.

—La única habitación disponible es la de Olmedo —le dijo—, aunque le advierto que está llena de polvo y cachivaches. Él no permitía que nadie entrara a limpiar. Era muy reservado con sus cosas.

—¿Pretende usted que usurpe el cuarto a mi difunto hermano? —arguyó furioso—. ¡Pues faltaría más! Olmedo jamás lo aprobaría. Se revolverá en su tumba si oso hacer tal cosa.

Sí que estaba de malas pulgas, sí. ¿Dónde puñetas pretendía dormir si no?

—Pues... Si quiere puede echar una cabezadita en el Sancta Sanctorum —le

indicó con mala sombra—, hay un sofá en la zona de estar. Así, de paso, vigila por si vuelve el ladrón.

—¿Me está tomando el tupé? ¿En un incómodo sofá y expuesto a la furia del caco? Ya dormí en la morgue cuando era estudiante de medicina y, por suerte, ha llovido mucho desde entonces. ¿Dónde suele pernoctar usted, pollo?

Él le contestó con mucho retintín.

—En la buhardilla, que viene a quedar en el último piso, tras tres larguísimos tramos de escaleras de servicio y otros tantos más de una escala de tijera.

—Me vendrá de perilla hacer ejercicio. *Mens sana in corpore sano*.

Sacó del bolsillo de su chaqueta el cuadernillo que Bruno le entregó en la escena del crimen.

—Aquí tiene el retrato de esa pobre chiquilla muerta. Espero que lo mire usted bien desde el sofá de la morgue. ¡Lo mismo le habla y todo!

Y se fue rezongando en italiano escaleras arriba, dejándole con un palmo de narices. Aun así, Bruno reconoció que había logrado arrancarle una sonrisa con ese arrebatado de orgullo herido. Era todo un personaje.

Se dirigió al Sancta Sanctorum con un pellizco de culpabilidad. No había estado fino con el italiano. En las escasas horas que hacía que lo conocía, su comportamiento había sido intachable. Y, mal que le pesara, todo lo ocurrido le animaba a creer que merecía un voto de confianza.

Clavó con una tachuela el retrato de la víctima en la pared y, tras alejarse un par de metros, comprobó maravillado que Bonaventura había hecho un trabajo magnífico. Era todavía mejor dibujante que su hermano. Sonrió ante su intuición sobre que ambos compartieran la misma afición. Sin duda, la ciencia no había estudiado demasiado a los gemelos idénticos. Su ignorancia al respecto también era grande, pero a la vista estaba que compartían gustos y habilidades afines. Que los dos hubieran estudiado las mismas licenciaturas venía a darle la razón. No obstante, le quedaba claro que poseían diferentes personalidades. Don Hugo era, a su parecer, más pragmático y más cascarrabias. Por un momento no pudo evitar sentir curiosidad sobre cómo se conocieron. ¿Fue en una de las clases de medicina? ¿Quién buscó a quién?

Depositó sobre la encimera su maletín dispuesto a sacar las pruebas que había tomado del escenario del crimen. Estaba agotado, no era para menos después de tantas emociones y de la paliza a puñetazo limpio con el caco, aunque sabía que si se acostaba no conseguiría dormirse. Así que cambió su traje manchado de barro por unos cómodos pantalones de trabajo y una camisa de franela. Se puso el guardapolvo y unos manguitos limpios.

No hacía mucho, Olmedo había invertido una gran suma en cambiar el alumbrado de gas por lámparas de incandescencia. Fue un dinero bien empleado, pues la electricidad dotaba a las instalaciones de notables mejoras, amén de los armarios frigoríficos donde cabían varios cadáveres.

Tomó la bolsa de tela donde había guardado la golondrina. Se puso unos guantes de goma y pasó a inspeccionarla con una lupa de gran aumento. Reparó en una anilla de metal que llevaba en una de las patas. No había muesca alguna en ella, ningún número que evidenciara que había sido anillada para un control de estudio ornitológico. El plumaje blanco del pecho estaba manchado de sangre reseca. Apartó con delicadeza el plumón y pudo apreciar con sorpresa que le habían cosido el pecho.

Aquella pobre golondrina tenía el mismo costurón que el cadáver de la niña.

Pero ambas suturas eran distintas. La que tenía frente a él era la que solían llamar «de peletero», que consistía en una ligadura continua, con un nudo simple al comienzo y al final del hilo. Sin embargo, la empleada para cerrar la zona del esternón de la víctima era un nudo de «cirujano» al que se le habían añadido dos «planos». Ningún cirujano suturaba igual aunque usara la misma técnica y nudo. Tenían su propia forma de coser, sus propios vicios o habilidades, al igual que una cierta inclinación por determinados materiales. Cada nudo era como una firma intransferible de su autor.

Su curiosidad iba en aumento. Echó mano de las tijerillas más pequeñas del instrumental y se dispuso a cortar la laña. La sacó de una sola pieza y la depositó en una tablilla de hueso y lámina de mica para estudiar el hilo en profundidad bajo el microscopio. Era catgut, un filamento de origen animal de uso frecuente en cirugía. Le dio la sensación de que estaba bastante fresco.

Colocó el pajarillo bajo la lente de un ojo de toro con luz. No tardó en observar que lo habían eviscerado como a un pez y la minúscula cavidad la ocupaba ahora un elemento extraño.

Sintió un inmenso cosquilleo en el estómago. Cogió otras pinzas para extraer aquel misterioso hallazgo. Le costó hacerlo porque prácticamente lo habían embutido para que cupiera. Estaba cubierto de sangre reseca, aun así enseguida pudo apreciar su morfología. Era un insecto. Tiró de él con precaución. Una vez logró sujetarlo por el tórax, las alas salieron prácticamente solas. Tenía ojos compuestos como los de algunos artrópodos, que le ocupaban casi toda la cabeza. También distinguió dos antenas pequeñas encima de unas mandíbulas bien desarrolladas.

Se trataba de una libélula.

Utilizó un pequeño hisopo de algodón empapado en alcohol para limpiar la cabeza. Un precioso tono azul turquesa salió a la superficie. La depositó con sumo cuidado en una de las tablillas y, tras quitarse los guantes y lavarse las manos bajo el grifo de la pila, pasó a escribir en su cuadernillo cuanto dato y sensación pudo captar de lo que acababa de descubrir. Era su método de observación, el que Olmedo le había inculcado. «Jamás pases por alto apuntar todo sobre tu olfato sensorial, Bruno. Las primeras impresiones se pierden al paso de las horas. Ellas serán tu punto de referencia. Hablarán donde no lo hagan los resultados de las pruebas recogidas y tú acudirás a ellas como si fueran los mejores testigos de la escena del crimen».

Realmente no había un escenario como tal. Estaba seguro de que el cadáver de la

chiquilla había sido depositado en la vereda del Manzanares por alguna razón, pero el asesinato ocurrió en otro sitio muy distinto. Empezaba a barajar la posibilidad de que lo hubieran arrojado desde el puente de Toledo y el agua cumplió la misión de arrastrarlo hasta la zona concreta en la que lo descubrieron, justo donde el curso del río se bifurcaba y perdía caudal. Algo le decía que era allí, en ese punto exacto, donde el asesino quiso que lo encontraran. Nada estaba hecho al azar. Todos y cada uno de los detalles tenía una misión que cumplir en la mente del asesino.

El infanticida no era más que una sombra para él. Una fumarola de niebla. Físicamente no era nada, pero en la cabeza de Bruno ya comenzaba a trazarse su «mapa-vivendi». Este era algo distinto al «mapa de vida» de las víctimas. Bruno tan solo tenía unas pequeñas trazas de la psique del asesino. Eran todavía muy confusas. Por un lado, daba la impresión de que estaba desplegando sus habilidades frente a un futuro adversario. No importaba quién fuera su oponente. Solo se trataba de comprobar si alguien había aceptado el desafío. Pero, por el otro, sus pistas eran demasiado ambiguas como para captar el mensaje que quería transmitir.

¿Qué demonios significaban la golondrina y la libélula azul? Ambas pertenecían al género común de su especie. ¿Eran las niñas también un espécimen usual, tal vez vulgar? Eran «agua del Manzanares», criaturas invisibles.

Por otra parte, Bruno había sido el primero en descubrir su mensaje. ¿Le hacía eso ser, por justa regla, el elegido? Primero tendría que aceptar el reto. Y le tentaba, vaya si le tentaba.

Puso la tablilla con la libélula bajo el prisma de un Lemardeley & Fils, un microscopio compuesto que no hacía mucho había adquirido Olmedo. Era de triple prisma giratorio. Ajustó el objetivo más adecuado y situó el espejuelo hasta una postura óptima de luz. La observó largo rato, pero no encontró en ella nada especial, era una simple libélula como las que suelen rondar las charcas y las orillas de los ríos. La introdujo en una caja redonda de cristal con tapadera y la metió en el despensero para mantenerla en frío.

Pasó a examinar la golondrina. Peinó sus plumas con el máximo cuidado, tomando la precaución de poner debajo un papel blanco para que cayeran las posibles partículas ajenas al plumaje. Tenía las patitas cubiertas de barro. Se apresuró a recoger todo el que fuera posible con un cepillo y procedió a realizar un sencillo filtrado. La tierra resultante le pareció el típico mantillo de jardín. Era oscuro y muy suelto.

Se le cerraban los ojos. Era incapaz de seguir. Guardó todas las pruebas en el despensero y se tumbó exhausto en el sofá. Su cabeza dio tantas vueltas que ni supo cuándo terminó por quedarse dormido.

Un inoportuno carraspeo, que le costó identificar, le sacó del efímero sopor.

A duras penas pudo abrir los ojos. El italiano estaba sentado en uno de los butacones. Fumaba uno de sus cigarrillos rusos y ojeaba la libreta de apuntes. Bruno lo saludó sin apenas poder moverse. Tenía la boca pastosa y con un ligero saborcillo a

sangre. Se lamió la herida del labio recordando vagamente el puñetazo que le había dado el caco.

—¿Qué hora es...? —logró articular.

Bonaventura, sin despegar la vista del cuadernillo, sacó el reloj del fondillo de su chaleco. Miró la esfera casi de soslayo.

—Más de la una y media. Llevo observándole dormir más de una hora, jovencito.

Bruno se incorporó trabajosamente lanzando un resoplido. Era tarde aunque a él le parecía que hubieran pasado solo unos minutos desde que se acostó.

—Mmm... —rezongó el italiano sin dejar de mirar la libreta—. «Libélula azul». Parece el título de un libro, de una ópera o de un vals... Veo que nuestro asesino es de los que quiere aparecer en el Musée Dupuytren o en una enciclopedia de antropología sobre los homicidas más retorcidos del planeta. ¿En serio ha dejado una libélula dentro de la golondrina?

Bruno hizo un sonido gutural a modo de respuesta. Todavía no le salían las palabras de la garganta. La tenía como un jirón de esparto.

Don Hugo dejó el cuadernillo sobre la mesita y se levantó. Miró el retrato de la niña. Tras unos minutos de observarlo detenidamente, se volvió hacia él.

—Es ineludible que hagamos una visita a las Injurias. Necesitamos saber quién era esa pobrecilla. Hay que dar caza al malnacido que la mató.

El joven le pidió calma con una mano. La voz se le clavaba en la sesera como el picoteo de un pájaro carpintero.

—¿Por qué a las Injurias?

—Porque es allí donde vivía la niña. ¿Acaso ha olvidado lo que dijo ese chiquillo desarrapado de la orilla del Manzanares? Ese, al que le di un cigarrillo. Dijo que la cría se llamaba Dorita y que había vivido en las Injurias.

Bruno puso los ojos en blanco. Al parecer era de ideas fijas y seguía con aquello de investigar juntos y, por lo visto, a su aire.

—Antes de aventurarnos —le advirtió—, deberíamos esperar a que la policía identificara a la niña. A lo mejor Del Romo ha encontrado el expediente. Si así fuera, deberían constar los datos sobre su identidad.

El italiano chasqueó la lengua desaprobando aquello.

—¿Y si no encuentran denuncia alguna? Habremos perdido un tiempo precioso. No es por alarmarlo a usted sin razón, joven, pero me da que este asesino no tardará en mostrarnos más mensajes. Tiene ganas de notoriedad y no se detendrá hasta obtenerla. Ya ha matado a tres pequeñas. Estamos frente a un asesino reincidente. No pretendo darle clases de manual, usted mismo ha estudiado las señales. ¿Cree que este asesino se tomaría tantas molestias en señalarnos un «sendero» si no tuviera intenciones de proseguir con lo que ha empezado? La libélula azul es el primer tramo del recorrido. Tendremos que averiguar qué significa. Sin duda, él quiere que encontremos algo.

Bruno se puso en pie echándose mano a los riñones.

—¿Y qué cree usted que desea mostrarnos?

—Posiblemente, el cadáver de la siguiente víctima o alguna pista que nos lleve hasta ella.

Meneó la cabeza con el cigarrillo colgando de los labios. Estaba muy satisfecho con sus conjeturas.

—Señor Moreto, ríndase a lo evidente: ya le dije ayer que hacíamos un buen equipo usted y yo. *Si, signore*.

Él le miró fijamente con el ceño fruncido para hacerle ver que, aunque pareciera haberse olvidado por completo de su salida de tono de la noche anterior, seguía teniéndola muy presente. No era de los que olvidaba. Aquel italiano le había mostrado sin ningún recato su cara menos amable.

El doctor pareció leerle el pensamiento. Carraspeó mientras echaba la ceniza del cigarrillo en el fregadero.

—Verá, mozalbete, no tengo por costumbre pedir disculpas cuando creo llevar razón. Haré una excepción dadas las circunstancias. Ambos estamos nerviosos. Usted quiere proseguir con su vida; la única que ha conocido hasta ahora. Respeto sus deseos y son muy loables, pero entienda que yo también tenía una vida antes de que mi hermano falleciera. Sin duda para mí fue la que yo mismo elegí. ¿Cree que quiero hipotecarla? ¿Cambiarla por otra totalmente distinta? Sería de locos renunciar a la vida de uno. Los lobos solitarios como yo amamos nuestro anonimato en el mundo. No pertenecemos al clan. Por el contrario, necesitamos huir de él para seguir respirando.

Bruno lo miró con un atisbo de piedad. Sería cínico pensar que no lo comprendía. No hacía falta escarbar demasiado en su pellejo para intuir que aquel hombre era un náufrago de su propio destino. Alguien que se había perdido en las arenas del tiempo y de las que no quería regresar ni por lo más sagrado. ¿Qué pudo ocurrir en su pasado para que corriera a refugiarse en esa bohemia tan suya?

—Acepto sus disculpas y le ofrezco las mías, doctor. Yo dormiré en la habitación de Olmedo para que no se «revuelva en su tumba». Le cedo la mía gustoso.

—Bien está que ambos cedamos. —Asintió con los labios apretados en una fina línea—. Así será más fácil alcanzar un acuerdo. Yo, por mi parte, ya me he presentado a todos y cada uno de los curiosos miembros de esta casa, incluida *lady Amber*. Ella ha sido muy amable. Ha eludido cualquier tema relacionado con la herencia. Hemos compartido un espectacular desayuno a base de riñones, tocino frito y huevos pasados por agua. Da gloria que todavía conserve el buen gusto inglés por los desayunos copiosos.

—Pues se habrán llevado un buen susto al verle a usted. No me dio tiempo material para advertirles de su peculiar parecido físico con Olmedo.

—Pierda cuidado. Laurita, *la cameriera*, ya les había puesto al corriente con todo detalle.

El ruido de unas pequeñas explosiones, provenientes de algún lugar de la casa, le

hizo dar un respingo.

—*Pecatto! Che cosa succede?*

No dejó que Bruno le respondiera. Puso pies en polvorosa hacia las escaleras que daban a la planta principal. Él lo siguió con una sonrisilla felina.

Cuando llegaron al pasillo distribuidor, se escucharon varias descargas más.

—¿Qué diantre significan esos fognazos? ¿Qué es ese jaleo...?

—Verá..., tenía que haberle advertido algo referente a *lady* Doyle... Ella suele llevar a cabo reuniones, ¿cómo decirlo?, curiosas. Pertenece a una sociedad un tanto *sui generis*. Es miembro del Movimiento Espiritista.

—*Cosa?* ¡Por los clavos de Cristo!

A Bruno se le desató una risa floja ante su reacción.

—No se escame, don Hugo. Se trata de reuniones bastante civilizadas. Hablan de los avances que se han llevado a cabo sobre métodos de invocación. Creo que hoy, en concreto, están intentando fotografiar algún ente celestial.

—Vaya, debo admitir que me interesan sobremanera las modernas técnicas que conectan el mundo del más allá con el del más acá. Aunque me temo que haya mucho falsario entre las filas de los que se llaman médiums. ¿Sabe usted si la señorita pertenece a la Unión Espiritista Kardeciana?

—No tengo la menor idea —le respondió encogiéndose de hombros—. Nunca he asistido a ninguna de sus reuniones, la verdad. No me atraen demasiado semejantes tertulias. Soy un escéptico convencido.

Le indicó que le acompañara a una de las salitas donde se exponían los féretros a las familias que no deseaban velar a los difuntos en sus domicilios. Era una práctica todavía poco arraigada, pero cada vez iba tomando más adeptos. No era una habitación grande, apenas daba cabida a una docena de sillas distribuidas en dos filas y separadas por una estrecha alfombra que iba a parar en una tarima al fondo, donde se mostraba el ataúd abierto o cerrado, según el gusto de los allegados.

Un intenso aroma a magnesia, acompañado de un humillo acre, le hizo torcer el gesto. Bonaventura daba manotazos al aire para disiparlo.

Lady Doyle les saludó con la mano mientras daba las últimas instrucciones a Carlos Herranz, un joven fotógrafo que solía venir a menudo por la funeraria para ofrecer sus servicios a las familias de los fallecidos. Se dedicaba a confeccionar recordatorios de dudoso gusto para algunos. Constaban de una fotografía del difunto, dispuesto en su caja, y varios poemas funerarios. Afirmaba que estaban muy de moda en los Estados Unidos de América. También era asiduo a las reuniones de la británica. Poseía un pequeño estudio fotográfico en el paseo de Gracia.

—Señor conde... Espero que no estemos importunándolo con tanta parafernalia. Se trata solo de un inocente experimento...

—No se disculpe usted, *carissima*. Me hago cargo y, muy por el contrario, me siento fuertemente atraído por esta clase de ensayos.

Ella se mostró encantada al escuchar aquello. Le presentó al señor Herranz, que

muy amablemente le estuvo mostrando la cámara y explicándole en qué consistía aquel intento de materializar en las placas las esencias que suponía vagaban a la deriva en un recinto como aquel. Incluso le dejó pulsar el conmutador de la cámara varias veces, diciéndole que le mostraría las fotografías una vez revelara los negativos.

Tras aquello, el doctor volvió a interesarse por la tertulia que habría a continuación.

—Le preguntaba al señor Moreto si pertenecía usted a alguna asociación espiritista, *lady Doyle*. Estoy al corriente de que el año pasado se celebró en Terrassa el primer Certamen Sociológico Espiritista Iberoamericano.

Ella sonrió con cierta indulgencia.

—Esta es una reunión totalmente privada en la que nos damos cita librepensadores y espiritistas. Aunque tampoco faltan los que son convencidos ateos o fervorosos creyentes. Aquí los respetamos a todos por igual, siempre que no intenten adoctrinarnos. Nos amamos los unos a los otros sin necesidad de largos y aburridos discursos morales. Yo no considero el espiritismo como una religión, es por eso que no pertenezco a ningún grupo específico.

El doctor asintió con cortesía.

—Me parece bien. Yo también estoy libre de prejuicios religiosos.

—Me sorprende gratamente, señor conde, ¿significa eso que está usted interesado en acudir a una de nuestras reuniones?

—Así es. Digamos que sufro de cierto morbo empírico. Pero, por favor, apéeme el tratamiento, no me llame usted conde. Prefiero que me llame doctor. —*Lady Amber* asintió—. Estaré encantado de acudir; eso sí, si el señor Moreto fuese tan amable de acompañarme me sentiría más cómodo. Yo no conozco a nadie y hace tiempo que no acudo a ninguna velada de índole social.

Él le miró con una mueca de circunstancias.

—Con sumo gusto lo haré.

—Estupendo entonces, caballeros. Acudan ustedes al Salón Azul sobre las cuatro. Hoy somos un grupo reducido. Solo un puñado de íntimos.

Tras despedirse, Bruno sugirió al italiano que leyera el periódico de la mañana mientras él se aseaba en condiciones y se cambiaba de ropa. Más tarde organizaría su vestuario en el armario de Olmedo. No olvidaba el trato al que habían llegado. Ahora su amada buhardilla pertenecía al doctor.

Dos horas y media después y tras dar un frugal bocado, Bruno y Bonaventura entraban en la Sala Azul deteniendo por completo la nutrida conversación y atrayendo todas las miradas de los invitados a la *soirée*. De repente, la de Bruno se quedó detenida en una joven. Sintió una opresión en el pecho. ¿Quién era aquella belleza? Su breve cintura se arqueó para coger la pluma que le tendía una mujer obesa que se sentaba a su lado. Sus delicadas manos tomaron la pluma con tal ademán que dudó por un momento de que aquella jovencita en realidad estuviera viva. ¿No sería una visión, un ente ultraterrenal? Su gracioso sombrero enmarcaba los rizos dorados de su cabello y tenía unos ojos verdes preciosos. Sus labios le parecieron azúcar tostado.

Lady Doyle solicitó la atención de los recién llegados.

—Señores, acérquense y tomen asiento. Les presentaré a nuestros invitados.

Comenzó por las damas, con la preciosa mujercita que hacía apenas unos instantes había acaparado toda la atención de Bruno. Se llamaba Sofía Mendoza, estudiosa del espiritismo y antigua alumna del Colegio de las Ursulinas. La mujer que la acompañaba era *frau* Rüter, su institutriz; una alemana de proporciones bíblicas. Llevaba un uniforme gris oscuro con un sombrero de fieltro ribeteado en negro que le daba un aire de sargento. Bruno tragó saliva. Sin duda, su cara de perro echaría para atrás al más pintado. Desvió la vista y tomó la mano que le ofrecía su divina pupila para besarla. Olía a caléndulas.

Las siguientes en ser presentadas fueron las íntimas de la británica y a las que ella misma llamaba «mis tres mosqueteras». Bruno las conocía bien. Antonia, Juliana y Flora Espada. Hermanas y solteronas hasta el tuétano; curtidas vividoras del saber popular. Lo mismo valían para hacer las veces de alcahuetas que se vestían de luto como plañideras en los entierros. Las tres vivían en un hotelito del bulevar Narváez, en el barrio de Salamanca, heredado de su difunto tío abuelo. También les legó su capital, pero ya hacía tiempo que sus arcas estaban tiritando. El saber de esas tres mujeres era gastar y no la administración y la contabilidad. Iban ataviadas a la última moda de París y, por qué no decirlo, poseían una envidiable silueta, que para nada correspondía con la falta de gracia en sus rostros. Ellas, a su vez, eran muy amigas del profesor Cienfuegos, que fue el siguiente en ser nombrado. Era un hombre de unos cincuenta años y, según las damas, bien parecido. Solía acudir a menudo a las *soirées*. Conocía a muchos supuestos médiums y se los presentaba a *lady Doyle*. Tenía los ojos muy oscuros y unas cejas puntiagudas que le conferían una mirada inquietante. Su mostacho cobrizo llamaba mucho la atención. Bruno sonrió imaginando los frascos de aceite de Macasar que gastaría para darle aquel lustre y

tiesura.

Por último, la británica les presentó a los Alcántara. Óscar y Casimiro. Primos hermanos y señoritos de postín, apócrifos curillas que no dudaban en hacer de Dios un instrumento del diablo. Ambos habían estudiado teología, pero según sus propias palabras «su vocación no era lo suficientemente fuerte», sobre todo con lo que respectaba al celibato. Se rumoreaba que eran asiduos a los prostíbulos finos y a los juegos de azar. Mujeres y apuestas eran sin duda una peligrosa conjugación para cualquier creyente, cuanto más para los que pretenden servir en cuerpo y alma al Señor. Eran bajitos, entraditos en carnes y de pronunciadas entradas. Más que primos, parecían simplemente hermanos.

Terminadas las presentaciones y tras una breve introducción, que corrió a cuenta de la anfitriona de la casa, esta dio la palabra al joven fotógrafo. Se puso en pie con mucha ceremonia.

—Apunten ustedes si son tan amables. —Hizo una pausa casi teatral para que todos los presentes tomaran pluma y papel. Luego carraspeó repetidas veces y casi declamó los títulos con voz de falsete—. Aconsejo la lectura de los siguientes libros: *Teoría de la reencarnación: sus defensores y sus detractores*, del profesor Montonnier; *Pequeña enciclopedia sintética de las ciencias ocultas*, de Ernest Bosc; *Las potencias del alma*, de León Denis. Esto es todo. Ahora, paso el turno a la señorita Sofía Mendoza, que nos relatará un curioso caso acaecido en Austria.

La jovencita se puso en pie para leer y Bruno prestó toda su atención, aunque tal vez sus ojos se centraran en su esbelta figura. Le sentaba como un guante aquel vestido de lino claro y alto cuello de encaje. Y qué voz...

—La noticia viene documentada en la sección «The Psichical Sciencie Review», del número de marzo de la revista *El mundo invisible*, de Berlín. El artículo se titula «El duende de Nienadowka». En él se expone el caso de una muchacha de apenas catorce años que, sin haber recibido más instrucción en su corta vida que la de saber leer y escribir, cuando entra *in trance*, se expresa en otros idiomas distintos al suyo. Habla en griego y en latín. Además, parece ser que posee grandes dotes psicométricas.

Tras un breve vuelo de moscardón, en el que hubo disparidad de opiniones, Antonia Espada ofreció su criterio sobre el asunto.

—Creo que estamos ante un nuevo caso de niños médiums. Se están dando muchos en estos tiempos que corren. Bien es sabido que ellos gozan de un alma todavía pura que les hace ser más permeables.

Tras el consiguiente intercambio de pareceres, su hermana Juliana también quiso aportar su granito de arena con un artículo que había recortado de un periódico británico. Cambió de tercio radicalmente.

—Nos llegan noticias de que el liberal William Crookes, gran científico y paladín del espiritismo experimental, ha obtenido los votos necesarios para ser elegido diputado al Parlamento británico. *Mister Crookes* defiende los derechos políticos de

la mujer y la protección de la clase trabajadora.

Aplaudieron muy finamente ellas y con algo más de garbo ellos.

Después de un interludio de poesías y relatos, a cargo de los hermanos Alcántara, se hizo un alto para tomar el té. Se sirvió en el cenador acristalado de la azotea, donde varias mesitas de forja lucían los mejores manteles de lino y los más exquisitos juegos de té de porcelana de Cantón. Las lámparas, distribuidas en puntos estratégicos, daban la luz perfecta al nublado atardecer. Los sillones de enea estaban revestidos de cojines bordados, y la exuberancia de las azaleas daba el toque perfecto.

Había una bandeja de tres pisos en cada mesa. Estaban repletas de pastas y pequeños emparedados al más puro estilo victoriano. Destacaban los de mantequilla con pepinillo y pescado ahumado. Para amenizar aquella pausa se escucharon los acordes de Paganini. Corrieron a cargo de un violinista callejero que *lady* Amber solía contratar a cambio de un buen plato de comida caliente y las monedas que buenamente le daban de propina los invitados. Llevaba un frac que ella misma le proporcionaba para esta clase de ocasiones.

La nota original la daba el aya Uma. Iba ataviada con un sari amarillo con bordados en oro. En medio de sus ojos lucía su eterno *kilat*, y en las muñecas tintineaban decenas de pulseras de aro. Fue ella la que se encargó de servir un té especiado, una receta propia muy particular que solía llamar la atención de cualquiera que lo probase.

Los ojos de Bonaventura se abrieron como platos al contemplar aquel despliegue. Bruno le miró con una sonrisilla. Se notaba a la legua que desaprobaba tanto boato. Aun así, no dudó en catar con delectación suprema cada uno de esos dispendios, mientras añadía a dos carrillos: «davvero delizioso». Se le acercó al oído y le preguntó con mucha discreción.

—¿Quién corre con los gastos de estos condumios, joven?

Él le regaló una sonrisa pícara.

—El presupuesto general de la casa.

Torció el gesto.

—Pues no es de extrañar que mi difunto hermano estuviera arruinado. Este *high tea* le da ciento y raya a los de *madame* Pompadour. Un ojo de la cara se va en estos despilfarros.

Le dio la razón. Bien sabido era que Olmedo no pudo jamás con la británica. Solía hacer la vista gorda a todos sus caprichos alegando que ella estaba acostumbrada a un cierto nivel social por aquello de haberse criado como una maharaní en el protectorado británico. Lo cierto era que apenas había vivido diez años en la India y llevaba más de veinte en este bendito país. Tiempo suficiente para haberse acostumbrado al chocolatito a la taza y los típicos churros o buñuelos. Mucho más asequibles que los tés que solía importar desde Inglaterra y que llegaban con una puntualidad británica cada primero de mes.

Tras degustar las distintas clases de té que solía servir —uno fuerte, otro más

flojo con penetrante aroma floral y el especiado con anises, canela y clavo—, *lady Amber* dio permiso para fumar a todo el que gustara de hacerlo. Ella tomó un cigarrillo de su pitillera y le colocó su boquilla de cánula larga. Cienfuegos no tardó en ofrecerle lumbre. Mientras tanto, la robusta institutriz de la señorita Sofía se aposentó en uno de los divanes que había orillando un gran parterre de ciclámenes, cerca de la estufa de hierro fundido, y en un amén Jesús se quedó desnucada, arrullada por la música del violín. Los demás charlaban animosamente sobre política y cotilleos de la alta sociedad. Bruno aprovechó para presentarse más individualmente a la señorita Sofía. La ocasión la pintaban calva.

Ella le prestó toda su atención. Enseguida se sintió atraída por la conversación de aquel caballero tan guapo, que se le antojaba encantador. Para nada le pegaba ser un operario de pompas fúnebres. Ella había asociado un trabajo tan desagradable con alguien de aspecto siniestro.

—Curiosa profesión la suya, señor Moreto —le dijo ella con una sonrisa—. Está inevitablemente unida al mundo de los espíritus. ¿Y no le da reparo vivir entre cadáveres? ¿No teme entrar en contacto con algún «desencarnado»?

Él frunció el ceño ante aquel curioso término. Ella se apresuró a aclarárselo.

—Así es como los espiritistas llaman a los que han dejado el mundo terrenal.

—Ah, vaya. Muy propio. Hay que temer a los vivos y no a los muertos. No creo en fantasmas, señorita.

Sofía se acercó discretamente al oído de Bruno y se cubrió parte del rostro con su abanico de concha.

—Guárdeme el secreto, señor Moreto. Yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué acude a esta clase de reuniones?

—Yo podría preguntarle lo mismo a usted. —Se rio con un cascabeleo delicioso—. Verá, la verdad es que estas *soirées* son muy entretenidas; sin duda más que ir a rezar el rosario de las cinco o merendar en la chocolatería San Ginés con mis aburridas conocidas. Le seré del todo sincera: me considero una mujer de ciencia, feminista y moderna. Aquí no me juzgan por mis ideas liberales; al contrario, alientan todas mis inquietudes.

Le dejó mudo. Aquello era lo último que esperaba oír.

Lady Amber se puso en pie e hizo sonar una diminuta campanilla. Llamó al orden a los corrillos que se habían formado.

—Proseguiremos nuestra velada en este cenador. Nos vendrá de perlas el telón de fondo que se observa desde estas alturas. —El cielo era una hermosa estampa de nubes púrpuras—. Si les parece bien, propongo como tema el sonambulismo inducido, ya que, si todo marcha como espero, la próxima semana podremos deleitarnos con una sesión en vivo.

Se elevaron exclamaciones de sorpresa. Algunos aplaudieron.

—Como habrán imaginado, correrá a cargo del profesor Cienfuegos, gran experto en el tema. Me consta que ha llevado a cabo más de cincuenta sesiones, todas ellas

con éxito.

Más aplausos.

Bonaventura miró al susodicho como si estuviera inspeccionando una dudosa mercancía que estaba rebajada. Volvió a hablar a Bruno al oído.

—Pues con todos mis respetos, este individuo se da un sospechoso aire a esos charlatanes que desaparecen sin más, dejando al santo y llevándose la limosna. ¿Se ha percatado usted del roce en las solapas de su levita? Sin duda vivió en primera persona La Gloriosa^[3].

Bruno no pudo evitar una risilla floja. El italiano carraspeó para hacerse notar. Parecía que al fin se sacudía la falsa timidez y quiso formar parte activa en la conversación.

—Un tema la mar de interesante, *si, signore*. Pero no encuentro relación entre el hipnotismo y el espiritismo, salvo que ambos tienen la misma terminación. —Sonrió con socarronería. Su dardo fue directo al pecho de Cienfuegos, que no tardó en darle la réplica.

—El hipnotismo es lo que nosotros los espiritistas llamamos «sonambulismo magnético», señor conde. Los científicos cambian el término «magnetismo animal» por el de «hipnotismo». Braid, Liébault, Beannis, Cullere... Todos ellos han utilizado el método.

El rostro de don Hugo dejó traslucir cierto regodeo. Aquel tipejo era un papagayo.

—Buena retahíla de apellidos ilustres... —arguyó—. Sin embargo, muchos otros afirman que no hay ningún flujo magnético en el durmiente, por lo que el hipnotismo es pura sugestión. No existe espíritu alguno que se haya metido en el cuerpo del sonámbulo. Y yo no tengo más remedio que decir que el sonambulismo es una actividad automática del cerebro.

—Coincidirá conmigo en que apenas se ha empezado a explorar sobre el asunto, dados los pocos recursos que tiene la ciencia en nuestros días. Aún no han podido comprobar por qué un sonámbulo es capaz de ver todo un mundo con los ojos cerrados.

—*Scusi*, también dicen que un sonámbulo ve cosas porque alguien le está induciendo a verlas. O sea que, si el hipnotizador le apunta que está cruzando un puente, lo verá y podrá cruzarlo sin contratiempos. Esos fenómenos son fruto de la excitación a la que es sometido el individuo.

—¿Afirma usted que la catalepsia y el sonambulismo son mera farsa?

—*Non commeta errori*, profesor Cienfuegos, a mí no me parecen ninguna farsa. Sigmund Freud, un neurólogo austriaco, al que creo que no tenga el placer de conocer usted porque no goza del beneplácito de muchos, utiliza la hipnosis y el método catártico para tratar neurosis e histerias, obteniendo resultados sorprendentes. Ahora bien, sus logros están apoyados en la ciencia, no en el espiritismo. Él induce a los pacientes a que exploren dentro de su yo interno hasta dar con la raíz del problema que los somete. No hay de por medio ningún espíritu que ande apuntando qué decir al

durmiente ni, por supuesto, tampoco hay mensajes del más allá ni advertencias a los vivos.

Cienfuegos frunció el ceño y se tragó su réplica.

Bruno, sin embargo, asintió a la observación del doctor, le pareció muy interesante, aunque él jamás había oído hablar de ese tal Freud. Bonaventura había llegado al meollo del asunto y la conversación se estaba caldeando. Decidió intervenir para dar otro punto de vista y no quedarse al margen de aquel interesante debate.

—Supe algo al respecto de unos experimentos que se llevaron a cabo en el hospital de La Charité de París. Después de inducir mediante hipnosis a un grupo de pacientes, les administraban sustancias tales como coñac y hachís, a través de un catéter colocado en la arteria carótida. Por lo visto, esta última sustancia hacía disminuir o aumentar la voz cuando el durmiente cantaba. Y, según algunos testigos presenciales, sus voces parecían provenir de ultratumba.

—Hombre..., con esas sustancias espirituosas no me extraña —dijo Bonaventura—. El cannabis es un opiáceo. Además, no nos olvidemos de que soy el primer interesado en saber si ese flujo magnético existe en realidad o no. No discuto por llevar la contraria, mi deseo es llegar a mis propias conclusiones. Quiero ser objetivo, a pesar de ser un hombre de ciencia.

Cienfuegos volvió a la carga.

—Lo que no me negará usted, señor mío, es que los científicos no se cansan de investigar estos fenómenos. Ya sea para tacharlos de falacias o no.

—Pudiera ser —asintió el italiano—. Aunque ya digo que no es mi caso. Estoy abierto a creer que detrás de todo esto hay fuerzas que ignoramos. Eso sí, me gustaría comprobarlo con mis propios ojos. Ver para creer.

Flora Espada se animó a intervenir.

—La atmósfera celestial está llena de espíritus, señor Bonaventura. Y es bien cierto que hay sonámbulos superiores que pueden captarlos y transmitir los mensajes de estos desencarnados. Yo misma he sido testigo de ello en muchas ocasiones.

Sus dos hermanas le mostraron su apoyo incondicional. El italiano le devolvió una sonrisa de circunstancias por toda respuesta. Y aquel cenador se convirtió en un graderío de opiniones dispares. Hasta que la preciosa voz de la señorita Sofía se hizo un hueco para cambiar de tema.

—Doctor Bonaventura, ¿y qué opina usted de los viajes astrales?

Él frunció el ceño algo sorprendido. Sin duda le había pillado *in albis*.

—Me temo que mi ignorancia al respecto es notable, señorita Mendoza. Eso sí, leí una noticia en los periódicos que llamó mucho mi atención. Contaba el caso de un joven que queriendo experimentar uno de esos viajes astrales se sometió a un método extravagante. Se trataba de un artilugio muy complicado por el cual se le fue administrando vía intravenosa, gota a gota y de un modo ininterrumpido, una mezcla de agua, cloroformo y éter. Naturalmente se produjo el suicidio del joven. Me temo

que no regresó para contarnos sus experiencias.

Las lamentaciones de las féminas se dejaron sentir.

—Doctor —continuó Sofía—, coincidirá conmigo en que si una técnica es mal empleada puede derivar en neurosis de todo tipo y hasta desencadenar la muerte del individuo si este se ofusca. Ahí tenemos el ejemplo del escritor Guy de Maupassant, que guiado por sus obsesiones acabó en un manicomio.

Bruno sonrió. Tenía buena réplica la moza.

—Cierto, señorita. Ni que decir tiene que los escritores sentimos una especial predilección por mostrarle al mundo misterios insondables, y en nuestro afán de documentarnos podemos llegar hasta límites insospechados. Imagino que no habrá leído usted *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*, de Edgar Allan Poe, porque dudo mucho que lo hayan publicado en España, pero viene que ni pintado para el tema del sonambulismo.

Ella asintió con una sonrisa cómplice.

—Leí una traducción de Baudelaire al francés durante mi estancia en París, hace unos meses. El cuento es aterrador a la par que sorprendente. Pero dígame, doctor, ¿es usted escritor?

«Vaya, escritor», se dijo para sí Bruno.

—Bueno, solo soy un pobre aficionado —se apresuró a puntualizar don Hugo—. He escrito varios cuentos nada más...

—Pues tendrá que permitirme leerlos. Le daré mi sincera opinión sobre ellos.

—Será un honor, señorita.

Las demás mujeres también pidieron amablemente ese honor. Bruno pensó que el italiano comenzaba a sentir los primeros hormigueos del éxito en sus carnes. Su gesto de complacencia consigo mismo no tenía parangón. A Cienfuegos aquello no pareció hacerle ninguna gracia. Entró a la palestra para arrebatarse esa efímera gloria.

—Volviendo al tema que nos ocupa, doctor Bonaventura, ¿no cree que la ciencia equivoca las señales? Existen las comunicaciones de ultratumba. Los seres etéreos necesitan advertir o consolar a sus allegados más queridos. El sonambulismo inducido no solo permite esa comunicación, sino que también otorga a la persona que está *in trance* viajar hasta otras vidas anteriores.

El italiano asintió con ojillos astutos.

—Veo que cree usted en la reencarnación. No le negaré que este es otro tema que me interesa. Aunque tendrá que reconocerme que no todos hemos sido Napoleón o Cleopatra en otra vida. Hay religiones que creen que podemos reencarnarnos en un insecto o en un perro. Y eso se me hace difícil de encajar.

Óscar Alcántara no quiso perder la oportunidad para intervenir en aquel punto.

—Deduzco que es usted creyente, doctor. Creo que el hombre avanza en todas las ciencias gracias a la mano de Dios. Es Él el que sin duda está detrás de cualquier avance científico; el que otorga esa clarividencia a los sabios, a los justos y a los mandatarios.

Hugo dio una profunda calada a su purito y soltó el humo con una lentitud enervante antes de contestarle.

—*Scusi*, señor Alcántara. No soy amigo de mezclar religión con ciencia, como también me parecen incompatibles ambas con la política. Se dan cien patadas. Pedir a Dios que ande al pendiente de todas las barrabasadas que se le ocurren al hombre me parece una patochada, señor mío. El hombre se basta y se sobra para cometerlas él solito. Quien realmente está detrás de todo avance favorable a la humanidad no es otro que el ingenio. La mente del hombre es la hacedora de todo bien y todo mal. Dios, el suyo o el mío, es solo un pretexto para cometer atrocidades en su nombre.

Las mujeres apoyaron esa última afirmación con unas palmaditas enguantadas, lanzaban gritos de admiración. Se las veía encantadas. Carlos Herranz también aplaudió con energía, mientras Cienfuegos lo hizo a regañadientes y con los ojos entornados. Los Alcántara sonrieron ante aquella intervención como si aquellas réplicas formaran parte de su piadosa obra. Sin duda, no era la primera vez que les cuestionaban esa clase de poder divino.

La tarde fue declinando, al contrario que la tertulia, que tomó cotas insospechadas formando corrillos y discusiones sobre ciencia y religión. El murmullo llegó a ser tan ensordecedor que la Doyle se vio forzada a tocar la campanilla y llamar al orden. Lo que propició que *frau* Rüter se despabilara de su larga siesta. Hasta ese momento, había dormido como una ternera en el diván, ajena a todo aquel barullo de opiniones. Dio un cómico respingo y se incorporó sobresaltada. Se colocó el sombrero y miró el reloj que llevaba prendido con un broche a la pechera. Echó una visual a su pupila y le indicó con gestos que ya era hora de dejar la *soirée*.

Sofía se disculpó ante los invitados. Era ya noche cerrada y nadie había reparado en ello.

Lady Amber no dio por concluida la reunión hasta que la señorita dio un segundo aviso, un cuarto de hora más tarde, de que tenía que marcharse. Los invitados jamás se retiraban a la primera intentona. Eso hubiese sido un *desaire*.

Ya en el recibidor, la británica fue despidiéndose con una frase que a Bruno le era muy familiar: «Que los espíritus de luz os acompañen, hermanas y hermanos». Flora, la mayor de las Espada, quiso hacer un último cumplido a don Hugo. Quedó de manifiesto que estaba intentando crear un nuevo adepto para sus filas.

—Pues para ser su primera reunión ha resultado un gran tertuliano, doctor Bonaventura.

—Bueno, yo solo he comentado lo poco que sabía al respecto.

Lady Doyle le tomó familiarmente de las manos para apoyar la afirmación de su amiga.

—No se quite usted mérito, querido doctor. La velada ha resultado interesante de veras. —El italiano se zafó con aprieto de aquel gesto afectuoso—. Verá, mis amigas y yo queríamos acercarnos mañana a la Biblioteca de La Irradiación, en la plaza del Ángel, para comprar un folleto muy interesante que relata cómo los sonámbulos

pueden hablar con los espíritus y las condiciones requeridas para este tipo de técnicas espiritistas. El psiquismo está de moda. ¿Querrá usted acompañarnos?

Aquella petición fue secundada por sus tres inseparables, que formaron piña en torno al italiano animándolo a aceptar la invitación. Él se dio holgura al almidonado cuello de la camisa. La efusiva petición le había pillado por sorpresa. Su gesto fue de aquel que reza para que se lo trague la tierra.

—No sé cómo andaré de tiempo. Estoy ayudando a nuestro joven Bruno en unas investigaciones. —Le lanzó una súplica con los ojos y carraspeó—. ¿Verdad, señor Moreto?

Él sonrió. Solo le faltó darle un disimulado codazo. Estaba en un verdadero aprieto.

—Cierto, cierto —apoyó—. Es ineludible que me acompañe a realizar varias gestiones. Me temo que le tendré ocupado unos días.

Se oyeron las lamentaciones de las tres mosqueteras. La británica enarcó las cejas con un gesto de decepción, pero sonrió con dulzura.

—Está bien, en otra ocasión será, pero no olvide usted que el sábado de la semana que viene está invitado a la sesión de hipnotismo. No aceptaré excusas bajo ningún concepto.

Y se marchó junto con sus tres amigas para seguir despidiendo al resto de los invitados.

Don Hugo resopló aliviado.

—De buena me he librado.

—Hombre, cualquiera que le escuche...

—No me interprete mal, Bruno. La señorita me parece un encanto de mujer. Es buena conversadora, pero para mí ya se terminó aquello de andar haciendo de perrito faldero. El papel me viene grande. A quien le viene que ni pintado es a ese tal Cienfuegos. Él lo borda, mire si no cómo babea el susodicho. Se diría que quiere algo más que besar sus plantas. Quiere besar su monedero, ¡si lo sabré yo!

—Pero si *lady Amber* está en la ruina... —alegó—. Olmedo la dejó igual que a mí, más descalza que a las Carmelitas.

—Pues las joyas que luce no son de vidrio precisamente. Y qué abanicos y mantones que se gasta.

—Esas son todas sus posesiones. Doy fe.

—Será tal y como dice, joven, pero eso no lo sabe el tal Cienfuegos. Si se ha guiado por los oropeles que ha visto, no es de extrañar que quiera engatusarla. Mírelo usted al infeliz, poniéndole el mantón sobre los hombros para que no se enfríe. *Farabutto!*

Bruno no pudo evitar una risilla floja. Estaba claro que el profesor no era santo de la devoción del italiano.

Antes de marcharse, la señorita Sofía quiso despedirse de él.

—Espero verle a usted en la sesión de hipnosis de la semana que viene, señor

Moreto. Sin duda será una velada muy interesante. No puede faltar. Es más, sería imperdonable.

Le tendió la mano y él le besó el dorso como idiotizado.

—Allí estaré. No me la perdería por nada del mundo.

Le regaló una sonrisa de lo más sugerente, mientras la sargento mayor de *frau* Rüter le echaba una mirada que hubiese puesto los pelos de punta al mismísimo Rasputín.

Cuando al fin el recibidor quedó vacío, *lady* Amber dio instrucciones a Laura para que sirviera la cena. Fue muy ligera, dada la generosa merienda que habían disfrutado no hacía mucho.

Al finalizar, las damas se retiraron a descansar y el doctor sugirió a Bruno que tomaran una taza de café en la salita de estar. Pero antes de llegar, Lourdes, la segunda doncella, requirió a Bruno para que se pusiera al teléfono. Cogió el supletorio más próximo, el que había en el taquillón del recibidor. Era el inspector Del Romo. Fue una llamada muy breve para darle información sobre el caso de la niña asesinada.

Tras un cuarto de hora al aparato, colgó y regresó a la salita. Allí le esperaba Bonaventura con un juego de café y dos copas de *brandy*.

—Me he permitido servirle, creo que le gusta negro y sin azúcar.

Al igual que la noche anterior, el italiano volvió a despojarse de sus botines y apoyó los pies en la mesita de palisandro. Encendió un cigarrillo.

—Bueno, usted dirá, mozalbeta, cuénteme qué le ha dicho Antonio sobre el caso.

Antes de contestarle, dio un buen trago de café a ver si conseguía despejarse un poco. Apenas había dormido y se caía de sueño.

—Del Romo dice que no hay denuncia alguna sobre la desaparición de la niña. También me ha dicho que han estado buscando en los ficheros casos que guardaran ciertas similitudes con el que nos ocupa, pero que no ha encontrado ninguno. Yo, a su vez, le he puesto al corriente de la libélula que he encontrado dentro de la golondrina.

—¿Y qué le ha parecido?, se habrá quedado como un gato de escayola.

—Sí, no se esperaba algo así. Ha acordado venir en cuanto los de Medicina Legal le pasen el informe de la autopsia de la chiquilla.

—*Va bene*, visto que no existe expediente alguno, creo que deberíamos investigar por nuestra cuenta. ¿Cómo solía usted actuar con mi hermano cuando trabajaban como asesores para el Cuerpo de Vigilancia?

Bruno le miró anonadado. ¿Realmente seguía con la idea de que investigaran juntos? Aquel italiano era más testarudo que una mula.

—Él era el que investigaba. Yo me dedicaba por entero a analizar las pruebas. Yo era el de las teorías y él el que las demostraba.

—O sea, que usted no salía de estas cuatro paredes. Era Olmedo el que hacía el trabajo de campo.

Él asintió al tiempo que le preguntaba el porqué de nombrar a su hermano por el

apellido. Era algo que le chocaba y tenía curiosidad.

—Pues porque jamás usamos nuestros nombres de pila. No hay otra razón. —Se encogió de hombros restándole importancia—. Pero retomando el tema que nos interesa, le diré que eso de que usted se quede aquí recluido se ha terminado. Vendrá conmigo a las Injurias. Necesita espabilarse, joven. Si queremos que el Cuerpo de Vigilancia vuelva a contratar nuestros servicios, tenemos que ofrecerles al culpable de este caso en bandeja.

Bruno enarcó las cejas por toda respuesta.

—No se muestre usted tan sorprendido, señor Moreto. La noche ha sido larga y he pensado mucho sobre el asunto de la hipoteca. Me sabe mal dejarlos a ustedes en la calle. Solo estoy buscando soluciones. Pienso que si ambos trabajamos codo con codo podremos hacer frente a los pagos más apremiantes del día a día y ganar algo de tiempo para pensar qué hacer con los plazos del banco. Creo que, si pudiéramos satisfacerles cierta cantidad, nos darían un respiro hasta estudiar una solución definitiva.

—Pero eso es...

—Sí, ya sé que es una idea peregrina e insuficiente. Pero es la única que se me ocurre. Bueno, tengo otra, aunque no sé si a usted le parecerá bien.

Le animó a proseguir.

—He pensado vender algunas de las antigüedades de Olmedo. He visto que no están incluidas en el testamento. Creo que mi hermano las dejó al margen aposta. Sabía que si las añadía al legajo quedarían en depósito como bienes intocables.

Había que reconocer que no era mala idea, pero a Bruno escuchar aquello de vender le partía el corazón. Era como desvalijar la memoria de Olmedo. Don Hugo apretó los labios y le miró con fijeza.

—*Coraggio*, señor Moreto... Solo venderé las necesarias. Seguramente las piezas más valiosas, las que nos permitan salir adelante hasta que estudie en profundidad los libros de cuentas de la funeraria y pueda tomar una decisión.

Bruno entornó los ojos desconcertado.

—¿Significa eso que cabe una posibilidad de que se haga cargo de La Luz de Helios? ¿Piensa darse de alta como operario titular?

—*A mano a mano*. Lo primero ahora es buscar el modo para proceder con los impagos más apremiantes. ¿Me da usted su consentimiento?

—Esa decisión no me compete a mí solo. Habrá que preguntar a *lady* Doyle. Por mi parte no hay problema.

—Sí, es verdad. Mañana mismo se lo consultaré.

Bebió un generoso trago de *brandy* mientras daba vueltas al asunto. El viejo zorro de Olmedo le había jugado varias malas pasadas. No solo no se contentaba con haberse dejado matar —sabía Dios por quién—, sino que le hacía responsable de aquel jovencito que tenía frente a él. Ni siquiera le había pagado los estudios universitarios. Para redondear las cuentas pendientes entre ambos, le había endilgado

lo que ni él mismo tuvo valor de hacer en vida: la deshonrosa tarea de buscar comprador para sus antigüedades. De sobra sabía Olmedo que, durante varios años, tuvo que ganarse la vida ejerciendo de anticuario, y que buscaría el mejor acomodo para esas antiguallas. Se las ofrecería a un puñado de excéntricos coleccionistas que amarían tanto esas piezas como su propio hermano lo había hecho. Dentro de lo malo, era un consuelo. Eso sí, jamás podrían recuperarlas. Una vez hubiesen puesto sus garras sobre ellas, no habría fuerza en el mundo que se las arrebatase. Eran peor que las monjas cuando conseguían una jugosa limosna.

Se levantó para alcanzar la botella de *brandy*, que ya tiritaba, y se escanció un generoso chorro.

—¿Y qué me dice en cuanto a lo demás, Bruno? ¿Está de acuerdo en que intentemos recuperar el puesto de asesores externos para la policía?

—Me parece bien. Usted tiene las licenciaturas oportunas y yo podré ayudarlo con las autopsias.

Él le guiñó un ojo dando su aprobación.

—¿Sabe, Bruno? Creo que a usted le encantarían las guardias interminables en los hospitales. Yo no tuve buen recuerdo de ellas hasta después de una década. Y qué decir de las clases de disección, le parecerían una bicoca.

Bruno interpretó aquello como una forma de decirle que, si todo marchaba según había previsto, no sería raro verle matriculado en la universidad. La idea le entusiasmaba, pero se le abría la boca de sueño sin poderlo remediar.

—Será mejor retirarse a descansar, joven. Está usted que no se tiene en pie.

—No le diré lo contrario...

—Pues no se hable más. Tire para el sofá de la morgue, que yo me quedaré aquí unos minutos a terminarme este estupendo cafelito. Y no se olvide mañana de vestirse como es menester para el asunto de las Injurias.

Bruno frunció el ceño, interrogante. Don Hugo le regaló un gesto de indulgencia.

—Hombre, coincidirá conmigo en que, si la gente ve aparecer a un señorito peripuesto por aquellos andurriales, de seguro pensarán que anda un sátiro a la busca y captura de una tierna criaturita.

—¿Quiere decir que tenemos que pasar inadvertidos?

—Así es. Con ropas de proletario. Si no dispone de ellas, pídaselas prestadas al cochero. Seguro que algo podrá apañarle.

Él asintió con una media sonrisa. Dentro de lo malo, le pareció que Bonaventura le mostraba un camino hacia el que avanzar. Le dio las buenas noches y se marchó bastante satisfecho, pensando que no todo estaba perdido. La casa podía salvarse de aquella pira funeraria en la que todavía ardía el pasado y palpitaba un futuro incierto.

En aquellos arrabales, el aire tomaba una connotación muy diferente a la que se respiraba en otros barrios de Madrid. El Manzanares se convertía en otro río distinto en esas latitudes. Sus aguas menguaban y se enturbiaban, hedían como heridas infectadas. Eran capilares gangrenados de una metrópoli con aires de europeísmo, donde la modernidad y la opulencia perdían su brillo para regalarnos la cruda realidad de una ciudad atrasada y carente de piedad.

Era el Cristo de las Injurias; apenas un puñado de calles a cuya espalda se perdía el arroyo de Embajadores. Un nudo de fábricas y tejares se alzaba allí donde el arrabal se diluía en tierra yerma.

Una recua de chiquillos perseguía a pedrada limpia a una rata grande como un conejo. Sus gritos e insultos sacaron a Bruno del asombro que se había adueñado de él nada más atravesar la frontera de Embajadores y recorrer el paseo de las Acacias.

Ya cerca del río, les salieron al paso algunas tabernas. A la puerta había varias mesas y sillas donde los desocupados mataban el tiempo jugando al dominó o a las cartas. Elevaban las miradas a su paso. Los estudiaban. Luego volvían al juego, con el cigarrillo colgando de los labios y una frasca de vino a mano.

—No los mire a los ojos, Bruno. Olerán su miedo.

—No pueden oler lo que no tengo, doctor.

Meneó la cabeza. Tal vez pensara que su respuesta era una bravuconería. Nada menos cierto. El barrio de Ventas del Espíritu Santo estaba muy cerca de La Luz de Helios y también era un arrabal, aunque fuese punto de encuentro de señoritos de provincias en busca de diversión y donde medio Madrid se daba cita los fines de semana. A lo largo de la carretera de Aragón surgían ventorros donde servían lustrosas raciones aderezadas con el *chapurreao*, a base de vino con limón, pero no era menos cierto que en ambas veredas del arroyo Abroñigal se asentaban nidos de chabolas y se palpaba la misma miseria que en las Injurias. Él daba fe de ello.

Se detuvieron ante una taberna.

—Moreto, usted sígame la corriente y métase en su papel —le dijo indicándole que entraran.

Tras dar los buenos días, se apostaron en el mostrador y don Hugo pidió al mesonero dos chatos. Un par de tipos los miraron de arriba abajo antes de devolverles el saludo. El tabernero también les echó una visual, pero con algo más de disimulo. Sacó la frasca y, antes de servirles, les cantó el precio. El doctor se apresuró a pagar al tiempo que le preguntaba si sabía dónde vivía una tal señora Dora. Dejó caer que eran amigos de unos parientes de la familia y que iban de paso hacia Toledo.

—No quisiéramos pasar de largo sin saludarla —dijo para hacer más creíble su

papel—. Mi Manuela me molerá a palos si no les doy recuerdos, ya sabe usted cómo son las mujeres...

El tabernero dudó unos instantes con ojos entornados, pero Bonaventura no dejó que aquello se alargara. Apuró el vino de un trago y le plantó el vaso para que volviera a llenarlo mientras soltaba en el mostrador unas monedas. Bruno se apresuró a imitarlo.

—Vive cerca del depósito de los muertos —dijo al fin mientras les servía otro chato—. Reconocerán la chabola porque tiene una veleta, de esas con un gallo. No tiene pérdida.

El doctor le dio las gracias y volvió a vaciar el vaso. Apremió con un gesto a Bruno. Aquel brebaje ardía en las tripas. Salieron de allí sin aparentar prisa y caminaron en la dirección que les había señalado el tabernero.

—¿Una tal señora Dora? —cuestionó Bruno a toro pasado.

—No es raro que madres e hijas compartan el mismo nombre. Tenía que probar suerte.

Llegados a la parte más despoblada y lindando con algunas fábricas, la tierra se había convertido en un verde manto tras las recientes lluvias. Contrastaba con las fachadas encaladas y el negro cielo de tormenta. Tras una hilera de árboles recién plantados, se alzaba un grupo de casas bajas. Algunas tenían patios cercados en cuyo interior se amontonaban trozos de cinc y chatarra. Los ojos de Bruno buscaban la veleta en cuestión. No tardaron en dar con ella. Era demasiado gallo para tan poco tejado. El artilugio rechinaba movido por la brisa que llegaba del río.

Algunos perros ladraron al advertir su presencia. La reja oxidada del patio estaba abierta y pegaba bandazos contra el cerco descuadrado. Estaba a rebosar de montoneras de basura y un moho verde había brotado en la tierra. El hedor era una mezcla de olores indigeribles.

Se detuvieron ante la puerta desvencijada y llamaron con los nudillos varias veces, sin contestación alguna. Bruno pegó la oreja a la hoja de madera, pero no escuchó ruidos ni pasos dentro.

—Tendremos que volver más tarde.

—De eso nada. En cuanto caiga la noche, estos andurriales serán una boca de lobo, amén de la gentuza que pululará por aquí. Por menos de lo que vale un peine, lo rajan a uno.

Bruno dejó escapar un resoplido. Le pareció que exageraba. Hasta ahora nadie se había metido con ellos. No obstante, creyó conveniente dar oídos a su opinión. Sin duda, él tenía más experiencia en aquellas lides.

Ante su asombro, y sin que le diera tiempo material a cuestionarle, el italiano empujó la puerta sin más. Se abrió con un quejido, solo estaba encajada. Le miró reprobador, pero entró igualmente como si nada fuera con él.

La casa era pequeña, de una sola planta. Apenas una cuadrícula de tierra prensada donde había una mesa, varios taburetes y la chimenea con parrilla en un rincón. Un

olor a grasa flotaba en el ambiente. De varios ganchos en la pared colgaban hierbas secas y algunos cazos despostillados. La humedad había formado círculos negros en los rincones. Una cortina partía en dos la estancia. Estaba sujeta por un alambre de lado a lado. Al descorrerla, vieron dos catres, un armario destartado y una silla que hacía las veces de mesilla. Encima de ella había una palmatoria y la figurita en escayola del Cristo de Medinaceli. Sobre la colcha de la cama más pequeña, yacía una muñeca de porcelana ricamente ataviada y cuyos ojos de cristal parecían observarles. Era un elemento discordante en aquella habitación. Puede que el único que delatara la presencia de una niña en el pasado. Bruno se agachó para cogerla e instintivamente se la llevó a la nariz. Desprendía un aroma delicioso, en gran contraste con el que dominaba la casa entera. Era un intenso olor a café recién tostado.

—¿Qué ha encontrado, Bruno?

Iba a mostrársela cuando el ruido de la puerta los puso en guardia. Alguien acababa de entrar en la casa. Ambos se quedaron quietos para no delatar su presencia y Bruno se apresuró a dejar la muñequita en su lugar.

Ante ellos apareció una mujer menuda, de mejillas hundidas, que blandió amenazante la tranca de la puerta.

—¿Qué puñetas hacen aquí? ¡Si han venido a robar, van dados!

Su rostro quemado por el sol y de profundas arrugas era el vivo reflejo de la ira. Ambos levantaron las manos muy despacio para hacerle ver que su actitud era pacífica.

—Disculpe la intrusión, señora —dijo Bruno intentando mediar—. Llamamos a la puerta, pero...

—¡Pero nada! —le interrumpió empuñando con más fuerza la tranca—. ¡Lárguense de aquí o juro por Dios que los desgracio vivos!

Percibieron en el frío de sus ojos azules que no mentía y retrocedieron cautelosos. La mujer alzó la estaca avanzando hacia ellos.

Bruno se apresuró a sacar del bolsillo interior del gabán el retrato de la niña. Lo desdobló a toda velocidad y se lo mostró.

—¿Es usted familiar de Dorita? —le preguntó.

Ella entornó los ojos para ver mejor el retrato. Se le anegaron de lágrimas y le temblaban los labios, pero no soltó el madero.

—¿De dónde han sacado ustedes eso? ¿Quién la ha retratado?

Bruno pensó a marchas forzadas. No podía decirle que la niña había aparecido muerta sin que antes le diera la mala noticia la policía. Miró de reojo a Bonaventura. Él optó por responderle con otra pregunta.

—¿Es su nieta?

La mujer asintió con los labios apretados en una fina línea.

—Pero ahí parece mayor —dijo secamente, con un brillo en la mirada que delataba su ansiedad.

—¿Puede decirnos usted cuánto hace que desapareció?

—Cinco años... ¿Quiénes son ustedes? ¿A qué han venido?

—Estamos investigando la desaparición de la niña —respondió Bruno.

—¿Son policías?

—Somos detectives privados —indicó don Hugo—. Por favor, deje usted esa estaca y le contaremos a qué hemos venido.

—¡Ahórrese el palique! Ya les dije todo lo que sabía a esos pinchaúvas en su momento y no voy a repetirlo. ¡A tomar por culo de aquí los dos!

Bruno estaba enraizado al suelo, incapaz de moverse.

Alguien habló desde la puerta.

—¡Vale ya, Dora! Templá los nervios, mujer.

Era un hombre bajito y moreno. Llevaba una bata gris de trabajo y cargaba al hombro varios sacos. La mujer siguió blandiendo la tranca desoyendo sus órdenes.

—¡Nadie va a venir a mi casa a insultarme! ¡Yo no vendí a mi nieta a ningún degenerado como dicen por ahí!

Su voz estridente aturdía. El hombre soltó los sacos en el suelo y la abrazó, pero ella se zafaba blasfemando, hasta que se dejó vencer, floja como un muñeco, y la estaca cayó al suelo. Lloró con desconsuelo.

—Anda, mujer, ve a por un cuartillo de vino donde la Rosa. Yo atenderé a estos señores.

Sacó del fondillo de su chaleco unas monedas que llevaba en un pañuelo anudado e intentó dárselas, pero ella cerró el puño con fuerza. Negaba ovinamente con la cabeza y la mirada iracunda perdida en el suelo. Él le abrió la mano y la obligó a cogerlas. «Solo un cuartillo, mujer. Obedece, no seas terca». Ella salió por la puerta arrastrando los pies, como una niña testaruda que accede contra su voluntad al ver la correa en la mano del padre.

En cuanto desapareció por la puerta, el hombre les acercó un par de taburetes y se sentó en una silla desvencijada, junto a la mesa.

—Perdonen ustedes a la Dora —les dijo—, la pobre está rotita de dolor. Se siente hundida por la culpa. Si proteges a los críos, esta ciudad se los come y, si no los cobijas, los devora. Yo soy un amigo, me llamo Braulio González. Díganme en qué puedo servirles. Ahora bien, les advierto que, si quieren retratar a la vieja para los papeles, tendrán que apoquinar. Se ha quedado muy sola y, aparte de mí, no tiene quien la cuide.

—No somos periodistas —repuso Bruno—. Estamos investigando la desaparición de la niña.

Braulio enarcó las cejas. Sus mandíbulas se endurecieron.

—Ya. Son de la secreta, ¿no?

Bruno negó con la cabeza.

—Ya le dijimos a la señora que somos detectives privados. Queremos saber qué ocurrió el día de la desaparición de Dorita. Sería de gran ayuda que nos respondiera a

unas preguntas.

El hombre los miró con reserva. Parecía decepcionado. Sacó una petaca de tabaco y se lio un cigarrillo con toda parsimonia. Había perdido todo interés al ver que no eran de la prensa.

Bonaventura se levantó con un gesto asqueado. Sacó su monedero y lo vació encima de la mesa. Las monedas tintinearón.

—Hable usted de una buena vez, hombre de Dios —soltó con voz cavernosa—. La niña ha aparecido muerta en el río.

El gesto adusto del hombre no varió un ápice. Solo chasqueó la lengua. Era como si ya estuviera al tanto de la funesta noticia y no le entrara ni frío ni calor. Se apresuró a lamer el papelillo del cigarro y se lo colgó en los labios. Luego barrió con su ruda mano las monedas y se las metió en el bolsillo. Sacó unas cerillas y se dio lumbre.

—Ese día, la cría fue a la plaza Mayor a vender agua. Su abuela le daba un botijo y la mandaba a venderla. A veces iba a la plaza de toros. Dependía del día. Lo hacía desde los tres añitos. Era una cría con mucho desparpajo. Tenía mucho arte, la *condená*. Pero eso ya se lo dijimos a la policía. Puede que estuviera en un sitio o en otro. Esa *jodía* hacía lo que le daba la gana. Había veces que perdía el botijo, se le rompía o se lo robaban. Se liaba a jugar y se le iba el santo al cielo. Lo único que sé es que salió temprano de la casa, a eso de las siete de la mañana.

—¿Se acuerda usted de la fecha exacta de su desaparición? —le preguntó Bruno.

—Sí, señor, ¿cómo iba a olvidarme? Hace de esto cinco años, pero fue como si hubiese sido ayer. Fue el día de la Virgen de la Paloma, el 15 de agosto. Es por eso que puede que la cría se acercara hasta la verbena de la Bombilla, que estaba muy concurrida y era donde más agua podía vender.

Bruno lo apuntó en su libreta.

—¿Solía ir andando hasta el lugar donde vendía agua?

—Dependía. Había veces que la llevaba un vecino al que llamábamos el Cafeto. Tenía una máquina de moler café, era por eso lo del mote. Se ponía en la Puerta del Sol o en la plaza Mayor. Tenía un carro con un burro y dejaba subir a la Dorita algunas veces, dependía del pie con que se hubiera levantado el gachó.

«Café recién molido», pensó Bruno recordando el penetrante aroma que desprendía la muñeca de porcelana.

—¿Y dice usted que ese señor es un vecino? ¿Puede indicarnos dónde vive? No estaría de más que habláramos con él.

Negó con la cabeza.

—Él no llevó a la Dorita ese día. Estaba malo y no salió de casa. Además, aunque quisieran hablar con él, no podrían, ya no vive en las Injurias. Le fue bien y se largó del barrio.

—¿Pero siguió con el negocio del café?

Se encogió de hombros.

—Algunos dijeron que tenía intención de abrir una tienda de ultramarinos, pero

¿sabe?, cuando uno logra escapar de estos arrabales no se acuerda de volver para dar santo y seña. Si les va un poco mejor, se olvidan hasta de la madre que los parió y del padre que los engendró. Se cambian hasta el nombre. Es ley de vida. No le he vuelto a ver.

—¿Y qué me dice usted de los rumores que hubo sobre que la niña fue raptada por un comediante? —le preguntó, más que nada por dejar zanjada esa posible pista.

—¿Qué quiere que le diga? Eso son gilipollices. Enseguida inventan cuentos de viejas para meter el miedo en el cuerpo a los chiquillos y que anden más *espabilaos*. La policía ya indagó en su momento y no lograron sacar nada en claro de ese chisme.

—¿Llevaba la niña alguna medalla o crucecita el día de su desaparición? —preguntó don Hugo tomando el relevo a Bruno.

—¡Qué iba a llevar la pobrecilla...! De haber tenido alguna alhaja, ya la habría *empeñado* la Dora. No tenían ni donde caerse muertas. Es por eso que yo me arrejunté con la vieja. Me daba pena que las dos estuvieran tan solas y desamparadas.

—¿Y sabe usted algo del padre o de la madre de Dorita?

Dio varias caladas antes de responderle.

—La madre era buena chica, pero se dejó preñar por un pajarraco que al enterarse voló del nido. El muy *desgraciao* andaba con unas y con otras, y cuando les sacaba los cuartos se largaba. La tonta de la Trini tuvo que echarse a la mala vida en cuanto soltó a la cría. No sabemos nada de ella desde entonces, ni para bien ni para mal. No volvió más por aquí. Las malas lenguas decían que andaba tísica y que fue a dar con sus huesos al Hospital de San Juan de Dios, pero la Dora se acercó hasta allí para ver si daba con ella. Las monjitas le dijeron que se había muerto hacía meses y que la enterraron en una fosa común para pobres.

—¿Y cómo dice que se llamaba la madre?

—No se lo he dicho. Trinidad Maldonado Pérez.

—¿Y el nombre del padre?

Negó con vehemencia.

—Ni lo sé ni me importa. La gente lo llamaba el Dandi. Se daba aires de señoritingo, pero no era más que un comemierda. El año pasado me soplaron que le habían arrancado el alma de una paliza. Por lo visto dejó preñada a otra muchacha del barrio de Lavapiés y el padre y sus cinco hermanos se vengaron con sangre. Lo dejaron más tieso que un lomo de bacalao. Y, mire, yo que me alegro. Se llevó su merecido ese puto cabrón.

Bruno miró a Bonaventura dándole a entender que ya tenían suficientes datos. Sin embargo, él volvió a interrogar a Braulio.

—¿Tenía la señora Dora algún enemigo por entonces?

—¿Enemigo? Aquí en las Injurias todos somos como de la familia. No tenemos ni mierda en las tripas, ¿quién nos iba a envidiar? No, a la vieja nadie la quiere mal. Al contrario, si muchas veces ha podido comer se lo debe a la caridad de los vecinos.

—¿Qué cree que le ocurrió a la chiquilla?

Braulio le clavó una mirada que escocía al tiempo que dejaba escapar de su garganta un bufido de condescendencia.

—Pues que la cogió un *degenerao*, un loco de esos que les gusta abusar de las criaturas. ¿Acaso importa ya lo que hicieron o dejaron de hacer con ella? Nadie se la puede devolver a la vieja. ¡Mala puñalada encuentre el hijoputa que la mató! Si lo prenden, júrenme ustedes por lo más sagrado que vendrán aquí para avisarme.

Los dos asintieron un poco escamados por la vehemencia con la que dijo aquello. Braulio se besó los dedos perjurando de nuevo y escupió al suelo.

—Y no le digan nada a la Dora de que su nieta está muerta —prosiguió—. Ya se lo diré yo más despacio. La vieja tenía esperanzas. No saben ustedes las cruces que se ha hecho para no sufrir. —Hizo una pausa negando al aire con amargura—. Y ahora, váyanse antes de que regrese. No quiero tener más lío con ella.

—Permítame una última pregunta —dijo Bruno—. ¿Denunciaron la desaparición de la niña a la policía? Le he escuchado decir que hablaron con varios agentes.

Él enarcó las cejas y torció el gesto.

—No hizo falta. Vinieron un par de guindillas ellos solitos. Uno era un tipo mal encarado, ¡maldita sea su estampa! Acusó a la Dora de haberla vendido y la amenazó con meterla en el trullo. Es por eso que ella no quiere hablar del asunto con nadie. Ya ha llovido desde entonces, pero sigue con el miedo en el cuerpo la pobrecilla.

Ambos intercambiaron una mirada de extrañeza. Del Romo había asegurado que no hubo denuncia alguna. Y sin denuncia, dudosamente podría haber habido investigación.

Dieron por concluido el interrogatorio y se apresuraron a salir de allí.

Tras dejar atrás las casas, se encaminaron hacia Embajadores, donde tomarían un tranvía.

—¿Cree usted que ese tipo nos ha dicho toda la verdad, Bruno?

Él dudó antes de contestarle. Si tenía que ser franco, no estaba seguro. La reacción que tuvo en un principio, al enterarse de que no eran periodistas, contrastaba notablemente con la mostrada al final del interrogatorio. Parecía realmente dolido. Tal vez se debiera a que no pudo evitar la tristeza y la rabia tras recordar los detalles de la desaparición de la niña; o al consabido pellizco de culpabilidad al reconocer que podría haberse evitado si hubieran vigilado como era debido a la criatura. Pero cabía una tercera posibilidad...

Ante su silencio, el italiano le miró interrogante. Bruno se apresuró a aclararle sus conjeturas.

—Pienso que no. Al menos no toda la verdad. Creo que se ha inventado lo de la denuncia para usarlo como descargo y no quedar mal ante cualquiera que les pregunte. Aunque a mí eso de que un par de agentes se personaran en su casa de buenas a primeras me suena sumamente raro. Aun así, puede que la denuncia se extraviara en comisaría.

Bonaventura asintió con ojillos astutos.

—Tenemos que ceñirnos a los hechos. No consta denuncia alguna. Sé bien que hay gente dispuesta a vender a su santa madre por cuatro reales. Eso sí, jamás confesarán abiertamente esa verdad tan indecorosa a no ser que uno se la arranque a jirones.

A esas alturas, había visto de todo. Mujeres con demasiados hijos que malvendían al fruto de sus entrañas pensando que de ese modo su sacrificio cumplía una doble función: su retoño tendría una oportunidad mejor junto a una familia de posibles y con el dinero obtenido por la venta podría alimentar al resto de los hijos que seguían a su lado. Hasta familias de alcurnia adoptando ilegalmente bebés robados, con la conciencia tranquila, creyendo que habían hecho la buena obra de su vida para ganarse el cielo.

Sí, el mundo estaba lleno de santos y de impíos; de ángeles y demonios.

—Entonces, ¿cree usted que vendieron a la niña?

—No estoy seguro —respondió el italiano—. Tenemos que dar con ese tal Cafeto y ver qué nos cuenta él.

—Si es que existe realmente, doctor. Puede que nos haya dado una pista falsa para que los dejemos tranquilos. Además, le ha exculpado con eso de que el tipo estuvo enfermo ese día y no salió de casa. Ya han pasado cinco años desde la desaparición. A saber dónde estará ahora ese individuo.

—Hombre, no le quito la razón. Es el riesgo que se corre cuando se duda de la credibilidad de un testigo. Y es verdad que cinco años es tiempo suficiente para haber borrado cualquier rastro. Tampoco estaría de más indagar el paradero de la madre de la niña. Puede que muriera de tisis o que estuviera involucrada en la venta y se esfumara de la escena. Lo mismo que el padre, ese Dandi.

—Teníamos que haber hablado con la abuela de la niña sin que hubiese estado presente Braulio González —se lamentó Bruno—. Únicamente así podríamos comparar las dos versiones.

—Ya ha visto usted en qué condiciones estaba la buena mujer. Interrogarla nos hubiese costado un buen leñazo en las costillas. Creo que necesitamos armarnos con algo de fe. Recuerde que, además del testimonio de ese buen señor, contamos con las pistas que nos ha dado el propio asesino. Tendremos que llegar a la verdad por uno u otro camino.

Le palmeó la espalda para animarle.

—Bueno, eso lo decidirá Del Romo —le contestó—. La víctima ha sido identificada. La policía se encargará de interrogarlos de nuevo. Ellos están más experimentados que nosotros y sin duda sabrán cómo sonsacarles las respuestas acertadas. Le telefonaré sin falta esta noche.

El rapapolvo fue de aúpa por parte de Del Romo cuando Bruno le puso al corriente de su visita a las Injurias y el interrogatorio a Braulio González. Aun así quedó con ellos en indagar el asunto y que en cuanto tuviera algo los informaría.

En los días posteriores hubo novedades en cuanto a la lista de nombres que la señorita Cohen había entregado a Bruno. Bonaventura había empleado gran parte de su tiempo libre en intentar contactar con alguno de sus condiscípulos. Guardaba en una agenda las direcciones de casi todos. Unos se habían cambiado de casa, otros ya no vivían en Madrid, y solo pudo dar con tres de ellos. Por desgracia, los tres habían muerto en el último año. Las familias habían eludido entrar en detalle en cuanto a las causas de la muerte. Para don Hugo era la señal evidente de que no se habían producido por causas naturales.

Las conjeturas de Bruno tomaban forma a una velocidad vertiginosa. Ahora sí que podía decir con toda seguridad que la muerte de su mentor había sido un asesinato. Ya eran cinco los exalumnos muertos en un periodo de doce meses. La rabia y la frustración se adueñaron de él. Cerró los ojos en un intento de serenarse. Su reafirmación en encontrar al culpable se multiplicó al mismo tiempo que el nudo prieto que oprimía su estómago.

El italiano, con gesto grave, siguió informándole.

—Llevo todo el día intentando dar con mi condiscípulo Legredo —informó el italiano—. Ya no vive en la dirección que yo tenía apuntada. Allí no me han sabido decir nada sobre su paradero. Éramos uña y carne.

—No es por preocuparle a usted más de lo debido, pero tenemos que dar cuanto antes con los alumnos restantes de esa dichosa lista. Podrían estar en peligro inminente.

Él cabeceó por toda respuesta. Estaba realmente turbado.

Por suerte, las diversas tareas que Bruno le tenía preparadas a don Hugo le mantendrían ocupado el resto de la tarde. Eso le despejaría la mente. Hacía unos días habían trasladado todo el vestuario de Bruno al armario de Olmedo. Estaba vacío desde que *lady* Doyle donara toda la ropa a la Inclusa. Aquello facilitó que las doncellas pudieran darle un buen fregado. Y tanto fue así que apenas se reconocía en aquel ropero al antiguo. Ahora se podía apreciar la belleza de la madera de cedro y los espejos interiores.

También llamaron al cerrajero para que pusiera rejas en los ventanucos del sótano y, de paso, que reparara la entrada secreta del *Tempus Fugit*. Bonaventura corrió con los gastos, pero ya advirtió que no podría hacerse cargo de ninguna factura más hasta que no se vendiera la primera de las antigüedades.

La limpieza exhaustiva de estas duró más de tres días. Cada pieza fue etiquetada por él, que organizó un albarán asignando a cada una un número y una letra. Bruno pudo comprobar que el italiano tenía amplios conocimientos al respecto, y no solo eso; también disponía de varios libros especializados y guías de anticuario para valorar las piezas. Y, dado el volumen de llamadas telefónicas que realizó, dio por sentado que todavía tenía contactos con el gremio.

Dio consejos prácticos a Laura, Lourdes y a Mercedes sobre cómo devolver la belleza perdida a aquellos muebles. «Trucos de comerciante veneciano», los llamó él. Cuando restauraron el brillo de las sedas de Lyon y el terciopelo de Jaipur de las tapicerías, pasaron a enlucir las piezas metálicas. Pasadores, candelabros, cierres y tiradores brillaban como nuevos. Por último, ordenó que cada antigüedad fuera cubierta con sábanas de lino para evitar la pelusilla que solía desprender el tejido de algodón. También mandó que repusieran los ramilletes de lavanda que lucían secos por doquier y que distribuyeran en varios cuencos montoncitos de bellotas. Eso mantendría a raya a la tan temida carcoma. «Es un milagro que no hayan hecho serrín de estas antiguallas», renegaba.

Una vez terminada la «primera fase», como fue bautizado aquel zafarrancho, pasaron a inspeccionar los objetos de menor tamaño. Tras una criba, que según él servía para separar el oro de la paja, se vieron frente a tres cajas de madera llenas de cachivaches de todo tipo; desde abrebotellas hasta figurillas de escayola que representaban a los Apóstoles.

—Son quincalla —determinó con ojo crítico—. No valen nada. Se las endosaré por lotes a cualquier vendedor del Rastro. Creo que mi hermano confundió el negocio. Tenía que haber abierto un salón de antigüedades y no una funeraria.

Viendo aquel despliegue de cachivaches, Bruno no tuvo más remedio que darle la razón.

—No crea, Moreto... Que estoy sopesando esa posibilidad: «Salón de Antigüedades Olmedo. Casa fundada en 1800». No suena nada mal, *no signore*. Nuestra *lady* sería toda una intermediaria. Ella y sus tres inseparables andarían a la caza y captura de las heredades de medio Madrid. Meterían los hocicos en la legítima antes de que el notario estampara su sello. Y qué decir del aya Uma. Ese toque exótico nos abriría mil puertas a los nuevos ricos. Esos, con tal de aparentar, comprarían hasta la Puerta de Alcalá para usarla de cenador en su jardín.

Su vehemencia daba miedo, pero Bruno ya comenzaba a cogerle el pulso al italiano y sabía que bromeaba.

—Mi hermano nunca tuvo instinto para los negocios. Bueno, tampoco lo tuvo para los amigos ni para las mujeres ni para otra cosa que no fuera encontrar asesinos.

Su discurso se vio interrumpido por el repiqueteo en la puerta abierta. Era Lourdes, la doncella, que, tras pedir disculpas, hizo una pequeña reverencia.

—Los señores tienen visita. Es el inspector Del Romo. Le he hecho pasar a la salita de estar. Serviré café.

—Gracias, Lourdes. Ahora mismo bajamos.

—Seguro que ya tiene los primeros resultados de la autopsia —dijo Bruno quitándose el guardapolvo—. Será mejor que no le hagamos esperar.

Cuando llegaron, Del Romo estaba sentado en uno de los sillones y tomaba apuntes en una libreta de cubiertas de hule. Se le veía fatigado. Tenía bolsas debajo de los ojos. Tras saludarlos, guardó su estilográfica y dejó el cuadernillo abierto encima de la mesita. Se sentaron junto a él a la espera de tan ansiadas noticias sobre el caso.

—Cinco años —dijo el inspector con gesto grave—. Pasaron cinco largos años desde que Adoración Estévez Maldonado desapareció hasta que la asesinaron. Y gran parte de ese tiempo estuvo confinada en una jaula. Según los de Medicina Legal, al menos los dos últimos años. La atrofia de los músculos era generalizada, sobre todo en piernas y brazos. No hubiese podido huir de haber tenido esa posibilidad. También han comprobado que abusaron de ella, pero cuando la niña era ya cadáver. Había rastros de semen. Estamos ante un hijo de puta sin nombre que abusa de las criaturas muertas. Un necrófilo.

Bruno cerró los ojos y repitió el nombre de la chiquilla para sus adentros. Fue como una honda letanía. Más que eso: fue un juramento.

Bonaventura se frotó los ojos con las yemas de los dedos. Una furia sombría se adueñó de su rostro. Otro monstruo más al que dar caza. Este se le perfiló con dos cabezas.

—Creemos que el asesino dispone de un lugar apartado donde puede retener allí a estas niñas. Un lugar en el que no es molestado. Puede que se trate de una finca o una casa de campo en las afueras. La búsqueda se torna inmensa, como comprenderéis. Necesitamos más datos para reducirla al máximo. —Volvió la vista hacia su libreta—. En cuanto a la autopsia, el primer punto es que el cadáver no tenía ni gota de sangre en las venas. La desangraron.

En ese instante a Bruno le vino a la memoria el comentario de aquel chiquillo desarrapado de la dehesa de la Arganzuela: «Se la llevó un comediante para sacarle toda la sangre...». Intercambió una mirada cómplice con Bonaventura.

—Aún faltan los resultados de toxicología —prosiguió—. Esos tardarán en llegar. Creen que el aroma que desprendía la niña era debido a una especie de ungüento perfumado que le habían extendido por la piel. Los primeros análisis confirman que estaba elaborado a base de grasa de buey y mirra.

Tanto don Hugo como Bruno estaban absortos en las explicaciones de Del Romo. En sus mentes ya se estaban trazando los primeros puntales para confeccionar posibles hipótesis.

—También han encontrado trazas de alquitrán de hulla, cal y óxido de hierro.

Bruno entornó los ojos al escuchar aquello. Lo primero que le vino a la mente fue un lugar cerrado, húmedo y oscuro. Lo del alquitrán de hulla se le escapaba.

—He dejado lo más extraño del caso para el final —dijo Del Romo en tono

circunspecto—. Al retirar los puntos de sutura del pecho de la niña, los facultativos vieron que no tenía corazón. No le fue extirpado burdamente, sino seccionado por mano experta. Los cortes de las arterias eran limpios. No había desgarros de ningún tipo. Usaron hilo de plata para unir el esternón. Es una técnica impecable. Según los forenses, no es descabellado pensar que el asesino pueda tener grandes conocimientos de cirugía. Eso limita bastante nuestro radio de búsqueda. Varios de mis hombres ya han comenzado a rastrear hospitales, la Facultad de Medicina y algunas clínicas privadas. Otros están husmeando en los depósitos de cadáveres de los cementerios.

A Bruno aquellos datos no le sorprendieron. Tanto la esternotomía como los puntos de sutura que presentaba el cadáver habían sido practicados con gran destreza, y él ya había sopesado esa posibilidad. Por otra parte, el desangrado de la niña no fue sino un proceso inevitable al seccionar las arterias coronarias para la extracción del corazón.

—Buen despliegue de medios, inspector —le dijo Bruno con un gesto de aprobación.

—No podré mantener tal plantel más que por unos días. He tenido que echar mano hasta de mis golfillos y correveidiles. Estamos hasta el cuello de trabajo y las pistas son bastante difusas, necesitaríamos algo más sólido.

—¿Significa eso que no sacaron nada en limpio de nuestra visita a las Injurias? —preguntó don Hugo.

—Sí y no —respondió él con una mueca ambigua.

Lourdes trajo el servicio de café y varias porciones de la deliciosa tarta de manzana de Mercedes. Su sola visión logró levantar el ánimo del inspector. Era una de sus favoritas. Desde que enviudó malcomía en una tasca cercana a la comisaría y echaba de menos algunos caprichos caseros.

—Mercedes siempre tan atenta —dijo apresurándose a coger un buen pedazo—. Dale las gracias de mi parte, Lourdes.

Ella hizo una pequeña reverencia a modo de asentimiento y añadió:

—Me ha dicho que, antes de irse usted, se pase por la cocina. Le ha preparado un paquetito con algunas cosillas.

—Faltaría más, así lo haré.

La doncella sirvió el café y se marchó discretamente.

Hicieron un pequeño receso. En cuanto dio el último bocado al pastel, el inspector prosiguió donde lo había dejado.

—Hemos investigado a ese tal Cafeto. Tiene antecedentes por estafa y hurto menor. Se ha procedido a emitir una orden de búsqueda y captura para interrogarlo. No hay ni rastro de él en todo Madrid. Sin embargo, sí hemos detenido a algunos de sus compinches, tipejos con los que suele llevar a cabo pequeños timos y trapicheos de poca monta. Un ratero, al que llaman el Mosén, nos ha contado que últimamente se dedicaba a «alquilar» niñas a individuos que las utilizan para pedir limosna. Pero no nos ha confirmado que el Cafeto secuestrara a Adoración Estévez Maldonado. Él,

como era de esperar, se desliga del asunto. Afirma no haber visto jamás a la niña ni tampoco sabe nada del secuestro ni del asesinato.

A Bruno le sorprendió gratamente que Braulio González no les hubiese mentido sobre el Cafeto. Tal vez le había juzgado mal y sí dijera la verdad.

Adoración Estévez Maldonado tenía identidad, unos padres, una casa, una cama y una muñeca de niña rica. No era «agua del Manzanares», como en el caso de las dos víctimas anteriores. En la pauta del asesino había una fisura.

—En cuanto al padre de la criatura —prosiguió el inspector—, o sea, el Dandi para los amigos, se llamaba Fernando Estévez Ruiz, soltero, domiciliado en el Cristo de las Injurias, en la calle María Vargas para más señas. La madre del susodicho nos ha contado que hace dos años lo mataron de una paliza. He corroborado el dato. Está muerto. —Pasó varias páginas de su libreta—. La madre de la víctima, Trinidad Maldonado, también pasó a mejor vida. Consta en los archivos del Hospital San Juan de Dios, tal y como le dijeron las monjitas a la señora Dora.

—Pues parece que Braulio Sánchez no era tan poco fiable como nos pareció en un primer momento —dijo el italiano.

—No creas, Hugo —se apresuró a objetar el inspector—, la abuela y su amancebado se han esfumado de las Injurias. Nadie les ha visto el pelo desde el día de vuestra visita. Hay una orden de detención contra ellos. Creemos que han podido tener algo que ver con el secuestro o con la venta de la niña. Mis infiltrados están investigando en el entorno de la pareja.

Intercambiaron una mirada de asombro. ¿Por qué huir? Lo único que se le ocurrió a Bruno fue que temieran la venganza del Cafeto por haberle involucrado indirectamente en el secuestro. Pero si Braulio González temía esas represalias, ¿por qué lo nombró? Podía haberlo evitado simplemente obviando lo que les contó sobre él. Además, Braulio le había exculpado del secuestro desde un primer momento.

—Pero... ¿cómo que han desaparecido? —cuestionó don Hugo.

—No os extrañéis tanto. Ya os dije que habéis puesto en peligro la investigación actuando por vuestra cuenta. Además de levantar la liebre y haber promovido la huida de varios sospechosos, me habéis dejado en evidencia ante mis superiores. Toda la comisaría está enterada de vuestros juegucitos de detectives.

—Yo soy el único responsable —le atajó el doctor—. Pero en mi descargo diré que me amparaban buenas razones. No estaba seguro de hallarme sobre la pista correcta. Fue algo fruto de la casualidad y de un golpe de intuición, Antonio. Comprenderás que no te molestáramos con esas menudencias.

—Pues prefiero que se me moleste, señor mío. De haberlo sabido, hubiéramos actuado en consecuencia y a estas alturas tendríamos a buen recaudo a la abuela de la chiquilla. Su testimonio era crucial para esclarecer algunos puntos oscuros del interrogatorio a Braulio González.

—*Certo, ma* si dejamos a un lado los efectos colaterales, veo que no andábamos muy desatinados en nuestras pesquisas.

—Eso todavía está por ver. Hasta ahora todo es una nube muy espesa de supuestos implicados que están desaparecidos. Vosotros no sois asesores. Imaginad en el brete que me habéis puesto con mis superiores.

—A eso quería yo llegar —dijo don Hugo un poco apurado—. A lo mejor te pilla por sorpresa mi propuesta, pero quería solicitar el puesto. Tengo mis papeles en regla y las titulaciones necesarias.

Del Romo fingió que meditaba unos minutos y disimuló el regocijo interno que escuchar aquello le producía. No le sorprendió en absoluto su propuesta; por el contrario, sabía que ese loco italiano no podría resistirse ante un caso tan jugoso. Lo llevaba en la sangre. Sacó un cigarrillo de su pitillera, le dio varios golpecitos contra la tapadera y lo encendió con parsimonia. Luego, estudió a ambos de arriba abajo. Bruno le lanzó una mirada de cordero degollado implorándole que aceptara.

—El Cuerpo paga tarde y mal —dijo al fin dirigiéndose a Bonaventura—. No me harto de decirlo. Además, tendría que convencer a mis superiores. Ellos no te conocen, Hugo. No obstante, creo que, si les ofreces una colaboración a prueba y sin sueldo, puede que contemplen la posibilidad de admitir tu solicitud. ¿Estarías dispuesto a someterte a un periodo de prueba?

—La duda ofende, Antonio. Diles que yo podría aportar a las investigaciones conocimientos adicionales de paleontología y arqueología.

—Pues no se hable más. Les daré tus referencias y si dan su beneplácito te expedirán una tarjeta provisional para tu identificación. Eso sí, me temo que nuestro joven amigo quedará al margen de nuestro acuerdo. Nadie tiene que saber que él será tu ayudante. Tendréis que ser sumamente discretos porque me juego el puesto si se enteran los de arriba. —Tras una pausa, se dirigió a Bruno—: Tanto a nivel personal como profesional, me alegro de poder contar con tu colaboración de nuevo, muchacho. Tu trabajo siempre ha sido impecable, aportas técnicas novedosas que arrojan luz a las investigaciones.

Le palmeó la espalda.

—Gracias, inspector.

—Ah, y no olvidéis apuntarlo todo debidamente. Fechas, lugares, nombres y apellidos, direcciones... Todo. Los fiscales son muy tajantes con los informes. Un solo error en el papeleo y no aceptarán las pruebas.

Los dos asintieron con vehemencia. Bruno estaba exultante.

—Y otra cosa más —dijo intentando adoptar una postura de seriedad sin conseguirlo—. He hablado con Indalecio, el conserje del Colegio Santa Susana, y... mira tú por dónde que me da que ese ratero no era tan común como pueda parecer a simple vista. Todavía se te nota la herida del labio. Ya estás soltando por esa boquita, muchacho.

Él chasqueó la lengua.

—Ya sé que tenía que haberle contado a usted lo del ladrón, pero fue todo tan precipitado... Además, esperaba hablarle sobre ello con más calma.

Le contó todo lo ocurrido con detalle. La visita a la tiendecita de curiosidades, la muerte en extrañas circunstancias del profesor Cohen, la lista de nombres de exalumnos, la muerte de tres de ellos. No se dejó en el tintero ni una sola coma.

Del romo se aflojó el corbatín y se dio holgura al cuello almidonado. Maldijo por primera vez en su vida a Olmedo. ¿Por qué demonios no había confiado en él? Cerró los ojos y se frotó suavemente el entrecejo. El dolor de cabeza era insufrible. Y aquello no había hecho más que empezar.

—No sé en qué enredos estaría metido Olmedo —dijo con el rostro sombrío—, pero tendremos que llegar al fondo del asunto sin demora. Los caballeros de esa lista están en peligro. A partir de ahora haceros a la idea de que la funeraria estará bajo vigilancia permanente, aunque para ello tenga que poner a mis correveidiles a chupar acera. Vamos a dejarnos de patochadas y a ser cabales. Si el misterioso caco quiere darse otro paseíto por aquí, tendrá que vérselas con el Cuerpo. A ver si es tan valiente como se cree ese cabrón.

—Te pasaré la lista de exalumnos para ver si tú puedes dar con los que no he podido encontrar yo, Antonio.

Él meneó la cabeza con aire crítico.

—Haré lo que esté en mi mano, Hugo. ¿Alguna cosa más? —Miró a Bruno con ojillos astutos—. ¿No te dejas ningún secreto oscuro por ahí escondido?

—Eso es todo —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Pues entonces será mejor que me entregues la golondrina y la libélula, que me las han pedido los de Medicina Legal, quieren echarles un vistazo.

Se apresuró a bajar al Sancta Sanctorum para recoger lo que le había pedido. También añadió las muestras de tierra de las patas de la golondrina y las tablillas de mica con el hilo de la sutura.

—Bien —dijo Del Romo con gesto serio, tras meter todo en su maletín—. A partir de ahora no quiero más tonterías. Al menor indicio de cacos, individuos extraños o chiquillos resabiados cual ratas de laboratorio, ya estáis telefoneándome sin demora. Tendréis que ser muy cautos. —Se levantó al tiempo que sacaba el reloj del fondillo de su chaleco—. Y ahora me voy, que se me ha hecho tarde.

—No te olvides de pasar por la cocina para llevarte el paquete de Mercedes —le recordó don Hugo.

—Eso por descontado. No me perdonaría el olvido.

Esa noche, al fin Bruno pudo dormir en la cama de Olmedo. Era un lecho confortable, aunque un poco alto para su gusto. Su robusto cabecero de roble daba cierta calidez a la estancia. No hacía mucho que el colchón de lana había sido vareado y la almohada, de suave pluma de oca, era todo un lujo para sus maltrechas cervicales. Tres noches durmiendo en el Sancta Sanctorum le habían dejado la espalda hecha un cuatro. Amén del frío eterno de aquel sótano que se calaba hasta el tuétano. Aunque podía haber dormido en un catre turco, prefirió no hacerlo por si se presentaba alguna urgencia nocturna. A veces la morgue cobraba funciones de

dispensario. Olmedo jamás rechazó curar a un accidentado o echar un vistazo a un enfermo. Aquello venía de lejos, de cuando su padre aún vivía y el barrio todavía estaba en construcción.

Tumbado sobre el gran tálamo, su mirada se posaba en los muebles cubiertos con sábanas. Parecían fantasmas del pasado navegando en una densa atmósfera de lavanda. El aroma le ayudó a apaciguar su mala conciencia. Se sentía como un traidor por acceder a su venta. Aunque, bien mirado, aquellas piezas hacía tiempo que clamaban justicia desde su silencio. Eran demasiado hermosas para ser pasto de la oscuridad de la memoria.

Al día siguiente y tras desayunar, Bonaventura puso al corriente a Bruno de que acababa de cerrar la primera venta de una de las antigüedades.

—Es estupendo, don Hugo —le respondió sin entusiasmo alguno—. Parece que esto de las ventas se le da a usted como hongos.

—Está mal que yo lo diga, pero no he perdido mi toque. Se trata de un relicario barroco bastante hermoso, de plata maciza. Lleva reliquia incluida, una de las primeras falanges de un dedo. No he logrado descubrir a qué santo pertenece, los albaranes de mi hermano eran un desastre, pero al comprador no pareció importarle ese detalle. Lo quiere a toda costa. Ya he mandado a Pedro que lo ponga en el carruaje. He pensado que podría usted acompañarme. No le vendrá mal observar el intercambio. Le aportará algo de conocimientos al respecto. El regateo final es digno de mención. Sin duda tiene algo de juego maestro. Adivinar en los gestos del comprador sus verdaderas intenciones es todo un arte. Hay algunos que no pueden disimular su voracidad ante la pieza y se les lee en los ojos que venderían hasta el alma por poseerla. El corazón humano es todo un misterio.

—Me parece bien. Aunque había pensado hacer una visita a la sobrina del profesor Cohen. Le prometí mantenerla informada de todos los avances de la investigación. Además, estaba muy deprimida y me siento en la obligación de visitarla para ver cómo se encuentra.

—No hay problema. He quedado con el comprador antes del almuerzo. Tiene usted unas horas por delante. Eso sí, no se demore en exceso, tendrá que vestirse de etiqueta.

Bruno enarcó una ceja, interrogante.

El italiano no contestó, aspaentó la mano y puso pies en polvorosa. Bruno sacudió la cabeza y miró cómo se alejaba. De espaldas, y salvando la notable diferencia de peso con su maestro, parecía estar viéndole. Caminaban igual, echando ligeramente los pies hacia el exterior. Sonrió con nostalgia. En cierto modo, era como seguir teniendo un pedacito de él.

Pedro le dejó en la misma puerta de la tienda de curiosidades. Bruno le dijo que podía marcharse, que él regresaría en un tranvía.

Miró con aire crítico los cierres del negocio. Ni sombra de que la tienda hubiese recobrado la normalidad. Seguía cerrada a cal y canto. Tomó el camino para llegar a la parte de atrás. Las cancelas estaban abiertas de par en par. Iba a tocar la campanilla para advertir de su presencia cuando se dio de bruces con *frau* Rosebaum. Iba vestida

de calle, con un sombrero lleno de flores y un pájaro disecado. Llevaba un montón de paquetes en el regazo.

—Oh, pero si es el amable joven de hace unos días —dijo gratamente sorprendida—. Me pilla usted a punto de salir. Tengo que llevar este pedido sin demora. Si no le importa a usted, entre en la casa y llame a Diomar. Estará en la cocina. Ella avisará a la señorita Cohen y le atenderá.

Bruno se sintió cohibido ante su inoportuna visita.

—Mis disculpas, tendría que haber avisado de que venía.

—De eso nada, joven. Es usted bien recibido. Entre sin miedo, tiene mi permiso.

—¿Quiere que la ayude con los paquetes?

Negó con la cabeza. El pájaro del sombrero dio trazas de echar a volar.

—Es usted muy amable, pero no pesan nada en absoluto. Son retales y algunas lanas. Además, la clienta vive apenas a una manzana de aquí. Tomaré un café con ella y charlaré un poco. No crea, me vendrá de maravilla un descanso. Las mujeres de esta casa están hoy más revueltas que el tiempo. Una por joven y la otra por vieja. —Se rio sin disimulos—. Me voy ya, que se me hace tarde. Que tenga buenos días, señor Moreto.

Él, tras la marcha de *frau* Rosebaum, cerró la puerta de la cancela y tomó el caminito de grava blanca que llevaba a la casa con un atisbo de aprensión. No estaba bien entrar sin avisar. Se sentía cohibido. Sin embargo, no había avanzado ni unos metros cuando vio que salía de la casa la señorita Cohen, que, nada más verle, le lanzó una mirada de pocos amigos.

Se fijó en que, a pesar de llevar una bata de estar por casa, debajo estaba vestida de luto. Tenía el pelo suelto, muy bien cepillado, sujeto por una ancha diadema de terciopelo negro. Se le apreciaban unas ligeras ojeras, pero su rostro lucía más relajado que la última vez que se vieron. Portaba un libro en la mano.

—Vaya —dijo con desparpajo al llegar hasta él—. ¿Ha anunciado su visita, señor Moreto? Porque, si lo ha hecho, nadie me avisó de que venía.

—Discúlpeme, señorita. Pasaba por aquí y he aprovechado para venir a informarla de los avances en mis pesquisas. Pero, si soy inoportuno, me marcharé por donde he venido.

—Está bien. Me disponía a leer un rato en el jardín de invierno. Si quiere puede acompañarme. Allí estaremos más tranquilos.

Caminaron juntos hasta la galería acristalada que quedaba a la derecha de la casa. Era una construcción sencilla de hierro y cristales, un tanto descuidada por el paso del tiempo. Tras entrar, se dirigieron a un juego de butacones de enea que rodeaban una gran mesa de hierro forjado. Sobre ella había un jarrón lleno de florecillas azules que desprendían un delicioso olor a vainilla. Anna le ofreció asiento. Dejó el libro sobre la mesa.

—Usted dirá.

Bruno pasó a enumerar los datos que había recabado hasta ese momento. Al

llegar al escabroso asunto de la lista de condiscípulos y ponerla al corriente de la muerte de tres de sus miembros, Anna se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—Esto es una conspiración en toda regla —dijo asombrada—. Tres de los ocho han muerto. Todos ellos antiguos compañeros de facultad. Si contamos a mi tío y a su tutor, ya son cinco.

—Es por eso que necesito que me diga si su tío estaba trabajando en algún experimento. Todavía no se lo he dicho a usted, pero el mismo día que vine aquí robaron en La Luz de Helios.

Le contó todos los pormenores del robo y las conclusiones a las que había llegado.

Las pupilas de Anna se dilataron.

—Me temo que no puedo responderle a eso, señor Moreto. Yo estaba totalmente al margen de los experimentos de mi tío. Él era profesor auxiliar interino de Neumología e ignoro si colaboraba en un estudio conjunto con el doctor Olmedo o con algún otro compañero. —Se retorció las manos nerviosa—. Pero, dados los hechos, debemos pensar que sí. Me comprometo a buscar en la tienda y en el dormitorio de mi tío cualquier carpeta o fichero. Aunque es evidente que a estas alturas ya estarán en manos del ladrón que entró en la tienda.

Bruno aprobó la buena disposición de Anna.

—Veo que todavía tienen cerrado al público... —dejó caer sin que pareciera un reproche.

Ella le miró de arriba abajo dejando patente su desagrado. Qué se había creído aquel lechuguino. Quién era él para meter las narices donde no le llamaban. Lo que menos necesitaba en ese momento era a un metomentodo figando su vida, lo que hacía o dejaba de hacer.

—No es asunto suyo, caballero —le respondió secamente.

—Tiene razón, señorita. Pero quiero que sepa que en mi actitud no hay mala intención, aunque usted opine lo contrario. A lo mejor el profesor Cohen las dejó muy bien acomodadas a ustedes y yo estoy metiéndome en lo que no me incumbe.

De repente, la conversación se vio interrumpida por la llegada de la anciana criada. Traía el rostro enrojecido de llorar y la mirada hundida en el suelo.

—Señorita, la tía del ama me ha echado de su cuarto. Me ha pegado un bofetón con la mano buena. Dice que quiere que vaya usted a ponerle el orinal.

Anna puso los ojos en blanco al oír hablar a Diomar de esas ordinarieces en presencia de un extraño. Pero la disculpó. La pobre tenía más de ochenta años y poseía la candidez de una niña chica.

—¿Te ha pegado otra vez? ¡Demonio de mujer! —exclamó levantándose de la silla—. Discúlpeme, señor Moreto. Vuelvo enseguida.

Corrió como un gamo hasta la casa. Diomar, antes de retirarse, miró a Bruno con descarada curiosidad.

—Así que es usted el moscón que le ronda a mi señorita... Pues tiene razón el ama, es un buen mozo, aunque le advierto que no le va a rendir la ganancia con la niña porque se gasta una mala leche que ni hecha de encargo. No reparte miel, precisamente. Avisado queda. Que tenga un buen día el señorito.

Y la buena mujer se marchó a paso de tortuga, dejando a Bruno pasmado.

Anna, mientras tanto, subió las escaleras tan aprisa como sus tiasas enaguas le permitieron. La puerta de la habitación de Ursula estaba abierta de par en par, y la melodía de su caja de música se dejaba sentir por el pasillo.

Nada más verla, la anciana cerró de golpe la caja y se apresuró a guardarla bajo su almohada.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —le preguntó la muchacha, respirando a bocanadas y sin disimular un ápice su mal humor—. Estoy atendiendo a la visita.

Cogió el orinal de debajo de la cama, echó para atrás las mantas e hizo intención de ponérselo, pero Ursula se resistió.

—Si te niegas a usarlo, te quedarás mojada hasta que venga Claudia a cambiarte, te lo juro.

La anciana, con un mohín de rabia, se dejó hacer. La señorita Cohen esperó pacientemente a que terminara. Pero antes de que pudiera retirarle el orinal, la anciana lo tiró de un manotazo. Cayó con estrépito a los pies de Anna que, haciendo gala de sus buenos reflejos, esquivó el bacín dando un salto hacia atrás. El contenido del orinal se desparramó por el suelo.

—¡Eres una vieja loca! —gritó con la paciencia colmada—. Si me tocas las narices, regresarás al asilo con las monjitas. Ellas sí que sabrán cómo ponerte firme.

Ursula apretó los labios en un gesto desabrido, pero no replicó. No tenía intención alguna de dirigirle un mal gruñido, aunque se moría de ganas por gritarle a pleno pulmón que era una niña tonta que no comprendía las necesidades de una mujer de cierta edad, a la que se la trataba como si ya fuese una vieja decrepita. Ella, la gran Ursula Kofman, había sido una mujer como no hay dos sobre la faz de la tierra. Su belleza había sido un estandarte, y no hubo hombre que no cayera rendido a sus pies. Bastaba un gesto para que ellos se deshicieran en halagos, miramientos y obsequios. ¿Con quién se creía que estaba tratando esa estúpida? Ella no merecía usar camisones de algodón barato que raspaban su delicada piel. La seda más fina había acariciado su cuerpo mucho antes de que esa mocosa naciera.

Anna zarandéo la campanilla del servicio. A los buenos diez minutos escuchó que Diomar subía dificultosamente las escaleras cargada con un cubo de agua jabonosa, una esponja y varios paños como buena previsora que era. A la joven le supo mal que tuviera que limpiar la porquería de aquella cochina, pero no iba a consentir que Ursula se le subiera a las barbas. Era una condena de mujer.

—Limpia este desaguisado —le ordenó a la enjuta criada—. Cuando hayas terminado, abre la ventana para que se ventile la habitación. A ver si así se le bajan los humos.

Y bajó a toda prisa para reunirse con Bruno. Él hacía rato que miraba el reloj. No podía demorarse demasiado. Al fin, vio que la muchacha regresaba.

—Disculpe la tardanza, señor Moreto. Claudia se las apaña mejor que yo con su tía. Ya ve cómo es mi vida. Me he quedado sola en el mundo con dos ancianas a mi cargo. ¿Qué futuro nos aguarda a las tres sin renta ni herencia alguna? Mi tío solo nos ha legado la tienducha y esta desvencijada casa. ¿Qué se espera de mí, que me haga cargo del negocio de la noche a la mañana?

Bruno compuso un gesto de piedad. La entendía mejor de lo que hubiese deseado.

—No crea que sería tan descabellado, señorita. Imagino que su tío tendría una clientela más o menos fija. *Frau* Rosebaum me dijo que pagaban las facturas con holgura.

—No sé si quiero encargarme de la tienda. He visto durante años cómo mi tío se sacrificaba por la buena marcha del negocio. Si era la hora de cerrar y aparecía un cliente despistado sugiriendo echar un vistazo rápido, él asentía con una sonrisa de solícita abnegación con aquello de «será un placer atenderlo». Cada vez tenía menos tiempo para sí mismo. Y sí, puede que amara los libros y sus endemoniados cachivaches, pero su dedicación apenas le permitió tener vida privada, no hablemos ya de aficiones o simples ratos de ocio. Además, ¿usted se ha fijado en los objetos que vendía mi tío? Son poco menos que trastos estrafalarios de dudoso valor. No me veo identificada con ellos, y para nada está en mis planes seguir con este negocio.

—Tal vez sería buena idea hacer algunos cambios —le sugirió él intentando animarla—. Claudia podría ayudarla. He visto que vende telas y lanas a domicilio.

—¡Uf! No es nada estimulante pensar en la tienda llena de gallinas cluecas dándole al punto de media sin parar de parlotear. Sería el sueño de Claudia, pero no el mío. Aunque sí es verdad que la pobre se gana unas pesetas cosiendo y vendiendo género. Yo, en cambio, no sé dar una puntada.

—Pues haga usted dos apartados. Uno para la aguja y otro para los libros. Venda usted libros, señorita. Se ve que les tiene cariño y podría defender bien un catálogo de títulos antiguos. Eso atraería a una clientela selecta y podría ampliar sus horizontes. En las estanterías tiene usted títulos muy interesantes. También podría crear una sección de cuentos de terror o misterio. No sé, puede usted idear mil cosas, señorita. La tienda ya está ahí, solo tiene que sacarle partido.

—No tengo dinero para invertir. Necesitaría un socio capitalista.

«Pues a mí no me mire, señorita», pensó Bruno apretando los labios.

—Me temo que eso será difícil de conseguir. Además, los socios no siempre son una buena opción. A la larga dan muchos quebraderos de cabeza. Pero, eso sí, me comprometo a ayudarla en todo lo que precise. Una mano siempre viene bien.

—Muchas gracias. Pensaré en todo lo que hemos hablado.

Lo pensaría, sí, pero preferiría que no se sintiera obligado a ayudarla por lástima. Ella no era ninguna damisela en apuros y no deseaba tener que estarle agradecida.

—Bueno —dijo Bruno—, lamento tener que dejarla. Tengo que irme ya. Si

necesita alguna cosa, no dude en llamarme. Yo vendré a visitarlas en unos días.

—Sabe que es usted un pelmazo, ¿verdad?

—Lo sé. Y usted, un encanto de chiquilla.

Bruno se dio media vuelta, se encasquetó el sombrero y dio un toque con dos dedos a modo de despedida.

Ella sonrió.

Ya de regreso a La Luz de Helios, emprendieron camino para ultimar la venta del relicario barroco. Tal y como había dicho el italiano, no les llevó demasiado tiempo. Apenas media hora. El palacete en el que vivía el comprador era prácticamente un museo. No hubo regateo alguno. El señor Acebedo aceptó pagar la primera y única oferta que el italiano le puso sobre la mesa. Y, desde luego, don Hugo se mostró satisfecho, pues le indicó a Pedro que los llevara nada más y nada menos que al casino de Madrid. De ahí que hubiese advertido a Bruno de que debía ponerse el frac.

Bruno le miró reprobador. ¿No pensaría que iba a dejar que se gastara las ganancias en la ruleta o en los juegos de mesa?

—Hombre, señor Moreto, lo de ir al casino no es por capricho mío. Tengo intención de encontrar allí a mi amigo Legredo, que ya le hablé ayer sobre él. Además, hay que hacer las oportunas abluciones a la diosa Fortuna y al dios Baco. Honrarles tributo para que este dinero no nos queme en las manos. No vaya usted a creer, que en este momento siento como si le hubiera vendido mi alma al diablo. El viejo Acebedo se me ha antojado mefistofélico tras sus lentes de concha. Vamos a ir derechitos a las calderas de Pedro Botero.

Bruno se rio a carcajadas. No estaba mal, para variar, que Bonaventura sintiera el pellizco de la conciencia en el pescuezo.

—Este es el último sitio que me queda por mirar —dijo don Hugo con la sombra de la duda planeando sobre su rostro—. Espero que mi amigo no haya perdido las buenas costumbres y logre dar con él aquí. Le gustará conocerlo, Bruno. Es un hombre inteligente con el que da gusto conversar, no le digo más que tiene varias licenciaturas, entre ellas la de médico cirujano. Y, para postre, es un consumado bolsista. Su consejo puede sernos de gran ayuda para triplicar dividendos. Mi hermano y él eran muy amigos. Ambos se apreciaban a rabiar.

Pues serían muy amigos, pero Bruno no lo conocía ni de oídas.

Pedro los dejó en la calle Alcalá esquina con la de Sevilla, justo al lado del palacio de la Equitativa, que era el edificio donde se ubicaba el casino. Era singular donde los hubiera, pues estaba construido en una esquina de la manzana y su fachada era triangular. Llamaba la atención por su estilo. El balcón del primer piso era sustentado por ménsulas en forma de cabeza de elefante. En la fachada había un buen número de farolas eléctricas en forma de globo y lo coronaba una torrecilla con reloj y un templete con aguja. En uno de los vanos principales podía verse la estatua en bronce de una matrona rodeada de niños.

Bonaventura despidió a Pedro dándole órdenes de volver a la funeraria. Bruno

dedujo que la cosa iría para largo.

—Si la memoria no me es infiel, Legredo andará desplumando a algún pobre diablo. Juega al billar que da miedo. Además, es «socio de número», seguro que se tira aquí metido las horas muertas.

Bruno escudriñó las instalaciones con curiosidad. Lo poco que él sabía sobre un club de caballeros es que era exclusivo de hombres y ponían veto a la mujer.

—El único símbolo femenino que encontrará aquí es el cepillo para recoger limosnas que colocan en la entrada —le dijo el italiano—. Pues me consta que la dichosa hucha siempre lleva nombre de mujer y apellidos de rancio abolengo. Ya sabe lo dadas que son las féminas a las obras de caridad.

Según le explicó, para ingresar como miembro se usaba el sistema de padrinazgo, que consistía en que debía existir algún parentesco con uno de los socios. Los miembros se llamaban «casinistas». Había socios de número, que pagaban sus cuotas mensuales y tenían derecho a tomar decisiones en la junta directiva de la sociedad y también otros socios temporales, sobre todo del cuerpo diplomático extranjero.

Era *vox populi* el círculo de élite del Casino. Allí se daba cita lo más granado del plano político, económico e intelectual de la sociedad de Madrid. Era sabido que tanto el Casino como el Ateneo compartían muchos socios. No era difícil hacerse una idea sobre que aquellos hombres tendrían parecidos ideales y causas comunes. Ellos eran «de escaleras arriba» y las paredes de aquellos gabinetes habían escuchado lo que no estaba en los escritos. Bruno no negaba que la curiosidad le mordía ante la idea de conocer las instalaciones. Había oído hablar de su gran biblioteca, de sus gabinetes de audiciones telefónicas donde con solo colocarse un auricular se podía escuchar la ópera desde el Teatro Real, y también eran famosos sus salones de juego. A su vez disponía de peluquería, salas de baño y servicio de carruajes, todo ello atendido por numerosos sirvientes.

Sí. Le mordía la curiosidad, pero solo lo justo. Pues, a pesar de su juventud, era consciente del lugar que ocupaba en la vida y su condición de pececillo en un inmenso océano de tiburones. Él era de «escaleras abajo». Sin embargo, no le resultó chocante que Bonaventura conociera a varios casinistas, no en vano era conde, aunque su situación económica le calificaba de tercera categoría. Jamás imaginó, ni por lo más remoto, poder atravesar su entrada.

—Ya le digo, Bruno. Uno debe tener amigos hasta en el infierno.

Él asintió mecánicamente. Ya no le escuchaba; se había perdido en el lujo de las lámparas de araña y en las alfombras de la Real Fábrica de Tapices por las que estaban atravesando. Fasto, esplendor y modernidad. Anchas escalinatas de mármol y hasta un ascensor que bajaba al entresuelo.

El portero no tardó en darles el alto; eso sí, con mucha educación.

—Buenas tardes —le respondió el doctor—. Soy el conde Bonaventura. Buscamos al señor Matías Legredo. Es socio de número.

El hombre meditó sesudamente unos instantes.

—¿De número, dice el señor? —Negó con la cabeza—. Pues ahora mismo no caigo, tendría que mandar a un mozo para que lo buscara por los gabinetes. ¿El señor tiene una cita con él? Porque si es así miraré en la lista.

Bonaventura frunció el ceño extrañado.

—No —respondió—. No he quedado con él. He estado ausente del país varios años y quería darle una sorpresa. Pero, si dice que no lo conoce, ya me deja usted preocupado. ¿Y don Andrés Loreto? ¿Le suena a usted de algo?

Él asintió con vehemencia.

—Ese sí que sí. Mandaré a un mozo para que le avise.

El italiano hizo un mohín de disgusto.

—Qué lástima que no esté aquí Legredo. Me ha trastocado los planes. Tenía pensado que me acompañara a hablar con el director del banco por la tarde. Pero no hay mal que por bien no venga porque Loreto es otro buen amigo y me apetece un montón verle. Eso sí, sabe Dios cuándo saldremos de aquí. Ni se imagina lo liante que es Loreto. Hágase a la idea de que ya hemos echado el día...

Bruno sintió un aguijonazo de curiosidad.

—¿Y este amigo suyo está en la lista de exalumnos?

—Por suerte para él, no.

El lacayo no tardó en regresar con una respuesta. Don Andrés Loreto los esperaba en la sala de billar.

Tras las consabidas propinas, el mismo mozo los acompañó hasta allí.

Había varias mesas de billar de caoba en las que un grupo de caballeros jugaba una partida. Se oían risas y chascarrillos. Al verlos entrar, uno de ellos pareció reconocer al italiano y vino a su encuentro después de disculparse con el resto de los jugadores y dejar el taco en una vitrina de la pared. A Bruno le resultó familiar, aunque no logró ubicarlo en su memoria.

—¿Bonaventura...? ¡Loados sean los ojos...! ¿Cómo tú por aquí?

Se abrazaron con efusión y se palmearon la espalda con sonoros manotazos.

—Me alegro de verte, amigo mío, aunque las circunstancias no sean las deseadas —le dijo al doctor—. Te busqué en el entierro de tu hermano, pero no conseguí verte.

—No llegué a tiempo. Me encontraba en Estados Unidos.

—Me imaginé que no andarías en España. Tú siempre tan viajero.

—Antes que nada, permíteme que te presente a este jovencito. Es Bruno Moreto, el pupilo de mi difunto hermano.

El caballero le estrechó la mano con un gesto de piedad.

—Le di mi pésame en el funeral. No sé si se acordará...

Él asintió con la cabeza. De eso le resultaba familiar, le había visto en el entierro.

—O sea, Hugo —prosiguió—, que has venido a hacerte cargo del papeleo.

—Así es. En ello estoy. Es por eso que busco al buenazo de Legredo. Siempre se le dieron bien los asuntos con los bancos. Seguro que él puede echarme una mano en

un tema hipotecario. ¿Sabes por dónde para? No consigo dar con él. Y ya no vive en el palacete del paseo del Prado, se ha mudado.

Su amigo sacudió la cabeza apesadumbrado, y le echó el brazo por el hombro en actitud de gravedad.

—Hugo... Lamento tener que ser yo el portador de tan malas noticias. Me temo que Legredo murió hace un año.

El italiano se quedó pálido. Apenas acertó a hablar. Bruno cerró los ojos. Ya eran seis los fallecidos de la lista. Lo sintió profundamente por Bonaventura, la noticia le había caído como un balde de agua fría.

—Pero ¿qué me dices, hombre? —cuestionó desolado.

—Tuvo un trágico final: se suicidó por motivos de deudas, aunque esto no ha trascendido más que en el círculo de amigos íntimos del casino. Estaba en la más triste miseria. Tuvo una racha de mala suerte en la Bolsa y lo perdió todo. Quisimos ayudarlo, pero se negó en redondo. Hacía años que había hipotecado el palacete para pagar a sus deudores. Mas no fue suficiente. Puso fin a su vida ahorcándose de una viga. Hallaron su cadáver en una cabaña de caza que su familia poseía en Extremadura y que el banco iba a embargar. Por lo visto, tenía un cariño muy especial a ese coto. Lo heredó de su abuelo.

—Dios... ¿Y su viuda?

—La pobrecilla se vio obligada a solicitar al Casino un donativo para gastos de funeral y lutos. Puedes imaginarte en qué estado financiero la dejó. Después del entierro se marchó a Portugal, donde tenía unos parientes lejanos. Yo quise contactar con nuestros conocidos de facultad para hacer una colecta, pero solo pude dar con un puñado de ellos. En realidad fuimos cuatro gatos al entierro, entre ellos tu hermano Olmedo.

—Me alegro de que al menos él estuviera presente.

—Yo también me alegré de verle.

—¿Y sabes si Legredo tuvo hijos?

Negó con la cabeza.

—Pues qué solita se sentirá la pobrecilla de Carmen —dijo visiblemente afectado el doctor—. Me consta que se querían mucho y ella era una santa.

—En eso sí que fue afortunado Legredo. Otros nos tuvimos que conformar con lo que nos tocó en suerte.

—No me digas que te has casado... Tú, que presumías de ser un donjuán y un castigador.

—Me temo que sí. —Dejó escapar un par de risotadas amargas—. Dios me ha castigado por mi vida libertina. Y no te he dicho lo peor: tengo siete hijas.

Bonaventura no disimuló su sorpresa.

—¡Siete! Qué barbaridad, Loreto. Me dejas hecho una estatua. Contigo no se acaba el mundo.

—Antes estiro la pata yo, Hugo. ¿Tú sabes lo que será casar a esas siete? ¡Me

hago cruces, amigo, son el vivo retrato de su madre! No va a haber quien cargue con ellas de buen grado. Me dejarán seco el bolsillo.

Se rieron un buen rato.

—*Coraggio*, amigo Loreto. Y salud para criarlas.

—¿Habéis comido ya? —les preguntó—. Tengo reservada mesa. Si queréis acompañarme, estaré muy complacido.

—Pues mira, no te diremos que no. Veníamos con intención de almorzar con Legredo, pero... No creas, que me ha dejado la noticia hecho cisco. Tengo hasta mal cuerpo. *Porca miseria...*

—Eso lo soluciono yo ahora mismo con un buen *armagnac*.

Loreto hizo una seña a un mancebo y pasaron al comedor. Era una sala revestida de alfombras, con una estupenda chimenea de cuarterones de alpaca. En las paredes pudieron admirar los magníficos frescos que, según les apuntó su anfitrión, eran obra del pintor Taberner. Eran una delicia para la vista.

Comieron a la carta. Bruno calculó que el sablazo iba a ser monumental. Pero tras degustar los estupendos entrantes, el cordero y el rioja que les sirvieron, lo dio por bien empleado. Un día era un día.

Tras los postres, don Loreto se explayó a sus anchas poniendo a don Hugo al corriente de la actualidad nacional en cuanto a política interior y exterior. Ambos maldijeron el bipartidismo que lastraba al país, la pérdida de las colonias y la pasada, aunque reciente todavía, guerra de Cuba. No dejaron títere con cabeza. Aquello no terminó hasta que entre los dos arreglaron el mundo. Rememorar viejos tiempos era una cita ineludible entre dos amigos que se habían perdido el rastro durante tantos años. Evocaron los momentos compartidos durante su juventud. Lamentaron los cambios que trae consigo el paso del tiempo. Las malas y buenas decisiones.

Don Loreto era médico cirujano y trabajaba como jefe del departamento de Cirugía en una clínica privada propiedad de su suegro. Bruno pensó que ahí quedó claro que no se había casado por amor, sino por la posición del padre de su esposa. Por su modo de hablar, aquel matrimonio concertado le había acarreado mucha amargura e intentaba ahogar sus penas en alcohol. Era bebedor habitual.

—Pero ya está bien de hablar de mí, Hugo —dijo cuando al fin pareció desahogarse—. Cuéntame tú algo.

—Pues poca cosa y muchas deudas, Loreto. Y bueno, dejando a un lado el tema mercantil, ahora me ha dado por escribir.

—¿Novelas dices?

—Ya sé que te choca, pero sí. Algo hay.

—Pues no dudes en hacerme llegar el manuscrito en cuanto termines alguna. Ya sabes que aquí se gestan grandes literatos. Te daré santo y seña de algunas tertulias literarias de moda.

El italiano le regaló un escéptico arqueado de cejas.

—Te lo agradezco, Loreto, pero no está entre mis ideas vivir de la escritura. No

tengo edad ya para según qué bohemias. Los hay que por publicar cuatro letras venderían su alma. También están los que tragan con lo que les echen con tal de sacar para el café y la media tostada de un mes. Puede que de haber descubierto mucho antes mi amor por la literatura no le haría ascos a dormir al raso, pero ya no tengo cuerpo para eso y no me engaño a mí mismo. No soy un instrumento del diablo ni quiero serlo. Que Él se busque otro más joven al que calentar los sesos.

Su amigo le miró perplejo y dejó escapar un par de risotadas.

—¿Tú rechazando la vida de bohemio? Viniendo de ti, me parece estar escuchando a otro. Y perdona que te diga, no somos viejos. Sabes que siempre admiré tu integridad, Hugo. Te granjeaste muchos enemigos por ello en el pasado, pero seguiste fiel a tus convicciones. No te vendiste como hemos hecho otros.

—Bien está, aunque reconoce que con las convicciones no se come. Tampoco de bañarse en agua de rosas. Ya no estoy en edad de merecer, solo es eso. Si publico algún día, bien; si no, pues también. Mientras tanto disfrutaré de la escritura y a seguir trabajando en aquello que nos da de comer.

—Sopitas y buenos caldos... Que otros roan los huesos.

Bruno los miró con una tierna mezcla de admiración y tristeza. Adivinó entre ellos una tácita abnegación hacia la vida que solo daban los años de experiencia. Eran ya curtidos vividores y lucían sin pudor sus cicatrices.

—Mejor no echarse cuentas, Loreto. ¿Hace una partidita de billar?

—Hace.

Loreto se empeñó en pagar la cuenta. De nada valió que Bonaventura insistiera. La endosó a su cuenta de cliente y aquí paz y después gloria.

—Billar francés, a tres bandas. Cien puntos, que no me quiero eternizar —le dijo el italiano.

—¿Nos apostamos algo?

—No. Juguemos solo *per il piacere*.

—Ojo, que aquí el juego mueve pasiones, viejo amigo. Presume lo justo, no vaya a ser que te tomen por uno de esos pajarracos que se ganan la vida con esto. Y no hablo de los trapicheos de billares arrabaleros, precisamente. Hablo de mesas de caoba y tahúres finos como esos a los que estás acostumbrado a tratar.

—No me vengas con esas, Loreto. Poco me voy a lucir porque hace muchos años que no le doy al taco y estoy desentrenado. O sea, que déjame disfrutar un rato de unas puñeteras carambolas.

Media hora después, había que ver a esos dos caballeros. Los antebrazos desnudos, la pajarita deshecha y el cuello de la camisa abierto como si acabaran de pelearse con alguien a puñetazos. El italiano tenía el pelo revuelto y los ojos brillantes. Le hervía la sangre. Disfrutaba de aquel reto. Su técnica no era impecable, se le notaban las mañas aprendidas en esos billares de arrabal mencionados por Loreto. Se sentó sobre uno de los lados de la mesa y se pasó el taco por detrás. Luego le asestó una buena picada a la bola y tras una espectacular carambola fue directa a

una de las troneras. Era el punto número cien. Había ganado. Su amigo le hizo una solemne reverencia, y todos los allí reunidos le rieron la gracia, para pasar después a felicitar al italiano.

Una vez dispersado el auditorio ocasional, don Hugo le consoló.

—Hasta para perder hay que tener clase, Loreto, viejo zorro. Has bebido demasiado y seguro que llevabas todo el día dándole al taco y te daban ya calambres hasta en los sobacos.

—Sabes que me das ciento y raya, no disimules. Me debes la revancha.

Bonaventura miró a su condiscípulo con cierta añoranza. Apenas reconoció en él al joven embaucador, mujeriego y pendenciero que dejó en España hacía veinticinco años. No vio en él ni la sombra de aquel otro.

Loreto sabía leer miradas y no le gustó la que le dirigió su amigo. Le dieron ganas de decirle que aquel hombre al que buscaba había muerto y que ahora tenía ante él a un perdedor. Y a su modo se lo dijo, porque le costaba aparentar lo que no era frente a su gran amigo de juventud. Se le quedó en el tintero decirle que vivía del dinero de su suegro, que de la colosal herencia de su difunto padre no le quedaba nada. Lo había perdido todo. Pero eso ya se lo diría otro día. Tal vez dentro de otros veinticinco años.

Bonaventura se pasó los dedos por el cabello despeinado y se recompuso el nudo de la pajarita. Se bajó las mangas de la camisa y se puso los gemelos que había guardado en uno de los bolsillos del pantalón.

—Ya es hora de marcharse a casa, *caro amico* —le dijo ayudándole a componerse.

El italiano se las vio y deseó para encaminarlo hacia la salida.

Cuando al fin atravesaron la puerta del casino, las luces de las farolas alumbraban ya las calles. Los tranvías parecían espectros de niebla vertebrando la calle de Alcalá. Un aliento frío a invierno anticipado arremolinó sus capas.

Bruno hizo una seña a un coche de punto de la larga hilera que aguardaba a la puerta y depositaron a Loreto en el asiento trasero al tiempo que don Hugo le preguntaba a su amigo las señas de su casa.

—No, no quiero ir con la amante del diablo y con sus siete bastardas —contestó él con la lengua tan trabada que casi no se le entendía—. Si ella me ve aparecer así, más me valdría tirarme por el viaducto. —Se rio de lo lindo—. Todavía conservo el pisito de soltero. Mejor pasaré la noche allí. Por cierto, tunante, que no estaría nada mal que vinieras a verme otro día... Podríamos montar una partidita de cartas.

El italiano le prometió que así lo haría. Le preguntó a Bruno si llevaba encima alguna tarjeta de La Luz de Helios y este se apresuró a sacarla de su cartera. Don Hugo la depositó en el bolsillo del pantalón de Loreto y luego se dirigió al cochero, alargándole un billete.

—Al número veintiséis de la calle Juan Bravo. El caballero está un poco bebido. Déjelo usted en la misma puerta y no se vaya hasta que llegue el sereno.

El auriga asintió.

Bruno llamó a otro simón de alquiler y se pusieron en camino.

—*Cristo benedetto...* —susurró agotado—. Tengo pendiente visitar a un marchante de arte. Perdí el contacto, pero me han dicho que suele parar en una casa de putas de la calle de Silva. Sería una suerte dar con él, me facilitaría la venta de algunas antigüedades más.

«¿Una casa de putas?», pensó Bruno. Jamás había estado en una. Si tenía que ser sincero, le atraía la idea.

—Podríamos acercarnos mañana por la noche si le corre prisa —se apresuró a decir.

El italiano esgrimió una sonrisilla de medio lado. ¿Era entusiasmo lo que leía en su mirada o se lo parecía a él?

—Mañana es sábado, caballere. Creo que nuestra Doyle nos tiene preparada una buena. Esta mañana me pidió permiso para utilizar algunos cachivaches de Olmedo.

Bruno hizo un mohín de extrañeza. ¿A qué se refería con aquello?

—Qué olvidadizo es usted para lo que quiere, señor Moreto. Es el día de la dichosa sesión de hipnosis. ¿No recuerda que nos comprometimos a ir? Usted le prometió a la señorita Mendoza que no faltaría.

—Ah, sí —dijo recordando al fin—. Fue en la reunión espiritista de la semana pasada.

Lo había olvidado por completo, pero sonrió al acordarse de la guapa señorita Sofía y su petición tan efusiva de no faltar a la *soirée*. Por otra parte, no estaba nada mal cambiar de tercio y solazarse unas horas, para variar.

Desde primeras horas de la mañana La Luz de Helios fue un ir y venir constante de preparativos y prisas. La cocina bullía a un ritmo frenético. Mercedes daba órdenes a varias jovencitas que habían sido contratadas para ayudar en la cocina y, más tarde, para servir copas y canapés en la velada que se iba a celebrar a las siete de la tarde, donde se llevaría a cabo la sesión de hipnosis organizada por *lady* Doyle y su grupo espiritista. La mesa de la cocina estaba a rebosar de bandejas de alpaca listas para poner en ella los succulentos bocados.

Bonaventura miraba las viandas como si en cada una de ellas se hubiera derramado parte de su sangre. Por más cuentas que quiso hacerse, le fue imposible calcular la cuantía de aquel dispendio. Era de un volumen insospechado. Más de dos docenas de botellas de *champagne* dormitaban ya en la fresquera rodeadas de barras de hielo. Amén de los caldos patrios que había encargado comprar a Pedro. Jerez, licor de hierbas, guindas confitadas, angostura... Ingredientes para tumbar a un regimiento a base de *cocktails* y bebidas celestiales. El italiano deambulaba por su particular viacrucis tomando apuntes en la libreta de gastos del mes. Sudaba a mares.

Lady Amber, tal y como dijera don Hugo el día anterior, había pedido permiso para utilizar algunas de las antigüedades de Olmedo. Por supuesto, el italiano sucumbió a aquella petición. La británica ordenó colocar en la sala Danubio —que disponía de un altillo entarimado donde solían reposar los féretros— uno de los divanes renacentistas, tal vez el más hermoso de la colección. La nota de color la daba una colcha de terciopelo rojo con flecos dorados, que ella había colocado con ese gusto tan especial que la caracterizaba. A su cabecera había un butacón neoclásico, también rescatado de las reliquias de Olmedo.

La sesión de hipnosis había levantado una gran expectación dado el número de sillas y el despliegue que se estaba organizando. Miedo le daba a Bruno la inglesa viendo el percal. Seguro que había invitado a algunas de las damas de la alta sociedad, amigas de las hermanas Espada, con las que de vez en cuando se codeaba. El espiritismo no era un fenómeno marginal; al contrario, estaba constituido por miembros de una posición social elevada y no era raro encontrar entre sus filas algunos aristócratas. Bruno no tardó en constatar aquello al ver el desfile de invitados. Divisó a Carlos Herranz, el fotógrafo, que estaba situado en un lugar preferente para poder capturar las mejores instantáneas con su cámara.

Vio llegar a la señorita Sofía Mendoza, centro de sus turbios y secretos deseos. Estaba despampanante con un precioso vestido de noche en satén marfil, con el cuerpo drapeado salpicado de perlas. Conjuntaba con una estola de piel de zorro ártico que le dejó boquiabierto. Y aún boqueó más cuando atisbó al lechuguino que la

llevaba del brazo. Bruno se descubrió a sí mismo estudiándole a fondo. ¿Quién sería?

Y vaya si le estudió. No se le escapaba la buena hechura de su frac, ni tampoco la percha; era alto, sabía lucir el traje. Presumió, además, de un cierto porte militar en sus ademanes. Llamaba la atención entre las damas, pues nada más entrar se vio rodeado de un magnífico plantel.

—Es el hijo de un marqués, Bruno —le susurró al oído Bonaventura.

—¡Vaya...! ¡Qué sorpresa! —soltó con una mezcla de ironía y frustración.

—Por lo que me han contado las Espada, su familia solo posee un palacete hipotecado en el bulevar Narváez. El señor marqués está comido por las deudas y vende a su hijo al mejor postor. Creo que el padre de la señorita Sofía quiere comprar un yerno con título para emparentar con la alta sociedad. Y puede permitírsele porque ha hecho una fortuna con las confiterías que posee por medio Madrid. Seguro que ha oído usted hablar de ellas, se llaman La Bombonera de Oro.

Aquello le dejó de una pieza, ya no solo por la información, que truncaba de un plumazo sus ilusas esperanzas de conocer mejor a Sofía, sino también por lo que le había cundido la charla con las Espada. No le iría bien el papel de perro faldero, pero le había dado a la húmeda que daba gusto.

—No me mire usted así, jovencito. No soy ningún cotilla, han sido ellas las que me han informado sin yo entrar ni salir... No hay quien pueda con esas cotorras. La lengua les echaba humo despellejando a todo quisqui.

Bruno casi ni le escuchó. Toda su atención la acaparó la preciosidad que acababa de atravesar el recibidor. Venía del brazo del profesor Cienfuegos y flanqueada por los primos Alcántara. La señorita centralizaba todas las miradas masculinas.

Don Hugo y él intercambiaron una visual de mutua admiración hacia ella. Ya tenía dos rendidos servidores.

—Le dejo, Bruno. Me reclaman de nuevo las hermanas. Creo que quieren presentarme a alguien.

—Vaya usted, doctor. Nos vemos luego.

Tragó saliva al comprobar que aquella belleza morena se acercaba hacia él precedida de *lady* Amber. Intentó disimular como pudo el arrebató que le provocaba. Ni siquiera el luto riguroso conseguía arrancar un ápice de color a su piel de melocotón ni a la gracia de sus movimientos.

La británica se apresuró a presentársela.

—Esta es la señorita Cora Steiner, discípula del profesor Cienfuegos. —Le puso una mano en el hombro y se dirigió a la señorita—: Discúlpeme, ahora mismo vuelvo.

La joven hizo una pequeña reverencia y le ofreció a Bruno su mano enguantada. Fue cuando vio sus ojos. Rasgados, indómitos. Eran de un precioso gris perla y brillaban como dos solitarios luceros en la noche. Contrastaban con sus oscuras pestañas y el arco perfecto de sus cejas.

Tomó su mano y se la besó. Ella recibió el gesto con una sonrisa seductora.

Llevaba los labios pintados de un rojo rubí. Hacían juego con las rosas del soberbio aderezo de plumas que sujetaba su cabello. El vestido sin duda resaltaba su silueta. El corpiño era de brocado negro con azabaches. La falda *evasé*, de raso, terminaba en una elegante cola.

—¿Es usted alemana, señorita?

—No. Soy rusa —respondió con un leve acento indefinible—. Mi padre sí era alemán, aunque por su profesión de embajador siempre estábamos viajando. Me he criado en distintos países.

—Ah, es por eso que habla usted español. Seguro que estuvo destinado en España.

—No. Lo hablo gracias a la última esposa de mi padre, que es española. Él se casó siete veces y es por eso que yo hablo cinco idiomas.

Bruno enarcó las cejas. No pudo evitar soltar un silbido de admiración. ¡Cinco idiomas!

—¿Y cómo es que acabó siendo discípula del profesor Cienfuegos? ¿Cuándo descubrió que tenía usted cualidades psicométricas?

Ella le regaló una sonrisilla pícara.

—Es una larga historia. Si se la contara necesitaría toda una velada; a ser posible, en un lugar tranquilo y cerca de una botella de Chardonnay para aclararme la garganta.

Se rio con un suave cascabeleo. Bruno se tomó aquello como una sutil insinuación para que la invitase a cenar, pero lo más seguro es que solo se tratara de una forma amable de mandarle a cardar cebollinos. Se quedó con la incógnita. *Lady Doyle* reapareció como una exhalación y se la llevó para presentársela a un grupo de invitados. Soltó un resoplido de desilusión.

Notó un toquecito molesto en un hombro.

—Ya estoy de vuelta, Bruno. La Luz de Helios está que echa humo. ¿Ha visto cuánta gente ha venido?

—Sí, parece que el asunto ha despertado mucho interés.

—Sobre todo en los varones. Duplican en número a las señoras. Con toda sinceridad y mirando por la economía familiar, creo que nuestra *lady* tenía que haber cobrado entrada. Esa mujer se bastaba sola para sacar adelante cualquier negocio. No creo que haya que rescatarla de la ruina. Es ella la que tendría que rescatarnos a los demás. ¡Esta funeraria es la monda! Aquí hay de todo menos clientes esperando a ser enterrados.

Bruno no pudo evitar una risilla floja. Todavía le quedaba mucho por ver al italiano. Según le informó, las Espada le habían dicho que la señorita Steiner tenía un acaudalado mecenas que permanecía en el anonimato. No era extraño que algunos médiums lo tuvieran, dado que la gran mayoría no cobraban por sus servicios y solo recibían donativos o regalos honoríficos.

Estudió con interés a los invitados en busca de caras conocidas. Atisbó muchos

uniformes, muchos empresarios de éxito y mucho «del montón» revoloteando alrededor de las mesas del bufet. Alargó el cuello para esquivar algunos sombreros exagerados que entorpecían su visión. Vio a Alister Louper persiguiendo a un camarero para pillar al vuelo una copa de *champagne*. Bruno miró a don Hugo y le dio un codazo para llamar su atención. El italiano siguió la estela de sus ojos y también le vio. Arqueó una ceja con aire crítico.

«Vaya», se dijo haciendo un gesto de aprobación. El tiempo no había tratado mal al británico. Le mandó un saludo levantando su copa. Louper se lo devolvió con una mueca de grata sorpresa. Iba a ir a su encuentro, pero las luces indirectas menguaron, dando la apariencia de estar en un teatro. Era el primer aviso de que el espectáculo comenzaría en breves minutos. Don Hugo le hizo un gesto para indicarle que se verían más tarde.

Las doncellas fueron dirigiendo a los invitados hasta sus sillas indicándoles que cogieran las tarjetas que previamente se habían colocado en los asientos. En ellas solo había escrito un número, lo que provocó que la curiosidad se disparara mucho antes de que comenzara la sesión. Cuando todos se acomodaron y tras unos minutos de cortesía, los cortinajes del altillo se abrieron.

Cienfuegos apareció desde un rincón, saludó a la concurrencia con gesto teatral. Tenía un aire de maestro de ceremonias de algún oscuro rito. También ayudaba su atuendo, un alto sombrero de copa en azul cobalto a juego con el chaleco, la ancha corbata y la levita entallada. Sus bigotes cobrizos habían recibido doble ración de fijador. Ofreció su mano a la señorita Cora para indicarle que se tumbara en el diván. Ella se recostó con elegancia y puso las manos cruzadas sobre el pecho.

—Damas y caballeros —comenzó diciendo—. Lo que a continuación vamos a presenciar no es una mera actuación de variedades. Yo no pediré voluntarios entre el público para dar testimonio de que soy un experto hipnotista. No voy a someter a «hipnosis de espectáculo» a ninguno de ustedes. Esta noche llevaré a cabo varios experimentos en los que hemos trabajado conjuntamente la señorita Steiner y un servidor. Ella, como muchos ya sabrán, es una sonámbula superior, disciplina para la que no existe aprendizaje, pues requiere de un don adquirido al nacer. No en vano, nuestra hermana comparte linaje con la mundialmente conocida Madame Blavatsky. —Hizo una pausa ante los murmullos de admiración del público. Luego prosiguió—. El éxodo que emprenderá nuestra viajera no es de este mundo. Su alma ha transitado a través de las épocas. Sus ojos han visto escenas prohibidas a los demás seres terrenales. Pido el máximo respeto y silencio, damas y caballeros. Nuestra hermana necesitará de una gran concentración para emprender su viaje a través del tiempo.

Puso en marcha un metrónomo que reposaba en una mesita. Su sonido rítmico imprimió a la sala una atmósfera cargada de misterio y expectación.

—Hermana Cora, respire profundamente hasta acomodar los latidos de su corazón al sonido del péndulo. A partir de este momento usted quedará aislada de esta sala y de los espectadores. Su concentración no será perturbada. No escuchará otra

cosa que mi voz.

Por unos instantes solo se oyó el eco acompasado del metrónomo.

—Para la primera prueba solo requeriré de la presencia de una persona del público.

Se alzó un pequeño revuelo.

—No se inquieten, amigos. Ya he advertido que no serán hipnotizados. Su cometido consistirá en comprobar que la señorita Cora Steiner es una verdadera sonámbula superior y no una impostora. ¿Cómo?, se preguntarán. Pues de una forma bien sencilla. Entregaré a esa persona un pizarrín y una tiza. Después, le pediré que se dirija al final de esta sala donde mis colaboradores están a punto de traer una cabina.

El auditorio en pleno giró la cabeza en esa dirección. Un receptáculo con ruedas era arrastrado por dos fornidos ayudantes. Cuando lo dejaron en el lugar indicado, el público aplaudió encantado.

—Todo el que quiera —prosiguió— podrá comprobar la cabina. Pueden palpar las paredes, el suelo, incluso el techo si así lo desean. Una vez la hayan examinado, el encargado del pizarrín se introducirá en ella y echará la cortinilla. Acto seguido, escribirá lo que se le antoje. Da igual si es un nombre o una palabra, como si prefiere una frase o la lista de la compra. Cuando haya terminado, solo tendrá que avisarme a viva voz. Será entonces cuando nuestra hermana Cora leerá lo que esa persona ha escrito en el pizarrín. Y lo hará sin moverse de este diván donde reposará en un profundo trance.

El asombro ante lo insólito de la prueba levantó un buen revuelo. Bruno intercambió una mirada de incredulidad con el italiano, que hizo un gesto de desdén ante tales afirmaciones.

Cienfuegos acalló el murmullo reinante con un movimiento de manos.

—Damas y caballeros, comenzaremos este ejercicio empírico eligiendo a la persona que escribirá en el pizarrín. Habrán comprobado que en el asiento de sus sillas había una tarjeta con un número.

El público mostró sus tarjetas. Las blandieron en el aire como si les hubiesen regalado un boleto de lotería.

—Bien. Cada uno de ustedes tendrá que memorizar el número que les ha correspondido antes de introducirlos en el saco que les irá pasando uno de mis colaboradores. Les rogaría que lo hicieran por riguroso orden y en el máximo silencio.

Los rostros de expectación de la concurrencia lo decían todo. Estaban maravillados. Cuando al fin la tarea de recogida terminó, el ayudante levantó el saco para mostrárselo al profesor.

—Ahora, el siguiente paso será eliminar todo rastro de duda sobre la integridad del sujeto que sacará el número elegido y así demostrar que en la elección no hay truco posible. Solicito que si hay en la sala algún agente del orden se ponga en pie. Nadie como un representante de la ley para dar veracidad a este experimento.

Tras varios minutos de espera, un apocado joven se levantó de entre los espectadores.

—Estupendo. Acérquese usted hasta aquí si es tan amable, caballero.

El policía, colorado hasta las orejas por el apuro, se aproximó al altillo.

—¿Puede mostrar su identificación a los asistentes?

Él sacó la cartera del bolsillo interior de su levita y se la mostró al personal. Pasó de mano en mano hasta regresar a él.

Cienfuegos, entonces, le entregó el saco y le indicó que revolviera las tarjetas, que sacara una y leyera el número en voz alta. La elegida fue una joven que se levantó y se quedó a un lado del altillo.

A una orden del profesor, varias personas del público inspeccionaron la cabina. Ninguno encontró nada fuera de lo normal. Antes de ordenar a la señorita que se introdujera en ella, le preguntó su nombre y apellidos.

—Me llamo Lucía del Valle.

—Bien, señorita Del Valle, puede usted proceder. Avíseme cuando haya terminado de escribir.

La tensión que se respiraba en la sala era absoluta. No se escuchaba más que el sonido del metrónomo, que semejava las pulsiones de un corazón. Las luces habían menguado de nuevo para acentuar las del altillo y la del interior de la cabina.

Después de unos minutos, la voluntaria salió del cubículo y dijo a viva voz que ya había terminado. Cienfuegos le dio las gracias. Luego, volvió a dirigirse a la sonámbula.

—Hermana Cora, todo su cuerpo se rinde al latido del tiempo. Ahora es usted ligera como un alma antigua que ha sido liberada. Deje que su mente gravite sin temor y dígame qué ha escrito la señorita Del Valle en el pizarrín.

Tras breves instantes de gran incertidumbre, la voz de Cora reverberó como un eco de cristal.

—Me encantaría viajar a Florencia y visitar la catedral de Santa María del Fiore.

El silencio se hizo más intenso. Todas las cabezas se giraron hacia la cabina, a la espera de que la joven voluntaria diera su veredicto. Ella, a su vez, esperaba las indicaciones de Cienfuegos.

Al fin, el profesor rompió su mutismo.

—Señorita Del Valle, ¿sería tan amable de decirnos si es correcta la lectura?

La joven elevó el pizarrín con las dos manos y asintió con ímpetu.

El hipnotista hizo una austera reverencia para dar por sentado el éxito del experimento al tiempo que instaba a la voluntaria a que mostrara la pizarra a todo el que lo reclamara.

El público se puso en pie y se desató en aplausos. El pizarrín corría de mano en mano, levantando verdadera curiosidad y asombro. Bruno también aplaudió discretamente con una media sonrisa de candidez hacia un auditorio tan entregado. Aunque no se percató de si había truco o no, le pareció un ejercicio muy elaborado y

de excelente ejecución. Cienfuegos era un virtuoso sin discusión alguna. Bonaventura también aplaudió a regañadientes y con un brillo astuto en la mirada. El público se levantó para ovacionar a la señorita Steiner que, ajena al jaleo de la sala, permanecía inerte sobre el diván.

Tras varias genuflexiones del profesor, y el largo reconocimiento del que fue objeto, volvió a requerir la cortesía de los presentes.

—Damas y caballeros, como podrán observar, nuestra sonámbula superior sigue en un profundo trance. —Tomó uno de sus brazos con delicadeza y lo dejó caer. Se desplomó pesadamente sobre el diván—. Para el siguiente ejercicio empírico lo único que voy a solicitar de ustedes es el máximo interés. Lo que están a punto de presenciar es un hecho único en la historia del espiritismo español. —Hizo una pausa estudiada, dando por sentada la reacción positiva de la audiencia—. La señorita Cora Steiner desafiará, nada más y nada menos, que la ley de la gravedad de Newton.

La expectativa que causó en el público aquella afirmación fue apoteósica. Los murmullos se extendieron sin control hasta alcanzar cotas escandalosas.

—Ruego silencio absoluto en la sala —requirió Cienfuegos llamando al orden y haciendo señas a sus colaboradores para que mediaran entre la concurrencia—. Comprendo que el tema ha provocado controversia entre los círculos más escépticos de nuestros detractores. No es extraño encontrar entre nuestras filas individuos que medran a base de engaños o gracias al apoyo de personas preeminentes demasiado crédulas o sugestionables. Pero bien es cierto que desde que el mundo es mundo hemos sido testigos de insólitos casos de levitación. Santa Teresa de Jesús describió en sus memorias sus levitaciones. No fue la única, existe un amplio glosario de personajes con distintas creencias religiosas que han dejado testimonio oral y escrito. Uno de los casos más discutidos fue el del médium inglés Daniel Douglas Home.

Un intenso rumor se extendió por la sala.

—Sí, damas y caballeros, ya sé que Home fue acusado varias veces de falsario, pero también hubo quien tuvo que retractarse de las injustas acusaciones vertidas sobre él. Entre ellos, el periodista F. L. Burr, director del periódico *Hanfort Times*, que no dudó en publicar un artículo que describía la levitación del famoso médium, de la cual fue testigo presencial. Ver para creer, qué gran verdad.

Bonaventura dio un codazo a Bruno para llamar su atención y susurrarle algo al oído.

—Este tipejo parece una enciclopedia ambulante. A saber cuánto le untaron a ese periodista... Menuda sarta de embustes.

Bruno sonrió por toda respuesta. Si lo que estaban a punto de presenciar era un burdo truco, no tardarían en descubrirlo.

El profesor prosiguió con su particular preámbulo.

—Yo reto a todo aquel que lo desee a que haga las comprobaciones pertinentes si pone en duda los poderes de la señorita Steiner o los de este humilde servidor. No pondré objeciones a que comprueben que no hay alambres de volatinero, ni sujeción

alguna. Lo que están a punto de presenciar es un ejercicio verídico futo del magnetismo.

Hizo una seña a sus ayudantes para que la luz volviera a menguar. La sala se oscureció tanto que prácticamente no se veían los unos a los otros. Solo el escenario quedó débilmente iluminado por una hilera de pequeñas bujías en la parte baja del altillo, que permitían ver a la señorita Cora tumbada en el diván. El sonido oscilante del metrónomo volvió a escucharse con nitidez en el silencio.

—Señorita Steiner, ¿me escucha usted bien?

—Sí, le escucho.

—Quiero que respire profundamente. Inhale y lleve el aire hasta el diafragma. Manténgalo ahí unos segundos y luego expúlselo pausadamente. Repítalo hasta que note que los músculos de sus brazos comienzan a endurecerse.

La respiración acompasada de la durmiente cargó la atmósfera de tensión. El público a duras penas podía contener su curiosidad, pero no se oía ni el vuelo fugaz de un abanico.

—Hermana Cora, todo su cuerpo está adquiriendo la dureza del acero. Pero no pesa, es liviano. Elévese poco a poco... Puede hacerlo, Cora, los espíritus celestiales la sujetan y no permitirán que se caiga. Usted ya ha vencido a la gravedad. Elévese sin temor, hermana, elévese...

Bruno no podía creerlo. La señorita Cora estaba a medio metro del diván, rígida como una tabla. La cola de su vestido flotaba en el aire y los rizos de su recogido caían en cascada sobre la nada. Las exclamaciones de asombro se extendieron por toda la sala. Los ojos de Bruno intentaban inútilmente encontrar los puntos de anclaje de los alambres o descubrir los engranajes de un ingenio oculto que le permitiera levitar. Llegó a la conclusión de que, tanto si aquello se trataba de un truco como si no, merecía ser digno de mención.

Cienfuegos instó a varias personas del público para que subieran al altillo y comprobaran la veracidad del ejercicio. Cinco personas pasaron sus manos por encima de Cora y por debajo, dando fe de que no había alambre ni artilugio alguno. Cuando regresaron a sus asientos, el profesor procedió a dar por concluida la levitación.

—Hermana Cora, los entes celestiales la depositarán ahora sobre el diván con delicadeza. Notará que desciende con suavidad. No sentirá vértigo, solo la blandura de un colchón de plumas.

Presenciaron atónitos cómo fue bajando hasta quedar sobre el canapé. La cara de escepticismo del italiano no tenía parangón, aunque se le veía tan anonadado como al resto de los asistentes. El auditorio en pleno aplaudió a rabiar. Los vítores duraron más de cuatro minutos y todos se levantaron de sus asientos.

El hipnotista, tras aplacar la gran ovación, instó una vez más a que guardaran silencio. Habló de nuevo a la durmiente.

—Señorita Steiner, sentirá que sus músculos se aflojan hasta volver a la normalidad. Respire profundamente. Escuche el sonido del péndulo.

Por un momento, Bruno pensó que la despertaría, pero lejos de sacarla del trance

volvió a dirigirse al público.

—Y para poner punto final a esta muestra, procederé a una regresión. Nuestra sonámbula superior es una experta en el tema. Ha realizado con éxito más de cincuenta viajes a través del tiempo. En su gran mayoría se trataba de migraciones a otras vidas anteriores, pero en un pequeño porcentaje solo viajó varios años atrás; incluso también al futuro.

Volvió a causar el asombro general.

—Hermana, libere su espíritu. Deje que vuele a través del espacio. No hay barreras que lo retengan. Cuando cuente hasta tres, habrá llegado a su destino. — Guardó silencio unos instantes—. Uno, dos, tres. Busque una referencia para decirnos dónde se encuentra.

—Hay mucho ruido... La gente grita. Es de noche, pero hay un gran resplandor al fondo de la calle.

—Diríjase al resplandor, Cora. ¿Por qué grita la gente?

—Tienen miedo... Huyen de algo... Estoy muy cerca...

—Dígame qué ve.

—Veo fuego. Las llamas se elevan y lo consumen todo.

Su respiración se aceleró. Su pecho subía y bajaba a un ritmo rápido.

—¿Qué es lo que arde, Cora?

—Es... un comercio, un salón de antigüedades. Hay un niño dentro. Está llorando... Tiene miedo... El fuego lo rodea... Llama a su madre... Pero ella ya no puede oírlo...

Cora gimió. Sacudió la cabeza de un lado a otro, provocando exclamaciones de estupor entre el público.

—Tranquilícese, Cora. Recuerde que usted solo es una mera observadora. No corre peligro alguno. Nada malo le ocurrirá.

Ella pareció calmarse tras las palabras del profesor.

—¿Por qué no le contesta la madre del niño? —preguntó él con voz profunda.

—Porque... porque... ¡está muerta! ¡¡Se ha quemado viva!!

Se oyeron gritos ahogados entre los asistentes. Fue una honda conmoción. Un despliegue de abanicos se abrió con urgencia para dar aire a las damas y un murmullo ensordecedor se adueñó de la sala. Fue apagándose a medida que Cienfuegos exigía orden con sus manos como si fuera un gran prestidigitador.

—Hermana Cora, aléjese del incendio. Busque un lugar más agradable. Tal vez unos jardines donde haya flores, pájaros... El cielo es azul, el sol brilla. Está usted paseando. Dígame qué ve.

—Estoy rodeada de jardines. Los niños juegan con los aros y sus nodrizas pasean con los quintos. A mi derecha hay un lago de agua cristalina. Veo banderines. Un «descarnado» se acerca. Me susurra algo al oído...

—Escúchelo usted, Cora. ¿Qué quiere ese espíritu de luz?

Tras una pausa, ella dijo:

—Desea advertir de algo que ocurrirá muy pronto...

Ella gimió como entre sueños. Tras un lapso de tiempo, sus labios volvieron a desvelar otro mensaje.

—La vida de una niña está en peligro... Es muy pequeña... Hierro y cristal... Hierro y cristal... ¡Hierro y cristal! ¡Otras más aparecerán muertas y llevarán una golondrina en sus manitas! —exclamó con una voz de ultratumba que erizaba el vello de la nuca.

Un inmenso clamor se elevó desde los asientos. Hubo un desmayo y el consiguiente revuelo. Bruno reconoció, aunque le pesara, que aquello le había impactado. Bonaventura se descubrió a sí mismo con el vello de punta.

Lady Amber se apresuró a dar instrucciones a Pedro para que acercara un poco de agua a la desmayada. Varias señoras le daban aire con sus abanicos. Un despliegue de doncellas se repartió estratégicamente por las filas de sillas, ofreciendo copas de jerez a los invitados para templar los ánimos.

Algunos caballeros se levantaron para acompañar a la mujer indispuesta hasta la salida.

Cienfuegos reclamó a los asistentes su atención.

—Por favor, damas y caballeros, pido que se sienten y guarden silencio. Quienes quieran abandonar la sala pueden hacerlo. Procederé a despertar a nuestra sonámbula superior.

El jaleo no tardó en disiparse por completo y la voz del profesor volvió a escucharse alta y clara.

—Hermana Cora, cuando cuente hasta tres despertará y no recordará nada de lo ocurrido durante la sesión. Uno, dos, tres —chasqueó los dedos al tiempo que detenía el metrónomo.

La señorita abrió los ojos y miró a su alrededor como si por un momento no supiese dónde se encontraba. Se incorporó con lentitud. Estaba extremadamente pálida. El profesor se apresuró a agacharse sobre ella preguntándole si se encontraba bien. Cora asintió y se sentó en el diván. Luego, le tomó la mano para ayudarla a levantarse. Caminaron juntos hacia el centro del entarimado y saludaron al público. Cienfuegos la señaló con una inclinación.

—¡Damas y caballeros, un aplauso para la portentosa Cora Steiner!

Ella hizo una elegante reverencia.

La ovación fue apoteósica. El público se desató en vítores, como si de una diva se tratara.

Bruno no dudó en acercarse a la vidente en cuanto los corrillos de curiosos se deshicieron a su alrededor. Cogió dos copas de agua de Valencia y fue a su encuentro con naturalidad. Le ofreció una con la mejor de sus sonrisas.

—Le va a parecer un truco de lo más trillado, señorita, pero desde que nos presentaron tengo la extraña sensación de que ya nos conocíamos de antes.

Ella se rio dejando caer la cabeza hacia atrás con coquetería. Tenía un mentón

precioso.

«Sí, no es muy original —pensó Cora—, pero él me parece tan condenadamente tierno».

—Creo que me acordaría de usted —dijo dando un sorbito al *cocktail*—. Solo llevo un par de días en Madrid, acabo de llegar de París. Viajo mucho, señor Moreto.

—A mí me encantaría poder ver mundo. Jamás he salido de aquí.

Ella sonrió con gentileza mientras dejaba la copa en una mesita cercana y sacaba de su diminuto bolso de piedrecitas de roca una pitillera. Se quitó el guante derecho y le ofreció un cigarrillo. Bruno lo rechazó con gentileza, pero se apresuró a encender un fósforo de la cajetilla que solía llevar encima.

—¿Le ha resultado interesante la sesión? —le preguntó tras encenderlo.

—Mucho. Más de lo que imaginaba. Pero me temo que ha despertado usted un gran revuelo entre el público con lo que ha dicho de esas niñas...

—Yo solo soy un mero instrumento de comunicación. No tengo nada que ver con lo que sale de mi garganta mientras estoy *in trance*.

—¿Y recuerda usted algo una vez que ya no está hipnotizada?

—A veces. El cerebro humano es algo complejo. El mío suele protegerme olvidando rápidamente cualquier detalle escabroso de esos mensajes. Si no lo hiciera así, a estas alturas viviría en el cuarto acolchado de cualquier sanatorio mental. Y no crea, más de uno piensa que es allí donde me correspondería estar.

Dio una profunda calada y expulsó el humo con lentitud.

—Verá, señorita Steiner, se lo pregunto porque me encantaría saber más sobre esa niña de la que ha hablado. ¿Ha podido verla? Una descripción, por fugaz que fuera, sería...

Ella negó con vehemencia.

—Lo lamento, señor Moreto. He quedado al margen. Sin embargo, no lo he hecho en cuanto al incendio que he descrito en mi regresión. Se produjo en Madrid, en la calle Mayor, el 15 de marzo de 1887. El salón de antigüedades al que he aludido se llamaba El Paraíso del Sol Naciente. Ese incendio guarda alguna clase de relación con usted.

Bruno se quedó pálido. La miró perplejo, con el vello de la nuca erizado. Si lo que intentaba era captar su atención e impresionarle, lo había conseguido. Sus padres murieron en un incendio, aunque ignoraba por completo los detalles.

—¿Conmigo? ¿A qué se refiere?

—Todas mis visiones tienen un mensaje. Ese fragmento del pasado me ha sido revelado por algún motivo. Siempre lo hay. Pensaba hablar de ello con usted antes de marcharme, pero se me ha adelantado. Le aconsejo que indague sobre su infancia. Seguro que hay algo que está pidiendo su atención. Ignoro qué es, pero...

Él no pudo evitar preguntarse si aquello formaba parte de un juego cruel. ¿Existía alguien tan abominable que se permitiera jugar con los sentimientos de una persona en pos del éxito?

El profesor Cienfuegos irrumpió inoportunamente para requerir a la vidente. Un empresario de un teatro de variedades reclamaba su presencia. Ella se despidió de Bruno cortésmente. Él maldijo para sus adentros lo desatinado de aquella interrupción. Cora, antes de marcharse, le dijo muy bajito:

—Quién sabe, señor Moreto, a lo mejor sí nos conocimos en una vida anterior. Las almas que han compartido un mismo anhelo se buscan a través del tiempo.

Él se quedó pasmado, incapaz de moverse, mirando cómo se alejaba. Cuando la perdió de vista, se dio cuenta de que se había dejado olvidado el guante encima de la mesita. Se apresuró a cogerlo y salió al pasillo intentando alcanzarla entre la nube de invitados. Cuando sus ojos la encontraron ya estaba saliendo por la puerta principal acompañada del profesor y un par de caballeros. Entraron en un lujoso cabriolé, que no tardó en dejar atrás La Luz de Helios.

Estaba tan embobado que no reparó en la presencia de Bonaventura en el porche. Saboreaba un *cocktail*, fumándose un purito. Advirtió en su gesto una pícara mueca.

—Señor Moreto, ¿qué sabe usted sobre *des femmes fatales*?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque me da que mi hermano no le advirtió lo suficiente sobre las mujeres. Su experiencia se limitaba al uso del matrimonio, el cual no pudo ejercer demasiado porque su amada Adeline murió al año de contraer nupcias. Yo, por el contrario, puedo jactarme de una amplia experiencia en cuestiones amorosas. He estado en los mejores lupanares de Europa y gran parte de los de Oriente. Y créame cuando le digo que hay damas que pueden llegar a ser la perdición de un hombre. He visto a más de uno volverse loco de atar por el amor de una mujer. Y esta que acaba de marcharse es de las que precisan red de trapecista.

Bruno sonrió. Estaba claro que le creía un pardillo.

—Le agradezco el consejo, doctor, pero puede ahorrarse la moralina. No voy a caer rendido a los pies de ninguna. No soy un pelele.

—Eso lo dice usted con la boca pequeña. Cómo se ve que no ha probado ese rico manjar todavía. Usted espere y verá. Tendrá hambre a todas horas.

No iba a rebatirle aquello. Era cierto que su experiencia en ese campo era nula, pero no lo era menos que nadie nacía sabiendo. Prefirió cambiar de tercio.

—¿Qué le ha parecido la sesión de hipnosis, doctor?

Él dejó escapar una risilla floja al tiempo que echaba una bocanada de humo.

—¿No irá a dar pábulo a todo lo que ha dicho esa vampiresa espiritista? ¡Por Dios, Bruno...! Seguro que se ha creído el embuste de que esa *signorina* es pariente de Madame Blavatsky. Todo ese despliegue de circo forma parte del espectáculo. La lectura telepática, la levitación, la regresión a vidas anteriores... son trucos. Buscaban impresionar al público y a los empresarios de teatros. ¿Acaso no ha visto usted mismo lo poco que ha tardado en marcharse con esos dos cazatalentos?

—No seré yo quien le quite la razón. Le recuerdo que soy un escéptico convencido, pero tiene usted que admitir que el caso que investigamos no es del

dominio público y menos aún el dato de la golondrina que llevaban en la mano las niñas asesinadas. ¿Cómo podría saberlo la señorita Steiner?

Don Hugo dio un traguito al *cocktail* antes de contestarle.

—No tengo ni idea de quién ha filtrado los detalles, a lo mejor un agente de policía que se dejó tentar o alguien de esta casa. Lo que está claro es que nuestra querida «hermanita» ha sabido utilizar la información.

Bruno dejó escapar un resoplido. Aquello era como acusar abiertamente de chivata a *lady Amber*.

—No se empecine, joven. He asistido a muchos espectáculos y puedo asegurarle que el tal Cienfuegos es un maestro de la manipulación. ¿No ha visto usted lo rápido que se ha ganado al público? El lenguaje tan exquisito que utiliza, el tono que imprime a sus frases y cómo las modula. Es un artista. Nos haría pasar a usted o a mí por la reencarnación del caballo de Garibaldi. Además... —Meditó sus palabras unos segundos—. No iba a contarle a usted nada, pero me veo obligado a ello. He visto cómo la gente daba sobres de donativos a *lady Doyle* y a las hermanas Espada. Me temo que no me queda otra que pensar que todo este espectáculo forma parte de un lucrativo negocio.

Bruno quiso replicar, pero las palabras se le quedaron congeladas en los labios. No podía desmentir eso. Estaba al tanto de que la británica recibía donativos para el grupo espiritista y para la manutención de los médiums. Pero jamás pensó que se lucrara de ello.

—Entremos —le dijo el italiano, echándole el brazo por el hombro en actitud amigable, mientras le enseñaba la copa vacía—. A ver si todavía queda algún bebedizo de estos. Creo que hoy me lo he ganado.

Bruno pasó largo rato dándole vueltas a la extraña conversación que había tenido con Cora. No podía sacudirse de encima la sensación de que nada de lo ocurrido había sido casual. «Las casualidades no existen —pensó recordando las palabras de su mentor—. Nadie que se preste a investigar un crimen puede creer en un albur incierto. En una investigación como en la vida misma, cada uno de nuestros pasos sigue una dirección establecida por la lógica. Será ella la que te lleve de la mano».

A su alrededor había un gran ajetreo. Alguien a su espalda reía mientras contaba una anécdota graciosa. Era Alister Louper, que charlaba animadamente con Bonaventura. Seguro que estaban recordando buenos tiempos. Tan absorto se hallaba en sus pensamientos que apenas reparó en la presencia de la señorita Sofía Mendoza. Estaba frente a él, ofreciéndole su mano enguantada.

—Señor Moreto, al fin nos vemos. Me ha sido imposible zafarme de mi prometido en toda la velada. Se empeñó en venir y no pude negarme. Mi padre insistió.

¿Su prometido? O sea, que aquel pimpollo con el cual la había visto aparecer en la *soirée* no era solo un mero aspirante a pretendiente, sino que se trataba de su futuro marido. Había de por medio una propuesta de matrimonio en firme. Eso eran ya

palabras mayores.

—No quería irme sin saludarlo a usted —prosiguió ella ajena a sus devaneos—. También quería preguntarle si le gusta el cinematógrafo. Yo suelo ir algunos viernes a la primera sesión de la tarde en el Palacio de las Proyecciones. Sería una casualidad muy agradable que coincidiéramos allí, ¿no cree?

Bruno estaba tan confuso que no supo cómo tomarse su proposición. Jamás hubiera imaginado que la señorita fuera tan liberal estando prometida, aunque según sus propias palabras se consideraba una mujer de ciencia, feminista y moderna. Aun así, ignoraba si su prometido opinaría igual. Se pidió calma a sí mismo. Solo se trataba de una inocente cita entre amigos. Nada más que eso.

Optó por regalarle la mejor de sus sonrisas.

—Puede que cualquier viernes de estos nos encontremos por casualidad —le contestó él discretamente mientras besaba su mano.

Ella se tapó la boca con el abanico y se marchó en busca de su novio, que conversaba con un grupo de damas. Por unos instantes, el susodicho dirigió la mirada hacia Bruno y le saludó elevando su copa. Él le devolvió el gesto.

El jaleo de los corrillos no le dejaba oír ni sus pensamientos. Vio que Laura venía a su encuentro. Tras ella apareció el inspector Del Romo. Apreció en su gesto que estaba sorprendido por la cantidad de gente que había en el salón.

Tras saludarle y pescar al vuelo una de las copas de *champagne* de la bandeja de Pedro, se sentó junto a él.

—No irás a decirme que esto es un velatorio... Viendo la hilera de carruajes que hay a la entrada, cualquiera diría que se ha muerto el director del Banco de España. Aquí hay más pieles que en la Casa de Fieras.

Bruno negó con la cabeza apretando los labios en una mueca jocosa.

El inspector carraspeó para luego aclararse la garganta con un buen trago.

—No quisiera tener que llamar al orden a *lady* Amber sobre estas reuniones que se gasta —dijo con una medio sonrisa guasona—, pero alguien debería advertirle que montar estos tinglados tan rimbombantes necesita la licencia del Ayuntamiento.

—Le doy toda la razón, inspector.

—Para no dármele... —Dio otro trago al espumoso—. Y ojo qué vituallas... Este bebedizo es francés auténtico.

Chasqueó la lengua y lo apuró.

—Si Olmedo levantara la cabeza... —rezongó.

—La dejaría caer de nuevo... No hay quien pueda con ella. Ya sabe usted que siempre fue la peor debilidad de mi mentor.

—Espero que el italiano la ate en corto... Va a costarle, pero ni mucho menos es tan cándido como Olmedo. Porque no nos engañemos, muchacho, vuestra *lady* saca una buena tajada con todo este rollo del espiritismo.

—¿Usted cree que...?

—No seas cándido, ¿acaso lo dudas?

El cuarteto de cuerda acometió una pieza alegre. El entrecejo del comisario cayó a plomo sobre sus párpados. Solo le faltó taparse los oídos.

—Bruno, aquí no hay quien se aclare con tanto alboroto. Mejor vámonos fuera. Y que venga también ese tío postizo tuyo. Ha ocurrido algo que os incumbe a los dos. De hecho, he venido a recogeros.

Aquello le dejó con la curiosidad a flor de piel. Buscó con la mirada a Bonaventura. Lo atisbó conversando todavía con Louper y su asistente. Hizo aspavientos con las manos para llamar su atención. El doctor no tardó en recibir las señales y se excusó ante ellos. Al llegar, el inspector lo saludó sin mucha ceremonia.

—Salgamos —le indicó señalándole la salida—. Recoged los guantes, las capas y los sombreros. Tengo un simón esperando.

—Faltaría más, Antonio.

Bruno les abrió camino portando una copa de *champagne* que rapiñó a una de las doncellas. Se la bebió de un trago y la dejó en el mueble de la entrada. Tras salir al exterior, el bullicio se convirtió en un murmullo apagado. A pesar de que era más de media noche, la acera seguía atestada de carruajes.

Del Romo dirigió sus pasos hacia un simón que estaba estacionado al final de la hilera.

—A ver —dijo sin dejar de caminar—, ¿conocéis a un tal Andrés Loreto?

Ambos se detuvieron en seco.

—Es amigo mío de los tiempos de facultad —se apresuró a decir el doctor—. Estuvimos con él ayer en el casino. ¿Se ha metido en algún lío?

—Me temo que se trata de algo serio. —Les apremió para que se introdujeran en el simón e indicó al cochero que arrancara—. Antonio, por más delicadeza que quiera tener al informarte de esto, sería inútil. Le han encontrado muerto en un piso de la calle Jorge Juan.

El rostro de Bonaventura se quedó lívido. Ahogó una exclamación, pero no pudo evitar golpear bruscamente el asiento con el puño cerrado. Fue un gesto cargado de impotencia y rabia. Se pasó los dedos crispados por el nacimiento del cabello y negó repetidas veces en voz alta.

Bruno se quedó atónito.

El inspector guardó un discreto silencio para darles tiempo a asimilar la nefasta noticia. Después de un rato, don Hugo quiso saber los pormenores.

—Los primeros indicios apuntan a que se suicidó de un disparo en el cielo del paladar.

—¡Rediós! —soltó el italiano cruzando con Bruno una mirada de estupor. Meneó la cabeza en un gesto de profunda conmoción. Tenía los ojos muy brillantes—. Como ya te he dicho, estuvimos con él ayer en el casino. Almorzamos juntos y jugamos varias partidas al billar. Luego, como estaba muy bebido, tuvimos que meterlo en un simón de alquiler. No quiso regresar a su casa para que no le riñera su mujer, prefirió quedarse en su piso de soltero.

Del Romo asintió con la cabeza.

—He venido a buscaros porque la policía encontró una tarjeta de La Luz de Helios en un bolsillo de su pantalón. El inspector al que le han asignado el caso es amigo mío y también conocía a Olmedo. Reconoció el nombre de la funeraria y me llamó enseguida.

—Yo mismo se la puse allí. No quería perder el contacto con él.

—Bien. —Hizo una pausa estudiada, como si de repente se percatara de algo—. Has dicho que lo conocías de los tiempos de facultad, ¿era compañero tuyo? ¿No estaría por un casual en la famosa lista de exalumnos?

—No. No estaba. Lo comprobé.

—Entonces hemos de suponer que lo ocurrido no guarda relación con el caso de

Olmedo. Es por eso que sería conveniente que me digáis si se le veía deprimido o notasteis algo raro en su comportamiento.

Don Hugo hundió la mirada en el suelo del carruaje y se encogió de hombros.

—No era feliz en su matrimonio. Si te dijera otra cosa mentiría. Fue un casamiento concertado y él era muy dado a las mujeres, a la bebida y al juego. No lo llevaba bien, pero parecía resignado. Loreto era un gran vividor. Me choca mucho lo que ha pasado porque precisamente estuvimos hablando de la muerte de otro gran amigo nuestro de juventud: Matías Legredo. No sé si te acordarás de él, Antonio. Creo que sí llegaste a conocerlo.

Él meditó unos instantes.

—¿El ricacho bolsista?

—Sí, bueno, era cirujano; pero apenas llegó a ejercer porque le fue muy bien en los negocios. Aunque, según me dijo Loreto, acabó en la ruina y se suicidó hace apenas un año.

—¿También se suicidó?

—Así es. Se ahorcó. Y su nombre sí estaba en la famosa lista. Yo no lograba dar con él, es por eso que fuimos al casino por ver si le encontraba allí, pero a quien encontré fue a Loreto.

—Lo siento de veras, Hugo.

—Parece que mi regreso a España no me trae más que sinsabores. —Sus ojos destilaban un gran pesar—. ¿Sabes si mi amigo dejó alguna nota de despedida?

—No han encontrado ninguna por el momento.

El carruaje dejó la calle de Alcalá y enfiló la de Jorge Juan. Se detuvo en un portal cercano a las oficinas del tranvía. A pesar de que ya pasaban de las doce de la noche, los alrededores permanecían atestados de gente. Muchos estaban en bata y zapatillas. Sin duda, la jugosa noticia los había sacado de sus camas. Varios agentes del orden los mantenían a una distancia prudencial, pero cuando el simón se detuvo frente a la entrada del edificio, un nutrido grupo logró arremolinarse en torno al carruaje. Entre ellos había algunos periodistas, que enseguida fueron dispersados.

Accedieron al edificio. La portería y las escaleras que llevaban al tercero izquierda interior estaban también muy concurridas. Las puertas de las casas permanecían abiertas de par en par.

El piso era pequeño. En la salita de estar se encontraban la esposa del difunto Loreto, sus siete hijas y un señor de unos setenta años, que Bruno imaginó que sería su suegro. Las muchachas lloraban desconsoladamente. Sin embargo, su madre parecía estar muy entera. Eran atendidas por algunas vecinas, que les dispensaban aire con los abanicos y les servían tazas de tila. Toda la entrada olía a infusión y al aroma acre de las sales contra el desmayo.

—Las hijas están muy conmocionadas —dijo Del Romo—. No hemos podido impedir que vieran el cadáver, ya estaban aquí cuando llegaron los agentes. La portera avisó a la viuda.

La familia apenas reparó en ellos. No así las vecinas, que no perdían ripio de cuanto allí pasaba.

El inspector Zambrano, encargado del caso, era un tipo de unos cincuenta años, de ojos oscuros y con un gran mostacho entrecano. Tras las debidas presentaciones, informó a Del Romo sobre los interrogatorios que habían efectuado a la familia, a la portera y a los vecinos.

—Creemos que los testimonios que hemos recabado sobre el difunto arrojan bastante claridad al suceso. Su vida no era lo que parecía: sufría alcoholismo, iba a ser despedido, estaba en la ruina y poseía un arma de fuego.

Del Romo asintió con un gesto de pesar. Aquellos datos eran bastante concluyentes como para dar por cerrado el caso si no se encontraban evidencias que pudieran aportar una duda razonable que inclinara la balanza. Bruno, sin embargo, prefería enfocarlo de otro modo. Era indiscutible que las doctrinas de su maestro habían influido en él a la hora de investigar, y concebía que un suicidio requería ser tratado como homicidio hasta que se demostrara lo contrario, y no al revés, lo que implicaba buscar a un posible sospechoso. Ese mismo proceder fue el que empleó ante la muerte de Olmedo y el que les había llevado a descubrir toda una cadena de muertes violentas encubiertas de suicidios y accidentes.

Del Romo, a su vez, puso al corriente a Zambrano de lo que el italiano y Bruno le habían contado durante el trayecto. Ambos se ofrecieron para cualquier cosa que pudiera necesitar. Él les dio las gracias y les concedió permiso para echar un vistazo.

—Disponen de una hora —les advirtió—, acabo de mandar un carruaje para que recoja al juez y al forense. Dado que es sábado y las horas que son, tardarán en llegar. No muevan el cadáver ni toquen nada.

A pesar de aquella advertencia, Bruno prefirió dejarse los guantes de calle puestos.

—Pierde cuidado —le tranquilizó Del Romo con un amistoso toque en el hombro—, acabaremos en un momento.

Zambrano les señaló la puerta del fondo del pasillo y se encaminaron hacia allí. Uno de los agentes les entregó un farol. La luz que otorgaba la precaria instalación de gas era pésima.

—Si necesitan algo me avisan —ofreció el policía—. Estaré en el rellano echando un pitillo.

Tras darle las gracias, entraron en la alcoba.

El cadáver de don Loreto yacía recostado en la cama, con medio cuerpo apoyado sobre el cabecero de forja. Estaba vestido y calzado; aún tenía la capa puesta. Lo primero que llamó la atención de Bruno fue la expresión de su rostro. Había sufrido un espasmo cadavérico y su mueca era de terror absoluto. Este fenómeno estaba ligado a algunas muertes violentas. Los cadáveres conservaban la misma expresión que tenían cuando les sorprendió el óbito. El difunto tenía los labios retraídos, lo que provocaba que gran parte del maxilar superior quedara al aire. La encía estaba

quebrada debido a la fuerza del impacto del proyectil y se apreciaba pérdida de piezas dentales.

Todavía llevaba los guantes de calle. Sujetaba con gran fuerza la pistola en la mano derecha. La izquierda se había quedado doblada y con los dedos crispados en el aire.

Era una visión dantesca.

Bruno se acercó al cadáver y procedió a levantarlo levemente una de las piernas. Subió con total facilidad. Aquello le confirmó que el espasmo cadavérico era parcial. Solo había afectado a las manos y al rostro. El *rigor mortis* como tal se había superpuesto al espasmo, pero no se había completado todavía. Estudiando los signos superficiales de la muerte, le costaba estimar la hora aproximada en que había sucedido sin explorar el cadáver más a fondo. El *rigor mortis* podía haberse retrasado por el calor de las mantas de la cama y el ambiente caldeado del cuarto. Había un brasero de picón cerca de la mesilla.

Los tres intercambiaron una mirada interrogante. A Bruno le pareció un suicidio muy precipitado. No parecía haber mediado una reflexión previa. Ni siquiera se había quitado los guantes para manipular la pistola, que se cargaba por la boca del cañón.

Volvió su atención al cuerpo. Tenía las fosas nasales llenas de sangre coagulada. Pidió el farol al italiano y se agachó para poder ver el interior de la boca. La herida del paladar presentaba una forma estrellada con los bordes quemados, ligeramente metidos hacia adentro. Toda la zona adyacente estaba negra debido a la combustión de la pólvora. No tuvo dudas, el cañón del arma estaba pegado al cielo del paladar cuando se produjo el disparo. La bala había realizado una trayectoria completa. Entró por la boca y salió por la base del cráneo, a pocos centímetros de la coronilla. Ejecutó una pequeña desviación hacia la izquierda, produciendo el estallido de la bóveda craneal con las consiguientes salpicaduras que podían apreciarse claramente en la pared. Tenían forma de abanico.

Demandó una lupa. El inspector sacó la suya del pequeño estuche de piel que solía llevar encima. Se acercó a la pared, farol en mano, y comprobó que había partículas de hueso y restos de masa encefálica. También pudo descubrir la bala, que había impactado contra la pared. No tocó nada, tal y como les había advertido Zambrano.

—¿Qué crees, Bruno? —le preguntó Del Romo en un apremio tácito.

Cerró los ojos intentando recordar las palabras de Olmedo. «Pregúntale al cadáver. Él te dará las respuestas siempre que sepas interpretar los signos que muestra. Te contará la historia de su muerte. Solo necesitas escucharlo».

—El espasmo cadavérico es un signo bastante claro de suicidio —señaló—. También la distancia del arma cuando se produjo el disparo. Fue a bocajarro. No obstante, tengo mis dudas. Su expresión es de pánico. Y la mano izquierda está crispada, como si hubiera querido agarrar algo o a alguien.

Del Romo entornó los ojos al tiempo que se detenía en el rostro del difunto.

—Impresiona una barbaridad, y mira que he visto cadáveres... —Se dirigió al italiano—: ¿Y tú, Hugo, qué opinas?

—Yo también tengo mis dudas. No puedo llegar a una conclusión sin interrogar a la viuda y a la portera. Se me hace necesario.

—Está bien. Cuando acabemos aquí le preguntaré a Zambrano si puede ser. Echemos un rápido vistazo a esta alcoba y al resto de la casa. Tenemos muy poco tiempo antes de que llegue el juez.

Centraron su atención en el estuche de pistolas que reposaba encima de la mesilla. La caja era de ébano de excelente calidad y lucía un escudo con el primer apellido del fallecido. El cañón estaba pavonado y en la parte superior tenía grabado el nombre del armero, la fecha y la ciudad donde se fabricó: «F. Ulrich in Stuttgart 1828»; las balas de plomo eran de doce milímetros de calibre.

—Perteneían a su familia —indicó Bonaventura—. Su abuelo se las regaló el día de su graduación. Recuerdo que no le gustó recibirlas. Odiaba las armas de fuego. Su padre murió en un accidente de caza cuando él era pequeño.

Bruno enarcó las cejas.

—Un dato muy interesante —dejó caer—. La mayoría de los suicidas jamás eligen objetos o formas de morir que odien o que teman. Si padecen vértigo, será muy improbable que se arrojen por una ventana.

—Tiene toda la lógica del mundo —admitió Del Romo mientras echaba una rápida mirada a su alrededor—. Será mejor que revisemos el resto de las alcobas. Aquí hemos terminado. Nos dividiremos, será más rápido.

Todas las habitaciones habían sido registradas por los agentes, que se limitaban a esperar al juez en el rellano de la escalera. El último cuarto, al fondo del pasillo, era un despacho con vistas al patio de luces. De frente al ventanal se ubicaba un escritorio. Alguien había abierto una ventana para airear el ambiente viciado que se respiraba. Una ráfaga de aire hizo aletear los documentos que se hacinaban sin orden sobre el escritorio. Varios pliegos volaron hasta el suelo. A Bruno enseguida le llamó la atención una carpeta de cartulina blanca con las iniciales de la Facultad de Medicina de San Carlos, de la Universidad Central. Se agachó a recogerla y la abrió.

Era una orla estudiantil. La composición fotográfica estaba muy deteriorada, pero no le costó mucho reconocer al fallecido Loreto entre aquel puñado de rostros jóvenes y sonrientes.

Del Romo llegó en ese momento desde el saloncito.

—No he encontrado nada de mención. ¿Algo interesante por aquí?

—Es una fotografía —contestó Bruno al tiempo que la escrutaba con la lupa.

Le dio un vuelco el corazón cuando descubrió entre ellos a Olmedo e instintivamente buscó a su duplicado. Por aquel entonces, los dos hermanos eran idénticos. Aunque tuvo que retractarse tras un segundo vistazo. Su mentor llevaba su insignia del ave fénix, la que pidió que le pusieran para ser enterrado, y Bonaventura no. Aquello tenía que significar algo.

Se sentó detrás del escritorio para ojear con más comodidad la fotografía. Sacó su libreta y el lapicero del bolsillo interior de su chaqueta. El inspector le miraba con el ceño interrogante. Loreto y Olmedo no eran los únicos portadores de emblemas. Había más alumnos que lo llevaban. Los contó. Eran quince.

Sintió una bocanada de malestar en el estómago. Una náusea interna que alteró su ánimo por completo. Fue como un aliento de aire pútrido, que casi le provocó una arcada de asco y miedo.

Esa orla tenía algunas respuestas que darle. Estaba impregnada de la esencia de todos aquellos jóvenes que habían posado para ella.

—¿Qué tienes, muchacho? —le preguntó Del Romo con un atisbo de preocupación—. Te has quedado pálido.

—Quince de los caballeros de la foto llevan una insignia idéntica a la de Olmedo. Loreto también la lleva. Siete de ellos han muerto en menos de un año.

—Explícate, Bruno.

En ese momento, Bonaventura entró en el despacho.

—Doctor —le requirió haciéndole un gesto para que se acercara—, seguro que conoce a todos los que posaron para esta orla. Usted y Olmedo también están.

Él escrutó la fotografía con un gesto de gravedad sin nombre. Sus ojos parecieron perderse en la inmensidad de un pasado que jamás regresaría.

—Don Hugo, ¿usted sabe qué significa la insignia que llevan algunos?

El italiano apretó los labios y se demoró unos instantes antes de contestarle.

—La insignia era el distintivo de un grupo científico-político al que pertenecían —dijo con la vista perdida en los ventanales del patio—. Sus ideas eran demasiado radicales, para mi gusto. Junte usted a un puñado de jóvenes visionarios y creerán tener en su poder la manivela que mueve el mundo.

—¿Era una logia? —cuestionó Bruno sin salir de su asombro.

—Bueno, llamarlo así sería decir mucho. Eran una camarilla de amigos con ideas afines. Solo eso. Llevaban a cabo reuniones semanales y daban rienda suelta a su particular modo de entender la política y la ciencia. Aunque debo admitir que algunos intentaban guiar a los demás hacia falsos conceptos revolucionarios. Vi en esos elementos que no se conformarían con ser simples miembros del grupo. Ya sabe, Bruno, las ansias de ostentar el liderazgo echan abajo cualquier noble ideal.

—¿Y no le hicieron ninguna propuesta para que se uniera a ellos?

—Sí. Olmedo me lo propuso. Yo, al principio, me sentí atraído, tal vez por el espíritu científico que se respiraba. A ese nivel sí estábamos hermanos. Le dije que acudiría a varias reuniones y decidiría en consecuencia. Pero apenas necesité tres o cuatro tertulias para ver que me sentía completamente desligado de las ideas que promulgaban. Jamás he querido mezclar política con ciencia o con religión. No va conmigo. Creo que al mundo le sobran visionarios y le faltan elementos ajenos a los pecados capitales propios de la raza humana. Mi hermano no se tomó nada bien que rechazara su invitación. Tuvimos una fuerte discusión de la que jamás nos repusimos.

Esa fue una de las razones por las que decidí marcharme de España. La otra fue una mujer. Ambos la amábamos.

Bruno exhaló profundamente. Así que ese fue el motivo de su pelea y de su separación. La política y una mujer.

—Pero, doctor... —le dijo un tanto ofendido—, por qué no me contó todo esto a su llegada. Hubiera comprendido mejor su distanciamiento de Olmedo. Además, usted sabía lo de la hermandad y no me dijo nada. ¿No cree que la «camarilla de amigos» pueda tener algo que ver con esta macabra escalada de asesinatos?

Él hundió la vista en el suelo.

—*Scusi*, Bruno. Sé que he sido demasiado reservado con usted en cuanto a la relación con mi hermano. Y ni siquiera pensé en el posible vínculo entre el grupo y las muertes. En la lista que le entregó la señorita Cohen solo había ocho nombres. Y ya ha visto usted mismo que en esa orla son más los que llevan insignia. Tal vez no he estado demasiado centrado. Esperaba no tener que enfrentarme cara a cara con algunos recuerdos del pasado y con la muerte prematura y bárbara de mi hermano y mis amigos. Es complicado de explicar. No espero que me entienda.

Se frotó pertinazmente las sienes. Bruno le puso la mano en el hombro en un gesto solidario. No le costaba meterse en su pellejo. Todo lo que estaba ocurriendo no le estaba aportando más que momentos ingratos. Dirigió al inspector una mueca suspicaz.

—¿Y usted, no sabía nada de todo esto?

Él le miró realmente sorprendido.

—¿Te refieres a lo de la mujer? ¡Claro que estaba al tanto de que querían a la misma chica! Los dos se morían de celos mutuos, pero de lo del grupo pseudocientífico no tenía ni idea. Mi relación con Olmedo era a otros niveles. Él trabajó para mi padre en sus comienzos como asesor. Yo lo conocía de eso. Eran ya muchos años de amistad, y si bien es cierto que conocí a algunos de sus colegas de profesión, no intimé con ninguno. Éramos de mundos diferentes. Me aburría de muerte con ellos, para qué mentir. ¡Qué carajo pintaba yo con esos cerebritos!

Bruno torció el gesto. No pudo evitar sentirse un poco defraudado por ambos. Sin embargo, era muy injusto culparlos de su propia ignorancia sobre la vida de su maestro. Sintió que intentaba resolver un rompecabezas con las manos atadas a la espalda. Correspondía a Olmedo haber compartido con él aquellos pasajes de su vida. Honestamente, pensó que esos dos hombres estaban tan perdidos como él. Sabían solo lo que Olmedo quiso que supieran.

—De cualquier modo —añadió el italiano—, el grupo se disolvió un par de años más tarde. Me lo contó un compañero con el que coincidí en París. Me dijo que existían diferencias de pareceres y que la relación entre ellos se fue deteriorando hasta el punto de trascender a su vida social. La mayoría no se hablaban. Quise saber más detalles, pero él no me los dio. Para entonces, la relación con mi hermano ya era inexistente.

—¿Y sabe si tenía algún nombre el grupo?

—A mí no me lo revelaron jamás, puesto que no hice las pruebas de iniciación.

Pidió una cuartilla de papel y una pluma y escribió lentamente los nombres que faltaban en la lista. Algunos le costó más trabajo recordarlos. Miraba a un punto indefinido mientras intentaba ubicarlos en su memoria. Aun así tardó poco en completarla.

—Aquí los tienes, Antonio. No sé sus direcciones, aunque imagino que constarán en los archivos de la Universidad Central. El curso académico viene indicado en la orla.

El inspector dobló la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo.

—Echad un último vistazo por aquí. Mientras termináis, hablaré con Zambrano para lo de los interrogatorios a la viuda y a la portera.

Bruno recorrió con los ojos la gran librería que ocupaba toda una pared. Pero, curiosamente, detrás de las vitrinas no había libros como hubiese esperado, había toda clase de objetos: pipas, vasijas, joyeros, incluso varias cajas de música.

—Loreto y su colección de cachivaches —dijo Bonaventura, dejando escapar un suspiro—. ¿Sabe en qué coincidían todos los amigos de Olmedo? En su obsesión por coleccionar. Eran coleccionistas natos.

«Todos ellos coleccionaban algo», repitió para sí Bruno como si quisiera imprimirlo a fuego en su cerebro. Creyó que era importante.

Al poco, el inspector estaba de regreso. Los apremió con un gesto y ambos lo siguieron hasta la diminuta salita de estar donde esperaba la señora de Loreto.

Bruno tenía que reconocer que no era una mujer atractiva. Su anodina barbilla le confería un gesto desdeñoso y las prematuras arrugas que surcaban el labio superior hacían dudar sobre la edad que decía tener.

Se sentó en una butaca y ellos se acomodaron en el tresillo. Sus hijas y su padre esperaban en el recibidor.

El inspector hizo un gesto para indicar a Bonaventura que iniciara el interrogatorio. Bruno preparó la libreta y el lapicero.

—Verá, señora de Loreto, yo era compañero de Andrés en la Facultad de Medicina de San Carlos. Imagino que jamás le habló sobre mí, pero éramos buenos amigos. Espero incomodarla lo menos posible con mis preguntas, intentaré ser breve. Lo único que le pido es que sea completamente sincera en sus respuestas.

Ella asintió sin desviar la mirada de los ojos del italiano. No parecía estar alterada por aquel improvisado interrogatorio.

—¿Cree usted que su marido se suicidó?

—No. En absoluto —contestó ella tajante—. Era demasiado egoísta. La vida para él era como su paraíso particular. Si conocía a mi marido, sabrá que era un muestrario de vicios. Un borracho, un putero, un mal padre y peor marido. Se limitó a seguir sus malos instintos sin mirar por otra cosa que no fuera satisfacerlos. No voy a mentirle; jamás lo amé, aunque juro por Dios que lo intenté con todas mis fuerzas. Su muerte es para mí un alivio y besaré los pies de aquel que le haya mandado al otro mundo. Me ha liberado del infierno en el que he vivido desde que me casé con él, obligada

por mi padre.

Fue imposible permanecer indiferentes a aquellas duras afirmaciones. Bruno pensó que, bajo aquel manto de cinismo, aquella mujer escondía sus verdaderos sentimientos hacia el difunto Loreto. Le dio la sensación de que ella lo que en realidad odiaba era el hecho de amarlo.

—Entonces, ¿quién cree que le obligó a quitarse la vida? —prosiguió el italiano.

Ella, antes de contestar, sonrió con amargura.

—Cualquier proxeneta. O quién sabe, puede que un marido ultrajado o alguno de los muchos prestamistas a los que debía dinero. Mi marido llevaba una vida aparte y tenía varias amantes. También se traía entre manos negocios ilícitos, de eso estoy segura. Las criadas de mi casa pueden dar fe de que a diario venían tipejos de toda calaña reclamando el pago de recibos y pagarés. Mi padre tampoco se salvaba de las amenazas de esos malnacidos. No tenían escrúpulos y lo asediaban en su clínica.

—¿Puede darme el nombre de algunos de esos acreedores?

—Yo no, pero la portera sabe más de lo que dice. Se me hace imposible que no los conociera a ellos o a esos amigotes de correrías porque recibía buenas propinas. Paquita les preparaba la cena o algún tentempié y se ocupaba de que no les faltaran buenos puros y licores. Esa vieja cotilla sí que derramará lágrimas por él. Ha perdido a su principal fuente de ingresos.

—¿Y a quién cree usted que beneficiaría la muerte de su marido?

—Desde luego que a mi familia no. Mi padre contrató hace poco una póliza de vida a Andrés, después del accidente que sufrió hace menos de seis meses y que casi le cuesta la vida.

—Perdone que la interrumpa, señora Loreto, ¿su marido sufrió un accidente? No tenía constancia.

—Así fue. Le robaron todo lo que llevaba encima y le dieron una paliza. Le encontraron desmayado en el fondo de un barranco, más allá de la calle de Ceres, un barrio de lo peor donde solo hay prostitutas. Se rompió un brazo y sufrió una fuerte conmoción.

—¿Dieron parte a la policía?

—Se negó en redondo. No quiso. Le atendieron en una casa de socorro y llegó a este piso por su propio pie. Ese fue el motivo por el que mi padre decidió suscribir una póliza. Mas, ya ve, ni para eso hemos tenido suerte. No cubre el suicidio.

—Vaya, lo lamento de veras, señora Loreto. Pero ¿no sospecha usted de alguien en concreto?

Ella pareció meditar unos instantes.

—En los últimos meses recibió muchas amenazas telefónicas y anónimos por carta. Todos eran iguales o parecidos. Le amenazaban con matarlo si no pagaba sus deudas. Pero lo que es innegable es que ahora mi padre deberá abonar cada uno de esos pagarés firmados por mi marido. ¿Quién salía ganando con su muerte? Pues, evidentemente, los prestamistas. Ellos cobrarán lo adeudado. Aunque no entiendo por

qué matar a un hombre que podría haberles reportado mucho más capital vivo que muerto. Andrés no dejaba de firmar pagarés y mi pobre padre, aunque cada día estaba más harto, terminaba por pagar.

—Pero me consta que su marido heredó una fuerte suma a la muerte de su padre, que fue gestionada por su abuelo hasta su mayoría de edad. Era un hombre rico, ¿cuándo comenzó a acumular deudas?

—Yo me enteré hace menos de un año. Creo que a Andrés lo chantajeaban.

Los tres la miraron interrogantes.

—Explíquese, señora de Loreto.

Ella no se hizo de rogar.

—Cada primero de mes mi marido retiraba del banco la misma cantidad de dinero: diez mil pesetas. Luego las mandaba a través de un giro postal. Jamás descubrí el destinatario de ese capital.

Ellos intentaron disimular su sorpresa.

—¿Podría tratarse de la manutención de algún hijo ilegítimo? Quien dice uno dice varios, *scusi* el inciso.

La mujer sonrió con condescendencia.

—Está escusado, caballero, pero no lo creo. A Andrés jamás le preocupó que yo me enterara de sus correrías y de sus bastardos. Ni le cuento la cantidad de mujeres que venían a reclamarme aludiendo tener un hijo de mi marido. No, no es nada de eso. Creo que lo chantajeaban sobre otro asunto mucho más oscuro. Llevaba más de tres años realizando estos giros postales. Coincidirá conmigo en que si sumamos todo hablamos de un dineral. Alguien buscaba nuestra ruina, estoy segura.

Tras una breve pausa en la que el italiano pareció meditar el último alegato de la mujer, dio por concluido el interrogatorio.

—No la molesto más. Reciba usted mis más sinceras condolencias.

Ella hizo una leve reverencia y antes de abrir la puerta se dirigió de nuevo a don Hugo.

—Soy la primera interesada en que la muerte de mi marido se trate como asesinato y no como un suicidio. Es evidente que el dinero del seguro de vida aliviaría nuestra triste situación, pero le quedaré agradecida si descubre la verdad sobre su muerte. Sé que no descansaré hasta que haya averiguado lo que pasó. Mis hijas necesitan saber que su padre no era un cobarde, al menos.

—Le prometo hacer lo que esté en mi mano, señora.

La viuda hizo un leve gesto con la cabeza, a modo de agradecimiento, dio media vuelta y se marchó.

Apenas hubo tiempo de comentar el interrogatorio. Don Hugo salió a uno de los pequeños balcones del saloncito para fumarse un cigarrillo. Bruno lo acompañó. Se le veía triste y cansado. La brisa de la noche ayudó a despejar un poco las ideas.

Del Romo se asomó al balcón.

—Ya está aquí la portera.

Volvieron a acomodarse en el tresillo. Doña Paquita les señaló un juego de café, que ella misma había traído de la portería.

—Me he permitido subirles un poco. La noche está destemplada. Sírvanse ustedes mismos con toda confianza.

Bonaventura comenzó el interrogatorio mientras Bruno escanciaba el espeso brebaje en las tazas.

—¿Qué hora era cuando oyó el disparo?

—Las cuatro de la tarde más o menos. No miré el reloj hasta que me repuse del susto. Con los nervios ni siquiera reparé en ello.

—¿Vino alguien a ver al señor Loreto después de que él llegara del casino?

—No, señor. Yo cerré el portal con llave a eso de las doce de la noche y me fui a la cama. La mañana se me pasó en un amén Jesús. Me eché una cabezadita después de comer, y fue cuando me despertó el petardazo. Me levanté con el alma en vilo y salí al portal a ver qué ocurría. Varios vecinos también salieron de sus pisos. Nadie sabía qué había pasado, pero alguien dijo que creía que la explosión venía de la casa del médico. Yo subí corriendo. Llamé varias veces y, al ver que no me contestaba, entré con mi llave. Fue cuando me lo encontré. ¡Jesús, María y José...! —Se santiguó—. No se pueden imaginar ustedes el mareo que me dio al verle así... Tuve que agarrarme a lo primero que pillé para no caerme redonda al piso.

Se dio aire con el abanico que sacó de un bolsillo del mandil.

—¿Y el día anterior, tuvo alguna visita el doctor?

—El señorito recibía a menudo. Los jueves solían venir sus amigos para jugar a las cartas y se tiraban aquí toda la noche. También traía a mujeres de todo tipo. Unas eran elegantes y otras de la calle. Desde jovencito fue un putero, que Dios me perdone por hablar así de un muerto. —Volvió a santiguarse—. Pero recuerdo que hace una semana vino un caballero muy encopetado. Eran ya más de las nueve de la noche. Debía de ser un gran señor por cómo iba vestido. Yo los diferencio bien. Los que solían frecuentar al doctor eran de baja ralea. Conocidos de borracheras y de timbas. Yo siempre andaba al pendiente por si armaban demasiado jaleo. Los vecinos se quejaban a menudo y yo me veía obligada a llamarlos al orden.

—¿Reconocería a ese caballero si volviera a verle?

Negó con vehemencia.

—No. Llevaba un sombrero de ala ancha e iba embozado con la capa porque afuera estaba lloviendo y no traía paraguas. Cruzó por delante de la portería como un rayo. Yo, al ver que enfilaba las escaleras, le pregunté a qué piso iba y él me respondió que al tercero. Luego, después de un rato largo, subí a ver si el señor Loreto necesitaba algo. Pero no llegué a llamar porque escuché voces. Me pareció que estaban discutiendo, pero por más que lo intenté no pude entender nada de lo que hablaban. Preferí volver a la portería.

—¿Tampoco vio a ese caballero cuando se marchó?

Se encogió de hombros.

—Mire usted, anduve al pendiente, pero me dieron las tantas esperando, así que me fui a la cama porque me dolían las rodillas de la reuma que tengo. Subí al piso al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, para ventilar y pasar una bayeta como tengo por costumbre los días de diario. Llamé a la puerta y, al ver que el doctor no me abría, entré con mi llave. El señor no estaba. Digo yo que se iría con ese caballero porque no le vi salir.

—¿Sabe si venían acreedores a reclamarle el pago de alguna deuda?

—¿Se refiere usted a que si debía dinero a alguien? —Bonaventura asintió—. No, señor. Aquí no venía ningún cobrador. Yo siempre estoy al pendiente de todo lo que pasa en mi portal. Es mi obligación. Más aún desde que murió mi pobre Ramón, que era el que mediaba si ocurría alguna fechoría.

El italiano intercambió una mirada de extrañeza con ellos. Resultaba raro que los acreedores de Loreto no fueran a reclamarle allí, puesto que no tenían reparo en hostigar a la esposa y al suegro.

—¿Podría darnos el nombre de alguno de los amigos que venían a las partidas de cartas? —prosiguió el doctor.

La señora Paquita negó con firmeza.

—Yo no sé quiénes son, solo los conocía de vista. A lo mejor algún vecino puede ayudarlos en ese menester. Pregúntenles ustedes.

Estaba claro que eludía responder a esa pregunta. Tendría miedo de delatar a alguien.

Del Romo intervino al punto.

—Se lo estamos preguntando a usted, señora Paquita. Si puede darnos el nombre de alguno de ellos, el Cuerpo de Policía le agradecerá su colaboración.

—Ya les he dicho que yo no sé sus nombres.

El inspector trasformó sus angulosos rasgos y agravó su tono de voz.

—¿Y cómo es que aceptaba sus propinas sin conocerlos, señora mía? No se haga la nueva. Nos han contado que usted tenía trato con ellos. Tengo entendido que les servía aperitivos y bebidas. ¿No sería que estaba usted al tanto de sus chanchullos y por eso la «untaban» para que hiciese la vista gorda?

La portera dio un respingo y se quedó blanca como la cal.

—Soy una pobre viuda, señor policía. No sé qué le habrán contado, pero no pensé que tuviese nada de malo aceptar propinas a cambio de unos tristes bocadillos... Le juro a usted que yo no tenía nada que ver con sus líos. Aquí hay mucha cotilla que le quiere mal a una. Es pura envidia.

Suspiró varias veces y se puso a llorar. El inspector acalló aquellos gimoteos de plañidera ofreciendo un trato a la medrosa portera.

—Pasaremos por alto lo de esas «misteriosas propinas» a cambio de que nos diga algún nombre.

Ella se enjugó las lágrimas con mucho dramatismo.

—Si se lo digo, tendrán que prometerme que el susodicho no sabrá jamás que he

sido yo la chivata. Podría meterme en un lío sin comerlo ni beberlo. Mis hijos me necesitan, solo me tienen a mí...

—No lo sabrá nadie, señora Paquita. Ni siquiera el otro inspector que está tras esa puerta. Lo que me diga quedará entre nosotros. Además, cualquier vecino podría habernos facilitado la información.

—Está bien. Confío en usted, señor. El que venía más a menudo por aquí es uno al que llaman el Mosén. No sé su verdadero nombre. Lo motejan así porque algunas veces viste con sotana de cura. Ya se las apañarán ustedes para encontrarlo.

Se quedaron de piedra. Con tal descripción no cabía duda. El tal Mosén era el compinche del Cafeto, el único sospechoso hasta la fecha del secuestro y asesinato de la pequeña Adoración Estévez Maldonado. Fue inevitable preguntarse qué tenía que ver el doctor Loreto con ese individuo.

—Estupendo, señora Paquita —dijo el inspector—. Nos ha sido de gran ayuda. Ya puede usted marcharse. Gracias por el café, ha sido todo un detalle. Estaba delicioso.

Ella asintió con el gesto torcido y se encaminó a la puerta del saloncito.

—Ahora sí que se ha liado la cosa —afirmó Del Romo con el rostro ensombrecido—. Habrá que volver a interrogar al Mosén. Veremos por dónde nos sale.

Tras una breve conversación con Zambrano, en la que para nada se mencionó lo que les había contado la portera, el inspector dio por concluida su intervención. Su amigo quedó en telefonarle para ponerle al corriente de la evolución del caso, aunque le advirtió que la cosa iría rápida porque el suegro había rogado poder enterrar cuanto antes al doctor Loreto. Hubo un intercambio de apretones de manos y se despidieron de los agentes, que seguían esperando pacientemente al juez y al forense de turno.

Al salir del portal, comprobaron con sorpresa que no había menguado la expectación. Los vecinos continuaban llenando las aceras colindantes. Decenas de ojos siguieron el recorrido de los tres con gran interés hasta que se introdujeron en el simón, que permanecía aparcado a unos metros del portal.

—No se irán a dormir hasta que vean salir el cadáver —dijo Del Romo con una mueca—. Pues va para largo. Es sábado noche.

Llegaron en un tiempo récord a La Luz de Helios. Las calles estaban desiertas.

Antes de que se bajaran del simón, Del Romo hizo un breve inciso.

—Os mantendré informados de cómo se desarrolla el caso. Por mi parte, voy a dar prioridad al asunto de los exalumnos, pero a título personal. Mi comisaría quedará al margen. Asignaré a varios agentes de mi confianza para que busquen a los hombres de la lista.

Ellos asintieron.

—Y una cosa más —dijo mientras metía la mano en el bolsillo interior de su levita y sacaba una tarjeta—. Aquí tienes, Hugo. Tu identificación provisional. Mis

superiores han accedido a que hagas una prueba sin remuneración económica.

—Gracias, Antonio. Intentaré no defraudar al Cuerpo.

—Seguro que quedarán encantados. —Le puso la mano en un hombro. Ese gesto robó una sonrisa a Bruno. Era la primera muestra de afecto que tenía con él—. Y ahora a descansar, que bien nos lo hemos merecido.

Cuando Bruno vio el carruaje alejarse de La Luz de Helios, dejó escapar una larga exhalación. Estaba derrotado. Había sido un día realmente duro. Los criados todavía estaban poniendo orden en la casa. Ya no quedaba ningún invitado, pero el caos reinaba por doquier.

Lady Doyle se asomó al pasillo distribuidor cuando los oyó llegar. Los saludó con una gran sonrisa. Estaba radiante. Hasta ese momento, Bruno apenas había reparado en lo elegante que estaba con el vestido de noche que había elegido. Para él era como una hermana mayor y a veces olvidaba incluso que era una mujer hermosa.

Les hizo un sugerente gesto para que fuesen a su encuentro.

Don Hugo compuso una mueca de fastidio, que dejó en evidencia que estaba resentido por lo de los sobres de donativos. Desde luego, la británica tenía cara de no haber roto un plato en su vida. Les indicó que se sentaran en la salita de estar. Ella permaneció de pie.

—Me dijo Laura que habían salido con el inspector Del Romo. Ya veo que les ha entretenido hasta tarde.

—Sí, quería llevarnos a un bar que han inaugurado hace poco. Le gustó y nos pidió que fuéramos con él —mintió el italiano. Estaba claro que a partir de ese momento iba a ser muy cauto sobre los asuntos que se trajera entre manos con el inspector.

—Verá, doctor, el caso es que quería darle... algo, pero tendrá que prometerme que no se lo tomará a mal.

—¿Darme algo a mí? —preguntó extrañado—. ¿De qué se trata?

Ella sacó un sobre de su pequeño bolso de mano y se sentó nerviosa en el escabel. Acto seguido se lo ofreció.

—Es una parte de los donativos que hemos recaudado en la sesión de hipnosis. Es una suma bastante respetable.

Él retiró la mano como si el sobre fuese un alacrán dispuesto a picarle.

—Doctor... Sé que no aprueba todo esto. Me han contado las tres mosqueteras que está usted muy molesto con la sesión de hipnosis y con el profesor Cienfuegos. Que le cree un impostor y un tipejo de lo más desagradable, pero...

—Así es —la interrumpió—. Es de la piel de Barrabás. En mi tierra, a tipejos así los llamamos vulgarmente «farabutti». Tendrá que disculparme, pero es lo que opino.

—Y yo respeto sus opiniones —dijo ella intentando hacerse escuchar—. No es mi intención convencerle de lo contrario. Solo quiero que escuche lo que tengo que decirle, así a lo mejor cambia usted de parecer.

La miró reticente.

—El profesor Cienfuegos no es ningún estafador ni monta tinglados para su propio beneficio. He sido yo la que le ha pedido el favor de que llevara a cabo esta sesión de hipnosis para recaudar dinero.

El italiano se levantó de un salto. Bruno se quedó helado al escuchar su confesión.

—¿Pero qué me está contando, señorita? *Non capisco...*

—Deje usted que me explique antes de juzgarme, doctor. —Tomó un buen trago de jerez como para coger fuerzas de flaqueza y le pidió que volviera a sentarse. Él accedió de mala gana—. Puede que yo aparente ser una mujer trivial, que no se preocupa de nada, solo de mantener el peinado en su cabeza, pero no lo soy. Estoy al corriente de los apuros económicos por los que estamos atravesando. Y también sé que mis gustos son a veces un tanto excéntricos y caros de mantener, lo reconozco. Y es por eso que me veo en el deber de aportar algo de dinero a esta casa. No es justo que el mermado presupuesto corra con algunos de mis antojos.

—¡Por los clavos de Cristo, *lady Doyle...*! Pero cómo cree que puedo tomarme algo así —arguyó él sin salir de su asombro.

—Pues... aceptando este dinero y haciendo la vista gorda como la hacía el difunto Olmedo. Ni más ni menos.

Bruno pensó que a don Hugo le iba a dar un colapso. Estaba rojo de ira. Se volvió a levantar de un salto y se puso a blasfemar en italiano mientras paseaba nervioso arriba y abajo. De pronto, se detuvo frente a ella intentando guardar la compostura.

—Lo que me pide es un imposible, señorita. Eso sería como aceptar ser cómplice de sus trapicheos. Si mi hermano tragaba con todos sus caprichos, sería por pura debilidad de carácter. Yo no soy él, *cara amica*. No quiero ese dinero. Para mí no es muy honrado cerrar los ojos mientras despluman a todos esos incautos que depositan su fe en ustedes.

Ella también se levantó y se le encaró.

—Este dinero está tan limpio como yo, doctor. Nuestros hermanos saben que los donativos son para «la causa». Muchos médiums son apadrinados por gente de posibles y cada uno de esos mecenas, sin excepción, está al tanto de que esta clase de eventos salen muy caros. Nadie ha sido engañado ni estafado. Entregan su dinero de buen grado para que les ofrezcamos todo aquello que esté a nuestro alcance. Desean ser parte activa del espiritismo. Véalo como yo lo veo. ¿Acaso los curas o las monjas son delincuentes por aceptar limosnas?

Él puso los ojos en blanco.

—Con todos mis respetos, *lady Doyle*. No irá usted a comparar...

—No lo hago, pero sí le diré algo que jamás le he contado a nadie ajeno a nuestro círculo: gran parte de estas dádivas van a parar a un asilo de huérfanos, a un comedor de mendigos y a varios hospitales para pobres. Somos útiles también, aunque no vayamos pregonando nuestras buenas obras. Lo que yo hago aquí, en la funeraria, solo es una pequeña aportación. El profesor Cienfuegos y *mister Louper* son los que

consiguen las donaciones más importantes y a los mecenas: empresarios, ministros y aristócratas. No creo que ellos se sientan para nada estafados o robados. No son idiotas o infelices descerebrados, por más que usted se empeñe en creer que lo son por apoyar nuestra causa.

—¡Ja! —soltó él—. Ilustrados puede que no, pero tengo mis dudas sobre la capacidad de raciocinio de algunos a los que ha nombrado.

Ella lanzó una exclamación de asombro llevándose la mano al pecho en un gesto de indignación. Bonaventura contó hasta diez mentalmente para no perder la paciencia de nuevo.

—Será mejor que lo dejemos estar —dijo sin levantar la voz, pero con la mandíbula endurecida—. No quiero decir algo de lo que después me arrepienta. No me veo con fuerzas para seguir discutiendo. Estoy cansado y de muy mal humor: a un tris de hacer las maletas y regresar a Nueva Orleans con viento fresco, no le digo más. Ya es todo bastante complicado sin que usted intervenga. No he tenido un respiro desde que llegué a esta funeraria. ¡Hasta el santo Job hubiese salido corriendo de aquí!

Giró sobre sus talones y abandonó la salita sin despedirse.

Lady Amber apuró la copa de jerez y la dejó sobre la mesita de palisandro de un golpe seco.

—¡Qué hombre más testarudo y orgulloso! —exclamó, guardándose el sobre en el bolsito—. Me ve como a una delincuente de baja estofa, Bruno. Y no le culpo. No me conoce. Creí que se alegraría de ver que podía ayudar a mantener esta casa abierta, tal y como hacía en vida de Olmedo. No entiende que mis intenciones nada tienen que ver con su hombría ni con su moral, ni tan siquiera con su persona. Él será el dueño de esta casa ahora, pero Olmedo era el marido de mi difunta hermana, y también era, en parte, suya.

—Dele tiempo —le dijo Bruno—. Yo tampoco sé a qué atenerme, aunque nadie haya pedido mi opinión, la verdad. Pero no se ofenda, yo no la juzgo. No tenía ni idea de que usted le daba dinero a Olmedo. Jamás me lo dijo. Sé que sus intenciones son buenas. Todos queremos seguir teniendo un techo sobre nuestras cabezas. Yo tampoco tengo a dónde ir.

Ella le dirigió una profunda mirada. Se la veía desolada.

—La Luz de Helios es mi hogar. Es el legado de Olmedo y hubiera sido el de la hija que perdió, mi pequeña sobrina. Por nada del mundo quisiera ver esta casa derribada por la piqueta o en manos de una entidad bancaria. Me moriría del disgusto y jamás me lo perdonaría a mí misma.

No dio pie a que él la viera llorar. Se marchó de la salita conteniendo las lágrimas.

Bruno dejó que se marchara. La conocía y sabía que necesitaba estar a solas. Fue en busca del doctor, pero no lo encontró en su habitación ni en el resto de las salitas. Bajó a la cocina para ver si estaba allí. Y a quien vio fue al aya Uma. Llevaba el camisón y se cubría los hombros con un mantón de lana. Preparaba infusión de

azahar, quizá adivinando que le haría falta a *lady* Amber para conciliar el sueño. La saludó y se sentó en una silla, junto a la mesa.

—¿Has visto a Bonaventura?

—Sí, le vi entrar en el despacho. Llevaba una botella de licor y cerró con pestillo. Otro que también rumiaría sus penas en soledad; eso sí, a su manera.

—¿Te ha despertado la discusión, Uma?

—No estaba dormida. Lo he oído todo.

—¿Y qué opinas?

—Que cada uno, a su modo, lleva razón. Pero usted se equivoca en algo, pequeño *sahib*.

—¿Yo?, pero si no he abierto la boca...

Ella negó con una dulce sonrisa.

—Mi niña Amber no está sola en el mundo. Sus tres amigas le ofrecieron su casa hace ya tiempo. Y el profesor Cienfuegos también le ha ofrecido la suya. Le ha pedido matrimonio. Si no se ha marchado ya de La Luz de Helios es por agradecimiento hacia el difunto maestro Olmedo. Él nos ayudó y veló por nosotras cuando el capitán Doyle murió. Y cuando mi Adeline nos dejó, él también se ocupó. Ha sido como un hermano mayor para ella. No podría soportar que esta casa fuese demolida. Ni yo tampoco.

Le brillaban los ojos.

—He criado a una niña muy terca, pequeño *sahib*. Cada uno de nosotros tenemos el destino escrito. El hermano del maestro ya era un hombre hundido por la culpa antes de llegar aquí. Ha huido de su sombra muchos años y ahora se la ha encontrado de frente. Tiene que encararse a ella como si de un espejo se tratara. Solo así sombra y dueño podrán mirarse a los ojos sin mentiras y aceptarse tal y como son. El lobo aullará reclamando su soledad, pero la manada exige su tributo.

Bruno sonrió. Con aquella mujer siempre tenía que hacer un ejercicio de adivinación. Descifrar sus hermosos jeroglíficos sobre la vida y la muerte.

—¿Ya lo conocías de antes, Uma?

—No. No me hace falta eso para ver en su interior. Sus actos hablan aunque su boca guarde silencio. El maestro murió y ambos no pudieron despedirse ni pedirse perdón. Sus ancestros estarán muy enojados. Los dos compartieron seno materno y están unidos por lazos inmortales.

—¿Pedir perdón?

—Cuando uno muere necesita irse sin culpas. Libre de pecados y de ira. Si dos hermanos no se han visto desde hace muchos años, es inevitable que las haya. Hay pecados y hay culpas.

Le escanció una buena taza de infusión.

—Días antes de la muerte del maestro —prosiguió—, me dijo que iría al notario a redactar su testamento. Creo que tenía el presentimiento de que iba a morir.

Bruno dio un respingo.

—¿Te lo dijo él? —cuestionó con una mezcla de sorpresa e impotencia.

—No. Me pareció adivinarlo en sus ojos. Él no quiso confiarme sus temores. Yo respeté su silencio.

—¿Y por qué no me lo contaste?

Ella humilló el rostro.

—Tendrá que perdonarme, pequeño *sahib*. Le corresponde al destino abrir puertas y cerrar ventanas, no a esta humilde anciana que tiene ante usted. Los seres humanos nos equivocamos en nuestros propios juicios. ¿Y si no hubiese sido la muerte lo que vi en sus ojos, sino solo el miedo o la duda?

Bruno suspiró. De nada valía regañar a la buena de Uma. Ella vivía en un mundo aparte y se regía por sus propias creencias. Aunque era evidente que no se equivocó. La muerte persiguió a su maestro y se lo llevó. Pero no en justa lid. Jugó sucio, se vendió al precio impuesto por los hombres que juegan a ser dioses.

La anciana Uma le tomó de las manos.

—Rogaré a Shiva para que devuelva la esperanza a los habitantes de esta casa. No sé si aceptará mis oraciones. Soy muy vieja para andar pidiendo otra cosa que no sea seguir respirando.

Prosiguieron charlando de cosas más triviales hasta que Bruno decidió al fin pasarse por el despacho a ver cómo estaba don Hugo. Hablar con Uma siempre resultaba reconfortante. Le restituía el equilibrio perdido. Pero cuando llegó frente a la puerta del despacho, se percató de que seguía cerrada a cal y canto. Decidió marcharse a descansar y dejarlo tranquilo. Sin duda lo necesitaba.

Cuando al fin se desvistió para meterse en la cama, reparó en el guante de la señorita Cora. Lo había guardado en el bolsillo interior de la levita. Lo tomó con cierta nostalgia. Su recuerdo se le antojó un pensamiento agradable antes de dormir. Algo bueno para variar. Se lo llevó a la nariz para evocar el aroma de una mujer tan peculiar como era ella. Apenas lo rozó, le llegó su delicado perfume. Palo de rosa, bergamota, violeta... Sin embargo, esa noche soñó con la señorita Sofía Mendoza. Qué caprichosos e inalcanzables eran algunos sueños.

Eran más de las once de la mañana cuando Bruno bajó como un sonámbulo hasta el despacho. Movié la manija de la puerta y comprobó que el pestillo no estaba echado. Un soplo de aire frío silbó a través de la rendija de la ventana. Los visillos se agitaron por la corriente. En medio de la sala estaba el sillón orejero, orientado al ventanal. Pensó que no había nadie, pero se equivocaba. Don Hugo estaba allí, sentado con una de las manos colgando por encima del brazo del sofá a pocos centímetros de una botella vacía.

En el escritorio vio varias cuartillas emborronadas y la papelera a rebosar. Estaba claro que en algún momento había intentado escribir sin conseguirlo. Sus musas andarían en algún rincón de aquella sala, más borrachas que él. Pero al acercarse vio

que no se trataba de ninguna de sus novelas. Había frases y palabras sueltas. Las leyó movido por la curiosidad. «Hermes, dios de la sabiduría», «Escuelas de misterio», «Ritual de iniciación: juramento, confraternización, jerarquía».

Cerró la ventana y salió de allí sin hacer ruido. Luego entornó la puerta. Le dejaría descansar.

A las dos del mediodía, Bonaventura se dejó caer por el comedor. *Lady Amber* y el aya Uma ya habían comido, Bruno estaba terminando el postre. Su aspecto no era precisamente el de quien ha disfrutado de un sueño reparador. Se echaba mano a los riñones y movía el cuello intentando encontrar alivio a sus cervicales.

Laura llamó con los nudillos a la puerta y pidió permiso para servirle la comida.

—Me temo que me he levantado algo revuelto —se disculpó el doctor—. Dígale a Mercedes que me perdone por el desaire, pero que solo tomaré un zumo de tomate con un copetín de vodka dentro.

La criadita hizo una reverencia y se marchó.

Él se sentó a la mesa, en el sitio donde todavía estaba preparado su cubierto. Sacó de su pastillero una píldora y se la tomó a palo seco. Bruno prescindió de hacer comentario alguno. Se limitó a levantar la vista del periódico cuando él le dirigió un saludo.

—Bruno, muchacho, creo que tengo que pedirle disculpas por mi comportamiento de anoche. Fui un poco brusco e injusto con *lady Doyle* y le hice sentir incómodo a usted.

Él guardó silencio con cara de circunstancias.

—Hablaré con ella —siguió diciendo—. Le diré que emplee ese dinero en sus reuniones y en los descomunales gastos de sus dispendios. Creo que así, aunque sea de forma indirecta, podrá colaborar en el sustento de esta casa. De ese modo reinará de nuevo la paz. No quiero que me rehúya cada vez que me vea. Ya lo ha hecho cuando hemos coincidido en el pasillo. Esta casa es más suya que mía. El intruso soy yo y ella es muy dueña de hacer con su dinero lo que quiera; eso sí, cualquier cosa menos dármelo a mí. Para mí es muy importante mantener mi conciencia limpia. Tengo mis propias reglas, sean justas o no. Me he regido por ellas toda mi vida y no voy a empezar ahora a traicionarlas. Espero que ambos me disculpen y que intenten comprenderme.

Laura volvió a repiquetear la puerta. Estaba de regreso con el bebedizo antirresacas. Le había puesto una rama de apio.

—Gracias, Laurita. A ver si consigo librarme de este fuerte dolor de cabeza.

Miró fijamente a Bruno después de beberse aquel mejunje. Tenía las venas de los ojos enrojecidas y unas tremendas bolsas en el párpado inferior.

—Por mi parte no hay nada que perdonar —le respondió él—. Usted es muy libre de tomar las decisiones que crea conveniente. Aunque, si he de ser sincero, me parece bien que haya meditado el asunto y que permita que ella colabore en su manutención. Así se sentirá mejor consigo misma. Ahí donde la ve, tiene su corazoncito. Le tiene

mucho cariño a esta casa.

—*Lo so, lo so...* Aunque no me negará que el bello sexo a veces se las trae. No hay enciclopedia que pueda explicar qué ronda por el cerebro de una mujer. Son un enigma...

Ahí, Bruno no tuvo más remedio que darle la razón. El perfume del guante de Cora Steiner todavía flotaba en su cerebro como las notas de una melodía pegadiza, a la que es imposible dejar de tararear. ¿Le pasaría al doctor algo parecido con *lady Doyle*? Se le veía realmente arrepentido de la discusión.

El repiqueteo del teléfono llegó apagado tras las puertas del comedor. Bruno se apresuró hasta el taquillón del pasillo y descolgó el auricular. Era Del Romo. La charla se prolongó más de quince minutos, en los que él apenas intervino con algunos monosílabos y exclamaciones de sorpresa. No era para menos. Toda la conversación giró en torno al interrogatorio del Mosén, que había durado gran parte de la noche y toda la mañana.

Al colgar el aparato, el italiano le dirigió una mueca de interés. A Bruno le dio la sensación de que se encontraba más entonado, puesto que encendió uno de sus cigarrillos rusos.

—Buenas y malas noticias —le comentó—. ¿Por cuál quiere que empiece?

—Por las buenas, naturalmente.

—Han dado con el paradero del Cafeto gracias a la confesión del Mosén.

—¡Al fin un poco de cordura para variar! Estoy deseando saber en qué acabará todo esto. Pero, cuénteme, le escucho.

Se levantó para cerrar la puerta y volvió a sentarse.

—Pues parece ser que, después de diez horas en la sala de interrogatorios, esa sabandija se ha venido abajo. Ha dicho dónde está escondido el Cafeto, pero no el lugar exacto, tendrán que hacer una intensa búsqueda por la zona. Del Romo no ha querido decirme el sitio por razones de seguridad.

Don Hugo se retorció la punta del bigote en un gesto sesudo.

—O sea, que la vida de esa alimaña corre peligro, *non è certo?*

—Así es. Según el Mosén, ese tipejo tiene las horas contadas. Y no solo él. Ha exigido custodia policial en la celda porque asegura que, en cuanto se corra la voz de que ha cantado, no tardarán en mandar a alguien para matarlo.

—Pues más vale que custodien al Cafeto como oro en paño. Su declaración es crucial. Aunque le advierto que esto tiene visos de ser una pirámide invertida. Muchos nombres y ningún culpable real al que meter entre rejas. ¿Y la mala noticia?

—Malas, me temo que son dos —le rectificó Bruno—. La primera es que el Mosén les ha puesto al corriente de que la abuela de Adoración Estévez y su compañero, Braulio Sánchez, están muertos. Según él, los quitaron del medio el mismo día que nosotros estuvimos en las Injurias.

—*Madonna!* Esto es demencial.

—Me temo que su asesinato es la prueba de que ambos estaban implicados en la venta de la niña, aunque se me hace difícil de digerir que supieran que terminaría asesinada. Creo que se la alquilaron al Cafeto bajo engaños, diciéndoles que solo la quería para pedir limosna.

—Soy de la misma opinión. Los abuelos no sacaron mucho dinero de ese sucio trapicheo. A la vista estaba que vivían en la más triste miseria. —Hizo una pausa para masajearse las sienes—. Entonces, ¿se sabe ya si han encontrado los cadáveres?

—Aún no. El Mosén dice que no sabe la ubicación exacta de los cuerpos, solo se ha limitado a indicarles que puede que estén enterrados dentro de la propiedad de las Injurias. La casa tenía una huerta en la parte trasera. El inspector ya ha mandado a varios policías y operarios a rastrear por allí. Estudiarán el terreno y cavarán para localizarlos. Nos informará de lo que encuentren, si es que consiguen dar con algo, porque no están seguros de si se trata de una pista fiable o solo es una escaramuza del Mosén para entretenerlos y que dejen de hostigarlo. Ese malnacido está con el agua al cuello y no sería raro que quisiera ganar tiempo.

Bruno tomó un sorbo de agua.

—Y ahora le toca el turno a la segunda mala noticia, don Hugo —dijo en un tono grave—. Han robado el cadáver de Adoración Estévez Maldonado de la fosa común. La enterraron en la Necrópolis del Este después de practicarle la autopsia, ya que nadie reclamó su cuerpo.

—*Cristo benedetto!* —exclamó anonadado—. ¿Acaso no pusieron vigilancia, dado el antecedente del robo de los otros dos cuerpos?

—Sí. Un guarda hacía la ronda nocturna, pero aun así el asesino se las ha apañado para llevárselo. Imagino que aprovecharía cualquier ausencia de este, por nimia que fuera. No lo sé. Como en los otros casos, solo se llevaron el cuerpo de la niña entre los otros cinco que había en la fosa.

Los ojos del italiano, irritados por la resaca, brillaron con una mezcla de pena e impotencia.

—*Povera fanciulla*, ni en la bendita tierra ha encontrado el descanso eterno.

Guardaron unos instantes de silencio, como si aquel mínimo espacio de tiempo sirviera para honrar la memoria de la pequeña. Después, Bonaventura se levantó con nerviosismo.

—Es inevitable que le pregunte, Bruno. ¿Ha dicho Antonio algo referente a mi amigo Loreto y su relación con el Mosén?

—Nada relevante. Que él lo conocía de las partidas de cartas que organizaba y que fue el Cafeto quien los presentó. Que si Loreto estaba o no implicado en el secuestro y asesinato de la niña, él no sabe nada. El inspector cree que está mintiendo. Está inculcando de todo a su compinche para salvar el pellejo.

—No sé... Loreto no era ningún santo, ya oyó usted a su viuda, pero me cuesta creer que estuviera involucrado en un asunto tan oscuro y tétrico por más que se encontrara entre la espada y la pared. Pero ¿quién soy yo para defenderlo? Tengo que reconocer que el hombre que encontré en el casino distaba mucho de ser el que fue en su juventud, pero una parte de mí se niega a aceptarlo. Era un vividor, sí. Un golferas, pero no el descastado que me están pintando.

—Creo que pronto sabremos más sobre el asunto. En cuanto el Cafeto llegue a

comisaría le someterán al tercer grado. El inspector no permitirá que se vaya de rositas. Hablará, ya lo verá.

Don Hugo le palmeó la espalda en un gesto de agradecimiento.

—*Va bene*, Bruno, demos tiempo al tiempo. —Sonrió con tristeza.

Tras la comida, el italiano decidió que iba a emplear gran parte de la tarde en ultimar la venta de una nueva pieza. Un tresillo Luis XIV. Bruno pensó que sería una buena oportunidad para ir a ver a la señorita Anna Cohen e informarla de las novedades en la investigación. No se lo pensó y a eso de las cinco de la tarde pidió a Pedro que le llevara a la tienda de curiosidades.

Lo primero que hizo Bruno al bajar del cabriolé fue irse derecho al escaparate. Puso las manos contra el cristal y pegó la nariz para intentar ver algo. No es que hubiese pasado mucho tiempo desde su última visita, pero a lo mejor se sorprendía con algo nuevo. Lanzó una exclamación de júbilo al comprobar que había habido movimiento en el interior. Las pilas de libros estaban ordenadas sobre el mostrador. Las estanterías brillaban como espejos y todo parecía haber cobrado nueva vida. Se apresuró a doblar la esquina para llegar hasta la puerta de entrada.

Llamó varias veces a la campanilla sin conseguir que nadie le abriera. Cuando ya casi se iba a dar por vencido, le pareció oír unos pies arrastrándose por la gravilla. Pasaron largos minutos antes de que, al fin, escuchara el ruido del cerrojo. Hasta eso se le hizo eterno.

Diomar asomó su menudo y arrugado rostro por la rendija.

—Buenos días, señora —saludó Bruno comprendiendo la tardanza.

—A la paz de Dios, joven. ¿Qué desea?

—Quisiera ver a la señorita Cohen, por favor.

Pensó que la anciana le invitaría a pasar, pero cerró de un portazo. ¿Significaba aquello que tenía órdenes de Anna de no dejarle entrar?

Diez eternos minutos después, Diomar subió pesadamente los últimos escalones que llevaban al cuarto de *frau* Ursula, como si llevara sobre los hombros el peso del mundo. Repiqueteó en la puerta entreabierta y pasó.

—Con permiso. El moscón ha vuelto, señorita. Quiere palique.

Anna la miró pasmada.

—Diomar... —recriminó con el ceño fruncido.

Claudia ahogó una risilla.

—Baja tú a atenderle, por favor —le dijo con dulzura—. Yo todavía no he terminado aquí.

Anna asintió. Dejó el recogedor y el cepillo de mano en el suelo, se quitó el mandil y los manguitos y bajó las escaleras.

Claudia esbozó una sonrisa. Ese joven tenía más paciencia que el santo Job. Se alegraba muchísimo de que hubiese vuelto. Anna parecía más contenta y su talante había cambiado como de la noche al día.

Terminó de colocar las flores en el jarrón de la mesilla. La vieja Ursula negó con

la cabeza. No las quería. Eran poco menos que silvestres, vulgares flores azules que le devolvían a la triste realidad.

—Tus días de esplendor terminaron hace mucho, Ursula. Ahora tienes que conformarte. No te queda otra. Ya deberías haberte acostumbrado a vivir de forma humilde.

La anciana contrajo el gesto en una mueca de simio. Jamás volvería a cortar una flor, ni a posar para una fotografía. Tampoco pasearía más por los jardines y mucho menos viajaría a los fiordos que la vieron nacer. Y para ser sinceros, no deseaba regresar a aquel agujero inmundo de donde había salido con apenas dieciséis años. Allí nunca hubo nada que le robara una sonrisa. Sin embargo, de darle esa oportunidad, sí volvería a Hamburgo. Aunque aquella ciudad ya solo existía en su memoria; los suelos de mármol recién brillantados, las enormes alfombras persas, las lámparas de araña que colgaban del techo en perfecta hilera con sus cristalitos de roca brillando a la luz de las velas. Jamás en su vida vio nada igual. Fue entonces cuando codició ese lujo para sí misma. Pero antes de poseer aquellas cosas preciosas, ella tuvo que pasar por tiempos difíciles y oscuros que no quería evocar, que no deseaba que volvieran a ella. Aunque, por más que se empeñara, un destino negro la perseguía y regresaban una y otra vez. Por más que huyera, por más que se escondiera. Ese halo de luto sembró de oscuridad sus noches y de amargura sus días hasta teñir su alma de ese color. Y una mujer con el alma tan negra no puede tener sino malos pensamientos. No. Su vida por entonces no fue fácil. Cuando le presentaron al que iba a ser el padre de su hijo, creyó que el mundo se le venía encima. Había esperado que fuese un hombre zafio, de rudos modales y poco aseado, pero el gañán que tenía frente a ella era poco menos que un vagabundo. Olía a sudor, a tabaco y a licor. Una mezcla explosiva que obró en ella como un revulsivo. Ese hombre le recordaba a su padre. El buen clérigo. El ministro de Dios en la tierra. La temible figura que se recortaba en el vano de claridad de la puerta de su habitación y cuya sombra incidía en aquel cuchillo de luz como si sus largos brazos fuesen en realidad las alas del Ángel Exterminador. Se echaba encima de ella y resollaba hasta caer exhausto. Noche tras noche; cada día. Irrumpiendo sin misericordia en sus sueños infantiles, destilando su repugnante sudor sobre ella. Empujando como una mala bestia entre sus muslos, haciendo que su cabeza golpeará rítmicamente contra la pared que sujetaba el crucifijo, mientras ella rezaba para que terminara cuanto antes. Cuando volvió a mirar a ese hombre que acababa de presentarle la jefa de amas de cría, una náusea le sobrevino. Se tapó la boca y corrió afuera. Mientras vomitaba comprendió que ella no necesitaba que ningún patán borracho la preñara. Su vientre ya estaba lleno con la semilla de su asqueroso padre. Había logrado escapar de sus garras, pero se había llevado con ella el fruto de su pecado para recordarle, día tras día, que el Ángel Exterminador seguiría respirando a través de ella. Pero ese hijo que crecía en su vientre sí viviría. Su padre no se lo llevaría para enterrarlo entre las coles del huerto, como a los otros cuatro. Ese niño tenía que nacer. Lo necesitaba.

Necesitaba tener leche. Esa leche sería su salvoconducto para poder alcanzar sus planes. Cinco comidas diarias, una buena cama y una paga semanal. Algunos matarían por menos. ¿Pero qué sabían Claudia o Anna lo que era luchar por algo en la vida? Ursula Kofman era una superviviente. Una mujer que tuvo que inventarse a sí misma para poder seguir respirando.

Alargó con malicia la mano buena y pegó un manotazo al jarrón. Las flores volaron hasta llegar al suelo. El florero se hizo mil esquirlas al estrellarse contra el pavimento. Claudia ni la miró. Con infinita paciencia cogió un cepillo de mano, se agachó y recogió el desaguizado. «Señor, dame fuerzas para soportar este calvario», suplicó.

Ya en la planta baja, Anna salió al jardín y buscó con la mirada a Bruno. No le vio. Sus ojos le buscaron tras los cristales del jardín de invierno, pero allí no había nadie. ¿Dónde diablos se había metido aquel gachó?

Un intenso repiqueteo de campana la sobresaltó. Corrió hasta la cancela y descorrió la chapa de la mirilla.

—¡Por el amor de Dios! —soltó al tiempo que abría la cancela—. ¿No me diga que Diomar le ha dejado fuera como un pasmarote?

—No se lo digo, señorita —dijo Bruno con una sonrisa guasona.

—Oh, por favor... Entre usted, señor Moreto. Lo siento mucho.

Bruno se descubrió y agarró el sombrero hongo con la mano en la que llevaba los guantes. Se pasó el bastón por debajo del brazo y ambos avanzaron a través del caminito de grava.

—¿Tiene novedades? —le preguntó Anna con las manos a la espalda.

—Sí. El sábado mataron a otro de los condiscípulos. El asesino pretendía hacerlo pasar por un suicidio, aunque todavía es pronto para poder demostrar lo contrario.

El único gesto de sorpresa que notó Bruno en ella fue el tamaño de sus pupilas. Se dilataron como las de un gato, pero no dijo nada. Ante su silencio, él prosiguió.

—En el despacho de este exalumno encontré una orla estudiantil. En ella descubrí que quince de aquellos caballeros llevaban una insignia. Un ave fénix de plata.

Anna meditó unos instantes. Recordaba perfectamente esa insignia. Habían enterrado a su tío con ella.

—Quince amigos. Quince insignias. Una logia... —dijo pensativa.

Bruno sonrió ante la astucia de Anna al deducir aquello.

—Así es. Una especie de hermandad político-científica. Ignoro el nombre.

—Entonces, no es tan extraño que estuvieran trabajando en algún experimento conjunto, tal y como sugirió usted. Ahora todo va cobrando más sentido.

Él no demostró demasiado entusiasmo. Sí, las pesquisas iban por buen camino, pero el hecho de que el doctor Andrés Loreto hubiese mantenido alguna clase de trato con aquellas sabandijas del Mosén y del Cafeto de alguna manera se desviaba de la línea de investigación que estaban llevando hasta ese momento. Lo enredaba todo bastante.

—¿Y cómo es que estuvo presente en la escena del crimen? —preguntó ella.

—Trabajo como asesor para el Cuerpo de Vigilancia. Extraoficialmente, claro. Guárdeme el secreto.

—¿Y está la policía investigando el asesinato de nuestros tutores?

—No de manera oficial. Aún no hay suficientes evidencias.

Llegaron junto al jardín de invierno. Anna le señaló la entrada.

—Espéreme usted allí. Voy a recoger varias cosas que encontré en el cuarto de mi tío. Le prometí que buscaría carpetas o cuadernos de notas. ¿Le apetece un café o un té?

—Lo que usted vaya a tomar estará bien, señorita. Muchas gracias.

Corrió hasta la casa. Bruno echó un vistazo a un libro que reposaba sobre el colchón de un diván de enea. *Obras Completas de Platón*, tomo v. Lo abrió al azar y leyó: «Fedón o del alma». «Qué insólita mujercita», se dijo con una sonrisa. Lo volvió a dejar en su lugar.

Ella tardó en regresar algo más de diez minutos. Llegó la mar de cargada. Llevaba la bandeja entre las manos y un montón de papeles y carpetas debajo del brazo. Tuvo que hacer verdaderos malabarismos para que no se le cayera el servicio de té. Bruno olfateó el delicioso aroma a jazmín que emanaba de la tetera.

—Iba a tirar todos estos papelotes, pero quería que antes los comprobara usted. — Los soltó con un sonoro golpe sobre la mesa metálica.

Él los inspeccionó uno por uno, mientras ella servía el té y se recreaba en saborearlo mirando el jardín a través de los cristales emplomados.

Tras dos tazas más de té, Bruno al fin terminó de revisarlos. Hizo un aparte con aquellos que parecían interesantes. Entre ellos encontró una tarjetera repleta. La revisó y una de las tarjetas llamó su atención. La sacó y la miró al contraluz. Su gesto de sorpresa fue tan vehemente que Anna no pudo evitar preguntarse el motivo.

—Es la tarjeta de una salita de té —dijo ella entornando los ojos—. ¿Tiene algo de especial?

—En realidad no lo sé. ¿Le importa si me la llevo?

—No solo no me importa, sino que debería. Ya le he dicho que iba a deshacerme de todo. Vamos a dismantelar el dormitorio de mi tío para convertirlo en un taller de confección para *frau* Rosebaum.

Bruno entornó los ojos.

—¿Ha decidido abrir la tienda?

—Sí. Pero que no se le suban los humos, señor Moreto. —Hizo una graciosa mueca de advertencia—. Hablé con Claudia sobre la sección de labores y se le iluminaron los ojos como dos farolillos de verbena. Por cierto, que ya le hemos buscado a usted tarea. Hay que llevar dos sillones orejeros a la tienda. Si fuese usted tan amable de ayudarme a bajarlos. Ah, y también una mesita de té, una alfombra redonda, varios escabeles y un par de biombos chinos. Nos hemos dado un buen julepe limpiándolo todo.

Hizo una mueca de asombro. ¿Iban a montar una sala de estar en la tiendecita?

—Será un placer ayudarlas —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Ella le dio las gracias cortésmente. Bruno echó un vistazo a su reloj de bolsillo.

—Mejor que nos pongamos ya en marcha. Dígame dónde están los bártulos que hay que llevar.

—Están en el desván.

Tras dejar el último de los biombos en el sitio exacto que le había indicado *frau* Rosebaum —que tomó el mando de la situación en cuanto vio al joven subir al altillo—, se frotó los riñones aliviado. La escalera que llevaba al desván era tan estrecha como la de La Luz de Helios. Le había costado Dios y ayuda bajar los sofás por allí. No imaginaba cómo habían logrado subirlos en su día.

Claudia dio las últimas sacudidas a los cojines y los colocó primorosamente sobre los sofás. Admiró el conjunto y dejó escapar un suspiro de impaciencia. No veía la hora de inaugurar la tienda. Miró a Bruno con un gesto de sincero agradecimiento. Luego se dirigió a su pupila, que estaba de pie junto a él.

—¿Verdad que este joven es un ángel, Anna querida?

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, un ángel al que han echado del cielo a escobazos.

Bruno le rio la gracia. No disimuló que aquella chiquilla tenía una forma muy especial de hacerle reír.

Cuando Bruno llegó a La Luz de Helios, de regreso de la tienda de la señorita Cohen, Laurita le informó de que tenían invitados. «Algunos del grupo de *lady Doyle*», dijo. Al parecer, la británica había convidado a varios amigos a tomar el té en uno de los jardines interiores de la propiedad. Imaginó que había hecho las paces con el italiano y ese era su modo de ofrecerle una especie de armisticio. Eran más de las ocho. Como siempre en aquella bendita casa, los tés se alargaban y daban paso a una animada tertulia que desembocaba en una cena improvisada.

Allí estaban las hermanas Espada, el fotógrafo Carlos Herranz y la señorita Sofía. Naturalmente, la presencia de *frau Rüter* era incuestionable. La británica había eludido invitar al profesor Cienfuegos por razones obvias. Aunque seguramente no tardarían en verle rondar de nuevo la casa. El aya Uma sirvió una exquisita muestra de tés para todos los gustos. Y Mercedes, la cocinera, se había esmerado a conciencia con los *brioques* salados y los diminutos emparedados.

Tuvo que reconocer que esa pequeña reunión le estaba sentando fenomenal. Le ayudó a relajarse, a evadirse de tanto pensamiento negro. El marco elegido ayudó a ello. El jardín interior —al que *lady Doyle* había bautizado como «Suspiros de la Aurora»— era francamente hermoso. Allí era fácil olvidarse de los asuntos mundanos y abstraerse en la contemplación de la naturaleza. El aroma del osmanto, que estaba en plena floración otoñal, les regalaba un embriagador perfume. Se respiraba paz.

Las damas charlaban animadamente de cosas triviales.

—En vida de su majestad la reina Victoria de Inglaterra —dijo *lady Amber*—, tenía cuarenta y cuatro perros, nada menos. Ocupaban un salón donde las paredes estaban llenas a rebosar de retratos de perros. Acuarelas y óleos de pintores de prestigio. En cada marco hizo colocar un mechón de la raza en cuestión y un lacito al lado de la firma del autor. ¿No es un detalle precioso?

—Bueno, unos monarcas coleccionan perros, otros coleccionan hijos y otros amantes. La cosa es no aburrirse —contestó Flora Espada jocosamente—. ¿Y usted, doctor Bonaventura, tiene alguna obsesión enfermiza por coleccionar?

—Me temo que no. *Nessuno*. Mi difunto hermano era el coleccionista de la familia.

La señorita Sofía cogió una de las bandejas de emparedados de pescado ahumado y la paseó amablemente por la mesa.

—¿Saben?, estoy tentada de estudiar una carrera.

—¿Ir a la universidad? —preguntó Bruno algo asombrado.

—Sí. Quiero hacerme cargo de los negocios de mi padre cuando él decida retirarse. Siempre se está quejando de no haber tenido hijos varones que le puedan

ayudar con sus empresas. Quisiera ser abogada, pero creo que lo tendré un poco difícil. Todavía no está bien visto que una mujer curse estudios universitarios.

Flora Espada se irguió en su asiento muy digna y defendió a fe ciega a su análoga.

—Si creen esos burócratas del Gobierno que con sus leyes prehistóricas van a impedir que las mujeres nos hagamos un hueco en la sociedad, están muy equivocados. España, aunque nos pese, es un país atrasado con respecto al resto de Europa y los Estados Unidos de América. Allí las mujeres gozan de los beneficios de la enseñanza superior como cualquier hijo de vecino. ¿De qué tienen tanto miedo los hombres de este país?

Su hermana Juliana no dudó en apoyarla.

—Es necesario que las mujeres exijamos nuestros derechos. Entre ellos el voto. No somos descerebradas. Algún día se oirán nuestras voces.

Carlos Herranz asintió con vehemencia.

—Yo, sin ir más lejos, he tomado a una aprendiz para mi estudio fotográfico. Se trata de una chiquilla con mucha vocación. Le enseñé a revelar y se maneja a las mil maravillas. Dentro de poco le permitiré que se encargue de algún retrato. Y a propósito de retratos, doctor Bonaventura, quería preguntarle si a usted no le importaría que yo prosiguiera confeccionando recordatorios de los fallecidos. Naturalmente, le ofrecería una pequeña comisión, tal como venía haciendo con el difunto Olmedo.

Don Hugo enarcó una ceja.

—Bueno, me parece bien. *Ma piano piano*. Todavía no está decidido que vaya a quedarme en La Luz de Helios. Tengo que estudiar los libros de contabilidad... Quedan aún algunos temas pendientes. De cualquier modo, si decidiera abrir de nuevo el negocio, mi intención sería que todo se desarrollara como en vida de mi difunto hermano. Si él tenía un trato con usted, lo respetaré.

—Se lo agradezco infinito —respondió Herranz con una exagerada reverencia de cabeza—. No se hace una idea de lo mal que va el negocio. Mire donde mire uno, hay un fotógrafo *amateur* que se cree un portento. Los profesionales que trabajamos en un estudio nos enfrentamos a una situación difícil. Por cierto, quiero que sepa que ya estoy metido de lleno con el proceso de revelado de las fotos de la sesión de hipnosis. Pronto podré mostrárselas.

—Las veré encantado.

Antonia Espada ofreció al doctor una de sus *delicatessen* preferidas. Huevas de esturión servidas en una cucharilla de hueso. Él se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Y qué opina, doctor, en cuanto a la situación de la mujer en España? —le preguntó—. ¿Es usted liberal o conservador? ¿O tal vez le tiran más las ideas republicanas?

Juliana no dejó que le contestara.

—¿Goza de buena imagen en el extranjero nuestro flamante y jovencito rey Alfonso XIII?

Don Hugo tragó saliva. Se parapetó de aquel bombardeo de preguntas pidiendo un poco más de té. Hubo una lucha interna entre las hermanas por ver cuál de las tres le servía.

Ya era bastante tarde y *lady* Amber ordenó a Pedro que encendiera los farolillos chinos que colgaban de las ramas de los árboles. Ella misma prendió varios hacheros cercanos al cenador.

Frau Rüter, como si tuviera un sentido infalible para adivinar la hora, miró su pequeño reloj de broche e hizo un leve gesto a su pupila, dándole a entender que tenían que retirarse.

Ella asintió con un mohín de fastidio.

—Bueno, me temo que ya tenemos que marcharnos, se me ha pasado la tarde en un suspiro.

—Las acompaño hasta la puerta —se ofreció Bruno.

Cuando llegaron al porche, la señorita Sofía se le acercó al oído discretamente.

—Me temo que este viernes tampoco podré ir al cinematógrafo, tal y como le dije. Le avisaré cuando vaya a ir. No crea que me he olvidado de nuestro pequeño encuentro. ¿Y usted, se había olvidado?

Él sonrió encantador. Cómo iba a olvidarse.

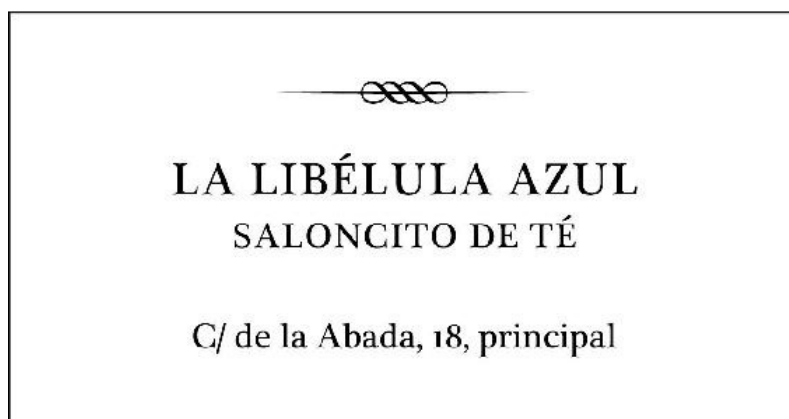
—Cuando usted pueda ir hágamelo saber. Estaré allí sin falta.

Se despidió de él con una sonrisa radiante.

Bruno regresó a la reunión, que todavía se alargó un poco más. Cuando ya los invitados que quedaban decidieron retirarse, él aprovechó la ocasión para decirle a don Hugo que tenía que mostrarle algo. Ambos se despidieron de todos y se marcharon a la salita de estar, donde el italiano ya tenía por costumbre tomarse la última copa del día.

—Verá, en realidad no sé muy bien por qué la cogí —dijo Bruno sacando del bolsillo interior de su levita un cartoncillo muy coqueto—. Encontré esta invitación entre varios papeles del profesor Cohen, su sobrina me había guardado algunas carpetas para revisarlas.

Bonaventura la cogió y la observó con interés. Era una insólita invitación confeccionada en un delicado papel en tono violeta y letra dorada de imprenta.



—¡Por los clavos de Cristo...! *Che cosa è questa?*

El italiano la releyó con ojos entornados al tiempo que Bruno paseaba nervioso por la sala.

—¿Cree que el nombre de este saloncito de té tiene algo que ver con la libélula azul que encontró usted en el buche de la golondrina que tenía en la manita Adoración Estévez?

Él asintió.

—En cuanto lo vi, sentí una punzada que me erizó el vello de la nuca. No supe qué pensar.

—Pues no es nada descabellado —le respondió Bonaventura.

—Pero ¿y si todo esto no es más que un artificio novelesco, fruto de nuestra imaginación y de la más pura casualidad? Cabe la posibilidad de que solo se trate de un inocente panfleto publicitario, que nada tenga que ver con la libélula azul de las víctimas. Por otra parte, y poniéndonos en el lugar de que sí tenga que ver, ¿qué demonios pinta el profesor Cohen en todo este embrollo de las chiquillas asesinadas?

Don Hugo le palmeó la espalda.

—No se angustie, Bruno. *A mano a mano*, no se ponga nervioso. Las pesquisas están para algo, no quiera usted correr tanto. Aunque ya le adelanto que este establecimiento no es un saloncito de té al uso. Me da que es una casa de putas.

—¿Está seguro? —cuestionó él asombrado.

—Tan seguro como que me voy a quedar calvo un día de estos.

—¿Y qué se supone que podríamos encontrar en un prostíbulo, aparte de mujeres de mal vivir?

—Pues hombres de mal vivir, jovencito. A los prostíbulos acuden todo tipo de individuos. Yo, sin ir más lejos, he sido asiduo a algunos en mi juventud. Solía visitar varias casas en la calle Montera. Allí trabajaban algunas «cucas» de renombre. Digamos que estas mujeres no eran todas prostitutas o damas de compañía, también desempeñaban otros cometidos.

Bruno arrugó la nariz muerto de curiosidad.

—Partidas ilegales. Póquer, dados, el montecito... Cualquier juego de azar donde se barajen cifras de vértigo.

—Deberíamos contárselo a Del Romo.

Él negó con los labios en una fina línea.

—Si se lo decimos, mandará a alguno de sus hombres. Usted mismo ha dado a entender que seguir esta pista es poco menos que una insensatez. Estoy a prueba como asesor del Cuerpo de Vigilancia. Si esta pesquisa nos lleva a un callejón sin salida, mejor no tener testigos. Además, el inspector tiene a todos sus hombres ocupados. —Se guardó la invitación en el bolsillo interior de su levita—. Mañana por la noche iremos a la Libélula Azul sin falta. Cuanto antes sepamos a qué atenernos, mejor.

Dieron por concluido el asunto y se retiraron a descansar.

El sonido estridente del teléfono irrumpió en mitad de la noche. A Bruno le costó trabajo abrir los ojos, estaba exhausto y solo logró despertarse a medias cuando don Hugo irrumpió en su alcoba y le zarandeó.

—Arriba, mozalbeta. Ha llamado Del Romo. Hay otro cadáver. Le espero abajo. Voy a avisar a Pedro para que nos lleve. *Andiamo, andiamo.*

Ni siquiera le dio tiempo a asimilar que estaba despierto. Se vistió lo más aprisa que pudo y se reunió con el italiano en el porche.

Todavía era de noche cuando la berlina atravesó el vano izquierdo de la Puerta de Madrid, una de las entradas principales del Buen Retiro. Había dejado de llover, pero las calles exhalaban una bruma sucia desde el interior de las alcantarillas. Varios guardias, al pie de las columnas cuadradas que flanqueaban las cancelas de forja, les dieron el alto. Tras comprobar la identificación de Bonaventura y proporcionar unas cuantas indicaciones a Pedro, el cochero, sobre la ubicación exacta de la escena del crimen, prosiguieron camino.

Los fanales de la berlina iluminaban el paseo de carruajes de Fernán Núñez. Era una ancha avenida flanqueada por sendas hileras de cedros y magnolios que regalaban un perfume embriagador al paisaje de entre luces.

Resultaba sobrecogedor ver aquella senda tan solitaria y silenciosa, acostumbrado a presenciar el desfile incesante de elegantes calesas descubiertas y los caballos ricamente enjaezados. Las damas con los últimos modelitos recién llegados de París, sus hermosas sombrillas de seda china; el goteo de las nodrizas y criadas en su día de descanso y el ir y venir de gomosos y quintos a la caza de una conquista.

La berlina torció a la derecha del paseo y prosiguió en línea recta hasta llegar a unos metros del despliegue policial aledaño al lago que rodeaba el Palacio de Cristal.

Bajaron del coche justo cuando el amanecer irrumpía con inusitada lentitud. Los tonos ocres se posaban sobre las lunas de aquella insólita catedral gótica, que ardía en hermosas llamaradas, mientras una jerga rabiosa de pájaros conquistaba inmisericorde el paisaje. Una fina bruma se desprendía del agua. Todo parecía ser ajeno a la maldad y a la inmundicia que estaban a punto de respirar.

Del Romo salió a su encuentro en cuanto los vio llegar. Su rostro evidenciaba la falta de sueño y la preocupación.

—Un operario de mantenimiento vio un bulto flotando cerca de uno de los cipreses de los pantanos. Decidió coger la barca y acercarse. Tras comprobar que era un cadáver, dio parte a la policía. A mí me avisaron hace dos horas desde el Gobierno Civil. El juez viene ya de camino. A los de arriba les corre prisa el levantamiento del cuerpo. No quieren que la prensa se haga eco. Cundiría el pánico entre la población. Sobra decir que disponéis de poco tiempo para echar un vistazo.

Los ojos de Bruno buscaron el cadáver de la niña. Yacía sobre la orilla del lago. Al igual que la víctima del Manzanares, parecía estar durmiendo pacíficamente. Tenía el cabello y las cejas rasurados. Los ojos entreabiertos, el gesto sereno.

Era como estar ante un siniestro *déjà vu*.

Se agachó sobre el cuerpo. El parecido físico con las otras tres niñas asesinadas le dejó sin aliento. De no haber conocido gran parte del «mapa de vida» de Adoración Estévez, hubiese jurado que eran hermanas.

El agua cobraba cierta connotación para el asesino. Las cuatro víctimas habían sido encontradas en acequias y en el río. Al haber estado expuesta al líquido elemento, las palmas de las manos y las de los pies presentaban «piel de lavandera». También tenía un color azulado muy intenso. La retracción de las articulaciones se apreciaba claramente, pero estimó que no se trataba solo del proceso de *rigor mortis*, sino de los signos propios del cautiverio al que había sido sometida. Estaba muy delgada. Tenía señales de pinchazos en varias venas y aquellas curiosas callosidades en forma de rombo, que tanto le habían llamado la atención en las demás víctimas. Le olfateó la piel de uno de sus brazos. El olor a mirra era muy intenso. La habían ungido con el mismo unguento.

Todo el *modus operandi* se había reproducido paso por paso. Hasta la sutura era exacta. La única diferencia apreciable era que esta víctima llevaba al cuello un cordel de cáñamo del que colgaba una especie de medalla. A simple vista parecía de cobre o latón. Se apresuró a inspeccionarla con verdadera curiosidad.

Solo tenía grabados unos números en el reverso: «15/12/78».

Del Romo y Bonaventura se acercaron para ver mejor la inscripción.

—Parece una fecha —dijo el inspector.

—Pudiera ser —respondió Bruno—. Creo que la tercera víctima también llevaba una chapa igual a esta.

—¿Tú crees?

—Sí. Las pequeñas trazas de hilo que examiné de su cuello son semejantes a este cordel. No es descabellado suponer que tenía una igual. Tampoco sabemos si las dos primeras la llevaban. En los informes no ponía nada al respecto.

Don Hugo hizo un mohín de concentración.

—Si esos números fuesen una fecha y tomáramos como referencia la cifra setenta y ocho, podría corresponder a un año, tal vez a 1878, que es el más cercano a nuestros días. Si echamos cálculos, han pasado veinticinco años desde entonces...

Bruno sacudió la cabeza pensativo. No estaba seguro de que esos números correspondieran a una fecha, pero cabía la posibilidad. No obstante, podrían ser un código o simplemente un registro. Aquella chapa no le era del todo ajena. Él había sido inclusero. Eso supuso llevar al cuello «el collar de huérfano», como solía llamarlo el padre Andrés, durante un par de años. Ese collar no era otro que una medalla de plomo con la figura de la Virgen de la Inclusa —la misma que podía verse a la entrada de la Casa de Expósitos—, a la que se le grababa en el revés la fecha de ingreso de cada niño y su número de expediente. De hecho, todavía conservaba la suya en algún lugar de su antigua buhardilla.

—Puede que sea el registro de alguna institución de caridad —se animó a decir—. Un hospicio para pobres o un hospital de misericordia.

—Buena observación —dijo asintiendo el inspector.

—Sería conveniente ojear los casos de infanticidio de lo que parece el año en cuestión —insistió Bonaventura—. No hay que descartar ninguna pista por vaga que sea.

—Lo tomaré en cuenta, pero dudo que guardemos expedientes tan antiguos. Ya eché un vistazo a las reliquias que conservamos en la comisaría cuando apareció la primera víctima, pero no encontré nada que guardara relación. Además, al ver que las pistas apuntaban al Cafeto, debo confesar que lo vi una pérdida de tiempo y dejé de buscar.

Bruno cogió el pajarillo que la niña agarraba con fuerza y se acercó hasta una de las mesas de tijera que habían dispuesto para dejar las evidencias recogidas. Sacó unas tijerillas de su maletín y se dispuso a cortar la ligadura, pidiéndole a don Hugo que sujetara un sobre abierto debajo para recoger las lañas. Al observar la sutura comprobó que la técnica empleada era exacta a la de la otra cría de golondrina, que, por otra parte, era totalmente diferente a la usada para suturar el pecho de las víctimas.

Le dio su opinión a Del Romo.

—¿Quieres decir que puede que haya dos asesinos?

—O un asesino y un ayudante, por llamarlo de algún modo. Creo que el asesino no es la misma persona que deja los cuerpos para que los encontremos. Es como si el ejecutor le encargara esa misión a un segundo individuo de su total confianza. Todavía no estoy del todo seguro, inspector. Solo es una hipótesis.

En efecto, no estaba seguro; pero esa idea cobraba cada vez más fuerza en su interior. Sentía que había dos «firmas» distintas en aquellas suturas. La que presentaba el cadáver no era la misma que la de la golondrina. Tampoco el hilo lo era. En las víctimas se había utilizado seda de filamentos cruzados y la sutura era de puntos sueltos con un nudo de cirujano y dos planos. Sin embargo, en las aves el hilo era catgut de origen animal. Y se había usado una sutura continua, que llamaban «de peletero». Ambas habían sido practicadas por distintas manos.

Del Romo le miró con un gesto de desespero. Si el caso ya estaba dando guerra con solo un asesino, no quería ni pensar si añadían a la ecuación un segundo elemento.

Bruno se dispuso a abrir el pecho de la golondrina y a sacar lo que escondía en su interior. Era otra libélula azul común.

—¿Qué demonios quiere decirnos ese cabrón? —dijo el inspector visiblemente contrariado.

Por un momento, Bruno sintió el impulso de contarle lo de la tarjeta de la salita de té, pero Bonaventura, adivinando en su gesto sus intenciones, negó sutilmente. Bruno apretó los labios pesaroso. Sabía que el italiano tenía razón, pero se le veía tan angustiado... El inspector estaba soportando una gran presión de sus superiores. Ahora, con otra víctima más que sumar a la lista, la urgencia volvía a atenazarlo con

más fuerza. Amén de lo que suponía el nuevo escenario del crimen. El Retiro era el lugar de esparcimiento favorito de los madrileños, sitio elegido por muchos para el disfrute de los pequeños de la casa. El pánico a un infanticida suelto, en uno de los distritos más distinguidos de la ciudad, se extendería como la pólvora. Si no lograban contener a la prensa, la noticia saltaría a las primeras páginas de los diarios. La tinta echaría humo.

Pero no había que obviar la ausencia de pistas factibles. No había testigos. Los guardas no vieron nada. Ninguna de las puertas había sido forzada. Ante tales evidencias, Bruno no pudo pasar por alto las afirmaciones que hizo Cora Steiner en la sesión de hipnosis. Sus palabras todavía flotaban en su mente como la estela de su perfume. «Más niñas aparecerán muertas y llevarán una golondrina en sus manitas». Las palabras «hierro y cristal» parecían cobrar una connotación bastante inquietante si observaba el palacio que se erguía majestuoso frente a ellos. Una catedral gótica cuyo armazón de hierro sujetaba las paredes de cristal.

Decidió contarle todos los detalles de la sesión de hipnosis al inspector. El italiano esgrimió un gesto de desdén y no pudo evitar dar su parecer una vez más.

—¿Va usted a dar crédito a esa charlatana? —gruñó con los ojos en blanco.

—Me veo en la obligación de dárselo porque a la vista está que no se ha equivocado, don Hugo. Puede que sea una farsante, pero ¿no siente curiosidad por comprobar de dónde sacó la información? Está claro que ella sabía ciertos detalles de este asesinato. ¿No le parece extraño al menos?

—O tal vez no sea tan raro si ella conocía esos pormenores de primera mano.

—¿Está intentando inculparla? —cuestionó Bruno pasmado.

No contestó. Prefirió sacar la libreta y ponerse a dibujar el retrato de la malograda.

—Veamos —dijo Del Romo dirigiéndose a Bruno—. De algún hilo habrá que tirar. ¿Sabes dónde podemos localizar a esa señorita? Necesitaría interrogarla para sacar mis propias conclusiones.

—Escuché decir a *lady Doyle* que se alojaba en el Hotel Inglés. Y si no le importa a usted, me gustaría acompañarlo. Debo solventar un tema que tengo pendiente con ella.

—Pues, siendo así, dejaré que seas tú quien se encargue de hacerle unas preguntas. Me temo que, entre las diligencias con el juez y los mil asuntos que me esperan en comisaría, me va a ser imposible acercarme hasta allí.

—Iré encantado, inspector.

Del Romo se dirigió entonces al italiano.

—Y tú, Hugo, ¿vas a acompañarlo?

—Ya me gustaría, pero tengo pendientes varios recados que me mantendrán ocupado gran parte de la mañana. Voy a aprovechar el madrugón.

En ese momento, el sonido de unos cascos de caballos los avisaron de la llegada del carruaje de Gobernación Civil, en el que iban el juez y el forense.

—Parece que se han dado prisa —dijo el inspector encaminándose a su encuentro. Bruno y Bonaventura se quedaron a un lado discretamente.

Tras el levantamiento del cadáver, Del Romo se reunió con ellos después de dar instrucciones a sus hombres.

—El juez acaba de asignarme más agentes para que procedamos a detener al Cafeto. La Guardia Civil también ayudará en la búsqueda. Espero que el Mosén no nos haya mentado, si no se va enterar ese cabrón de quién es el hijo de mi padre.

Dio algunas indicaciones a Bruno sobre lo que debería preguntarle a la médium y le indicó que cogiera uno de los simones que había disponibles. El italiano tomó para sus asuntos la berlina que los había llevado hasta allí.

El Hotel Inglés estaba ubicado en la calle Echegaray, muy cerca del Congreso de los Diputados y a escasos quinientos metros de la Puerta del Sol. No era un establecimiento de lujo, pero gozaba de cierto renombre por su buen servicio y lo céntrico que era.

Durante el trayecto, Bruno tomó algunas notas a vuelapluma para no despistarse a la hora del interrogatorio, pero reconoció que el solo pensamiento de volver a ver a Cora le convertía en un manojo de nervios.

Al llegar a la recepción se presentó como un amigo de la vidente. El recepcionista se alejó hasta la centralita. Después de unos minutos, volvió con una respuesta.

—La señorita Steiner le recibirá. Un botones lo acompañará a usted hasta sus habitaciones.

Le dio las gracias y siguió al mozo hasta la escalera principal. La habitación estaba en el tercer piso. El mozo picó en la puerta y una doncella hizo pasar a Bruno a un coqueto gabinete anejo al dormitorio. Le pidió con un gesto el gabán, los guantes, el bastón y el sombrero.

—*Mademoiselle* está tomando un baño, enseguida estará con usted.

Hizo una graciosa reverencia y desapareció tras las correderas de doble puerta de la alcoba. Un embriagador perfume a sales de baño se escurría por aquel vano. Palo de rosa, bergamota, violetas... Una nube de vaho flotaba en el ambiente y Bruno pudo escuchar el ruido del agua. Se sorprendió a sí mismo imaginando la encantadora escena. Fueron solo instantes. Sacudió la cabeza intentando alejar de él aquella dulce visión.

—Señor Moreto...

Al escuchar su voz, un calor sofocante le subió de golpe desde el estómago a la garganta.

—Sí, señorita Steiner... —respondió apocado.

—Dígame, ¿a qué debo esta agradable visita? —le preguntó con la voz más dulce que Bruno había escuchado jamás.

Se dio holgura al cuello de la camisa. Sintió el calor ascender por su garganta hasta las sienas. Sus ojos quedaron atrapados en el espejo de cuerpo entero que había en la esquina derecha de la habitación, junto a la cama. Desde donde estaba sentado, y muy a su pesar, se reflejaba la imagen empañada de Cora sumergida en una tina llena de espuma blanca.

Aquel detalle le pareció digno de una maestra de refinada malicia. Desvió la vista.

—Discúlpeme, señorita Steiner, siento no haberla avisado antes de venir. Si lo prefiere, puedo regresar más tarde.

—No hay nada que disculpar. Concédame unos minutos, enseguida estaré con usted. Hay café en la mesita, sírvase si gusta.

Intentó apartar la mirada de aquel espejo, pero era como si una polilla intentara escapar de la atracción irresistible de una lámpara de incandescencia. La doncella le ofreció una bata y Cora salió de la tina.

Se quedó sin aliento al contemplarla.

Sus ojos cobraron vida propia ante aquella diosa helena. Rodaron por sus pechos de alabastro, por los pezones, dos brotes rosados de piel de ángel. Recorrieron sin recato alguno su breve cintura, sus torneadas caderas. Era tan hermosa, tan embrujadora...

Maldijo un ronco juramento. ¿Por qué diablos era incapaz de apartar la mirada?

Estaba empapado de sudor, como si acabara de contraer un mortífero virus y tuviese una calentura de cuarenta grados. Se aflojó el nudo del corbatín e intentó serenarse. Se sirvió una taza de café y la bebió de un trago. Respiró hondo y sacó la libreta para repasar las preguntas, buscando con ello centrar sus ideas.

Al poco, Cora salió del cuarto y se sentó a su lado con recato. El cabello le caía ensortijado sobre los hombros. Lucía una bata de terciopelo granate y unas elegantes chinelas con pompones de plumón.

Él se levantó y la saludó besando el dorso de su mano.

—Soy toda suya, aunque le advierto que estoy esperando una visita y no dispongo de mucho tiempo. Cuénteme, por favor, seguro que se trata de algo importante.

Bruno volvió a sentarse. Las gotas de sudor rodaban ya por sus mejillas.

—Verá... En realidad no he venido *motu proprio*, me manda el inspector Antonio del Romo, de la comisaría de La Latina. Colaboro con ellos como asesor.

—Así que solo ha venido usted a verme por razones de trabajo. Pensé que su visita tenía algo que ver con la conversación que tuvimos la otra noche, tras la sesión de hipnosis. Es más, esperaba que trajera una botella de Chardonnay. Aunque, bien mirado, es todavía un poco temprano para comenzar a beber.

Sonrió con coquetería. Le señaló una jarrita de leche que reposaba al otro extremo de la mesa. Bruno se apresuró a dársela tan apocado como un colegial que obedece sin chistar las órdenes de la maestra de primeras letras. Ella se incorporó lo suficiente como para que el comienzo de sus pechos aflorara al terciopelo de su bata.

Bruno retiró la vista de inmediato, pero sus ojos, traidores, se obstinaron en quedarse prendidos de aquel canalillo sedicioso.

—Y dígame —prosiguió ella imperturbable—, ¿le han ordenado a usted que me interrogue?

—Así es, señorita. El cadáver de una niña fue encontrado en el Retiro, en el lago del Palacio de Cristal. Llevaba en la manita una golondrina, tal y como usted vaticinó.

—Hierro y cristal... —pronunció con una voz tan profunda que a Bruno se le heló la sangre en las venas. Luego la engoló de nuevo—. Entiendo. El inspector

quiere saber de dónde saqué la información, ¿no es eso?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Pero usted ya sabe cómo la obtuve, señor Moreto. ¿No se lo aclaró al inspector?

—Sí. Pero comprenderá que no todos los días ocurre que alguien «profetiza» el lugar de un crimen y regala datos concretos sobre él. Entienda que es obligación de la policía indagar su procedencia y descartar que haya conseguido usted esos detalles de primera mano.

—Ya. ¿Se refiere a que alguien de «carne y hueso» me los haya dado?

—O aún peor: que esté usted vinculada de algún modo al asesino y haya sido él mismo quien se los facilitara.

Ella emitió un gritito divertido. Sopló sobre la espuma de aquel café con leche con una frivolidad casi imperdonable. No parecía en absoluto intimidada, al contrario.

—¡Por Dios...! —exclamó con una caída de párpados—. ¿Acaso debería llamar a mi abogado? ¿Van a arrestarme?

Bruno sonrió de medio lado. No iba a dejar pasar la oportunidad de ponerse interesante, ya que ella no disimulaba en absoluto su ironía.

—Le seré sincero. Están tentados. Pueden aplicarle «la quincena» y quedarse más anchos que largos.

Ni siquiera una amenaza semejante robó el color a su hermoso rostro. Clavó sus ojos en los de Bruno con descaro y le regaló una mirada desafiante, de una calma tal que hubiese sido la envidia de un cirujano.

—Aunque —puntualizó él— nada de esto será necesario si responde usted a unas simples preguntas.

Cora sonrió con dulzura.

—Contestaré con sumo gusto, caballero.

Cruzó las piernas. Bruno carraspeó. No llevaba nada debajo de aquella bata. Sus ojos se pasearon sin disimulo por sus inmaculados muslos.

—Bien. Procedamos. ¿Cuánto tiempo lleva usted en nuestro país?

—Una semana.

—¿Dónde estuvo antes de viajar a Madrid?

—En París.

—¿Conoce usted a un tipo al que apodan el Mosén?

—No. Jamás he oído hablar de él.

—¿Y a un tal Cafeto? ¿Ha oído hablar de él?

—Me temo que tampoco.

—¿Y del doctor Andrés Loreto?

Negó con la cabeza. Alargó la mano hasta una pitillera y sacó un cigarrillo. Lo colocó en una boquilla de cánula larga y le tendió unas cerillas para que le diera lumbre. Bruno se apresuró a rasgar un fósforo. Ella aspiró profundamente y exhaló el

humo con lentitud.

—¿Es todo?

—No. ¿Cómo conoció usted al profesor Cienfuegos?

Emitió un gemido de fastidio.

—Bruno..., ¿a dónde demonios quiere llegar? Cienfuegos no tiene nada que ver con ese asesinato.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Esto no es un juego, señorita Steiner. Si no se aviene a responder, me veré obligado a dar parte a...

Ella le ordenó silencio poniendo sus dedos índice y corazón sobre sus labios.

—No voy a responder a más preguntas. Dígale al inspector Del Romo que no se atreva jamás a amenazarme con la cárcel. Tengo pasaporte diplomático.

Bruno apretó los labios.

—Pues con todos mis respetos, señorita, podría haber empezado por ahí y no hacerme perder mi valioso tiempo.

Se levantó bruscamente y exigió su gabán para marcharse.

—No se enfade conmigo. No ha sido mi intención ser descortés. Si accedí a que subiera ha sido porque deseo ayudarlo. —Dio varias caladas al cigarrillo—. Verá, llevaba días planteándome ir a visitarlo a La Luz de Helios, pero mi apretada agenda me lo ha impedido. Necesitaba hablar con usted.

Bruno disimuló su interés y ella le pidió que volviera a tomar asiento.

—No crea que soy ajena a las emociones que le suscito, señor Moreto. Usted me cree una embaucadora sin escrúpulos. Lo sé.

—Yo no he dicho eso...

Ella dejó el cigarrillo en el cenicero y tomó las manos de él entre las suyas. Eran cálidas y suaves.

—Lo leo en su mirada —repuso Cora—. Como también percibo que usted quiere creer en mí. Está deseando hacerlo. Quiere exculparme frente a aquellos que tienen una opinión nefasta sobre mí. Es por eso que está dispuesto a darme el beneficio de la duda y ha venido hoy aquí. ¿Ha indagado ya sobre su pasado, tal y como le aconsejé?

Él se encogió de hombros.

—¿A quién iba a preguntarle? Todos han muerto. No tengo a nadie. Mi tutor era el único que podría saber algo. Me sacó de la Inclusa y me crio. Las pocas veces que le pregunté, me contestó que mis padres murieron en un incendio y que ellos no tenían más familia. Soy un huérfano sin pasado y me temo que tampoco tengo muy claro mi futuro.

Le ocultó lo que sabía sobre su abuelo, el viejo Salvatierra. Su recuerdo era un borrón dañino en su mente y no deseaba que fuera un instrumento más para que ella lo utilizara.

—Imagino que en la Casa de Expósitos debe de existir un expediente —contestó Cora, después de unos instantes pensativa—, un documento donde constara su origen.

Tal vez un domicilio o la procedencia de alguno de sus padres. A lo mejor la ubicación de sus tumbas. Hay veces que en las lápidas hay más datos de lo que uno pueda llegar a imaginar. ¿Ha visitado alguna vez la sepultura de sus padres?

Esa pregunta le hizo recapacitar. Cuando cumplió dieciocho años hizo una visita al padre Andrés. Era ya muy anciano, de hecho murió al poco de ese encuentro. Le preguntó por sus padres y no supo decirle más de lo que él ya sabía, que habían muerto en un incendio.

—No —contestó lacónico—. No la he visitado jamás. Ignoro su ubicación.

—Pues debería dar con la sepultura, señor Moreto. —Se acercó más a él y apretó sus manos entre las suyas—. Tengo que decirle algo de extrema gravedad. Me da igual si me tacha de chiflada.

Su penetrante perfume le volvía loco. Ahora sus labios rozaban su oreja. Un intenso cosquilleo le recorrió la columna vertebral cuando su voz vibró en su oído.

—Está usted en peligro. Alguien desea su muerte.

Se apartó de ella con el vello de punta. Si pretendía asustarle, en parte lo había conseguido.

—¿Se da cuenta de las barbaridades que está diciendo, señorita?

—¿Cree que es fácil para mí contarle algo así? ¿Piensa que no me importa lo que pueda usted pensar de mí? Pero me guste o no tengo que advertirle. Un descarnado está velando por usted desde el otro mundo. Yo soy solo su vehículo, su voz. No desoiga mis consejos si quiere seguir con vida.

Estaba tan confuso que no sabía qué pensar. ¿Debía creerla?

No. Era una soberana embustera.

La tomó del mentón para enfrentar su mirada a la suya. Tal vez esperando encontrar en sus ojos un atisbo de piedad. Sus pupilas eran un hechizo de luz. En ellas navegaba el frío del invierno; la pátina de un paisaje eterno cuya belleza les sobreviviría a ambos. Retó a sus labios para que se acercaran a los suyos. Quería acariciarlos, adivinar su sabor, sentirlos tan cerca que las tinieblas de aquella mujer no fueran un pretexto para no hundirse en el abismo de su boca. La aferró por la cintura y la atrajo hacia él. Cora era fuego y era hielo. Le abrasaba en las manos. Su aliento olía a puro pecado. A dulce veneno.

Se maldijo a sí mismo antes de besarla.

Súbitamente, Cora se separó de él como si los labios de Bruno la hubiesen quemado. Exhaló un profundo suspiro.

Por unos instantes él esperó la consabida bofetada, pero ella dio media vuelta y se dirigió a su alcoba. Al llegar a las puertas, se detuvo.

—Lamento tener que pedirle que se marche, señor Moreto. No mentí cuando le dije que esperaba una visita. Está a punto de llegar. Sería descortés que le encontrara a usted aquí. La doncella le traerá sus cosas.

Si aquello había sido despecho, a él no se lo pareció. Seguro que no habría hombre en el mundo capaz de escandalizar a esa mujer.

Salió de allí lo más aprisa que pudo, con la respiración todavía entrecortada y el corazón desbocado. Pensó que Cora estaba jugando sucio. Era imposible no cuestionarse el verdadero motivo de su interés por él como era inevitable no pensar que había podido investigar y hacerse con información sobre su pasado. Y si tenía que ser sincero, aquel vaticinio barato sobre su asesinato, aunque le había sonado a folletín por entregas, le había dejado el corazón helado.

Estaba frente a una espinosa tesitura. Quería creer en su don, pero sentía cada vez más cerca ese oscuro magnetismo animal que le atraía sin remedio hacia ella y que prometía robarle la poca cordura que le quedaba. Se había comportado como un canalla al besarla, y eso no iba con él. ¿Pero qué hombre se resistiría a sus encantos?

Al torcer la esquina del pasillo se dio de bruces con Alister Louper. Llevaba un gran ramo de rosas rojas. Le dirigió una mirada de interés, le saludó cortésmente sin detenerse, aludiendo llegar tarde a una cita. Los británicos y su puntualidad. Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Cora. Esa era la cita que estaba esperando la vidente. Bruno sacudió la cabeza ante la idea de que entre ambos existiese un idilio. ¿Cómo iba a haber algo entre ellos? Louper bien podría ser su señor padre por la edad.

Cuando llegó al recibidor, y ante su sorpresa, vio a don Hugo entrando por la puerta principal.

—Sí, ya sé que le dije a usted que no iba a tener tiempo para dedicarme a las pesquisas hoy, pero, tras acercarme a la funeraria para recoger el tresillo Luis XIV, Laurita me dijo que Antonio había telefoneado diciendo que nos espera a las doce en la Dirección General de Seguridad. Naturalmente no quiso decirle a la *camariera* para qué nos requería, pero en fin. Allí estaremos. Nos da tiempo a ultimar la venta con el señor de Sabadell y llegar a tiempo.

Bruno dejó escapar un suspiro de agotamiento por toda respuesta. No podía con su alma. Entre los nervios del encuentro con la vidente y las escasas horas de sueño que arrastraba, seguir despierto se le antojaba difícil de sobrellevar.

Se dirigieron al carruaje, que se había quedado estacionado a pocos metros de la puerta principal. Pedro les abrió la portezuela. El sofá de dos plazas iba atado a la parte trasera del coche. En el interior de la caja casi no había sitio. Los dos butacones del tresillo estaban allí metidos. Don Hugo dirigió a Bruno una miradita pelín guasona, sin duda auspiciada por la pinta de ojeroso deshidratado que tenía.

—Me abstendré de hacer comentarios. Está claro que esa mujer le hace tilín, y nada más lejos de mi intención que irritarle. Me ahorraré los sermones paternalistas e iré derecho al grano: esa mujer no es para usted.

Él entornó los ojos. Un consejo bastante práctico, pero difícil de llevar a cabo. Tenía varias causas pendientes con Cora Steiner y no iba a detenerse ahora. Se acurrucó en el asiento como pudo, dadas las estrecheces de espacio, y echó una cabezadita la mar de reparadora.

Cuando el italiano despertó a Bruno, ya había realizado la venta y estaban a las puertas de la Dirección General de Seguridad, en plena Puerta del Sol.

El inspector Del Romo los esperaba en el recibidor. En el corto recorrido, Bruno le puso al corriente de las conclusiones de su visita a la médium.

—¿Pasaporte diplomático? —cabeceó—. Eso es como tener un trío de monos en una partida de póquer. ¿Te lo mostró?

Bruno dejó escapar una exclamación gutural.

—*Mea culpa*, ni siquiera reparé en ese detalle.

—Ainss, en qué estarías pensando tú... Seguro que esa tal Cora Steiner es bizca y patizamba; vamos, más fea que un pecado —ironizó con una sonrisilla pícara, guiñándole un ojo, mientras Bruno sacudía la cabeza con fingido hartazgo—. En fin, al grano. Os he hecho venir porque al fin han detenido al Cafeto. Estaba en Vicálvaro, tal y como había dicho el Mosén. Al parecer tenía allí unos contactos que le habían facilitado un agujero infesto donde esconderse.

—Excelente noticia —dijo Bruno.

—*Alla buon'ora*, al fin podremos llegar al fondo de este asunto.

—Y, bueno, como nada más enterarse el juez ha pedido interrogarlo, he querido que estuvierais presentes. Lo creo crucial para vuestra investigación.

Ambos asintieron y el inspector los condujo hasta una de las salas de interrogatorios, que estaban ubicadas en el sótano. Los instó a que se sentaran al fondo de la sala para no hacerse notar.

Bruno prestó toda su atención al Cafeto. Percibió una inmensa oscuridad al ver a aquel tipejo. Estaba sentado en una silla con las manos esposadas detrás de la espalda. La cabeza gacha, como si no fuese ya capaz de sostenerla. En su camisa blanca había rastros de sangre. Sus ojos eran apenas dos ranuras hundidas en los párpados hinchados. Le habían roto la nariz y lucía varios cortes en el labio.

Su señoría todavía no había llegado, pero se le esperaba con impaciencia.

Del Romo aprovechó ese paréntesis de tiempo muerto para ponerlos al corriente de las pesquisas relativas al caso de los exalumnos de la Facultad de San Carlos.

—Bruno, mis hombres me han pasado este informe. —Desplegó una hoja de papel que llevaba trabada en la goma elástica de su cuadernillo—. De momento solo han conseguido contactar con tres de ellos. —Le alargó la lista.

Le echó un vistazo con gran interés. Alguien había escrito varias apostillas al lado derecho de los nombres.

«Se arrojó desde el viaducto de la calle Segovia»; «Se tomó una dosis letal de cianuro»; «Prendió fuego a su palacete y murió quemado». Al lado de estas pocas

pinceladas, se podía leer la palabra «arruinado».

Él asintió con los labios apretados y pasó la lista a don Hugo, que hizo un gesto de rabia contenida al leerla.

El juez acababa de hacer su aparición en la sala y Bonaventura se apresuró a guardarla en el bolsillo de su gabán. Se pusieron en pie en señal de respeto.

Tras saludar a la concurrencia, su señoría miró al acusado con los ojos entornados y pidió explicaciones al lamentable estado del preso.

—Se resistió como un verraco cuando le trincaron —le explicó uno de los agentes de custodia—. Respondió con fuego e hirió en un hombro a un guardiacivil.

Él asintió con la cabeza por toda respuesta. Acto seguido se sentó a la cabecera de una mesa rectangular donde estaban dispuestos varios informes y la documentación concernientes al caso. El escribiente se colocó a su derecha.

El funcionario se dirigió directamente al acusado.

—Pedro Álvarez Molinero, los agentes me han comunicado que quiere usted declarar voluntariamente sobre el caso del secuestro y asesinato de la niña Adoración Estévez Maldonado y el de las otras tres víctimas cuya identidad se desconoce hasta el momento. Ante su encarecida petición, se le ha asignado un abogado de oficio, dada su precaria situación económica. ¿Es correcto?

—Así es, señor juez —dijo con un hilillo de voz—. Pero yo no las maté... Le juro a usted que yo solo...

—Hable cuando se le pregunte, señor Álvarez —le interrumpió tajante el funcionario, mirando con reproche al joven abogado.

El Cafeto asintió con vehemencia y se excusó.

—Veamos, usted y el señor Fernando Morales Oliva, alias el Mosén, están imputados como únicos sospechosos de este caso. Sin embargo, usted acusa abiertamente al doctor Andrés Loreto y a sus posibles cómplices como autores materiales de los asesinatos. ¿Conocía usted personalmente al doctor Andrés Loreto?

—No. Nunca fuimos presentados. Mi contacto con él se limitó a las órdenes que me daba a través del Mosén. Pero sé que era el doctor quien preparaba todo lo de los partos falsos en la clínica de su suegro. Desde el ingreso hasta el alta de las supuestas madres.

—Explíquese mejor. ¿De qué falsos partos me habla?

—El doctor Loreto proporcionaba niños a familias ricas de Europa que no podían concebir. Lo hacía a través de la clínica privada La Soledad, propiedad de su suegro, el doctor Eusebio Alcántara.

—¿Tiene usted pruebas concluyentes para inculparlo frente a la justicia?

—Pruebas no, señor juez. Solo sé lo que me contó el Mosén sobre el asunto.

El juez frunció el ceño.

—¿Está usted afirmando que el doctor Loreto se dedicaba a vender recién nacidos a matrimonios que no podían tener hijos?

—Así es, señoría.

—O sea, que usted le proporcionaba esos niños, ¿no es eso?

—No. Los recién nacidos no. A mí solo me pedía niñas pequeñas. Rubias y de ojos azules.

—¿Por qué solo nenas de esas características?

—No lo sé. Yo imagino que para vendérselas a los matrimonios que no querían críos de pecho, sino ya más crecidos, porque los recién nacidos son muy delicados y se mueren con facilidad. Pero esto es cosa mía, cábalas que yo me hago. Yo solo hacía lo que me ordenaban.

—¿Y qué le ordenaban, señor Álvarez?, ¿dónde llevaba usted a esas niñas después de secuestrarlas?

—A una granja que tengo en las afueras, cerca de las Cuatro Fanegas. Allí hacía la entrega.

—¿Quién las recogía? ¿Era el doctor Loreto en persona?

—No. Él no. Nunca supe quiénes eran. Jamás los vi. El Mosén los llamaba Ellos cuando me daba los mensajes. Me ordenaban que las dejara en el establo, siempre de noche. Yo les echaba unas gotas de somnífero en la leche y las dejaba allí poco antes de la hora acordada. Luego me marchaba de la finca y no volvía hasta el día siguiente para comprobar si se las habían llevado.

—¿Y no tuvo la tentación de saber de quiénes se trataba? ¿Nunca se ocultó para descubrirlos?

—No. Jamás. Esa era una de las condiciones del trato. Sabía que tenía que seguir las instrucciones al pie de la letra porque eran tipos peligrosos.

—¿Y cómo le pagaban a usted?

—Me pagaban en metálico a través del Mosén. A él le daba el dinero el doctor Loreto.

—Imagino que estará usted al corriente de que Fernando Morales Oliva niega todos estos cargos y le hace a usted único responsable del secuestro. Es más, desvincula al doctor Loreto de toda acusación concerniente a una supuesta venta de recién nacidos, acusándolo a usted de inventárselo todo para librarse de los cargos. Él afirma que es usted el único que alquilaba a las niñas a una red de mendigos y pedigüños que las usaban para pedir limosna.

—¿Eso es mentira, señor juez! ¡Es él quien miente! ¡Él y el doctor eran socios!

—Repórtese, señor Álvarez —dijo el juez sin levantar la voz.

El abogado se apresuró a demandarle calma y pidió disculpas en nombre de su defendido.

Tras un pequeño receso de escasos minutos, en el que su señoría tomó agua y hojeó varias páginas de los informes, el interrogatorio continuó.

—Centrémonos ahora en Adoración Estévez Maldonado. ¿Llegó a algún acuerdo económico con la abuela de la niña? ¿Se la vendió a usted?

—No. La vieja no sabía nada. El trato fue con Braulio, el hombre que vivía con ella. Le di una buena cantidad de dinero a cambio de la chiquilla. Él se ocuparía de

engañar a la vieja cuando se diera cuenta de que Dorita no regresaba a la chabola. Le contaría que la cría se había extraviado mientras vendía agua. Pero juro por Dios que jamás pensé que terminaría flotando en el río. ¡Lo juro por Dios! ¡No soy un asesino! ¡Jamás mataría a una inocente niñita! ¡Fue el doctor Loreto! ¡Él y sus compinches señoritingos!

Comenzó a llorar con sentimiento.

—Señor Álvarez, me cuesta creer que haga gala de tan nobles sentimientos cuando no dudó en vendérsela al doctor.

—Se la vendí, sí, no lo niego. Soy culpable de la venta, pero era para ofrecerle una vida mejor a esa criatura. Jamás hubiese accedido a hacerlo de haber sabido cómo acabaría. No crea que soy un animal sin conciencia. Yo solo elegía a las niñas pobres. Dorita se merecía algo mejor que esa gentuza que tenía por familia. La abuela y ese apestoso de Braulio eran unos borrachos. El viejo abusaba de ella. Tenía cinco añitos y ese asqueroso abusaba de ella... Lo sé bien porque yo mismo le vi hacerlo desde la ventana de la casa. Por eso la elegí.

Bruno no pudo reprimir la furia al escuchar las palabras del Cafeto. Todos los allí presentes, entre ellos un puñado de recios policías, tampoco pudieron disimular el gesto de rabia e impotencia mezclado con una pena inmensa.

—¿Por eso mató a los viejos, porque cree usted que se lo merecían?

—Ya le he dicho, señor juez, que no soy un asesino. Han pasado más de cinco años desde que me llevé a la niña, ¿por qué iba a matarlos ahora? ¡Eso es cosa del Mosén! ¡Él los mató y ha mentado a la policía haciéndoles creer que están enterrados en el patio de la chabola, pero los ha quemado! ¡No los encontrarán nunca! ¡Yo jamás me mancharía las manos con esa gentuza!

El juez volvió a pedirle compostura. El Cafeto no dejaba de gimotear.

Bruno miró a Del Romo para corroborar lo que acababa de afirmar el Cafeto. El inspector asintió con la cabeza, dándole a entender que todavía no habían localizado los cuerpos de los dos ancianos.

—Bien —dijo el juez—, dejemos eso por ahora. Ya tendrá usted oportunidad de defenderse en el careo que se llevará a cabo con el otro imputado en su momento. Aunque no le veo la gracia, puesto que se llenarán de gloria el uno al otro y no sacaremos nada en limpio. —Sacó una foto de la cuarta víctima, la que había aparecido en el Retiro—. ¿Reconoce a esta niña?

Él miró la fotografía por largo rato. Se puso a llorar de nuevo.

—Es la Dorita..., pero se la ve mayor.

—¿Por qué llora, señor Álvarez?

—Porque todo esto es horrible...

—Déjese de lloros. Esta niña no es Adoración Estévez. Es otra nena. ¿La secuestró también a ella?

—No lo sé... Yo las cogía chiquititas... Eran todas iguales.

—Dígame cuántas ha secuestrado hasta la fecha y dónde.

—Tendría que hacer memoria.

El juez dejó escapar un resoplido y se dirigió al abogado del acusado ordenándole que mediara para que elaborara una lista con los nombres y los lugares donde las había raptado, y que la firmara para entregársela a él. Luego volvió a la carga.

—Al menos se acordará usted de en qué fecha secuestró a la última criatura...

—Sí, señor juez. Hace dos meses, a finales de agosto.

—¿Cómo se llama la chiquilla?

—Todo el mundo la llamaba Anika. No logré saber sus apellidos, pero sus padres son húngaros, gente del circo. Maltrataban a la chiquilla. Estaba llena de piojos y miseria. La obligaban a caminar por un alambre, a varios metros del suelo. Le pegaban si lo hacía mal. Por eso me la llevé... Tenía solo dos añitos. Yo quería una vida mejor para ella...

—No, si al final va a parecer que es usted un buen samaritano y todo, señor Álvarez. ¿Dónde la secuestró?

—En un asentamiento de gitanos, pasando el pueblo de Villaverde. Pero ya no están allí, se fueron hace más de un mes. Son titiriteros ambulantes.

El juez enarcó las cejas y negó con la cabeza.

—Está bien. No hay más preguntas por el momento. —Se dirigió a los agentes—: Pueden llevarse al detenido a los calabozos. Queda bajo la custodia del Estado con los mismos cargos con los que ya ha sido imputado. Daré fecha para el careo con Fernando Morales Oliva.

El juez llamó en un aparte a Del Romo. Le habló de la posibilidad de que la niña húngara todavía estuviese viva, pues a la vista estaba que el infanticida dejaba transcurrir varios años desde el secuestro al asesinato. Ordenó el registro a fondo de la finca que el Cafeto poseía cerca de las Cuatro Fanegas, ya que no era descabellado que pudiera encontrarse allí. También el de la clínica donde trabajaba el difunto Loreto en busca de papeles o informes relativos a las acusaciones de que le había hecho objeto. Recomendó que interrogaran de nuevo tanto al suegro como a la viuda. Por último, ordenó que le llevaran una fotografía del Cafeto a la portera de la calle Jorge Juan para comprobar si le había visto en compañía del doctor Loreto.

Una vez hubo terminado y su señoría abandonó la sala, Del Romo recomendó a Bruno y Bonaventura que se marcharan a descansar.

—Pero antes de que os vayáis, debo deciros que el juez ha dado el visto bueno a que el difunto Loreto pueda ser inhumado. El suegro conoce a varios altos cargos del Ayuntamiento y han mediado para que se acelerara la autopsia y el dictamen.

—¿Suicidio, entonces? —preguntó el italiano con una mueca de abnegación.

El inspector asintió.

—No habrá velatorio por deseo de la familia —prosiguió—. Lo entierran mañana temprano, a las ocho, en el cementerio de Santa Isabel, en Aranjuez. El suegro y la viuda del doctor son de allí. Tienen un panteón y el cura no ha puesto impedimentos en dar una misa por su alma antes del sepelio.

Esos impedimentos eran las reticencias que mostraba la Iglesia para con los suicidas, ya que ellos afirmaban que habían cometido pecado mortal al quitarse la vida. Muchos curas se negaban a que fueran inhumados en tierra sagrada, incluso a que se les otorgara una misa de réquiem.

—Allí estaremos, Antonio. Muchas gracias por avisarnos.

—Qué menos. La viuda pensaba mandarte una nota. Yo le dije que me encargaría de decírtelo en persona. Además, no tengo más remedio que encomendaros una tarea, Hugo. Ya ves cómo estamos de trabajo y, aunque el juez me ha concedido más hombres para ocuparnos del caso de las niñas, no dispongo de nadie que pueda ir al entierro para ver si se acerca por allí algún antiguo compañero de facultad o el supuesto asesino del doctor. Me hubiese gustado ir yo mismo, pero me es imposible. Tendréis que ser mis ojos y mis oídos.

—Pierde cuidado, Antonio. Bruno y yo andaremos ojo avizor.

—Y, bueno, a ver si encuentro un hueco para buscar en el sótano de la comisaría algún expediente antiguo sobre el asunto de los números que encontramos en la medallita de la última víctima. No lo he echado en saco roto, dados los visos de dimes y diretes que se están barajando en los interrogatorios.

Se masajeó las sienes y punteó en su cuadernillo.

—No hace falta que os diga la presión insoportable que estoy recibiendo por parte de mis superiores. Tenéis carta blanca para investigar a vuestro aire. Solo espero de vosotros que me informéis puntualmente de los posibles avances y que seáis cautos. Nada de imprudencias. Aquí hay algo que quema nada más tocarlo y no quiero ir a más entierros.

—Así lo haremos, Antonio. Pierde cuidado.

Y a pesar de que al día siguiente, bien temprano, tenían que viajar hasta Aranjuez para aquella cita ineludible, don Hugo tomó la decisión de que se ocuparan del asunto de la salita de té La Libélula Azul esa misma noche. No podían demorar más las pesquisas.

Tras echar una larga siesta, en prevención de las horas que tenían por delante, don Hugo instó a Bruno a ataviarse con la debida etiqueta, dado que no tendrían tiempo de cambiarse para el funeral.

Tuvieron que esquivar las incisivas preguntas de *lady* Doyle cuando los vio aparecer todo encopetados en el distribuidor.

—Vamos al velatorio de un amigo de juventud —mintió el italiano—. Seguramente no aparezcamos por aquí hasta después del entierro. Es en un pueblo cercano a Madrid, o sea que no se preocupe si ve que no llegamos hasta la hora de comer. Ahora tomaremos un coche de punto, así tendrán disponible a Pedro, pero le dejaré indicaciones para que venga a recogernos y nos lleve al sepelio.

—De acuerdo, doctor. Ni que decir tiene que lo acompaño en el sentimiento.

—Gracias, *cara amica*. No somos nadie.

Tras la despedida, cogieron un simón de alquiler para dirigirse a su primera cita.

Don Hugo acertó de pleno en sus juicios sobre la salita de té. Era una casa de citas. Y no hacía falta ser un asiduo a los prostíbulos para apreciar que aquella *maison* no era nada común. No era uno más dentro de la colmena de burdeles que regalaba Madrid. A primera vista no distaba mucho de las que solían llamarse «de fiar». Licencia y cartillas sanitarias en regla, chicas sanas y de buena presencia, que lucían con desparpajo sus encantos embutidas en corsés de encajes, con sostenes de media copa que dejaban ver más allá de lo permitido, y descarados *petites culottes* que una mujer «decente» jamás osaría mirar ni de reojo en los escaparates de un atelier que se preciara.

A Bruno le pareció estar frente a un cartel de Toulouse-Lautrec a tamaño natural, pero con unas *cocottes* muy particulares que destilaban fragancias tan exóticas como inalcanzables. Imaginó que así debería de oler el pecado original. Aquellas preciosas *evas* se le antojaron una tortura difícil de soportar para un novicio como él, que apenas si había catado algún que otro pecadillo venial y carecía de toda experiencia en las artes amatorias.

Madame Baronesa era una mujer de carnes generosas y belleza marfileña. Les ofreció sentarse en los sofás de una elegante y a la par exótica salita. Varias estatuas de dioses apolíneos se diseminaban por la estancia como si fuesen los guardianes de aquel palacete del deleite. Ella chasqueó los dedos y no tardó en aparecer un enano ataviado de presentador circense. Llevaba diestramente una bandeja de alpaca donde reposaban varias copas de formas muy originales, junto a una licorera que contenía un líquido verdoso. En un platillo Bruno atisbó tres cucharillas agujereadas. Lo dejó encima de la mesa y se retiró con una reverencia.

Bonaventura le asestó un disimulado codazo.

—Cierre usted la boca, que le va a entrar una mosca... —le susurró con regocijo.

Madame sirvió un par de dedos de absenta y les ofreció un terroncillo. El italiano se apresuró a tomar la cucharilla agujereada y la colocó en el borde de la copa. Puso allí el azúcar y ella le echó un poquito de agua por encima, lo suficiente para que la bebida tomara un aspecto lechoso.

Bruno se apresuró a dar un trago largo. Y aquello fue como si bebiera fuego puro. Tosió con ganas, intentando que los pulmones no se le salieran por la garganta. El doctor, siempre solícito, le dio varias palmaditas en la espalda.

—Ojo, jovencito, que según Alejandro Dumas la absenta ha matado a más soldados franceses en el norte de África que las balas árabes.

Había que reconocer que el *gentiluomo* era guasón cuando se lo proponía.

Madame sonrió su comentario con gentileza mientras terminaba de servirse.

—Así que es usted conde... ¿Y quién le recomendó mi *maison*?

—Un viejo amigo. —Evitó decir la verdad—. Me aseguró que, si quería emociones fuertes con la máxima discreción, acudiera a La Libélula Azul.

—Entonces entenderá que, para no faltar a esa discreción de la que hacemos gala, le exija a usted los «credenciales».

Bonaventura se apresuró a sacar la invitación que llevaba en la cartera y se la alargó.

Ella echó un vistazo a la tarjeta y asintió satisfecha.

—Todo en regla. Su amigo está en lo cierto. Le aseguro a usted que quedará satisfecho sea cual sea su apetito. Pero, dígame, ¿cuál es su deseo más secreto, señor conde?

—Me gusta mirar.

—*Voyeurismo...*

—Así es.

—Pues creo que podremos complacerlo. ¿Y a su joven acompañante?

—A él le gusta que le dominen. Un buen latigazo en las posaderas y será el hombre más feliz.

Bruno le miró perplejo. ¿Se había vuelto loco?

—Aunque... —recalcó— estamos abiertos a experiencias nuevas. ¿Qué puede ofrecernos que no me hayan brindado ya en los mejores prostíbulos de París?

La mujer enarcó una ceja con gesto pícaro.

—Créame, lograremos sorprenderlo. —Se levantó—. Les pondré a punto una de nuestras sesiones privadas. Mientras tanto, les mandaré a algunas de nuestras señoritas para que les hagan la espera más agradable.

En cuanto *madame* se alejó, Bruno se apresuró a aclarar con el italiano algunos términos de aquel trato. Le ardía la cara de vergüenza.

—Doctor, yo no quiero que me sorprendan. Además, ¿por qué demonios le ha dicho usted que me gustaban esas perversiones? Jamás escuché hablar sobre semejante cosa, ¿cómo iban a gustarme...?

—Alma de cántaro, ¿no ha oído usted hablar del marqués de Sade o del escritor Sacher-Masoch? Pues se hace necesario que lea a Von Krafft-Ebing, fue psicólogo y médico forense. Y por supuesto está Freud...

—Freud, siempre Freud... —renegó cabeceando—. No he tenido el placer de leerle. Es como si hablara de su tía Marcelina.

—No lo conoce usted porque aquí, en España, no se ha publicado todavía nada suyo. Pero yo sí lo he leído en alemán y me temo que es ineludible nombrarlo al hablar de perversiones.

—Me ahorraré gastar saliva. Soy de gustos sencillos; vamos, normalito. Un españolito de a pie.

—Bueno, yo tampoco soy nada extravagante, pero eso no quita que sea un entusiasta del *Paris sex-appeal* y de *la vie parisienne*. En Francia no son tan puritanos, pollo. Uno puede pasear por cualquier barrio de Montmartre y encontrar pornografía en un quiosco de pipas o también acudir al Moulin Rouge sin que nadie le saque los colores. Ese sí que es un cabaret y lo demás cuento. Aquí, para ver la postal de una fémica en paños menores, uno tiene que vérselas con la clandestinidad o con un librero de pensamientos liberales.

Bruno se puso en pie lleno de inquietud ante la expectativa de verse atado de pies y manos flanqueado por dos féminas con sendos látigos.

—Pues entonces no le costará trabajo ponerse en mi lugar, doctor. No tengo intención alguna de enseñar el trasero a ninguna señorita y menos aún que me lo fustiguen. Faltaría más. Además, ¿qué clase de investigación es esta? No creo que consigamos averiguar nada si nos desviamos de nuestra misión.

Bonaventura, lejos de apiadarse de él, lo espoleó.

—Lo uno no está reñido con lo otro, *caro amico*. Este va a ser su bautismo de fuego. Olmedo ya tenía que haberle traído a usted a un sitio como este para iniciarle en las artes amatorias.

El italiano se reía sin piedad alguna. Lo estaba pasando en grande.

—¡Yo no me río, demontre! —exclamó al tiempo que paseaba nervioso por la sala.

—Tranquilícese, hombre, que no va a llegar la sangre al río.

Bruno detuvo su paseíllo a pocos pasos de la puerta. Por un instante, le pareció ver a un caballero que le resultaba familiar. Don Hugo, al advertir su interés, también se asomó con disimulo. Era una sala de reducidas dimensiones donde flotaba una densa atmósfera de humo y había distribuidas varias mesas de juego. El ambiente era muy animado.

—Vaya, vaya... Mire a quién tenemos aquí —dijo el italiano en voz baja.

Era el prometido de la señorita Sofía Mendoza. No había duda posible, a pesar de su aspecto desaliñado. Llevaba barba de varios días, la camisa arrugada y el corbatín flojo. El sudor perlaba su frente y el cabello ya había perdido por completo la mano de fijador. Bruno advirtió en sus ojeras y en el brillo marchito de sus ojos que llevaría sin dormir más de dos días.

—Le auguro un futuro amargo a la pobre señorita Sofía —sentenció el doctor con los ojos entornados—. Es un jugador empedernido. No hay más que verle.

A esas alturas a Bruno le hervía la sangre. Apretó los puños conteniendo su rabia. De buena gana le hubiese propinado un par de buenos guantazos. Se contentó con cerrar el puño hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—No se sulfure, Moreto —le advirtió posando la mano en su hombro—. No hemos venido aquí a saldar cuentas con nadie. Procure centrarse en nuestra misión.

¿Cómo demonios iba a contenerse ante la funesta visión de aquel mequetrefe palpándole las nalgas a una puta? Era una ofensa terrible para la señorita Sofía. Además, en aquella mesa se estaban jugando una auténtica fortuna. El montante de apuestas daba escalofríos.

—Este tipejo es un sinvergüenza —rumió—. Un caradura que dilapidará el patrimonio de los Mendoza en un santiamén.

—Le doy la razón. Juego, bebida y mujeres... Un trío mortal para cualquier fortuna que se precie. Pero no es de su incumbencia aunque usted se crea en la obligación de guardar la honra de esa hermosa *signorina*. Recuerde que todavía no se

ha casado con él. Tal vez el padre de la señorita desenmascare a ese tipejo a tiempo y rompa el compromiso.

Sus palabras no le tranquilizaron.

De repente, los ojos de Bonaventura se quedaron clavados en otro de los jugadores. Era nada menos que Alister Louper. Llevaba un monóculo de una hechura exquisita. Rezumaba una elegancia decadente a pesar de estar en mangas de camisa. Estaba flanqueado por dos señoritas que no eran de la casa, pues iban elegantemente «vestidas».

Louper debió de sentirse observado, pues levantó la vista de las cartas y, al verlos, les saludó con una sutil inclinación de cabeza y una sonrisa lobuna. Ambos le devolvieron el saludo con un discreto gesto de cortesía y desaparecieron de escena.

Bruno se acordó del encuentro que habían tenido después de interrogar a la vidente.

—Le vi esta mañana en el Hotel Inglés cuando visité a la señorita Steiner. Fue a verla justo cuando yo me iba, poco antes de llegar usted. Llevaba un enorme ramo de rosas.

El italiano lanzó un resoplido.

—Pues si él anda cortejando a nuestra visionaria, con más razón para que usted se aleje de ella. En el juego de la seducción, sobra un tercero en discordia. Es mera cortesía, caballere.

Bruno hizo un bufo. Por la forma en la que Cora había coqueteado con él, le dio la sensación de que tenía bastante libres sus afectos.

—No creo que haya nada ente ellos. Su relación es meramente profesional. Además, yo no soy ningún «tercero en discordia». Eso se lo está inventando usted.

Bonaventura puso los ojos en blanco ante tal afirmación.

—Ande, mejor vayamos a sentarnos al sofá redondo de la salita de espera, no vaya a ser que se nos acople el británico y nuestra misión secreta se vaya al carajo.

No llevaban ni diez minutos en el diván, agasajados por sendas señoritas, cuando llegó una preciosidad morena requiriendo su atención.

—Acompañenme arriba, caballeros. Estaremos más cómodos. *Madame* Baronesa me ha encomendado que les entretenga.

Los tomó de la mano y tiró de ellos con una sonrisa que encandilaría al más frío de los hombres. Cuando llegaron al primer piso, ella indicó una de las habitaciones.

—Pase usted aquí, señorito —dijo girando el picaporte y dejando la puerta entornada.

Bruno miró al italiano con un gesto mortificado.

—No puedo... —le susurró muerto de pudor—. No puedo...

—Déjeme a mí los problemas de conciencia, jovencito. Necesita que le seduzcan. Entre usted en esa habitación y olvídese del mundo. *Andiamo, andiamo!*

Tragó saliva y empujó aquella hoja de madera hecho un manojito de nervios.

Y allí estaba aquella beldad, sentada en el alféizar de la ventana, con una de sus

piernas apoyada en el marco y la otra colgando en actitud relajada. Comía una manzana despreocupadamente como si fuese una chiquilla, pero estaba lejos de serlo. Sus pechos asomaban a un corsé de manguitas afaroladas y cintas color lavanda. Al contraluz, su cabello había adquirido el color de la miel y parecía arder bajo la luz de un fanal cercano.

Ni siquiera se inmutó ante la presencia de Bruno. Dio un jugoso bocado a la fruta y balanceó la pierna como una criatura que estuviera jugando en un columpio. Aquel muslo inmaculado le hechizó. Iba descalza, pero llevaba medias recogidas con una delicada liga de encaje tan púrpura como el anochecer. Sus ojos verdes se clavaron en los de Bruno y una aviesa sonrisa se adueñó de sus labios de cereza. Dio un último bocado y lanzó el resto por la ventana. Se lamió los dedos con gesto procaz mientras se bajaba de un salto del alféizar.

—Me llamo Stella, para servirle a Dios y a usted —respondió con las manos en las caderas y un vaivén provocativo.

Bruno se quedó clavado en el sitio, incapaz de reaccionar.

—¿Es la primera vez del señorito? —le preguntó mientras se llevaba el dedo índice a la boca como una *enfant terrible*.

Los dedos de Bruno juguetearon nerviosamente con la cinta de su sombrero. Percibió que su azoramiento le producía risa y, por un momento, se sintió un pobre imbécil. Un pardillo que no sabía ni dónde tenía la diestra.

Ella dio varias vueltas a su alrededor con pasos calibrados. Le estudiaba con aquellos ojos de gata modosa. Él sintió que le desnudaba con ellos. Se acercó y le rodeó por la cintura. Bruno hundió los dedos en los rizos de su cabello. Stella elevó el mentón con un gemido suave y él se lo besó con ternura. Ella cogió las manos de Bruno y las dirigió hasta el escote de su corsé, ordenándole dulcemente en el oído que le deshiciera el lazo. Su voz le causó un cosquilleo placentero y sus dedos temblaron bajo el tacto suave de la seda. La atrajo hacia sí y la besó con una ferocidad desconocida para él. El contacto con sus labios resultó enloquecedor, ardían, le abrasaban. Como por instinto, llevó las manos a sus senos, sumergió su rostro en ellos, en la piel de melocotón de sus pezones y en la calidez que emanaban.

Stella olía a manzana, a mujer, a Eva.

A eso sabía el pecado original.

Se le antojó dolorosamente dulce. Una mezcla magistral entre el cielo y el infierno.

Tiempo después, sus labios no podían dejar de esbozar una bobalicona sonrisa. La cabeza todavía le daba vueltas en aquel tálamo de sacrificios a Morfeo. Se hubiese quedado allí el resto de la noche arropado por los muslos de aquella aprendiz precoz de Venus.

Unos toques en la puerta le arrastraron de golpe y porrazo a la cruda realidad. Era Bonaventura, que le expulsaba del paraíso para llevarle de regreso al purgatorio.

—*Madame* Baronesa nos reclama. Ya está lista la sesión privada.

Se apresuró a vestirse. Stella se despidió de él lanzándole un beso desde la cama.

El italiano se abstuvo de hacer comentario alguno. Le lanzaba miraditas habladoras que lograron robarle una risilla floja.

Fueron guiados hasta unas escaleras que llevaban a la bodega mientras *madame* les explicaba que la *maison* tenía varios siglos de antigüedad y que en el sótano había un arca de las viejas conducciones subterráneas de agua. Y, aunque en el momento actual ya estaban en desuso, a ella le pareció un estupendo lugar para dar las sesiones privadas.

—Es un escenario que resulta muy propio —explicó—. Hay un verdadero laberinto de galerías aquí abajo.

Apenas había luz. Se respiraba una atmósfera densa, casi húmeda, a pesar del aroma a incienso que emanaba de varios pebeteros diseminados por la cueva, que disimulaban bastante el olor a humus y tierra.

La plataforma de hormigón estaba rodeada de una barandilla de forja y una escalera de hierro pegada a la pared, que daba acceso a otro nivel de aquella extraña bodega. Era como un distribuidor del que partían varios túneles revestidos por completo de ladrillo. Bruno centró su atención en el escenario. Era una especie de teatrillo, remarcado por una línea frontal de candilejas en su parte inferior. De las paredes colgaban cadenas y grilletes, que, por la oxidación que presentaban, parecían haber pertenecido a ese lugar desde antaño. Del techo pendían un par de jaulones donde calculó que cabría un hombre acuclillado. En el centro había un potro de tortura. Al lado, una «dama de hierro». Estaba abierta y podían contemplarse los clavos puntiagudos que forraban su interior. Todo el conjunto se le antojó un calabozo de la Santa Inquisición.

Había varias sillas frente al altillo entarimado y un biombo con aperturas para los ojos a distintas alturas. También dos butacones por si los mirones querían sentarse mientras espían por los agujeros.

Madame Baronesa indicó a don Hugo que se colocara tras el biombo.

—No sé si esta actuación será demasiado fuerte para su joven pupilo.

—Pierda cuidado, *madame*, seguro que podrá soportarlo.

Ella se marchó discretamente, diciéndole adiós con la mano.

Las cortinillas se abrieron.

Un violinista con gesto dramático, acompañado por un músico que tocaba un acordeón, interpretaban una melodía dulce y a la vez arrebatadora. Bruno jamás había escuchado nada tan fascinante. Ambos iban ataviados con una sola prenda: una capa larga que dejaba ver, por su abertura, gran parte del descomunal pene metálico que llevaban sujeto a las caderas con un ancho cinturón. Le pareció un artilugio de lo más obsceno.

Un hombre cubierto con una capa apareció en escena. Una mujer ataviada solo con una cofia y una cortísima faldita de volantes almidonados salió por una esquina del escenario. Acunaba a un muñeco con faldones y le daba de mamar. El hombre la

pilló sorprendentemente por detrás y la tumbó en el suelo, arrancándole el muñeco de los brazos. Ella se echó encima de él y se puso a horcajadas. Se estrujaba el enorme seno sobre la boca del hombre. Un abundante chorro de leche cayó sobre su lengua mientras él se afanaba en culear salvajemente a la fámula al tiempo que le propinaba sonoras cachetadas en el trasero. Sus gritos de placer se elevaron por encima de la música. Acto seguido se unió a ellos otro hombre, ataviado también con una capa. Se echó sobre la pareja y hundió un puñal en el vientre de la mujer. Un chorro de sangre se proyectó sobre el rostro del asesino que, con los ojos en blanco, relamía el líquido viscoso con gran avidez. La mujer quedó desfallecida. Él se apresuró a penetrarla por el ano. A cada embestida los intestinos de la malograda emergían por la herida abierta. Varias mujeres acudieron al reclamo de la carne y, a cuatro patas, hundieron sus rostros en aquel amasijo de tripas.

El pulso de Bruno se aceleró. Era brutal; vomitivo. Dudó de si aquello se trataba de una farsa. A él le estaba pareciendo demasiado real. Desvió la vista unos instantes. No sabía en qué dirección mirar. Giró la cabeza hacia el escenario de nuevo, en el momento justo en el que un musculoso galán orinaba en la boca de otra meretriz y esta se lo tragaba con verdadero deleite. Luego, ambos se agachaban sobre la víctima y procedían a embadurnarse mutuamente de sangre. Sus rostros eran puro éxtasis.

Las cortinillas se cerraron con lentitud mientras la música cesaba. Los focos se apagaron unos instantes. Cuando las luces de ambiente se encendieron de nuevo, no cabía en sí del pasmo. Bonaventura salió de detrás del biombo. Bruno adivinó en él una mueca chusca al preguntarle qué le había parecido el espectáculo. Se limitó a hacerle un gesto de puro asco, a modo de respuesta.

—Imagino, jovencito, que no habrá usted leído a Guillaume Apollinaire...

Negó con la cabeza.

—No lo haga. Su lectura es para estómagos de hierro. Está usted muy verde en perversiones.

La sala se fue quedando vacía. Louper les dirigió un toque de sombrero desde la silla en la que estaba sentado. Bruno ni tan siquiera se había dado cuenta de que había estado presente en la sesión. Lo acompañaba Sergey Ivanovich, su asistente. El británico se levantó y se acercó hasta ellos.

—Excelente espectáculo, ¿no te parece, Hugo?

—Sin duda. Pero no tenía ni idea de que fueses asiduo de La Libélula Azul.

—Soy cliente desde hace muchos años. Me une una gran amistad con *madame* Baronesa. Ella se esfuerza bastante en ofrecer a los clientes ciertos espectáculos que no suele uno encontrar en otros establecimientos. Pero, dime, ¿es la primera vez que vienes por aquí o ya lo conocías?

—Es la primera vez, pero tal vez no sea la última. Hemos quedado muy satisfechos.

—Pues entonces permite que os invite, Hugo. Será un pequeño gesto de bienvenida para ti y de estreno para el joven.

Bruno enarcó las cejas. Aquel británico era un fanfarrón. Cómo se notaba que le sobraba el dinero.

—Te lo agradezco de veras, Alister —dijo don Hugo con una sonrisilla de circunstancias—, pero eso es algo que me corresponde a mí, puesto que es la primera vez del chico y es mi sobrino.

Louper sonrió mostrando sus blancos dientes.

—No admito discusión alguna, Hugo. A divertirse. Buenas noches, caballeros.

Y se alejó sin dar lugar a más réplicas. Don Hugo meneó la cabeza sonriendo la testarudez de su amigo.

—Ya sabe, mozalbete, si quiere repetir, todavía está a tiempo. Pero, primero, echemos un vistazo a este extraño teatro. Debo confesar que hasta ahora no he logrado encontrar nada que tenga que ver con las víctimas.

Bruno apretó los labios con una mueca de desaliento. Le dio la impresión de que aquel prostíbulo nada tenía que ver con el caso, y que la única coincidencia con la libélula azul era meramente el nombre. Se había equivocado al creerlo. Aun así, se paseó por aquel estrafalario escenario en busca de cualquier minucia que llamara su atención. Don Hugo también hizo lo propio.

Ambos se pasaron más de veinte minutos husmeando sin resultados.

Hugo miró al techo. Aguzó la vista. La escasa luz apenas le iluminaba.

—¡Eureka! —exclamó al tiempo que un irrefrenable cosquilleo en el estómago le hizo saltar.

Buscó a Bonaventura con la mirada. Estaba acodado en la barandilla observando la perspectiva que se le ofrecía de aquella mina sin fin. Le chistó para llamar su atención y le apremió con aspavientos.

—Creo que he encontrado algo...

Él se dio prisa en llegar y le señaló el techo abovedado.

—¡Vaya! —alabó—. ¡Qué maravilla!

Era un fresco en muy malas condiciones. A pesar de su deterioro, todavía podían distinguirse algunas de las figuras principales. Un grupo de musas retozaba con un sátiro de cuernos y perilla de chivo. Varios angelotes de dienteCILlos afilados mordían con saña los glúteos desnudos del susodicho, mientras él trataba de atrapar con un cazamariposas a una golondrina que llevaba en el pico una libélula azul. La firma del autor era ilegible.

—¿Está viendo usted lo mismo que yo? —le preguntó Bruno impacientándose.

Él asintió con la cabeza lentamente.

En ese momento llegó *madame* Baronesa, dándose garbo con un enorme abanico de plumas de avestruz en tonos púrpura.

—Así que estaban ustedes aquí... Les andaba buscando, caballeros.

—*Scusi, cara amica*. Admirábamos el fresco.

Ella echó un vistazo.

—Ah, se refieren a esto... Hace ya muchos años que fue pintado. La humedad lo

está estropeando. Es una pena porque es una preciosidad.

—*Davvero* es una obra de arte. Es por eso que tenemos curiosidad por saber quién fue el autor.

—Es obra de un antiguo cliente al que apreciaba mucho.

—Me interesaría contratarlo para que hiciese algo parecido en una sala de mi palacete, ¿sabe dónde podría hablar con él?

—No puedo transgredir las normas de esta casa: sin preguntas, sin explicaciones, total confidencialidad.

Bonaventura sacó un par de billetes de su cartera y le rozó el escote con ellos en un gesto de descaro que dejó de piedra a Bruno.

Ella se apresuró a cogerlos y se los metió entre los pechos.

—¿Para qué lo buscan en realidad? ¿Acaso tiene cuentas pendientes con la ley?

—Yo también debo hacer gala de mi discreción, *madame*, pero para su tranquilidad le diré que no somos policías.

—Está bien. Creo recordar que vivía en una pensión de la ronda de Atocha, cerca de los lavaderos de San Dámaso, pero hace unos años escuché rumores de que había muerto.

—¿Recuerda su nombre?

—Se llamaba... Max.

—¿Sin apellidos?

—Sin apellidos.

—Poca ayuda es esa...

—No tanto —señaló el fresco—. Quítele usted los cuernos y la barba al sátiro y tendrá la viva imagen de mi viejo amigo.

Bonaventura entornó los ojos intentando aguzar la vista. Por un momento, sus facciones se oscurecieron, como si, más allá del gesto diabólico de aquel sátiro, hubiera captado la identidad del hombre que se ocultaba tras aquella divinidad lasciva. El cambio en el semblante del italiano no pasó desapercibido para Bruno. Hubiera jurado que conocía al individuo caracterizado de sátiro.

Madame señaló con su abanico el fresco.

—Yo soy la musa de la izquierda, la que lleva el racimo de uvas. Max se empeñó en que posara. El muy canalla me adoraba y no paró de darme la murga hasta que accedí. ¡Ay..., qué tiempos aquellos!

—Estaba usted *bellissima* y muy propia, si me lo permite.

—Es usted muy galante, señor conde, pero sé que los años no pasan en balde. Imagínese... Ha pasado un cuarto de siglo. Ahí es nada. El tiempo es un odioso ladrón.

Bonaventura le tomó la mano y se la besó.

—Con todos mis respetos, está usted estupenda, *cara mia*.

Ella dejó escapar una risa cantarina llena de coquetería y proposiciones. No cayeron en saco roto. El italiano hizo un significativo gesto a Bruno para que los

dejara a solas.

Salió de allí casi de puntillas. La carne era débil, qué gran verdad. Subió por la escalera de caracol que daba a la última habitación de un largo corredor de la primera planta. Se encaminó al salón principal en busca de alguna copa de *champagne* y algo de picar. Se le había abierto el apetito después de tantas emociones y descubrimientos. La noche daba a su fin, dejándoles una nueva pista en torno al caso. No podía ser ninguna casualidad. Una golondrina y una libélula. Era muy vaga, sí, pero tal vez podrían dar con algo más sólido cuando comprobaran la identidad de aquel pintor.

Según caminaba por el pasillo para tomar las escaleras, se topó de frente con el prometido de la señorita Sofía. Y no estaba de muy buenas pulgas. Una prostituta acababa de echarle a empujones de uno de los cuartos. Se fijó en que la muchacha tenía un ojo morado.

—¡Márchate de una vez, maldita sea! —gritó la chica al tiempo que cerraba de un portazo y echaba el pestillo.

Él se tambaleó con torpeza, pero no se cayó al suelo. Estaba tan borracho que apenas podía hablar.

—¿Qué demonios te pasa, mujer? —increpó él dando golpes en la hoja de madera—. ¡Abre la condenada puerta!

—¡Vete al infierno! —vociferó ella desde el interior.

—¡Que abras te digo!

—¡Largo de aquí, cabrón!

—¡Putas! ¡Juro que me las pagarás!

Dio un último manotazo a la puerta y se dio la vuelta. Fue cuando se percató de la presencia de Bruno. Le miró de arriba abajo con una áspera mueca de desprecio.

—Vaya con el aprendiz de enterrador... —soltó con el rostro congestionado—, las matas callando. ¿No te advirtió tu mamaíta que estos putiferios no son buenos para la salud?

Le pasó el brazo por el hombro con un gesto paternalista. Apeataba a alcohol y a sudor.

—Chico... —prosiguió con los ojos entornados—, márchate ahora que todavía estás a tiempo. Aquí se entra inocente y se sale corrompido hasta el tuétano. ¡Todas las mujeres son unas zorras, sean putas o no! ¡Solo se acuestan con uno si les enseñan un buen fajo de billetes!

Las dos últimas frases no iban dirigidas a él. Las gritó para que atravesaran las paredes y la puerta cerrada a cal y canto. Bruno tuvo que sujetarlo por las axilas para que no se cayera de bruces.

—No creas que me chupo el dedo, sepulturero... —le susurró prácticamente en el oído—. Sé que andas tras el culito prieto de mi novia. Aleja tus sucias manos de ella o te despelleja...

No terminó la frase. Se desvaneció. Varios de sus amigos llegaron al oír las voces

y le ayudaron a sostenerlo. Entre cuatro le sacaron del establecimiento.

Sintió una inmensa piedad hacia la señorita Sofía. Dudó si debería o no contarle en qué menesteres se ocupaba aquel donjuán de pacotilla. No le cabía en la cabeza que su señor padre no se hubiera preocupado de comprobar a qué dedicaba el tiempo libre su futuro yerno.

Bruno esperó pacientemente a que regresara el italiano de su *affaire* con *madame* Baronesa. Cuando llegó estaba de excelente humor. Le indicó que ya era la hora convenida para irse. La calesa los estaría esperando en la calle Bordadores. Estaba lo bastante retirada del prostíbulo como para que el bueno de Pedro no sospechara. No era que don Hugo dudara de su discreción, sino que eludió hacerlo por seguridad, para que sus huellas fueran lo más veladas posible.

Pedro iba impecable, con librea de luto y el sombrero de copa. Había elegido una de las carrozas de gala de acompañamiento de la funeraria, digna de un entierro de primera. Los caballos iban ricamente enjaezados con cascabeles mudos, y el alto pescante estaba cubierto por un paño de terciopelo negro.

—Buenos días, señores —saludó abriéndoles la portezuela—. Les he dejado dentro del coche una cesta con un termo de café y bizcocho recién horneado. Mi mujer pensó que les apetecería un buen desayuno.

—Muchas gracias, Pedro. Mercedes siempre tan atenta. Daremos buena cuenta de ello. No olvide darle las gracias de nuestra parte.

Tras acomodarse y antes de que la modorra se adueñara de ellos, Bruno decidió exigir al italiano una respuesta sobre la identidad del sátiro del fresco que habían encontrado en la tétrica bodega. Le daba en la nariz que él jamás iba a revelárselo de buen grado. ¿Qué ocultaba?

—¡No más secretos, don Hugo! Usted sabe quién es ese pintor. Lo conoce.

A Bonaventura le pilló desprevenido. No esperaba que el muchacho se hubiese percatado.

—No estoy del todo seguro, Bruno, es por eso que no le he dicho nada.

—¡Déjese de excusas! ¿Es que no entiende que usted podría ser el siguiente de la lista?

Él le miró con una extraña expresión.

—Yo no pertenecía a esa condenada logia. Sea cabal, jovencito. No soy portador de ninguna de sus enseñanzas herméticas ni guardo secreto alguno sobre ellos. En cuanto obtuve mi licenciatura, me marché de España. ¿Por qué tendrían que asesinarme?

—¡No lo sé! —le contestó lleno de impotencia—. Tal vez por el mero hecho de estar al corriente de su existencia.

—*Va bene*, no se sulfure. Por esa regla de tres, también deberían quitarle de en medio a usted... Pero será mejor no dejarnos llevar por la imaginación. Le contaré lo que sé sobre ese caballero. Se llama Máximo Carrubias, aunque le diré que cuando yo me marché de España él no pertenecía a la Hermandad. Tal vez ingresara después,

eso es algo que desconozco. Estudió en San Carlos. Se inclinaba más por la investigación que por la medicina en sí. Lo suyo era la histología y la química. Siempre andaba enfrascado en los trabajos que promovían en la facultad. Se codeaba con los catedráticos y obtenía las mejores menciones y puestos de ayudante, sobre todo en biología. Tenía acceso a piezas quirúrgicas y material proveniente de autopsias, también bichejos y ratones. Le encantaba rodearse de toda aquella carroña. De hecho, antes de licenciarse, logró publicar varios trabajos que le reportaron buena aceptación en los cenáculos científicos. Poseía una inteligencia privilegiada. Me atrevería a decir que era un genio.

Sacó del bolsillo del pantalón una cuartilla de papel doblada. La extendió y se la pasó a Bruno. Él la cogió con curiosidad.

—Vaya, buen boceto —le respondió Bruno al ver el dibujo del sátiro, al que había eliminado los cuernos y la barba.

—He pensado que nos servirá para encontrar la pensión donde vivía.

Bruno recapacitó unos instantes. ¿Y si Carrubias hubiese pertenecido realmente a la Hermandad? Por otro lado, el profesor Cohen era quien tenía guardada la invitación de La Libélula Azul. ¿Por qué la guardó? Ante él se abría un gran abanico de incógnitas.

—Doctor, ¿y qué papel cree usted que ocupará Carrubias en todo este asunto?

—Si le soy sincero, no tengo la menor idea. Max era un gran tipo, se dejaba querer... No tenía un real, era hijo de uno de los ordenanzas de la morgue. Aprendió rápido a escalar posiciones. Se codeaba con los niños bien de la facultad. Siempre estaba dispuesto a tutorizar a los más calaveras a cambio de una buena asignación. Todos los veranos los pasaba en Biarritz con la familia de algún compañero al que le habían quedado varias asignaturas pendientes. Les daba clase y, a cambio, vivía a cuerpo de rey a costa de estos gandules que para nada amaban la medicina, sino que solo buscaban un título universitario sin más miras que ostentarlo de cara a la galería. Los muy imbéciles creían que era una carrera fácil, pero cuando tenían que vérselas con la física y la química, les temblaban las canillas del canguelo.

Se rio casi sin ganas. Era una risa débil debida al cansancio. Se le cerraban los ojos. Bruno se apiadó de él y decidió no hacerle más preguntas. Le tapó con una de las mantas del coche y él se arrebujo también. El traqueteo monótono del carruaje les ayudó a quedarse dormidos como dos benditos pecadores.

Llegaron a Aranjuez al amanecer. La infinita calle de la Reina era una verdadera muestra del encanto que el Real Sitio regalaba a todo aquel que quisiera solazarse en su mágico paisaje. La bruma trasformaba el cobre de los álamos negros del paseo y el de los plátanos de las plazas en polvo de oro suspendido en la bruma. Las puntas de lanza de la verja del Jardín del Príncipe parecían llorar por la humedad. La luz ambarina comenzaba a abrirse paso a través de la niebla y pujaba por deshacer el manto de escarcha que cubría el césped de los jardines del Palacio Real.

El sonido del Tajo los acompañó en su recorrido hasta la calle de las Cruces,

donde un hermoso robledal se abría en dos para darles paso. A través del tupido entramado de sus ramas apenas se clareaba el cielo. El fuego de las hojas alfombraba una senda sin pérdida hasta el cementerio de Santa Isabel.

Les sorprendió la larga hilera de carruajes apostados a la entrada. Apenas se podía entrar en la pequeña capilla neomudéjar donde se llevaría a cabo la misa de réquiem. Estaba atestada de gente. Don Hugo sugirió que se quedaran fuera. Desde allí llegaba la voz del mosén glosando versículos.

A Bruno, el breve panegírico le pareció algo frío. La viuda de Loreto, de riguroso luto, estaba rodeada por sus siete hijas. Un ramillete de flores tan anodinas como su augusta madre. El suegro asía a su hija por el brazo. Le pareció una pulga intentando sujetar un san bernardo. Le sacaba dos cabezas.

Se colocaron de espaldas a la cripta donde iba a ser depositado el féretro para tener una panorámica perfecta de la entrada al recinto. Los ojos de Bruno buscaban a cualquier individuo que le pareciese extraño. Pero aquello resultó una ardua tarea, los rostros que le rodeaban eran totalmente ajenos a él. Don Hugo no tardó en hacerle partícipe de la llegada al camposanto de Alister Louper. Le dio un codazo y enarcó las cejas mientras le regalaba una mirada oblicua a su asistente. A la luz del día, aquel gigantón daba verdadero pavor. Su espesa barba negra, separada en dos guedejas, dotaba a su rostro de una sordidez impresionante.

—Si lo llegamos a saber, le hubiéramos ofrecido nuestro coche —dijo el italiano.

Louper les dirigió una sonrisilla feroz y les saludó con un discreto toque de su chistera. Ellos le devolvieron el saludo y centraron su atención en el mausoleo. El mosén acababa de terminar las últimas oraciones de despedida. Tras regar con el hisopo el ataúd, hizo una señal a la viuda para que las hijas del difunto Loreto depositaran las flores sobre la tapadera. Fueron desfilando, una por una, ante la caja. Todas las miradas se centraban en la desgarradora escena. Bruno elevó la suya hasta la verja de entrada y fue cuando el corazón casi se le sale del pecho. A pocos metros, divisó al extraño grupillo que también pudo ver en el entierro de Olmedo: el misterioso caballero que iba en silla de ruedas, su enfermera y el lacayo de porte marcial. Estaban parapetados tras una doble sepultura donde dos ángeles se abrazaban llorosos a sus cruces. El señor impedido iba tapado hasta las orejas con una manta. Llevaba un enorme sombrero de ala ancha y lentes de cristales ahumados, como la primera vez que le vio. Recordó que *frau* Rosebaum también se fijó en el detalle de las gafas cuando le contó a Bruno que ambos caballeros habían estado en la tienda de curiosidades minutos antes de la muerte del profesor Cohen.

Intentó disimular su interés hacia ellos. En breves minutos, los operarios introducirían el ataúd en uno de los nichos del panteón y la ceremonia habría concluido. Tendría que actuar con rapidez si quería descubrir quién era ese caballero tan reservado con su identidad.

Aprovechó el revuelo del momento para escabullirse sin que el italiano se percatara. Intentó ser rápido, pues él no tardaría en darse cuenta de su ausencia.

Cuando rebasó varias hileras de sepulturas, corrió agachado hasta donde estaba el misterioso personaje. Tuvo que dar un gran rodeo para que no se dieran cuenta de su acercamiento, pero, cuando quiso llegar, ya habían abandonado el cementerio. Era evidente que le habían visto. Les fue a la zaga lo más aprisa que pudo. No estaba dispuesto a dejar que se marcharan sin más.

Por suerte para ellos, el cementerio era pequeño. Cuando Bruno logró cruzar la verja de entrada, vio cómo la puerta de una calesa se cerraba y emprendía la marcha.

Maldijo su suerte. Se quedó en medio del paseo con dos palmos de narices.

Un mendigo, de los que andaban por allí pidiendo limosna, se le acercó por detrás. Bruno se sobresaltó al escuchar su voz.

—¿Es usted Bruno Moreto?

—Así es.

Extendió su mano hacia él y le entregó una carta lacrada.

—El señor de la silla de ruedas me dio esto para usted. Me dijo que le advirtiera al señorito que debía guardar secreto absoluto sobre la carta y las instrucciones.

Bruno hizo un gesto de extrañeza. ¿Instrucciones?

—¿Y no le dio su nombre?

—No, señorito.

Sacó el monedero para ofrecerle unas monedas por las molestias. Le dio las gracias y el hombre se alejó.

Iba a abrir aquella enigmática misiva allí mismo, pero vio cómo se acercaba don Hugo. Había tardado poco en darse cuenta de su fuga. Por el momento, le pareció más acertado guardarse el sobre en el bolsillo, dada la advertencia del remitente. Le supo mal. Aquella carta le estaba quemando el pecho.

—¿Ha visto usted a algún tipo sospechoso? —le preguntó Bonaventura.

—Era el caballero de la silla de ruedas que vi en el entierro de Olmedo. No he llegado a tiempo para darle alcance.

El italiano se mostró perplejo.

—Vaya... *Porca miseria!* ¿Quién demonios será? —Oteó la lejanía con los ojos entornados—. Mejor volvamos. Hay una buena cola para el pésame. Me da la impresión de que han acudido al entierro todos los habitantes de Aranjuez. Creo que habrá un pequeño ágape de duelo en casa de los Alcántara. Sería aconsejable que acudiéramos. No nos quedaremos mucho tiempo, el viaje de vuelta es largo y necesitamos descansar. He pensado que esta tarde podríamos acercarnos a la ronda de Atocha para ver si damos con la pensión donde vivía Max.

Bruno asintió. Estaba deseando saber el rumbo que tomaría esa nueva pista.

Tal como habían calculado, se quedaron lo justo en el palacete de los Alcántara; una villa hermosa, de estilo neoclásico y bellísimos jardines. Tomaron varias copas de jerez, algún que otro aperitivo y se dispusieron a emprender el regreso a Madrid en cuanto presentaran sus respetos a la familia. La viuda no perdió oportunidad para preguntar en un aparte si el italiano había averiguado algo ya sobre la muerte de su

marido.

—Estamos en el buen camino, señora de Loreto. Precisamente regresamos a Madrid para proseguir con nuestras pesquisas. Pero, dígame, ¿se ha puesto ya en contacto con usted la policía?

—Sí. Han vuelto a interrogarnos a mi padre y a mí. Les he dicho que yo no sé nada de ese feo asunto de la venta de recién nacidos. Es una sucia calumnia para hundir todavía más la memoria de mi difunto esposo y el poco prestigio que le queda ya a mi padre. Esos policías no han dudado en poner patas arriba el hotelito que tenemos en el bulevar Narváez y todas las dependencias de la clínica. A Dios gracias, no han encontrado nada de lo que buscaban, pero muchos de los pacientes se han marchado escandalizados y han dado de baja sus pólizas. Estamos en boca de medio Madrid. Si no fuese por los buenos amigos que tiene mi padre aquí en Aranjuez, hubiese sido un triste entierro.

—Lamento que su familia se haya visto envuelta en este turbio asunto, señora de Loreto.

—Yo lo siento por mi padre, no da crédito el pobrecillo. Espero con anhelo que dé usted con el individuo que está detrás de todo este embrollo. Tengo siete hijas que casar, señor conde. Ningún buen partido querrá emparentar con una familia cuya honra está en entredicho. —Le agarró las manos en un arrebato de sinceridad. En su rostro se dibujó una mueca entre la rabia y la amargura—. Ayúdeme usted a limpiar el nombre de mi marido y tendrá mi eterna gratitud.

—No hay nada que agradecer, señora de Loreto. No lo dude usted; este joven caballero y yo llegaremos al fondo de este enredo le pese a quien le pese.

Fue entonces cuando la mujer reparó en Bruno. Le miró con los ojos brillantes y le agarró las manos para darle encarecidamente las gracias. Él sintió una gran conmiseración por ella. En cierto modo, a ambos los unía la misma impotencia ante la absurda pérdida de aquellos a los que habían amado.

El viaje de vuelta fue un duermevela extraño y plagado de malos sueños para Bruno. Nada más llegar a La Luz de Helios, se retiró a su cuarto con la excusa de dar una cabezada. No olvidaba que llevaba en el bolsillo la misiva del hombre de la silla de ruedas. Cerró con pestillo y se apresuró a desvelar el misterio.

Sus ansias no le dejaron reparar apenas en el lacre. Era un hermoso sello con un escudo nobiliario. Cogió el abrecartas y lo separó con limpieza del robusto papel. Le pareció un pergamino antiguo, de alto gramaje. Lo acercó a la luz de la ventana y pasó a leerlo con avidez.

Señor Moreto:

Sé que está investigando los extraños suicidios de los antiguos alumnos de la Facultad de Medicina de San Carlos. Tengo información relevante al respecto que me gustaría compartir con usted.

Si acepta esta invitación, deberá personarse en la fuente del Ángel Caído, en el Parque del Buen Retiro, el próximo miércoles a las seis de la tarde. Un carruaje le estará esperando. Mi asistente personal, *herr* Krauser, le acompañará hasta el lugar de nuestra reunión. Para ello será imprescindible

que acceda a taparse los ojos. Es solo un mero formalismo de seguridad.
Espero de usted su total discreción.

Atentamente,
Edmundo Dantés

Bruno, sorprendido, la volvió a leer.

—Edmundo Dantés... —repitió.

Puestos a añadir una dosis extra de suspense, cuán enigmático sonaba aquel alias y a la vez qué extraña familiaridad venía asociada a él. Se moría por saber quién se ocultaba detrás de ese accesible seudónimo. Tuvo que reconocer que el excéntrico caballero de la silla de ruedas se había ganado a pulso el ocupar uno de los primeros puestos en su lista de pendientes. No veía la hora de acudir a aquella cita. Las perspectivas que ofrecía se le hacían un mundo.

Ya con más calma, palpó a conciencia el pergamino. Estaba flexible, como si hubiese absorbido cierta humedad. Los trazos de la tinta escondían varios datos. Quien había escrito el mensaje era zurdo y había usado una pluma de ave recién recortada, dados los arañazos que presentaban los elegantes caracteres. Un tipo anacrónico, sin duda. Se lo acercó a la nariz y enseguida percibió un ligero rastro balsámico. Podría tratarse de mentol con leves trazos de éter.

Ocultó aquella carta en el hueco de uno de los ladrillos del tiro de la chimenea. Allí estaría a buen recaudo.

Se tumbó sobre la cama e intentó dormir un poco, pero le fue imposible. ¿Quién en su sano juicio podría haber pegado un ojo? Aquel alias no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Después de media hora decidió levantarse y tomar un baño.

Cuando Bonaventura terminó la siesta, Bruno ya estaba preparado para salir y, cómo no, se había leído varios capítulos de *El conde de Montecristo*. Más que leer, rememoró. Fue su libro de cabecera durante gran parte de su adolescencia.

Salieron a primera hora de la tarde hacia la ronda de Atocha. Cogieron un tranvía.

Según los datos que les había proporcionado *madame* Baronesa, la pensión en cuestión no podía ser otra que un humilde inmueble cercano a los lavaderos de San Dámaso y a poco más de una manzana de donde se alzaba el Hospital General, en cuyos bajos se ubicaban algunas aulas destinadas a la enseñanza de Medicina y el depósito de cadáveres.

Pasaron a un pequeño patio que daba a un edificio de dos alturas con buhardilla. La entrada al portal estaba abierta. En el bajo había dos puertas con sendos letreros donde ponía «Pensión Pacita». La de la izquierda se abrió en ese justo momento y salió una chiquilla, escoba en ristre. Tras saludarla, don Hugo le preguntó por la casera.

—No está, se ha ido a comprar a la plaza.

—¿Y sabes cuándo volverá?

Ella se encogió de hombros.

—*Va usted* a saber, cuando se las pira no se acuerda de volver.

Agarró la escoba y salió afuera a barrer las escaleras de entrada.

Ya se iban cuando se toparon con una anciana elegantemente vestida. Llevaba un sombrero de enormes dimensiones que lucía un pájaro disecado y un vestido de buena seda, pero que había vivido mejores tiempos. Se dirigió a ellos sin mediar saludo alguno y en un tono de suspiro, casi inaudible.

—¿Buscan ustedes a alguien?

Don Hugo sacó del bolsillo el retrato de Máximo Carrubias y se lo mostró. Ella lo

miró a través de sus impertinentes con gran interés.

—Este señor ya hace mucho que no vive aquí...

Ambos la miraron anonadados.

—¿Lo conoció usted? —le preguntó Bonaventura en el mismo tono de secretismo.

La anciana asintió con vehemencia mientras les hacía gestos para que la siguieran hasta las escaleras.

—No quiero que me oiga la sobrina de la patrona. Llevo en esta pensión muchos años. Guardo buenos recuerdos de algunos inquilinos que pasaron por aquí, pero de este señor no. Era... raro; un hombre muy extraño. Prendió fuego a la buhardilla, ¿saben? —Hizo una pausa dramática, como a la espera de la reacción de ambos—. Pero vengan ustedes a mi cuarto. Aquí las paredes oyen. No quiero líos con la sobrina de doña Paz. Tiene muy mala uva y luego se desquita escupiéndome en el plato de comida. Soy huésped a media pensión, ¿saben?

Puso pies en polvorosa hasta las escaleras que llevaban al primer piso. Sus enaguas crujían a cualquier movimiento. De vez en cuando volvía la cabeza y los animaba a que la siguieran.

—Pongan cuidado al andar, caballeros. Las baldosas están despegadas y pueden romperse la crisma. Todo el edificio está igual de ruinoso. La patrona no se gasta un real en arreglarlo. Es todo suyo, desde la planta baja hasta las buhardillas. Cuanto más tiene, más quiere.

Les señaló una puerta al fondo del pasillo. Antes de invitarlos a pasar miró a un lado y a otro, como si temiera que alguien la descubriera llevándose compañía masculina a su alcoba.

Se sentaron en unos butacones alrededor de una mesa camilla, en cuyos bajos había un brasero de picón encendido.

—Imagino que les apetecerá una taza de café con el día tan frío que hace, señores. Acabo de hacerlo, seguro que todavía está caliente.

Lo sirvió en un servicio de porcelana desconchada y les trajo algunas pastas en una bandeja de alpaca sin lustre alguno.

—Tome usted una pastita, joven, que está en edad de crecer —le dijo la mujer.

Bruno cogió una y, antes de que llegara a su boca, un olor penetrante a naftalina se le clavó en el paladar. Aquellas pastas tenían más años que algunas de las antigüedades de su maestro. Aprovechó un descuido de la anciana para escupir el trozo en un pañuelo y esconderlo con disimulo en el bolsillo de su levita. Bonaventura ni las tocó. El *gentiluomo* no era tonto. Poseía un olfato de perdiguero y un paladar de rancio abolengo.

Ella volvió a sentarse tras dejar el azucarero en la mesa. Bruno pudo distinguir varias hormigas entre los terrones de azúcar. La anciana se sirvió tres y se entretuvo en quitar las que flotaban en su café con la punta de la cucharilla, haciendo gala de una naturalidad enervante, nada acorde para el estatus que imaginó había ostentado

en otra época.

Mientras meneaba el café, prosiguió hablando.

—Discúlpennos ustedes, con todo el jaleo todavía no me he presentado. Soy la señora viuda de Velázquez y Oliveiros.

Bonaventura se apresuró a besar su mano y a presentarse como pasante y recadero de notario, respectivamente.

—*Per piacere*, señora.

—Ay, los italianos..., siempre tan dados a la galantería —dijo la mujer con una sonrisa que, muchos años ha, hubiese encandilado al más pintado—. Verá usted, como les decía, este señor vivió aquí hace lo menos veinte o veinticinco años. A veces cogía gatos callejeros y se los llevaba a la buhardilla. Los desangraba a los pobrecillos. Les ponía un montón de gomas con agujas y les sacaba toda la sangre. ¡No quieran saber cómo maullaban! Parecían criaturas arrancadas de los brazos de sus madres. Y mire usted, que Dios me perdone, pero hasta pensé que en verdad eran niños de pecho robados.

Bruno le regaló un gesto interrogante. Ella no tardó en darle respuesta.

—Yo misma vi, con estos ojos que ha de comerse la tierra, cómo miraba aquel sátiro a la recién nacida del tercero interior izquierda. ¡La miraba como solo puede mirar una mujer yerma! ¡Con codicia y envidia al mismo tiempo! Por eso, cuando las niñas del colmado desaparecieron, sospeché de él.

Ambos enarcaron las cejas.

—¿Hubo un secuestro en este edificio? —preguntó Bonaventura.

—No, señor. En la pensión no. A las que robaron fueron a las gemelas de los ultramarinos de enfrente. Unas muñequitas de porcelana, rubias y de ojos azules. Creo que no tenían los dos años todavía.

—¿Y qué recuerda usted de aquello?

—Pues que las nenas estaban jugando a la puerta de la tienda cuando de repente desaparecieron sin más. Mire usted si ha pasado tiempo desde entonces y no se ha sabido nada de ellas. Los dueños del colmado eran extremeños. No llevaban aquí ni seis meses, pero este señor hizo amistad con ellos enseguida. Les compraba los garrafones de vino vacíos. Los quería para meter la sangre de los mininos.

—Perdone —intervino Bruno realmente extrañado—, pero ¿para qué cree usted que quería la sangre de los gatos?

—Pues para bebérsela, ¿para qué la iba a querer si no?

Le dejó de una pieza.

—Sí, joven, no se extrañe usted tanto. Padecía una rara enfermedad y decía que la sangre era para él igual que una receta galena. No es tan chocante como parece, la gente hace cola en el matadero para que le den un vaso de sangre de cerdo o de cordero. Dicen que es mano de santo para la anemia. ¿Usted no la ha probado nunca? Pues se la recomiendo, siempre y cuando se la beba bien calentita.

Bruno reprimió una sonrisa afilada al mirar por el rabillo del ojo la expresión de

escepticismo de don Hugo.

—Y dígame, buena mujer, ¿sabe si este señor se dedicaba a pintar cuadros? ¿Era artista?

—¡Quite! ¡Un pintamonas sin talento alguno, eso es lo que era! A lo que en verdad se dedicaba era a dar clases particulares a los gandules de la Facultad de Medicina y también a hacer experimentos.

Bonaventura y Bruno cruzaron una mirada cómplice. Ella se hizo de rogar, sabedora de ser el centro de atención. Se sirvió un poco más de café y tomó una de las pastas, la cual acometió sin miramientos.

—Tenía el cuarto lleno de redomas y espirales, ¿saben? Y calentaba cosas raras en los mecheros. También usaba un artilugio parecido a un antejo. No sé qué vería por ahí, pero se tiraba las horas muertas con el ojo pegado a ese tubo de metal. Lo único bueno es que criaba golondrinas. Pero creo que las quería para alimentar a los gatos y que estos no se comieran a los ratones que tenía en unas jaulas. Más de una vez se le escapó alguno y me llevé un buen susto. Eran blancos con los ojos muy rojos. ¡Qué asco me daban!

—¿Golondrinas, dice usted? —cuestionó Bruno sin poder evitar un pálpito.

—Sí. Les daba de comer insectos que guardaba en frascos de cristal: libélulas, moscas...

El italiano le clavó una mirada torva.

—Sí, señores. Ya sé que suena raro, pero pagaba a los chiquillos del barrio para que se los cazaran en la orilla del río.

Él asintió con los ojillos entornados.

—¿Y lo del incendio? —preguntó.

—Eso ocurrió el mismo día de la desaparición de las niñas del colmado. Llamaron a la policía y se personó en la pensión para interrogar al personal por si alguien había visto a algún extraño merodeando por los contornos. Creo que el muy crápula tuvo miedo de que los guardias encontraran todos esos cachivaches que tenía allí dentro y, ni corto ni perezoso, pegó fuego a la buhardilla. Por suerte, el Cuerpo de Bomberos pudo atajar el incendio a tiempo. Nadie resultó herido y los daños fueron mínimos. Él huyó por una de las ventanas del sotabanco y se encaramó al tejado. Quiso escaparse por allí, pero los guardias lograron prenderlo.

—Díganos, ¿y sabe qué fue de él?

—Bueno, días después supimos que lo habían encerrado en el manicomio de Leganés. Estaba como una cabra. Imagino que allí seguirá, Dios mediante, si es que no ha muerto.

Dios y ayuda fue lo que necesitaron para salir del hogar de aquella buena mujer. Estaba empeñada en mostrarles sus álbumes de recortes y recuerdos y en darles los detalles escabrosos de todos los inquilinos de la pensión. Bruno pensó que las hormigas que pernoctaban en su azucarero, sin duda, le otorgaban esa verborrea inagotable. ¿Segregarían alguna sustancia alcaloide?

Don Hugo logró disuadirla de que los acompañara hasta la mismísima entrada del portal, aludiendo a que sería mejor evitar que fuese descubierta por la sobrina de la casera. «Diablo de mujer..., *non ha smesso di parlare un secondo*», rezongó con los ojos en blanco.

Al salir ya era de noche. Un cielo púrpura se reflejaba en los cristales cenicientos del arco de metal de la Estación del Mediodía. Los aromas de un Madrid que anocheía los envolvieron con la misma familiaridad de una lluvia benigna. Las calles se llenaron de baratijas y voces. Trileros, ropavejeros, carros de mano, baratilleros... Contrastes de luz y sombra de una ciudad que se desangraba en los arrabales y revivía al calor de las elegantes farolas de gas.

Bruno no dejaba de darle vueltas a todo. Ante ellos se estaba planteando una hipótesis nada despreciable. Se sintió sobrecogido ante la magnitud de la idea a la que estaba dando forma. Si se atenía a lo que habían descubierto hasta el momento, sumado a la posibilidad de que el asesino fuese un individuo con conocimientos de cirugía, tal y como habían apuntado los de Medicina Legal, era incuestionable que existía una conexión entre los asesinatos de las niñas y, de algún modo, Máximo Carrubias.

Bonaventura tenía el semblante serio.

—Me pesa decir esto, pero creo que es nuestro hombre, Bruno. Todo encaja: las golondrinas, las libélulas, la extraña desaparición de esas niñas...

—Eso parece.

—Es ineludible que actuemos con rapidez. Necesitamos saber su paradero actual. Lo mejor será personarnos cuanto antes en el manicomio de Leganés, aunque no creo que esté allí a estas alturas. Han pasado muchos años, lo más seguro es que le dieran el alta. De ser así deberá constar su domicilio actual o el de la persona que se haya hecho cargo de él.

Su mirada se perdió en la lejanía.

—Iremos mañana mismo... No hay que dejar que esta pista se enfríe.

Hablaban del cielo velazqueño de Madrid, de su hermosura, pero en el pueblo de Leganés el amanecer era una bocanada de fuego que se diluía en un torrente de luz distinto a todos. Los tonos cobrizos se fundían con los púrpuras en remolinos de una simpleza sin par. La trillada de mies era un espejo donde verlos duplicados y las ermitas que salían al paso, un espejismo diluyéndose en la línea del horizonte.

Desayunaron en el Café Nacional, en la plaza de España, donde los había dejado el tranvía. Al salir, las calles ya eran un bullir de gente. Muchos eran militares del cercano Cuartel de Saboya disfrutando del día festivo en Leganés. A Bruno le llamó la atención un nutrido corrillo que se arremolinaba alrededor de un contador de historias. Con coplas de ciego señalaba con un puntero escenas dibujadas en un cartelón pegado a dos largos palos, apoyados contra la pared de una bodega.

Fue sencillo que les indicaran el camino que llevaba hasta el manicomio. Todo el mundo estaba al tanto de cuál era su ubicación: en el barrio de los Frailes. Anduvieron casi paseando, saboreando el sol de la mañana y el rebufo del aire que les regalaba el olor de la era.

El edificio en cuestión parecía una figura alegórica, una sombra atemporal entre los carrizos y las amapolas. Todavía conservaba la impronta del palacio neomudéjar que fue tiempo atrás. Había pertenecido a los Medinaceli.

Un sentimiento de pérdida embargó a Bruno por completo al llegar a las verjas de entrada. Sintió que el tiempo no tenía edad tras rebasar esa frontera que separaba a los locos de los cuerdos. Miró la sencilla chapa redonda donde rezaba: «Casa Santa Isabel», pero su verdadero nombre era «Casa de dementes de Santa Isabel». Dos edificios austeros, rectangulares, separados entre sí tan solo por unos pocos metros de tierra, en cuyo fondo se alzaba victoriosa una capilla.

—Parece que en este país no tengan más nombres que imponer a las instituciones. Es obsesivo —masculló el italiano.

El portero, desde detrás de la verja, les preguntó el motivo de su visita.

—Somos médicos de Madrid y quisiéramos ver al director. Necesitamos hablar con él sobre un interno —dijo escuetamente Bonaventura, cuyos ojos se perdían en la profundidad del estrecho patio.

—El doctor Sinarro Lacabra no está, hoy es festivo, pero veré si puede recibirles el médico de guardia porque queda poco para la ronda y no sé cómo andará de tiempo.

No tuvieron que esperar demasiado, al poco ya estaba de regreso.

—El doctor Cifuentes les recibirá. Acompañenme ustedes si son tan amables.

Los guio hasta el edificio izquierdo. Los dos inmuebles eran de la misma altura:

una planta baja, una primera y las buhardillas. Según les informó el portero, ambos pabellones se unían a través de una galería porticada, a la cual se podía acceder también por varias escaleras exteriores.

El hombre llamó con los nudillos a una de las puertas y abrió seguidamente.

—Doctor, aquí le traigo a los médicos.

—Hágalos pasar, Mateo.

Tras el turno de presentaciones, les ofreció asiento en dos sillas que había frente a su escritorio.

—Ustedes dirán en qué puedo servirles.

—Verá, queríamos saber si les consta como paciente el doctor Máximo Carrubias. Es compañero de facultad y le perdí el rastro hace años. Nos han dicho que podría estar aquí ingresado.

El doctor asintió con vehemencia.

—Carrubias es prácticamente una institución en Santa Isabel. Lleva aquí más de un cuarto de siglo.

—¿Veinticinco años? —cuestionó el italiano—. ¿No ha salido jamás de aquí en todo este tiempo?

Cifuentes procedió a buscar en un fichero. Inspeccionó varios antes de coger una carpeta.

—Pues según los informes, no. Aquí tengo su cartilla. Está ingresado en una de las habitaciones de «pensionistas distinguidos».

—O sea, que es un paciente de pago —corroboró el italiano.

—En efecto. Dos mil reales al mes. Trato preferente. Ya sabe, menú completo y un cuarto individual amueblado, amén de escusados y sala de juegos comunes. También tiene autorización para tareas de jardinería.

—Permítame que le haga una pregunta un tanto incómoda... ¿Quién paga las mensualidades del paciente? Porque si lleva ingresado tantos años, el montante total es respetable. Me consta que el doctor Carrubias no tenía posibles. Era instructor particular y no poseía ni casa propia. Vivía en una pensión.

Cifuentes cabeceó con una sonrisa astuta.

—Aquí más de uno se hace la misma pregunta, pero me temo que no tengo la menor idea de quién es el pagador. Cada primero de mes llega un sobre con el importe en metálico de la mensualidad y una cantidad para sus gastos particulares. Lo trae en persona un empleado de un banco de Madrid y se lo entrega a la hermana superiora. A cambio, ella le da un recibo y el informe mensual del estado de salud del paciente. Es una de las condiciones que exigió el pagador.

—¿Y nadie ha interrogado al chupatintas para saber quién es ese buen samaritano?

—Tengo entendido que este tiene órdenes estrictas de no aludir al susodicho. Como comprenderá, a la dirección de esta casa lo único que le importa es que alguien abone la factura. Muchos de los que ingresan en un principio como pensionistas

acaban como pobres con cargo a la Beneficencia. Sus familias se cansan de pagar en cuanto llevan aquí unos meses. Se olvidan de ellos como de los trastos viejos. Así son las cosas, doctor Bonaventura. Tenemos demasiados pacientes incurables y, si se produce alguna alta, se cubre a las pocas horas. Tal es la demanda de camas.

Don Hugo cabeceó.

—¿Y qué tal se encuentra nuestro buen amigo? ¿Qué mal le aflige?

—Fue diagnosticado en su momento de esquizofrenia paranoide. Está clasificado como incurable. Tiene episodios constantes. Refiere alucinaciones, voces que le ordenan hacer cosas, e incluso a veces se vuelve bastante violento.

—¿Violento? —espetó Bonaventura—. Vaya, es cierto que siempre fue bastante excéntrico, pero de ahí a tacharlo de alienado y encima violento.

—Me temo que la enfermedad les cambia el carácter completamente. Pero, en fin, que en el momento actual está recuperándose de una catatonía. Está saliendo de ella, pero con mucha lentitud.

—¿Y vamos a poder verle?

—Verán, al pie de su informe hay una nota donde pone que el doctor tiene prohibidas las visitas y los permisos de fin de semana. Debería consultarlo con la hermana superiora.

Ambos se mostraron asombrados.

—¿Quiere dar a entender que el doctor jamás ha recibido visitas ni ha salido de Santa Isabel, tan siquiera a dar un paseo supervisado? —cuestionó don Hugo.

—Eso parece. Aunque, si les soy sincero, tampoco entiendo la razón. No es un paciente especialmente problemático.

—No creo que una corta visita le perjudique. Conozco al doctor Sinarro Lacabra, es catedrático en San Carlos, seguro que él daría su aprobación si yo se lo pidiera.

A Bruno le sonó a embuste calculado. Seguro que el italiano no conocía a ese doctor ni de oídas. Cifuentes pareció meditar aquello.

—Está bien, haré la vista gorda por aquello de que son ustedes colegas. Daremos al asunto un carácter profesional y, de paso, comprobaremos cómo se comporta su amigo ante personas conocidas. Van a tener suerte porque él se muestra bastante receptivo en estos momentos. Digamos que es capaz de contestar a las preguntas con respuestas breves y más o menos coherentes.

Salieron al exterior a través de la galería porticada y los condujo hasta una cuadrícula ajardinada y vallada, que llamó «patio de los tranquilos». Allí pudieron observar a varios pacientes que permanecían estáticos, en la misma posición, sin mover un solo músculo.

—Como verán, a los «hombres estatua» se les distingue con gran facilidad.

Según les explicó Cifuentes, estos enfermos podían permanecer en la misma postura durante todo el día. Otros, según las distintas fases, se autolesionaban introduciéndose en el cuerpo objetos cortantes, incluso podían llegar a seccionarse los genitales. Algunos aleteaban los brazos como pájaros y los más parecían ser

insensibles al frío, a la lluvia o a cualquier estímulo exterior. En muchos de los casos contraían las facciones con un «espasmo de hocico» o «labio de mono», una mueca como si estuvieran dando un beso exagerado.

—Se cree que se retrotraen a un estado primigenio de simio. Son fases por las que pasan un gran porcentaje de ellos.

Llevaban uniforme, una chaqueta de paño oscuro en cuyas solapas granates podían apreciarse las iniciales M. L. (Manicomio de Leganés) en metal dorado. Los adultos usaban sombrero hongo y los más jóvenes una gorrilla azul. En otro de los patios, pudieron ver que las mujeres también iban uniformadas con un vestido de percal negro, toquilla y un pañuelo a la cabeza.

—Si se fijan ustedes, podrán apreciar que algunos tienen el rostro muy colorado. Están congestionados e hinchados, otros presentan lo que llamamos «escritura en la piel». Si marcamos con un puntero sobre la dermis, la huella persiste hasta cuarenta y ocho horas. Todavía no se ha descubierto si es un proceso originado por la postración que sufren o tiene que ver con enfermedades físicas que, al no ser tratadas, derivan en catatonía.

Permanecieron largo rato observándolos. Bruno quiso convencerse a mí mismo de que sus ojos buscaban aquellas muecas por mero interés científico y no por el morbo que venía asociado al espectáculo que suponía para muchos ver a estos alienados. Su empatía le estaba traicionando. Sintió su profundo vacío interior, la honda melancolía que emanaba de sus espíritus. Estaban deshilvanados del hilo de la vida.

—Prosigamos —les indicó el doctor señalándoles el pabellón derecho.

Pasaron por el dormitorio de pobres «tranquilos». Luego estaba la hilera de los aislados. A Bruno le parecieron cubículos, poco menos que calabozos sin respiración, que el propio Cifuentes llamó «jaulas». Del interior provenía un olor nauseabundo. No reprimió una mueca de profundo asco. Bonaventura le palmeó la espalda con un gesto jocoso.

—Respire hondo, Moreto. Todavía no ha visto usted nada. A estos sitios hay que venir en ayunas y habiendo hecho acto de contrición.

Cifuentes hizo alusión a la falta de agua. Disponían de varias fuentes, pero eran insuficientes para abastecer a todo el manicomio. La higiene se limitaba a un lavado de manos y rostro diarios y un baño de pies los sábados, con corte de uñas incluido. Aunque sí disponían de dos pilones y varias mangueras para dispensar duchas frías a los agitados.

Prosiguieron por la hilera de celdas. Les llamó poderosamente la atención una mujer que tenía un tubo de goma del grosor de un dedo índice metido por la nariz. Era una sonda de alimentación. Con toda seguridad se la habrían puesto ante su negativa a comer. Lo curioso era que no intentaba quitársela aun teniendo las manos libres. Sus brazos estaban extendidos en forma de cruz. Parecía una marioneta inmóvil cuyos hilos se hubieran enredado. También sufría catatonía.

Hasta ellos llegaban gritos desgarrados, insultos, voces que se entremezclaban

unas con otras regalándoles historias desgarradoras de muertes, duelos y asesinatos. Las más alegaban cordura e inocencia ante un imaginario juez o demandaban cuchillos con los que dar muerte a los demonios inexistentes que los perseguían. Eran los «locuaces furiosos», alienados que se veían inmersos en su propia psicosis.

Dejaron atrás las jaulas de aislamiento y, casi al final del ala, llegaron a la sala de pensionistas distinguidos. Bruno respiró hondo, sin poder disimular el alivio. Parecía que hubieran arribado en un universo distinto. Un mundo más acogedor, donde dos mesas de billar le retrotraían a uno hasta un supuesto club de caballeros. Allí los pacientes vestían con ropa elegante, nada de uniformes.

—Ya hemos llegado. Se me olvidaba decirles que tendrán que perdonar el estado de la habitación. El doctor tiene por costumbre escribir en las paredes. De nada vale encalarlas, él vuelve a emborronarlas. Hemos intentado quitarle los lapiceros, pero usa cualquier cosa para seguir con esa obsesión. Ha llegado a echar mano de sus propias heces e incluso de su sangre. Es por eso que le tenemos surtido de lapiceros. Es el único modo de que no lleve a cabo esas cochinas. —Abrió la puerta—. Ahí le tienen ustedes.

Los ojos de Bruno le buscaron entre los haces de luz que se colaban por la reja de la ventana. Eran tan densos que aquella claridad le pareció la dueña de la sombra que se recortaba al contraluz.

Se acercaron lentamente mientras el doctor Cifuentes le saludaba e iba poniéndole al día sobre la visita. Al mirar a aquel hombre a los ojos, Bruno no pudo reprimir un escalofrío.

Eran dos cuévanos de agua, tan oscuros y profundos como el alma de un pecador.

—Será mejor que les deje a solas. Cojan ustedes unas sillas, estarán más cómodos —dijo Cifuentes señalando varias que había en un rincón—. Estaré haciendo la ronda por las habitaciones contiguas. Cuando hayan terminado, avisen al enfermero que vigila los pasillos y él me buscará. No se alarguen mucho, podría tener problemas si la hermana superiora se entera de que les he permitido ver al paciente. Es muy estricta.

Ambos se sentaron frente al enfermo y Bonaventura buscó la mirada de su antiguo compañero.

—Máximo, soy Bonaventura. Y este joven es Bruno Moreto, el pupilo de mi hermano Olmedo.

El hombre ni siquiera le miró. Sus ojos estaban fijos en un punto indefinible. Sin embargo, en cuanto el doctor Cifuentes cerró la puerta tras de sí, pareció volver a la vida. Miró a Bruno con una vaga curiosidad. Él se sintió sobrecogido. Jamás en su vida había percibido tanto vacío interior al mirar a los ojos de un vivo. En sus extrañas pupilas pudo palpar el tormento indescriptible de un alma antigua. Por unos instantes anheló los ojos hueros de los muertos. Cualquiera de ellos le hubiese dado menos pavor. Se lamió los labios nervioso. Ante su sorpresa, el hombrecillo realizó el mismo gesto que él. Se pasó los dedos por el flequillo para comprobar si aquella

mímica había sido fruto de la casualidad. Carrubias realizó el mismo movimiento. Luego le miró fijamente como si en ese preciso instante acabara de darse cuenta de la presencia del joven, y le tomó de las manos con toda familiaridad. Eran puro hielo. Un escalofrío le recorrió la columna. Intentó zafarse de ellas, de esa sacudida oscura que su contacto le producía; pero sus dedos habían aprisionado los suyos con tanta fuerza que Bruno temió hacerle daño si intentaba rehuir su contacto.

—Sé a qué has venido, muchacho zurdo —le susurró—, has encontrado la libélula azul y buscas respuestas. Ten cuidado porque Él lo sabe y te robará lo que más amas... Se lo llevará a su mundo de oscuridad...

—¿Quién es Él?

—Pronto lo sabrás. Te quiere entre sus filas. No dejes que te confunda, pues tiene la apariencia de un exótico ángel, pero no es sino un demonio, un ser abyecto que se nutre de muerte y destrucción. Es una fuerza de la naturaleza; una tormenta eléctrica. El rayo que cae sobre un tronco seco y desata un incendio que arrasa todo lo que toca.

Miró a Bruno con una extraña expresión, que hizo que se sintiera incómodo.

—¿Te gustan las niñas, muchacho zurdo? ¿Verdad que son adorables? ¿Te has fijado en esos vestidos de muselina que usan cuando van a misa los domingos? Debajo llevan enaguas con puntillas de batista. Pololos del más fino algodón, ribeteados por preciosos volantes y lacitos de raso. Medias tejidas por madres tan virtuosas como lo era la mía, que hilaba a la luz de un quinqué. Esas medias esconden piernas lechosas, nacaradas..., piernas creadas con piel de virgen. ¿Sabes a qué huele la piel de una virgen?

Y ante la perplejidad de Bruno y como si se hubiese desconectado un interruptor dentro de su cerebro, le ignoró y centró su atención en la persona de don Hugo.

—Olmedo, ¿eres tú, querido amigo?

El italiano le siguió el desvarío.

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije la última vez que no volvieras? Esto es el infierno. Si Él se entera de que has vuelto, tendré problemas y tú también. Te matará... Sabes que te matará... Hará que parezca un accidente o un suicidio como hizo con los otros. Tu única salvación es confesar dónde has escondido su ofrenda. Él la anhela, la necesita. Sin ella, su colección está incompleta. Devuélvele a su ángel, Olmedo. ¿Dónde lo escondiste? Se enfadó mucho cuando vio que no estaba en la fosa común.

Don Hugo entornó los ojos. Sintió un profundo pesar al escuchar sus palabras. Eran la confirmación de que su viejo amigo tenía algo que ver con los asesinatos de esas niñas, pero ¿de qué ofrenda hablaba? El asesino había recuperado a las tres últimas víctimas. Las dos que habían aparecido en la acequia del Este y a Adoración Estévez, a pesar de la vigilancia. ¿Acaso hablaba de la última víctima, la del Retiro?

—No entiendo de qué me hablas, Max.

—No te hagas el tonto conmigo —dijo con voz cavernosa—. La que te llevaste

del depósito. La «23/03/01». La sexta niña. No debiste robársela. Él pensó que yo me la había quedado para siempre, pero no lo hice. Cuando acabé con ella, la dejé junto a las jaulas de los leones para que la encontraran y el ciclo prosiguiera su curso. Las seis ofrendas deberían haber vuelto a sus manos, pero solo volvieron cinco. Eso estuvo mal, Olmedo. Fue una perrería por tu parte.

Bonaventura recapacitó unos instantes. No estaba entendiendo nada. ¿Qué demonios quería decir con eso de la jaula de los leones? Él hablaba de seis víctimas y hasta el momento solo habían encontrado cuatro.

Bruno se dejó llevar de pronto por una corazonada.

—¿En qué año estamos? —le preguntó.

—¿Ahora vas a jugar a los alienistas conmigo? —le recriminó Carrubias con una mueca aviesa y negando con el dedo índice—. Es el año de la boda real.

El italiano dirigió al muchacho una seña para que le dejara hablar a él. No quería que Máximo se fuera por otros derroteros.

—Quiero devolverle esa ofrenda, pero no sé dónde llevársela. Necesito que me ayudes, amigo mío. Dime dónde se la llevo.

Su amigo pareció meditar aquello unos instantes antes de contestarle. Luego miró temeroso hacia las paredes, como si ellas tuviesen ojos y lo vigilaran.

—No puedo... No puedo... Me matará si te lo digo —dijo con una voz distinta y crispada, casi de niño—. Será mejor que te marches. Júrame que no volverás aquí jamás. ¡Júramelo!

—Te lo juro, Max, pero antes tendrás que decirme dónde tengo que llevársela.

Carrubias, por toda respuesta, volvió a mirar con temor la pared que tenía a su espalda. Parecía un crío medroso. Cerró los ojos fuertemente y murmuró incoherencias con voz infantil.

Bonaventura se levantó y escrutó la pared. Estaba llena de extraños caracteres, letras y signos, incluso Carrubias había dibujado encima de ellos grandes espirales. No había hueco en aquel tabique que no estuviese repleto de símbolos. Bruno entornó los ojos esforzándose en comprender algo de lo allí escrito, pero si tenían algún sentido, sin duda estarían en cualquier idioma o dialecto que él no conocía. Le parecieron una especie de taquigrafía. Si el doctor padecía una monomanía, con toda seguridad reiteraría una frase o un grupo de palabras, aunque estuviesen escritas en ese extraño lenguaje. Intentó aislar grupos de signos que se repitieran. Para hacer más fácil su tarea, se imaginó que estaba frente a una inmensa sopa de letras. Tardó en conseguir sacar algo en claro, pero creyó identificar un grupo en concreto. Tomó uno de sus lapiceros del bolsillo y subrayó el grupo en cuestión. Don Hugo observó los signos marcados con un gesto de concentración. Después de largos minutos, sus facciones se contrajeron en una mueca de estupor.

—*Affascinante* —susurró—. Creo tener la clave para descifrar lo que ha señalado, Bruno, aunque no prometo nada. Tendré que consultar algunos apuntes de Olmedo. Ya le explicaré.

Se apresuró a copiarlos en su libreta. Cuando terminó, se lo guardó y ambos se centraron de nuevo en Carrubias. Este susurraba entre dientes. Apenas se le escuchaba. Tenía los ojos en blanco como si hubiese entrado en un profundo trance.

—Él está lleno de ira —musitaba—. Necesita sus ofrendas. Le gusta visitarlas. Tenerlas controladas. Están ahí, en las espirales.

—Díganos quién es —le suplicó el joven—. Necesito saber su nombre. Por favor, ayúdenos a detenerle.

Carrubias se giró hacia él como una presa al acecho. Sus ojos volvieron a la normalidad y en su rostro se reflejó una furia tal que, por unos instantes, vio en él al ser abyecto y oscuro que dormitaba en su interior.

—¿De veras quieres saber quién es el Recolector de Ángeles? Pues búscalo en el puto infierno... ¡Él te arrancará el corazón como a esos ángeles del Señor! ¡Te arrancará el corazón y se beberá tu sangre!

Bruno se apartó de él aturdido por sus roncosp graznidos, pero Carrubias acercó su rostro al suyo con una profunda mueca de malicia.

—¿Notas un nudo en la garganta? Eso está bien. Sientes, luego todavía estás vivo. El dolor es el mejor de los sentidos para saber que uno aún respira. Por eso a mí me gusta sentir dolor de vez en cuando. Un buen pinchazo me hace gritar, pero me devuelve a este jodido mundo.

Y ante el asombro de ambos, empuñó uno de los lapiceros que llevaba en el bolsillo de la bata y comenzó a clavárselo en los muslos. Bonaventura intentó detenerlo, pero se vio impelido por la asombrosa fuerza de aquel alfeñique andante, que, lejos de desistir en su empeño, prosiguió autolesionándose al tiempo que exclamaba con voz heladora: «¡Traidor! ¡Traidor! ¡Nos has vendido!».

No tardó en aparecer uno de los enfermeros, que en pocos minutos consiguió reducirlo y lo inmovilizó. Le pasó los brazos por debajo de las axilas y enlazó los dedos alrededor de la nuca de Carrubias. Aun así, él se resistía como un endemoniado y le insultaba.

—¡Llaman al doctor Cifuentes! —reclamó el enfermero.

Bruno corrió en su busca.

Al poco, estaba de regreso con el susodicho. Sin mediar palabra, le inyectó una dosis de cloral. A los pocos minutos, cayó desmadejado como un toro de lidia al que han dado la puntilla.

—Lo lamento mucho, doctores, pero será mejor que se marchen ustedes. Ya ven que su visita le ha alterado considerablemente.

Salieron de allí sin apenas despedirse. En el pasillo, varias monjas llegaron apresuradas. Una de ellas, que por el hábito parecía ser la hermana superiora, los miró con reproche.

—No sé cómo el doctor Cifuentes ha sido tan negligente al permitirles a ustedes visitar a este paciente. Por favor, márchense ahora mismo, caballeros. Y para otra, ya están advertidos. Nada de visitas. Solo se les permite a ustedes hablar con los

médicos en horario de consulta, siempre y cuando sean familiares.

—Disculpe usted, hermana, hemos puesto en un compromiso al doctor Cifuentes con nuestra insistencia. Pero permítame decirle que esas medidas me parecen muy estrictas. Somos médicos, además de personas responsables.

—Yo me limito a cumplir las órdenes de su benefactor. El enfermo es un peligro para los demás y para sí mismo.

—¿Y quién es ese benefactor? Me encantaría poder discutir con él estos pormenores. Más que un bienhechor, parece su carcelero o, si me apura, su verdugo.

—No estoy autorizada a darle a usted su nombre por muy doctores que sean. Y, ahora, márchense o me verá obligada a llamar a un par de celadores.

Volteó sobre sus talones y entró en el cuarto de Carrubias, sin dar lugar a réplica alguna.

—Sea quien sea ese misterioso pajarraco, me parece que le tiene bien tapada la boca a esa esposa del Señor —rezongó el italiano.

Salieron de allí con el ánimo hecho trizas.

—Ya ha visto usted, Moreto. Aunque Max hubiera querido salir de este manicomio para perpetrar los asesinatos de esas pobres niñas, le hubiese sido imposible. No ve la calle desde hace veinticinco años.

Hubo en aquella afirmación un punto de alivio que no pasó desapercibido para Bruno.

—Sabe que eso puede o no ser cierto. Carrubias tenía prohibidas las visitas y aquí estamos usted y yo. Cabe la posibilidad de que se escapara sin que nadie se diese cuenta. La vigilancia no es muy buena que se diga, y veo capaz al doctor de hacerlo cuando le viniese en gana.

El italiano no le rebatió aquello. Bruno apremió sus pasos. Un único pensamiento le guiaba: dejar atrás aquellos muros; huir como un cobarde de ese paraje que olía a inmundicia y donde le era ya imposible respirar sin echar las tripas. Le había comenzado una jaqueca de dimensiones épicas.

Don Hugo le palmeó la espalda con gesto apesadumbrado.

—No le ha venido nada bien mirar a los ojos de un loco. Está usted más amarillo que un limón...

Él asintió. Tal vez le faltaran arrestos o le sobrara corazón. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes.

El malestar de Bruno fue pasando a medida que se alejaban de Santa Isabel. Como si, a cada paso que diera en dirección opuesta, aquel reducto de dolor dejara de influir en su ánimo. No cesaba de revivir, una y otra vez, las escalofriantes escenas que acababa de presenciar y las palabras de Carrubias se le habían grabado a fuego. El apodo por el que había nombrado al asesino, el Recolector de Ángeles, prometía quedarse a vivir para siempre en su cerebro.

—No sé usted, Moreto, pero yo estoy bastante confuso. Debo confesarle que esta visita me ha puesto los pelos de punta. Es como si dentro de la cabeza de Max existieran dos personas distintas. La que yo conocí y ese otro ser extraño y malvado que hablaba con lujuria de niñas y asesinatos.

—Sí. Una personalidad arrepentida y otra deseosa de hacer daño. ¿Sospechaba usted que estuviera realmente tan desequilibrado? O tal vez no lo esté en realidad...

El rostro del italiano se ensombreció.

—¿Quiere decir que está fingiendo? —Se encogió de hombros—. No creo capaz a nadie de ser tan buen actor como para simular semejante cuadro psicótico, pero no lo descarto. Me faltan datos, Bruno. Ignoro por completo qué le ocurrió después de mi marcha para que terminara con sus huesos en el manicomio. Aun así y pese a nuestra opinión, el juicio sumarásimos de los hombres cuerdos ya lo ha sentenciado. Lo único que puedo decirle es que cuando yo lo conocí estaba en su sano juicio; y no solo eso, era un genio. Ahora bien, como dice Césare Lombroso, de la genialidad a la locura hay un paso. No sé qué pensar. Su benefactor lo mantiene encerrado desde hace veinticinco años. ¿Qué ser humano puede soportar algo así sin enloquecer?

Sí, puede que ahora Carrubias estuviese loco, razones no le faltarían para estarlo, pero en la cabeza de Bruno todavía bailaban sus terribles palabras como si hubiesen sido la premonición hecha por un oscuro maestro de ceremonias. Le había llamado «muchacho zurdo». ¿Cómo sabía él que Bruno no era diestro? Cuando le preguntó por el año en el que estaban, había respondido «el año de la boda real». La última boda real en España había sido la de Alfonso XII con María Cristina de Hasburgo-Lorena, la actual reina madre. Pero antes de aquellos esponsales, el ya fallecido rey se había casado en primeras nupcias con María de las Mercedes de Orleans, que murió trágicamente a los pocos meses de la boda. Todavía se escuchaban las coplas que cantaban las niñas por los barrios de Madrid. Imaginó que Carrubias se refería a alguna de las dos, dada su edad. De ser así, a Bruno se le antojaba que el doctor estaba hablando de otro caso de infanticidios de similares características ocurrido en el pasado. Para añadir más misterio, también sabía lo de los falsos suicidios de los antiguos condiscípulos. Cada vez estaba más convencido de que Máximo había

pertenecido a la logia de su tutor. ¿Había un nexo entre la Hermandad y los asesinatos de las niñas? ¿Era el Recolector de Ángeles un exalumno de la Facultad de San Carlos y un miembro de aquella logia? Por otra parte, Bruno no olvidaba sus propias conjeturas sobre que en los asesinatos había dos firmas distintas. Dos individuos diferentes. ¿Era Carrubias el asesino o era su ayudante? O tal vez ambos...

Vomitó todas esas dudas ante el italiano. No se dejó nada en el tintero.

—Estoy tan desconcertado como usted, Bruno. Y encima con el añadido de que Max es mi amigo de juventud e inconscientemente me niego a creer que esté involucrado en los asesinatos. Sin embargo, si me ciño a las negras afirmaciones que ha hecho, no tengo más remedio. Tiene información sobre el *modus operandi* del infanticida; datos que solo la policía y nosotros conocemos. Incluso lo llama por un apodo. Max está implicado. Lo único que me queda por averiguar es en qué grado. Tampoco sabemos si él tenía alguna relación con el Cafeto o con Loreto. Esto es todo lo que tenemos hasta el momento. Y, mire, solo hay una manera de resolver nuestras dudas: descifrar el mensaje que encierran los garabatos de la pared. Creo que las respuestas que hallemos nos resolverán algunas incógnitas.

Max dijo que las víctimas estaban en las espirales. Que el asesino necesitaba sus ofrendas. Le gustaba visitarlas. Tenerlas controladas. Eso significaba que las tenía bajo control y que las visitaba a menudo para recrear una y otra vez su fantasía. Luego, si daban con ese macabro cubil, darían con el Recolector.

Tenían que dar prioridad a ese mensaje y comprobar hacia dónde los dirigía.

Cuando al fin llegaron a La Luz de Helios, la jaqueca de Bruno había cedido un poco. Aun así sentía algo muy cercano a la borrachera.

Les abrió Laura. Estaba bastante apurada.

—Llegan ustedes a tiempo —les dijo—. Araceli está a punto de servir la comida.

—¡Tan temprano... Si no han dado todavía la una! —se quejó Bruno.

—Ya. Es que *lady* Doyle tiene su reunión espiritista a las cuatro y no nos da tiempo ni a respirar con los preparativos. El aya Uma lleva toda la mañana en la cocina, está preparando sus platos extranjeros para la cena especial.

—Vaya, no me acordaba de que hoy había *soirée*. Pues para mí es demasiado pronto para comer. Tomaré un consomé más tarde, Laura.

—¡Uf! ¿Otra *soirée*? —masculló el italiano en voz baja—. Pero si apenas nos hemos repuesto de la anterior... Y encima es miércoles, un día de diario. Creo que no tengo el cuerpo para muchas gaitas. Será mejor decirle a Mercedes que nos prepare algo ligerito y que nos lo baje a la morgue.

Tras escuchar aquello, Laura se retiró con una pequeña reverencia.

—Manos a la obra —prosiguió él—. Me gustaría poder ofrecer algo sólido sobre el caso al bueno de Antonio.

De repente, Bruno cayó en que era miércoles, como si hubiese escuchado a Bonaventura decirlo a través de un gramófono ralentizado, y se acordó de su ineludible cita con el misterioso Edmundo Dantés. En su misiva le había emplazado a

las seis de la tarde junto a la fuente del Ángel Caído, en el Retiro. Todavía no había pensado en qué embuste soltarle al italiano para escaquearse y poder acudir al punto de reunión. Le supo mal tener que engañarle. Improvisó sobre la marcha.

—Está bien, don Hugo —le dijo mientras se encaminaban al Sancta Sanctorum—, mejor que nos pongamos a ello cuanto antes. No se lo había dicho, pero me temo que tengo una cita inexcusable esta tarde.

—¿Una cita? ¿No irá a verse usted otra vez con esa vidente de pacotilla de Cora Steiner? Va a lograr que me preocupe.

—No. He quedado con un bombón de primera que nada tiene que ver con visiones del más allá. Es una institutriz que trabaja para una buena familia del barrio de Salamanca. La conocí hace tiempo, cuando enterramos a una tía suya. Me he animado a llamarla y hemos quedado para tomar un café en Recoletos. Entenderá que quiera evadirme un poco de tanta investigación. Necesito despejarme, que llevamos unos días...

—Pues claro que sí, hombre, vaya usted a echarse una canita al aire. No hay mejor fórmula para dejar la mente en blanco, sobre todo si la susodicha no está comprometida, porque tiene usted una fijación enfermiza por las féminas que están a puertas de entrar en capilla que ya, ya.

Se retorció las guías del bigote con socarronería. Había retintín y algo de comadreo en ese gesto.

—No sea usted malpensado, don Hugo. La institutriz y yo solo somos amigos. —Se sintió un poco raro dando explicaciones sobre una muchacha que era pura invención.

—*Va bene*, jovencito. Hay amores que empiezan por una buena amistad... Pero permita que le haga un inciso: me parece raro que deje usted pasar la oportunidad de estar en compañía de la señorita Sofía Mendoza. Es más que probable que ella venga hoy a la reunión. Deben de moverlo a usted poderosas razones.

Vaya. Bruno no había caído en ese pequeño detalle. Maldijo para sus adentros; pero, por otra parte, tal vez fuese mejor así. Sofía era una dama comprometida. Para bien o para mal, él tendría que mantener las distancias. Sus sentimientos hacia ella estaban muy divididos tras el encuentro que tuvo en el prostíbulo con el canalla de su novio. Ese malnacido, a pesar de estar borracho, le dejó bien claro que se apartara de ella. Bruno reconoció que estaba hecho un verdadero lío. Más aún si pensaba en la atracción irresistible que sentía por Cora Steiner. Ambas damiselas le atraían, pero de manera muy distinta. El italiano tenía razón: parecía tener un imán para las mujeres inalcanzables.

—Lamento de veras perderme la *soirée* y verme obligado a dejar a medias las pesquisas, pero la institutriz en cuestión solo dispone de una tarde libre a la semana —se excusó, siguiendo con el embuste.

—Visto lo visto —determinó el italiano—, no me queda otra que proseguir yo solo con las investigaciones. Ya le he dicho que no podemos permitirnos el lujo de

retrasos.

Bruno asintió con una sonrisilla de medio lado. Estaba claro que él también quería escaquearse de la reunión espiritista, pero por otros motivos. La presencia del profesor Cienfuegos le revolvía la bilis. Y, a todas luces, intentaba no dar pie a más encontronazos con la Doyle ahora que las aguas parecían haber vuelto a su cauce.

Entraron a la morgue y se dirigieron a la zona donde estaba la pizarra. Bonaventura cogió una tiza dispuesto a exponer el asunto de los signos. Abrió la libreta y la colocó sobre la encimera.

—Estoy seguro de que le sorprenderán mis conclusiones, Bruno. Es muy probable que no haya usted oído hablar del lenguaje especial que utilizan algunos gemelos, dado que no hay estudios publicados al respecto y apenas ha llamado la atención de los entendidos.

—Desconocía que existiera tal cosa.

—Pues creo que lo encontrará bastante curioso. Se trata de un idioma inventado. Lo hablan entre ellos, sobre todo cuando son pequeñitos, casi bebés, y ni siquiera sus progenitores son capaces de entender lo que dicen. Yo conocí el caso de unos trillizos. Dos de ellos eran gemelos univitelinos, pero el tercero era totalmente distinto físicamente; o sea, que era un mellizo fraternal. Pues bien, los gemelos hablaban su propia jerga entre ellos, pero no con el mellizo en cuestión. Sin embargo, él los entendía a ambos a la perfección. La madre solía pedirle que le tradujera lo que decían sus hermanos. Era como un mediador, un curioso traductor de ese lenguaje.

Bruno asintió bastante interesado.

—Pues bien, mi hermano y yo teníamos el nuestro. Pero no se trataba de palabras, más bien eran signos y claves que solo nosotros conocíamos. Era un lenguaje escrito. Una especie de caligrafía.

—¿Y cómo fue eso? Creí que ambos se conocieron en la Facultad de Medicina.

—No. Fue mucho antes, con apenas trece años. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el colegio alemán, el Deutsche Realschule de Madrid. Ni le cuento a usted el encontronazo tan extraordinario que supuso para nosotros vernos frente a frente. Ni tan siquiera hizo falta cuestionarnos nuestro gran parecido físico. Los propios compañeros pusieron al corriente al profesor en cuanto se percataron. Fue inevitable porque éramos exactos. Recuerdo que llevábamos el mismo corte de pelo y la raya al mismo lado. Y ambos teníamos la misma fijación por las libretas y por el dibujo. El revuelo fue mayúsculo cuando el director llamó a nuestras respectivas familias para ponerlas al corriente de que sus hijos estaban duplicados. Fue algo realmente asombroso.

»Bueno, en mi caso llamaron a mi tío Leone Mastrangelo, el hermano de mi difunta madre. Mis padres habían muerto un año atrás en las revueltas que surgieron en Italia a raíz de la entrada de Garibaldi en Nápoles. Fueron asesinados por los *briganti*, que asaltaron el palacete que mi familia poseía al norte de la ciudad. A raíz de aquello, me trajeron a España para vivir con mi tío. Él no tenía nada que ver con la

aristocracia italiana. De hecho, era la oveja negra de mi familia materna y el único pariente que me quedaba vivo; un personaje de vida alegre, pero refinado y amante de las bellas artes. Administró la poca herencia que me quedaba, casi todas las joyas que pudieron salvarse de la revolución. El condado del Drago se dio por perdido al caer en desgracia el rey Borbón y alzarse el de Saboya con el reino de las Dos Sicilias. De ahí que mi título nobiliario no sea más que una coletilla en mi rúbrica.

Bruno se quedó maravillado por la naturalidad con la que le hizo partícipe de aquel fragmento de su vida. Jamás hubiese imaginado que los hermanos se hubiesen conocido de un modo tan peculiar y que el pasado del italiano hubiese estado involucrado con ese gran pasaje de la historia de Italia. No pudo evitar preguntarle lo que llevaba ya tiempo barruntando.

—¿Y no supieron jamás el motivo de haberse criado en dos familias distintas?

Don Hugo asintió con una sonrisa apretada.

—Mi tío Leone me contó la verdad antes de morir. Rompió el juramento que le hizo a mi abuelo en el lecho de muerte. Pero ríase usted de los folletines por entregas después de que haya escuchado mi historia. —Hizo una pausa para encenderse un cigarrillo—. Al parecer, él tuvo un *affaire* con una de las criadas, llamada Stefania Pasqualini. *Fu una bella ragazza*, de generosos pechos y labios de miel, según las palabras de mi tío. Le tenía totalmente embrujado con sus encantos. Por entonces, él solo tenía quince años. Un púber. Imagínese usted, Bruno. Creo que mis abuelos pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron de quién era el culpable del embarazo de la *bella camariera*.

»A él le mandaron a España con unos buenos amigos, y a la chiquilla la internaron en un convento donde no tardó en dar a luz unos gemelos preciosos, que eran el vivo retrato del joven Leone. Por desgracia, Stefania murió en el parto. Mi hermano y yo nacimos ya huérfanos, Bruno. En un principio, mis abuelos pensaron en entregarnos a un convento de frailes, pagando un generoso óbolo. Pero hete aquí que, por azares de la vida, mi tía mayor llevaba casada más de diez años con el conde del Drago y no tenía descendencia. Digamos que necesitaban un niño varón para dar continuidad al linaje de los Bonaventura. Mas que fuésemos *due bambini* suponía un problema para heredar el condado. Prefirieron curarse en salud y quedarse solo con uno de nosotros. El otro gemelo se lo ofrecieron a los amigos de unos parientes lejanos que tenían el mismo problema, pero ellos no eran de la nobleza. La familia, como ya habrá imaginado, eran los Olmedo y Colomer, de rancio abolengo, en cuanto a las pompas fúnebres se refiere, y españoles, para más señas. Imagino que mis abuelos, en su inmensa misericordia, no verían nada malo en poner un mar de distancia entre nosotros dos.

Bruno sonrió. Había mucha ironía y rencor en aquella última frase. Le pareció una historia triste pero a la vez fascinante, sobre todo al pensar en cómo acabó en realidad. Ambos se conocieron a pesar de que el destino no se lo puso fácil. Seguro que Anna Cohen, de haber conocido el relato, no hubiese dudado en calificarlo de

«historia sobrenatural», dado su gusto por las narraciones extrañas sobre los juegos metafísicos que tiene el destino para abrirse camino.

Don Hugo, ajeno a los devaneos del joven, prosiguió.

—Pero no crea que al venirme a España con mi tío Leone perdí el contacto con mi tierra natal. No. Todos los veranos y en Navidades regresábamos a Italia. Éramos bien recibidos en casa del mejor amigo de mi padre, un napolitano que se dedicaba a las antigüedades y tenía una tienda en Roma. De hecho, yo todavía voy por allí de vez en cuando. Él ya murió, pero me llevo bien con su hijo.

Por unos instantes, sus ojos se perdieron en algún lugar de sus recuerdos. Dio varias caladas al cigarrillo y después, como si hubiese reencontrado el hilo perdido de su conversación, lo retomó.

—En el colegio alemán coincidimos también con varios compañeros con los que después compartimos estudios en San Carlos. De ahí que algunos de ellos fuesen alemanes residentes en España. Hijos de empresarios, de embajadores o que ocupaban un puesto en la embajada. Allí conocimos a Alister Louper, que antes del examen para bachiller se marchó a Inglaterra a estudiar en el Eton College y de ahí pasó a Oxford.

Le gustó que Bonaventura le contara esa parte de la vida de Olmedo que desconocía por completo. Él jamás le habló de su niñez ni de su juventud. Siempre que le había preguntado a ese respecto, le contestaba que había nacido ya viejo y que tanto el pasado como el futuro no existían. Su maestro era muy dado a filosofar.

—Pero ¿cómo conocía el doctor Carrubias ese lenguaje secreto?

Él se encogió de hombros.

—Ahí me quedo sin argumentos. Lo ignoro. Ahora bien, no me extraña tanto porque ningún enigma, por arduo que pareciera, escapaba a Max. Se llevaba a las mil maravillas con mi hermano y poseía una intuición que daba miedo. Para muchos de nosotros era un lobo extraño moviéndose entre corderos.

Bruno cabeceó anonadado. «Un lobo extraño moviéndose entre corderos», repitió para sí.

Llamaron a la puerta. Era la criadita con cara de pocos amigos.

—Ha dicho Mercedes que la morgue no es lugar para comer. Les he dejado las bandejas en la salita de estar.

—Pero, mujer... ¿Qué más daba?

—Yo solo soy una mandada. Mercedes es mucha Mercedes cuando se le cruza la vena. Y hoy, mire usted por dónde, me da que la tiene bien atravesada. Ya le dije que estábamos hasta las orejas de trabajo.

Don Hugo intervino.

—Está bien, Laurita, muchas gracias. Vamos para allá.

Bruno cerró con llave el Sancta Sanctorum y ambos se dirigieron a la salita de estar. Se sentaron a la pequeña mesa de palisandro y dieron buena cuenta de aquel tentempié. El caldo de cocido obró en él maravillas. Tomó también un poco de queso

de Burgos y un puñado de uvas. Su escaso apetito no dio para más. Don Hugo, por el contrario, acometió sin miramientos un buen muestrario de ibéricos. Para ser italiano le gustaba demasiado lo español. En el poco tiempo que llevaba en La Luz de Helios lo había pillado un par de veces asaltando en plena noche la despensa, a la zaga del valioso botín. A él no se la daba cuando alababa el pastel de riñones de *lady* Doyle, aunque para ello le hablara en un perfecto inglés, en un intento de congratularse con ella. El *gentiluomo* era amigo de lo ibérico.

—Mire, fíjese usted, Bruno —le mostró los caracteres del cuadernillo—. Parecen vulgares garabatos, pero tienen toda su idiosincrasia. En pocos meses, mi hermano y yo nos comunicábamos a las mil maravillas sin que nadie se enterara de nuestros secretillos. Aunque en honor a la verdad le diré que el inventor fue Olmedo, él ya lo usaba cuando yo lo conocí. Le gustaba emular a su querido Leonardo da Vinci. Yo me limité a aprenderlos. No hay artículos, ni preposiciones ni nexos alguno. Mas me temo que tendré que echar un vistazo a mis apuntes y a los cuadernillos de mi hermano si quiero descifrarlos. Ha pasado media vida desde la última vez que los utilicé. Y, si bien no tengo dudas de que se trata de ellos, hay algo que no me cuadra. Los caracteres están... raros, como al revés.

De repente, una melodía exótica llegó hasta ellos a través de la puerta entreabierta.

Don Hugo frunció el ceño.

—*Pecatto! Che c'è là?*

Bruno sonrió. Seguro que los invitados de la Doyle ya habían llegado. La música no era la habitual, si bien a él le resultaba bastante familiar. Era hindú. Imaginó que el hecho de que Uma hubiese estado cocinando platos de su tierra tenía algo que ver con la música. Sin duda, *lady* Amber había pergeñado agasajar a sus invitados con una de sus reuniones temáticas. Desde luego no le faltaba imaginación.

Bonaventura se levantó como un resorte y acudió presto al salón Danubio Azul. Bruno lo siguió. La música provenía del altillo entarimado. La escena era digna de ser fotografiada.

Allí estaba el cuarteto de cámara, un grupo de músicos hindúes. Pero la sorpresa se la dieron los invitados más cercanos a la puerta: Cienfuegos, la señorita Cora Steiner, el señor Alister Louper y su asistente. Todos ellos iban ataviados acorde con la ocasión.

Bruno, muy nervioso al ver el plantel de invitados, miró inquieto la hora. Se le aceleró el pulso al comprobar que ya eran las cuatro. Si no se daba prisa, llegaría tarde a su cita.

—*Mamma mia!* —exclamó el italiano elevando los ojos al cielo—. *Li prego*, dígame que no estoy viendo a esos pajarracos disfrazados de mamarrachos en el salón. Dígame que no los estoy viendo...

—No los está viendo, don Hugo —respondió Bruno con sorna.

Bromeaba, pero en su interior se desató un verdadero remolino de sentimientos

encontrados. Cora Steiner y su amante, Alister Louper. Verlos juntos le revolvió la bilis. Y para más inri, también estaba el sinvergüenza del novio de la señorita Sofía. Por un momento, hasta se alegró de tener que ausentarse.

Don Hugo dio unos pasos atrás para que no los vieran. Pero reaccionó tarde. Las tres hermanas Espada le escudriñaron y requirieron su presencia llamando la atención de todos los invitados. *Lady Doyle* se apresuró a llegar hasta ellos.

—Al fin les encuentro, caballeros. Quise recordarles lo de la reunión, pero cuando me levanté esta mañana ya no estaban, y a la hora de comer me dijo Laura que andaban atareados en la morgue.

El italiano no daba crédito. La miraba de arriba abajo sin pestañear. No era para menos. Se había acicalado con un vistoso sari color fucsia. Sus ojos verdes destacaban como dos luceros entre aquellos trazos negros con los que se había maquillado. Estaba tan encantadora que a Bonaventura le costó disimular su admiración. Ella sonrió adulada.

Louper se dispuso a brindar un apretón de manos a los recién llegados. Se había vestido con una casaca larga de gala y un vistoso turbante. Parecía un príncipe Bengalí. Bonaventura no salía de su asombro.

—Qué bueno que estés aquí, Hugo. Desde que has llegado apenas hemos podido hablar. —Luego se dirigió a Bruno—: Encantado de verle, señor Moreto.

Él le devolvió el saludo. Louper tenía unos llamativos ojos azules, que también se había perfilado con una fina raya negra en el párpado inferior. Su asistente, Sergey Ivanovich, los saludó con un discreto movimiento de cabeza. También iba muy propio.

Lady Amber, siempre solícita, les presentó al prometido de la señorita Sofía.

—Creo que lo conocí en la sesión de hipnosis, aunque no fuimos presentados —dijo Bruno intentando disimular la repulsa que le producía el mero hecho de darle la mano.

Él le prodigó una sonrisa de desfachatez, como si se acordara de su escandaloso encuentro en *La Libélula Azul*. Al menos Bruno no olvidaba los porrazos a la puerta de aquella prostituta, ni el ojo morado que lucía la muchacha.

Carlos Herranz les lanzó un saludo desde detrás de una cámara fotográfica. Se le veía en su salsa tirando instantáneas a diestro y siniestro. Llevaba un traje de un color naranja y un turbante a juego.

Tampoco faltaron los primos Alcántara, Óscar y Casimiro, que escoltaban a una *frau Rüter* algo distinta a la que los tenía acostumbrados. Se había tomado la libertad de lucir un pañuelo oscuro sobre la cabeza y un *kilat* rojo en la frente. Incluso esgrimió un esbozo de sonrisa.

El más cantoso de aquel extravagante grupo sin duda era Cienfuegos, con una túnica realmente elegante y vistosa, ribeteada en brillantes hilos de oro y abundante pedrería. Su turbante azul turquesa estaba adornado por una enorme joya y una pluma de pavo real. También lucía varios anillos de una envergadura considerable. Su

enorme mostacho lucía esplendoroso. De su brazo iba Uma, ataviada con sus mejores galas. Se la veía feliz.

Bruno no tuvo más remedio que excusarse con el aya y con la británica. Le sabía fatal tener que ausentarse, pues la velada se antojaba cuando menos interesante.

—Me temo que no podré quedarme a la reunión, tengo una cita ineludible. Me es imposible cancelarla.

Lady Amber arrugó la naricilla con fastidio.

—Oh, Bruno... Pues, entonces, dame tu palabra de que llegarás a tiempo para la cena. Uma nos ha preparado varias de sus exquisiteces orientales. Sería un desaire...

La señorita Sofía se apresuró a apoyar aquello. Estaba encantadora con un precioso velo ribeteado en oro, que hacía resaltar su blanca tez. El sari lavanda realizaba su silueta. Le quedaba sublime.

—Sí, señor Moreto, me temo que sería un desaire imperdonable.

Él tomó su mano para saludarla.

—Lo lamento de veras —reiteró—, pero no sé si llegaré a tiempo.

Cora intervino al punto con la mejor de sus sonrisas.

—Pues, al menos, proméтанos usted que lo intentará.

Bruno tragó saliva. Cora estaba, simplemente, divina. Había elegido un sari rojo brillante salpicado de cristalitos de roca. El velo que cubría su exuberante melena oscura acababa en pico sobre su frente, del cual pendía un exquisito rubí. Lucía un collar y unos pendientes espectaculares.

—Prometo intentarlo, señorita Steiner. —Besó su mano disimulando el fuego que le quemaba por dentro al verla tan hermosa.

Lady Doyle se dirigió entonces a Bonaventura.

—Usted sí que no tiene escapatoria, doctor. Mis queridas amigas no perdonarían que faltase. Vamos a realizar una sesión de espiritismo y necesitamos todas las energías disponibles.

Las hermanas Espada le rodearon dando grititos de emoción e intentando convencerle. Él miró a Bruno con ojos de carnero degollado. El joven aguantó la risa mientras aprovechaba el jaleo reinante para escabullirse.

—Si me disculpan, debo prepararme para salir. Se me hace tarde.

—Está bien —le dijo *lady Doyle*—. La cena se servirá a las ocho y media. No podré retrasarla mucho más.

Tras arreglarse, Bruno bajó directamente hasta el recibidor para marcharse sin ser visto y así evitar más insistencias, pero don Hugo le estaba esperando con gesto de malas pulgas. Llevaba un turbante azul zafiro, señal inequívoca de que había sucumbido a las presiones de la británica. De fondo, la música folclórica inundaba todos los rincones y se oían risas y voces animadas.

—Bruno, *mio Dio*, ¿va a dejarme usted solo con Cienfuegos y esa vidente de pacotilla? ¿No puede excusarse con esa *istitutrice* y quedar con ella otro día?

—Ni le cuento el mal sabor de boca con el que me voy a mi cita.

—Pues le advierto que, si para cuando regrese usted no queda aquí títere con cabeza, no se extrañe. ¡Esta noche va a arder Troya!

—Don Hugo, está *mister Louper*, lo pasará usted bien. Disfrute de la *soirée* y no se altere, que se le va a caer el turbante —le dijo con una sonrisilla maliciosa.

—*Sta' zitto, malandrino*. Es usted un traidor.

Bruno dejó escapar un par de risotadas ante ese temperamento italiano tan particular que solía aflorarle en los momentos más críticos, pero se solidarizó con él.

—Intentaré regresar lo antes posible. Guárdeme sitio en la mesa, al lado de las señoritas Cora y Sofía.

Él le fulminó con la mirada.

—*Dali fuoco alle polveri...*

Bruno dio el alto a un coche de alquiler en las inmediaciones de la glorieta de la Alegría. Apenas quedaba media hora para su misteriosa cita y tenía que admitir que no las tenía todas consigo. Sabía que era poco menos que una locura aventurarse a lo desconocido; aquel encuentro bien podía tratarse de una trampa. Meditó bastante esa posibilidad, incluso se le pasó por la cabeza dejar una nota bajo su almohada donde explicara el contenido de la carta y sus intenciones al respecto, pero desechó la idea en el último momento por razones que ni él mismo entendió. Lo único valorable era que el individuo de la silla de ruedas tenía información relevante sobre la Hermandad y estaba dispuesto a ofrecérsela.

Pidió al auriga que le dejara en la puerta de la Independencia, en el Retiro. Desde allí iría caminando hasta el lugar de su cita. Prefería llegar a pie, aunque los nervios no le dejaron disfrutar del paseo ni de la belleza que otorgaban los robledales vestidos de otoño. Anochecía a marchas forzadas y el paseo de Fernán Núñez se iba despejando de carruajes y viandantes.

Hasta ese momento, no había reparado en el simbolismo de aquel punto de encuentro: el monumento a Lucifer. Un ángel caído en desgracia, con una mueca de terror en el semblante y acechado por una serpiente; la misma en la que después se convertiría. A sus pies, una fauna no menos diabólica: seres del inframundo de cuyas bocas fluía el elemento básico para la vida.

Tentación. Traición. Castigo.

Avistó un elegante landó estacionado a una distancia prudencial de la fuente. Esperó más de diez minutos sin decidirse a acercarse. La puerta se abrió y salió un hombre de unos cincuenta años, de cuadrado mentón y con un estupendo bigote prusiano. Y lo más curioso de todo: llevaba lentes ahumadas. Iba con una levita larga de buena hechura y un pañuelo Ascot, color borgoña, anudado de forma estilosa. Vino hacia él con paso decidido y un bastón sujeto bajo el brazo.

—¿Señor Moreto?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede llamarme *herr* Krauser. —Hizo un leve gesto de aquiescencia e intercambiaron un apretón de manos—. Soy el asistente personal de su anfitrión y el encargado de llevarle a su destino. Si es tan amable de seguirme, nos espera un largo trayecto.

Una bocanada de miedo le subió por la garganta. Ya no había vuelta atrás. Antes de acceder al interior del carruaje, el asistente le pidió permiso para cachearle. También examinó su bastón por si escondía un estoque.

Nada más acomodarse y tras un par de golpes de bastón en el techo de la cabina,

el landó inició su marcha. Krauser sacó del bolsillo interior de su levita una faja de terciopelo negro.

—Me disculparé el caballero, pero tengo órdenes estrictas de teparle los ojos. Era una de las condiciones si accedía a la invitación.

Bruno se avino a ello sin oponer resistencia, pero se puso más nervioso si cabía.

Tras varios minutos en absoluta oscuridad, pensó en lo curioso del mecanismo sensorial. Privado de la vista, el resto de sus sentidos se agudizaron. Hasta él llegó el profundo perfume del aceite de Macasar del asistente; el olor penetrante de las gardenias del paseo de Fernán Núñez. Poco después, otros olores fueron incorporándose a su muestrario particular: el del picón y el de las castañas asadas, el de los barquillos; el tufillo acre del aguardiente barato... Las campanas lejanas de una iglesia, el silbido de un tren envuelto en nubes de hollín... Las voces de aguadores y baratilleros, las de las prostitutas y sus regateos. Las peleas de borrachos y los ladridos de los perros. La cara y la cruz de una ciudad que despertaba a la clandestinidad alumbrada por la llegada de la noche. Después, el silencio se instaló como un inquilino mal recibido, roto tan solo por los cascotes de los caballos y el restallar del látigo.

Herr Krauser no habló en ningún momento del largo recorrido. Bruno le escuchó asomarse por la ventanilla varias veces, como si anduviera pendiente de comprobar si algún carruaje los seguía.

Cuando ya Bruno casi había perdido la noción del tiempo, escuchó la voz del auriga sofrenando los caballos y el sonido metálico de una cancela.

—Ya hemos llegado —le indicó el asistente—. Permítame que le quite la venda antes de salir.

Sus ojos bailaron erráticos buscando puntos de referencia. Los fanales del carruaje a duras penas iluminaban las inmediaciones. Se encontraba en el patio de entrada de lo que parecía ser una fábrica. De frente, contempló un enorme lucernario en forma de bóveda, que conformaba toda la parte frontal de un edificio. La gran mayoría de sus cristales estaban rotos. A la derecha pudo ver un portón metálico pintado de un rojo inglés desvaído. Tras él se elevaba el tubo de una larga chimenea construida en fábrica de ladrillo y a ambos lados del recinto se hacinaba toda clase de chatarra oxidada, las montoneras se extendían por doquier, a lo largo de un camino de cemento que iba a dar a la puerta auxiliar del garaje, la cual proyectaba un sesgo de luz.

Escuchó movimiento a su alrededor y jadeos de perros. La propiedad estaba fuertemente protegida, pudo comprobarlo a medida que Krauser fue abriéndole paso hasta el hangar. Enumeró mentalmente más de media docena de guardas armados, que sujetaban varios perros de aspecto lobuno y amenazador.

Herr Krauser se detuvo ante la puerta auxiliar y le cedió el paso cortésmente. Bruno estaba tan asombrado que la curiosidad por saber quién demonios sería su anfitrión pasó a un segundo plano. Tomó conciencia de que se adentraba en un

territorio peligroso y extraño. Para él, era irreal, como si en los escasos minutos que tardaron en atravesar la puerta se hubiera escapado de su pellejo y presenciara la escena desde el aire. Intentó serenarse, disimular el pánico que se estaba adueñando de él por momentos. Le temblaban las manos y el sudor le corría por las sienes.

La enorme galería a la que habían accedido solo estaba iluminada por unas luces de emergencia que señalaban un rudimentario elevador de mercancías. Miró hacia arriba y atisbó una maraña de engranajes, ruedas y artilugios que se perdían en las vigas de la techumbre.

Uno de los esbirros que los escoltaba plegó el cierre metálico del montacargas y les cedió el paso. Después entró el asistente junto con otro guardés y dos perros. Presionó una de las palancas del cuadro de mandos. Bajaron lentamente hasta perderse en las entrañas del edificio. Después de unos minutos, el elevador se detuvo con un movimiento brusco.

Tras salir, *herr* Krauser le indicó que lo siguiera. Ante ellos se abría una red de galerías de hormigón. A pocos centímetros del techo abovedado se veían largas hileras de tuberías y cables. Cada pocos metros había un punto de luz. Al final de cada túnel se distinguían unas extrañas esclusas metálicas de forma circular, claveteadas por enormes remaches a un marco de acero, que tapaba por completo la anchura del subterráneo. Tuvo la impresión de estar frente a la entrada de una cámara acorazada.

La sensación de claustrofobia fue tan grande que se detuvo presa del pánico. Le costaba respirar.

El asistente le ofreció una petaca.

—Señor Moreto, le aseguro que este recinto es el lugar más seguro de la tierra. No tiene nada que temer. La calidad del aire es óptima y el bebedizo que le ofrezco es irlandés auténtico.

Dio un trago y respiró hondo. Sus palabras no le tranquilizaron en absoluto, pero siguió caminando hasta que se detuvieron ante una de las compuertas.

El asistente introdujo dos llaves en sendas cerraduras. Las giró en direcciones opuestas y del interior se escapó un sonido seco. Tras dar varias vueltas a una manivela de volante, la esclusa pareció dilatarse con un quejido. Y, al contrario de lo que Bruno supuso al ver su envergadura, se abrió con total facilidad. Tenía una anchura aproximada de doce pulgadas y más de una treintena de anclajes de cilindros de acero, que, junto con un ingenioso mecanismo de ruedas dentadas, permitía su apertura.

Jamás había visto nada igual en su vida. Respiró hondo antes de acceder al pasadizo que se vislumbraba ante él. Los guardeses que los habían acompañado hasta ese momento se quedaron fuera. Dos más tomaron el relevo desde el interior. No llevaban perros, pero iban fuertemente armados.

Se sintió gratamente sorprendido por el cambio tan radical de escenario. Tras atravesar una reja de lado a lado de la pared, el suelo de cemento se transformó en

delicadas alfombras persas. Las paredes estaban revestidas de un sobrio entelado color arena y del techo colgaban lámparas de araña. Tuvo la sensación de haber ingresado en un soberbio palacete al que no le faltaba detalle y buen gusto. Olía a madera de sándalo.

Una doncella, tras una graciosa reverencia, se apresuró a recogerle el sombrero, la capa y los guantes, y desapareció por una puerta del recibidor.

Fue conducido a través de un pasillo donde contempló maravillado la sucesión de columnas de alabastro gris que daban cobijo a soberbias cabezas disecadas de animales. Destacaban las de ciervo de gran cornamenta y las de jabalí. Al fondo, una doble puerta de roble y dintel con vidrieras se abrió desde dentro para darles paso.

Se quedó sin aliento al contemplar la grandiosa biblioteca a la que acababa de acceder. Sus ojos se escurrieron por las vitrinas de madera que revestían las paredes. Ni se atrevía a calcular los volúmenes que atesoraba. Advirtió que, al igual que su maestro, su anfitrión gustaba de coleccionar diversos objetos: pipas, máscaras, cajas de música... Los tenía expuestos en las estanterías. El techo abovedado era de gran altura y tenía varias claraboyas. A uno de los lados había dispuesta una escalera de caracol por la cual se accedía a un pasillo de entreplanta para llegar a la parte más alta de la biblioteca.

Bruno buscó con la mirada a Dantés. Toda su atención se centró en el anciano que estaba junto a la chimenea encendida, sentado en un sillón Chester de patas de garra. Llevaba puesto un batín de brocado de seda sobre el traje y calzaba unas cómodas chinelas. A pesar de la escasa luz, llevaba lentes de cristales ahumados.

Krauser le condujo hasta él y se apostó tras el respaldo del sillón orejero que ocupaba su patrón.

—Es un placer conocerlo, señor Moreto —dijo extendiendo la mano hacia él, sin levantarse—. Espero que el viaje y las medidas de seguridad no le hayan causado demasiadas molestias.

Su voz arrastraba una leve vibración en las erres. El joven apretó su mano. Tenía los dedos fríos como los de un cadáver. Le hizo un gesto para que tomara asiento frente a él al tiempo que un mayordomo disponía un carrito de servicio junto a la mesita de café que había a un extremo del juego de sillones.

Fue inevitable que Bruno estudiara a su anfitrión. Su piel era de una blancura extraordinaria. Tenía el pelo completamente albo y peinado hacia atrás. Lucía una pulcra perilla, tan blanca como las cejas que asomaban al borde de sus lentes. Parecía un octogenario, pero su voz conservaba la impronta del que todavía no ha rebasado la madurez.

Notó que su respiración se aceleraba al mínimo esfuerzo. La enfermera, tras poner en funcionamiento una especie de compresor articulado a una bombona con un regulador, se apresuró a ofrecerle una careta.

—Es oxígeno medicinal —dijo Dantés antes de proceder a ponérsela.

Era la primera vez que Bruno veía un artilugio semejante. Había oído hablar de la

administración de oxígeno a alta presión en cámaras hiperbáricas, pero nunca había estado tan cerca de nada parecido. Aquel caballero respiró a través de una mascarilla durante unos minutos y la dejó caer en su regazo.

—Tendrá que disculpar estas forzosas interrupciones. Me temo que mi enfermedad no me da tregua. Es por eso que le he hecho venir. Es imprescindible que hable con usted antes de que mi estado se vuelva irreversible. He meditado largo y tendido sobre si desvelarle mi verdadero nombre. Creo que lo más acertado será que, por el momento, se dirija usted a mí con el seudónimo que utilicé en la carta. Toda prevención es poca para protegerme de mis enemigos. Ellos tienen más prisa en acabar conmigo que mi maldita enfermedad.

Mientras hablaba introdujo la mano en uno de los bolsillos de su bata y sacó un objeto. Lo depositó sobre la mesa de café, animándole a cogerlo. Bruno no se hizo de rogar. El corazón se le salía del pecho.

Era una insignia de la Hermandad de exalumnos, exacta a la de su mentor. Un ave fénix.

—Señor Moreto, tiene ante usted al último miembro fundador de la Hermandad del Círculo del Alba.

Un remolino de sensaciones vapuleó su interior al escuchar aquel nombre.

—El Círculo del Alba... —repitió maravillado.

A Bruno le pareció un nombre con cierta reminiscencia ancestral. Entre el hombre y las estrellas siempre se había forjado cierta relación mística. Lo inalcanzable, lo mágico, lo esotérico. La Estrella del Alba. El Gran can. La Estrella del perro...

—¿Significa eso que todos los miembros de la logia han muerto? —le preguntó dando rienda suelta a su curiosidad.

—Los miembros fundadores que estudiaban en San Carlos sí. Todos sin excepción. Ahora bien, mi contacto con la facultad fue indirecto, puesto que jamás estudié en sus aulas. Sin embargo, y por razones que no voy a revelar, tuve la oportunidad de conocerlos. Juntos decidimos crear la Hermandad. Después, cuando ya estaba consolidada, fueron incorporándose a nuestras filas nuevos adeptos. Pero será mejor que antes de que comience mi narración le advierta que me guardaré algunos pasajes demasiado escabrosos. Hacerle partícipe de ellos sería ponerle a usted en la misma situación de peligro en la que me encuentro yo. Hay secretos que deberán permanecer enterrados hasta mi muerte; otros incluso para siempre.

Bruno asintió por toda respuesta.

—En los inicios de la Hermandad éramos solo un grupo de amigos con intereses comunes, sin protectores ni mecenas. Aunque bien es cierto que algunos procedíamos de familias bien posicionadas social y económicamente, la mayoría eran de clase media. Nuestro único interés era la investigación y los avances científicos en pos de comandar una lucha contra la enfermedad: uno de los peores enemigos naturales del hombre. Hicimos un juramento alentados por elevados ideales: honradez, justicia, lealtad y fraternidad, al margen de toda ideología política y religiosa. Para ello

intentamos que no hubiera elementos divergentes dentro del grupo que promovieran enfrentamientos ni divisiones entre nosotros. Sin embargo, debo admitir que en ese punto el fracaso fue escandaloso. Fuimos demasiado ingenuos al creer que podríamos perseguir estas premisas sin el apoyo adecuado. Nuestros primeros trabajos pasaron inadvertidos en el mundo científico. No se les dio la merecida relevancia. Algunos miembros llegaron a publicar artículos en oscuras revistas científicas; hallazgos que carecían de datos o pruebas debidamente documentadas por falta de apoyo económico. Era el olfato, la intuición y el ingenio lo que nos guiaba.

»Sin financiación, sin el beneplácito de los pináculos científicos, no eran más que aire, locuras de investigadores de tercera. Muchos intentaron hacerse un hueco entre los que gozaban de buena posición o renombre, pero eran ignorados. —Chasquéó la lengua negando con la cabeza—. Me temo que así es este podrido mundo, señor Moreto. Los buenos contactos, los mecenazgos, son imprescindibles para alcanzar un reconocimiento. Es y será siempre así. Aquellos que ostentaban puestos importantes dentro de la sociedad ni tan siquiera eran capaces de captar el concepto de dichos trabajos, menos aún de comprenderlos. ¿Cómo iban siquiera a valorarlos sino con la intervención y el consejo de un erudito tan bien posicionado como ellos? Se hizo necesario buscar otros cauces para alcanzar objetivos; crear estructuras socialmente aceptadas. Era ineludible buscar apoyo financiero.

»Y así lo hicimos. Tras la primera inyección de capital que pudimos recabar de un mecenas anónimo, algunos de los nuestros empezaron a colarse en las listas de oradores que llevaban a cabo estudios empíricos con una viabilidad aceptable. Hubo espionaje, robo de ideas, pero jamás con ánimo de llevarnos los méritos que no nos correspondían. Solo pretendíamos avanzar más rápido que ellos en nuestra búsqueda, ya que la mitad de sus estudios se quedaban inconclusos por falta de fondos. Pero aquel pequeño empuje de capital se quedó en nada en muy poco tiempo. Necesitábamos más recursos para llegar donde se llevaba a cabo la verdadera investigación. En España se llegaba tarde a casi todas las nuevas teorías, pero gracias a nuestros contactos en el extranjero estábamos al día en cualquier tipo de publicación o adelanto científico. Nuestra idea era traer esos avances a nuestras filas. No era ético, pero a la larga quien saldría beneficiado sería el mundo; toda la humanidad.

»Pero todo cambió con la llegada al grupo de varios mecenas. A cambio de una cantidad escandalosa de dinero, exigían convertirse en los líderes de la logia y permanecer en el más absoluto anonimato. Incluso eligieron un término por el que ser nombrados: la Trinidad. Supe después que el único que estaba al tanto de sus verdaderas identidades era Máximo Carrubias. —Hizo una pausa estudiada esperando la reacción de Bruno—. Creo que lo conoce usted, ¿no es así?

Aquello le pilló desprevenido.

—Señor Moreto, estaría bien que le advirtiera de que estoy al tanto de la visita que realizaron usted y el conde Bonaventura al manicomio de Leganés. Tengo mi

propio plantel de detectives. Ellos son mis ojos y mis oídos en el exterior. De no ser así a estas alturas ya estaría muerto. Puede hablar con total libertad. Si le he invitado a venir es porque quiero que confíe plenamente en mí. Yo no soy el enemigo. Pretendo ser su aliado.

Sus palabras le turbaron, pero no podía negarse a contestar. Imaginó que buscaba un intercambio como pago a las revelaciones que le estaba ofreciendo. Aun así tenía sus reservas.

—Es cierto, lo conocí el otro día —dijo al fin.

—¿Y qué opinión le mereció?

—No sabría decirle. Tengo mis dudas.

Su anfitrión esgrimió una mueca astuta.

—Ya veo. Él se unió a nuestras filas cuando la Hermandad ya había crecido considerablemente. Al doctor Carrubias le gustaba investigar con animales. Llevaba a cabo buenos ensayos, sobre todo con gatos: injertos de miembros amputados, cabezas separadas del cuerpo que mantenía vivas... Experimentos que no dejaban de ser interesantes, que mostraban muchos avances en ese campo, pero que suscitaban cierta repulsa en los más conservadores de nuestro grupo. Se rumoreaba que ya había practicado esos mismos experimentos con seres humanos. Niñas, gemelas para ser más exactos.

Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar lo que les contó la viuda de Velázquez y Oliveiros sobre la desaparición de las gemelas del colmado. Por otra parte, lo de los experimentos con gatos le resultaba bastante familiar, su tutor también investigaba con miembros amputados de gatos. Bruno miró a aquel hombre con un gesto de recelo.

—Siendo así, señor Dantés, ¿por qué permitieron que ingresara en la logia?

—No pudimos comprobar si esos rumores eran ciertos. Y me temo que el padrinazgo del doctor fue avalado por dos de los miembros fundadores con mejores credenciales. Nada menos que por su tutor, Olmedo, y por el profesor Cohen. Y sí, en un principio hubo desaprobación, pero quedó silenciada gracias a la intervención de la Trinidad. Nos ofrecieron su mecenazgo: un flujo constante de dinero y la incorporación a la Hermandad de poderosos aliados. Políticos, científicos, hombres de leyes... Ellos se encargaron de crear intereses comunes a todas las conciencias. Pero, como ya habrá adivinado, lejos de ser los cimientos sólidos de nuestro juramento de hermandad, se convirtió en una locura sin sentido.

Bruno negó con la cabeza, con una mezcla de asco y decepción.

—Ustedes se vendieron...

—Sí, ya sé que le puede parecer eso, pero nos vimos forzados. La Trinidad forjó eslabones para la enorme cadena con la que, más tarde, nos apresarían de pies y manos. Verdaderos chantajes auspiciados por los métodos oscurantistas e ilegales en los que nos vimos involucrados sin apenas ser conscientes de ello: cadáveres que se extraviaban en los depósitos, operaciones quirúrgicas innecesarias, métodos sin base

empírica documentada... Toda una sucesión descabellada de muertes tachadas de «accidentales», en pos de un resultado favorable a nuestras investigaciones.

—¿Muertes? —arguyó furioso, pero nada asombrado dado el cariz que la narración estaba tomando—. ¿Se dejaron corromper hasta tal punto?

—El poder sobre la vida y la muerte seduce, señor Moreto. Corromperse viene por añadidura. Me temo que algunos jugamos a ser dioses. Intentamos convencer a los demás de que esas bajas eran mártires para la causa. Presencí impasible cómo morían pacientes con dolencias nimias, a los cuales se les suministró una dosis letal de un nuevo anestésico solo para comprobar qué cantidad eran capaces de soportar sus organismos. Pero aun así, y aunque ahora me avergüence admitirlo, seguimos adelante. Llevar a cabo esas prácticas en hospitales públicos no era posible. Necesitábamos nuestras propias clínicas y nuestros propios conejillos de indias. Aunque esto último era lo más fácil de conseguir. Si algo sobra en cualquier metrópoli es gente indeseable. Vagos, mendigos, prostitutas... Fuimos los autores de una limpieza etnográfica sin parangón. Debo, no obstante, ocultarle algunos de los escabrosos métodos que llevó a cabo nuestra Hermandad, y cuya crueldad le escocería escuchar más si cabe, señor Moreto. Lo dejaré en que fuimos realmente... inhumanos.

Perdió el aliento con esa última frase. A Bruno ya hacía tiempo que le estaba costando respirar. Estaba masticando la maldad de aquel testimonio. Apretó tanto el puño que la insignia del ave fénix se le clavó en la palma. No podía obviar que su maestro formaba parte de esa terrible trama de codicia y muerte. Y, a pesar de que Edmundo Dantés no era ajeno a la repulsión que sus palabras le estaban provocando, siguió narrando su macabro relato en cuanto se lo permitió su disnea. Era como si necesitara confesarse con Bruno para acallar su negra conciencia.

—Fue cuando entraron en juego otros factores con los que no habíamos contado hasta ese momento —prosiguió—. Los celos profesionales, las rivalidades, la codicia... A esto se sumaron las ansias descomunales de poder de las altas esferas que nos alababan y que esperaban recoger los frutos de nuestros estudios. Ahí fue donde el verdadero espíritu del grupo se quebró. Cuando a algunos dejó de importarnos de dónde venía el dinero, sin ser conscientes del pago que aquello nos impondría a todos.

Bruno no podía más. Sus palabras le quemaban. Reconoció que no estaba preparado para escuchar nada más que pudiera involucrar a su maestro en semejante disparate. No había venido hasta allí para oír cómo aquel extraño personaje ensuciaba la memoria del que fue como un padre para él. Olmedo no estaba para defenderse de las acusaciones. Ninguno de los quince miembros fundadores del Círculo del Alba lo estaba.

Perdió los nervios. Se levantó.

—Mi maestro no era ningún infame sin escrúpulos, señor Dantés. Nunca le interesó el dinero y jamás habría investigado a costa de vidas humanas. Está usted

ensuciando su honor y su memoria. No me quedaré aquí escuchando semejantes barbaridades...

Dantés se levantó trabajosamente suplicando que se volviera a sentar.

—Conserve usted la sangre fría, mi joven amigo. No le he hecho venir para contarle mentiras piadosas sobre su maestro, sino para confesarle grandes verdades. Y esas, aunque nos cueste admitirlo, duelen como dardos envenenados. Comprendo que haya cosas sobre Olmedo para las cuales no está usted preparado. Respeto sus sentimientos. Nada más lejos de mi intención que manchar su buen nombre. He de ser justo. Él fue el primero en resistirse a seguir por la línea que nuestros mecenas nos habían marcado. De no haber sido así, jamás hubiésemos decidido disolver el Círculo del Alba y hacer frente a la Trinidad.

Bruno se sentó tras escuchar aquello.

—Entonces, ¿fue esa la razón por la que ellos decidieron matar a todo aquel que se les opusiera?

—Eso es algo que no le conviene saber, señor Moreto. Digamos que fue solo el menor de los motivos. Le advertí que había cosas que no iba a desvelarle. Esta es una de ellas. Ciertos detalles escabrosos podrían ponerle a usted en peligro. En el mismo que sufrieron los quince miembros fundadores y en el que me veo sumido yo. Joven, no quiero que su muerte pese sobre mi conciencia.

Él negó con pesadumbre y decepción.

—Pero ¿por qué esperar veinticinco años para cobrarse su venganza?

Dantés le miró desde detrás de sus oscuras gafas.

—Veinticinco años sería decir mucho. La Hermandad tardó en disgregarse más de quince años, tras los cuales la venganza de la Trinidad fue lenta y agónica. No querían acabar con nosotros de un modo rápido. Eso no hubiese estado a la altura de su maldad, señor Moreto. Ellos dejaron que nos confiáramos. Intentamos rehacer nuestras vidas, incluso creo que algunos lo lograron. Pero fue un autoengaño, un espejismo. Hay mil maneras de conocer el infierno y la Trinidad nos las mostró una por una. Ellos jamás aceptaron nuestra renuncia ni dieron por disuelto el Círculo del Alba. Fuimos presa de múltiples chantajes monetarios y extorsiones de todo tipo para forzar nuestro regreso al grupo. Me consta que algunos se vieron obligados a trabajar para oscuros fines bajo las más terribles amenazas. Ahí tiene el ejemplo del doctor Matías Legredo, que se vio presionado al manejo de cantidades exorbitantes en Bolsa. También Andrés Loreto, que fue forzado a llevar de tapadillo una red ilegal de adopciones de recién nacidos con fines económicos. Podría contarle el caso de cada uno de ellos, pero las coacciones fueron las mismas para todos: amenazaron con sacar a la luz los métodos oscurantistas en los que habíamos participado, destruyendo así nuestras carreras y el honor de nuestras familias. Si no les entregábamos el dinero indicado y aceptábamos sus chantajes, destruirían nuestras vidas de una u otra forma. Todos sin excepción cedimos. Muchos se arruinaron. Y solo cuando los quince decidimos hacer frente común a esos chantajes, comenzaron las muertes. Uno por

uno. Lenta pero inexorablemente.

Bruno no daba crédito. Pensó en la terrible agonía por la que estaba atravesando la familia del difunto Loreto. Pensó en Olmedo, en el profesor Cohen, en Legredo y en la lista interminable de familiares y amigos que también habían sido los deudores de esa venganza. Se le revolvía el estómago del asco.

—Entonces, Loreto es inocente de los cargos que se le imputan. ¿Tiene usted alguna evidencia que pudiera probar que estaba siendo extorsionado? Su familia merece que se limpie su nombre.

Dantés le pidió calma al tiempo que negaba con pesadumbre.

—Créame cuando le digo que ninguna pesquisa logrará dejar sin mácula su nombre. El doctor Loreto ya fue condenado en su momento por la Trinidad. Las evidencias llevarán a la justicia a declararlo como único responsable de esa trama de secuestros y adopciones ilegales. Existen documentos concluyentes para ello aunque la policía no haya conseguido encontrarlos todavía. Pero no tardarán en hacerlo. La Trinidad guiará a los agentes hasta esas evidencias. Y tendrá suerte si no le culpan también de estar implicado en los asesinatos de esas pobres criaturas.

Bruno sintió una punzada. No pudo contenerse.

—¿Qué sabe usted de esos asesinatos? ¿Está involucrado el Círculo del Alba? ¿Están utilizando a esas niñas para hacer experimentos con ellas?

Edmundo Dantés volvió a pedirle calma con un gesto. A pesar de las incisivas preguntas del pupilo de Olmedo, mantenía una compostura fuera de serie.

—Yo solo sé lo mismo que usted, jovencito. Mi plantel de detectives me tiene informado sobre el caso.

—Señor, si sabe quién es el asesino, debería advertir a la policía.

—Lo que tengo claro es que el Cafeto no es el asesino, aunque la justicia se empeñe. No puedo darle otro nombre. Solo tengo un puñado de sospechas y conjeturas. Y como bien le enseñaría su mentor, eso no es suficiente para incriminar a nadie. Se necesitan pruebas fehacientes para llevar al culpable ante el patíbulo.

Bruno esbozó una mueca de sonrisa, aunque no tenía ganas de sonreír en absoluto.

—Para mí sí son suficientes. ¿Quién cree usted que es el asesino o asesinos?

—Curioso matiz. ¿Así que piensa que pudieran ser más de uno?

—O puede que no. Tal vez solo haya un asesino y un ayudante que está sacando los cadáveres a la luz.

—¿Cree que puede ser Carrubias quien está aireando la carroña de ese miserable?

El joven guardó un cauto silencio.

—Entiendo —dijo su anfitrión—. No confía usted en mí, a pesar de todo lo que acabo de revelarle. Bien, entonces seré yo quien le diga lo que pienso al respecto, aunque ignoro si le interesa mi opinión.

Él le hizo un gesto animándole a seguir.

—Está bien. No me andaré con rodeos. Creo que dentro de la cabeza del doctor Carrubias conviven dos personalidades bien distintas. Una es débil y la otra dominante. Es un depravado al que le gustan las niñas. Él tiene todas las papeletas para ser no solo el asesino, sino también el ayudante.

Bruno comprobó sorprendido que sus opiniones coincidían bastante con las suyas. Aunque todavía era pronto para afirmar tajantemente aquello.

—Sí. Es una buena hipótesis, pero me temo que tiene una coartada perfecta: jamás ha salido de Santa Isabel en el cuarto de siglo que lleva allí metido. La hermana superiora lo afirma de forma taxativa. Estoy seguro de que, llegado el caso, no dudará en jurarlo sobre la Biblia.

—Esa monja está salvaguardando el buen nombre de Santa Isabel. Jamás admitiría irregularidades dentro del manicomio. Pero a mí no se me escapa que sería fácil fugarse de allí unas horas, sobre todo por las noches, cuando el celador de turno dormita en un rincón. Regresaría antes de que descubrieran su ausencia. Carrubias es muy inteligente, no lo subestime usted.

—Puede que lo sea, pero a mí me pareció que estaba demasiado enfermo.

Dantés dejó escapar un par de risotadas sin fuelle. Tosió. Tuvo que echar mano a las inhalaciones de oxígeno para no asfixiarse.

—¿Demasiado loco como para matar? —cuestionó tras recuperar el aliento—. Permítame dudar. Seguro que no me equivoco al pensar que él les haya proporcionado ya alguna jugosa pista. —Guardó silencio unos instantes a la espera de una respuesta por parte de Bruno, pero él tardaba en responder—. ¿Quien calla otorga?

—En este caso no. Es simple cautela, nada más. Además, hay un dato que baila en su hipótesis, señor Dantés. ¿Dónde y cómo mantiene retenidas a las niñas Carrubias durante los años de secuestro si él está ingresado en el manicomio? ¿Quién se ocupa de ellas mientras tanto?

Él esgrimió una mueca astuta.

—Buena observación. Aunque si hay algo fácil en este país es encontrar a alguien que acoja niños en sus domicilios a cambio de dinero. Yo no veo esto como un obstáculo para mis sospechas. Al contrario, sería interesante seguir esa pista. Recuerde que Carrubias tiene un benefactor que le suministra una cuantía al mes para sus gastos. Pero mejor dejaremos que la investigación siga su curso y sea ella quien les lleve a usted y a los investigadores hasta la verdad.

El joven apretó los labios aprobando aquella última sugerencia. Tal vez pecara de cauto, pero no podía revelar más datos sobre la investigación a la ligera. Además, se estaban desviando del asunto principal que los ocupaba.

—Permítame que vuelva al tema de la Trinidad. Me temo que todavía me quedan bastantes dudas. ¿Tiene usted pruebas para desenmascararlos?

—¿Cree que si fuese tan fácil no lo habría hecho ya? Mi demanda no llegaría ni a las manos de un simple bedel del Palacio de Justicia. Nada puede hacerse por la vía legal. La justicia no es ciega, me temo.

Bruno le miró con reserva.

—Veo que no me cree, mi joven amigo. Soy consciente de que le debo de parecer un moribundo lunático que ve conspiraciones imaginarias. Pero evitaré nombrar a muchas de las sociedades secretas que existen hoy y que se extienden sin control por el mundo. Yo soy la prueba viviente de lo que afirmo. La verdadera logia del Círculo del Alba, la original, ya no existe como tal, pero créame si le digo que sigue expandiendo sus raíces en lo más profundo de una sociedad decadente cuyo dios es el dinero y el poder que puede comprarse con él. Los humanos somos depredadores insaciables. Y una vez tocamos con la punta de los dedos ese poder, jamás renunciamos a él. Jamás. Este es un mundo de fuertes y débiles, de lobos y ovejas. ¿Cuántos corderos cree que sacrificarán esos lobos ávidos de sangre? Todos los que precisen. Eche usted un vistazo al mundo y llore, señor Moreto. Somos carroña.

La voz cavernosa de Dantés le erizó el vello de la nuca con un escalofrío. Su opinión sobre el mundo era nauseabunda, aun así admitió que no le faltaba un ápice

de razón.

Su anfitrión le ofreció un jerez y le animó con un gesto a que lo bebiera.

—Llegados a este punto, imagino que ya se habrá dado sobrada cuenta de lo que intento transmitirle. Es usted muy joven, pero sin duda alguna me ha dado muestras de poseer una inteligencia preclara. No subestime usted a la Trinidad. Ellos están en todas partes. Y si atisban siquiera que usted supone un peligro, lo harán desaparecer. No dudo que, tal vez, ya esté en su punto de mira. Ahora que sabe todo lo que tiene que saber sobre la muerte de su mentor, espero que tome en cuenta mis recomendaciones.

Bruno cerró los ojos frustrado. Todo el mundo parecía empeñado en advertirle que corría peligro de muerte. Era imposible no recordar las palabras de Cora Steiner y del doctor Carrubias. Pero no estaba dispuesto a dejarse vencer por el pánico.

—Usted no lo sabe, señor Moreto, pero Olmedo y yo comentábamos algunos casos en los que trabajaba para el Cuerpo de Vigilancia. He tenido el honor de compartir con él momentos bastante gratos. Me visitaba un par de veces al mes, del mismo modo que ha hecho usted hoy. Téngame por amigo y no lo dude: confíe en mí.

—Ese es mi deseo, señor Dantés, pero necesitaría hacerle una última pregunta. — Su anfitrión hizo un gesto de aprobación—. Quiero saber qué hacía usted en la tienda de curiosidades momentos antes de la muerte del profesor Cohen. Hay un testigo que afirma que usted y su asistente estuvieron allí alrededor de las cuatro y media.

—Así es. Fuimos por un asunto de negocios. Le había encargado una pieza hacía varios meses y fui a recogerla. De paso aproveché para verle. Era amigo mío. — Señaló las estanterías donde se exhibían algunas piezas—. Soy coleccionista. Es el único vicio que me permito ya.

—Será tal y como dice, pero no había ningún registro de su compra en el libro. Lo confirmé personalmente.

—El profesor Cohen no marcaba los pedidos de los amigos. Si quiere comprobar lo que le digo, busque entre las anotaciones el nombre de su tutor, me consta que le compró pocos días antes de su muerte un relicario barroco.

Él asintió por toda respuesta. Sonaba verosímil.

—Señor Moreto, no soy ningún santo. De hecho, me atrevería a decir que mi existencia es mi expiación. Sé que me espera una muerte terrible a causa de mi enfermedad, pero se lo debo al mundo. Pagaré así el mal que causé durante esa etapa de mi vida en la que me traicioné a mí mismo y fui pasto de mis más bajas pasiones. Llevo pagando en vida mucho tiempo todos mis pecados. Creo que todos los miembros fundadores ya los hemos expiado.

En ese momento, Bruno sintió cierta compasión por aquel hombre. Le pareció un faro varado en mitad del desierto; un dios caído en desgracia al que solo le quedaba esperar a que le llegara la muerte.

Dantés hizo una seña a su asistente para que llamara a la enfermera. Ella llegó con la silla de ruedas y ambos le ayudaron a sentarse en ella.

—Y ahora, si me disculpa, estoy muy fatigado. No tengo más remedio que dar por concluida esta reunión. Ya ve que no tengo todas las respuestas, pero espero haberle ayudado a resolver parte del rompecabezas que se traía entre manos. Cuídese, señor Moreto, ha sido un placer conversar con usted. Olmedo, esté donde esté, se sentirá muy orgulloso de haber criado a un muchacho tan noble como usted.

Él sonrió por cortesía. Seguía teniendo demasiadas dudas. Hubiese necesitado más horas de conversación para solventar algunas.

—Lo mismo digo, señor Dantés. Muchas gracias por todo.

La enfermera empujó la silla de ruedas y desaparecieron por una de las puertas laterales de la biblioteca.

El regreso estuvo envuelto en el mismo halo de misterio y las mismas medidas de seguridad que el viaje de ida. Cuando el landó se detuvo y el asistente le quitó la banda de terciopelo de los ojos, no se resistió a la tentación de sonsacarle algunas respuestas.

—*Herr Krauser*, ¿cuánto tiempo lleva usted trabajando para el señor Dantés?

Esgrimió una media sonrisa guasona.

—Buenas noches, señor Moreto —respondió con un toque de chistera al tiempo que alargaba la mano para entregarle una carta.

Él la cogió con una mueca de sorpresa.

Acto seguido, el asistente se introdujo en el landó y este emprendió la marcha.

—Buenas noches, *herr Krauser* —dijo para el cuello de su camisa, mientras veía alejarse el carruaje carretera de Aragón arriba.

Miró aquella nota con la sensación de que su recién estrenado amigo estaba resultando bastante original. No se resistió a leerla. La abrió antes de cruzar la carretera para dirigirse a La Luz de Helios.

Estimado señor Moreto:

Le propongo una nueva cita el miércoles de la semana entrante. El punto de encuentro con *herr Krauser* será en el Hotel París a las seis y media de la tarde. Espero de usted la misma discreción. Es por la seguridad de ambos.

Atentamente,
Edmundo Dantés

Interesante. No rechazaría otra reunión. Sospechaba que Dantés todavía tenía mucho que contarle.

Subió las escaleras de cuatro saltos y abrió con su llave. Hasta él llegaron las voces y risas de los invitados. Se desprendió de la capa, el sombrero y el bastón y se lavó las manos en el pequeño aseo del recibidor. Un delicioso aroma a platos exquisitos le recibió en el comedor. La cena no hacía mucho que había comenzado. Saludó a los comensales y buscó con la mirada a Bonaventura. Le había guardado un sitio, pero no entre la señorita Sofía y Cora, tal como le había pedido, sino entre él y *frau Rüter*. Aquello le olió a venganza por haberle dejado solo. La mueca de mofa y

regodeo del italiano se lo confirmó. Bruno se sentó junto a él y se sintió poco menos que un traidor, pero por otras razones más espinosas. ¿Cómo iba a poder mirarle a la cara callándose todo lo que sabía sobre el Círculo del Alba y el misterioso Edmundo Dantés? Intentó sacudirse esa sensación y poner los cinco sentidos en disfrutar del momento. Necesitaba evadirse. Ahogar en alcohol su mala conciencia.

—Parece que no ha llegado la sangre al río —le susurró a don Hugo con una mueca jocosa.

—No, pero poco ha faltado, jovencito. Menos mal que la cena es *deliziosa*, que si no...

Se rio por lo bajo. En la mesa habían dispuesto pan aderezado con especias y varios de los platos principales: cordero deshuesado acompañado de dátiles y albaricoques secos. También acertó a distinguir el afamado pollo masala, que Uma cocinaba tan bien, y una fuente de berenjenas con menta y crema ácida. Imaginó que luego se deleitaría con su postre favorito: *gulab jamun*, unas bolitas de leche de búfala en un baño de almíbar.

La cena se alargó hasta más de las once. Todos alabaron la mano culinaria de Uma, y ella se sintió protagonista por un día. Sonreía con esa placidez cándida de las personas que no tienen grandes pecados que confesar. Se la veía feliz.

Lady Amber dio varios toques a una copa con una cucharilla para hacerse escuchar por encima del jaleo reinante.

—Tomaremos el café y los licores en la azotea.

Té con naranja y jengibre y un café muy aromático para los más tradicionales. Y como licor especial, típico de la India, se sirvió *arrack*. La reunión se disgregó en varios grupos. Las señoras, Carlos Herranz y los primos Alcántara en uno, y el resto de los comensales en otro. Estos últimos se apostaron en divanes donde había dispuestas varias pipas de agua para fumar *shisha*. Bruno no fumó, pero se tumbó igualmente con una buena copa de *arrack* a disfrutar de la conversación y del aroma tan peculiar que desprendía aquel tabaco prensado. Aunque tuvo que admitir que le daba vueltas el cenador.

—En verdad creí que jamás volvería a verte, viejo zorro —dijo Bonaventura a Louper con un atisbo de melancolía.

—¡Cómo no iba a volver a Madrid! —exclamó jocosamente—. No soy amante de la rígida etiqueta victoriana en la que pasé mi más temprana juventud. Menos aún cuando prácticamente crecí en España. Allí los días lluviosos se hacen eternos. Y hay muchos días lluviosos, créeme. Me aburre la flema británica y sus estirados convencionalismos. Pero no todo fue malo. Fue por aquella época cuando conocí a Madame Blavatsky, con la cual entablé una gran amistad. No hacía mucho que se había trasladado a un pueblecito de Maycot, en Norwood, donde estaba recopilando datos para su obra cumbre, *La doctrina secreta*. Fue ella misma la que me inició en la teosofía. ¿Conoces algo de este dogma?

—Ya sabes que no soy muy dado a las religiones ni a la política. Prefiero

evitarlas, sobre todo como tema principal en una *soirée*. Y mira, no le quitaré mérito a la dama como comunicadora, pues gozaba de gran influencia en las altas esferas, y tampoco como escritora porque no he tenido el placer de haber leído ninguno de sus libros. Sería zafio por mi parte criticarla. Pero reconocerás que fue investigada por la Sociedad para las Investigaciones Psíquicas de Londres y concluyeron que sus espíritus no eran más que simples sábanas sujetas con cordeles y trucos baratos realizados con espejos.

Cienfuegos dejó escapar entre los dientes una gran bocanada de humo al escuchar aquello.

—Cierto —intervino al punto—. También la acusaron de falsificación y estafa. Sé que para muchos era una impostora, pero me consta que esa investigación estuvo plagada de errores de método. No todos estamos preparados para ser totalmente objetivos, señor conde. No hubo justicia en ese veredicto, créame.

Bonaventura no contestó. Dio varias aspiraciones profundas a su pipa como queriendo dar por zanjada la conversación. No tenía ni pizca de ganas de enzarzarse con aquel cantamañanas, capaz de hacer que se atragantara con todos esos nombrecitos célebres que se gastaba en sus discursos. Louper, como buen entendedor, cambió rápidamente de tercio.

—Pero, dime, Hugo, ¿cómo te fue con el Destripador del Suroeste? Creo recordar que fue en el año noventa y siete cuando lo capturaron. Seguí el caso con verdadera atención porque fue la época en la que muchos asesinos quisieron emular a nuestro Jack el Destripador y parecía que hubiesen abierto las puertas de todos los manicomios del mundo para dejar sueltos a estos terribles asesinos.

—Así fue. Pero el destripador francés no estaba loco. El alienista que se encargó de su evaluación psiquiátrica, el profesor Lacassagne, así lo dictaminó. Lo declaró cuerdo para ser juzgado, pero Vacher dio claros indicios de no estar en su sano juicio. En su juventud había intentado suicidarse un par de veces. La primera vez rebanándose el cuello y la segunda pegándose dos tiros en la cabeza. A resultas de esos intentos frustrados quedó muy desfigurado y fue ingresado en la institución mental Dole. Le dieron el alta al poco tiempo, a pesar de haberse autoinculpado en el asesinato de un joven pastor. Por entonces ya había disparado a una mujer, pero esta no murió.

—¿Y dices que, aun así, le declararon cuerdo?

—Me temo que sí, tengo entendido que afirmó ser como Juana de Arco, un enviado de Dios. Explicó que se bebía la sangre de sus víctimas porque la suya estaba envenenada desde que le mordiera un perro rabioso siendo un niño. Se cree que descuartizó a un total de treinta personas, aunque solo se le atribuyen oficialmente once. Las apuñalaba repetidas veces y después abusaba de sus cadáveres, ya fueran hombres o mujeres, y les mutilaba los genitales. Más tarde les sacaba los ojos, se comía parte de sus vísceras y se bebía su sangre. Un verdadero monstruo de la naturaleza. Ríete tú de vuestro Giacomo Squartatore.

Se rio con ganas.

—Bueno, tal vez la fama de Jack se debió más a los rumores que circulaban sobre su verdadera identidad que a su valía como asesino, pero tienes que reconocer que se ha forjado una leyenda que lo acompañará durante mucho tiempo. Pero ya veo que lo pasaste bien.

—Donde mejor me lo pasé fue en París y no persiguiendo asesinos precisamente. Más risas.

Víctor, que también fumaba por una de las mangueras del narguile, se dirigió a Bruno.

—¿Ha estado usted en París, señor Moreto?

—Me temo que no.

—Pues como suelen decir por ahí, a París hay que ir solo o no ir. No se le ocurra elegirlo como destino para la luna de miel. Se perderá todo lo bueno.

—Le haré caso —respondió Bruno parcamente. No tenía intención de mantener ninguna clase de charla con aquel señor. Se levantó a por otra copa de *arrack* para eludir su compañía. Tras cogerla, se quedó de pie junto a los divanes que ocupaban don Hugo y Louper y decidió entrar en la conversación.

—Pero dígame, *mister* Louper, ¿no ha ejercido nunca como médico cirujano? —le preguntó.

—Por supuesto que sí, me especialicé en Cirugía Pediátrica. Trabajé una temporada en varias clínicas privadas, pero preferí abrir mis propios sanatorios infantiles para niños pobres. Fundé varios en Londres y luego otro más al llegar de nuevo a España. Este último funcionó poco tiempo porque tuvimos que cerrar por cuestiones totalmente ajenas a la institución. Ahora, gracias al profesor Cienfuegos y a mi querida *lady* Amber, estamos a punto de inaugurar un nuevo hospital para huerfanitas. Las obras van muy adelantadas y esperamos abrir a comienzos de año.

—Con los fondos que obtenéis del espiritismo, ¿no es eso? —apuntilló el italiano con cierta sorna.

—Hugo, no seas suspicaz. Ya sé que no ves con buenos ojos el asunto de los donativos, pero no creas que todo el capital sale de esas limosnas. Yo ya he invertido una fuerte suma de mi propio bolsillo, al igual que Cienfuegos. A ambos nos mueve solo y exclusivamente el altruismo.

Don Hugo cerró los ojos y aspiró una gran bocanada del narguile. No tenía intención alguna de seguir con aquello. La noche estaba siendo perfecta.

Bruno, viendo el rumbo que estaba tomando el asunto, decidió acercarse a otro de los grupos. Cora hablaba animadamente con las hermanas Espada, los Alcántara y Carlos Herranz.

—Mi tía abuela tuvo una experiencia cercana a la muerte. Siendo una jovencita, fue derribada de la silla mientras montaba a caballo y se le enredó el pie en uno de los estribos. Fue arrastrada muchos metros antes de que pudieran detener al caballo. Según contó ella misma, notó cómo una extraña fuerza la sostuvo en el aire

impidiendo que se golpeará contra el suelo. Debería haber muerto ante una caída semejante, pero no fue así.

—Fueron los espíritus quienes lo impidieron —dijo Flora Espada con verdadero fervor.

—Estoy convencida de ello —respondió Cora.

Bruno cada vez estaba más mareado por el humo y el licor. Salió a la terraza a despejarse. Desde la azotea el anochecer se extendía como una sombra fría sobre las primeras casas del barrio de la Guindalera. Apenas se atisbaba a ver la quinta de los Leones, y villa Luisa era un manchón de niebla. Pasó más de veinte minutos allí, con las voces de los demás invitados de fondo.

—Al fin le encuentro, señor Moreto.

Giró la cabeza. Era Sofía Mendoza.

—Así que nos ha dejado plantados esta tarde por salir con una institutriz, ¿eh, chico malo? —Le dio un golpecito con el dedo índice en la nariz. Él se rio azorado—. Eso ha estado mal. Muy pero que muy mal.

Bruno notó que trastabillaba un poco, como si los tacones de sus babuchas no la sostuvieran.

—Me temo que he bebido más de la cuenta —dijo riéndose—. Lo reconozco, pero no se enfade conmigo si me pongo un poquito regañona. ¿Verdad que me perdonará?

Él enarcó las cejas. Estaba la mar de divertida con aquellas copas de más. Volvió a trastabillar y tuvo que agarrarla para que no se cayera. Ella le miró fijamente a los ojos como si en aquel mismo instante se le hubiese pasado por completo la borrachera. Sus labios rozaron los de Bruno y le dio un apasionado beso al que él correspondió sin pensárselo siquiera. Ya se arrepentiría cuando se le hubiese pasado el efecto del *arrack*.

De repente, a su espalda, la voz de Víctor Heraldó los devolvió a la realidad. Bruno intentó separarse de Sofía, pero a ella se le doblaban las piernas.

—Sofía, ¿dónde demonios te habías metido? —espetó acercándose a ellos—. Llevo buscándote media hora. ¿Te encuentras bien?

—Está mareada —le contestó Bruno—. Ha bebido un poco.

Víctor la tomó en brazos mientras ella se reía a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás al tiempo que él lanzaba una mirada inquisitiva, casi fiera, a Bruno.

Sofía, totalmente desinhibida, exclamó:

—¡Adiós, chico malo! ¡Mi prometido ha venido al rescate de su doncella!

Víctor la mandó callar con un chisto.

—Estás dando el espectáculo —dijo en voz baja para que nadie le oyera.

Se apresuró a entrar al cenador.

—Buenas noches, señorita Mendoza —dijo Bruno para el cuello de su camisa, pasándose los dedos por los labios y esbozando una sonrisa socarrona.

El sonido de unos tacones a su espalda le obligó a girarse.

—Vaya, vaya... ¿Dónde está la fila para que la besen a una? —requirió Cora Steiner, que se acercó a él como una gata modosa—. Señor Moreto, no está bien besar a las niñas cuando están borrachas. Mañana, esa mojigata se avergonzará de su comportamiento y tendrá que rezar cuatro avemarías.

—Hace una noche preciosa, señorita Steiner —dijo sin hacerse eco de su reproche. Cualquiera hubiese dicho que estaba celosa.

Ella esbozó una sonrisa deliciosa. «¡Qué caballeroso por su parte eludir el tema! —pensó—. ¿Realmente sentía algo por aquella relamida?».

Cora sacó su pitillera del bolsito y le entregó una caja de fósforos para que le diera lumbre. Fumó con lentitud mientras observaba el paisaje. Se humedeció los labios y exhaló un suspiro echando la cabeza hacia atrás con languidez. Bruno contuvo el aliento. Puede que fuese la borrachera, pero sintió unas irresistibles ganas de besarla. Respiró hondo para intentar serenarse, pero todo giraba a su alrededor.

—¿Verdad que ha sido una noche gloriosa? —comentó ella con un brillo especial en la mirada—. Lo he pasado francamente bien. Aunque le he echado de menos durante gran parte de la tarde. Me ha dado la impresión de que me eludía usted por lo que ocurrió el otro día en mi *suite*. Fue muy osado por su parte besarme, pero créame que no le guardo ningún rencor.

Ni siquiera la escuchaba. Su mirada se perdió en aquellos labios intrigantes que no dejaban de moverse. Cora alargó la mano hasta la copa que él sostenía para dar un sorbo y, al hacerlo, rozó la de Bruno. Él se estremeció al notar ese leve contacto. Guiado por un arrebato, la retuvo entre la suya unos instantes y se la besó. Cora sonrió sabiendo que le tenía de nuevo a su merced. Luego, él le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí. La estrechó con fuerza hasta que sus alientos se rozaron.

A Cora se le aceleró el pulso al sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo. Se le escurrió el cigarrillo de entre los dedos. La cercanía de sus labios la dejó sin respiración. ¿Quién tenía a su merced a quién?

De repente, la figura de Louper se recortó en la puerta del cenador.

—Cora, ¿estás ahí, querida? —preguntó elevando la voz hacia la oscuridad—. ¡Nos marchamos ya!

Ella se separó bruscamente de Bruno con el aliento entrecortado. Él ni se movió del sitio para no delatar su presencia.

—¡Ahora mismo voy, Alister! —le respondió.

—¡No tardes! —le advirtió él regresando al interior.

«No hay nada como un beso interrumpido para volver a la cruda realidad», pensó Bruno. Cora se recolocó el velo.

—Mañana salgo de viaje, señor Moreto —le informó—. Voy a París a ultimar unos contratos. Nos veremos a mi vuelta. No eche en saco roto lo que le dije en el hotel. Tenga mucho cuidado. Está en peligro. No bromeo.

—Lo tendré. Le deseo buen viaje —le respondió mientras seguía con la mirada sus pasos hasta el cenador.

Regresó dentro minutos después. Casi todos se habían ido. Vio a Louper hablando con Bonaventura y al aya Uma retirando varios platos de las mesas.

—Hugo, no tomes a mal mi insistencia —le comentaba el británico—, pero deseo

adquirir La Luz de Helios. Sé que estáis atravesando grandes dificultades económicas. Con el dinero saldréis adelante y el chico podrá acceder a sus estudios. Me consta que Olmedo se lamentaba de no poder ofrecer al muchacho la educación que merecía.

Bruno notó que don Hugo disimulaba su reconcomio.

—Déjame que me lo piense, Alistar. He hecho una oferta de negociación al banco y espero que me den una respuesta en breve. Ya te diré algo.

—Ah, se me olvidaba. Salgo de viaje de negocios mañana. Volveré la semana que viene. ¿Quieres algo de Londres?

Él negó con la cabeza y le dio varias palmaditas amistosas en la espalda.

—Qué bien vives, viejo zorro.

Se rieron mientras tomaban el camino de las escaleras. Bruno los siguió dando un pequeño traspié. Sin duda había bebido demasiado. Se fue derecho a su cuarto y se dejó caer exhausto sobre la cama.

A la mañana siguiente, maldijo el licor de *arrack*. El resacón era de aúpa.

—Se acabó la fiesta, jovencito —le reprendió jocosamente Bonaventura cuando llegó al comedor—. Tómese usted el brebaje que le ha preparado Mercedes y volvamos al trabajo. Yo acabo de terminarme el mío y le pedí que le trajeran otro a usted como buen previsor.

Esperó pacientemente a que el joven se acabara el bebedizo y, cuando Bruno dio muestras de encontrarse algo mejor, ambos se encaminaron al Sancta Sanctorum.

El doctor trazó varios símbolos en la pizarra y le demandó un espejo. Él lo buscó en el cajón donde guardaban las lentes de los microscopios y se lo dio mordido por la curiosidad. Acto seguido, el italiano se colocó de espaldas a la pizarra y dirigió el espejuelo hacia los símbolos.

—¿Se acuerda que le dije que los caracteres tenían algo raro? —Bruno asintió—. Pues he dado con el misterio. Están escritos al revés. A esto se le llama «escritura en espejo». No es tan extraordinario, sobre todo en niños y en zurdos. Leonardo da Vinci utilizaba este método en muchas de sus anotaciones personales. Además, añadía abreviaturas y otros signos para desorientar a los fisgones. Es exactamente lo que ha hecho Max.

Tras consultar varias libretas y notas de todo tipo, Bonaventura se puso manos a la obra. Dio vueltas a aquellos garabatos durante más de una hora, hasta que al fin pareció encontrarles sentido asociados a un par de palabras sueltas que se repetían varias veces.

—*Ecco!* ¡Qué gran ingenio el de Max! —soltó entusiasmado—. ¡Son coordenadas geográficas! Nos señalan un lugar.

Escribió en la pizarra al tiempo que las leía en voz alta.

—40° 27' 40.439" N -3° 45' 25.215" W. Nos va a hacer falta un ingeniero geográfico, Bruno. ¿Conoce usted alguno?

Él no tuvo ni que pensarlo. Negó con vehemencia.

—Pues entonces no tenemos más remedio que pedir ayuda al bueno de Antonio. Él podrá consultar con algún entendido. Creo que será mejor telefonarle. Así ganaremos tiempo. De cualquier modo, ya va siendo hora de ponerle al corriente de todas nuestras pesquisas. Aunque bien es cierto que hubiera preferido no contarle nada de este asunto de las coordenadas hasta ver si se trataba de algo tangible. Corremos el riesgo de que todo esto no sea más que un desvarío de Max.

—De todas formas, nos vendrá genial un intercambio de información con el inspector —convino Bruno—. Puede que sus hombres hayan dado con algo.

—*Andiamo, andiamo...* El tiempo es oro.

Bonaventura se dirigió al teléfono con el papel de las coordenadas. Habló con Del Romo largo rato. Cuando al fin colgó el auricular, le relató lo que habían hablado.

—Dice que las llevará él mismo al Colegio de Ingenieros de Caminos. Conoce a un par de catedráticos que pueden echarnos una mano. En cuanto le den la respuesta vendrá para acá. Quiere hablar con nosotros en persona, al parecer ha descubierto algo de vital importancia para el caso. También me ha adelantado que en el registro de la finca del Cafeto no han encontrado a ninguna pequeña secuestrada. La propiedad estaba vacía, pero sí han hallado evidencias inculpatórias. Somníferos y varios enseres de niña, entre ellos un vestidito de tipo griego y una diadema adornada con flores secas, conchas y unos cuernos pequeños de cervatillo.

Bruno frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de diadema es esa?

—Pues dice Antonio que parecía la de un disfraz de carnaval, pero que los cuernos no eran de atrezo. Varios expertos cazadores los han identificado como de ciervo joven, de cuando les comienza a despuntar la cornamenta.

«Conchas y cuernos de cervatillo», repitió para sí. Era cuando menos inquietante. No se le escapaba su fuerte simbolismo. Ofrendas para las deidades.

—¿Se ha localizado instrumental de cirujano? Aguja, bisturís...

—No. Pero sí grandes cuchillos de carnicero y útiles de matanza. Al parecer trabajó de joven en el matadero. Créame si le digo que con esas evidencias, sumado al testimonio de su compinche, el Cafeto es carne de patíbulo. Si no aparecen más víctimas en varias semanas, se confirmarán las sospechas del tribunal. Además, se le ha pillado en un renuncio. La portera del piso de Loreto le ha identificado. Dice que le vio varias veces en alguna partida de cartas. Ese tipejo mintió en el interrogatorio. A saber cuántas cosas más se ha inventado.

Bruno entornó los ojos con aire crítico.

—En mi humilde opinión, las evidencias halladas le inculpan de secuestro, no de asesinato. Espero que esto no signifique que vayan a cerrar el caso.

—Pues es lo más probable, jovencito. Ya tienen a su asesino. Y suerte que no se ha filtrado el suceso a la prensa, si no a estas alturas ya estaba más que sentenciado.

A las dos horas escasas, Del Romo se presentó en La Luz de Helios. Venía cargado con una caja de madera con tapa, la cual se apresuró a depositar en las manos

de Bruno para quitarse el gabán y el sombrero, que entregó a Laura con una sonrisa a modo de saludo.

—Está claro que uno tiene que encargarse personalmente si quiere que las cosas se hagan bien —dijo mientras señalaba con un gesto de cabeza que fueran al Sancta Sanctorum y demandaba un café.

Don Hugo dio instrucciones a la criadita para que se lo hiciera llegar a la morgue. Ella se retiró con una reverencia.

Tras abrir la puerta del sótano, Bruno dejó la misteriosa caja sobre una de las encimeras. Del Romo le dio un par de golpecitos a la vetusta madera con cara de satisfacción.

—Ha sido una ardua tarea, pero al final he encontrado esto en relación con la supuesta fecha de la chapa que llevaba al cuello la víctima del Retiro. He visitado a un antiguo compañero de mi padre. En aquella época, él tendría unos cuarenta años, y nada más hacer alusión al caso de las niñas, se acordó de uno muy parecido, al que bautizaron como «el caso del Recolector de Ángeles». Me dijo que los archivos podrían estar en la casa que mi padre compró en Villa del Prado a su jubilación. Fue allí donde pasó los últimos años de su vida. Y, en efecto, encontré estos expedientes después de varias horas de registrarla palmo a palmo. Estaban dentro de un baúl, en el altillo. Lo más curioso de todo es que yo jamás había visto esta caja con anterioridad, pero, en fin.

—El Recolector... —repitió Bruno recreándose en cada una de las sílabas al tiempo que no pudo reprimir un escalofrío al reconocer en aquel alias el mismo que salió de los labios de Máximo Carrubias.

El inspector la abrió y colocó las carpetas polvorientas sobre la encimera.

—Estos son los informes de seis infanticidios ocurridos entre septiembre de 1877 y enero de 1878. El último cadáver fue encontrado el mismo día de las bodas reales entre Alfonso XII y la reina María de las Mercedes, el 23 de enero de 1878. Recuerdo que ese mismo año mi padre se jubiló coincidiendo con mi ingreso en la policía.

El asombro de Bruno fue en aumento. Aquel dato corroboraba que Carrubias se había referido a ese caso en concreto cuando hablaron con él.

—Y, a ver si adivináis quién fue el asesor encargado del caso —prosiguió el inspector.

Ambos enarcaron las cejas en un gesto de sorpresa e incredulidad.

—Olmedo —contestaron al unísono.

—Así es. Por entonces era estudiante de medicina y cirugía. Fue él quien bautizó al asesino con ese apodo.

Se dispuso a colocar las carpetas por orden de fecha. Estaban realmente deterioradas. Cada uno de los expedientes adjuntaba un retrato a lapicero de las víctimas y varios croquis de los escenarios del crimen. Los rostros de las niñas eran apenas unos trazos borrosos en un fondo amarillento; el papel estaba agrietado; no obstante, se apreciaba un parecido extraordinario entre ellas. También había dibujos

esquemáticos de la autopsia, de la cicatriz del pecho, de las marcas romboides que presentaban los cuerpos en las nalgas y caderas, incluso de las crías de golondrinas y las libélulas. Bruno no tuvo duda alguna de que aquellos dibujos los había realizado Olmedo. Más aun, él tenía otros muchos en sus cuadernillos que hasta ese momento no imaginó que pertenecieran a las pequeñas asesinadas.

Don Hugo y él leyeron también los informes de las autopsias. Las conclusiones eran prácticamente las mismas que en los dictámenes actuales: extracción del corazón por métodos quirúrgicos, desangrado a consecuencia de dicha extracción; sustancia untuosa extendida por toda la piel elaborada a base de grasa de búfalo y esencia de mirra. Sin embargo, ninguno de los forenses hacía referencia a las retracciones en las extremidades a causa de una inmovilidad continuada, que Bruno sí advirtió en sus exámenes oculares, ni tampoco a las diferencias entre los hilos y puntos de sutura utilizados en la golondrina y en los cadáveres.

—Los lugares donde fueron hallados los cuerpos son distintos a los actuales —comentó Del Romo—, y no hay coincidencias en el orden de aparición ni de fechas. Pero sí algo muy curioso: los cadáveres también fueron robados después de practicarles la autopsia. Cinco desaparecieron de las fosas comunes y uno del Depósito Judicial.

Les resumió que ninguna de las víctimas fue reclamada por sus familias. Jamás se encontró una conexión entre ellas, salvo la de ser hijas de la miseria. Bastardas de una sociedad que no veía más allá de su propio bienestar; la misma que luego exigía justicia y pan para los más necesitados mientras, noche tras noche, cenaban faisán y acudían a la ópera o al teatro sin girar la cabeza hacia el mendigo que estaba a las puertas implorando las sobras de sus mesas. Era la sucia demagogia que había acompañado a la humanidad desde que el mundo era mundo.

—Olmedo debería tener guardado algún documento sobre la investigación —dijo el inspector—. Me consta que solía escribir notas bastante detalladas en sus libretas. Sería conveniente que las buscaras, Bruno.

Él negó con un gesto de impotencia.

—No queda nada en el Tempus Fugit. Todos los archivos fueron robados.

—¿Y sus diarios de viaje?

—Esos los conservo a buen recaudo, pero no hay nada referente a ninguna de sus investigaciones policiales. Solo dibujos y breves pies de nota.

Laura los interrumpió con toques a la puerta. Traía el café y varias porciones de la famosa tarta de manzana de Mercedes. Bruno le indicó que lo dejara sobre la mesa de la pequeña zona de estar, al fondo de la morgue, y que se retirara. Él mismo sirvió el café.

—Me va a venir de órdago este cafelito y el trozo de pastel —dijo Del Romo—. No he tomado nada desde anoche. Me acosté a las tantas revisando los expedientes antiguos.

Llegados a ese punto, don Hugo decidió contarle toda la andadura de ambos

desde el entierro del doctor Loreto hasta la visita al manicomio de Leganés. No escatimó en detalles.

Del Romo se sintió sobrecogido por la narración. No imaginó que hubiesen avanzado tanto y que el hallazgo de los expedientes antiguos estuviera relacionado con un exalumno de San Carlos.

—Carrubias llamó al asesino el Recolector de Ángeles —añadió Bruno—, tal y como lo bautizó mi tutor.

—Pues según parece sabía de lo que hablaba —dijo el inspector—. Aunque cabe la posibilidad de que él se estuviera refiriendo al asesino de hace veinticinco años. El dato que me habéis dado sobre la boda real lo confirma.

—Veo posible que pueda tratarse del mismo de entonces —repuso el italiano— si llevó a cabo su primer asesinato siendo muy joven. Quizá sea un individuo de entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Tal vez, incluso, mayor. Las víctimas son niñas y no requeriría fuerza física para reducir las. De hecho, creo que algunas de las chiquillas podrían haber creado lazos emocionales con él, dado que las secuestra en una edad comprendida entre los dos y los cinco años y se deshace de ellas cuando cumplen nueve o diez. A esa edad decae su interés por ellas. Hay una ruptura que le lleva a sacrificarlas.

Bruno asintió.

—Estoy de acuerdo. El asesino tiene una fantasía que revive una y otra vez. Pasado el periodo de fantasear, no ve factible que se realice su ensoñación y sacrifica a la pequeña en la que ha depositado sus esperanzas. Creo que las pone a prueba y, si en ese tiempo no pasan su examen particular, las mata.

Del Romo cerró los ojos y se los frotó suavemente con las yemas de los dedos. Los tenía enrojecidos por el cansancio.

—Tampoco hay que descartar que los asesinatos actuales puedan ser obra de un imitador. El Cafeto, por edad, no pudo ser el autor de los infanticidios de entonces. Apenas era un crío. Sin embargo, sí puede ser un plagiador.

Bonaventura y Bruno intercambiaron una mirada escéptica, pero prefirieron no redundar más en el tema. Había demasiados cabos sueltos como para afirmar algo así.

—¿Y lo de devolver la ofrenda que os contó Carrubias? —preguntó el inspector.

—Ahora que tenemos los datos del primer caso, creo comprender a qué se refería —respondió Bruno—. Cabe la posibilidad de que Olmedo se llevara uno de los cadáveres sin consultarlo con nadie, seguramente el último que halló la policía, el que después desapareció del depósito.

—¿Y para qué se lo llevaría? —preguntó Del Romo.

—No estoy seguro. Tal vez para desafiar al Recolector. Carrubias dijo que el asesino necesitaba visitar a sus víctimas, tenerlas controladas... Eso significa que conserva los cadáveres en algún lugar específico y los visita. Tiene su lógica. Los colecciona. Recolecta exvotos, ofrendas. Si le faltara uno, la colección estaría incompleta.

—*È vero*. Algo así alteraría su calculado método y lo sacaría de quicio. Probablemente, mi hermano pensó en tenderle una trampa y que el asesino cometiera un error que lo delatara. Pero por lo que dijo Max algo debió de salir mal.

—Ya veo por donde vais —comentó Del Romo—. Cinco cuerpos desaparecieron de las fosas comunes y solo uno de ellos lo hizo del depósito. Olmedo tenía fácil acceso a la morgue por ser estudiante de Medicina. Se lo llevó para que el asesino no lo recuperara.

—¿Y dónde pudo guardar el cadáver? —preguntó don Hugo con un gesto de concentración.

—No lo sé —respondió Bruno, no menos pensativo también—, pero imagino que en un lugar bastante rebuscado si el asesino no ha logrado dar con él en veinticinco años. Me hago una idea de la rabia que debe de haber acumulado el asesino en todo este tiempo. Tengo la impresión de que ha matado a muchas más niñas de las que han salido a la luz. Quién sabe a cuántas.

Una mueca de amargura e impotencia surcó el rostro del inspector.

—Pues sea el asesino original o un imitador, es un puto tarado...

Bruno sacudió la cabeza con pesadumbre ante aquel comentario. El mundo necesitaba que el asesino fuese un loco; una bestia que había vendido su alma al diablo. Deseaban creer que el mundo no estaba habitado por individuos cuerdos tan depravados. Eso les hacía sentirse seguros en sus camas. Y Carrubias encajaba en la descripción del asesino. Pero muchos, ya por ignorancia u omisión, olvidaban que un psicópata sí era capaz de distinguir entre el bien y el mal. Lo diferenciaban perfectamente; aunque eran incapaces de sentir remordimientos. ¿Un psicópata estaba dentro del grupo de lo que se consideraba ser un alienado? No necesariamente. Podía tratarse de un hombre aparentemente normal, incluso piadoso y de intachable conducta para la sociedad que le rodeaba.

—No creo que esté loco —respondió—. Es un monstruo sin conciencia ni remordimientos. Un lobo entre corderos.

Ambos le miraron sorprendidos de su respuesta. Él mismo se sintió algo sobrecogido también.

—Pues loco o no, tenemos que descubrir quién demonios es —añadió Del Romo—. Ni os cuento lo que me va a decir el juez cuando le venga con estas nuevas evidencias. Los de arriba ya se estaban frotando las manos con la idea de cerrar el caso. —Dio un sorbo apresurado al café—. Y no sé si lo recordaréis, pero os conté que en el primer asesinato, el del hipódromo, se encontró a un vagabundo muy cerca del lugar donde apareció el cadáver y que, tras ser investigado, fue descartado como sospechoso porque el párroco de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles aseguró reconocerlo de la cena de caridad que dan todos los viernes.

Ellos asintieron.

—Pues bien, tras investigar más en el entorno de mendigos, uno de ellos nos ha contado que nadie lo conocía, que se dejó caer por el barrio un par de días antes y

que, según algunos, se trata de un loco que se había escapado del manicomio de Leganés. ¿Qué os parece?

—Pues que puede tratarse de Carrubias —respondió Bruno sin meditarlo siquiera. El italiano guardó silencio. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

—Tenía pendiente mandar a alguno de mis hombres para que comprobara si les faltaba algún paciente —añadió el inspector—. Pero a tenor de vuestras observaciones, lo veo un poco absurdo. La superiora jamás admitirá que el doctor Carrubias se escapó de Santa Isabel. —Se masajeó las sienes con preocupación—. Así no podemos inculparlo de los asesinatos, pero tampoco descartarlo como sospechoso. No me parece buena idea meterlo en los calabozos estando en ese estado, la verdad, dado que se autolesionó en vuestra presencia y podríamos correr el riesgo de que intentara suicidarse. Lo más razonable sería tenerlo bajo custodia policial en el propio manicomio mientras dure la investigación. Aunque ya os adelanto que no dispongo de personal. Tendré que pedir una orden para que sea el propio sanatorio quien se encargue del asunto, confinándolo en una celda de aislamiento.

Ante esa decisión, el italiano cerró los ojos pesaroso. Le costaba reconocerlo, pero la situación de Max era peliaguda.

—Dadas las circunstancias, es la mejor medida —se limitó a decir.

—Desde luego, con vosotros no me aburro... —prosiguió Del Romo con una mueca jocosa—. ¿Alguna cosa más con la que amargarme la vida?

Bruno tuvo que morderse la lengua para no contarle todo lo que sabía sobre la Hermandad del Círculo del Alba y su encuentro con Edmundo Dantés. Se cuestionó a sí mismo por ello. Aquel extravagante personaje había comprado su silencio a cambio de información. No se sentía mucho mejor que aquellos exalumnos que se habían dejado chantajear.

—Bien, pues entonces ya solo me resta entregaros esto —dijo sacándose del bolsillo unas hojas de papel dobladas—, aquí tenéis el lugar que marcan las coordenadas. Los chicos del Colegio de Ingenieros de Minas lo han localizado en un periquete. Me han redactado un informe detallado sobre la zona en cuestión y cómo llegar a ella. Han adjuntado un mapa con indicaciones. Les he dicho que las necesitaba para una *gymkhana* de esas que están ahora tan de moda.

Don Hugo y Bruno lo leyeron con avidez.

Estaba bastante alejado del centro. Concretamente en el cerro de las Balas, al noroeste de la dehesa de la Villa. Era un territorio muy boscoso, con abundantes vaguadas. El punto en cuestión se hallaba próximo al Camino Real; un sendero que cruzaba de norte a sur la dehesa y que partía desde el Palacio Real hasta la sierra de Guadarrama. Pasaba por el monte del Pardo, Colmenar Viejo y terminaba en Manzanares del Real. Según los símbolos del mapa, el paraje estaba atravesado por el Canalillo, una acequia de conducción de agua que provenía de Lozoya y que pasaba a través del acueducto del canal de Isabel II, llamado de Anamiel.

—Y dime, Hugo, qué crees tú que vais a encontrar allí —quiso saber el inspector.

—Tratándose de Max, cualquier cosa: una cueva, un osario visigodo, una necrópolis romana en mitad de la nada... Habrá que ponerse atavío y calzado cómodo, también sería conveniente llevar un pequeño refrigerio y algunos aparejos: cuerdas, pico y pala y algún fanal.

Bruno recapacitó unos instantes. El nombre de aquel cerro le daba vueltas en la cabeza. Él había visto ese nombre escrito en algún sitio. Se dejó llevar por un pálpito. Cogió uno de los cuadernos de viaje de su maestro y pasó las hojas con ansiedad hasta dar con lo que buscaba.

Era el dibujo de un espléndido palacete, en cuyo pie podía leerse la anotación: «Hospital de niños pobres, cerro de las Balas». Sin duda, su maestro dibujó aquella finca por algo. No creyó que se tratara de una casualidad.

Se lo mostró a ambos.

—¿Cree que pudiera ser esto lo que nos intenta señalar Carrubias?

—Yo diría que cabe esa posibilidad —respondió el italiano con una mirada de velada admiración hacia la sagacidad del muchacho.

—Sea lo que sea, os veo muy entusiasmados con el asunto —apuntó el inspector—. Y me da cien patadas no poder ir con vosotros. Pero, eso sí, puedo pedir que os acompañen un par de guardiaciviles.

El italiano entornó los ojos, desconcertado por aquella proposición.

—No te lo tomes a mal, Antonio, pero prefiero que vayamos el chico y yo solos. De ese modo podremos actuar con mayor libertad. Si vienen con nosotros esos guardias, temo que quieran llevar la voz cantante y limiten nuestros movimientos. Además, la dehesa es una zona donde suele ir la gente a pasar un día de campo y donde hay muchos merenderos y quioscos. No es peligrosa.

—Ya. Aquí el peligroso es ese Recolector. Ese es mi miedo, Hugo, que se trate de su guarida y os deis de bruces con él. —Chasqueó la lengua desaprobando su negativa—. Te tengo por hombre cabal, aunque no sé qué vas a hacer si te sale al paso ese tipejo.

—En peores me he visto, Antonio. Sabré cómo actuar llegado el caso.

—Eres más terco que una mula, Hugo —dijo cabeceando—. Solo te pido que cuides del chico. Olmedo no me perdonaría jamás que le pasara algo.

—*Per favore*, ni que nos fuéramos a la guerra de Cuba... *Caro amico*, eso está de más. Quédate tranquilo. Te prometo que seré de lo más prudente.

Bruno los miró con una mueca guasona. Hablaban de él como si todavía fuese un crío de pecho al que hubiera que enseñar a caminar. Resultaba ridículo, pues les sacaba a ambos más de una cabeza y un palmo de envergadura.

—¿No creen que ya soy mayorcito para cuidarme solo? —espetó.

—*Va bene, va bene*. Tiene razón, nos estamos comportando como matronas. Será mejor que preparemos los bártulos y salgamos cuanto antes. Nos llevaremos el cuaderno de Olmedo para guiarnos.

Desde el cerro de las Balas se tenía una panorámica perfecta de toda la zona. Podía verse con total nitidez la sierra de Guadarrama, aunque un gran manto de nubes se acercaba por el este y no tardaría en ocultar el pico de la Maliciosa. El silencio era sobrecogedor. Grave, casi místico, acostumbrados como estaban al bullicio de la urbe. Al pie del monte se adivinaba un sendero que se perdía en el verde corazón del bosque. Acacias, almendros, cedros, ciruelos, pero sobre todo grandes extensiones de pinos piñoneros. También pudieron contemplar varias vaguadas húmedas de extraordinaria belleza. Pocos kilómetros atrás, se habían topado con el nacimiento del arroyo de los Fresnos. La dehesa de la Villa era un hermoso paraíso, con gran abundancia de aves y de insectos. Un lugar idílico donde hacer excursionismo o simplemente pasar un día de campo. De hecho, los madrileños festejaban allí todos los primeros de mayo. Sin embargo, había que reconocer que algunos parajes tenían un marcado carácter forestal y no faltaban montes: el de Cantarranas, el de Anamiel, el del Pardo y el Monte Carmelo. Incluso se decía que no era nada extraño encontrar jabalís.

Tras una minuciosa observación de las cercanías, don Hugo centró su atención en una propiedad que se veía desde el cerro. La estudió largo rato con los prismáticos.

—Tiene que tratarse de esa villa que se ve allí, Bruno. Tiene un lago con una isleta en el centro, como la del dibujo de Olmedo. Está irreconocible por culpa del abandono, pero es la misma. Será mejor que bajemos a explorar.

Emprendieron la bajada hasta la finca. Una hermosa travesía de cedros se abría paso hasta las verjas de entrada. El cielo parecía sangrar tinta y el viento había empezado a arreciar y arrastraba un olor a tierra mojada.

El palacete victoriano destacaba sobre la hierba salvaje. Era de ladrillo visto, con balconadas de hierro fundido de un gris acero. Toda la planta baja estaba rodeada por un porche de columnas abrazadas en su base por una barandilla a media altura. Del techo colgaban lianas y exuberantes enredaderas. La maleza había devorado toda la propiedad hasta el punto de sepultarla.

En uno de los muretes de piedra de la entrada, Bruno apreció el brillo marchito de una leyenda en bronce. Arrastró con la mano las ramas que la cubrían y leyó: «Hospital de niños pobres».

Las altas puertas de hierro forjado estaban cerradas con una gruesa cadena y un candado comidos por el verdín y el óxido. Don Hugo procedió a sacar su estuche de ganzúas.

—Vigile usted la retaguardia —le dijo con una apostura de agente secreto nato.

Saltaba a la vista que aquella propiedad llevaba décadas abandonada y que no

había un alma en varios kilómetros a la redonda.

En cuestión de minutos hizo saltar el trinquete. Tuvieron que emplearse a fondo para empujar las cancelas, pues estaban atrancadas a causa de los matorrales que habían crecido a espaldas de las rejas. Lograron que se abrieran lo justo para poder pasar. Caminaron en dirección a la casa abriéndose paso entre los jarales y las largas hileras de sauces llorones que parecían señalar un sendero escondido. Había estatuas de mármol varadas en mitad de la espesura, semejaban habitantes extraviados de un vergel espectacular en otra época. El camino terminaba en una rotonda con una fuente. La estatua que la coronaba estaba partida y podían verse los caños reventados. Justo enfrente, se distinguía la doble escalinata de mármol de acceso a la entrada principal.

El viento zarandeaba un rastro de visillos ajados que se colaban por los cristales rotos de algunas ventanas. Una sensación de nostalgia atrapó a Bruno. Un latido atemporal respiraba a través de las paredes. Notas desgarradas de violines; canciones de cuna para niñas muertas.

Miró el cielo. La oscuridad de la tormenta había caído a plomo. El resplandor de los relámpagos y el sonido de los truenos los alertaron de que el aguacero estaba próximo.

—Se nos va a estropear la tarde —dijo don Hugo chasqueando la lengua con disgusto—. Será mejor que primero echemos un vistazo al lago y a la isleta. Si se pone a llover, nos va a ser muy difícil explorarlos después.

Avanzaron unos metros hasta llegar a una enorme pradera salpicada de flores silvestres. Un lago emergía como por ensalmo entre el alto césped y los macizos de juncos. En medio de aquel retazo de mar dulce, se erigía una alta torre de vigía envuelta en la bruma. Estaba enclavada en una pequeña ménsula de tierra. La barca, que alguna vez sirvió para llegar hasta ella, era pasto del tiempo. Yacía varada en la orilla con los flancos reventados por las raíces de un olmo.

Metros más allá, sumido entre los carrizos, distinguieron el embarcadero. Apenas quedaban de él algunos tablones corrompidos. Dos sogas de varios cabos se perdían en la lejanía. Estaban amarradas a unos gruesos listones. Al pie de la dársena flotaba lo que quedaba de una plataforma cuadrada de madera, con un precario rastel de cuerdas a modo de barrera de protección. Estaba inservible.

—Parece que los rieles llegan hasta la isla —determinó Bruno—. No sé en qué condiciones estarán. Son bastante gruesos, pero puede que estén podridos, como todo lo demás.

Estimó que el agua apenas tendría dos metros de profundidad. Se podía llegar a nado hasta la isleta.

Don Hugo echó mano a los prismáticos.

—Es una torreta de vigía. O tal vez se trate de una de esas edificaciones de madera donde suelen jugar los niños en los jardines de recreo. Hay también un pequeño cenador. Nada más.

Le pasó los gemelos y echó un vistazo. La torre era muy parecida a las que se utilizaban en la vigilancia forestal.

—Creo que será mejor inspeccionar la casa —sugirió—. A poco que nos descuidemos, nos va a caer encima la de Dios. Se está poniendo muy negro.

Aprovecharon para entrar por una de las ventanas cuyo cerco había sido brutalmente arrancado.

No había mueble alguno, aparte de varias sillas destrozadas y algunos trastos abandonados. Las inclemencias del tiempo habían hecho estragos en el suelo de roble y las paredes lucían desconchones y humedades por todos los rincones. La escalinata que llevaba al piso superior se hallaba en buen estado. Les sorprendió la hermosura de la madera, con taraceas de marfil y molduras que dibujaban figuras geométricas en distintos tonos, acordes con el artesonado del techo y las arquivoltas. Era en sí una verdadera obra de arte. Don Hugo comprobó los primeros peldaños por si se venían abajo. Indicó a Bruno que sí eran seguros.

En la primera planta se encontraron con dos amplias estancias donde se hacinaban media docena de camas destartadas. En sendas puertas de entrada colgaban carteles: «Sala de niñas» y «Sala de niños». El lugar debía de haber sido saqueado por los ladrones. No era extraño en propiedades deshabitadas por largo tiempo. Bruno estimó que en cada una de las habitaciones cabían al menos quince camas. Ahora apenas quedaban los restos de varios cabeceros y algunas mesillas rotas. Tampoco había rastro de los colchones de lana. Por el suelo había indicios de material médico: algunas ampollas de agua destilada y jeringuillas, que se mezclaban con gran cantidad de desperdicios. Se agachó para coger uno de los frasquitos que todavía conservaba la etiqueta: «F. S. Pharma». Se la mostró al italiano.

—Guárdela usted, intentaremos ver hacia dónde nos lleva.

También reparó en algunas cuartillas de papel. Parecían hojas de un cuadernillo de notas donde apenas atisbó a leer varios apuntes desvaídos: «Fiebre de 40 grados. Persiste dolor agudo en el cuadrante abdominal izquierdo. Posible apendicitis aguda». La firma era ininteligible.

Se dirigieron después al desván. No encontraron nada de interés salvo más basura y trastos viejos. Bajaron entonces hasta la planta baja. Allí estaban las cocinas, la despensa, el lavadero. Todos ellos presentaban el mismo estado de abandono que el resto del caserón. Al fondo del pasillo había un retrete y un armario empotrado para guardar la ropa blanca. Ahí terminaba todo.

—¿No le parece a usted muy raro que esta casa no disponga de sótano? —cuestionó algo escéptico Bonaventura.

Bruno asintió con la cabeza mientras sus ojos se perdían en los entrepaños del armario que acababa de abrir.

—A lo mejor la entrada no es fácilmente visible —determinó dando varios toquecitos con los nudillos en el fondo del ropero.

No era descabellado pensar que tras aquella alacena existiera una entrada secreta.

Don Hugo le imitó dando golpes en la pared a la espera de escuchar un cambio de sonido que demostrase la existencia de una cámara de aire.

—Ayúdeme, Moreto —dijo comenzando a quitar las repisas—. No sé si hay algo tras este tabique, pero de igual modo lo echaré abajo a golpe de piqueta.

—Espere un momento —le contestó él señalando el felpudo bajo sus pies—. Primero quisiera comprobar algo.

Levantó uno de los laterales de la raída alfombra y arrimó el farol. Se agachó sobre las baldosas del piso. No tardó en dar con unas ranuras camufladas. Ahí había una portezuela. Ambos salieron del armario para poder abrirla. No disponía de argollas o sujeción alguna y tuvieron que echar mano a una palanca que don Hugo llevaba en la mochila. La portilla en cuestión daba a unas escaleras por las que la luz no se había asomado en mucho tiempo. La embocadura estaba cubierta de tupidas telarañas.

Intercambiaron una mueca suspicaz cargada de expectativas. Don Hugo apartó a manotazos las telarañas dispuesto a bajar, a pesar de la absoluta negrura de aquella boca de lobo.

—Yo iré primero.

Descendieron los peldaños de la escalinata muy despacio. La temperatura descendió notablemente. Ante ellos se abría un largo pasillo abovedado por arcos de piedra y recias pilastras, en cuya embocadura había una puerta de reja con perfiles metálicos que ocupaba toda la anchura del estrecho túnel. El italiano tuvo que emplearse a fondo para abrir la cerradura de cinco de ellas antes de llegar a un portón de recia madera con doble cerradura.

—*Cristo benedetto!*, esto parece una cárcel —se quejó con una mueca de aprensión—. ¿Qué guardarían aquí dentro?

Nada más forzarla con las ganzúas, un aliento a atmósfera cerrada les hizo torcer el gesto. Entraron cautamente.

No vieron ventanas ni portillas. Era un sótano ciego. Había varias lámparas de pared, pero el suministro de gas estaba cortado como en el resto de la propiedad. Buscaron velas o lámparas que otorgaran algo de luz. Don Hugo encontró algunos candelabros, que luego fue colocando estratégicamente en aquella estancia a donde jamás había llegado el aire puro. El olor acre de la cera sucia les golpeó con una bofetada rancia.

Era una especie de vivienda. Constaba de tres habitaciones y un retrete con tina, pero carecía de tomas de agua corriente. Disponía de un pequeño *office* con un montaplatos. Bruno imaginó que llegaría hasta la cocina de arriba. Al fondo del pasillo descubrieron unas escaleras de bajada que llevaban a otro nivel. Tal vez un almacén o un dispensero.

Se dirigieron primero a las salitas. La primera se trataba de un dormitorio. No tenía aspecto de haber sido saqueado, pero aparte de dos camas sin vestir, un par de escritorios con sus respectivas sillas y dos armarios roperos vacíos, no había enseres

personales. La otra pieza era un cuarto de juegos. Varios caballitos de madera, aros, pelotas, soldaditos de plomo... Toda clase de juguetes envueltos en una capa espesa de polvo. Sobre una cómoda, Bruno vio un cuaderno de dibujo. Las gruesas solapas estaban quemadas por los bordes, como si hubiese sido rescatado de un incendio, pero los dibujos, aunque muy deteriorados, todavía se podían apreciar. Distinguió las figuras de dos niños y una niña. También había representados dragones de largos colmillos, espadas, caballeros y algunos castillos.

Bruno se guardó el cuadernillo y pasó a inspeccionar los cajones de la cómoda. Encontró un libro de cuentos de los hermanos Grimm escrito en alemán. *Kinder und Hausmärchen*. Era una primera edición de 1812. Una de sus páginas estaba doblada por el cuento «Schneewittchen».

—Vaya... —dijo con asombro don Hugo—. *Blancanieves*. Este libro es una pequeña joya. Seguro que a su amiga la librera le encantaría echarle un vistazo.

Bruno le miró con un gesto guasón. ¿Acaso le estaba sugiriendo que se lo llevara?

—Jovencito, nadie va a echarlo de menos, créame. Aquí solo está cogiendo polvo. Regáleselo a la señorita Cohen. Le dará una alegría.

Razón no le faltaba. No se lo pensó dos veces y lo metió en su mochila.

Se dirigieron al cuarto del fondo del pasillo. Al intentar abrir la puerta, comprobaron que estaba cerrada con llave.

—Hoy les estamos sacando rendimiento a estos condenados ganchos —dijo don Hugo mientras echaba mano a las ganzúas.

Le costó abrirla más de lo esperado. Tanto que casi se dio por vencido. Fuera lo que fuese que hubiera ahí dentro, alguien se había preocupado de mantenerlo a salvo de los intrusos. Esa sensación se acrecentó al entrar y ver los muebles y los enseres. No había ni mácula de polvo. Era como si el tiempo, al contrario que en el resto de la propiedad, se hubiese detenido.

Un escalofrío le atenazó la nuca. Instintivamente, Bruno miró en todas direcciones. Bonaventura imitó su gesto de aprensión. Alguien se había encargado del mantenimiento de aquella alcoba. Y para ambos estaba claro que no había utilizado la misma portilla de entrada que ellos. Por unos instantes permanecieron inmóviles esperando oír algún sonido que delatara otra presencia ajena, pero lo único que escucharon fue el viento susurrando por los cañones de las chimeneas.

Se trataba de un dormitorio femenino; tal vez el de una niña pequeña por la gran cantidad de muñecas que yacían sobre la cama. En un rincón había un tocador con faldones de raso en tono lavanda, un escabel y un espejo de tres lunas con marquetería de nácar. Sobre el peinador reposaban un juego de cepillos de plata y un joyero de tres pisos, el cual contenía varias alhajas y pasadores.

Observaron las muñecas colocadas minuciosamente como si fuesen pequeños habitantes congelados de ojos vivos. A Bruno le produjeron una sensación perturbadora. Eran un calco de la que encontró en casa de la abuela de Adoración Estévez, la tercera víctima. Recordó el fuerte aroma a café que desprendía.

—Deberíamos llevarnos una —sugirió—. Son exactas a la que vi en casa de Dorita.

Don Hugo desconocía el detalle de la muñeca. El joven no pudo mostrársela cuando estuvieron en las Injurias por la sorpresiva aparición de la señora Dora, estaca en mano; pero cogió una con delicadeza y la guardó en la mochila.

Bruno pasó entonces a registrar el armario ropero. Estaba lleno de vestidos de niña. Los encajes blancos habían amarilleado y la tela lucía deteriorada. En los altillos encontró sombrereras y cajas de zapatos. Todavía tenían impresas las direcciones de los ateliers donde fueron adquiridas. Dudaba de que la mayoría de ellas se hubiese abierto alguna vez.

Tras revisar a fondo la habitación, ambos se dieron por vencidos.

—Creo que aquí ya hemos terminado —dijo Bonaventura algo decepcionado—. No sé qué esperaba encontrar, pero hasta ahora no hemos descubierto nada que nos conduzca definitivamente al asesino. Esto no es más que una casa abandonada. Una casa muy inquietante, eso sí. En este sótano bien se podrían mantener escondidos o secuestrados a varios niños, pero ya ve que no hay absolutamente nadie aquí abajo.

—Nos queda por inspeccionar la sala contigua al *office*. Me pareció ver una escalera que llevaba a otro nivel más bajo. Tal vez se trate de una bodega.

—Bien. Pongámonos en marcha pues.

Tras atravesar el *office* y bajar un tramo de escalones, se toparon con una verja de hierro forjado en forma de arco, igual a las de la entrada. Tras ella, otros tres tramos más les esperaban antes de acceder a una sala de grandes dimensiones cuya omnipotencia les traspasó el alma como un venablo helado.

Era un sagrario. Algunas propiedades solían tener uno para acudir a misa o rezar en la intimidad. Tampoco era extraño que enterraran allí a sus seres queridos.

A Bruno, la elegancia del pequeño artesonado barroco del altar mayor le sorprendió. Era de una gran belleza en su conjunto; sin embargo, sus ojos se escurrieron sin remisión hasta las paredes. Estaban revestidas de curiosos nichos decorados con conchas de moluscos de aspecto común y fósiles de equinoideos, que le conferían cierto aire ancestral o de rito pagano, alejado por completo del estilo que predominaba en el resto de la capilla. Las tapaderas de mármol eran redondas y estaban sujetas por dos grandes tornillos en forma de cruz. En aquellas lápidas se apreciaban claramente varios números cincelados.

Un escalofrío le atenazó la nuca. Tenía la certeza absoluta de que allí reposaban las víctimas del Recolector. Don Hugo había perdido el color y negaba al aire con una mueca grave de profundo pesar.

—Esto es lo que quería mostrarnos Max —dijo con voz profunda y la mirada fija en las huesas—. Es el cubil del asesino.

Se acercó a ellas con el farol y alumbró las primeras fosas de la hilera derecha.

—¿No le parece a usted que estas conchas no guardan relación alguna con el resto de la cripta? —cuestionó como si hubiese leído el pensamiento de Bruno—. Tienen algo de místico y primitivo. Para algunas culturas antiguas como la celta, las conchas o caracolas eran consideradas pequeños oráculos o talismanes. Se les asignaba cualidades mágicas. Las que podemos ver aquí son moluscos de agua dulce. Por esta zona de arroyos se encuentran en abundancia.

—Es como si las hubiese colocado alguien que sentía un gran cariño por las víctimas o tal vez un amor idealizado. Uno infantil, puro, sin prejuicios. El que podría sentir un muchacho o un niño.

—Pues entonces, creo que no andaba yo muy desencaminado en mis pesquisas. Nuestro asesino comenzó su oscura carrera siendo un crío.

—No lo descarto —respondió al tiempo que acercaba la luz a una de las cárcavas para ver mejor las conchas—. Pero puede que solo se trate de un trauma relacionado con su niñez y al colocar aquí estas conchas experimente alivio de algún modo. Incluso puede que le trasladen a un tiempo pasado que fue idílico para él. Están pegadas de forma tosca y desmañada. Hay un acto de humanidad en el modo de

decorar estos sepulcros. Un acto de amor. Sin embargo, cuando las víctimas han salido a la luz estaban desnudas, despojadas de toda protección. No me encaja. Sigo en mis trece, en la teoría de que hay dos individuos involucrados en los asesinatos. Asesino y ayudante. Los dos muy distintos entre sí y con dos objetivos diferentes.

Elevó el fanal hacia el techo. Las raíces se habían hecho paso a través de la bóveda y se proyectaban sobre el altar mayor como si a la tierra le hubiesen nacido tétricos dedos. El olor a tierra húmeda lo impregnaba todo. En aquel recinto existía una oscuridad venerable, un aroma a incienso y a ofrendas calcinadas.

—Le parecerá de locos, Bruno, pero aquí huele igual que en algunos sepulcros egipcios.

El centro de la capilla estaba presidido por un sarcófago de mármol blanco elevado sobre un pedestal adornado por las mismas conchas y fósiles de los nichos. La lápida era lisa y sin leyenda alguna, y sobre ella reposaba un hermoso ramo de florecillas azules. Estaba fresco, con gotas de agua sobre los pétalos.

Cruzó con el italiano una mirada de inquietud. Si hasta ese momento habían albergado alguna duda sobre si aquel lugar era visitado por alguien, ya estaba resuelta. Lo que en verdad resultaba escalofriante era la idea de que pudiera tratarse del propio asesino.

Volvió su atención a los nichos y levantó el farol para ver los números cincelados. «11/02/01; 12/02/01; 13/02/01; 14/02/01...».

Contó las filas de fosas desde el suelo hasta el techo. Había cinco, con cinco huesas cada una. Eran veinticinco en total. De entre todas ellas solo había una abierta. Correspondía a la que ocupaba el puesto «23/03/01».

—La primera cifra es el número de orden por nicho; la segunda, la fila que ocupa. Y la última..., ¿el grupo al que pertenece?

—Grupo, tanda, turno..., colección. Este siniestro nido corresponde a las primeras víctimas de ese degenerado.

—Entonces, ¿por qué está abierta una de las cárcavas?

Don Hugo le miró pensativo.

—Puede que nuestro asesino se vea amenazado y haya decidido trasladar sus «ofrendas» de lugar.

Él asintió con una mueca reflexiva. Tenía cierta lógica.

Bonaventura se puso de puntillas para alcanzar con la mano el nicho que estaba abierto. Tomó un poco de tierra, la desmenuzó entre sus dedos y se la llevó a la nariz.

—Sostenga un momento el farol, me parece que hay algo aquí dentro.

Le tendió la lámpara y procedió a sacarlo con sumo cuidado.

Era un pequeño vestido heleno y una diadema adornada con conchas, flores secas y dos cuernos de cervatillo. Exacta a la descrita por Del Romo cuando contó a don Hugo lo que habían encontrado en la finca del Cafeto.

Una furia sombría se perfiló en el rostro de Bonaventura.

—Esto es un señuelo envenenado —arguyó con voz cavernosa—. Ese ser

inmundo está midiendo nuestros pasos. Sabe que estamos aquí y que hemos venido a profanar su macabro santuario.

Sus palabras turbaron a Bruno. Hacía tiempo que sentía en la nuca unos ojos invisibles. Ojos astutos como los de un depredador que estuviera al acecho. Intentó serenarse. Sus emociones estaban a flor de piel.

—Son pruebas, doctor. Debemos llevárnoslos.

Don Hugo apretó los labios en un gesto de reserva.

—Está bien. Méталos en la mochila. Pero se lo entregaremos sin dilación a la policía.

Sacó un destornillador.

—¿Qué va a hacer? —cuestionó Bruno.

—Cotejar mi teoría sobre que está trasladando sus ofrendas a un lugar más seguro. Tengo que mirar dentro de varios nichos. Llegados a este punto no tendría sentido que no verifiquemos si están aquí los restos de esas pobrecillas. Alúmbreme con el farol.

Sujetó el fanal reticente. El italiano desenroscó los dos tornillos de uno de los nichos más bajos. Le costó que cedieran por la cantidad de herrumbre que tenían. Bruno le ayudó a sostener la pequeña lápida redonda y la dejaron en el suelo. Del interior de la cárcava emanó un intenso aroma a tierra y hierbas olorosas, a brezo y a musgo, pero el de la esencia de mirra persistía.

—Acerque usted más esa luz, Moreto.

Tras iluminar todos los rincones, confirmaron que no había cuerpo alguno en aquella huesa. Repitieron la operación en varias más, pero con idéntico resultado.

—Lo que imaginaba. No hay ni un solo cadáver.

Pasaron algo más de media hora escudriñando cada palmo de aquella capilla con la esperanza de encontrar alguna pista que los llevara a descubrir la identidad del asesino, pero fue inútil.

—Será mejor que nos vayamos ya. No quiero que se nos eche la noche encima —dijo Bonaventura comprobando la hora.

Volvieron sobre sus pasos, no sin cierto resquemor. Era una certeza para ambos que aquella guarida ocultaba aún muchos secretos, pero eran indescifrables para ellos por el momento.

Tras subir las escaleras que daban al armario, dejaron todo tal y como lo habían encontrado, en precaución de que pudiese llegar algún curioso y la encontrara abierta.

Al salir, el cielo era un capote negro. La lluvia arreciaba con una fuerza imparable. El viento zarandeaba las ramas de los árboles y azotaba los cristales de las ventanas. Su sonido semejaba el rumor de un corazón a través de la niebla.

—Con esta tormenta no iremos muy lejos —dijo don Hugo con la misma oscuridad del cielo reflejada en su rostro—. Veremos si somos capaces de llegar hasta algún merendero o taberna. Si no recuerdo mal, nos topamos con uno antes de llegar al cerro de las Balas. Será difícil que dispongan de teléfono, pero al menos podremos

refugiarnos y tomar algo caliente mientras escampa. Tal vez puedan proporcionarnos una carreta para regresar a la urbe.

Sacó de la mochila un hule de grandes dimensiones. Lo desdobló y le indicó que se cubrieran con él.

Según se alejaban de la propiedad, la cabeza de Bruno era un hervidero. Sentía que cada vez sabía más sobre el asesino. Su mapa-vivendi tenía muchos huecos vacíos todavía, pero su visión estaba bastante clara para él. No le era ajena la necesidad de control que experimentaban algunas personas cuando se aficionaban a coleccionar. Atesorar objetos era una constante en el ser humano. Muchos necesitaban mostrar esas colecciones al mundo. Se sentían orgullosos de haber conseguido un gran número de piezas. Unos daban importancia a la cantidad; otros a la dificultad para obtenerlas; y algunos daban prioridad a la calidad por encima de otros conceptos. ¿Qué clase de coleccionista era el asesino? Era un recolector ordenado hasta los límites de la obsesión. ¿Era un alienado o, por el contrario, un individuo capaz de discernir el bien del mal?

El asesino narraba una historia a través de sus víctimas. Pero comenzaba a creer que su obsesión no era contársela a ellos ni al mundo. Solo satisfacía su propia necesidad de revivir una y otra vez su quimera. Para Bruno esa fascinación era parte de un tiempo pasado que él necesitaba recuperar a toda costa para capturarlo como se captura un insecto en un tarro de cristal. Para contemplarlo y, al mismo tiempo, elegir si lo mantenía con vida o terminaba por diseccionarlo y exhibirlo en una vitrina, atravesado por un alfiler hasta el fin de los días.

Por otra parte, no dejaba de preguntarse dónde tendría confinadas a las niñas secuestradas por el Cafeto y que aún podrían estar vivas. Su mente se llenó con el nombre de la última niña raptada: Anika. Si no lograban dar con el lugar, a esa pobrecilla le esperaban años de cautiverio antes de que el asesino decidiera matarla. ¿Cuántas más compartirían con ella su prisión? La certeza de que aquel cubil que habían encontrado no era más que una muestra de lo que fue su colección en los comienzos persistía en su cabeza. En su mente se trazaba uno todavía mayor. Había más víctimas. Muchas más. También bailaban las palabras de Carrubias: «Sus ofrendas están ahí, en las espirales».

Don Hugo le hizo señas para que sacudieran el hule cuyo peso ya los avisaba de que estaba a rebosar de agua. Llegar hasta el merendero les costó más de una hora de fragosa marcha. Estaban empapados hasta el tuétano y el cansancio hacía mella en el ánimo de los dos.

—Creo que se ve luz, Bruno —dijo señalando lo que parecía una casa.

Casi llegando a la entrada de la taberna, la puerta se abrió y un joven de unos treinta años, ojos castaños y fino bigote, salió a su encuentro.

—Pero ¡hombres de Dios...! —dijo guiándolos hasta la puerta—. Entren ustedes y arrímense al fuego, que van a pillar una pulmonía.

Se apresuró a ofrecerles unas mantas y les indicó que se quitaran las botas y los

gabanes para ponerlos a secar junto a la lumbre.

—Ustedes deben de ser los excursionistas que han estado en Las Hilanderas. Ellos hicieron un mohín interrogante.

—Vamos, en el antiguo Hospital de niños pobres... —les aclaró—. Varios pastores los han visto merodear por allí.

—Vaya, pues nosotros no hemos visto a nadie —dijo Bonaventura extrañado al tiempo que ideaba un embuste para salir del paso—. Verá usted, el motivo de acercarnos a ver la propiedad es que me gusta bastante esta zona y estoy interesado en comprar una finca. Estábamos ojeando villas que estuvieran en venta. Hemos explorado un poco nada más. Se ve que tuvo que ser hermosa hace años, pero está en un estado de abandono deplorable y no hemos visto ningún cartel de venta.

—Sí, señor. Lleva vacía al menos veinte años, que yo sepa.

—Ah, vaya. ¿Y se sabe algo de los dueños?

—La propiedad es ahora del banco. Se la embargaron a una señora a la que todos llamaban la Viuda.

—Entonces, ¿el hospital era suyo?

—No. Alquiló el palacete a unos médicos extranjeros. Ellos montaron el hospital, pero apenas estuvo abierto un año. —Hizo una pausa—. ¿Tienen apetito? Puedo ofrecerles un buen estofado de cordero.

—Gracias. Nos vendrá de perlas.

Llamó a su hija y le ordenó que pusiera la mesa para dos. Al poco, la jovencita apareció en el umbral con un par de cuencos de barro a rebosar de estofado y una hogaza de pan. El tabernero cogió una frasca del tablero interno del mostrador y lo acercó a la mesa.

—Es un valdepeñas muy bueno —les dijo mientras lo escanciaba en tres vasos—. Les acompañaré con un vinito si no es molestia. No creo que escampe en toda la tarde y habrá pocos clientes.

Se sentó en una de las sillas junto a ellos.

—Mi madre sirvió en Las Hilanderas como criada. No guarda buen recuerdo de aquello. La Viuda era una patrona muy estricta y pagaba mal al servicio.

—¿Y qué fue de esa mujer? —le preguntó el italiano.

—Algunos dicen que se volvió a su tierra. Era extranjera. Otros dicen que se murió en un asilo para pobres, sola, enferma y arruinada. Pero ya sabe cómo son estas cosas. La gente siempre está inventando cuentos y solían correr por ahí algunos chismes nada buenos. Decían que en realidad ella no era la auténtica dueña de la finca, sino que se la había regalado la verdadera señora a cambio de favores y de mantener la boca callada sobre el oscuro pasado de su ama. También corrían rumores sobre si la casa estaba encantada o cosas por el estilo.

—Bueno, ¿y qué rumores eran esos exactamente? Si es usted tan amable... —se animó a preguntar don Hugo dejándose llevar por el talante parlanchín del tabernero—. No quisiera comprar una propiedad que arrastrara alguna leyenda rara, ya sabe...

—Eran tontunas. Decían que por las noches se escuchaba llorar a alguien en la casa. A veces se oían gritos. Pero creo que se lo inventaban todo para meter miedo a los críos y que se portaran bien. Lo único que sí es cierto es que de vez en cuando se ven luces, pero creo que se trata de vagabundos o ladrones. Ya ha visto cómo han arrasado con todo lo que había de valor.

Don Hugo asintió con ojillos entornados e intercambió con Bruno una mirada cómplice.

—¿Sabe si la Viuda tenía algún hijo? —preguntó él.

—Pues mire usted, eso quien lo sabe es mi madre. Hoy no está. Ha ido a visitar a su hermana, que vive en Navacerrada. No volverá hasta mediados de la semana que viene. Si están interesados en comprar la finca, ella podría contarles algunos de los chismes con más detalle.

—Entonces, si le parece a usted bien, nos pasamos por aquí el miércoles —acordó don Hugo—. Me interesaría mucho saber más sobre la propiedad.

—Ella estará encantada, ya lo verá.

Mientras degustaban el estupendo estofado, Manuel les dio conversación y el tiempo se les fue volando. La tormenta había amainado un poco, pero todavía llovía.

—Me temo que es ineludible que regresemos a Madrid. Es ya muy tarde —se excusó Bonaventura—. ¿Sabe de alguien que pudiera llevarnos hasta la estación de tren?

—Yo mismo los acercaré a la ciudad. Tengo una pequeña tartana. No es gran cosa, pero dispone de capota y no se mojarán.

—Pues si fuese usted tan amable nos haría un gran favor.

—Eso está hecho.

El viaje fue largo y algo incómodo, pero al fin estaban de regreso en La Luz de Helios. Antes de bajarse de la carreta, don Hugo le dio una espléndida propina al tabernero.

—Les espero el miércoles para que hablen con mi madre —les recordó él antes de emprender el camino de vuelta.

—Allí estaremos, Manuel. Muchas gracias por todo.

Todavía llovía a mares cuando llamaron a la campanilla de la funeraria. Laurita les abrió la puerta con un mohín. Tenían pinta de vagabundos y estaban empapados.

—Será mejor que nos traigas unas toallas —le pidió Bonaventura con una sonrisilla de circunstancias.

Mientras ella se apresuraba a traerlas, ellos se quitaron las gorras, el calzado húmedo y los gabanes.

Media hora después, ya aseados y cambiados, se sentaban en la salita ante una humeante taza de café.

El timbre del teléfono irrumpió en el cómodo sopor. Don Hugo se apresuró a contestar en el supletorio del pasillo. Tardó más de un cuarto de hora en regresar a la salita.

—Era Antonio. Llamaba para interesarse por nuestra aventura —le informó el italiano—. Le he contado todo. Ha dicho que mañana a primera hora irá al Registro de la Propiedad para enterarse de quién es el dueño actual de Las Hilanderas y que luego se pasará por aquí para ponernos al corriente y recoger las pruebas que hemos recabado.

Bruno asintió tapándose un bostezo con la mano. Se le cerraban los ojos de sueño.

—Me parece que nos vamos a ir prontito a la cama, jovencito. Yo también estoy para que me den los óleos.

A la mañana siguiente, ambos bajaron a desayunar después de una reparadora noche de descanso.

—Bruno, no encuentro el herramental egipcio de sanador-mago que tenía Olmedo. Lo he buscado por todas partes y no consigo dar con él. Recuerdo que el día que llegué a La Luz de Helios estaba en la salita de estar junto con algunos cachivaches más. ¿Sabes dónde anda? He encontrado un comprador.

El herramental estaba metido dentro de un cajón del armario ropero de Olmedo. Bruno lo había mantenido allí escondido con la vana intención de que se despistara del resto de las antigüedades. Tenía especial cariño a esa caja porque era una de las piezas más queridas de su tutor. Ignoraba el motivo, pero verlo y tocarlo le traía una especie de paz interior.

—Lo tengo yo —dijo al fin cediendo—. ¿Es imprescindible que lo vendamos? No me hace maldita la gracia desprenderme de él.

—Ni a mí tampoco, muchacho. He cerrado la venta incluyendo en el lote mi vara de sanador-mago. Ese cachivache me ha acompañado en todos mis viajes. La he llevado en mi maleta media vida, como quien dice. Tiene un valor sentimental muy grande para mí, no crea que me desprendo de ella alegremente. Me la regaló la única

mujer a la que he amado en mi vida.

Inmediatamente, Bruno pensó en la dama por la que su maestro y él se pelearon. No se atrevió a preguntarle.

—Sí, aquella *donna* me traía loco —le dijo con la mirada perdida en sus recuerdos—. Era tan hermosa... Una criatura poco común. Le encantaban las matemáticas, la ciencia, la filosofía... No me extraña que mi hermano y yo nos enamoráramos de ella. Era temperamental, creativa, divertida, culta. Jamás habrá otra mujer así.

Bonaventura sintió una oleada de dolor. Como si dentro de su cerebro se abriera y se cerrara el obturador de una maléfica cámara fotográfica. Cada imagen era un puñetazo directo a su mandíbula; un mordisco en pleno corazón. Él había convertido en olvido la piel de aquella mujer. Había borrado de su mente sus labios, su cabello, sus ojos, su sexo. Ahora su recuerdo solo eran rasgaduras en su carne infligidas por besos helados como la muerte. Besos que se extraviaron, que no encontraron labios en los que habitar después de aquel maldito día.

«Ángela, Ángela, Ángela...», repitió para sí como en una letanía, mientras el rostro de su amada se asomaba al umbral de su alma rota.

La risa de Ángela al sentir las cosquillas de la lluvia sobre su rostro. Ella riendo, otra vez, mientras él le secaba con un pañuelo el pelo mojado. El sabor húmedo de su nuca, el de sus labios. Las manos de Hugo acariciando la línea de su espalda. Ciñendo después su cintura y atrayéndola hacia su cuerpo, también empapado de lluvia.

Olmedo, al verlos, perdió el control. Se dejó vencer por los celos y le asestó un puñetazo en el mentón. Hugo trastabilló por la fuerza del impacto. Cuando reaccionó al inesperado puñetazo, no quiso devolverle el golpe a su hermano. Sin embargo, él, ciego de rabia, siguió golpeándole una y otra vez hasta que le derribó. Hugo jamás le había visto tan furioso. Si no se defendía, iba a matarlo a palos.

Estaban tan enzarzados en la pelea que ninguno atendió a los gritos y reclamos de Ángela: «¡Por el amor de Dios, chicos, no os peleéis! ¡Sois hermanos, dejadlo ya!». Pero ellos no se detuvieron. Siguieron dándose de puñetazos como dos desposeídos.

Ella no aguantó más. Echó a correr bañada en lágrimas. No quería ser testigo de cómo intentaban matarse el uno al otro. Cruzó la calle. La potente luz de dos fanales se le vino encima mientras las poderosas patas de los caballos marcaban su cuerpo.

Lo intentaron todo para reanimarla, pero fue inútil.

Jamás olvidaría el rostro desfigurado de Ángela, surcado por las marcas de la muerte, la sangre, el frío eterno de aquella piel, sus ojos sin vida... Y luego la voz cavernosa y desgarrada de Olmedo, deshecho de dolor: «¡Tú la has matado, bastardo egoísta! ¡Maldito seas! ¡Olvida que alguna vez fuimos hermanos!».

Esos negros recuerdos nunca le abandonarían. Lo sabía bien. La culpabilidad tampoco. ¿Cuánto tiempo más tendría que arrastrar esa condena? Todavía tenía esa engañosa visión de no haber vivido lo suficiente para expiarla, pero con conciencia

de haber tropezado tantas veces como años arrastraba. Aprendió a vivir con esa culpa, pero jamás se perdonaría. Él no merecía compasión. Ni la merecía ni la deseaba. «Cada uno que arrastre su cruz, cada palo que aguante su vela», se repitió a sí mismo.

Bruno notó una leve tensión en la mandíbula de Bonaventura y cómo una sombra oscurecía su rostro. El sudor le corría por las sienes. No preguntó. Leyó en los ojos de aquel hombre las tinieblas de una culpa innombrable, la mano negra del pecador que tiene deudas con Dios y con los hombres a partes iguales.

—Pero dejemos que el pasado siga durmiendo el sueño de los justos —dijo Bonaventura con un deje de tristeza en la voz—. Será mejor que prepare usted el herramental y comprobemos el estado en el que se encuentra. Revíselo, si no es molestia, yo tengo que ultimar algunas ventas más. Con el hueco que está quedando en la habitación, dentro de poco podrá bailar usted un chotis. Hay que reconocer que Olmedo tenía un talento especial para las antigüedades. Hasta el momento hemos sacado un buen beneficio por ellas. Espero que las negociaciones con el banco prosperen.

—No se preocupe, lo tendrá listo enseguida —dijo sin disimular el desagrado que sentía al desprenderse de él.

Se dirigió a la habitación de Olmedo, todavía no se acostumbraba a llamarla «mi habitación». Miró el vacío que habían dejado los muebles vendidos y suspiró. Era como si la memoria de su maestro estuviera desapareciendo de aquella alcoba poco a poco. «Es ley de vida», le hubiese dicho él. «Comer o ser comido». Abrió el armario ropero y buscó el herramental. Ahí estaba, en el cajón en el que lo había escondido apenas unas semanas atrás. Lo despojó del lienzo de lino en que lo había envuelto y lo colocó sobre la cama. Revisó todos los compartimentos para comprobar que no faltase ninguno de los utensilios. Al abrir uno de los cajoncillos estrechos de su base, vio que algo impedía su total apertura. Hizo hueco con un dedo y comprobó que se trataba de una cuartilla amarillenta doblada en cuatro partes. Se apresuró a sacarla. Nada más hacerlo se percató de que en el interior de aquellas dobleces había algo escondido. Desplegó con avidez la hoja de papel y una llave cayó sobre el cobertor de la cama. La cogió e inspeccionó con gran curiosidad. Era hueca y le pareció bastante antigua. No tenía ninguna inscripción ni disponía de llavero. La sostuvo un buen rato sobre la palma de su mano preguntándose qué abriría. Luego volvió su atención al documento y procedió a leer. Se trataba de la escritura de propiedad de un panteón a nombre de Olmedo. La cripta en cuestión era «a perpetuidad» y estaba ubicada en la Sacramental de San Martín, en el patio del Santísimo Cristo. Parcela veintitrés. La fecha se remontaba al 12 de agosto de 1883. Hacía más de veinte años de aquello. No comprendía por qué no aparecía en el testamento, ya que, a efectos legales, era una propiedad como otra cualquiera.

Conocía bien ese cementerio. Al igual que otros camposantos de Madrid, había sido clausurado hacía dos décadas, pero estaba a la espera de ser desmantelado. Si la memoria no le fallaba, seguían llevando a cabo enterramientos y mantenían un

horario de visitas hasta que se ejecutara su próxima demolición.

Volvió a doblar el documento y se lo guardó en el bolsillo interior de la levita. Por el momento no iba a poner al tanto a Bonaventura hasta comprobar quiénes eran los inquilinos de aquel panteón. Ese era un misterio que resolvería a la mayor brevedad posible. Tomó la decisión de acudir al cementerio aquella misma tarde, después de la visita del inspector. Había quedado en venir a lo largo de la mañana para ponerlos al corriente de las pesquisas sobre la propiedad de Las Hilanderas.

Tras darse un baño rápido, se vistió para salir con uno de los trajes de corte más clásico que tenía en el guardarropa. Esperaría a Del Romo en el cenador de la azotea. Echó unas cuantas astillas y un par de piñas secas a la pequeña estufa de hierro fundido y miró cómo se quemaban. El fuego siempre le había parecido que poseía un poder hipnótico. Tanto fue así que cuando llegó Del Romo, con esa vitalidad de la que siempre hacía gala, se sobresaltó.

—Vaya —dijo con una mueca guasona—, si me descuido un poco más, te pillo roncando a pierna suelta.

—Discúlpeme, inspector, pero llevo unos días con mucho ajeteo y no recupero el sueño atrasado.

Tiró del llamador que iba directamente a la cocina. Había dejado dicho a Laura que subiera el café en cuanto llegara el inspector. Al poco, apareció con un servicio de porcelana fina y una bandejita llena de suspiros de monja. Bonaventura hizo su aparición minutos después, como si hubiese olfateado el oloroso rastro de los dulces.

—Ando tan liado con los papeleos del banco y la venta de las antigüedades que ni cuenta me he dado de la hora que era, la verdad —dejó caer a modo de disculpa.

—No pasa nada, Hugo —convino el inspector—. Me he encargado personalmente de ir al Registro de la Propiedad. Y mira cuál ha sido mi sorpresa al comprobar que el propietario no es ningún banco. Allí consta que la finca pertenece desde hace más de veinticinco años a «F. S. Corporation-Pharma», un conglomerado de empresas y sociedades relacionadas con el sector farmacéutico, con sede en Londres.

«F. S. Pharma», repitió Bruno para sí, recordando la etiqueta del vial que había encontrado en la sala del viejo hospital de Las Hilanderas.

—También pedí que me dieran los nombres de los antiguos dueños, por aquello de dar con los datos de esa Viuda de la que me hablasteis. Constaba una tal Gudrun Schäfer, de nacionalidad alemana. ¿Os suena de algo esta mujer?

Bonaventura y Bruno se miraron. A ninguno de los dos les era familiar.

—Al parecer, la operación la efectuó un corredor de fincas español a través de los administradores de la dama. Un tal Valerio Díaz. En el registro lo conocen bastante porque lleva muchos años dedicándose a la compra-venta de inmuebles y suele pasarse por allí dos o tres veces por semana. Me dieron la dirección de su despacho y me fui para allá. —Dio varias caladas al cigarrillo y lo apagó en el cenicero—. Según me contó este señor, nunca hubo ningún embargo por parte de los bancos. Ese

tabernero de la dehesa de la Villa que os lo dijo debió de oír campanas, pero no estaba del todo enterado. La señora Schäfer vendió la finca a F. S. Corporation-Pharma pocos meses antes de morir. El señor Díaz nunca la conoció personalmente. Me contó algo que para él fue anecdótico. Al parecer, cuando fueron a ver la propiedad para tasarla, se encontraron con que alguien había montado un hospital para niños pobres.

—Sí, eso pudimos comprobarlo por nosotros mismos —dijo el italiano—. En la entrada a la finca todavía estaba la inscripción. Encontramos bastantes restos de lo que fue el sanatorio en la planta de arriba.

—¿Y adivináis quién estaba al cargo de aquello? —Los dos negaron con vehemencia—. Nada más y nada menos que Alister Louper.

—*Diamine!* Pero si por esa época era un pipiolo...

—Así es. Un recién licenciado que acababa de llegar desde Inglaterra. El señor Díaz me lo describió como un extranjero barbilampiño con muchas ínfulas. Recuerda que nuestro amigo alegó que tenían permiso verbal de la propietaria para montar el hospital. El señor Díaz le exigió algún contrato de arrendamiento o la cesión por escrito de la propietaria, pero él no tenía ningún documento que lo justificara. Quedó con él en que le concedería una semana para mostrarle la nota en cuestión, pero, cuando el corredor de fincas volvió por allí, comprobó que lo habían desmantelado todo y solo quedaban las camas vacías y algunos enseres.

—Vaya... —soltó Bruno—. Creo recordar que el otro día nos contó algo sobre un hospital benéfico que montó en Madrid hace muchos años, con la ayuda de un colega suyo. Y si la memoria no me falla, también comentó que tuvo que cerrarlo por problemas ajenos a él. Pero no entró en más detalles.

—Según mi opinión —respondió Del Romo—, en todo ese embrollo hubo una confusión de identidades. Louper pensó que la propietaria de Las Hilanderas era esa mujer a la que todo el mundo apodaba la Viuda y no doña Gudrun Schäfer, a la que ni siquiera conocía. La Viuda, en realidad, era tan solo una gran amiga de la alemana. Le prestó la finca para pasar una temporada en España. Estuvo viviendo allí muchos años, hasta que la verdadera dueña decidió venderla.

—O sea, que Manuel sí estaba en lo cierto. Nos contó que corrían rumores de que la Viuda no era la verdadera dueña de la propiedad.

—Al parecer en eso no se equivocó —contestó el inspector.

—¿Y le contó algo más el corredor de fincas?

—No. El hombre no supo decirme el verdadero nombre de la Viuda porque no trató con ella ningún asunto de la venta. Tampoco pudo añadir nada más sobre la señora Schäfer. Ya os he dicho que él trató directamente con los administradores, tanto de ella como de la empresa que finalmente adquirió Las Hilanderas.

—Pues está claro que, si queremos indagar este asunto, deberíamos hablar con *mister Louper* —dijo Bruno—. Creo que no habrá inconveniente alguno.

Del Romo negó con la cabeza.

—Alister Louper está de viaje de negocios y no he podido interrogarlo. No vuelve hasta dentro de una semana.

—Vaya, es cierto —corroboró Bonaventura—. Qué cabeza la nuestra, nos lo dijo el otro día.

—Bueno —convino el inspector—, tendremos que conformarnos con lo que os cuenta la madre del tabernero. Me dijisteis que llegaba este miércoles, ¿no?

—Pero aún faltan unos días para eso —respondió Bruno—. Mientras tanto deberíamos ir a ver a Carrubias a Santa Isabel. Tal vez él pueda decirnos dónde están las niñas secuestradas.

Del Romo apretó los labios en una fina línea.

—Pues precisamente ahora os iba a hablar de él. El doctor Cifuentes ha llamado hoy a la comisaría para informarnos de que Carrubias se ha vuelto a autolesionar aun estando en aislamiento. Nadie sabe cómo logró hacerse con una cuchilla, pero se ha cortado las venas de las muñecas. Las heridas no revisten gravedad; sin embargo, ha tenido una recaída terrible en su estado. Lo mantienen sedado a base de hidrato de cloral. Al parecer, antes de su intento de suicidio, se pasó todo el día gritando obscenidades y maldiciendo. Lo han trasladado a la enfermería y estará bajo vigilancia permanente. Será mejor esperar unos días.

Bruno se mostró de acuerdo. Esperarían. Pero Bonaventura soltó varias imprecaciones en italiano mostrando así su repulsa hacia la supuesta vigilancia de que hacía gala la institución psiquiátrica. No pudo evitar sentir una gran lástima por su amigo de juventud.

Del Romo se terminó el café de un trago y se levantó.

—Se acabó lo bueno. Tengo que volver al trabajo.

Ambos lo acompañaron a la puerta y se despidieron de él.

Tras la comida, Bruno se arregló para salir. Había limpiado concienzudamente el libro de cuentos de los hermanos Grimm que habían encontrado en Las Hilanderas y lo había envuelto para regalo. Lo dejó sobre la consola de la entrada mientras se ponía los guantes y el sombrero.

—Veo que ya tiene planes para esta tarde, jovencito —le dijo en tono guasón don Hugo.

—Así es. Estoy deseando ver la cara que pone la señorita Cohen cuando se lo dé.

—Seguro que le va a encantar. Dele recuerdos de mi parte.

—Así lo haré —dijo abriendo la puerta de la calle—. No me esperen a cenar, no sé a la hora que llegaré.

Bonaventura le guiñó un ojo por toda respuesta.

Bruno cogió un tranvía hasta la calle Delicias y después caminó hasta la tienda de curiosidades. Sonrió. Apenas eran las cinco y ya estaba abierta. Se detuvo frente al escaparate e hizo visera con su mano para ver el interior. Anna estaba subida a una escalera colocando unos libros en los estantes más altos. Llevaba unos manguitos color burdeos a juego con su delantal y el lazo que sujetaba su flamígera cabellera,

que caía en cascada sobre su espalda.

Dudó unos instantes en si esconder el paquete o mostrarlo tal y como lo llevaba. Ella debió de verle a través del cristal y se bajó de la escalera para abrirle la puerta.

—Señor Moreto, llega usted justo a la hora del té —dijo con una especie de cosquilleo en el estómago—. Pase y siéntese. El agua ya debe de estar hirviendo.

Le señaló el coqueto juego de butacones que él mismo había llevado hasta allí en su última visita. Había que reconocer que la tienda tenía un toque muy acogedor. Dejó el paquete encima de uno de los asientos. Al poco, Anna regresó con una bandeja. La puso sobre la mesita baja y se sentó frente a él.

—Bueno, y dígame, ¿cómo va la investigación? ¿Ha adelantado mucho?

—Yo diría que bastante. Pero todavía es pronto para poder darle los avances de mis pesquisas —mintió. Se prometió a sí mismo que la informaría de todo, incluida la visita a Dantés, cuando hubiesen cerrado el caso del Recolector.

Anna miró de reojo el paquete. Él se animó a dárselo.

—Me he permitido traerle algo —le indicó con una sonrisa.

Ella enarcó las cejas bastante sorprendida.

—No es un incunable xilográfico —dijo Bruno a modo de preparatoria—, pero creo que tiene su aquel.

Anna lo desenvolvió con apremio y su rostro se iluminó.

—¡Oh, es una preciosidad...! Pero ¿por qué se ha molestado usted? —Abrió el libro con impaciencia y palpó las hojas con verdadero interés, comprobando su gramaje y la tinta. Leyó los títulos de imprenta—. Es una primera edición en su versión original. Le ha debido de costar un ojo de la cara. No puedo aceptarlo...

—No me ponga méritos que no tengo. El libro no me ha costado nada. Lo encontré en una casa abandonada. Allí estaba cogiendo polvo y pensé en usted, en lo bien que luciría entre sus expertas manos.

La dejó sin palabras. Después de un plácido silencio en el que acarició las guardas de seda con verdadera devoción y admiró las láminas de los dibujos, le dijo:

—No sé cómo voy a poder corresponder a su amabilidad, Bruno.

—Pues con otra buena taza de té. Me vendrá de maravilla.

Ella sonrió y se apresuró a escanciar un buen chorro de té rojo con anís y cardamomo.

—Señorita, lamento no poder quedarme mucho, pero tengo que acercarme a la Sacramental de San Martín para hacer una comprobación. Encontré la escritura de propiedad de un panteón, a nombre de mi tutor, oculta en el cajón de un herramental. Es ineludible que compruebe quién está enterrado allí.

Bruno se sorprendió a sí mismo contándole aquello. ¿Por qué lo había hecho?

—¡Oh! —exclamó ella llevándose la mano al pecho—. ¡Pero qué misterio más interesante! Cómo lamento no poder acompañarlo, Bruno. Soy una gran aficionada a tomar calcos de las lápidas. Escudriñar un cementerio a la luz del atardecer tiene un encanto muy especial. Creo que los ritos funerarios tienen algo trágicamente

hermoso. Pero qué le voy a hacer, otra vez será. Esta tarde estoy sola y espero a un buen cliente. Si cierro esta venta, podremos comer hasta final de mes. Amenizaré la espera ojeando este precioso libro de cuentos. Espero que a usted no le inquiete deambular entre los muertos a solas.

Sonrió enigmáticamente. Bruno comenzaba a cogerle el aire a aquella chiquilla. Una de dos, o le encantaba caldear el ambiente o la cara de lelo que se le quedaba a él al escucharla decir tales cosas.

—No se preocupe, Anna. Los cementerios no me inquietan lo más mínimo. A quien hay que temer es a los vivos, no a los muertos.

—No crea, sobre eso habría mucho de qué hablar —dijo con uno de esos gestos de escepticismo tan suyos—. No sé si conocerá usted las campanillas victorianas...

El chirrido de una puerta, desde el interior de la casa, los sobresaltó. Ambos giraron la cabeza hacia su procedencia.

—¿No dijo usted que estaba sola?

—Sí. A excepción de *frau* Kofman, no hay nadie más en la casa. —Se levantó cautamente y subió la escalerilla de caracol que daba al pasillo del entresuelo. Abrió la puerta de acceso a la vivienda y se detuvo a escuchar. Tras varios minutos, negó con la cabeza—. Habrá sido el aire.

Regresó junto a él y se sentó de nuevo.

—Discúlpeme, Bruno, pero acabo de acordarme de que *frau* Kofman está esperando su té. ¿Le importaría quedarse unos minutos vigilando la tienda mientras le llevo una taza? Me temo que, si no recibe puntual su condenada merienda, comenzará a gritar como un grajo en un cepo.

Bruno sonrió su manera de expresarse y asintió con la cabeza.

Anna subió las escaleras del piso principal, cogió de la cocina la enorme bandeja de cama y se dirigió hasta la habitación de *frau* Ursula. Enumeró mentalmente los objetos que llevaba en ella: la tetera, las cinco galletitas de mantequilla, la azucarera, la pequeña lechera, la cucharilla de mango de marfil y la servilleta de lino de Holanda. No. No faltaba nada.

Cuando llegó hasta la puerta de la alcoba de la anciana, la encontró cerrada. Ella hubiera jurado que la última vez que subió a atenderla estaba abierta. Tuvo que dejar la bandeja en el suelo para poder abrirla.

Ella la esperaba con impaciencia y no disimuló su disgusto por el retraso. Compuso una mueca de asco en cuanto la vio aparecer. Sus vidriosos ojos destilaban malicia. Anna ni siquiera se inmutó, le devolvió una fría mirada, dispuesta a atajar cualquier queja que saliera de su boca; pero Ursula se limitó a apretar sus mermados labios sin decir palabra, aunque por dentro bullía de odio. Aquella estúpida muchacha se la tenía jurada. Desde la muerte del profesor Cohen, se creía la dueña y señora de la casa. Es por eso que sus peores deseos se desataban nada más verla. Le deseaba la misma suerte que a la hija de la Schäfer. La quería ver igual que a ella, muerta, fría, blanca como la luna; muda para siempre jamás. Todavía guardaba muy bien en su

memoria la imagen de Fiedra tumbada sobre una marea de organzas y muselinas, tan pálida como sus ropas de cama; sin gota de sangre en las venas. Ni para parir había servido la muy zorra. Recordaba cómo gritaba por los dolores de parto. Era una niña cursi y consentida, que se había abierto de piernas ante el primer galán que la había engatusado con cuatro zalamerías, pero que a la hora de echar el fruto de su pecado cerró los muslos a cal y canto. Dos días llevaba de parto y no dilataba ni el tamaño de una moneda. La muy cobarde se daba puñetazos en la tripa y se había tirado de la cama varias veces, intentando espachurrarse la barriga contra el suelo, gritando como una endemoniada que le sacaran al bicho que le mordía en las entrañas. Al llegar la noche del segundo día, la tormenta siguió azotando con fuerza en el exterior. Esperaron en vano que llegara el carruaje del doctor Bauer, pero nada se supo de él ni de la Schäfer. El camino hasta la finca estaba cortado y no podían pasar. Frieda ardía de fiebre y la sangre manaba a raudales entre sus muslos. ¿Y Claudia? ¿Qué hacía la torpe y estúpida Claudia mientras tanto? Gimotear. Pasear arriba y abajo del cuarto como una fiera enjaulada y llorar. Luego, cuando los dolores cesaron y su pupila cerró los ojos rendida, se quedó dormida en una butaca junto a la cama. Como una perra fiel. Una estúpida perra preñada del mismo podenco que su ama. Frieda Schäfer murió de madrugada. Estaba fría como un témpano de hielo, dos cercos morados rodeaban sus ojos y sus labios eran escarcha pura; pero, en el interior de su vientre, el fruto de su pecado palpitaba todavía.

Anna agitó su mano ante los ojos de la anciana y esta al fin parpadeó. Por un momento creyó que le había dado un vahído u otro ataque de apoplejía. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que ni siquiera había respondido cuando la llamaba.

—Le preguntaba si quería usted más té, Ursula —le indicó Anna con la tetera en la mano.

La anciana negó con la cabeza. Cogió con su mano buena una galletita y la mordisqueó con pocas ganas.

—Pues entonces la dejo. Estoy sola y debo atender la tienda.

«Corre, sí —pensó Ursula—, vete como una perra salida detrás de ese guapo mozo que te tiene sorbido el seso. Pero cierra bien tus piernas, niña tonta, porque los hombres solo buscan una madriguera donde meter su comadreja y luego aquí paz y después gloria».

Anna cerró la puerta tras salir de la habitación y bajó apresurada las escaleras que conducían a la tienda. Bruno había matado el tiempo figoneando un montón de cachivaches sin uso aparente, pero bastante interesantes. Se quedó como hipnotizado admirando un conjunto de globos oculares metidos en formol. El iris de algunos era de un color inusual. Iban del escarlata oscuro al granate. Leyó la etiqueta que había pegada en el frasco: «ojos de albino».

La voz de Anna a su espalda le sobresaltó.

—Ya estoy de vuelta. ¿Alguna venta?

—Me temo que no. No ha entrado ni un alma. ¿Qué tal la anciana Kofman?

—Igual de cascarrabias que siempre. No me habla, pero ni falta que hace.

Él sonrió. Cogió los guantes y el sombrero y se despidió de ella. No podía postergar más su marcha.

—En fin —le dijo escoltándole hasta la puerta—, ya me contará usted en qué ha quedado el misterio del panteón.

—Así lo haré.

Salió de allí un poco cabizbajo. En su fuero interno había esperado que lo acompañara. La imaginó con sus pliegos de papel de seda emborronando con carboncillo alguna bonita lápida y amenizando la curiosa tarea con una historia cargada de misterio.

Bruno decidió ir caminando hasta la estación del Mediodía. Allí cogería un tranvía que le dejara cerca de la calle Magallanes.

Todavía no se había decidido por cuál debía tomar cuando le pareció que alguien le llamaba. Miró en varias direcciones y no logró localizar la procedencia de aquella voz.

—¡Señor Moreto! —acertó a escuchar desde el otro lado de la carretera.

Escudriñó aquella figura con sombrilla que alzaba la mano para saludarlo. No era otra que la señorita Sofía Mendoza y su inseparable institutriz. Imposible que una belleza tan serena como la suya pasara desapercibida en pleno paseo del Prado. Estaba preciosa con un traje sastre entallado, color crema, y un corbatín de guipur asomando a sus solapas. En ese momento, Bruno sintió una oleada de calor que le subió desde el estómago al rostro. Cruzó la carretera de cuatro zancadas, sorteando berlinas y carruajes como pudo.

—¡Qué grata coincidencia! —exclamó ella con una impecable sonrisa. Le tendió la mano enguantada—. Acabamos de salir de una exposición en el Jardín Botánico. ¿Cómo usted por aquí?

—Ando de recadero, pero entre tranvía y tranvía aprovechaba para pasear un poco y tomar el aire.

—Pues paseemos juntos —dijo agarrándose a su brazo y dando media vuelta sobre sus pasos—. Señor Moreto —bajó el tono de voz—, antes que nada, tiene usted que perdonarme por lo ocurrido en la azotea la noche de la fiesta hindú. Estaba totalmente fuera de mis cabales. Bebí demasiado y le puse a usted en un compromiso.

A Bruno el corazón se le desbocó recordando la dulzura de sus labios.

—Está disculpada, señorita. Creo que el licor era demasiado fuerte.

—Pero estaba tan rico...

—Ya lo creo, pero, dígame, ¿se enfadó mucho con usted su prometido?

—A mí no me comentó nada. Además, si se enfadó ya tiene dos trabajos: enfadarse y volver a contentarse.

A él aquello le pareció que lo dijo con la boca pequeña. Víctor no era de los que aguantaba ni un pelo. En ese momento, con ella agarrada de su brazo y *frau Rüter* en un discreto segundo plano, no pudo reprimir un arrebato de sinceridad. Sofía no se merecía un hombre como Víctor. Por más que lo había intentado, no olvidaba la escena en *La Libélula Azul* con aquella prostituta.

—Sé que no es de mi incumbencia, señorita, pero ¿cree que el señor Heraldó es el adecuado para usted? Me consta que ambos son muy diferentes, su novio es... es...

Ella se acercó a él y le puso el dedo índice en los labios.

—Sé de sobra cómo es Víctor. Estoy al tanto de sus correrías, de su vicio por el juego, el licor y las mujeres de mala nota. Pero no puedo negarme a casarme con él. Mi padre ya ha fijado la fecha para la boda. Me veo obligada a comportarme como la dama que todo el mundo espera que sea.

Ante aquella confesión, Bruno no pudo permanecer impasible.

—Pero ¿usted lo ama?

Ella se echó la mano al pecho. Su respiración se aceleró al tiempo que miraba hacia atrás para controlar dónde se encontraba su institutriz para que no pudiera oír la conversación. Dudó unos instantes antes de contestar.

—No. No lo amo. Pero a veces la pasión que trae consigo el amor es un obstáculo para el matrimonio.

Bruno sintió un vuelco en el corazón. Acababa de reconocer que no lo amaba, pero ¿qué diablos estaba diciendo sobre la pasión y el amor?

—Se equivoca, Sofía. La pasión es algo maravilloso. No puede ser jamás un obstáculo; al contrario, es un incentivo para compartir la vida con la persona amada.

—Oh, Bruno... —le miró a los ojos al borde de las lágrimas—. La pasión debe ser libre, sin ataduras ni restricciones. Y yo no soy libre para amar. ¿Cree que si lo fuera me casaría con Víctor? Él no es el dueño de mis afectos. Mi corazón lo ocupa otro caballero.

Hundió la vista en el suelo. Tal vez había pecado de osada al confesarle algo así, pero necesitaba mostrarle sus sentimientos. Pues él y solo él era el dueño de su corazón. ¿Pero qué sentiría Bruno hacia ella? Estaba dispuesta a todo para averiguarlo.

—Señor Moreto, yo... ¿Por qué correspondió usted al beso que le di en la terraza?

Él quiso que se lo tragara la tierra. Carraspeó con apuro.

—Le pido humildemente disculpas, señorita. No debí hacerlo. Es usted una mujer comprometida. Fue un error imperdonable.

—¿Un error? ¿Eso fue todo? —cuestionó ella contrariada—. Exijo que sea totalmente sincero conmigo.

—No voy a mentirle. Es evidente que usted me gusta. Me parece una señorita muy bonita e interesante. Pero su compromiso con el señor Heraldo es un obstáculo insalvable para pretender algo más serio. Usted misma acaba de decirme que ya tienen fecha para su casamiento.

Hubo una pausa dramática. Él hubiera querido ser realmente incisivo y preguntarle: «¿Estaría dispuesta a desobedecer a su padre? ¿Renunciaría a todo su dinero por mí? ¿Se casaría con un muerto de hambre como yo?».

Ella compuso un gesto de decepción, pero se confesó ante él dispuesta a quemar todas sus naves.

—Víctor y yo hemos llegado a un acuerdo. Él llevará la clase de vida a la que está acostumbrado y, a cambio, yo podré tener «amigos especiales».

Bruno se quedó pálido. Fue como si le hubiesen atravesado con un venablo helado. ¿Amigos especiales? ¿Se estaba refiriendo a amantes? No podía creerlo. ¿Era eso lo único que quería de él, que fuese su querido?

—Me ha pedido sinceridad, Sofía. Sé que usted se considera una mujer feminista y moderna, pero yo no sé si estoy preparado para algo así. Tal vez peque de ser demasiado tradicional, pero me gustaría que la mujer a la que entregara mi amor fuese mi compañera de vida. No me veo compartiéndola con otro hombre.

—Entiendo —dijo ella con la voz quebrada—. Sé que no puedo pedirle a usted que me ame sin esperar nada a cambio. Sería egoísta por mi parte. Ambos somos esclavos de esta sociedad que nos ha tocado vivir. Prométame que no me juzgará usted por lo que acabo de proponerle. No me considere una fresca, Bruno.

—Jamás podría pensar algo así, señorita.

—Entonces, ¿seguimos siendo, simplemente, amigos?

—Por supuesto. No me permitiría perderla.

Siguieron caminando, aunque Bruno sentía que entre ellos acababa de romperse algo. Se cruzaron con una pareja. El caballero saludó discretamente a la señorita Mendoza con un toque de chistera, y cuando se alejaron, ella se dirigió a Bruno en voz baja.

—¿Ve a lo que me refiero? Ese señor está casado. Es un conocido de mi padre. Me consta que su esposa lo idolatra. Pero, ya ve, el muy tunante no ha dudado en buscarse una amante a la que dobla en edad. Se pasea con ella sin ningún pudor, y encima tiene la osadía de saludarme. Para mí está claro que el matrimonio mata la pasión. Todo el mundo lo sabe, pero nos obcecamos una y otra vez en no admitirlo.

—Solo los hombres que llevan muchos años casados hablan así.

Ella se rio echando la cabeza hacia atrás.

—También lo hacen las señoras que llevan media vida aguantando las infidelidades de sus esposos con la institutriz de turno o alguna de las criadas más jóvenes, aunque me consta que ellas se cuidan de no ser escuchadas por los caballeros. Pobre de la mujer que se case enamorada, será su perdición.

Bruno sonrió educadamente, en el fondo sabía que ella tenía parte de razón. Un gran porcentaje de matrimonios eran concertados y eso excluía inevitablemente el amor. Le vino a la mente la viuda del doctor Loreto. A la vista estaba que aquella mujer había sufrido lo indecible. Sí, enamorarse, a veces, resultaba un juego peligroso.

Pasearon bordeando el final de la verja del Jardín Botánico. *Frau Rüter* les seguía los pasos a una distancia prudencial. Llegaron hasta el Museo del Prado y, sin apenas darse cuenta, entre charla y charla, cruzaron la calle de Alcalá hacia el paseo de Recoletos, donde los quioscos de refrescos se intercalaban con las sillas de alquiler apostadas en hilera bajo los árboles.

—¿No sería estupendo tomarnos un agua de cebada? —propuso Sofía—. El paseo me ha dado un poco de sed.

Bruno se avino a sus deseos, aunque ya se le estaba haciendo un poco tarde. Si seguía demorándose, le cerrarían el cementerio.

Se sentaron en una coqueta terraza, a la sombra de un roble. La institutriz sacó de su enorme bolso sus lentes y una novelita, y se puso a leer sentada de medio lado, como dando a entender que ella solo estaba allí de cuerpo presente y que para nada le interesaba la conversación. Al poco, se les acercó un muchachito pidiendo limosna. Iba medio desnudo y llevaba a sus espaldas a una criaturita de mantillas, atada con unos trapos para que no se le cayera. Bruno sacó su monedero y le dio algo de calderilla: pan para hoy y hambre para mañana. Aquellas pobres criaturas eran «agua del Manzanares».

—Y, dígame, señor Moreto, ¿qué planes tiene para este otoño?

No tuvo ni que pensarlo.

—Ninguno. Digamos que estoy en una fase de vivir solo el presente. Sin pasado ni futuro.

Ella enarcó las cejas algo sorprendida.

—Pues yo me agoto pensando en mi presente: acudir a la temporada de operetas de los Jardines del Buen Retiro, alguna carrera en el hipódromo, los consabidos bailes de beneficencia... Lo que daría por estar en París. Allí soy más libre. ¿Ha leído en el periódico lo de la carrera pedestre entre mujeres que han organizado allí?

Él negó con la cabeza.

—Pues para que vea usted. Se inscribieron en ella más de tres mil mujeres. Quinientos mil espectadores acudieron a presenciar la salida a la plaza de la Concordia. Y aquí los periodistas las llaman «animosas andarinas». ¿Es eso tomar en serio a las mujeres?

A Bruno le temblaron las piernas. Cuando Sofía se ponía reivindicadora daba miedo. Reconoció que la inesperada charla anterior le había alterado y no estaba todo lo centrado que debiera en la conversación. Las palabras de Sofía, nombrándole el dueño de su corazón, todavía flotaban en su cabeza.

—Viajar es mucho más interesante que quedarse aquí —dijo intentando eludir el tema feminista—. Si yo tuviera medios, me pasaría el invierno visitando países exóticos. ¿Por qué no viaja, Sofía?

—Es usted todo un caballero —dijo dirigiéndole una mirada astuta. Le había pillado in fraganti intentando escurrir el bulto hacia temas menos peliagudos.

Frau Rüter despegó los ojos de su novelita y miró la esfera del reloj de su broche. Le dirigió un leve movimiento de cejas a su pupila.

—Hay que ver... —dijo ella con fastidio—. Se me ha pasado el tiempo volando, señor Moreto. Me temo que tenemos que irnos. Tengo una cena ineludible. Seguro que la peluquera lleva más de una hora esperándome en casa.

Bruno pidió la cuenta y se levantó para acompañarla. Dio el alto al primer simón de alquiler que vio. Le abrió la portezuela y se despidió de ella.

—Ha sido un placer, señorita. —Le besó la mano.

—Igualmente, Bruno. Espero que nos volvamos a ver en breve.

Siguió el carruaje con la mirada hasta que lo perdió de vista devorado por la marea ingente de landós y berlinas que atestaban las calles. El sol comenzaba a declinar en el horizonte dejando tras de sí un cielo bañado de tonos ambarinos. Echó un vistazo a su reloj de bolsillo y comprobó que eran más de las seis y media. Si no se daba prisa, le cerrarían las puertas del cementerio. Mientras caminaba hasta la plaza de Colón para coger un tranvía, tuvo que admitir que estaba triste. Si analizaba su encuentro con Sofía, no le quedaba otra que lamentar la cruda realidad. Sofía lo amaba, pero no estaba dispuesta a renunciar a todo por él. Tal vez a Bruno le pasara algo parecido. Tampoco él podía dejar sus convicciones a un lado y vivir, simplemente, el momento. Él quería algo más que eso, aunque muchos se hubiesen conformado con menos.

Media hora después, el tranvía perdía velocidad cercano ya a su destino. Se apeó de un salto y prosiguió camino.

La entrada a la Sacramental de San Martín era un hermoso pórtico de columnas que formaban un semicírculo. A cada uno de sus lados había dos construcciones hexagonales. Una de ellas era la capilla y la otra imaginó que sería la casa del guarda.

—No se demore usted, joven —le advirtió el operario—. Cierro en un cuarto de hora.

Él asintió. Sabía en qué patio se encontraba el panteón, pero ignoraba el lugar exacto, salvo que se trataba de la parcela veintitrés. Echó a andar por el sendero cubierto de hojas secas para dirigirse al patio del Santísimo Cristo. Atravesó un pórtico donde se ubicaban largas hileras de nichos a dos alturas. Se detuvo en el centro poco antes de subir la escalera que conducía a los de la planta superior y donde podía accederse a otro patio a través de una arcada. No pudo evitar un estremecimiento ante la soledad y el silencio que se respiraba. Los cipreses, movidos por el viento, parecían susurrar. Tuvo la sensación de que alguien le observaba. Giró la cabeza en todas direcciones, pero allí no había nadie más.

Tras rebasar la arcada, accedió a un patio sembrado de panteones profusamente adornados. Apostado entre cuatro urnas cinerarias se alzaba un sencillito mausoleo sustentado por varias columnas lisas y un dintel de perfiles rectos. Lo custodiaba un ángel silente cuyos ojos ciegos se elevaban al cielo en actitud suplicante. Rozó con la punta de los dedos aquel rostro pétreo y sintió cómo su pulso se aceleraba. Subió el pequeño tramo de escaleras que llevaba a la puerta de metal. Sacó la llave del bolsillo y abrió la cerradura con dedos temblorosos. Un intenso aroma a musgo, tierra y madera le recibió con un látigo de frío, que logró erizarle el vello de la nuca.

Dos lápidas gemelas presidían la pequeña sala. Estaban elevadas por un pedestal de mármol. Le parecieron muy hermosas, pero el tiempo y el abandono las había cubierto de una pátina viva. Se acercó muy despacio y rascó el musgo, dispuesto a desentrañar aquel misterio. Las letras labradas en la piedra salieron a la luz.

ALEXANDER MORETO, 1854/ 1887
EDORA SALVATIERRA TÉLLEZ, 1856/1887

###

Dos almas unidas en la muerte
como lo estuvieron en la vida.
Se amaron por encima del mundo y de sus leyes.

Una oleada de dolor se expandió por todo su ser. Se dejó caer de rodillas con los puños apretados. Eran sus padres. Hundió el rostro entre las manos y comenzó a llorar presa de un sentimiento de tristeza sin nombre. Mil preguntas sin respuesta atormentaban su cerebro.

Leyó de nuevo el epitafio de la lápida y se detuvo en la última frase: «Se amaron por encima del mundo y de sus leyes». Cora Steiner tenía razón en algo: las tumbas también contaban la historia de aquellos que nos habían dejado. Sintió un inmenso orgullo por sus padres. Fueron valientes, desafiaron al mundo, lucharon por su amor. Se quisieron como pocos tienen la suerte de poder hacer. Y estaba seguro de que ese mismo cariño se lo transmitieron a él en el corto espacio de tiempo que compartió con ellos.

Un fugaz pensamiento cruzó su mente al recordar su encuentro con Sofía. Tal vez él no se pareciera a sus padres en eso. Había renunciado a luchar por amor antes de presentar batalla.

Permaneció arrodillado junto a las tumbas mucho tiempo, tanto que al levantarse las sombras ya habían invadido cada rincón del mausoleo. Encendió las velas que reposaban a un lado. Expelieron un humo negro y un olor acre.

Posó la mano sobre el sepulcro de su madre. Acarició la piedra como si toda la esencia de aquella mujer a la que no había conocido se hubiese retenido en ese trozo de granito. Notó el calor que desprendía. Dejó que la punta de sus dedos acariciara el perfil de la lápida y fue cuando se percató de que había sido movida no hacía mucho. Se palpaba una estrecha ranura en uno de los lados. El verdín marcaba una línea perfectamente definida.

Un impulso le atrapó. Corrió la tapadera de la sepultura empleando todas sus fuerzas. Solo lo suficiente para poder ver el interior.

El corazón le dio un vuelco. No podía creerlo.

Encima del ataúd que contenía los restos de su madre, había un cuerpo momificado de corta talla envuelto en un lienzo blanco.

No tuvo duda alguna de que era el cadáver que se había llevado Olmedo del depósito, hacía veinticinco años. La ofrenda que le había robado al Recolector. Fue allí donde lo escondió.

Percibió movimiento a su espalda. Fue algo fugaz que apenas pudo ver por el rabillo del ojo. Pensó que el guarda se había cansado de esperar a que saliera y había venido a buscarle.

Empujó la lápida para colocarla en su sitio, apagó la vela y se apresuró a salir.

Mientras cerraba con llave la puerta escuchó varios carraspeos a su espalda.

Se giró sobresaltado.

Había seis individuos apostados a varios metros del panteón. Por cómo iban vestidos eran de baja estofa. Por su actitud, era evidente que le esperaban a él. Tres de ellos fueron a su encuentro en actitud chulesca. Uno hizo crujir las articulaciones de sus manos. Ni siquiera se planteó hacerles frente. Entre todos le harían pedazos. Salió corriendo hacia los nichos porticados con la esperanza de darles esquinazo. Saltaría el muro a la velocidad de un parpadeo. Sin embargo, apenas tuvo la oportunidad de bajar las escaleras de la arcada porque allí se dio de bruces con otros cuatro. Le dieron caza junto a la verja metálica de protección de la plataforma y le molieron a palos sin explicación alguna. De nada valieron sus gritos, sus preguntas o sus ruegos. Se defendió como pudo, pero varios lo agarraron por las solapas y lo arrojaron sin contemplaciones por encima de la barandilla. La caída fue de varios metros de altura, sobre una hilera de tumbas. Sintió una terrible quemazón en un brazo. Lanzó un alarido que resonó en el silencio. Pensó que se lo había roto, pero notó el calor de la sangre corriendo brazo abajo. Se atrevió a mirar la herida. Un fragmento de una cruz de hierro se lo atravesaba. Sin duda debió de quebrarse al caer sobre ella y se le había clavado. Su primer impulso fue arrancárselo, aunque logró dominarse. Si se lo quitaba, la hemorragia sería incontenible. Intentó taponar la arteria braquial con su mano, mas el dolor se expandía a la presión. La sangre manaba a raudales. Su respiración se aceleraba por momentos. Corrió con todas las fuerzas que le quedaban. No supo ni cómo llegó a una galería porticada y se parapetó detrás de una columna cuadrada. Sus perseguidores no andaban lejos. Bruno sabía dónde estaban. Desde su escondite le llegaban sus gritos, sus risas de hiena y los ruidos de cristales rotos. Mantuvo la presión en la herida y elevó el brazo por encima de su cabeza para seguir conteniendo la hemorragia. Necesitaba salir de allí, pedir ayuda. Perdía tanta sangre que comenzó a notar un temblor interno y cómo se le doblaban las rodillas. El sonido le llegaba ahuecado, se dispersaba a su alrededor con una sensación aterradora. Le costaba enfocar la vista. Aun así pudo ver a aquellos malnacidos acercándose, dispuestos a terminar lo que habían empezado. Si bien ahogó un grito de pánico para que no le descubrieran, no pudo evitar el brusco sonido que produjo su caída al sentir que la conciencia le abandonaba.

A su izquierda entrevió un fugaz resplandor, era solo un nimbo turbio que provenía del fondo de aquel pasillo porticado. «El guarda», pensó extenuado. Comenzó a reptar sobre su costado izquierdo. Tenía que llegar hasta ese soplo de luz, aunque quien estuviera al otro lado fuera el mismísimo diablo para cobrarse su pellejo.

Las voces de sus captores estaban ya a su espalda. Le habían encontrado. Oía sus resuellos, sus insultos; le aturdía el sonido seco de las patadas que descargaban sobre él; sin embargo, no sentía dolor, solo una sensación placentera de abandono. La vida se le escapaba por las venas y no le importaba lo más mínimo.

De repente, oyó un disparo. Resonó atronador en la bóveda. Dudó si aquello era real o fruto de su desvarío. Elevó la mirada hacia la luz. Una telaraña de humo azul se tejió alrededor del hombre que portaba el farol. Un brillo metálico destelló en mil partículas.

Otro disparo hendió la oscuridad. Él se estremeció bajo la detonación del proyectil. Oyó un alarido de chacal a su espalda y el golpe seco de su caída.

En su dulce agonía, aquel extraño blandía una vara de fuego y era el Ángel de la Muerte. Un ángel oscuro, incorpóreo y sin rostro. Olía a humus y al fuerte hedor orgánico de mil cadáveres.

Bruno soñó que era de nuevo un niño. Nevaba tras las ventanas de la casa de su abuelo. Fuera, una luz ardiente se irradiaba del suelo. Era una luz extraña, de luna negra.

La melodía de un violín flotaba en el aire. El viejo Salvatierra estaba contento, con el estómago lleno de vino y una generosa ración de carne frita.

Bruno sabía que debajo de esa costra de engañosa normalidad se ocultaba la maldad. Una malicia que se empeñaba en reptar bajo la piel humana como una anaconda; oculta entre el pelaje de algunos individuos. El alma era un lugar lleno de secretos.

Salvatierra le cogió de las solapas del raído pijama y acercó sus labios a su oído.

—No eres más que un bastardo —susurró lleno de desprecio—. Si no obedeces, te dejaré morir de hambre. ¿Has entendido, pequeño hijo de puta? Si no pides limosna, no comerás jamás. ¿Es que acaso te crees mejor que ellos? A ti te han parido por el mismo sitio que a esos desgraciados que se dejan el pellejo mendigando en las calles. Si ellos van por ahí descalzos, aunque nieve, llueva o haga frío, tú no vas a ser menos. ¿Me has entendido? Como vuelvas a escaparte, te pegaré tal patada que te destriparé vivo. Te arrancaré las tripas de cuajo y se las daré a los cerdos.

Bruno odiaba con toda su alma que le susurrara al oído. Le atufaba con su aliento agrio de vino. Su fuerte olor a sudor le asfixiaba.

—Y, ahora, señorito, agarras la pala y cavas un hoyo como tú de grande entre las coles del huerto.

Él negó obstinadamente con la cabeza. Sabía que le mataría a palos, pero ya le daba igual todo.

De un empujón le sentó de culo en el suelo. Ya no susurraba. Ahora gritaba igual que un endemoniado.

—¡Si te ordeno que caves un hoyo en el huerto, tú vas y lo cavas! Coges la puta pala y te pones a cavar como un loco. ¿Has comprendido, pedazo de mierda? ¿Acaso eres sordo?

Él volvió a negarse.

El primer correazo sonó como el restallido de un látigo sobre sus costillares desnudos. Apenas lo sintió porque el agua fría parecía haberse congelado sobre su piel y el frío le había insensibilizado la carne.

Al quinto, deseó la muerte y al fin se desvaneció.

Una extraña melodía anegó sus oídos. Eran notas musicales vibrantes y acompasadas. Latidos de latón. Repiqueteos de hojalata.

Un ángel se asomó a su inconsciencia. Su sonrisa le traspasó el alma. Sus grandes ojos azules le miraban con curiosidad. Tenía la piel azul y una gran cicatriz vertical surcaba su pecho en flor. Señaló una rendija de luz que provenía de una ranura abierta en la parte superior de la pared. Le indicó con un gesto que escuchara.

Bruno prestó oído. Un murmullo acuático llegó hasta él. La humedad le envolvió y sintió el sudor correr por sus mejillas. El sonido hueco de una gota al caer en un inmenso charco. El agua le llegaba a las rodillas.

Hileras de jaulas flotaban en la oscuridad. Escuchó un latido, otro, otro... El aleteo fugaz de decenas de libélulas azules. Una de ellas se posó sobre la punta del dedo de la niña. Su gesto de felicidad le llenó de alegría.

Ella le animó a que la acompañara. Quería enseñarle algo. Caminó de puntillas sin soltar su mano. Le pidió silencio.

«No hagas ruido —le dijo sin mover los labios—. Si nos oye *el hombre de la aguja* nos hará daño. Si te pregunta, dile que te llamas Alba y que jamás te irás de aquí. Así no te matará. Ven... Te enseñaré algo...».

El suelo desapareció bajo los pies de Bruno y, al posarse de nuevo, sus plantas desnudas palparon la tierra recién arada. Elevó la mirada al cielo. Una luna enorme y negra fluctuaba semejando el latido de un corazón. La niña se agachó sobre los brotes tiernos de una col. Los terrones se amontonaban al lado de los surcos. Entre las berzas vio una manita de bebé como un sarmiento surgiendo de la tierra. Estaba amoratada. Muerta, igual que una flor sin agua.

Un llanto de recién nacido anegó sus oídos. Luego fueron dos, tres, cuatro...

Su propio alarido de terror le trajo de regreso al mundo de los vivos.

—Bruno, muchacho... ¿Está bien?

Él abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó asustado, intentando incorporarse. Un latigazo en su brazo derecho le hizo desistir. Se echó la mano a la herida. La tenía vendada.

Bonaventura le instó a que se tranquilizara.

—*Cristo benedetto!*, al fin despierta usted. Pensé... pensé...

Bruno leyó en su mirada la inquietud que sentía. Estaba ojeroso, sin afeitado, con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata floja.

Miró a su alrededor. Una hilera de camas a derecha e izquierda. Era la sala de un hospital.

—¿Quién me ha traído aquí?

—Un cura le encontró desmayado a las puertas de la iglesia de San José, hace tres días. Al ver que tenía vendado el brazo y que no recobraba el conocimiento, le trajo al Hospital General. Del Romo le ha buscado por todos los hospitales y depósitos de cadáveres de Madrid. No dejó títere con cabeza hasta encontrarle. ¿Qué le pasó, Bruno? ¿Recuerda algo?

—Lo recuerdo todo. Bueno, todo no. No sé qué ocurrió después de desmayarme.

Le contó su terrorífica aventura con gran detalle. Don Hugo se debatía en una cascada de improperios y furia mientras duró su narración. Sus ojos destilaban odio contra sus agresores.

—*Figli di puttana...* ¿Por qué no le dio usted todo lo que llevaba encima?

—No querían robarme. Le puede parecer una locura, doctor, pero pienso que querían darme un buen escarmiento. Persuadirme de algo. Y creo saber de quién partió la orden. O del padre de la señorita Mendoza o de su prometido. O tal vez de ambos. Me quieren lejos de ella.

Bonaventura no daba crédito.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es solo una suposición. Víctor Heraldo nos vio en la azotea de La Luz de Helios cuando la señorita Sofía me besó.

—¿Que le besó?

—Fue todo un malentendido. Ambos habíamos bebido... Y también está lo del paseo por el Prado y cuando Víctor me amenazó en La Libélula Azul, acusándome de ir tras el culito prieto de su novia... Pero, vamos, que son conjeturas mías.

—Vaya, ya veo que es usted una tumba para lo que le da la gana, caballere —arguyó bastante enfadado—. ¿Por qué no me contó que ese tipejo le había

amenazado?

—Víctor estaba borracho y pensé que hablaba por hablar. Dijo muchas estupideces. Menos mal que el guarda del cementerio vino a socorrerme, si no a estas alturas...

—Bruno, el guarda no te salvó. Encontramos al pobre hombre degollado en medio del camino de entrada. Esos canallas lo mataron.

Él dejó escapar una exclamación desgarrada. No podía creerlo. Aquello sobrepasaba los límites de una simple agresión de advertencia. El funcionario nada tenía que ver con él. Se sintió fatal, con una gran culpabilidad oprimiéndole el pecho.

—Ese hombre ha muerto por mi culpa —dijo asqueado.

—No está siendo justo consigo mismo, joven. Tal vez el guarda escuchó los gritos y fue a ver qué ocurría. Casi seguro que se dio de bruces con esos malnacidos en plena huida. Su muerte solo es reprochable a los que lo mataron vilmente.

Bruno apretó la mandíbula en un gesto de rabia, y un terrible dolor de quijadas se le clavó hasta las sienes.

—Entonces, si no fue él quien me ayudó..., ¿quién fue?

—No lo sabemos, esperábamos que usted nos lo dijera.

—La luz que portaba no me dejó verle el rostro. Llevaba una escopeta, por eso pensé que era el guarda.

De repente, cayó en la cuenta de los disparos que efectuó su salvador y del alarido que escuchó a su espalda.

—Creo que mató a uno de mis agresores. Lo sentí caer después del disparo, justo antes de perder el conocimiento. ¿Qué haría en un cementerio un tipo con una escopeta?

El italiano se encogió de hombros.

—Allí no había más cadáver que el del guarda. Tal vez el otro individuo saliera vivo del disparo.

Bruno sintió un latigazo en la herida. Movié los dedos de la mano en un gesto de aprensión. Cuando vio que no había perdido la movilidad, suspiró aliviado.

—¿Quién me ha operado?

—El doctor Betancourt es quien le ha atendido —le respondió—, pero cuando le encontraron ya le habían practicado las primeras curas y suturado la herida. Y según la opinión de varios cirujanos, hicieron un magnífico trabajo. No hay infección y todo evoluciona favorablemente. Al parecer, el tajo fue leve, sin apenas sangrado. Un rasguño.

—¿Qué? —inquirió estupefacto—. ¡Pero si casi me desangro! Recuerdo perfectamente cómo era mi herida. Me caí sobre una cruz de hierro que me atravesó el brazo. Se rompió tras el impacto y se me quedó clavado uno de los trozos. Se me veía el hueso y la arteria braquial estaba dañada. No se trataba de ningún rasguño. En el cementerio debe de haber un reguero de sangre tremendo. ¿No lo han visto?

Le miró fijamente esperando una respuesta.

—Muchacho..., allí no había rastros de lucha alguna, exceptuando el cadáver del guarda. Fue el primer lugar donde le buscamos. Llamé a la señorita Cohen en cuanto vi que eran más de las doce de la noche y usted no aparecía. Ella me contó lo del panteón y que había encontrado las escrituras y la llave en el herramental. Fue por eso que nos desesperamos cuando la señorita Anna nos dijo que había ido usted al cementerio. —Hizo una pausa para tragar saliva. Tenía un nudo en la garganta—. Sé que lo ha pasado mal, Bruno, pero a veces la sangre puede ser muy escandalosa y dar a entender que la herida es peor de lo que en realidad es. Los cirujanos creen que no reviste seriedad y que no quedarán secuelas. Es más, nos han recomendado que, en cuanto se sintiera usted con fuerzas, abandonemos el hospital. Ya sabe, para evitar infecciones indeseadas.

—¿Y no le resulta extraño que el hombre que me salvó me dejara en la puerta de una iglesia? ¿Por qué no me trajo al hospital él mismo? Me salvó la vida, no tenía nada que temer.

—Bruno, será mejor que se lo tome con calma. Demos tiempo al inspector a realizar las pesquisas necesarias. No tardará en llegar. Además, si ha habido muertos de por medio, no es de extrañar que no aparezca. Querrá evitarse problemas.

No le faltaba razón.

—¿Qué fue lo que encontró en ese panteón, Bruno?

—La tumba de mis padres. Olmedo compró ese mausoleo. Imagino que cuando me prohibió indagó sobre mi pasado y decidió que sus restos descansaran allí. Supongo que lo haría por mí, para que yo los sintiera algo más cerca. No sé. Lo único que no me cabe en la cabeza es por qué no me lo contó. Ya no soy un niño. Debería habérmelo dicho. Aunque creo saber el motivo de su silencio. Encontré algo más allí.

Don Hugo frunció el ceño. Bruno miró hacia la puerta y a los pacientes de ambos lados de su cama. Procuró no alzar la voz para que nadie le oyera.

—Descubrí la ofrenda del Recolector. La víctima que se llevó Olmedo del depósito.

—*Santa Madonna...* Así que escondió el cadáver allí. Ni en mil años hubiese imaginado algo así. —Negó con la cabeza en un gesto de preocupación—. Pues creo que ha llegado la hora de que el Recolector se entere de dónde está su ofrenda. Habrá que correr la voz.

Bruno le miró anonadado.

—¿Está usted hablando de tenderle una trampa?

—Así es. Ya sé que resulta muy arriesgado, pero solo necesitamos echarle *coraggio*.

—No me hable de valor —le dijo él mirándose el brazo—. Si el Recolector es la mitad de peligroso que mis agresores, vamos listos. No se trata de eso. Si le tendemos una trampa y conseguimos que lo detenga la policía, jamás confesará dónde tiene a las niñas secuestradas. Además, dudo mucho de que el asesino no se percate de la treta. No va a exponerse a que lo atrapemos.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque es inteligente.

—Puede que lo sea, pero la mayoría de los asesinos reincidentes suelen pecar de arrogantes y, por ende, de exceso de confianza. Eso los lleva a cometer errores fatales. Lo he visto muchas veces en mis investigaciones. Un gran porcentaje de ellos son descubiertos por un desliz absurdo. Rompen sus propias reglas en la creencia de que son más astutos que la policía y que no los atraparán. Además, ¿cómo vamos a dejar pasar una oportunidad como esta? Por intentarlo no perdemos nada.

—No sé qué opinará de todo esto el inspector. No tiene casi efectivos para montar un dispositivo de vigilancia que podría durar varios días. ¿Cree que sus superiores se lo permitirán?

La conversación se vio interrumpida por la llegada de una enfermera con una bandeja de alimentos.

—Disculpen, caballeros. Veo que al fin ha despertado el paciente. Le traigo algo de comer.

Don Hugo ayudó a Bruno a sentarse apoyado contra el cabecero de la cama. Le dobló el almohadón para que se sintiera más cómodo. La enfermera dejó la bandeja encima de la mesilla y se acomodó en el borde de la cama con una amplia sonrisa.

—Me alegro de que esté usted mejor. ¿Tiene apetito? —Le puso una servilleta sobre el pecho, cubriendo el cabestrillo, y se dispuso a darle un sabroso caldo de pollo, que, por su delicioso olor, Bruno adivinó que lo había preparado la buena de Mercedes. Seguro que le había añadido varias yemas.

Tenía un hambre de lobo.

Del Romo llegó mientras estaba degustando unas natillas muy claras. Su ración había sido escasa y en forma de líquidos, pero le supo a gloria.

—Al fin has regresado al mundo de los vivos, muchacho —le dijo el inspector sentándose al borde de la cama. Le miraba como si estuviera contemplando a Lázaro alzándose de entre los muertos—. Y veo que te encuentras bien. Me alegro un montón.

Sonrió al tiempo que le revolvía el cabello como cuando era un crío.

—Nos las has hecho pasar canutas, so granuja. Ya estás soltando por esa boca.

No hacía falta que se lo jurara. Al igual que Bonaventura, llevaba grabadas en el semblante las señales del cansancio y la preocupación. Le tocó repetir todo lo ocurrido paso por paso, pero no le importó. Estar junto a rostros conocidos le transmitía una gran calma y podía tomar distancia de aquellos momentos tan amargos que le había tocado vivir. También le contó sus conjeturas sobre quién podría haber ordenado que le dieran un escarmiento.

—Déjalo de mi cuenta —le dijo—. Si ha sido ese cabrón de Víctor Herald, lo va a pagar muy caro. Que sea hijo de un conde no le va a valer de mucho. Otra cosa no será, pero en Madrid es fácil que te cruces en un callejón oscuro con algún ratero que tenga el día torcido.

En los días posteriores a su salida del hospital, Bruno fue consciente de las verdaderas dimensiones de la paliza que había recibido, cuando al fin pudo ponerse delante de un espejo y estudiar las contusiones que surcaban su cuerpo. Su ceja derecha presentaba un buen tajo. El mentón lucía varios moretones amarillos que le conferían un aire de curioso eccehomo. Pero lo que más le impresionó fue ver los puntos de sutura que lucía en su antebrazo. Le quedaría una estupenda cicatriz. Los estudió frente al espejo. La sutura era de puntos sueltos con un nudo de cirujano y dos planos. El hilo que había utilizado su misterioso salvador era seda de doble filamento.

Los rozó suavemente con la punta de los dedos y, según los tentaba, sintió un escalofrío y cómo una furia nebulosa comenzó a dibujarse en su rostro al comprender que aquella sutura tenía algo de oscuro y familiar.

Era la misma que lucían en el esternón las víctimas del Recolector.

Era la rúbrica del asesino; su tétrica firma.

Ahora entendía muchas cosas. Sus pesadillas, los rostros difusos que veía entre sueños. El terror feroz que le poseía cuando cerraba los ojos esperando encontrarse con su diabólica sombra en cada rincón de su mente.

Sopesó durante largo rato contárselo a Bonaventura. Al final decidió mostrarle la sutura. Él, tras inspeccionar aquella costura como si estuviera tasando un manuscrito antiguo, le corroboró que estaba en lo cierto. Su rostro adquirió la oscuridad del que ha perdido la fe. Dio un tremendo puñetazo a la pared del Sancta Sanctorum. Fue tan brutal que varios de los frascos de cristal que reposaban en las estanterías cayeron al suelo, haciéndose añicos.

—¡Se me abren las carnes con solo imaginar que ha estado usted a merced de ese monstruo! ¡Tuvo su vida en las manos! —Cerró los ojos y se los frotó suavemente con las yemas de los dedos—. *Non capisco...* ¿Qué demonios hacía él en el cementerio? ¿Quién, en su sano juicio, acude a un camposanto armado con un fusil? Está claro que lo siguió a usted. Le ha estado espiando todo este tiempo... *Vaffanculo!* ¡Cuando le agarremos le haré pedazos con mis propias manos! ¡Me meterán en la cárcel, pero él se pudrirá en el infierno!

Realmente le costó asimilar aquello. Si Bruno analizaba la situación, hasta ese momento el asesino era alguien borroso, casi incorpóreo. Lo que había ocurrido abría un abanico de probabilidades que daba escalofríos. Tomaba un carisma realmente perverso si se miraba bajo la perspectiva necesaria. Era imposible no cuestionarse la razón oculta que había detrás de aquel proceder de buen samaritano.

Tampoco Del Romo se lo tomó bien. Veía en aquel acto una forma de dominación por parte del asesino hacia Bruno. Y, en cierto modo, se sintió culpable por haberle involucrado en una investigación tan cruenta. Olmedo hubiese puesto el grito en el cielo. Jamás permitía que el muchacho interviniera de manera activa en ninguno de los casos que él llevaba. Siempre lo protegía.

Uma lo cuidó como cuando era un crío y cogía un fuerte constipado o alguna enfermedad infantil. Las dos primeras noches veló su sueño. No se movió de la

cabecera de su cama ni un segundo. Secó el sudor frío que le atenazaba a causa de las terribles pesadillas. Sus sueños eran tan negros y recónditos como la luna que le observaba en ellos desde un cielo cuajado de estrellas. Tomaban nuevas dimensiones, ahora que Bruno estaba al tanto de quién había sido su salvador. Sentía que su vida le pertenecía y que se cobraría el pago cuando llegara el momento. Lo imaginaba espionando tras cualquier ventana de la casa, al acecho.

Gracias a las visitas de la señorita Cohen, las tardes fueron más entretenidas. Para él era un bálsamo poder desahogarse con ella. Le contó sus pesadillas, las espantosas imágenes que su cerebro le regalaba noche tras noche. Fue consciente de que ella hacía un esfuerzo por acudir a visitarle. Dejaba de lado sus quehaceres y no faltaba a su cita. Ya era la tercera tarde que se escaqueaba de su trabajo en la tienda de curiosidades. *Lady Amber* no veía con buenos ojos que una chiquilla tan joven anduviera de visita sin acompañante, más aún que se quedara a solas con un hombre, por muy tullido que Bruno estuviese. Ordenó a la buena de Uma que hiciera las veces de dama de compañía de la señorita Cohen. Por suerte, el aya era la mar de discreta y prácticamente actuaba como si no estuviera presente en sus tertulias. Cogía su *japamal* y pasaba las cuentas esperando encontrar un punto de meditación razonable.

Bruno ofreció asiento a Anna.

—¿Ha dejado usted a *frau* Rosebaum al cargo de la tienda?

—Sí. A ella le encanta —respondió al tiempo que se sentaba junto a él y dejaba varios libros en la silla contigua—. La pequeña sección de hilos, tejidos y agujas de tejer va viento en popa. Un grupo de mujeres se acerca hasta la tienda para intercambiar con ella opiniones sobre bordados, puntos de crochet y de media. Me consta que está teniendo más éxito que yo. Debo reconocer que no me va muy bien con la literatura fosca. Como librera, dejo mucho que desear.

Bruno esgrimió una sonrisilla apretada. Parecía realmente dolida en su amor propio.

—Pero, mujer... Dele tiempo al asunto. Además, ¿por qué no aprovecha usted para leerles a las parroquianas en voz alta algún cuento mientras cosen o tejen? Seguro que así llamaría la atención y caería alguna venta.

Ella arrugó la naricilla con un gesto la mar de cómico.

—¡Pero si la tienda parece un gallinero! Entre puntada y puntada, no paran de darle al pico. Y ojo cómo desaparece el té, el café y las pastitas... Arrasan hasta con la Biblia.

Bruno se rio sin miramientos.

—Hablando de té —le dijo señalando el servicio que había sobre la mesa—, quiero que pruebe el que nos ha preparado Uma. Verá usted qué matices tiene. Seguro que los sabrá apreciar.

Uma, desde su puesto de cuidadora de la honra familiar de la señorita Cohen, hizo un gesto de aquiescencia con una discreta sonrisa animándola a probarlo. Anna, por su parte, escanció con toda la elegancia de una reina un buen chorro humeante en una

tacita de porcelana de Limoges y se la ofreció a ella. Uma se acercó a recogerla agradecida, pero luego volvió a su rincón para no inmiscuirse en su pequeña e íntima *soirée*.

La joven paladeó con delicadeza un sorbo del aromático té.

—Clavo, canela, cardamomo... —fue enumerando—. Y alguna otra especia que no logro identificar. Le da un gusto muy exótico.

—Malvavisco —completó Uma dejando por un momento de pasar cuentas en su rosario hindú.

—Pues tiene usted que darme todos los ingredientes con las medidas exactas. Se lo daré a probar a *frau* Rosebaum. Ella es una gran aficionada a los tés. Y seguro que este le encanta.

La anciana asintió por toda respuesta.

Anna, tras terminar su taza, acarició distraídamente la superficie de un libro que había traído consigo. Bruno miró su título.

—*Die Traumdeutung*, de Sigmund Freud —leyó en un terrible alemán que arrancó una sonrisa en su amiga. Ahí estaba otra vez ese señor por el que Bonaventura sentía tanta admiración. Frunció el ceño interrogante.

—Este libro fue la última adquisición que trajo mi tío en su última visita a Alemania —explicó ella—. He pensado que nos puede ayudar a resolver parte del enigma de sus pesadillas. Son tan repetitivas que tienen que significar algo. Freud dice que algunos sueños son tentativas del inconsciente para resolver conflictos tanto del presente como del pasado. También habla de deseos reprimidos, de deseos eróticos... Pero bien podrían deberse a recuerdos no accesibles para la conciencia, que encuentran una salida a través del sueño. Hay en ellos elementos simbólicos y otros que no lo son tanto. Aunque tampoco habría que descartar la hipnosis. Si se sometiera usted a una, recordaría muchos detalles de lo que vivió después del incidente. Está comprobado que bajo hipnosis somos capaces de recomponer recuerdos que permanecen ocultos en nuestro inconsciente.

—Hipnosis —replicó escéptico, como si al decir la palabreja le viniera a la mente la imagen de Cora Steiner—. La hipnosis y yo no nos llevamos bien.

Anna sonrió por su poca fe, ajena a los pensamientos del joven.

—Bueno, Freud también admite como método secundario la interpretación de los símbolos dándoles el sentido universal que tienen. Si, por ejemplo, usted ha soñado con agua, le daremos aquel significado que se le ha otorgado desde que el mundo es mundo. No hay que olvidar que la interpretación de los sueños siempre ha cautivado al hombre. Los egipcios ya tenían sacerdotes y hechiceros que se encargaban de leer los sueños. Los chinos consultaban a sus interpretadores, los griegos y romanos recurrían a sus oráculos y aurúspices.

Los ojos de Anna tomaron una tonalidad cobriza, como una mezcla de té y miel. A Bruno le resultaban preciosos a la luz del atardecer. Había notado que eran cambiantes según el estado de ánimo de su amiga. Se volvían oscuros y penetrantes

cuando estaba triste y claros cuando estaba de buen humor. Sus pupilas se agrandaban al hablar de sus temas preferidos.

—¿Usted sueña, Anna?

—Todos soñamos. Aunque yo no suelo acordarme. De hacerlo, seguro que mis sueños serían tremendamente oscuros.

—¿Y un asesino? ¿Qué soñará?

—Sería muy interesante poder introducirse en su mente y saber los laberintos extraños por los que deambula su «yo» más profundo. ¿No cree?

Bruno enarcó las cejas. ¿De qué se extrañaba?

—Qué intrépida es usted, Anna.

—No. Lo que soy es una osada. Aunque le advierto que no bromeo. Me atrevería de todas todas a profundizar en la mente de un asesino. No me temblaría el pulso.

—Ya lo creo que no —dijo sin poder evitar una sonrisa apretada.

La conversación se vio interrumpida por la llegada inesperada de *lady Doyle*, que venía precedida de una mujer.

—Bruno, mira quién acaba de llegar. En cuanto se ha enterado de lo que te ha ocurrido, ha venido a ver cómo te encontrabas.

Se giró para dar paso a Cora Steiner, enfundada en su última adquisición recién llegada de París. Un traje chaqueta de tarde color malva que le quedaba como un guante, a juego con una gran boina dos tonos más oscura.

Bruno, al verla, se levantó como un resorte. «Hablando del diablo...», se dijo con sorna. Anna, en cambio, le regaló una mueca de fastidio, aunque intentó disimular lo inoportuno de su llegada. ¿Quién puñetas sería esa lechuguina estirada?

—¡Oh, mi querido amigo! —dijo Cora con el rostro turbado de preocupación—. Qué moretones más feos, y su ceja y el brazo... Lo ha debido de pasar francamente mal.

—Por suerte puedo contarle. Pero siéntese usted a mi lado y cuénteme qué tal le ha ido en París. Espero que haya tenido un éxito apabullante.

—Está mal que yo lo diga, pero así ha sido —respondió alisándose la falda antes de sentarse entre Anna y él. Dejó su diminuto bolso de flecos sobre la mesa—. He cerrado con éxito algunos contratos para Londres y Nueva York que me tendrán atareada todo el año entrante.

—No sé si ponerme triste por tan buenas noticias. Tenerla alejada de nosotros tanto tiempo es una crueldad.

Cora se sintió realmente halagada. Miró de soslayo a Anna. Bruno cayó en la cuenta de que no las había presentado. Una descortesía imperdonable por su parte.

—Permítame presentarle a mi buena amiga la señorita Anna Cohen.

La joven se levantó e hizo una pequeña reverencia.

—Encantada.

Cora, a su vez, hizo un gesto cortés.

—El placer es mío. Tenía curiosidad por conocerla. *Lady Doyle* me ha hablado mucho de usted. Me ha contado que ha cuidado de nuestro convaleciente todas las tardes. De haber estado yo en Madrid, hubiese hecho lo mismo. —Miró a Bruno con piedad y le acarició la mejilla en un gesto de afecto—. Pobrecito mío, cuánto lamento haber estado tan lejos.

Él se dio holgura al cuello de la camisa, ante la atenta mirada de Anna, que estaba pasmada de las muestras de cariño que le regalaba aquella dama.

—Pero, dígame, querida —prosiguió la vidente—, nuestra *lady* también me ha dicho que es una gran estudiosa de los filósofos.

—Bueno, solo una ávida lectora —respondió ella sonriendo al tiempo que tomaba con delicadeza la tetera—. ¿Le apetece un té?

—Sí, muchas gracias.

Cora no perdió detalle de las blancas muñecas que asomaban al encaje de las mangas de Anna. Eran delicadas, casi tanto como la porcelana de Limoges que sostenía entre las manos. El guipur negro las hacía destacar con un destello nacarado. El corte del traje sastre era sencillo, pero lucía estupendo con los complementos que

la modista, fuera quien fuese, le había añadido sabiamente. El plastón de lino con ribete de guipur era una delicia. Acentuaba la esbeltez de su cuello al tiempo que le daba un toque ligeramente masculino, que creaba un toque original en contraste con los pómulos altos, tan femeninos, y el óvalo suave de su rostro. Luego estaban esos ojos rasgados de un color tan insólito. Le parecieron dos piedras de ámbar que conjuntaban a la perfección con su cabellera flamígera, perfectamente despeinada. No le resultó una muchacha del todo bonita, pero era tan insultantemente joven...

Anna se sintió incomodada bajo el escrutinio mal disimulado de Cora. Un ligero rubor tiñó su blanco cutis.

—Me encanta su traje, señorita Cohen. Tendrá que decirme quién es su modista —comentó ella en tono desenfadado, esforzándose en ser amable—. ¿No será francesa?

Ella negó con vehemencia.

—Me cose mi institutriz. Es una gran aficionada a la costura. Le encantan las revistas de moda de París. Las encarga en el kiosco de la plaza de Santa Bárbara.

—Tiene buen gusto, sin duda. No es fácil realzar un traje de luto tan austero.

Anna asintió con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza. Qué gentil por parte de la elegante dama hacer cumplidos. Se veía a la legua que se vestía en los mejores ateliers de París. Tal vez en esas casas de costura de las que tanto hablaba Claudia: Callot Soeurs o Doucet, lo mismo daba. Por un momento dudó de si todo aquel despliegue de cortesía no sería en realidad ironía pura. Aunque era cierto que los tejidos que Claudia utilizaba eran piezas de buena calidad que guardaba de su época de mujer acomodada. Tenía varios baúles llenos de retales a buen recaudo de la polilla. De hecho, buena parte de aquel tesoro ahora lucía en los anaqueles de su nueva sección en la tienda.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Bonaventura y el profesor Cienfuegos. Este se dirigió a Bruno. Parecía sinceramente preocupado por su salud.

—Estoy mucho mejor, gracias, profesor. Ha sido un buen susto.

—Por desgracia, la zona de la calle Magallanes es famosa por los desarrapados que deambulan por allí.

El italiano traía cara de malas pulgas, el mero hecho de estar al lado de Cienfuegos le producía acidez de estómago. Echaba la bilis por la boca, pero mantuvo la compostura. Ambos se sentaron a la mesa, dispuestos a conversar distraídamente con el resto de la visita.

—¿No ha llegado con ustedes Alister Louper? —preguntó Bruno a Cienfuegos.

—No. Tenía que cerrar un trato de negocios. Llegará mañana por la noche.

La incomodidad de Anna iba en aumento. Había demasiada gente allí. Decidió que ya era hora de marcharse antes de que le presentaran a alguien más. Cogió sus libros de encima de la mesa y se levantó para despedirse de su amigo discretamente.

—Bruno, tendrá que disculparme, pero tengo que marcharme. Le dejo en buena compañía.

—¿Tan pronto?

—Me temo que sí. Prometí a *frau* Rosebaum ayudarla con la contabilidad de la tienda. Ya sabe usted que los números no son lo suyo.

—Está bien. La acompañaré abajo.

—No se moleste. No deje sola a la visita. Sé dónde está la salida.

Uma se levantó solícita.

—Yo acompañaré a la señorita. Voy a la cocina a pedir que traigan más té.

—Te lo agradezco, Uma —dijo Bruno—. Dile a Pedro que la lleve a su casa. — Se dirigió después a Anna con un besamanos—. Gracias por todo, amiga mía. Espero que podamos retomar el asunto de los sueños donde lo dejamos.

Ella sonrió por toda respuesta. Luego se despidió en general de la concurrencia con un «Encantada. Ya nos veremos», que fue respondido con cortesía por todos los allí presentes.

Cora Steiner se levantó.

—Voy con ustedes —dijo reuniéndose con ellas en la puerta del cenador—. Tengo que pasar por el tocador. Apenas he tenido tiempo de empolvarme la nariz con las prisas.

Al llegar al recibidor de la entrada, Uma pidió a la señorita Cohen que esperara allí hasta que llegara el cochero. Se fue en dirección a la cocina.

Cora se quedó a solas con Anna. En cuanto vio que el aya se alejaba lo suficiente, la miró de arriba abajo sin disimular un ápice su malsana curiosidad.

—¿Así que usted es la pequeña amiga de nuestro Bruno? ¿Cuántos años tiene, diecisiete, dieciocho...?

—Tengo algunos más, señorita. Pero la edad es el mejor secreto que guarda una mujer.

—En efecto. Aun así veo que es usted muy joven, pero su alma es muy antigua. Puedo leer en ella. No sé si se lo comentó el señor Moreto, pero soy vidente.

A Anna le encantó escuchar aquello. Sentía un gran interés por saber qué opinaba de su alma Cora Steiner. La animó a seguir, entre sorprendida y divertida.

—También sé leer las miradas, señorita Cohen.

Ella pestañeó perpleja. Le regaló un fruncido de ceño. ¿Qué demonios estaba intentando decirle?

—¿Y qué ve? —cuestionó escamada.

—Su mirada me habla de una gran lucha que se está llevando a cabo en su interior contra la tentación de un hombre de ojos azules como el cielo y una melena oscura que no le sentaría mejor a un ángel del Señor. Y no la culpo a usted por ver en él lo que toda mujer vería. Leo, además, que el amor ha irrumpido con fuerza en su vida, pero tengo que advertirla de algo. El hombre objeto de sus desvelos no la corresponde. Está enamorado de otra mujer.

Anna no reprimió un gesto de furia. ¿A qué venía aquello? ¿Hablaban de Bruno?

—Yo no estoy enamorada de nadie —soltó—. Creo que sus percepciones la

engañan.

—No se esfuerce en ocultar sus sentimientos y no se enfade conmigo. Yo solo soy la mensajera y quiero evitarle un sufrimiento inútil. Seré franca. Mírese, señorita Cohen. Es usted una mujercita que no ha visto mundo. Un *rara avis* que respira a la sombra de sus libros. ¿Cree que tiene posibilidades con ese hombre?

—Si soy tan insignificante como dice, ¿por qué me cree una rival, señorita Steiner? Se diría que quien está enamorada de ese «misterioso» caballero es usted.

Cora dejó escapar una agria risotada. No esperaba una respuesta así de aquella inocente jovencita.

—No sea ridícula. Todo lo que le he dicho es porque no quiero que sufra, señorita Cohen.

—Sabe usted más que yo de sufrimiento; esforzarse en no parecer una imbécil debe de doler lo suyo.

La vidente la miró anonadada. Vaya con la niña, era una arrabalera.

—Creo que me ha interpretado mal, querida. No ha sido mi intención ofenderla, sino aconsejarla. ¿Me permite que la llame Anna?

—No. No se lo permito. Alguien que se atreve a insultarme sin apenas conocerme no tiene ese derecho. Además, no le he pedido ningún consejo.

—Seamos amigas...

—Yo elijo a mis amigas. Y usted no está en la lista.

—Me da usted mucha lástima.

—Pues usted a mí ninguna, señorita Steiner. Se está poniendo en evidencia. Me enamoraré de quien me salga del alma. Y será mejor que me marche con viento fresco antes de que le suelte una barbaridad.

No aguantaba ni un minuto más. Esa mujer era una bruja. Estaba sacando lo peor de ella, y no quería dar que hablar en casa ajena. Esperaría al cochero Pedro en el porche.

Cora se limitó a sonreír como solo ella sabía hacerlo. Aquella cría de gata había sacado las uñas, pero había logrado descubrir sus verdaderos sentimientos hacia Bruno. Su palpito era cierto. Eso sí, tendría que recapacitar seriamente sobre la actuación que acababa de tener con la señorita Cohen. En algo ella sí tenía razón: se había puesto en evidencia, cosa que juró que jamás haría por ningún hombre.

Al tiempo que Anna abría la puerta para salir, entró la señorita Sofía Mendoza precedida de su inseparable institutriz, que iba cargada con varios paquetitos para el convaleciente. Ambas se miraron con un atisbo de sorpresa. Fue solo un instante, lo que los ojos de la recién llegada tardaron en encontrar a Cora Steiner en el recibidor. Se dirigió a su encuentro con una sonrisa, pasando de largo junto a la joven.

—Vaya, éramos pocos y parió la abuela... —susurró Anna sin detenerse.

Salió y cerró tras de sí, poniendo cuidado en no dar un portazo. Ganas no le faltaban.

Sofía y Cora se saludaron efusivamente, como dos amigas del alma que se han

echado de menos tras un tiempo sin verse.

—La hacía a usted en París, querida —dijo Sofía.

—El tiempo pasa volando.

—He venido para interesarme por la salud de Bruno. Ha sido horrible. Ese mismo día estuvimos juntos en el paseo de Recoletos tomando un refresco. Si lo llego a saber, lo hubiera entretenido toda la tarde para impedir que ocurriera algo tan terrible. ¿Le ha visto usted ya?

—Sí. Se le ve bastante recuperado. Suba usted, están en la galería acristalada de la azotea. Yo voy a empolverarme la nariz y enseguida me reúno con ustedes.

Sofía asintió y subió las escaleras pizpireta.

Al verla aparecer, tanto Bruno como Bonaventura no pudieron reprimir un cruce de miradas.

En la mente del joven se agolpaban las preguntas. ¿Era ella la causante indirecta de la paliza que había recibido? Y de ser así, ¿debería mostrarse frío para alejarla?, ¿tendría que renunciar a su amistad por miedo a que volvieran a escarmentarlo? Pero ¿y si aquella agresión nada había tenido que ver con Víctor ni con el padre de Sofía? Era un mar de dudas. Sin embargo, todas se disiparon cuando miró a los ojos verde agua de la mujer que tenía frente a él. Fuera quien fuese el malnacido que quiso quitarle del medio, aquella chiquilla era inocente de toda culpa. No renunciaría jamás a su amistad ni a su compañía. Eso hubiera sido como apretar más los grilletes que, tanto los hombres de su vida como la sociedad, la obligaban a llevar. Una injusticia.

—Oh, Bruno —dijo ella con voz temblorosa y al borde de las lágrimas—. Me alegro tanto de que se encuentre bien. He rezado fervorosamente por su recuperación. Y veo que los santos me han escuchado.

—Gracias, Sofía. Es usted un ángel.

Frau Rüter le entregó los regalos a una seña de su pupila, incluso a Bruno le pareció que en aquel gesto había menos rudeza de la acostumbrada. Observó una pequeña mueca en sus duros labios. Juraría que aquello pretendía ser una sonrisa.

Y el té, como solía ocurrir en aquella bendita casa, se prolongó hasta acabar convirtiéndose en un bufet improvisado y una buena degustación de vinos franceses que formaban parte de las cestas de cortesía de la visita. También dieron fin con los bombones y los *marron glacé* que había traído la señorita Sofía, todo ello aromatizado con una copita de Pedro Ximénez.

Se retiraron temprano para que Bruno descansara. Él los acompañó hasta la puerta de la calle. Había sido un día agotador y se resentía del cuello, de cargar el cabestrillo. Todo fueron parabienes de despedida: «A mejorarse», «Cuídese usted».

Cuando ya prácticamente todos habían salido al porche, Cora le hizo una seña para decirle algo al oído y él se acercó solícito.

—Necesito hablar con usted a solas. Venga el jueves a las ocho a mi hotel. Pediré que nos suban una cena ligera.

Bruno, bastante sorprendido por esa petición, asintió sin hacer preguntas. Imaginó

que guardaría relación con alguna de esas visiones que decía tener sobre su pasado. Quién sabe, a lo mejor podía ayudarle con el significado de sus extraños sueños.

Al día siguiente, Bruno bajó a desayunar. No esperó a que nadie le subiera la consabida bandeja de enfermo. Sabía que Bonaventura se marcharía a lo largo de la mañana a la dehesa de la Villa para hablar con la madre de Manuel. Si no lo acompañaba, la impaciencia no le dejaría ni respirar.

Tuvo que enfrentarse a la retahíla de reproches de las mujeres de la casa, incluidas las criadas, por su imprudencia, pero se mantuvo firme en su postura. La convalecencia había terminado. Por la tarde le quitarían los puntos de sutura y ya iba siendo hora de volver a la normalidad.

—Bruno, ¿seguro que se encuentra lo suficientemente recuperado como para venir conmigo? Yo preferiría que descansara usted.

Él lanzó un sonoro resoplido.

—Si paso un día más sin salir de estas cuatro paredes, voy a explotar. Estoy perfectamente. Vamos a ir en calesa, prácticamente de puerta a puerta. No voy a forzar el brazo. Además, tengo que recordarle que los médicos han dicho que es solo un rasguño. A las pruebas me remito. Voy con usted y no se hable más.

Ante aquel alegato, a Bonaventura no le quedó otra que asentir. «Amen», dijo llevándose a la boca el último pedazo de pastel de riñones.

El trayecto discurrió sin complicaciones, Pedro condujo el cabriolé como si les hubiese puesto alas a las patas de los caballos y sus cascos no tocaran el suelo. Dio varios rodeos para evitar los caminos más concurridos y aquellos cuyas carreteras estaban en peores condiciones. Llegaron a la taberna a eso de las once y media. Pedro sofrenó los caballos bajo la sombra de una frondosa morera.

Manuel, el mesonero, ya los estaba esperando en el quicio de la puerta y fue a su encuentro.

—Bienvenidos. Mi madre les aguarda dentro. —Se fijó en los moretones que lucía Bruno y en el cabestrillo—. Vaya, ¿qué le ha pasado al señorito?

—Un mal paso al bajar una escalera, Manuel.

El tabernero chascó la lengua con un gesto de dolor. A aquel gachó parecía que le había pasado un morlaco por encima. Esos golpes en la cara le olían a que le habían zurrado de lo lindo.

Al entrar, un confortable olor a brezo, proveniente de la chimenea encendida, los recibió. A ratos se mezclaba con el del guiso de cordero que desprendía una olla de hierro fundido que pendía de las armellas. Una mujer enjuta, de unos setenta años, estaba sentada junto a la lumbre en una sillita baja. Llevaba un pañuelo negro anudado a la cabeza y en su rostro curtido por el sol destacaban sus ojos expresivos y amables. Hacía punto de media a la tenue claridad del fuego.

—Madre, han venido esos señores de los que le hablé —indicó Manuel arrimando un par de sillas. Luego se dirigió a los recién llegados—: Mi madre se llama Engracia Gavilán. Yo tengo que acercarme a la huerta a doblar el espinazo un poco.

Seguramente no estaré de vuelta cuando se marchen, o sea, que me despido de ustedes ahora por si acaso. Mi hija Mariana les servirá lo que los señores precisen tomar. Ya saben dónde tienen su casa.

Intercambiaron un fuerte apretón de manos y Manuel salió de la taberna rumbo a sus quehaceres.

La mujer levantó la vista de la calceta y los miró con curiosidad. Luego dejó la labor en una cesta a sus pies. Bruno y Bonaventura se sentaron frente a ella.

—Muchas gracias por atendernos, señora Engracia —dijo el italiano—. Solo serán unas cuantas preguntas.

—Encantada de poder servirles en algo. Los señores dirán.

Su forma de hablar era educada y solícita, como las personas que están acostumbradas a servir en casa ajena.

—Verá, quisiéramos saber el nombre de la mujer a la que llamaban la Viuda.

Ella titubeó un instante.

—Todo el personal la llamábamos la Viuda o «la señora». La gente de fuera se dirigía a ella por el apellido, pero yo no lo recuerdo porque era muy raro; ya sabe, extranjero. Yo no sabía ni pronunciarlo. No sé de idiomas, aunque sé leer, escribir y también algo de cuentas.

Bonaventura no pudo reprimir un lamento por lo bajo. Intercambió con Bruno una mirada de decepción.

—De todos modos —prosiguió la mujer—, de poco iba a valerles saber su nombre porque la mujer pasó a mejor vida hace lo menos dieciséis o diecisiete años, y si están interesados en comprar la hacienda no podrán tratar de negocios con ella.

—¿Está segura de que esta mujer murió, señora Engracia?

—Hombre, lo que se dice de cuerpo presente yo no la vi. Eso es lo que se dijo por entonces, que acabó con sus huesos en un hospicio para pobres. A mí me lo contó la mujer de un cabrero de la zona. Él mismo preguntó a unos señores cuando vinieron a medir la finca con unos aparatos muy raros. Luego nos enteramos de que el banco iba a vender la propiedad, pero no sé al final en qué quedó la cosa.

Don Hugo se ahorró desmentirle lo del embargo. No quería irse por las ramas.

—¿Y se acuerda usted de cuántas personas trabajaban en Las Hilanderas?

Ella hizo memoria y contó por lo bajo ayudándose con los dedos de las manos.

—Si la memoria no me falla, éramos quince en total, allá por el año cuarenta y nueve, cuando la Viuda llegó. Ya han visto los señores lo grande que es la finca. Pero con los años, y tras marcharse el doctor que vivía en la casa, terminamos siendo cinco criadas, el cochero y el mozo de cuadras.

—¿Ha dicho usted el doctor? —cuestionó Bruno extrañado.

—Sí. Era el médico de la familia, que también era alemán. Tenía su propio cuarto y un gabinete. Recuerdo que a los pocos meses de haberse instalado, llegó un sobrino suyo de unos veinte años desde Alemania, pero al año o así alquilaron un cuarto en un hotelito cerca de la Escuela de Médicos porque el chico tenía que estudiar allí.

Aun así, él siguió viniendo a Las Hilanderas cada dos o tres días.

—¿Y se acuerda usted de su nombre?

—Le llamábamos don Adam. Su apellido también era raro, como el de la Viuda.

—¿Había bodega o sótano en Las Hilanderas?

—No, señor. Tenía una despensa muy hermosa en la cocina, pero bodega no.

—¿Y capilla?

—Tampoco.

—¿Vivían niños en la propiedad?

—Bueno, la Viuda estaba embarazada de siete meses cuando llegó a Las Hilanderas. Tuvo una hija al poco tiempo. Pero la criaturita desapareció con nueve o diez añitos. Fue una terrible tragedia. La buscaron durante semanas. Se hicieron muchas batidas para dar con ella. Incluso la gente del pueblo y los pastores de la zona rastrearon por barrancos, montes y arroyos, pero fue inútil. También buscaron en la alberca de la torre con algunas barcas y perchas, pero no apareció jamás ni viva ni muerta. Unos dijeron que la niña se habría caído por algún despeñadero y otros que algún sátiro la robó.

—¿Recuerda cómo se llamaba la nena?

—Sí, porque tenía un nombre muy bonito y más cristiano que el de su madre. Se llamaba Alba.

Bruno sintió un latigazo en su interior. «Alba», repitió para sí. Y al instante recordó la extraña pesadilla que había tenido cuando sufrió la agresión. «Si te pregunta, di que te llamas Alba y que nunca te marcharás de aquí».

Bonaventura, ajeno a la angustia que estaba experimentando Bruno, prosiguió interrogando a doña Engracia.

—¿Se acuerda usted en qué año ocurrió la desaparición de la pequeña?

—Tal vez fuese el año cincuenta y nueve porque al poco de aquello me quedé embarazada de mi Manuel, que nació en la primavera del año siguiente.

—¿Sabe si desaparecieron más niñas por la zona?

—No, que yo sepa. Lo único que sé es que la hija de la Viuda era un primor de criatura. Era rubia como un querubín y tenía unos hermosos ojos azules. La cría iba y venía a su antojo por toda la propiedad y se escapaba a coger chirlas de los arroyos. A veces desaparecía durante todo el día y solo se la veía a la hora de la cena. Era muy inquieta y habladora. Muy zascandil. Todos la queríamos mucho porque era simpática a más no poder. Si quiere que le diga lo que pensé entonces es que no me extrañó que se la robaran a la Viuda. Dios da mocos a quien no se sabe sonar... Ya me entiende usted. Y la nodriza tampoco se ocupaba de ella como Dios manda. La Viuda solo pensaba en divertirse y andaba con unos y con otros. No ataba en corto ni a la niña ni al ama de cría. No la culpo, ella era extranjera y no estaba acostumbrada a la vida de beata que llevaban las señoronas viudas de Madrid. Era una mujer muy guapa y joven y se veía que era ardorosa, ya me entienden.

—¿Un ama de cría, dice? —preguntó Bonaventura, obviando todo lo demás.

—Sí. La llamábamos la Nani. Llegó a Las Hilanderas con la señora. También era extranjera. Hablaban entre ellas en su idioma. La alemana la trataba como a una igual, nunca como a una criada más. Gastaba buenos trajes, perfumes y joyas tan buenas como los de la Viuda. Cuando nos despidieron a todas, ella se marchó también de la finca y nunca supimos qué fue de ella.

—Imagino que el ama de cría tendría también un recién nacido, ¿no es eso? —preguntó don Hugo.

Engracia sacudió la cabeza.

—Según se decía, la mujer se había puesto de parto durante el viaje desde Alemania. La criatura nació antes de tiempo y no sobrevivió. Pero siguió teniendo leche porque yo misma la vi amamantar muchas veces a la niña Alba. Y esa mujer comía por tres, aunque para nada estaba entrada en carnes.

—Entonces, ¿está usted segura de que no había ningún niño varón en la propiedad?

Dudó un largo instante.

—No... Verán, van a decir ustedes que estoy loca, pero a veces escuchaba lloros de críos. Era como si vinieran de las mismísimas paredes. Era algo muy raro. No vi a ningún niño por allí, quitando a los mozos del establo y a los hijos de los criados, pero yo los oía. Se lo juro como que hay un Dios. Y, mire usted, se me ponían los pelos de punta. Y no era la única, algunas criadas también los escuchaban y lo comentábamos entre nosotras. Pero procurábamos no decir nada porque ya habían despedido a una criada por hablar de ello.

—¿Y qué cree usted que eran esos lloros?

Ella miró al suelo nerviosa.

—Algunas dijeron que la casa estaba encantada. La vieja cocinera, que Dios tenga en su gloria, me contó que desaparecían cosas. A veces comida, otras velas. Una vez vio una sombra escurriéndose por la cocina, pero, cuando se giró para descubrir qué era, había desaparecido por uno de los armarios. Dijo que era un espíritu. —Se santiguó—. Ya le digo que era cosa de brujas. Yo por eso no quiero volver por allí.

El italiano intercambió con Bruno una mirada cómplice.

—Había un montaplatos en la cocina. ¿Nunca lo utilizó usted? —cuestionó el italiano.

Ella hizo un mohín de desconcierto. Le pareció una pregunta muy extraña.

—No. Nosotras lo teníamos prohibido. Solo lo usaba la Nani.

Se retorció las manos inquieta.

—Una última pregunta y ya la dejamos a usted tranquila para que siga tejiendo, señora Engracia —dijo Bruno—. Verá, ¿sabe si en Las Hilanderas había alguien a quien le gustaran las flores azules? No sé cómo se llaman, pero tienen un sutil perfume a vainilla.

—Sé a las que se refiere. Las llaman el alfiler de la viuda o bocado del diablo.

Eran las preferidas de la niña Alba. Recuerdo que en los meses de calor siempre había un hermoso ramo en su mesilla, incluso después de que la pobrecita desapareciera.

—¿Se cultivaban en algún jardín de la propiedad?

—En los jardines no, se criaban silvestres en la isla, ya sabe, la que está en medio del lago y que tiene una torre de vigía. Antes era muy bonita, tenía una fuente hecha de piedras de la sierra y había carpas de colores. Ahora está todo irreconocible y da pena verlo.

Bruno se acordó de repente del cuadernillo de dibujo que había encontrado en el cuarto de juegos. Tenía los bordes quemados, como si hubiese sido rescatado de un incendio.

—¿Sabe si hubo algún incendio en la casa?

—¿Un incendio, dice usted? —cuestionó ella extrañada—. No. Si lo hubo, yo no me enteré.

—Está bien. Creo que ya ha saciado usted nuestra curiosidad, doña Engracia. ¿Vive por aquí alguien más que trabajara en la finca?

—No, por los alrededores ya no queda nadie de los de entonces, solo yo. Algunos han muerto y otros se marcharon hace muchos años a otros lugares para ganarse la vida.

Bonaventura dobló un par de billetes y se los metió en el bolsillo del mandil.

—Muchas gracias por su tiempo, señora Engracia. Ha sido usted muy amable. Nos marchamos ya. Dé usted recuerdos a su hijo Manuel y dígame que cualquier día de estos venimos a tomarnos un vinito con él.

Nada más salir, vieron a Pedro echando un cigarrillo de pie, a la sombra de la higuera. En cuanto se percató de su presencia, tiró la colilla y la pisó para apagarla. Fue hasta la portezuela y la abrió con una reverencia.

—A casa, Pedro —dijo el italiano.

Él se encaramó al pescante y guio los caballos hasta el camino de tierra que bordeaba la taberna.

Bruno se echó la mano al brazo. Le molestaban un poco los puntos, que ya se estaban secando.

—Esa mujer nos está ocultando el nombre de la Viuda deliberadamente. ¿Cómo demonios no va a recordarlo? Me resulta inverosímil.

—Tal vez tenga miedo a meterse en algún lío. El personal del servicio suele ser bastante cauteloso. Tenga en cuenta que están acostumbrados a una discreción muy severa, saben que el silencio es parte del empleo que aceptan. Creo que ella piensa que la señora no ha muerto, aunque diga lo contrario. Hay que dar con ella o con esa Nani como sea. A la fuerza tienen que saber algo de esos chiquillos. Por otra parte, está claro que esos misteriosos lloros de los que nos ha hablado provenían del sótano. No eran fantasmas. De ahí que la difunta cocinera viera esas sombras y notara la desaparición de alimentos y enseres. De alguna manera se las apañaban para subir a

la parte de arriba de la casa y coger cosas que necesitaran.

—¿Qué edad tendrán ahora esos niños?

—Por las fechas que ha ido dando la señora Engracia, calculo que la mía, año abajo año arriba.

En Las Hilanderas vivieron dos muchachos, pero era evidente que alguien había ocultado su existencia al mundo. Tal vez solo estuvieron allí hasta que se produjo el incendio, aunque la señora Engracia no supiera nada al respecto. ¿Fueron ellos mismos los que colocaron en los nichos las valvas de conchas? ¿Los mismos que rezaban ante aquel altar secreto? Bruno estaba seguro de que la lápida de mármol que presidía la capilla era la tumba simbólica de la pequeña Alba. Según doña Engracia, la chiquilla jamás apareció. Este hecho abría nuevas incógnitas a la investigación: ¿murió o, por el contrario, estaba viva, ajena totalmente a la infancia que había tenido en Las Hilanderas y a su verdadera identidad? Lo que sí parecía bastante probable es que los niños la conocieran y que compartieran juegos, aunque estos fueran tan secretos como sus oraciones. A espaldas del mundo.

—¿Y por dónde seguimos ahora? —cuestionó Bruno como hablando para sí.

—Alister Louper llega a Madrid esta noche. Quizá él sepa algo más de toda esta historia. Mandaré una nota con Pedro mañana temprano, a ver si tiene a bien atendernos.

«Mañana, jueves», pensó Bruno. Y, de repente, cayó en la cuenta de que era miércoles. Miércoles. Había olvidado por completo su cita con Dantés. Tendría que urdir un engaño a marchas forzadas. Le iba a resultar difícil escabullirse de todas las atenciones que estaba recibiendo de sus más allegados. Bonaventura iba a ser un escollo complicado de sortear. No le dejaría que saliera de casa solo.

—Bruno —dijo el susodicho—, he pensado que lo mejor es que me acerque esta tarde a Santa Isabel para hacer una visita a Max.

Vaya, había dicho «acercarse» en singular. La ocasión la pintaban calva.

—Pero tiene restringidas las visitas por el momento. Además, Del Romo dijo que intentaría ir él personalmente. A lo mejor ya ha estado allí.

—*Certo*, pero prefiero ir yo también por mi cuenta. Ya sabe usted que Carrubias cree que soy Olmedo. Pretendo sonsacarle todo lo que pueda. Y no se lo tome usted a mal, pero prefiero ir solo. No quiero que Max se ponga a divagar sobre sus apetitos carnales más retorcidos al verle a usted allí. Parece que su presencia hace aflorar en él su parte más oscura y yo necesito a ese otro Max menos mundano, al muchacho que conocí en primero de Medicina. A él apelaré para indagar sobre el paradero de *le ragazze* secuestradas.

Bruno arrugó la nariz en un gesto de fastidio. Por una parte, le venía de maravilla que don Hugo le dejara vía libre para poder escabullirse a su reunión con Dantés, pero por otra le resultaba la mar de interesante aquella visita a Carrubias. Perdersela le sabía fatal, sobre todo porque el procedimiento que iba a seguir Bonaventura tenía posibilidades. Le tentaba demasiado.

—Está bien —claudicó consigo mismo—. No iré con usted, pero tendrá que prometerme que si averigua alguna pista sobre el paradero de las niñas me lo contará antes de emprender cualquier acción. Quiero estar presente cuando las encontremos.

—Tiene usted más fe en Max que yo mismo —dijo riéndose entre dientes—. Si le soy sincero, pienso que estará de hidrato de cloral hasta las cejas. Voy a ir por no cerrar esa posibilidad, pero lo más seguro es que me dé el paseo en balde.

Llegaron a La Luz de Helios con tiempo suficiente para proceder a las curas antes de la hora de comer. Don Hugo alabó el estado de la herida, y una vez superado el proceso de retirada de los puntos de sutura, la cicatriz lucía un tono rosado bastante satisfactorio. Cicatrizaría bien y, pasado el tiempo, la marca sería tan solo un leve trazo en el bíceps, pero no para Bruno. Cada vez que mirara aquella cicatriz sería como estar viendo la maldita rúbrica del Recolector.

Bruno miró la hora en el gran reloj de la Puerta del Sol. *Herr Krauser* se retrasaba más de tres cuartos de hora. La tarde se fue diluyendo en una fusión de cobres y añiles. Los tejados de los comercios se recortaban contra ese fognazo de luz vieja como si se resistieran a ser devorados por ella. Una nueva oleada de muchedumbre bajó de los tranvías y otra nube de vendedores voceó sus mercancías en un intento de hacerse oír por encima del traqueteo de aquel pulso indómito. «Agua, azucarillos y aguardiente». Varios fanales se prendieron en algunos kioscos. El olor de la fritura, del vino, del agua de cebada, el sonido terroso del café tostado... El ir y venir de los clientes del Hotel París. Un mundo se le estaba haciendo a Bruno aquel murmullo enloquecido que era la vida. Le dolían todos los huesos de su cuerpo. Y, al fin, atisbó el elegante landó tirado por cuatro frisonos negros que le llevaría a su destino. Con la impaciencia a flor de piel, esperó a que la portezuela se abriera. *Herr Krauser* ni siquiera bajó del carruaje. Tan solo se asomó.

—Disculpe la tardanza, señor Moreto —dijo con una inclinación de cabeza.

No dio motivo alguno a su retraso, simplemente le indicó que subiera, pero se le veía contrariado. Ni siquiera le preguntó por el cabestrillo, solo le miró con un gesto interrogante al tiempo que procedía a colocarle la banda de tela en los ojos, poniendo cuidado en el corte que lucía en su ceja. A Bruno le extrañó que no le cacheara como en su anterior visita. Pensó que algo turbaba al asistente, tal vez fuese el retraso sobre el horario previsto. Acto seguido, el carruaje avanzó por la rotonda que formaba la plaza para desviarse por la calle Carretas.

En un momento dado, Bruno sintió que el carruaje aceleraba con un rudo tirón. Se sujetó a uno de los asideros con la mano izquierda y sintió cómo le quitaban la faja de los ojos, con el consiguiente sobresalto.

—Nos está siguiendo un carruaje —le informó *herr Krauser*, que llevaba el rostro cubierto con un pañuelo que se había anudado a la nuca como si de un forajido se tratara—. Refúgiense usted bajo el asiento y no se mueva de ahí ocurra lo que ocurra. Intentaremos despistarlos de algún modo.

Ante su sorpresa, varios proyectiles impactaron en la cabina. Los sintió a su alrededor con un ruido silbante y seco. Los ojos de Bruno se escurrieron hasta el revólver que empuñaba el asistente. Fue una visual fugaz, dado que acto seguido lo sacó por la ventanilla y comenzó a disparar. Al agacharse para refugiarse bajo los asientos, vio un rifle apoyado contra el marco de la portezuela. *Herr Krauser* lo agarró con la mano izquierda y, con una habilidad sorprendente, hizo fuego a dos manos, en un tiroteo que a Bruno se le hizo eterno. Jamás en su vida se había visto en semejante situación.

El cochero fustigó a los caballos que, con brío salvaje, apretaron su carrera. El carruaje se subió bruscamente a la acera para esquivar a sus perseguidores, que prácticamente se les habían echado encima para hacerlos volcar. La caja se zarandeó peligrosamente. Los caballos relincharon, encabritándose. Al cabo de pocos minutos, el landó volvió a bajar de golpe el bordillo de la carretera, dando tumbos sobre los adoquines y esquivando toneles y cajas de madera de una bodega. Se oían gritos de los viandantes, trajín de carreras e insultos. Fueron perseguidos por varios perros en una carrera alocada. Gruñían como fieras salvajes tras las ruedas.

Cuando enfilaron una recta, Bruno ya ni sentía los dedos de la mano sana de tan fuerte que se había agarrado al asidero del lateral de la caja. A pesar de poner todo el cuidado con el cabestrillo, había recibido varios golpes y el brazo le molestaba con un intenso hormigueo. No pudo reprimir levantar la cabeza para echar un vistazo.

El látigo volvió a restallar con largos relinchos como respuesta. Un quiebro brusco del coche hizo que viraran a la izquierda sobre un camino de losetas que a Bruno le fueron familiares. Era una de las rampas de bajada del puente de Toledo.

A pocos metros, varios desarrapados cubiertos con capotes raídos se calentaban en una fogata. Un par de gatos maullaban y algunos perros famélicos ladraban a la luna cerca de los hombres. Tal vez en una comunión atávica y milenaria, dándose mutua compañía. Miraron sin disimulos hacia el carruaje, pero al poco tiempo volvieron a su conversación como si el landó formase parte de aquel decorado desolador.

Los caballos desprendían vaho a través de la piel reluciente de sudor. El fuerte olor animal se mezclaba con los de la humanidad. Olores orgánicos fundidos con la savia del río y las piedras del puente por igual. La noche era fría y había comenzado a llover. La superficie del Manzanares parecía crepitar bajo la cortina de agua.

Herr Krauser entró en el carruaje. Se deslizó el tapabocas lo justo para que sus labios quedaran al descubierto. Se había quitado las lentes ahumadas y el intenso verde de sus ojos destelló con un brillo de níquel.

—¿Le apetece un trago? —le preguntó.

Bruno asintió. Le temblaba todo el cuerpo. Sentía latir la herida bajo los vendajes como si hubiese cobrado vida propia.

El asistente giró una pestaña que se apreciaba en el centro de los asientos que estaban frente a Bruno. Al hacerlo, se abrió una portezuela que se detuvo en un ángulo de noventa grados. Dentro del pequeño compartimento había una botella de *whiskey* y unos cuantos vasos de servir licor. Sacó dos, los llenó y le ofreció uno. Brindó al aire y se lo bebió de golpe. Bruno le imitó. Ambos lo estaban necesitando.

Permanecieron allí más de un cuarto de hora en un silencio que casi se podía masticar, tan solo roto por el correr del agua. *Herr* Krauser volvió a salir del coche y avanzó sigilosamente por la rampa con la escopeta pegada al muslo. Tras varios interminables minutos regresó y saltó al estribo de la puerta.

—¡Nos vamos! —exclamó.

Bruno no hizo preguntas y el asistente no se movió de allí en todo el trayecto.

A lo lejos se escuchaban las sirenas de los carros de la policía, pero pronto fueron un murmullo ahogado en el bullir de las calles que atravesaban. De vez en cuando el asistente se asomaba al interior de la cabina a comprobar si su pasajero estaba bien. Después de dejar atrás la última de las calles conocidas para Bruno y de circular bajo una oscuridad casi total que parecía interminable, el asistente se asomó de nuevo.

—Nos hemos visto forzados a desviarnos bastante de la ruta, señor Moreto. Aun así, todavía no estamos a salvo. Permanezca en su asiento y no se asome por la ventanilla. No quisiera que le hiriera una bala perdida.

Al poco, el carruaje dejó a su derecha el Palacio de la Industria y de las Artes y enfiló hacia el Hipódromo, lugar de ocio favorito de la alta sociedad madrileña. Bruno cabeceó con la mirada perdida a través del cristal. Allí se daba cita lo más selecto de la burguesía. Le constaba que se había convertido en un escaparate para señoritas de postín casaderas y poco menos que un gran despacho al aire libre, donde se cerraban negocios, se olisqueaba la gráfica de la Bolsa y hasta se conspiraba si se terciaba. La familia real tenía palco propio y, según escuchó decir a las hermanas Espada, el duque de Alba organizaba divertidas *gymkhanas* y solía jugar al polo.

El landó tomó la vía paralela al hipódromo hasta llegar a la ronda del Ensanche, para después salir al camino del Arenal. De ahí partía una carretera de circunvalación que atravesaba varias fincas, hotelitos y sembrados.

Tras un recorrido bastante accidentado por lo abrupto de los caminos que tuvieron que atravesar, oscuros como la garganta de un lobo, llegaron al fin a la guarida de Dantés. Era noche cerrada. Los fanales del carruaje dejaron al descubierto el precario sendero hacia el hangar. En cuanto *herr* Krauser se apeó, dio órdenes a los guardeses de redoblar la vigilancia y extremar las medidas de seguridad.

Tras descender por el montacargas y salvar las esclusas de acero de los túneles, el asistente le indicó que esperara en el pasillo, frente a la puerta de acceso a la biblioteca.

—Debo poner al corriente al señor Dantés del incidente. Vuelvo en un momento. Desapareció tras las dobles puertas de vidriera.

Bruno miró la profundidad del largo pasillo. Las cabezas de jabalí y de venado parecían escrutarle desde las paredes con una mirada implorante en sus ojos de cristal. Aguardó allí más de un cuarto de hora hasta que apareció de nuevo el asistente y le indicó que ya podía pasar.

Su anfitrión le esperaba sentado en su sillón habitual y elegantemente vestido como solía. Al reparar en el cabestrillo y las contusiones del rostro, el señor Dantés se levantó con aprensión.

—*Herr* Krauser no me dijo que le habían herido durante la escaramuza, mi joven amigo.

—No se apure. Ya tenía el brazo así.

Dantés volvió a sentarse visiblemente más tranquilo.

—Algún accidente, entonces.

—Más bien una agresión. Me asaltaron el otro día mientras estaba en el cementerio visitando la tumba de mis padres. Un grupo de maleantes me cercó al salir del panteón y me dio una paliza sin mediar ofensa alguna por mi parte.

Dantés entornó los ojos.

—¿Le dieron algún motivo?

—No. Solo me insultaron mientras me pateaban como si fuese un animal.

—Pero eso me suena a escarmiento... ¿No le parece a usted mucha coincidencia que reciba una paliza y hoy alguien la emprenda a tiros con el carruaje en el que viajaba usted?

Bruno sintió un vuelco en el corazón. Hasta ese momento no había asociado los dos incidentes. Sin embargo, si lo pensaba fríamente, no veía capaz a Víctor ni al padre de Sofía de semejante bellaquería. Cierto que el incidente del cementerio nada tenía de lindeza, pero si obviaba la caída que había sufrido, por puro accidente, y sus nefastas consecuencias, aquella paliza no había pasado de ser un revolcón que se les había ido de madre. Lo que acababa de ocurrir era distinto, se pasaba de castaño oscuro. Aquellos tipejos habían tirado a matar sin importarles que estuvieran en el casco urbano, a la vista de todos, con policía de por medio.

—¿Cree usted que es cosa de la Trinidad? —preguntó lleno de ansiedad.

Su anfitrión tardó unos segundos eternos en contestar. Bruno casi se dijo a sí mismo que quien callaba otorgaba.

—Señor Moreto, no ha sido mi intención turbarle con mis sospechas. Usted ha hecho un gran esfuerzo físico al venir hoy aquí y yo le pago sembrando la inquietud en su ánimo. Lo lamento mucho. Tal vez me haya excedido al pensarlo. Siga usted contándome el suceso de la agresión que sufrió. Quiero saber los detalles.

—Bueno, por suerte alguien salió en mi auxilio y los ahuyentó. Y no solo eso, también me curó la herida y me la suturó.

—Fue sin duda cosa de la providencia. Pero dice que le suturó, ¿acaso era médico ese buen samaritano?

Bruno respiró hondo. Dudó de si debería contarle lo que había descubierto.

—Verá, no recuerdo nada del incidente. Mi salvador permanece en el anonimato. Después de curarme, me dejó a la puerta de una iglesia y de allí me llevaron al Hospital General. Pero...

Volvió a dudar.

—Señor Moreto, ¿acaso me ha perdido usted la confianza?

—No es eso. Es que estoy completamente seguro de quién me suturó la herida. Fue el asesino de las niñas. Me dejó su firma en el brazo. Tengo los mismos puntos de sutura que sus víctimas. Lo sé bien.

Las manos de Dantés se aferraron a los brazos del sofá Chester como si su alma quisiera salirse de su cuerpo. Bruno notó el severo cambio que se originó en su semblante.

—Pero eso es... perverso. Ahora entiendo sus reticencias a hacerme partícipe de una evidencia así. Es escalofriante. Estuvo usted a su merced y aun así decidió salvarle la vida. Los interrogantes son abrumadores... —dijo fascinado—. Es evidente que le siguió los pasos. Sabía que usted estaría allí, en el cementerio. Y no solo eso, también acudió armado. No es corriente que los caballeros vayan armados en la urbe. En Estados Unidos es cosa habitual, pero aquí no.

—No, pero sí hay individuos que suelen ir armados. Hay una larga lista: policías, guardiaciviles, escoltas, guardas... y toda una nutrida prole de maleantes...

—Tal vez no fue él mismo quien salió en su ayuda. ¿Ha pensado que pudo haber sido uno de sus secuaces el que luego le llevó ante él? ¿No recuerda dónde le curó?

—Tengo recuerdos fugaces. Lo veo todo envuelto en una niebla espesa. Una luz muy potente, como un destello dorado, que me ciega. Veo túneles, barro, susurros acuáticos... Es inútil. Son solo percepciones sin nada concreto. Pero sé que estuve en el mismo calabozo que las niñas a las que mantiene retenidas. Las vi. Estaban dentro de unas jaulas, colgadas a poco más de un metro del suelo. Estoy seguro. Y es eso lo que no me deja vivir. Las tuve al alcance de mi mano. ¡Pude salvarlas!

—Oh, mi joven amigo, no sea cruel consigo mismo. Usted seguramente estaría bajo los efectos de algún anestésico. Drogado hasta las uñas y apaleado. ¿Cómo demonios iba a poder salvarlas? No sea ingenuo. Lo que debe usted hacer es concentrarse en esas múltiples incógnitas que se han abierto ante usted. ¿Por qué cree que le salvó la vida nuestro asesino?

Bruno reflexionó unos minutos.

—No lo sé. Tal vez se compadeciera de mí.

—Luego, le cree capaz de un sentimiento tan noble como la compasión...

—Una compasión aleatoria y caprichosa. Creo que es capaz de sentir piedad y ciertos remordimientos, aunque no son más fuertes que su ánimo de matar a esas niñas.

—El impulso criminal conlleva incompreensión por parte de los investigadores, pero para el infanticida tiene una lógica brutal. No lo olvide. Es imposible comprender los motivos por los cuales alguien decide matar.

Bruno miró en derredor atraído por el creciente movimiento de enseres. Varios operarios se dispusieron a desmantelar la biblioteca, sin apenas levantar alboroto. Tuvo constancia de la gran cantidad de personas que estaban al servicio del señor Dantés. Era un nutrido plantel de sirvientes a las órdenes de su asistente, *herr Krauser*, que, como un incansable soldado, ultimaba los preparativos para la huida de aquella guarida.

Dantés, con el rostro ensombrecido por la inminente marcha, se dirigió a Bruno con voz trémula. Había en su tono un aire casi triste que presagiaba dolor.

—Esto es una despedida, señor Moreto. Me temo que es cuestión de tiempo que la Trinidad llegue a este refugio. Ya le dije que ellos jamás se darían por vencidos. No se detendrán hasta que hayan logrado asesinarme como al resto del Círculo del Alba.

—¿Dónde irá ahora? —cuestionó con una mueca de hastío.

Dantés sonrió débilmente y negó con la cabeza. Bruno entendió que aquella pregunta no recibiría respuesta.

—Lejos, muy lejos. Pondré fronteras de por medio. Estaré a salvo de ellos, al menos por un tiempo. De cualquier modo, esta nefasta situación no impedirá que degustemos un excelente borgoña —dijo indicando al mayordomo que les sirviera una copa—. Olvidemos el jaleo reinante y cuénteme dónde le han llevado esta vez sus pesquisas, mi joven amigo. ¿Pudo averiguar algo sobre el infanticida?

Bruno tomó la estupenda copa de cristal de Bohemia entre sus manos y saboreó un trago antes de contestar a Dantés. Hizo rodar el vino por su boca con lentitud. Era una cosecha magnífica, digna de la mejor despedida. Esta vez no se cuestionó responder a su pregunta. Después de su visita, ya no volvería a ver a su anfitrión.

—Así es —le respondió al fin—. Las indicaciones de Carrubias nos llevaron hasta la mismísima guarida del Recolector de Ángeles.

Dantés esgrimió una mueca de satisfacción. Al fin el joven se sacudía sus reticencias y confiaba en él. Cómo lamentaba su abrupta partida y verse obligado a romper una amistad que apenas había comenzado a despuntar.

—El Recolector de Ángeles... —repitió—. Me parece acertadísimo ese alias.

Bruno le detalló la conexión entre el caso acaecido hacía veinticinco años y el actual. Su éxodo a través del sótano secreto de Las Hilanderas. El supuesto incendio. Las habitaciones de los dos niños, los enseres, juguetes y dibujos que hallaron. Las muestras indelebles de que allí hubo una convivencia a espaldas del mundo. El sorprendente estado de limpieza del cuarto femenino, las muñecas, el armario lleno de trajes ajados. Y al fin, la capilla; más secreta aún que el propio sótano. Las tétricas hileras de huesas rodeadas de conchas y equinoideos, la lápida central. Las flores azules frescas. El trajecito ceremonial blanco y la diadema.

Para terminar, le dio su opinión más sincera.

—Pienso que el Recolector es uno de esos dos niños que vivieron allí. Los pocos objetos que don Hugo y yo encontramos en las habitaciones no nos han permitido completar sus mapas de vida, pero sí algunos trazos distintivos. Ambos compartían rasgos afines en su personalidad, pero en los dibujos pude ver las marcadas diferencias entre ellos. Uno era el dominante: rasgos narcisistas, fuerte carácter, inteligente, ordenado y más cultivado. El otro, sin embargo, era desorganizado, menos dado al estudio. Sus rasgos más marcados eran la astucia y la valentía.

—Es una pena que no me haya traído usted esos dibujos. Tal vez podría haber contribuido a ese mapa de vida. —Al decir esto hizo un inciso—. Curioso término, señor Moreto. ¿Y qué rasgos afines de su personalidad cree usted que compartían?

—Les encantaban los dragones y los caballeros de brillante armadura. Creo que esos desmañados bocetos dejan ver la nobleza de corazón que los dos poseían por entonces y el marcado concepto de justicia que tenían. Hablamos de chiquillos de diez u once años. Ambos han podido cambiar mucho desde entonces, pero creo que

nuestro asesino es el dominante, el narcisista; el que jamás toleraría que un hecho fortuito desbaratara el orden milimétrico que regía su mundo infantil. Su ordenada rutina.

—Habla usted de un hecho fortuito. ¿Acaso sabe ya qué desencadenó su furia asesina?

—Todavía hay muchos cabos sueltos, pero creo que sí. En Las Hilanderas vivía una niña llamada Alba. Desapareció con diez años, pero por ahora no he logrado descubrir las circunstancias en las que se produjo su desaparición. De hecho, no puedo afirmar si está muerta o viva. Aun así, es evidente que con su pérdida se produjo una conmoción en Las Hilanderas. Por ende, debo creer que ocasionó una ruptura entre esos tres niños. Se separaron. Su mundo se resquebrajó.

—Es muy interesante su visión. —Le sirvió más vino—. Si realmente estaban muy unidos, puede que ocurriera así.

—De cualquier modo, sé cómo dar caza a ese malnacido.

Dantés le animó a que prosiguiera, con un gesto de interés.

Le puso en antecedentes sobre el robo de los cuerpos de las víctimas por parte del asesino.

—Carrubias habló de «devolver» una ofrenda —prosiguió—. Dio a entender que Olmedo se había quedado con uno de los cadáveres del caso ocurrido en el año setenta y ocho, y que lo había puesto a buen recaudo para que el asesino no pudiera recuperarlo.

—Una sutileza brillante por parte de Olmedo. No hubiese esperado menos de él.

—Pues he averiguado dónde ha estado escondida esa ofrenda todos estos años.

Las facciones de Dantés se fueron transformando en una mueca de gravedad. No le preguntó. Guardó silencio. Si el muchacho quería hacerle partícipe de ese hallazgo, quería que lo hiciera por propia voluntad. No deseaba forzar una respuesta.

—Está en la tumba de mi madre —afirmó Bruno—. En la Sacramental de San Martín. Olmedo la dejó allí. Ahora sé que lo hizo en un intento de incomodar al Recolector.

—¿De incomodar? Yo diría que esa palabra es demasiado vaga. Lo hizo para vengarse de él. Para que se retorciera de rabia y de dolor. —Se sirvió más vino él mismo—. Imagino que habrán aireado a los cuatro vientos esta información para que llegue a los oídos indicados, pero ¿cree usted que intentará recuperar el cadáver a sabiendas de que la policía le tenderá una trampa?

—Sí. Se arriesgará. Su ángel está desprotegido, expuesto a los ojos de todos... El traje ceremonial estaba en la huesa de la cripta de Las Hilanderas esperando a su dueña. El ayudante la mostró al mundo desnuda, sin ropa, en un intento de llamar la atención de la policía y, al hacerlo, rompió el rito. Nuestro asesino siente la necesidad de recuperar su exvoto porque tiene que engalanarlo para que el rito sea reparado.

Dantés contuvo una mueca de admiración hacia aquel joven. Su razonamiento era brillante.

—Señor Moreto, yo hace ya tiempo que sé quién es el asesino. Y creo que usted también lo sabe. Lo ha sabido siempre. Puede dar mil vueltas a las pruebas, estudiar una y mil veces los pasos y las pesquisas que le han llevado hasta el Recolector, mas siempre señalarán a un solo individuo.

Bruno cerró los ojos en un gesto contenido.

—Máximo Carrubias —respondió sin demasiado énfasis.

—No le veo a usted muy convencido de mi sentencia. ¿Significa eso que ha descartado definitivamente a Max como sospechoso?

—Ni mucho menos. Tal y como dice, todas las pruebas le señalan. Incluso puede que el misterio del motivo por el que todavía está vivo sea que él es el propio asesino. Pero...

—... pero a usted hay cosas que no le cuadran. No son detalles sueltos, es más una sensación, ¿no es así? Es una «intuición».

—Sí. Aunque también se trata de algo más tangible. El pasado de Carrubias nada tiene que ver con el del Recolector. Max era hijo de uno de los conserjes del Colegio de Médicos de San Carlos. Jamás vivió oculto, de espaldas al mundo. No existe ninguna conexión entre él y Las Hilanderas.

Dantés esgrimió una sonrisa sibilina.

—No sería el primero que renace de sus cenizas y se inventa toda una vida al margen de sus verdaderas raíces.

—Si él es el asesino, ¿quién es entonces el ayudante, señor Dantés? —cuestionó Bruno con una sonrisa igual de velada—. Hay dos firmas en los infanticidios.

—Es el otro niño que vivió con él en el sótano. Al contrario que usted, yo no tengo comprometida mi objetividad. Sabe tan bien como yo que Max tiene entrada de platea para ostentar el título de Recolector.

Herr Krauser se acercó a su patrón discretamente. Le comunicó algo al oído y después se retiró con la misma reserva.

—Me temo que ha llegado la hora de decirnos adiós, señor Moreto. Lamento que no podamos profundizar más en nuestras pesquisas. —Se levantó dificultosamente del sofá y le tendió la mano. Echaría de menos al muchacho; sus opiniones, la perspectiva tan interesante que ofrecía y su siempre fascinante conversación. Bruno se la estrechó lamentando la precipitada marcha—. Usted, mi joven amigo, ha tenido la inmensa grandeza de compartir la investigación de este caso conmigo y hacerme partícipe de su propia búsqueda. Para mí ha sido un verdadero honor. Le auguro un espléndido futuro como asesor. Es digno sucesor de Olmedo.

—El honor es mío, señor Dantés. Siento mucho que tengamos que despedirnos así. Le deseo lo mejor allá a donde vaya. Y espero que logre usted desenmascarar a la Trinidad.

La enfermera trajo la silla de ruedas y su anfitrión se sentó en ella.

—Una última cosa, señor Moreto. Usted cree saberlo todo sobre la infancia del Recolector, pero solo ha escarbado en la superficie de su piel en busca de atajos que

le lleven hasta lo más profundo de su psique. Él ha vivido en la oscuridad mucho tiempo y allí se siente seguro. Búsquelo en sus dominios. Vuelva a los orígenes del monstruo y solo entonces dará con él.

No dio lugar a réplica alguna. A un gesto suyo, su enfermera empujó la silla de ruedas y ambos salieron por una de las puertas laterales. Bruno se quedó varado en mitad de la biblioteca con ese último alegato dándole vueltas en la cabeza. *Herr Krauser* esperó en silencio, con un gesto de solícita diligencia, a que el joven se decidiera por fin a salir de allí. Tras unos instantes de reflexión, él le indicó que ya podían marcharse, y abandonaron el refugio subterráneo.

El asistente no habló en todo el trayecto. Bruno respetó su silencio. Conocía su estricta disciplina de carácter a pesar de las escasas veces que se habían visto. Estaba bien aleccionado. Cuando al fin el carruaje se detuvo en la confluencia de la glorieta de la Alegría, indicó al cochero que sofrenara los caballos con un golpe de bastón en el techo del carruaje y ambos salieron.

—Adiós, señor Moreto. Ha sido un placer conocerlo. —Hizo una inclinación de cortesía.

—Hasta siempre, *herr Krauser*. El placer ha sido mío.

Aquella despedida le pareció fría, demasiado distante. Se quitó el guante y extendió la mano hacia él. El asistente dudó unos segundos, pero también se quitó el suyo y le dio un apretón de manos al tiempo que sus labios se curvaron en una sonrisa.

Tras ese breve pero intenso contacto, se dio media vuelta y entró en el carruaje, que no tardó en perderse entre la bruma que despedían los adoquines de la carretera.

Cuando Bruno llegó a La Luz de Helios, se apresuró a sacar sus llaves para no tener que llamar a la campanilla y poder escabullirse hasta su habitación. Así sería más difícil que alguien supiera con exactitud cuándo había llegado. Era bastante tarde. Pero antes de que la punta de la llave tocara siquiera el bombín de la cerradura, una voz lo saludó con mucho retintín. A él le pareció el trueno de la espada de Damocles cayendo sobre su pescuezo.

—¡Hombre, si es nuestro intrépido convaleciente volviendo a hurtadillas de una de sus citas secretísimas!

Giró la cabeza hacia la procedencia de aquella voz; no estaba sola, varios carraspeos la acompañaban. Don Hugo y Del Romo le estaban esperando en el porche de la entrada, sentados en los sillones de enea, tomando una copa de *armagnac* y fumando un espléndido habano al calorcillo de una estufa de hierro fundido.

—¿Qué tal su amiga, la misteriosa *istitutrice*? Digo yo que algún día nos presentará usted a la *bella donna*, ¿no? Nos tiene sumidos en la total ignorancia.

Bruno resopló con cara de circunstancias.

—La casa se me caía encima... —dijo sin acertar a hilar alguna excusa más aceptable que esa—. Necesitaba airearme y he dado un largo paseo.

—Y tan largo. Si te descuidas, te haces el Camino de Santiago, muchacho. Nos han chivado que llevas toda la tarde fuera.

—*Certo*, bien parece que nuestro donjuán no da abasto con tantas amigas a las que atender. Pero será mejor que no metamos las narices en sus asuntos de faldas, Antonio. El chico está en edad de merecer.

Ambos se rieron mientras Bruno, con gesto de no querer dar más explicaciones que las justas, se sentaba junto a ellos.

—Me alegro de que estés mejor —dijo el inspector tornando la conversación hacia un cariz más serio. Su voz evidenciaba el cansancio que arrastraba después de un día de intenso trabajo—. Estaba preocupado por ti porque hubo disturbios cerca de Sol. Nos informaron del Gobierno Civil sobre un tiroteo en toda regla en el que han estado implicados dos carruajes. Ha habido dos muertos. Dos tipejos de la peor calaña, que ya tenían antecedentes por hurto a mano armada y estafa. Mañana podréis leerlo en los periódicos. No se descarta que haya sido un intento frustrado de robo a una casa de empeños de la calle Mayor. Pero nos decantamos por un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Ya veis cómo está el patio. —Dio un trago al *armagnac* mientras Bruno intentaba aplacar su nerviosismo al escuchar la narración en la que él había sido parte implicada. Lamentó una vez más verse obligado a guardar silencio—. Y

bueno, ahora que ya veo que estás entero, aprovecho la visita para informaros de que esta noche se procederá a la primera guardia en el panteón del Santísimo Cristo. Tenderemos la trampa al Recolector. El juez tiene poca fe en este asunto, por no decir ninguna, y solo podremos mantener una vigilancia de cuatro agentes, en turno de ocho horas, durante tres días con sus noches. Es todo lo que he podido conseguir. Si en ese tiempo el asesino no aparece, todo se irá al carajo.

—¿Qué quiere decir con que todo se irá al carajo? —cuestionó Bruno frunciendo las cejas—. ¿Es que van a cerrar el caso?

—Me temo que así es. Han encontrado documentación inculpatoria referente a la clínica del suegro del doctor Loreto. Entradas y salidas de niños, tanto recién nacidos como de nenas de dos años. Están firmadas por él. La firma del suegro, el doctor Alcántara, no aparece en ninguno de los documentos y no sé si al final podrá librarse, aunque tendrá que justificar qué hacían en el sótano de su casa de Aranjuez esos papeles. Tiene un buen abogado y puede que se libere de la quema. Pero tanto el Cafeto como el Mosén serán acusados de raptó y asesinato. Recuerda que encontraron pruebas inculpativas en la finca del Cafeto. Drogas para dormir a las crías, varias muñecas de porcelana iguales a la que cogisteis en Las Hilanderas. Y el vestido y la diadema son exactos a los que encontrasteis en la cripta. Esos dos tipejos son carne de patíbulo. El juez ve innecesarias más pesquisas. De hecho, el que no hayan aparecido más víctimas desde que ellos están a buen recaudo en el Saladero y que el cadáver del Retiro no haya sido robado de la fosa común confirman sus palabras. Su señoría solo ha accedido a mi petición por mi insistencia y gracias a mi historial de casos resueltos. Si no sacamos nada en claro de la vigilancia en el cementerio, le dará carpetazo. No se pueden destinar más recursos ni hombres a este caso.

Bruno no pudo evitar mostrar su malestar.

—¿Sería demasiado pedir estar presente en alguna de esas guardias, inspector? —preguntó cruzando los dedos por debajo de la mesa—. Por descontado que prometo no exponerme ni hacer ninguna locura.

Él lo meditó largo y tendido. Escanció más líquido ámbar en su copa, tomó un sorbo y paladeó. Don Hugo intercedió.

—No te hagas de rogar, Antonio. El chico y yo nos portaremos bien.

—Mañana por la noche estaré escaso de efectivos. Si el tipejo no da la cara antes, dejaré que ambos acudáis como meros observadores. No podréis intervenir en la captura y menos aún llevar encima armas de fuego. Me buscáis la ruina si algo sale mal.

Ambos dieron su aprobación.

—¿Y cómo fue la visita a Santa Isabel? —se interesó Bruno dirigiéndose a los dos.

Bonaventura torció el gesto.

—El celador que hacía guardia en la puerta de la enfermería me dejó entrar solo

unos minutos. Apenas pude hablar con él. Estaba medio adormilado por las drogas y dudo mucho de que se enterara de algo, pero aun así le conté dónde estaba escondida la ofrenda.

«Una absoluta pérdida de tiempo», pensó Bruno con decepción. Qué pena que el italiano no hubiese podido llevar a la práctica las teorías que tenía pensadas.

—Pues me temo que mi visita no distó mucho de la tuya, Hugo —dijo el inspector—. Me acompañó el doctor Cifuentes, pero Carrubias estaba dormido cuando llegué. El médico me advirtió que le habían sometido a una cura de sueño con una nueva droga que estaba causando furor entre los alienistas. —Sacó su libretilla y buscó apresuradamente en ella—. Se trata de heroína, de la marca Bayer. Al parecer es un remedio inocuo que está dando buenos resultados.

Bonaventura hizo patente su escepticismo. A su parecer, lo que necesitaba su amigo Max era una buena cura analítica para llegar a la raíz de su problema. Unas sesiones donde pudiera hablar sobre su infancia, sobre las relaciones con su madre y con su padre. Y, sobre todo, salir de Santa Isabel. Seguro que si pasaba una larga temporada en la campiña, con supervisión, esas monomanías que le aquejaban desaparecerían, o al menos le darían una tregua a su salud.

—Y, cambiando de tema —dijo Del Romo—, ¿se sabe algo de Alister Louper?

—Llega esta noche —respondió el italiano—. Mañana por la mañana mandaré una nota con Pedro para pedirle que nos reciba.

—Bien. Prefiero que vayáis vosotros en calidad de amigos que mandar al agente Artiaga a interrogarlo. Yo entro de guardia en el cementerio a las doce de la noche. Haré los turnos de las tres noches. Me esperan unos días complicados, o sea que ya me avisáis si descubris algo nuevo sobre el tema de Las Hilanderas.

La puerta de entrada a la casa se abrió y Laura se inclinó con una pequeña reverencia.

—Disculpen, caballeros. Mercedes pregunta si los señores cenarán en el porche o se unen a las señoras en el comedor.

—Ahora mismo vamos, Laurita —dijo Bonaventura apurando su copa—. Dígale a Mercedes que añada un cubierto más a la mesa, el inspector se queda a cenar.

Del Romo le miró reprobador. Mostraba un entusiasmo más bien tibio.

—Me esperan en el cementerio a las doce, Hugo.

—*Nessune scuse*. Mercedes ha preparado ese excelente consomé al jerez que tanto te gusta y también soldaditos de Pavía. Déjate querer, un poco de comida casera no va a matarte, Antonio.

—Te advierto que no hace falta mucho para que la espiche —respondió con amarga sorna—. Como no cerremos pronto este caso, voy a estirar la pata de un infarto.

—No seas exagerado, *caro amico*, que más se perdió en la guerra de Cuba y vinieron cantando. *Andiamo, andiamo...*

A la mañana siguiente, Bonaventura mandó una nota a Louper pidiendo ser recibido. Se la hizo llegar a través de Pedro. A la media hora, el cochero ya estaba de vuelta con una respuesta.

El italiano leyó la contestación.

—Alister nos invita a almorzar en su casa, Bruno. No acepta excusas. Dice que se trata de una comida informal en su jardín de invierno. Nos espera a la una.

Dio instrucciones al cochero para que llevara una nota aceptando la invitación y este se marchó con una reverencia.

—Qué amable por su parte —dijo Bruno—. Espero que pueda ayudarnos a dar con la identidad de la Viuda o pueda sorprendernos con datos nuevos sobre Las Hilanderas.

A la hora indicada, ambos se arreglaron para una comida informal. Bruno optó por un traje gris acero, de levita estrecha y un pañuelo *ascot*. El italiano se decantó por un traje de raya diplomática en tonos marrón y un corbatín de lazo negro.

El hotelito en cuestión estaba ubicado en pleno paseo de la Castellana. Era como contemplar un enorme caserón de la campiña inglesa. La piedra de la fachada era de un tono ocre dorado y el tejado y algunos detalles arquitectónicos eran de piedra gris. Sobre las ventanas de cuarterones blancos lucían vistosas cornisas.

Un camino de loseta plomiza, flanqueado a ambos lados por tejos picudos, daba paso a un doble tramo de escaleras, que llevaban hasta la entrada principal, donde una robusta puerta de nogal les dio la bienvenida.

Un lacayo los condujo hasta la biblioteca. Sobre la inmensa chimenea, un retrato al óleo de la reina Victoria, junto al flamante Eduardo VII, la presidían. Tres de las paredes estaban revestidas de estanterías repletas de libros.

—Hermosa propiedad —dijo Bruno alabando la elegancia del conjunto.

—No tanto como La Luz de Helios, pero, gracias, es usted muy gentil —respondió Louper levantándose de un diván tapizado en piel de carnero y dejando el libro que estaba leyendo sobre la mesita de café—. Siento mucho el percance que ha sufrido, señor Moreto. La señorita Steiner me puso al corriente anoche, al poco de llegar a Madrid. ¿Qué tal se encuentra?

—Estoy mejor, muchas gracias.

—Me alegro de oír eso.

Se acercó al italiano y dio unas palmaditas amistosas a modo de saludo.

—¿Qué tal por Gran Bretaña? —preguntó Bonaventura.

—No creo que quieras que te aburra contándote la política laboral del Gobierno. Me traigo un cuadro bastante gris de la situación obrera. Siempre que visito las fábricas de mi padre, salgo con los pies fríos y la cabeza caliente. La reducción forzosa de la plantilla siempre me da quebraderos de cabeza. Huelgas, huelgas y más huelgas. Si intento modernizar la planta con maquinaria nueva, malo. Y si no lo hago, malo también porque la producción se va al garete. Menos mal que he dejado a mi asistente Sergey a cargo de algunos asuntos y yo he podido regresar. Pero dejemos

estos temas a un lado y vayamos a lo que importa.

Los guio a través de la biblioteca hasta un pasillo de acceso a una de las salas de trofeos de caza, pesca y equitación. Todas las paredes estaban revestidas de madera y en ellas se podía contemplar una soberbia colección de cabezas disecadas de animales. Tras dejarla atrás, entraron en una salita de estar que daba a las puertas de salida al jardín trasero de la casa. Recorrieron los escasos metros que los separaban de una construcción en hierro y cristal, de marcado aire georgiano. Un lacayo esperaba su llegada y abrió la puerta con una reverencia.

Elegantes orquídeas decoraban toda una repisa que rodeaba el lado oeste del pabellón. Eran de una hermosura sin par. Bruno se detuvo en una exposición de árboles minúsculos y retorcidos que parecía custodiar los ventanales franceses de un frontal de cristales emplomados. Algunos estaban constreñidos por alambres. Se maravilló de la rara belleza que emanaban sus retorcidos troncos. Tan deformes y a la vez tan originales.

Su anfitrión sonrió al ver que el muchacho apreciaba sus adorados bonsáis. Había adquirido esa afición en su último viaje a Japón y disfrutaba enormemente con el asombro que provocaba en muchos.

Tras unos biombos orientales estaba dispuesto el almuerzo. Una lujosa mesa de palisandro a juego con cuatro butacones revestidos de terciopelo de seda color cereza.

A Bruno solo le quedó silbar de admiración. «Manteles de Holanda, soberbia porcelana de Sevres, cristalería de Bohemia y cubertería de plata con mango de marfil», enumeró, diciéndose a sí mismo que menos mal que aquello se trataba de un almuerzo informal. El británico gozaba de un gusto exquisito; era de admirar, pues el dinero y la elegancia no siempre iban de la mano.

Lewis, el mayordomo, se apresuró a separarles los butacones.

Louper ordenó que sirvieran los entrantes, mientras él mismo les escanciaba vino de Marsala en unas jarras de cristal.

En cuanto el italiano se percató de que aquel caldo era tan italiano como él, no pudo por más que sonreír y lanzar una mirada pícaro a su amigo.

—Hugo, me he permitido rendirte un homenaje aprovechando que venías.

—*Grazie, caro amico*. Ya veo que has elegido el vino del famoso brindis de Garibaldi con Alejandro Dumas.

Ambos rieron.

Mientras ellos conversaban, el sirviente fue dejando sobre la mesa distintos entrantes. Una fuente de *bresaola*, acompañada con aceitunas negras y regada con zumo de limón; un plato a rebosar de *formaggio in padella*, un queso trentino salteado, y otro de Gorgonzola con un cestillo lleno de *michetta*, un pan milanés que a don Hugo le encantaba.

Sonrió de oreja a oreja.

—*Incredibile*. Ni imagino dónde habrás podido encontrar tú los ingredientes para este dispendio, Alister. Hacía años que no probaba la *bresaola*. Aquí me apaño con

cecina que, para qué *mentire*, también está buenísima.

—En una tiendecita de Little Italy, en el barrio de Clerkenwell. Me encanta recorrer sus estrechas callejuelas. Siempre encuentro pequeñas sorpresas.

—*Ti ringrazio tanto, caro amico*. Es todo un detalle.

Don Hugo demoró el asunto que les había llevado allí hasta que terminaron de degustar aquellos manjares. Antes de que sirvieran el primer plato decidió abordarlo.

—Verás, como ya sabrás, Olmedo solía hacer peritajes para la policía. Nuestra amistad con el inspector Del Romo nos ha llevado a trabajar como asesores para el Cuerpo de Vigilancia en un caso peliagudo, del cual me temo no puedo entrar en detalles. —El británico asintió sin esperar más explicaciones—. La cosa es que necesitamos que nos des cierta información sobre la finca Las Hilanderas. Tenemos entendido que en el año ochenta y uno montaste allí un hospital para niñas pobres, ¿no es eso?

—Así es. Creo recordar que lo comenté en una *soirée* en La Luz de Helios. Tuve que cerrarlo al año de ser inaugurado por problemas con los dueños de la propiedad. Me notificaron su venta cuando la operación ya se había realizado. Me vi en la calle de la noche a la mañana.

—Sí, me parece que lo contaste —asintió Bonaventura—. Lo que necesitamos saber es el nombre de la mujer que te alquiló la finca. La apodaban la Viuda, pero no hemos logrado averiguar su nombre de pila.

—Creo que antes debería aclarar una cuestión. Yo no alquilé realmente la finca. Fue una especie de cesión verbal por parte de un buen amigo, el doctor Adam Bauer. Él había vivido allí unos años, pero como la finca estaba vacía desde hacía tiempo, digamos que me dio permiso para montar el hospital, pero sin pagar mensualidad alguna. Ten en cuenta que yo era muy joven. Él se encargó del papeleo y los permisos. Era un hospital de caridad y no le pusieron pega alguna.

—O sea, que el doctor Bauer era el médico de la familia que vivía en Las Hilanderas.

—Él en realidad era el médico de *frau* Gudrum y Fiedra Schäfer. Alemanas. Madre e hija, respectivamente. Las llamaban las Schäfer en los círculos de la alta sociedad. Ambas eran las herederas de la fortuna del difunto Frederick Schäfer, que se dedicaba a amasar dinero. Conocí brevemente a esta señora en Biarritz. Su fama de bebedora empedernida la precedía. Al parecer, no se repuso de la pérdida de su hija. Creo que se ahogó en un crucero por el Nilo o algo así. No estoy del todo seguro. Coincidimos en alguna de las cenas del hotel. No le presté excesiva atención porque me quedó suspenso el parcial de química y me pasé el verano tutorado por Max. Imagina el veranito que me di a estudiar.

—¿Dices que Max estuvo contigo en Biarritz? —preguntó don Hugo bastante interesado.

Mister Louper, antes de contestar, volvió a llenarles las jarras de vino y se las puso prácticamente en las manos, animándolos a beber.

—Ya sabes que Max era la boya de salvamento para muchos de nosotros. No todos teníamos la suerte de poseer tu talento, Hugo. Pocos podían pasarse la noche golfeando y sacar tus brillantes notas. Además, él era mejor profesor que muchos de los catedráticos de Oxford, tan ancianos y estirados ellos.

—No, si lo decía porque creí que no mantuviste contacto alguno después de marcharte a estudiar a Inglaterra.

—Para ser justos diré que más bien fue él quien lo mantuvo. Me escribía de vez en cuando, sobre todo para felicitarme las Navidades. Creo que lo hacía para comprobar cómo me iba en los estudios y ver si podía ganarse unas pesetas, el muy bribón. Pero fueron apenas un par de años porque me licencié y enseguida le ocurrió lo del incendio de la buhardilla en la que vivía y lo metieron en el manicomio. Me lo contó Matías Legredo, nuestro amigo bolsista, cuando estuvo en Londres asesorando a mi padre en unos negocios. Luego, me vine a Madrid una larga temporada. Monté el hospital y fui un par de veces a Santa Isabel, pero no me dejaron verle. ¿Tú le has visto desde tu regreso?

—Sí. Aunque me temo que sigue igual. Los alienistas ya lo han diagnosticado de «pensionista distinguido» —dijo con amarga sorna—. Además, después de veinticinco años viviendo entre locos, ¿quién no acabaría como un cencerro?

Por unos instantes, don Hugo pensó en el misterio de quién sería el benefactor de Max en Santa Isabel. No tuvo valor para preguntar a Alister si era él quien pagaba las facturas, pero desechó la idea en el acto. Su amigo era un verdadero *gentleman* y jamás hubiese impuesto unas condiciones tan penosas para aquel pobre diablo.

—Es una lástima —comentó Louper—. Era brillante si obviabas sus excentricidades. Jamás imaginé que acabaría en un manicomio. Era un gran charlatán y hacía amistades con facilidad. Fue precisamente en Biarritz donde él me presentó al doctor Bauer. Ellos dos ya se conocían de San Carlos.

Fue inevitable que Bruno y Bonaventura se miraran perplejos. Si hasta entonces no había conexión alguna entre Carrubias y Las Hilanderas, acababan de encontrarla.

—¿Y también conocía a la señora Schäfer?

—Sí. Ella había pasado el invierno en Madrid, en una clínica privada de las de alto copete, intentando curarse de su alcoholismo bajo la supervisión del doctor Bauer. Max estuvo trabajando para él, a modo de prácticas. Pero la mujer no logró recuperarse. Según me contó el propio Bauer en una carta, murió de cirrosis hepática el mismo año que se efectuó la venta de Las Hilanderas.

—¿Y qué sabes del doctor Bauer? ¿Mantienes contacto con él todavía?

—Después de que nos echaran de Las Hilanderas, regresó a Alemania para atender a *frau* Schäfer, que estaba ya en las últimas. Pero él no regresó a Madrid. Murió hace un par de años. Era muy anciano.

—¿Sabe usted si tenía familia? —preguntó Bruno—. Según nos dijeron, tenía un sobrino que estudió medicina en San Carlos. Tal vez siga viviendo en Madrid.

Él se encogió de hombros y dio un largo trago al vino.

—Si lo tenía, yo no lo conocí. Bauer era reservado con su vida privada. Manteníamos un trato cordial, pero se limitaba a lo profesional. Nuestros intereses comunes se centraban en la investigación sobre enfermedades infantiles, de ahí que me «prestara» la finca para montar el hospital. Él se había especializado en oftalmología, en albinismo ocular, para ser más exactos. Estaba obsesionado con ampliar sus conocimientos sobre el tema y en demostrar que había un factor mendeliano recesivo por el cual esta anomalía pasaba de padres a hijos. Había tratado ya a varios albinos y trazó la historia clínica de sus familias hasta la cuarta generación. Quería escribir un libro sobre sus teorías. No sé en qué quedaría la cosa después de su marcha a Alemania, pero a la vista está que no terminó su estudio, si no a estas alturas ya habríamos oído algo en los cenáculos científicos.

—Factor mendeliano recesivo... —repitió el italiano con interés—. O sea, que básicamente le interesaba el estudio de la herencia biológica.

—Así es —dijo Alister.

Mister Louper hizo un leve gesto a su mayordomo y acto seguido este sirvió varios platos de aquel pequeño homenaje culinario: *rostin negaa*, a base de costillas de ternera; *mondeghili*, albóndigas de salchicha y mortadela, y también *barbajada*.

Don Hugo acometió los platos con delectación suprema.

—*Santo Dio!* Están exquisitos.

Louper asintió lleno de satisfacción al tiempo que escanciaba en las jarras más de aquel excelente Marsala. Tras paladearlo, Bonaventura volvió a interrogar a su amigo.

—*Scusi* que vuelva al tema de Las Hilanderas, pero ¿sabes si vivía alguien en la finca cuando montaste el hospital?

—No. Llevaba años vacía y en bastantes malas condiciones. Tuvimos que reparar parte del tejado y algunas estancias de la casa. Aun así, no pude invertir todo lo que la casona hubiese necesitado porque por entonces mi padre me tenía en un puño y solo me pasaba una mísera mensualidad para mis gastos. Ya sabes que él tenía varias fábricas de tejidos en Manchester, y odiaba que yo me dedicara a la medicina. Digamos que me permitió sacarme la licenciatura por lo bien que luciría colgada en la pared con un bonito marco, pero su deseo era que yo me hiciese cargo de las fábricas a su muerte. No esperaba que a mí me naciera la vocación. Y que yo quisiera ejercer le gustó aún menos. Para añadir más leña al fuego, quería establecerme en Madrid, donde me crie y viví gran parte de mi adolescencia. Vamos, que le salí rana a mi padre, Hugo.

—Yo diría que le saliste «gato», amigo mío. —Ambos se rieron—. Te comprendo, no vayas a creer. Si yo no hubiese discutido con mi hermano, seguramente me hubiese quedado en Madrid para siempre.

Louper le dirigió una mirada apenada.

—Te va a resultar extraña esta pregunta, pero ¿alguna vez bajaste al sótano de Las Hilanderas?

—¿Sótano? —cuestionó extrañado—. No recuerdo que hubiese ningún sótano.

—Bueno, digamos que era un sótano un tanto extraño. Era una vivienda sin ventanas. Tenía varias habitaciones y disponía de capilla.

Él negó con vehemencia.

—Jamás supe de la existencia de ese sótano, Hugo. La clínica ocupaba la parte de arriba de la casa y la planta de abajo la utilizábamos como sala de espera y consulta. También disponía de una magnífica buhardilla dividida en habitaciones para los criados.

—¿Y qué puedes decirnos de la corporación que adquirió la propiedad?

Encontramos algunos viales con las iniciales F. S. Pharma tirados por el suelo. Nuestras pesquisas nos llevaron a saber que dicha corporación también lleva las siglas F. S. incorporadas en su anagrama.

—Sí. Las iniciales F. S. pertenecen a Frederick Schäfer, el difunto marido de *frau* Gudrum. Entre sus negocios estaba una pequeña industria farmacéutica. Imagino que esa corporación se la debió de comprar al mismo tiempo que Las Hilanderas. Desconozco los términos de la operación, pero es de suponer que llegarían a algún tipo de acuerdo para que el *holding* llevara las iniciales de su difunto marido. Ignoro si *frau* Schäfer dejó herederos. Lo único que sí puedo decirte es que esa corporación es muy importante. Cada año adquiere nuevas empresas y negocios derivados de los productos farmacéuticos.

—Bueno, creo que ya hemos solventado algunas de las dudas que teníamos. Aunque es una lástima que no conocieras a la Viuda. Hubiéramos avanzado bastante en nuestras pesquisas.

—Pues me alegro de haber sido de utilidad en parte —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Y ahora, al margen de esta conversación que hemos mantenido, me gustaría aprovechar esta oportunidad para darles una excelente noticia.

A un gesto suyo, el solícito mayordomo que estaba apostado junto al carro de bebidas sacó una botella de *champagne* Veuve-Clicquot de una cubitera y les sirvió sendas copas. Una vez estuvieron llenas, *mister* Louper dijo ceremoniosamente:

—Me caso con una mujer maravillosa.

Don Hugo fue el primero en levantarse y alzar su copa, aunque no daba crédito. Bruno le imitó un tanto sorprendido por tan inesperada noticia. Su anfitrión se unió a ellos para proceder a un brindis improvisado.

—Por mi futura esposa, la señorita Cora Steiner.

Bruno mudó el gesto. Su copa casi se quedó paralizada unos instantes antes de chocar en el aire. Disimuló como pudo aquel mazazo. No podía creer que aquel socarrón hijo de puta, tan dado al vicio elegante, quisiera convertirse en hombre decente tomando por esposa a una mujer que podía ser su hija. Por otra parte, ¿qué demonios les pasaba a las mujeres? ¿Acaso podían dar el «sí, quiero» a estos tipejos decadentes sin despeinarse? Por el amor de Dios, si ella no lo amaba.

Don Hugo miró de soslayo a Bruno. Seguro que el notición le había caído como un jarro de agua fría. El trago sería amargo para él, pero al italiano le sonó a música celestial. El casamiento pondría fuera de la circulación a una mujercita que en nada convenía al muchacho. El destino tenía un humor muy negro. El británico había encontrado la horma de su zapato. Ambos eran tal para cual.

—Mi más sincera enhorabuena, amigo mío —dijo el italiano con una sonrisilla al tiempo que le guiñaba un ojo—. *Certamente è una bellissima donna.*

—Me uno a los parabienes —dijo Bruno intentando mantener la compostura. Le hervía la sangre.

—La fiesta de compromiso será de aquí a quince días. Ni que decir tiene que

espero que me guarden el secreto hasta que reciban la invitación.

—Pierde cuidado, viejo zorro. Tu secreto está a salvo con nosotros.

El resto del tiempo que duró aquel almuerzo, Bruno no lo disfrutó. Masticaba sin apetito alguno. Para cuando llegaron los postres, sentía el estómago en la garganta. Decididamente, aquel no había sido un buen día. Puede que tal vez se estuviera precipitando al calificarlo tan alegremente. El día no había terminado aún. Recordó que Cora le había citado a las ocho para cenar en su hotel. Después de enterarse de lo del compromiso, no estaba muy animado, para qué mentir. Dudó seriamente sobre si acudir a la cita. Apuró un vaso de *grappa* tras los postres para amortiguar su malestar. Se ahuecó el nudo del pañuelo *ascot* con disimulo. Y es que, aunque le pesara, tenía el fuego del deseo metido dentro desde aquel beso furtivo que le robó la última vez que se vieron a solas en la *suite* del Hotel Inglés. El recuerdo de ese instante mágico rondaba su cabeza más a menudo de lo que hubiese querido reconocer. Sin embargo, era plenamente consciente de que si alguna vez albergó sentimientos, sueños o deseo hacia ella, ahora era el momento de cortarlos de raíz. Dentro de poco sería una mujer casada.

Louper, ajeno a la lucha que se estaba desatando en el interior de Bruno, siguió hablando.

—Quisiera hacerle un regalo especial por nuestro compromiso, aparte de la pulsera de pedida que ya he encargado al gran orfebre francés Lalique, claro. Quizá algún extraño y precioso objeto. ¿Qué me aconsejas, Hugo?

—Pues así, a bote pronto, tenemos en La Luz de Helios algún que otro relicario en plata con pedrería bastante original. También un perfumero que perteneció a Cleopatra...

—Eso está muy bien, pero si quiero impresionar a Cora creo que el regalo debería tener un componente de procedencia esotérica o que arrastre tras de sí una historia oscura.

Bruno reflexionó unos instantes.

—Una buena amiga mía, la señorita Cohen, tiene una tienda de curiosidades. Me consta que posee un buen muestrario de piezas insólitas.

—Excelente. Quiero algo fuera de lo común. Tengo la tarde complicada, pero haré un hueco y me pasaré por allí para echar un vistazo. ¿Dónde queda?

—En la calle Áncora —respondió él al tiempo que sacaba una de las tarjetas que le dio Anna—. Dígale usted que va de mi parte, le atenderá con esmero.

—Gracias, joven.

El resto de la sobremesa se pasó en un suspiro hablando de cosas triviales. Cuando las campanas de la iglesia de San Andrés de los Flamencos tañeron llamando a misa de cinco, Bonaventura dejó caer que ya era hora de retirarse. Louper insistió en que regresaran a la funeraria en uno de sus cabriolés y ambos aceptaron, después de darle las gracias por el magnífico almuerzo y la amena charla.

Una vez en el interior del carruaje, Bonaventura no pudo por más que soltar la

pulla.

—No hace falta que le pregunte cómo le ha caído este compromiso, jovencito. No hay más que ver la cara de boniato en conserva que se le ha quedado.

Bruno puso los ojos en blanco. No contestó. En ese momento tomó la decisión de acudir a la cita con Cora. Tal vez fuese una de las pocas oportunidades que tendría para hablar con ella a solas antes de que se convirtiera en la señora de Louper.

Para ello, se escaqueó como pudo en cuanto vio que se acercaba la hora de su encuentro. Por suerte para él, el italiano anduvo atareado el resto de la tarde y le fue fácil eludirle.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de la vidente, la hoja estaba entreabierta, lo que provocó en Bruno una sonrisa socarrona. Antes de entrar, se quitó el cabestrillo y se lo metió en el bolsillo de la levita. Movié el cuello con movimientos circulares y estiró el brazo. Lo tenía entumecido por la inmovilidad.

El delicado aroma del perfume de Cora flotaba en el aire. Palo de rosa, bergamota, violetas... Persistía por encima del de las rosas inglesas del centro de mesa y el del brezo que ardía en la chimenea. Aromas todos ellos exquisitos, que le provocaban una sensación de cosquilleo en la boca del estómago.

Cerró tras de sí y anduvo unos pasos hacia la salita de estar aneja al dormitorio. En la mesa camilla estaba servido un pequeño bufet frío a base de gambas, canapés y bistec de ternera. Todo ello aderezado con una botella de Chardonnay, ya decantado, y dos copas. Para él, aquel vino siempre estaría asociado a la dulce estela de Cora por los siglos de los siglos. Todavía recordaba la última vez que había estado en ese mismo gabinete. El espejo indiscreto en el que contempló en todo su esplendor la belleza perturbadora de Cora, su cuerpo inmaculado de redondeadas formas y sus senos perfectos. Imposible respirar el mismo aire que esa mujer y no caer rendido a sus pies.

Cora salió de su alcoba. Iba envuelta en un vistoso kimono de color arándano. Lo llevaba cruzado, atado con un grueso lazo de raso terminado en una borla de seda dorada, a juego con el delicado estampado de aves fénix en degradados cobres y amarillos. Al cruzar las piernas, dejó al descubierto unas zapatillas de terciopelo rojas con una tira de marabú negro a lo ancho del empeine. Bruno miró de soslayo su fino tobillo. Una clara y descarada proposición. Cerró los ojos. Tenía la guardia baja.

—Me alegro mucho de que al final haya aceptado mi invitación —dijo la vidente con una sonrisa radiante—. Por un momento temí que no se encontrara con ánimos de venir. Se le ve a usted más mejorado.

Sirvió vino y le ofreció una de las copas.

—Si le soy sincero, estuve tentado de rehusar. Sus últimos vaticinios casi me cuestan la vida. No sé de qué me ha servido saber que estaba en peligro. A la vista está que no pude hacer nada por impedir mi destino.

—Querido Bruno, me siento muy culpable por haberle arrastrado a buscar la sepultura de sus padres. Tal vez no debí alentarle en esa búsqueda. Es cierto que casi

le perdemos.

—No se culpe usted, no me lo perdonaría. Ha sido todo un cúmulo de casualidades. Olvidemos el asunto y permítame ser el primero en felicitarla a usted por su reciente compromiso con *mister Louper*. —Hizo un brindis y dio un generoso trago de vino. Le quemó en la boca, como la felicitación que acababa de arrojar a la vidente—. Buena elección, sin duda el británico es un buen partido.

El mohín de Cora, aunque contenido, dejó traslucir un atisbo de contrariedad. No contaba con que Bruno se hubiese enterado tan pronto de su compromiso.

—Sí —respondió ella esforzándose en no gritar de pura rabia—. Un buen partido. Es curioso que los más curtidos libertinos sean también los más tradicionales. Nada como una esposa a la que adorar y media docena de amantes a las que mimar. —Hizo una pausa dramática—. ¿Y qué se espera de mí a cambio de un honor tan grande? Que pague con fidelidad los deslices de mi futuro marido, tan amante de los buenos burdeles y de la vida disipada. Soy solo un antojo para un veterano en las artes del amor. Un trofeo al que pasear para que todos admiren su buen gusto y mejor estrella. ¿Cuánto cree usted que le durará el capricho? ¿Y cuánto a mí la libertad de la que ahora gozo? Es una verdadera injusticia.

Bruno mudó el gesto. Aquel alegato le pilló por sorpresa. Jamás hubiese imaginado que ella no se mostrara encantada con un casamiento tan ventajoso. Quiso responderle que, si era así como se sentía, siempre estaba a tiempo de rechazar la proposición, pero Cora respondió a su pregunta como si la hubiese adivinado.

—No lo amo. Es un compromiso forzado. Me veo en la obligación de casarme con él por agradecimiento.

Él cuestionó aquello con la mirada.

—Mi vida no ha sido fácil, Bruno. A la muerte de mi padre, Alister se hizo cargo de mí como tutor. Él me sacó de La Salpêtrière donde ingresé con apenas quince años. Me dieron por loca a causa de mi don. Mi padre no opuso resistencia alguna cuando un alienista amigo suyo quiso que me internaran con la idea de investigar conmigo. Quería indagar sobre la procedencia de mis «supuestos» delirios. Disculpe que no entre en detalles, me supone un tormento recordar mi estancia en ese manicomio. Fueron tiempos muy duros, donde hubiese hecho cualquier cosa por salir de un lugar olvidado de la mano de Dios. Hubiese vendido mi alma al diablo por entonces. Él me acogió, cuidó de mí y me abrió las puertas a un mundo maravilloso donde pude expresar mi don sin temor a que me pusieran la camisa de fuerza o me cargaran de grilletes. Y ahora, mi gran samaritano quiere cobrarse con amor aquel favor. ¿Le parece a usted un trato justo?

Bruno se sintió sobrecogido al enterarse de esa parte tan dolorosa del pasado de Cora. Ni por lo más remoto hubiera adivinado algo así.

—No. No lo es.

—Además, siendo su esposa, estaré atada profesionalmente a él. De ese modo, los adeptos a su grupo espiritista aumentarán y también los donativos para la causa.

—Él ya es muy rico, no creo que...

—Nunca se tiene suficiente dinero ni bastante poder. Usted no lo comprendería. La ambición de Alister no tiene límites. Es insaciable y carece de escrúpulos. Quiere hacerse con el control de una gran corporación de empresas farmacéuticas.

Bruno entornó los ojos con recelo.

—¿Y sabe el nombre de esa corporación?

—Qué más da su nombre —contestó ella hastiada—. Lo que intento explicarle es que el poder corrompe. No deseo estar atada a un hombre así. Quiero ser libre para hacer lo que me plazca y poder amar a quien el corazón me dicte o, simplemente, mostrar mis sentimientos hacia aquel que yo considere merecedor de mis encantos, sin atadura alguna. Ni por todo el oro del mundo deseo casarme con él. Preferiría estar muerta.

Cogió un cigarrillo de la pitillera y lo encendió con manos temblorosas. Dio varias caladas, furiosa, y lo apagó.

—Oh, Bruno... Soy tan desdichada...

Se echó a llorar con desconsuelo.

Él sintió un nudo en la garganta y los músculos de su cuello se tensaron. No podía verla llorar. La tomó de la barbilla para guiar su rostro hacia él. En los ojos anegados de Cora leyó el miedo cerval que sentía hacia esa atadura impuesta. Le rozó la barbilla con la yema de los dedos y acercó los labios a los suyos para acariciárselos con un ligero roce. Ella entreabrió la boca y Bruno sintió el calor de su aliento y el del vino. La agarró por la nuca, entrelazando sus dedos entre la larga melena, y saboreó ese mismo vino en su boca. La notó temblar contra su cuerpo. Le besó los párpados. Cora sintió el contacto abrasador de los labios de Bruno y se estremeció de pies a cabeza. Los buscó para hundirse de nuevo en ellos, en su calor, en el sueño inalcanzable que prometían.

Bruno hubiese querido susurrarle al oído que aquello era un juego peligroso, una locura. Pero las manos hábiles de Cora rodaron con suavidad por su cuello y le desanudó el pañuelo. Le acarició los anchos hombros con un movimiento tan sensual que sintió erizarse el vello de su nuca con un cosquilleo que se ramificaba por todo su ser. Notó que sus defensas se rendían, botón tras botón. Los carnosos labios de Cora besaron su espalda de forma descendente. Sus manos se posaron en sus pectorales y bajaron con calibrada lentitud hasta su bajo vientre. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja mientras susurraba su nombre con el aliento entrecortado. Él anheló sus pechos, sus caderas, su esencia misma, su sexo. Cabalgar entre aquellos muslos de terciopelo y perderse en la niebla de su cuerpo.

Cora no era libre. Lo sabía bien, pero esa maldita mujer le robaba el juicio y doblegaba su voluntad. Y si a ella no le importaba engañar a Alister, menos le iba a importar a él. ¡Que se lo llevara el diablo!

El corpiño resbaló por los muslos tersos hasta llegar al suelo.

Sus labios sabían a vino y sus pezones a tentadora manzana.

Ella entera le supo a locura.

Si por entonces le quedaba algún rastro de inocencia, la perdió con ella.

Anna Cohen avanzó resuelta a través del pequeño recibidor del Hotel Inglés. De fondo se oyeron las campanadas del cercano reloj de la Puerta del Sol. Iba cargada con el regalo que había elegido *mister* Louper a primera hora de la tarde en su tienda. Una estupenda esfera de cristal que había pertenecido al astrólogo de Catalina de Médicis. La había introducido en una preciosa caja de palisandro amarillo, la cual envolvió para regalo con un pañuelo de seda rojo y un cordón de raso negro. El británico se había encaprichado de aquella fruslería en el acto. Le encantó escuchar la historia que Anna le contó sobre la leyenda que arrastraba la bola de cristal. Y dada la cantidad tan generosa que Louper le entregó —ni siquiera regateó en el precio—, había merecido la pena acceder a entregárselo allí. El británico le explicó que le era imposible llevárselo él mismo porque tenía una reunión de negocios, pero que pensaba pasarse por el hotel sobre las ocho y media para dar una sorpresa a la señorita Cora Steiner. Y que, si accedía, se encontrarían en el vestíbulo a esa misma hora.

El británico llegó con puntualidad. Llevaba un ramo de rosas rojas en el regazo y las manos ocupadas por un montón de paquetitos primorosamente envueltos. Al pasar por recepción, el gerente se apresuró a ofrecerle un botones —en cuanto hubiese uno disponible— que cargara con los paquetes, pero él rehusó el ofrecimiento y pidió la llave de la habitación. Tenía una prisa endiablada. Al ver a Anna fue a su encuentro.

—Qué bien que haya llegado ya, señorita Cohen. Voy con el tiempo justo. La señorita Steiner llegará dentro de un cuarto de hora. Me dijo que iría a ver a la modista.

Anna hizo ademán de entregarle la caja, pero a *mister* Louper no le quedaban manos. Se apiadó de él, puesto que la vidente no estaría en el cuarto. Por nada del mundo le apetecía toparse con ella. No quería verla ni en pintura.

—Si le parece bien, llevaré yo misma el regalo a la *suite*.

—Muchísimas gracias, señorita, es usted muy amable —respondió él—. Recomendaré su tienda a mis amistades.

Anna sonrió agradecida y ambos subieron por la escalera hasta la tercera planta. Al llegar frente a la puerta, Louper, apurado, le puso en los brazos parte de los paquetes y sacó de su bolsillo la llave para abrirla. Le cedió el paso con un gesto de cortesía y Anna avanzó a través del pequeño recibidor hasta el gabinete. Tuvo que hacerlo a tientas, puesto que la luz estaba apagada y solo se vislumbraba el resplandor del fuego de la chimenea. Vio que en la mesa camilla estaba servido un refrigerio y optó por dejar los regalos en el tresillo que había junto a una mesita de café. Louper le fue a la zaga y también dejó los suyos y el ramo de rosas. Acto seguido fue a cerrar

la puerta.

De repente, las correderas del dormitorio se abrieron y Anna giró la cabeza sobresaltada. Se suponía que no había nadie en la habitación. Sus ojos no tardaron en atisbar a Bruno que, prácticamente desnudo, se encaminaba a coger las copas de vino. Al verlo, no pudo remediar una exclamación de asombro. No fue menor que la de él al descubrirla en medio del gabinete.

—¡Anna! ¿Pero qué hace usted aquí?

A ella, la respuesta se le quedó congelada en la garganta. Azorada, sonrojada hasta las orejas, sin mediar palabra alguna, salió corriendo del cuarto, ocultando con su mano enguantada los terribles sollozos que clamaban por salir de su garganta.

Louper se maldijo a sí mismo en cuanto fue consciente de la escena. Bruno Moreto se vestía apresuradamente mientras Cora, atándose el kimono a marchas forzadas, se ponía las zapatillas. Más que por él, el británico sintió lástima de la chiquilla que acababa de huir hecha un mar de lágrimas.

Cora avanzó unos pasos hasta él. Llevaba en el rostro las marcas de su pecado. Estaba más hermosa que nunca con las mejillas arreboladas y los ojos todavía brillantes por la pasión.

—Alister... Yo...

—Mejor no digas nada —arguyó Louper con un amargo gesto de decepción.

Ella volvió a meterse en su alcoba y cerró la doble puerta corredera. Bruno terminó de vestirse a duras penas y encaró al hombre que tenía frente a él. No iba a huir como una rata. Tendría que asumir las consecuencias; pero, contra todo pronóstico, el británico sonrió con una mezcla de cinismo y desencanto.

—Si está esperando que le cruce la cara con mi guante, esperará en vano. Cora sabe cómo arrebatar el sentido a cualquier hombre. Es una pérdida. Pero no se haga ilusiones, ella no lo ama a usted. Solo le ha utilizado. Seguro que le ha contado alguna historia lacrimógena sobre su triste infancia para conmoverlo, ¿me equivoco?
—No esperó respuesta—. Es una consumada embustera. ¡Haría llorar a las piedras!

Se sirvió Chardonnay en una de las copas de agua, la apuró de golpe y acto seguido la estrelló contra la pared.

Dio media vuelta y abandonó la habitación.

Bruno, en mitad de la sala, no daba crédito. Respiraba a bocanadas al tiempo que su corazón le martilleaba en las sienes. Se dejó caer en uno de los sofás orejeros y reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir.

Cora tardó una eternidad en decidirse a abrir las correderas.

—Lo siento mucho, Bruno —dijo con la mirada hundida en el suelo.

Él se levantó, la tomó por los hombros obligándola a mirarle a los ojos.

—¿Por qué, Cora? ¿Por qué a mí? Podrías haber elegido a cualquier hombre.

—Le juro que no sabía que iba a venir la señorita Cohen —respondió ella volviendo a bajar la mirada—. Esto no es lo que yo había planeado.

Bruno, al escuchar esas últimas palabras, la miró totalmente despechado. Era tan

culpable como ella por lo que acababan de hacer, pero jamás pensó que se serviría de él para infligir un daño premeditado a terceras personas. Se despreciaba a sí mismo por ello, por su debilidad. Había sido un ingenuo al creer que Cora podría amar a alguien que no fuese a ella misma.

Giró sobre sus talones para darle la espalda, cogió el bastón, sus guantes y el sombrero, y abrió la puerta. Antes de salir le dijo con el tratamiento distante y cortés de dos extraños:

—Le deseo que sea usted muy feliz en su matrimonio, señorita Steiner.

Cerró de un portazo y bajó las escaleras como un poseso, como si cada piso de ese condenado hotel fuese un nivel menos que salvar para llegar a otro lugar que no fuera el infierno en el que ya estaba.

Ni siquiera se cuestionó contárselo a Bonaventura o a Del Romo para descargar su conciencia. Aquel pecado debería quedar en el más oscuro rincón de su alma. Y si alguna vez había amado a esa mujer, también tendría que enterrar ese sentimiento bajo mil paladas de olvido.

Mientras caminaba con los nervios a flor de piel, pensó en acercarse a la tienda para hablar con Anna. Pero lo desechó. Ella no accedería. Estaría de un humor de mil demonios, la conocía bien. Lo mejor era dejar pasar un par de días para que se calmara. Por otra parte, no entendía el motivo de sus lágrimas. Lo achacó a los nervios de verse en una situación tan comprometida o a la vergüenza ajena que sintió la pobre al verle allí plantado en cueros vivos. ¡Por todos los demonios! Qué complicadas eran las mujeres.

Tomó un tranvía en la Puerta del Sol. El día se había disipado con un fogonazo de luz pálida, pero el gentío de la vida proseguía su marcha imparable. Tal vez no fueran las mismas almas que deambulaban durante el día. El anochecer cambiaba la ciudad, la volvía más golfa y canalla, pero el pulso era el mismo, latido tras latido.

Cuando al fin tomó la recta de la carretera de Aragón, Bruno suspiró. Tenía ganas de llegar a casa. Aunque sabía que la desazón que sentía no iba a mejorar un ápice.

Al llegar al porche, le esperaba Bonaventura con cara de malas pulgas. Torció el gesto. A ver ahora qué tripa se le había roto al italiano.

—Hombre —le dijo—, ya me estaba yo acordando de usted y no precisamente con buenas intenciones. ¿Acaso ha olvidado que nos toca la guardia en el cementerio? Iba a recordárselo, pero ya se había marchado a saber Dios dónde. Últimamente está usted demasiado misterioso con sus idas y venidas. Y me fastidia tener que ser paternalista, pero no está recuperado todavía, mozalbete. Está más pálido que un fiambre.

Bruno se llevó la mano a la frente maldiciendo. Se había olvidado por completo de la guardia.

—No me lo tome en cuenta, don Hugo. Lamento que haya tenido que esperarme. Se me fue el santo al cielo.

—No sé cómo va a aguantar toda la noche a la intemperie sin haber dormido ni

una maldita siesta. Es usted un muchacho realmente terco. Y seguro que no ha cenado.

—Sí —mintió—. Tomé un bocado en un kiosco.

—*Va bene*, siendo así, ya podemos irnos. Aunque le advierto que Mercedes nos ha preparado comida para un batallón. Si a media noche le entra el hambre, no lo dude. —Dejó la cesta en el suelo—. Voy a llamar a Pedro. Es mejor que nos acerque él en un momento.

Pedro sofrenó el cabriolé metros antes de llegar a la Sacramental de San Martín.

Del Romo los esperaba en la verja de entrada. Se saludaron discretamente y obviaron las consabidas preguntas de rigor. Si él se encontraba allí para abrirles el portón, estaba claro que el asesino no había dado la cara.

—¿Es que vais a pasar un día de campo? —susurró con sorna señalando la cesta—. Se os ha olvidado la hamaca y la sombrilla.

—Cosas de Mercedes. Ya sabes cómo es de cumplida. Le conté una mentirijilla piadosa. Le dije que nos preparara un par de bocadillos porque íbamos al Observatorio a contemplar las estrellas y, mira, le ha faltado tiempo.

Del Romo sonrió al tiempo que ahuecaba la mano sobre sus labios y emitía un silbo seco para anunciar su llegada. Al poco, alguien parapetado tras unos arbustos contestó con un reclamo que imitaba el graznido de un cuervo.

El viento soplaba con fuerza en las copas de los cipreses. Las estatuas silentes parecían observar con ojos suplicantes a los agentes a través de la piedra. Y una melancolía se arrastraba sinuosa por lápidas y leyendas como si fuera el centinela eterno de aquel desolado paraje.

A través de las ramas oscuras de los árboles, la luna era tan roja como la salpicadura de una mancha de sangre en un lienzo de seda. El camposanto estaba sumido en sombras. Solo las velas encendidas de algunas tumbas, como luciérnagas en una inmensidad oscura, otorgaban algo de luz al entramado de sepulturas, dejando entrever los contornos de las cruces y de los túmulos funerarios.

Del Romo encendió otro cigarrillo y exhaló el humo con un gesto de desespero. El asesino se estaba haciendo de rogar. Sus hombres se estaban relajando demasiado. Solo aquellos que habían sido sometidos a la rigurosa disciplina del ejército, como en el caso de los dos guardiaciviles, permanecían vigilantes en sus puestos. El resto era presa del tedio, y raro era el que no bostezaba o movía las piernas para aflojar los músculos, dada la posición incómoda que se habían visto obligados a adoptar. Le daban ganas de liarse a guantazos con ellos. Pero en el fondo entendía que eran ya dos días con sus noches de guardias ininterrumpidas y no había cuerpo que resistiera aquello. Las órdenes fueron explícitas: necesitaban vivo al asesino para poder sonsacarle dónde mantenía retenidas a las niñas secuestradas. No se abriría fuego contra él a no ser por fuerza mayor. Y en ese caso apuntarían a las piernas, evitando los puntos vitales. Todo aquel despliegue carecería de sentido si el tipejo no aparecía. Solo les quedaba un día. El Cuerpo no podía permitirse tener aquel retén allí durante

más tiempo.

El chillido de una corneja los sobresaltó. A Bruno, la noche se le estaba haciendo eterna y, con la cercanía del invierno, la temperatura era fría. Echó el aliento dentro de las manos para calentarse los dedos y se masajeó el brazo herido. Llevarlo en cabestrillo le adormilaba los músculos.

Bonaventura sonrió al comprobar que solo se trataba de un estúpido avechucho. Deseaba que llegara el ansiado momento en el que el asesino acudiera a robar el cadáver, pero cada vez estaba más convencido de que no caería en la encerrona. A la vista estaba que la policía llevaba dos días de guardia y ese malnacido no se había dignado a aparecer. Aquel despliegue era una pérdida de tiempo. Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y se subió las solapas de la levita para evitar el azote del viento.

Un par de horas más tarde, un chirrido atonal en el aire los puso en guardia. Fue algo parecido a una breve protesta metálica. Percibieron movimiento en la oscuridad. Una silueta se escurrió a través de las hileras de tumbas. Era apenas una mancha difusa cuya silueta se recortó brevemente en el círculo anular de una vela guía, pero que volvió a desaparecer bajo la protección de las sombras. Durante unos instantes, nadie supo dónde se encontraba exactamente. Del Romo, mediante señas, ordenó que se desplegaran en absoluto silencio para no espantarlo. Señaló con vehemencia el panteón de los padres de Bruno. El sospechoso no debía de andar demasiado lejos, pero era escurridizo.

Tras varios minutos de estar a la expectativa, ninguno logró dar con él. El inspector hizo gestos a Bonaventura para que encendiera la linterna de dinamo. El haz se paseó por los rincones más oscuros sin conseguir localizarlo. Artiaga era el que estaba más alejado del panteón. Cubría el pasadizo de comunicación entre el patio del Santísimo Cristo y el de Nuestra Señora de la Paz. Se escurrió sigilosamente hasta quedar parapetado en el hueco entre dos panteones cercanos al muro.

De repente, un bulto negro cayó desde la cornisa del mausoleo sobre Artiaga con un horroroso gruñido. El joven agente dejó escapar un alarido animal. Le había mordido en el cuello y manaba sangre a raudales. El intruso le soltó tan sorpresivamente como había llegado. El miedo hizo que descargara su pistola sobre aquel endemoniado. El fogonazo los iluminó por unos instantes.

Después del estruendo del disparo, el intruso emitió un alarido y huyó tras una cripta. El policía estaba seguro de haberle herido en un costado, pero apenas podía atender a otra cosa que no fuera su propio dolor.

Del Romo corrió con todas sus fuerzas hasta Artiaga temiéndose lo peor. Bonaventura lo siguió, maletín en mano, alertado también por los alaridos. El agente estaba muy pálido y una mueca exangüe surcaba su rostro cubierto de sangre. Le taponó la herida con sus propias manos. No dejó de presionar mientras le dirigía palabras de aliento. Por suerte, la arteria no parecía estar dañada, pero la vista de tanta sangre y el terror se había apoderado del joven y estaba a punto de desmayarse.

El inspector, cuando vio que el doctor tenía la situación controlada, salió en persecución del sospechoso. El resto de sus hombres lo tenían prácticamente cercado contra el muro norte, pero él hizo intención de escalarlo.

—¡Alto en nombre del rey! —le advirtió Del Romo al tiempo que dirigía el cañón de su arma contra él—. ¡Deténgase o disparo!

Cuatro revólveres le apuntaban. Sin embargo, siguió con la idea de huir. Antes de que pudiera alcanzar el tramo final de la pared, una doble detonación hendió la oscuridad. El intruso se escurrió muro abajo hasta que sus pies tocaron el suelo. Se dio la vuelta, avanzó tambaleante varios pasos y cayó desplomado.

Bruno, fuera de sí, corrió hacia el cuerpo abatido. «Dios mío, que no lo hayan matado», pensó sujetándose el brazo con la mano sana mientras se abría paso entre los agentes, que se habían arremolinado en torno al sospechoso y todavía le apuntaban con sus armas. Frenó sus pasos al ver que Del Romo se agachaba para quitarle la capucha y comprobar su identidad.

—¡Maldita sea su estampa! ¡Será desgraciado! —gritó el inspector con impotencia al descubrir de quién se trataba.

Bruno se agachó sobre el cuerpo inerte. Cuando le miró el rostro no podía dar crédito.

Era Máximo Carrubias.

Todavía estaba vivo. Se arrodilló junto a él y lo agarró por las solapas con una sola mano.

—¡Dígame dónde están las niñas secuestradas! ¡Dígame!

Carrubias no contestaba. Permaneció con los ojos cerrados hasta que sus marchitos labios dibujaron una sonrisa indescifrable. Sus ojos se abrieron en una ranura y, erráticos, buscaron al portador de aquella voz. En ellos había una luz plateada y marchita.

—Muchacho zurdo..., estás aquí.

—Max, por sus muertos, dígame dónde están las niñas. Usted es el único que puede ayudarlas.

Los tendones del cuello del moribundo se le pusieron tensos como cuerdas en un intento supremo por respirar. Emitió una especie de susurro, tal vez el estribillo de una canción entrecortada e ininteligible, que repitió varias veces entre golpes de tos mientras un silencio aterrador se hacía dueño hasta del aire.

—Espejito, espejito en la pared..., dime... una cosa: ¿quién es, de todo este reino..., la más... hermosa?

Una gran bocana de sangre gorgoteó en la tráquea de Carrubias. Salió al exterior a través de sus dientes en un último estertor. Su mirada se quedó congelada en el infinito.

Bruno sacudió la cabeza repitiendo, una y otra vez en su mente, las últimas palabras de aquel hombre.

—Condenado hijo de puta... —arguyó el inspector pasándose los dedos por el

nacimiento del cabello como queriendo arrancárselo a tiras—. ¿Qué coño ha farfullado?

Bruno negó con vehemencia mientras se levantaba del suelo.

Bonaventura llegó hasta ellos con las manos llenas de sangre y el gesto hastiado. Sin limpiárselas, sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. Aspiró la primera calada con lentitud y expulsó el humo como queriendo que con él se alejaran también aquellos últimos instantes. Miraba el cadáver de Max intentando ver al muchacho que conoció en San Carlos y no al asesino al que todos odiaban. No lo logró. Le dio la espalda y caminó hasta una de las sepulturas cercanas. Se sentó y se fumó el cigarrillo en silencio.

El alba despuntaba cuando al fin el juez ordenó el levantamiento del cadáver. Del Romo dio orden de que la cadena de vigilancia quedaba anulada y cada uno de los agentes regresara a sus tareas habituales. También pidió que alguno de los agentes acompañara a Artiaga a un hospital para que le echaran un vistazo. Un mordisco humano no era ninguna tontería. Le hubiese gustado ir con él, pero el papeleo pendiente le iba a mantener muy ocupado en las próximas horas. Luego, informó a Bruno y Bonaventura de las conclusiones a las que había llegado su señoría.

—Caso cerrado. Lo que ha ocurrido confirma que Carrubias se escapaba de Santa Isabel cuando se le terciaba. Está claro que fingió su intento de suicidio para así forzar su traslado a la enfermería y poder escabullirse con toda facilidad. Esto anula sus coartadas y las afirmaciones de la hermana superiora negando sus fugas. A ver qué dice ahora la buena señora.

Bruno le miró con ojos fieros. Se llevó la mano sana a la frente, lanzó un bufido y le dio la espalda.

A pesar de ese desaire, Del Romo intentó razonar con él.

—Muchacho, las pruebas han hablado. Además, para empeorar aún más las cosas, el juez acaba de informarme de que la víctima del Retiro ha desaparecido de la fosa común. Retiraron la vigilancia ayer por la noche. De nada vale maldecir ni encabronarse. Nos equivocamos al descartarlo de nuestra lista de sospechosos. A todos los efectos, Carrubias es el Recolector. Con el cierre de este caso el Cuerpo de Vigilancia se apuntará un tanto bastante jugoso.

El joven, que había permanecido dándole la espalda mientras hablaba, se dio media vuelta hasta quedar frente a él. Tenía los labios resecaos por la ansiedad.

—Y las niñas que aún están vivas, ¿qué? ¿Vamos a dejarlas a su suerte?

Del Romo, con el rostro convertido en un sudario de sombras, intentó pasarle el brazo por el hombro en un gesto paternal. Ni por lo más sagrado quería dar a entender que esas criaturas no le importaban en absoluto. Bruno le rechazó con un movimiento brusco.

—¡Por los clavos de Cristo, chaval! —le recriminó dolido el inspector—. ¿Acaso sabe alguien dónde están? No hemos encontrado evidencia alguna que nos lleve hasta ellas. Tan solo tenemos la declaración de un desgraciado que dice haberlas

secuestrado para vendérselas a una banda de tratantes de niños, y que pagará con su vida sin que haya soltado prenda de su paradero. Esas crías pueden estar ya en cualquier ciudad de Europa. No podemos funcionar a base de pálpitos. Necesitamos pruebas reales para hacernos oír ante un juez. No puedo pedirle que no cierre un caso ofreciéndole solo intuiciones. Toda esta maldita investigación está resultando demasiado costosa.

Bruno cerró los ojos. No sabía cómo afrontar aquello. La muerte de Carrubias no significaba cerrar un caso difícil y que el Cuerpo se apuntara un tanto, significaba condenar a una muerte segura y terrible a esas niñas. «Sería como sacrificarlas», repitió para sí decepcionado. Ofrendas inútiles y baldías. Llevaba un tiempo dándole vueltas al día en el que fue atacado en ese mismo cementerio. Y cada vez estaba más seguro de que parte de los extraños sueños que tuvo mientras permaneció inconsciente después de la paliza eran reales. La sensación de que estuvo en el mismo lugar que las niñas secuestradas cada vez cobraba más fuerza en su interior. Las jaulas. La insólita melodía. Las voces infantiles que lo rodeaban no eran solo parte del delirio que se puede llegar a experimentar cuando uno se está desangrando y hace equilibrios entre la vida y la muerte. Esas jaulas existían en realidad. El hedor a sangre corrompida era verdadero. Aquella niña que vio, a la que él confundió con un ángel, era de carne y hueso. Él había estado en la mazmorra donde se hallaban confinadas. Un calabozo con ranuras en el techo por las que se colaba la claridad del sol, donde las libélulas azules revoloteaban a placer entre los sesgos de partículas en suspensión. Esa celda estaba muy cerca del agua. Él mismo había escuchado su murmullo como el canto de una sirena en la profundidad del mar.

Del Romo se alejó malhumorado para seguir ultimando detalles antes de abandonar el cementerio. Don Hugo, que hasta ese momento había permanecido en silencio, miró a Bruno con una sensación de pesadumbre.

—Sé que no le servirá de consuelo, pero le diré que jamás hubiese apostado ni un real por un desenlace como este. A mí me ha sorprendido tanto como a usted. Y me cuesta asimilarlo todavía. No puedo creer que el hombre al que vi el otro día haya podido escapar de Santa Isabel sin ayuda alguna. Ya le dije que le mantenían completamente drogado. Y no solo eso, había dos celadores custodiando la puerta de la enfermería. Pero ahí está, en la bolsa de la morgue. A ojos de la justicia eso es lo único que importa. Han dado caza al monstruo, al alienado que ponía en peligro la seguridad engañosa en la que viven.

Aquello era un sindiós. Bruno se negaba a admitir que sus conjeturas sobre que Carrubias era el ayudante hubieran fallado. En su interior seguía persistiendo esa idea a pesar de las pruebas y de aquel juicio sumarísimo que le había llevado a la muerte. No podía acallar su conciencia. Ella seguía gritándole que Max no era el verdadero asesino.

Del Romo llegó hasta ellos para decirles que al fin ya podían marcharse. Los tres se encaminaron a la salida, cabizbajos y en completo silencio. Fue inevitable pasar

junto al panteón donde reposaban los padres del joven. Él lo miró con nostalgia. Sintió una punzada. Era como si no pudiera irse de allí sin antes despedirse de ellos. Necesitaba presentarles sus respetos. Si tenía que ser sincero, no estaba seguro de si alguna vez reuniría fuerzas suficientes para volver por aquel maldito cementerio. Seguramente no lo hiciera hasta que se ordenara su cierre administrativo y se viese forzado a buscar una nueva ubicación para sus tumbas.

—Por favor —dijo señalando el panteón—, discúlpenme un momento, vuelvo enseguida.

Ellos se detuvieron para esperarle y él se encaminó hasta allí con la cabeza gacha, en un gesto de contrición.

Nada más abrir la puerta de metal, notó una corriente de aire que arrastraba un perfume a incienso, a tierra, a flores marchitas. Olía distinto. Dio unos pasos hasta las sepulturas y enseguida apreció que la tapadera de la tumba de su madre reposaba en el suelo. Su corazón se aceleró antes de asomarse al interior del sepulcro para confirmar lo que ya intuía.

El cadáver de la niña había desaparecido.

Una rabia incontrolada se apoderó de él. El Recolector había sacrificado a Max para recuperar la ofrenda. Aquel pobre diablo solo había sido una distracción para alcanzar sus fines.

—Esto no fue nunca un juego —dijo Bruno con los dientes apretados—. Nunca fue un desafío, pero ahora sí lo es. ¿Has oído, hijo de perra? —preguntó a la oscuridad que reinaba en lo más profundo de la cripta como si el asesino lo estuviera escuchando—. ¿Has oído?

Dio media vuelta y salió.

—¡El cuerpo de la niña no está! —gritó—. El Recolector se lo ha llevado mientras perseguíamos a Max.

Del Romo y Bonaventura corrieron hasta allí y entraron en el mausoleo.

—¡Dios, qué hijo de puta! —gritó Del Romo llevándose las manos a la cabeza—. ¡Qué cabrón!

—*Cristo benedetto!* —exclamó el italiano, descargando un golpe sobre una de las paredes—. *Porca mignotta!*

Se miraron los unos a los otros con un millar de preguntas palpitando en sus gargantas, pero nadie dijo nada. No había nada que decir. Ahora el Recolector tenía en su poder su anhelada ofrenda y podría restaurar su macabro rito.

—Debe informar al juez de lo ocurrido —dijo tajante Bruno al inspector—. No puede dar por cerrado el caso.

—Lo haré, pero ya te adelanto que no cambiará nada. Lo cerrará igualmente porque todos los que estamos aquí sabemos que no saldrán más víctimas a la luz. Carrubias ya no está para airear la carroña de ese malnacido. Y eso es como decir que para el mundo no habrá más asesinatos.

Inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio, intentando expulsar la rabia

que llevaba dentro.

—Me importa un bledo lo que opine un juez. Yo sé que habrá más víctimas. Y también sé que las niñas secuestradas están ahí, en algún lugar. Y no voy a parar hasta dar con ellas con o sin su ayuda, inspector.

—Bruno... Muchacho... Estás sacando las cosas de quicio...

Él dio media vuelta y salió del panteón. No estaba dispuesto a escuchar más disculpas ni a que le dijeran que no entendía cómo eran las cosas en realidad. Estaban muy cerca de dar con el asesino. Lo sentía en los huesos. Nada de lo que dijera Del Romo excusando al Cuerpo de Vigilancia o a la justicia le haría cambiar de opinión. Esperó a que los dos salieran y cerró con llave en completo silencio.

Durante el resto del día y gran parte de la noche, Bruno apenas pudo dormir.

Subió a la azotea para que le diera el aire. Necesitaba acallar su mala conciencia. Contempló la luz todavía incierta del amanecer. El ruido de la calle se le coló dentro y el olor familiar del barrio le transmitió un poco de serenidad. Se encaramó al murete que daba al techo de su antigua buhardilla y se sentó en el tejado. Las burras de leche subían ya los cerrillos próximos a Ventas del Espíritu Santo, otras cruzaban el puente Calero o habían rebasado el figón La Gloriosa. Sobre el lecho del arroyo, el salpicón de casas rebullía con el humo de las hornillas y cloqueo de pollos y capones. Una mano de bruma se arremolinaba a ras del suelo y tejía marañas entre los palos de tender y las sábanas que ondeaban anárquicas en los patios de los mentideros.

Hasta él llegaba el aroma del carbón de los puestos ambulantes, que a esas horas tempranas servían café a los más madrugadores. El olor de los buñuelos y las primeras risas de los golfos calentándose las manos en los hornillos, después de haber dormido en el escalón de un portal o en el triste agujero de un desmonte.

Ese era el lenguaje de la vida. El latir del mundo.

«Madrid —pensó al tiempo que esbozaba una sonrisa—, esta ciudad que es mujer, que reparte hostias como panes, también sabe encandilar con dulces besos de violetera».

Y vaya si eran dulces.

En ese momento decidió que iría a ver a Anna. No esperaba a que las cosas se enfriaran. Necesitaba hablar con ella. Era su mejor amiga, de eso no había duda, y quería resolver el malentendido del Hotel Inglés cuanto antes.

Se aseó y se vistió a toda prisa. No deseaba toparse con Bonaventura. Ni siquiera desayunó y decidió no llevar el cabestrillo. Fue a buscar a Pedro al establo y le pidió que le llevara a la tienda.

El cochero le dejó en la misma puerta. Por suerte, la señorita era madrugadora y los cierres estaban levantados.

Respiró hondo antes de decidirse a entrar. Tenía que reconocer que estaba muy nervioso. ¿Cómo disculparse de algo que él no consideraba una bellaquería hacia ella?

Anna, con manguitos malvas y delantal haciendo juego, estaba subida sobre una escalera quitando el polvo a una colección de tarros de porcelana para medicinas.

Él saludó sin recibir respuesta y se apostó al pie de la escalerilla.

—No he venido a pedirte perdón.

La tuteó sin permiso. Anna dejó escapar una exclamación de reproche, pero no por el tuteo, sino por la petulancia de aquella afirmación. «Habrás visto el gachó...»,

pensó.

—Ni yo creo habértelo pedido —respondió aparentando una indiferencia que para nada sentía, pero con un deje de chulería—. No tengo ningún derecho. No soy tu novia para pedirte cuentas. Vamos, y ni falta que me hace.

Bruno puso los ojos en blanco. Se había levantado filósofa la moza.

—Lo sé, Anna, pero me siento mal conmigo mismo. Tal vez, sin querer, te hice pensar que sentía algo por ti.

—¡Quita, qué va! En todo caso he sido yo la que ha malinterpretado nuestra estrecha amistad como algo más. —Se retorció las manos nerviosa y bajó de un salto desde la escalera—. ¡Maldita sea, Bruno! Dejémonos de formalismos. Yo para ti no soy más que un amigo con faldas. Y ni yo misma sé si siento algo por ti. Eres libre de andar con unas y con otras. Además, no es de extrañar que estés loco por la señorita Steiner. Es bellísima. Y ahora, me ha quedado claro que el sentimiento es mutuo.

«¿Un amigo con faldas?», pensó Bruno. No. Tal vez él se negara a admitirlo, pero Anna era para él algo más que eso.

—No es lo que piensas. Yo no la amo, Anna... Y ella a mí tampoco. Lo que siento por ella no tiene nada que ver con el amor, lo supe cuando...

Guardó silencio.

—Anda, ¡dilo! —exigió ella con las manos en jarras—, termina la puñetera frase, no voy a escandalizarme: cuando te acostaste con ella.

—No. No fue entonces. Fue al darme cuenta de que nuestro encuentro lo urdió para hacer daño a *mister* Louper. Para desengañarlo y que perdiera el interés por ella.

—¿Cora sabía que el británico iba a ir al hotel?

—Sí. No desea casarse con él.

—O sea, que te utilizó vilmente.

A Bruno no le gustó cómo sonaba aquello en boca de Anna. Le hacía sentir poco menos que un objeto, y por qué no decirlo, menos hombre, pero asintió con la cabeza.

—Digamos que utilizó sus encantos para... Lo que intento decirte es que el deseo y el amor no siempre van de la mano.

—Entonces, reconoces que todavía la deseas.

Él guardó un silencio incómodo esperando que lo fulminase un rayo. ¿Cómo pretendía que le contestara a algo así?

—Mejor no me respondas —dijo ella con una de esas muecas tan suyas que siempre lograban arrancar a su amigo una sonrisa—. Y tampoco sonrías. No estoy para bromas.

Bruno puso carita de pena y ella hizo un mohín de jocosos hartazgo.

—De cualquier modo, tendrás que darme tiempo para que vuelva a ser yo misma. Es verdad que no tengo derecho a reclamarte, pero imagino que sentí los celos de «un amigo con faldas». No lo sé.

Él no pudo evitar sonreír de nuevo. Aquella condenada muchacha tenía la sana virtud de hacerle reír en las circunstancias más estiradas y serias. La vio algo más

calmada.

—¿Te apetece un té? —le dijo ella ladeando la cara—. Acabo de escuchar la tetera. Seguro que Diomar lo está preparando. O mejor, te planto un café negro de puchero que haga resucitar a los muertos. Tienes un careto que ni hecho de encargo.

Bruno asintió y ella colgó el cartelito de «vuelvo en un momento» en la puerta.

—Es pronto para los clientes interesantes. Les daremos tiempo. —Cerró con llave y se la metió en el bolsillo del delantal—. Espérame en la galería acristalada del jardín. Aprovecharemos que hace un sol radiante.

—Me parece una idea genial.

Bruno salió de la casa y caminó cabizbajo hasta el atrio de hierro forjado. Se sentó en uno de los butacones que presidían una mesa ovalada de forja, donde reposaba un hermoso jarrón lleno de agua.

Claudia llegó justamente en ese momento. Llevaba una cesta llena de flores azules. Al verle lo saludó con su cordialidad característica. Esa que sacaba de quicio a Anna por resultarle tan artificiosa.

—Si no le importa a usted, voy a llenar el jarrón, joven —dijo Claudia poniendo la cesta en la mesa—. Acabo de cortar un hermoso ramillete.

Los ojos de Bruno se detuvieron en aquellas flores. No se había fijado nunca, pero en ese momento cayó en la cuenta de que eran iguales a las que reposaban en la lápida central de la cripta de Las Hilanderas. La señora Engracia le había dicho que eran las preferidas de la niña Alba.

—Preciosos alfileres de viuda, *frau* Rosebaum —dejó caer.

La mujer se mostró muy sorprendida de que Bruno conociera el nombre de las flores.

—¿Le gustan? Las cultivo en el invernadero, así disfruto de ellas todo el año. Me encantan. Tienen un delicioso perfume a vainilla.

—Sí, lo sé —respondió con los ojos entornados—. Conozco un sitio donde suelen crecer silvestres. Está a las afueras, en la dehesa de la Villa. Es una finca que se llama Las Hilanderas.

La institutriz no pudo disimular su turbación al oír el nombre de la propiedad. Se le cayeron las tijeras de las manos, las cuales se dio prisa en recoger.

Las alarmas de Bruno terminaron de activarse. ¿Por qué se había puesto tan nerviosa?

—¿Conoce usted la finca?

La mujer dudó unos instantes.

—No... No la conozco —contestó sin sacudirse de encima su azoramiento—. Si me disculpa, tengo tareas que atender.

Se alejó por el caminito de gravilla que llevaba a la casa. Se cruzó con Anna, que iba cargada con la bandeja del té. No le dio tiempo de llegar hasta la galería acristalada, vio a su amigo salir de allí como una flecha. Se extrañó, pues parecía mirar a Claudia con una mueca de recelo. Estaba pálido.

—¿Pasa algo, Bruno?

Él ni la escuchó. Llamó a voz en grito al ama de llaves al tiempo que iba a su encuentro.

—¡Espere un momento, *frau* Rosebaum!

Anna, pasmada, lo siguió portando la bandeja.

Claudia se detuvo, más azorada todavía.

—Ya le he dicho que no conozco Las Hilanderas, joven —le respondió molesta—. Tengo mucha prisa. Se me hace tarde para ir a misa.

—¿Le dice a usted algo el apodo la Viuda? —preguntó Bruno sin atender a sus quejas.

—¡No! —respondió ella con un mohín de furia nada usual—. ¡Llego tarde a misa!

Se dio la vuelta y prosiguió caminando a paso rápido. Él la frenó con delicadeza.

—No me mienta, *frau* Rosebaum. Usted es la Viuda y vivió en Las Hilanderas. Esas flores eran las preferidas de su hija Alba. Las cultiva para ella. Se las lleva a la capilla todas las semanas.

La institutriz, con los ojos anegados, dejó caer la cesta y se ocultó el rostro entre las manos, presa ya de un sollozo incontenible. Anna, totalmente desconcertada, no daba crédito. Miró a Bruno con un gesto de incredulidad tal que él se sintió culpable del dolor que les estaba infligiendo a ambas. La muchacha, tras dejar la bandeja en el suelo, tal vez por primera vez en su vida, abrazó a Claudia y miró inquisitiva a Bruno exigiéndole una explicación. Este la instó a que se sentaran en el interior de la casa.

—Anna, todo esto tiene que ver con unos asesinatos que estoy investigando. Juro que te lo contaré todo en su momento, pero ahora necesito que *frau* Rosebaum me diga lo que sabe sobre la finca Las Hilanderas. Por favor, confía en mí. La vida de varias niñas está en juego. No hay tiempo que perder.

Ella se estremeció de pies a cabeza. ¿Asesinatos? ¿Qué tenía que ver con aquello la buena de Claudia? ¡No podía ser! Debía de tratarse de una equivocación. Aun así asintió con la cabeza y entre los dos condujeron a la mujer al salón sin que ella dejara de llorar. La sentaron en una de las butacas y Anna fue a la cocina a ordenar a Diomar que preparara una tisana para los nervios. Regresó al instante y se sentó junto al ama de llaves. Bruno tomó asiento en un escabel frente a ellas.

—Claudia, por favor —le dijo Anna con voz dulce—, cuenta al señor Moreto todo lo que sepas sobre Las Hilanderas. —Hizo una pausa para ver la reacción de la institutriz. Ella la miró con el dolor reflejado en el rostro, pero sin dar muestras de querer hablar. La joven tuvo que emplear más dureza para ver si cedía a sus súplicas—. Si no se lo cuentas a él, tendrás que hacerlo ante un juez. ¡Te llevarán presa!

Los ojos de la mujer se abrieron horrorizados ante aquella amenaza. Ella se había hecho a sí misma un juramento. Ahora no tenía más remedio que romperlo. No quería que la cargaran de grilletes y ser el hazmerreír de todo Madrid. La gente la juzgaría sin conocerla.

Diomar llegó con la tisana. Anna se apresuró a servírsela y le puso la taza en las manos. Bebió a sorbitos, calentándose los dedos con el calor que desprendía la loza.

—Está bien, señor Moreto —dijo cediendo a la presión—. He luchado con todas mis fuerzas por hacer desaparecer esos recuerdos de mi mente. Ya no soy la mujer que era entonces. No queda ni sombra de ella en la anciana que tiene frente a usted.

Para Bruno, Claudia Rosebaum era de esa clase de mujeres que suelen ganarse la confianza de alguien siendo agradables, pero que, tras conocerlas un poco, se descubre en ellas un gesto contenido de contrariedad, que se traducía en un leve temblor de sus labios. Sin duda era servil hasta la extenuación. Esa falsa apariencia de sumisión, de ser la perfecta ama de casa, es lo que movía su minúsculo mundo. Aunque ahora lo estuviera expandiendo con su sección de telas y labores en la tienda.

—Allá por el año cuarenta y nueve, fui contratada en Hamburgo por *frau* Gudrun y Fiedra Schäfer. Eran madre e hija. Las llamaban las Schäfer. Ambas eran las herederas de la fortuna del difunto Frederick Schäfer, un gran magnate de los negocios, que doblaba en edad a *frau* Gudrun y que murió cuando Fiedra era apenas un bebé de mantillas. Me hice cargo de su educación cuando regresó del colegio interno para señoritas, con quince años. Estaba bastante enferma. Tenía tisis y necesitaba cuidados especiales. Yo era de buena familia, pero venida a menos. Tenía diecinueve primaveras y, aunque esté mal que yo lo diga, una formación más que aceptable.

Dio varios sorbitos más a la tisana y pidió con un gesto que Anna le sirviera más.

—Tuve la mala suerte de que se pusiera en mi camino un caballero. A su nombre siempre le precedía un breve silencio. Tal vez porque todos estaban al tanto de las calaveradas de aquel señor. Todos menos las señoritas refinadas que bailábamos en los salones al margen de las habladurías de cama. Era muy apuesto. Me enamoré como una tonta. No tenía nada que ver con los otros hombres que había conocido y caí rendida a sus pies. Se llamaba Niklaus Eisenberg. Todavía se me revuelve el alma al pronunciar su nombre. —Se llevó la mano al pecho—. Me engañó, me hizo creer que me amaba. Me embrujó con sus dulces palabras y me sedujo. Quedé encinta. Y cuando se lo dije, me arrojó a la cara unos cuantos billetes para que me deshiciera del «problema».

Se echó de nuevo a llorar. Anna la miraba anonadada. Creía saberlo todo sobre el pasado de Claudia y escuchar aquello la estaba dejando sin aliento.

—Yo me negué a cometer ese pecado mortal. No mataría a mi hijo no nacido. Me vi forzada a tomar una decisión y planifiqué que, una vez que el embarazo fuera evidente, renunciaría a mi trabajo de institutriz y me marcharía a casa de mis abuelos, en Bremen. Allí aguantaría la vergüenza de ser madre soltera como pudiera. Mis abuelos se encargarían de decir a los vecinos que yo era viuda y llevaba en mi vientre al hijo póstumo de mi marido. Mas una propone y Dios dispone. *Fraülein* Frieda empeoró de su afección pulmonar y el doctor Bauer, el médico de confianza de la familia, decidió que lo mejor sería que viajara a España, donde el clima era más

benigno. Conocía una clínica de reposo en la sierra madrileña que regentaban unos colegas suyos, especialistas en enfermedades pulmonares. *Frau* Gudrun ya había comprado un palacete en la dehesa de la Villa para hacer más fáciles sus idas y venidas a la clínica, y solo quedaba que yo diera mi conformidad de trasladarme allí por un tiempo indefinido. Vi el cielo abierto, señor Moreto. Para mí era una oportunidad única la que se me brindaba. Podría poner tierra de por medio para dar a luz a mi hijo. Pero, antes, debía confesar mi deshonra y mi embarazo a mi señora. Yo estaba de cuatro meses, aunque no se me notaba todavía. Cuando le revelé todo lo ocurrido, ella se llevó un terrible disgusto. Estuvo a punto de despedirme, pero, como estaba tan apurada y *fraülein* me reclamaba a su lado, se vio forzada a consentir que las acompañara.

»Y fue así como llegamos a Las Hilanderas. Hace más de cincuenta años de aquello y muchos de mis recuerdos están borrosos. *Fraülein* Fiedra murió a los pocos días de llegar a Madrid. Estaba tan enferma que apenas resistió el viaje. *Frau* Gudrun, en agradecimiento por cuidar tan bien de su hija, me permitió quedarme en la finca hasta que diera a luz. Fue muy buena conmigo, tanto que también ordenó al doctor Bauer que se quedara para ayudarme en el momento del parto. Las semanas dieron paso a los meses, y al fin nació mi pequeñina. La bauticé con el nombre de Alba porque era tan hermosa como el amanecer.

Se echó a llorar de nuevo. Se levantó hasta un buró que había al lado izquierdo del comedor y abrió un pequeño cajón con cerradura. De allí sacó un devocionario de cubiertas de nácar. Volvió a sentarse y buscó entre las páginas un pequeño retrato a plumilla muy deteriorado. Se lo mostró a Bruno.

—Esta es la única imagen que conservo de ella.

Él la tomó con sumo cuidado y la miró largamente. Calculó que debía de tener unos nueve o diez años. Rubia, hermosos tirabuzones, ojos claros. Un calco casi exacto de las víctimas. Bruno había memorizado cada uno de los rasgos de los cadáveres. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue un tocado que llevaba. El dibujante lo había plasmado con una nitidez asombrosa. Se apreciaban claramente las valvas de conchas y las pequeñas astas de ciervo. Llevaba, además, el chitón dórico. Exacto al que encontraron en el nicho de Las Hilanderas y en la finca del Cafeto.

—Le hicieron el retrato el día de su décimo cumpleaños —prosiguió Claudia deshecha en lágrimas—. El veintiuno de septiembre. Hicimos una gran fiesta de disfraces. Ella iba vestida de la diosa griega Artemisa. Fue ella misma la que eligió el disfraz. Recuerdo que me dibujó el vestido heleno y cómo quería la diadema. En el retrato no se ve, pero llevaba un arco y un carcaj con flechas. Estaba tan guapa...

—¿No hubo ningún sospechoso de la desaparición?

—No. Se dijeron muchas cosas. Que si unos gitanos, que si un sacamantecas, que un accidente, que si un sátiro...

Cerró los ojos llena de dolor.

—Cuando mi pequeña Alba desapareció ya nada tenía sentido para mí. Hasta ese

momento, nuestras vidas habían transcurrido en un remanso de paz. Mi señora enviaba dinero regularmente. Tras aquello, ella dejó de mandármelo. Me enteré de que estaba alcoholizada y muy enferma. El doctor Bauer me ayudó con el tema económico, aunque venía poco por Las Hilanderas porque vivía por entonces en la capital. Vendí todo lo que pude para mantenerme a flote. Mis joyas, mis carísimos vestidos y pieles, pero el dinero apenas duró. Luego, recibí una carta de los abogados de *frau* Gudrun en la que me obligaban a dejar la propiedad. Me vi en la calle con lo puesto. Fui a parar a un asilo para pobres, donde, después de unos meses horribles, el profesor Cohen me recogió y me trajo a esta casa. Él era el sobrino del doctor Bauer, el hijo pequeño de su difunta hermana. Me recogió de allí para que me hiciera cargo de la educación de Anna.

La miró largamente. Le dio la mano y le besó el dorso repetidas veces. Su pupila se mostró conmovida.

Bruno había escuchado la historia de la mujer con sumo interés. Tal vez esperando que *frau* Rosebaum contara lo que él estaba esperando descubrir con tantas ganas: el misterio del sótano, el de los niños. Pero la anciana ni tan siquiera había comentado nada.

—*Frau* Rosebaum, sé que está usted haciendo un esfuerzo supremo al contarme su historia, y se lo agradezco infinito; sin embargo, todavía me quedan muchas lagunas. Usted acude a Las Hilanderas todas las semanas para poner las flores en la tumba de Alba, luego es obvio que estaba al corriente de la existencia del sótano. ¿Es usted quien mantiene limpia la alcoba de las muñecas?

Ella asintió.

—Trasladé allí todas sus cosas cuando nos echaron de la finca. Yo misma tomé como sepulcro de mi hija la sepultura que hay en la capilla porque el cuerpo de Alba nunca apareció. Esa tumba está vacía, pero me reconfortaba imaginar que Alba estaba allí enterrada. No supe nada de ese sótano hasta que ocurrió lo del incendio, al año más o menos de la desaparición de mi hija. El fuego se originó en una de las habitaciones. Nos dimos cuenta por el humo que entraba por las rejillas de la calefacción y el montaplatos. El doctor Bauer dio con él siguiendo la humareda que salía del armario empotrado de la cocina. Fue cuando halló la portezuela. Él apagó unas cuantas llamas que alcanzaron el pasillo de comunicación. El resto de la vivienda ya se había quemado, pero el fuego estaba extinguido, gracias a Dios. Podía haber ardido toda Las Hilanderas con nosotros dentro.

«Yo estaba en lo cierto. Hubo un incendio, por eso el cuadernillo de dibujo que encontré estaba quemado», pensó Bruno.

—Pero allí no hay ni rastro de que hubiese habido un incendio, *frau* Claudia.

—Alguien reconstruyó el sótano después de que yo me hubiese ido. Ignoro quién fue.

Él elevó la mirada al cielo con hartazgo.

—¿Y los niños que vivían allí? —preguntó incisivo.

—¿Qué niños? —cuestionó ella con las pupilas dilatadas—. Yo no sé nada de ningún niño. Allí no vivía nadie.

Bruno negó al aire, anonadado. Estaba harto de escuchar siempre la misma cantinela.

—No me mienta, *frau* Rosebaum. Yo mismo vi el cuarto de juegos, los soldaditos de plomo y las habitaciones. Vi los dibujos que habían hecho. Es imposible que usted no supiera nada de esos muchachos.

Claudia estaba hecha un manojo de nervios.

—Le juro por Dios que yo no sé nada de esos dos niños.

—Yo no he dicho nada de que fuesen dos —arguyó él con los ojos entornados.

—Lo he dicho por decir. Estoy muy nerviosa, señor Moreto.

—Ya. Y de los nichos que había en las paredes de la capilla, ¿tampoco sabe nada de eso?

—¿Qué se supone que tengo que saber? Ya estaban allí cuando descubrimos la capilla. ¿Qué tengo yo que ver con esas tumbas?

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó perdiendo los nervios.

Se levantó impulsivamente y se pasó la mano por el cabello, desesperado.

Anna se acercó hasta él y le pidió calma con un gesto. Le rogó que volviera a sentarse. Él así lo hizo, pero no por ello iba a cejar en su empeño.

—Está bien, *frau* Rosebaum. Dígame al menos quién era su ama de cría. ¿Cómo se llama en realidad? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Murió hace algunos años. Era ya muy mayor y estaba enferma, la pobre.

Y según escuchaba esa respuesta, a Bruno le vino a la mente la imagen de la anciana que estaba postrada arriba. Se levantó y corrió hacia las escaleras sin dar explicación alguna.

—Bruno, ¿dónde vas? —le gritó Anna pálida del pismo.

—A ver a *frau* Kofman. Ella es la Nani.

La cara de espanto de Claudia no tenía parangón.

—¡*Frau* Kofman está privada del habla, señor Moreto! Lleva más de una década sin decir una sola palabra. Además, ni siquiera sabe escribir. ¿Qué le iba a decir ella que no le haya dicho yo?

Bruno hizo oídos sordos y subió el tramo de escaleras. Anna le fue a la zaga, sin salir de su asombro.

—¡Por Dios, Bruno! Espera un momento.

Claudia, mientras tanto, con los nervios a flor de piel, agarró con fuerza su devocionario y lo besó con los ojos cerrados. Luego, fue hasta la entrada y agarró su capa, su sombrero, y salió de la casa. No aguantaba más. El joven no había creído una palabra de lo del sótano, pero es que no podía decirle toda la verdad. Si contaba lo que sabía sobre esos dos niños, «él» vendría para matarlas a las tres, incluso a la pobrecilla de Diomar. Y estaba segura de que también mataría al señor Moreto por entrometido. Tenía que irse a misa. «Sí, eso es —se dijo a sí misma—, iré a misa y

rezaré. Nuestro Señor sabe que yo ya he purgado mis pecados».

Bruno llegó frente a la puerta del cuarto de *frau* Kofman y llamó repetidas veces. Anna, con la respiración acelerada, movió el picaporte para abrir, pero no cedió ni un ápice.

—Se lo he repetido mil veces a Claudia —se quejó—. La vieja se encierra con pestillo cuando le viene en gana. Ya me dirás cómo puede hacerlo si se supone que está impedida. Claudia dice que es culpa de la puerta, que se atasca. Desde luego no hay peor ciego que el que no quiere ver. —Repiqueteó en la puerta con insistencia—. ¡Abre de una maldita vez, Ursula! Si no lo haces llamaré a las hermanitas de la caridad para que vengan a por ti.

Tras varios minutos, se oyó un chasquido suave y ambos esperaron un tiempo prudencial para entrar.

La anciana, encamada, tapada hasta las orejas, sujetaba con fuerza las mantas. Bruno se acercó y la miró fijamente.

—He venido a hablar con usted sobre el sótano de Las Hilanderas. Sé que fue la Nani de esos dos niños que vivieron en él.

Ursula emitió varios quejidos insistentes, haciendo ver al joven que temía las represalias de Anna. Asomó el cogote hasta dejar al descubierto los ojos. Eran tan claros que él se sintió sobrecogido. El gesto de la anciana fue vehemente: no quería que la muchacha estuviera allí. Si no se marchaba, no asomaría la nariz de debajo de las mantas.

—Será mejor que esperes fuera —le dijo Bruno—. Te llamaré si te necesito.

Ella, bastante irritada, se levantó y salió cerrando tras de sí.

En cuanto se quedaron solos, la anciana salió de su improvisado escondite y se recostó sobre algunos almohadones en el cabecero de la cama. Miró a Bruno fijamente, dándole pie a que dijera lo que tuviese que decir.

—Ya he hablado con *frau* Rosebaum sobre Las Hilanderas. —*Grosso modo*, le resumió por encima lo que le había contado Claudia—. Necesito respuestas que solo puede darme usted. Me han dicho que no puede hablar y tampoco escribir, pero podríamos buscar otro modo de comunicarnos. Si le parece bien, yo le haré algunas preguntas y usted puede contestarme cerrando los ojos. Una vez si es «sí» y dos si la respuesta es «no». Prometo que la dejaré tranquila si se fatiga. ¿Acepta ayudarme?

La anciana pestañeó una vez.

—Bien —dijo Bruno animado por ese gesto positivo—. Sé que dos niños vivieron en el sótano de la propiedad hasta que ocurrió el incendio, pero hasta ahora no he logrado que nadie corrobore este dato. ¿Podría confirmármelo usted, señora Kofman?

Ella, lejos de mostrarse sorprendida por las afirmaciones de Bruno, le miró altiva.

Así que la pánfila de Claudia había escurrido el bulto una vez más y le había contado a ese jovenzuelo solo mentiras; o «verdades a medias», como le gustaba llamarlas a ella. Iba a cerrar los ojos una vez para contestar afirmativamente, pero le pareció ridículo tener que asentir o negar a base de pestañeos. Además, aquel mequetrefe no se enteraría de nada. Y ella, en lo más profundo de su corazón, siempre había esperado que llegara ese momento. Su minuto de gloria, su venganza.

—Soy *fraülein*, no *frau* —respondió ella con voz clara y firme ante el asombro de Bruno, que no daba crédito—. Jamás me casé, aunque no me faltaron pretendientes. Fui una joven muy bella, ¿sabe? Una mujer que tenía a los hombres rendidos a sus pies, pero que tuvo una suerte muy negra en el amor.

Él cabeceó maravillado. La anciana no solo podía hablar, sino que gozaba de una magnífica verborrea y una estupenda dicción del español. Después de cincuenta años en España no hubiera esperado menos. La miró fijamente a los ojos sin reservas para hacerle patente su repulsa hacia un comportamiento tan mezquino. Pudo ver en ellos el odio que la consumía. Un odio voraz e impío que clamaba por exigir su puesto en el cerrado mundo de esas tres mujeres.

Ursula le regaló una mueca glacial.

—No se atreva a juzgarme, botarate. No tuve más remedio que fingirme enferma y muda. A veces una mujer se ve forzada a comportarse como una mala pécora. Claudia quería echarme a la calle. A mí, a su protectora. No espero que entienda mis motivos al hacer algo tan rastrero, pero sepa que todos en esta vida hemos de pagar nuestros pecados de una forma o de otra. Claudia debe purgar así los suyos, cuidando de mí. Es lo menos que puede hacer después de lo que ocurrió.

Bruno sintió un vuelco en el corazón ante la expectativa de saber al fin la verdad.

—Esa bobalicona de Claudia le habrá contado a usted que *fraülein* Fiedra estaba enferma, pero nada más lejos. *Fraülein* era una niña consentida, díscola, resabiada en asuntos de alcoba y muy ligera de cascos. Al menor descuido, se escapaba del palacete y huía a los arrabales de Sankt Pauli, uno de los lugares más impúdicos de Hamburgo, donde las putas, la bebida y el juego campaban a sus anchas. Esa chiquilla sabía cómo poner en jaque a su soberbia madre y a la mojigata de la institutriz. Y a pesar de todos sus desvelos, «la preñaron». El galán que la sedujo era un señorito de posibles, aunque sin gotita de sangre azul en las venas, que gustaba de las timbas y de las furcias de aquel arrabal. Fue él quien la llevó a esos tugurios de mala muerte para divertirse. Era un mujeriego sin escrúpulos, que se llevaba a la cama a cualquier escoba con faldas. Pero no fue a la única que dejó embarazada. Claudia cayó también presa de su hechizo, y le robó la honra. Ambas, pupila e institutriz, esperaban un hijo del mismo hombre. Imagine usted el escándalo y la mofa que se hubiese armado entre esa chusma de estirados.

Ursula hizo una pausa dramática para vanagloriarse del gesto de asombro que había logrado provocar en Bruno.

—Cuando *frau* Gudrun se enteró —prosiguió—, era tarde para tomar cualquier tipo de medida. Fiedra estaba ya de seis meses y era muy peligroso someterla a un aborto clandestino. Consultó con el médico de la familia, el doctor Adam Bauer, y él le aconsejó que lo mejor sería poner tierra de por medio para ocultar el inminente parto de la niña y que, una vez hubiese nacido el fruto de aquel pecado, lo abandonaran en una casa cuna del lugar o en el torno de una iglesia. Después, ambas regresarían a Hamburgo sin sombra de aquella mácula. A ojos de toda la aristocracia germana, las Schäfer emprenderían un largo viaje de placer a algún país exótico. Nadie debía saber el verdadero destino al que se dirigían. Se decidió que Claudia las acompañaría. Pero ella iba a necesitar un ama de leche, a ser posible alemana, por aquello del idioma y el trato familiar. Dejó caer entre la servidumbre que una conocida suya necesitaba una nodriza de toda confianza y que estuviera dispuesta a pasar una larga temporada fuera del país. Imagínese. Por una vez en la vida, yo estaba en el lugar indicado y en el momento preciso. Nadie sabía que yo estaba también embarazada. Lo oculté para que me dieran el trabajo de fregona mientras llegaba el momento de dar a luz y encontraba empleo en otra casa como ama de cría, pero iba para seis meses de gestación, al igual que *fraülein*. En cuanto pude abordarla a solas, me ofrecí. Y tuve suerte porque ellas estaban tan apuradas por la inminente partida que no hubo tiempo de pedir referencias ni recomendaciones. De haberlas pedido, sé que jamás me hubiesen aceptado. Yo era una campesina muerta de hambre. Una mala yerba.

»Después de un largo camino, esquivando las fondas y paradores donde podrían reconocer a las Schäfer, llegamos a Madrid una noche de tormenta. Íbamos en dos carruajes. Claudia, Frieda y yo en uno, y el doctor y *frau* Gudrun en otro. Ambos coches iban atestados de enseres. Al llegar a Manzanares del Real, los dos carruajes se separaron por culpa del gran temporal que asolaba la región. Nosotras llegamos a Las Hilanderas de madrugada, pero nada sabíamos de la suerte que había corrido la otra carroza. La finca estaba vacía, el servicio todavía no había sido contratado, a excepción del guardés que nos abrió los portones y nos acomodó como Dios le dio a entender.

»Debió de ser cosa del cambio de luna porque Frieda y yo nos pusimos de parto a la vez. Por circunstancias que no voy a contarle a usted, con solo veinte años, yo ya había sido madre de cuatro hijos; si bien es cierto que todos ellos nacieron muertos. Y en apenas tres horas de dolores ya tenía a mi retoño entre los brazos. Parí sola, sin ayuda de nadie, tal y como había dado a luz a mis otros hijos. Recuerdo que, nada más verle la carita al bebé, le besé en la frente. Era mi primer hijo deseado, el que me permitiría quedarme como ama de leche del hijo de Claudia. Y, tal vez por desear aquello con tanta fuerza, Dios me castigó. El bebé que acababa de parir era tan pequeñito que su cabeza no alcanzaba el tamaño de una bola de billar. Estaba consumido, su piel era tan pálida que se le notaban todas las venas del cuerpo. Era como un niño esculpido en nieve pura. Cuando abrió los ojos, me horroricé. Ni

siquiera tenían color, solo una pequeña y roja mota en medio de un iris nacarado. Pensé que era ciego. Supe, con solo mirarle, que estaba muy enfermo. Aun así, lo abrigué con varias estolas de piel de zorro y lo metí en un cestillo que arrimé al calor de la lumbre. Allí permaneció tres horas sin que yo le oyera llorar ni reclamar alimento. Hasta que caí en la cuenta de que, a esas alturas de la noche, Fiedra ya habría dado a luz también. Salí de mi cuarto y me dirigí al que ocupaba ella. Un silencio absoluto me recibió. La muchacha seguía tumbada sobre la cama, sin moverse, parecía estar dormida. Claudia roncaba a su lado, con la cabeza apoyada entre las rodillas. Tomé el pulso a Fiedra y comprobé que hacía muy poco que se la había llevado Dios. Estaba aún caliente. Levanté las sábanas y contemplé un gran charco de sangre. Horrorizada, pensé en despertar a Claudia, pero ella pondría el grito en el cielo y no sabría ni qué hacer. Era una inútil. La chica ya estaba muerta, aunque su hijo podría estar vivo todavía. Yo ya había visto cosas así en la granja, cabritillos y terneros que se quedaban atravesados en el vientre y mataban a sus madres. A veces se les rasgaba la tripa con una navaja para salvar a las crías. No sé cómo me vi con fuerzas para hacer lo que hice. Fui a la cocina y agarré el cuchillo más afilado que encontré. Abrí el vientre de aquella chiquilla y le saqué al bebé.

Bruno escuchó aquel episodio con un nudo en la garganta. Ursula pidió agua y él sirvió un poco de una botella que encontró en la mesilla. Tras beber, la anciana prosiguió con su narración.

—El niño de Fiedra era perfecto. Un muchacho fuerte y sano, con una preciosa mata de pelo color del cobre y grandes ojos verdes. Era igual que el canalla de su padre. Ni siquiera me lo pensé. Codicié a su hijo mucho antes de ver siquiera cómo era. Cualquier bebé sano me hubiese valido. Mi pequeño no era más que un despojo que ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Moriría igual que murieron los otros cuatro y yo perdería mi leche. Se cuajaría en mis pechos. Mas si lo cambiaba por el bebé de Fiedra, al cual iban a abandonar como un perro, yo podría seguir al lado de Claudia. Sería su ama de leche. Cambié a los críos, Dios me perdone. La tonta de Claudia ni se enteró. Ella seguía dormida como una ceporra. La desperté y le conté que yo misma había salvado al hijo de Fiedra, pero que diría a todos que había sido ella, la valiente Claudia. Sin embargo, jamás pensé que mi hijo saldría adelante. Jamás lo pensé, se lo juro a usted por lo más sagrado. Creí que moriría a las pocas horas, quizá unos días más tarde a lo sumo.

»A la mañana siguiente, cuando *frau Schäfer* al fin llegó acompañada del doctor Bauer, creí que teníamos que enterrarla con su hija, tal fue el trastorno que sufrió al ver lo que había pasado. Nos ordenó a todos que saliéramos del cuarto y la dejáramos sola con su pequeña. La veló tres noches. Hasta que al fin, cuando amanecía, dejó que el doctor Bauer se encargara de todo el papeleo para el embalsamamiento y traslado del cadáver a Alemania. Fue entonces cuando preguntó por su nieto. Claudia se lo mostró, recién bañado y vestido con uno de los trajecitos que su hija había elegido para él. Parecía un pajarillo entre aquellas organzas y puntillas. Todo le venía grande.

“Llevaos a esta cosa de mi vista —dijo sin apenas mirarlo—. Cuando se muera que lo entierren en un hoyo del jardín, sin derecho a cruz alguna”. Pero el doctor Bauer luchó día a día por él. Y quiero pensar que mi leche también ayudó. Y *frau* Gudrun decidió, muy a su pesar, no abandonar al retoño en un orfanato al ver que toda su descendencia acababa en ese niño. Él era todo lo que le quedaba para que su imperio no muriera con ella. No existía nadie más con la sangre de los Schäfer. Sería su único heredero. Sin planearlo, había ofrecido a mi hijo un futuro que yo jamás podría haberle dado. Conmigo ni siquiera hubiese podido seguir respirando.

»Ordenó que se acondicionara el sótano de Las Hilanderas para que los dos niños convivieran juntos. Nadie tenía que saber nada de su existencia. Ese fue el castigo que le impuso a la aviesa criatura que le había robado a su adorada hija. Y así crecieron los dos, ocultos, sin ver la luz del sol. Y nosotras, Claudia y yo, consentimos ese calvario. Juramos guardar el secreto a cambio de dinero. El doctor Bauer arregló las partidas de nacimiento para que pudieran ser bautizados en la más absoluta intimidad y se les impuso un nombre a cada uno: Frederick Schäfer y Otto Kofman. Señor y criado. Pero no crecieron como las fieras. No. Se les ofreció una educación. El doctor, al tiempo que cuidaba de la salud de Frederick, les enseñó las primeras letras. Luego, con los años, tuvieron varios tutores privados, de la entera confianza del doctor. Los dos niños eran muy leídos. Y puedo jurar que se querían como hermanos. De hecho, creímos conveniente decirles que lo eran. Fue una mentirijilla piadosa para que ninguno se sintiera menos que el otro y llevaran mejor su “cautiverio”.

Ursula, por unos instantes, se perdió en el hilo de sus pensamientos. Recordó la conversación que mantuvo con la institutriz esa maldita noche. «Ya te falta poco para parir, Claudia —le dijo con los ojos entornados en una fina línea y un mohín de astucia en sus labios—, y sé muy bien quién es el padre de tu retoño porque es el mismo que el de estos otros dos niños».

Mintió sin pestañear. Ella ni siquiera conocía a ese tal Nikolai, lo más cerca que había estado de él fue para recogerle los guantes y el sombrero con una servil reverencia. Pero dada su fama de bebedor y mujeriego, que no hacía ascos ni a fregonas ni a reinas, seguro que ni él mismo podría desmentir su paternidad.

«Los tres están unidos por la sangre y deben permanecer juntos —prosiguió diciendo Ursula a Claudia, que se quedó sin habla tras contarle aquello—. Tienes que convencer a la señora de que no abandone a su nieto. Ella es una mujer piadosa y no querrá cometer un pecado así. La sangre de su única hija corre por las venas del pequeño. Él es ahora el heredero de su fortuna y de su imperio. Puede que no sea un niño perfecto, puede que incluso esté ciego; pero es su único nieto. Y, sí, también puede que ella tarde en aceptarlo, pero llegada su vejez no lo dudará. Lo nombrará su heredero universal».

Volvió a reírse con malicia ante el pasmo de Bruno.

—Perdone usted a esta pobre vieja —le dijo al joven, que la miraba como si la

anciana hubiese perdido el juicio—. Con tanto remover recuerdos me vienen a la mente pequeñas cosas graciosas y no puedo evitar reírme. Tengo muy pocas oportunidades para hacerlo ya.

—No tiene por qué disculparse. Me hago cargo —le dijo intentando ser amable, aunque aquella historia nada tenía de graciosa—. Verá, me interesa todo lo que sepa usted sobre la extraña desaparición de Alba. ¿Presenciaron los niños algo de lo que realmente ocurrió? ¿Conocían a su captor? ¿Murió la pequeña?

Ella se demoró en responder. Naturalmente que sabía la respuesta a las preguntas que aquel impertinente joven le estaba haciendo, pero ni por lo más sagrado le respondería a ellas.

—No voy a contarle nada de lo que ocurrió con Alba, jovencito. Ni siquiera si está viva o muerta. Ese secreto vendrá conmigo a la tumba aunque mande usted a la policía para que me prenda. Yo me he confesado de algunos de mis pecados con usted, y será por ellos por los únicos que purgaré llegada mi hora.

Aquella respuesta hizo que a Bruno le hirviera la sangre en las venas.

—¿Y su hijo? ¿Dónde está ahora su hijo? ¿Dónde fue después del incendio del sótano?

«Mi hijo», pensó ella con desprecio. Había resultado ser un mal bicho. Con todo lo que había hecho por él..., y le pagó con el abandono y la soledad. Ella se sacrificó como una buena madre. Había renunciado a todo para cuidarlo y estar siempre a su lado, velando por él. Le había convertido en el heredero de un imperio. Y en cuanto *frau* Schäfer estiró la pata, él arrambló con la herencia y la abandonó. Ni siquiera le dejó un techo sobre la cabeza para cobijarse. Para ella, su hijo estaba tan muerto como los otros cuatro que parió. Muerto y enterrado.

—Mi hijo murió en el incendio. Se asfixió con el humo. Los dos muchachos murieron. Además, no está bien hablar mal de los muertos. Estoy segura de que a estas alturas él estará expiando todos sus pecados en el purgatorio o en el infierno, aunque no dudo que Dios, en su infinita misericordia, le haya perdonado. Quiero pensar que ya queda poco para verle de nuevo. Estaremos juntos para toda la eternidad.

Bruno contuvo una maldición. Aquella anciana mentía. Durante su narración no había dudado en inculpar a *frau* Rosebaum a su conveniencia, pero ahora que necesitaba respuestas concisas y verdaderas se cerraba en banda.

—Su hijo no murió en el incendio. Su hijo tiene secuestradas a varias niñas pequeñas y las matará. ¿No le parte el alma que esas criaturas mueran? Por el amor de Dios, necesito que me diga dónde puede tenerlas retenidas. ¿Dónde fue después del incendio? —volvió a preguntar.

Ursula torció la boca en un gesto de desagrado y ahogó un grito de altivez que le supo a puro veneno.

—No se atreva a llamarme mentirosa, jovenzuelo impertinente. Ese asesino al que busca no es mi hijo. El hijo de mis entrañas murió, ya se lo he dicho. Está usted

buscando a un fantasma, y quien se empeña en desenterrar cadáveres corre el riesgo de toparse con el suyo propio. Deje que los muertos descansen en paz. A mí solo me resta reunirme con él y darle cuentas al Altísimo. Usted quería saber la historia de esos dos niños y si realmente existieron. Yo ya le he dicho lo que tenía que decir.

Por más que él insistió y apeló a su conciencia sobre las pequeñas secuestradas, no consiguió que Ursula dijera una palabra más del asunto. Los ojos de lluvia de la anciana se perdieron para siempre en las aguas profundas de otros más claros aún que los de ella. En los de su padre, el Ángel Exterminador, cuyo recuerdo regresaba de nuevo a atormentarla con cadáveres de niños enterrados en el huerto.

Bruno, hastiado, se levantó para abandonar la habitación. Ni siquiera se despidió de la anciana. Fue cuando oyó una melodía familiar a su espalda. Se giró bruscamente y sus ojos se clavaron en la caja de música que la mujer acababa de sacar de debajo de su almohada, donde la tenía escondida como un tesoro. Ella la miraba extasiada.

—Es una hermosura —dijo Bruno con voz suave—. ¿Se la regalaron a usted?

—Era de mi madre. Fue lo único que me llevé de la granja donde me crie. Pertenece a un juego de dos cajas gemelas de música, pero una de ellas se quemó en el incendio del sótano de Las Hilanderas. Yo se la ponía a mi hijo para que durmiera mejor. A él le encantaba. Además, tienen su gracia, si se juntan las dos cajas, la melodía se puede escuchar entera. El comienzo en una y el final en la otra. Es una pieza única... ¿Verdad que son graciosas las libélulas de latón?

Bruno ni siquiera la oía. Él había visto la caja gemela en algún sitio, pero ¿dónde? Se frotó las sienes pertinazmente intentando recordar. ¿Dónde?

—¿Me permite verla más de cerca?

—¡No! —exclamó Ursula agarrándola con fuerza y protegiéndola contra su pecho—. ¡Es mía! ¡Lárguese de aquí ahora mismo!

Salió de la habitación con un desasosiego terrible. Cuando atravesó el largo pasillo que llevaba a la escalera, la fatiga se había adueñado de él hasta tal punto que parecía anestesiado. La intensa conversación y el ahínco empleado en sonsacar a *frau* Kofman le pasaban factura. Aunque había algo más en aquel cansancio lacerante. Por un momento fugaz, su mente había proyectado la imagen de la caja gemela de *frau* Kofman. Fue un fogonazo, una filigrana resplandeciente entre miles de imágenes e ideas agazapadas en su subconsciente.

Él sabía dónde había visto esa condenada caja de música. Estaba seguro, pero a un tiempo se cuestionaba la veracidad de la revelación que su cerebro había almacenado trivialmente, como solía capturar toda la información y las escenas vividas durante el día; un dato más, un nombre más, una palabra nueva más...

«¡No puede ser!», se repitió una y otra vez.

Expandió los pulmones intentando atrapar todo el aire posible. Tenía que tranquilizarse.

Anna, nada más verle atravesar la puerta, fue a su encuentro. En su rostro se

reflejaba el estupor que sentía al verle en aquel estado de ansiedad. Tenía unas ganas irrefrenables de sonsacarle algo de aquella larga conversación. Porque ya daba por hecho que había logrado que esa condenada vieja hablara. Pero se contuvo. Bruno estaba muy pálido y se le veía alterado de veras.

—Necesito ordenar mis ideas —dijo él sin mirarla—. Tengo que pensar. Necesito pensar. Debo pensar...

Anna se quedó estupefacta por aquella respuesta, pero comprendió que no lograría sacar nada en claro de lo ocurrido en aquella alcoba. Siguió con la mirada el recorrido de Bruno a través de las escaleras y bajó tras él en completo silencio. Él abrió la puerta de acceso a la tienda, bajó la escalerilla de caracol y salió sin despedirse.

Anduvo sin rumbo durante horas. Su mente no dejaba de enmarañar pensamientos. Ni siquiera *frau* Kofman había dicho toda la verdad. Esos niños no fueron castigados. No cumplían una condena absurda en el sótano para pagar culpas imaginarias. El pequeño Frederick estaba enfermo. Se le había construido un refugio probablemente para aislarlo de las enfermedades del mundo exterior y de su enemigo mortal: la luz, el sol. Bruno recordó las palabras de *frau* Kofman al describir a su hijo: «Su piel era tan pálida...», «Cuando abrió los ojos, me horroricé. Ni siquiera tenían color, solo una pequeña y roja mota en medio de un iris tan blanco como la nieve. Pensé que era ciego». Estaba seguro de que la anciana había descrito una enfermedad llamada albinismo. El niño padecía el grado más grave de ese mal, que afectaba a los ojos, a la piel y al cabello. Ató cabos al recordar que Louper contó que el doctor Bauer se había especializado en aquella dolencia y que había tratado a varios niños afectados. Todo cuadraba. Él fue quien se encargó de Frederick. Por eso se quedó en España. Sin embargo, el otro muchacho, el auténtico heredero del imperio Schäfer, había sido el indiscutible prisionero allí. Como supuesto hijo del ama de cría, era un lacayo más en la nómina de Las Hilanderas. Un niño obligado a permanecer junto a su pequeño señor mientras ambos crecían ocultos a un mundo cruel. Una sociedad ignorante que jamás hubiese aceptado a un niño con los atributos de Frederick. Y Alba fue la niña que compartía juegos con ellos, pero con libertad absoluta para vivir en la planta de arriba y salir al exterior. Ella era quien cogía las valvas de conchas y traía las flores azules. Quien respiraba el aire puro y gozaba de la libertad que ambos no tenían.

De repente, se le coló en el cerebro una frase de la última conversación que había mantenido con Edmundo Dantés. «Vuelva a los orígenes del monstruo y lo encontrará».

¿Y qué hubiese dicho su maestro Olmedo al respecto? «Jamás pases por alto apuntar todo sobre tu olfato sensorial, Bruno. Las primeras impresiones se pierden al paso de las horas. Ellas serán tu punto de referencia. Hablarán donde no lo hagan los resultados de las pruebas recogidas y tú acudirás a ellas como si fueran los mejores testigos de la escena del crimen».

Tenía que regresar a la cripta de Las Hilanderas. En ese sótano estaba el origen no solo del monstruo, sino también de esos tres niños.

Dio el alto al primer coche de punto que le salió al paso.

—A la dehesa de la Villa —le dijo al cochero—. Tire usted, que ya le iré indicando.

Tras más de una hora de trayecto, atisbó al fin el camino que llegaba hasta la finca.

Una vaharada rancia y húmeda le recibió al penetrar en Las Hilanderas. El suelo de madera polvorienta parecía un damero de luces y sombras proyectado por los sesgos de luz que penetraban a través de los cuarterones de las ventanas.

Los ojos de Bruno escrutaban medrosos los lóbregos contrafuertes de las cornisas como si en cualquier momento fueran a saltar sobre él. Se sacudió de encima la aprensión que aquella casona despertaba en él. Había un halo trágico en aquella propiedad, podía respirarlo a cada paso que daba hasta la hermosa escalinata que presidía el fondo del salón.

Bajó con rapidez las escaleras para acceder al piso de abajo. Cogió un farol de la cocina y lo encendió. Fue directamente hasta el armario que ocultaba la portezuela de entrada al sótano. Quitó la alfombrilla y la abrió. Luego se introdujo por el agujero y bajó los peldaños que le separaban del pasadizo.

Era imposible no pensar que en cualquier lugar de aquel sótano podía encontrarse al Recolector esperando para cobrarse la vida que aquella maldita noche le regaló.

Comprobó con aprensión que todas las puertas de reja estaban abiertas de par en par. Lejos de amedrentarse, apresuró sus pasos para dirigirse a la capilla.

Manchones de gotas negras, enquistadas por el paso del tiempo, recorrían el techo en dirección al suelo de mármol. Percibió un olor familiar. Era un aroma a mirra mezclado con el rancio hedor de las velas añosas, casi petrificadas por la falta de uso.

En el centro del techo abovedado pudo ver una vidriera policromada que no apreció en su primera visita, tal vez porque entonces no pudo distinguirla a causa de la oscuridad del cielo y las raíces que se retorcían como cornamentas de ciervo en torno a ella. Se apreciaba el dibujo del alfa y la omega que filtraban los rayos del sol, proyectando colores sobre la sepultura de mármol. En su tapadera, un ramo de alfileres de viuda. *Frau* Rosebaum había estado allí. Las flores eran frescas. Más allá, en la pared derecha, estaban el ara y la cruz. Sobre el pretil de otro vitral ciego, de forma ojival, había un pequeño altar con varios cuencos de ofrendas, que contenían conchas, equinoideos, esqueletos de golondrina y pequeños cadáveres de libélula. Aquellas ofrendas no estaban el día que Bonaventura y él inspeccionaron a fondo la capilla.

Le vinieron a la mente las últimas palabras que pronunció el doctor Carrubias antes de morir. «Espejito, espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es, de todo este reino, la más hermosa?».

Repitió las primeras palabras de la frase. «Espejito, espejito en la pared». Rastreo con la mirada las paredes en busca de un espejo. No vio ninguno. Demasiado obvio. Las palpó en busca de alguna entrada secreta, sin éxito. Regresó al altar. El vitral

ojival era opaco, completamente ciego. Una película de mugre se había adherido a los cristales de colores y a los fragmentos de latón que salpicaban la composición geométrica. Frotó una de las esquinas con el puño de su manga y un pequeño destello brotó de la suciedad. Le pasó todo el antebrazo hasta que las piezas de metal relucieron como el oropel.

Esperanzado y con los nervios agarrotándole la garganta, comenzó a tantear los cristales y las piezas de latón. Pero por más que lo intentó no sucedió nada. Frustrado, se sentó en un escalón del altar mayor repitiendo una y otra vez la última parte de aquella maldita frase. Hasta que, de repente, sintió un impulso. Volvió a colocarse frente al vitral y miró su reflejo en las piezas de metal pulido. Tenía un aspecto lobuno: unos cercos oscuros rodeaban sus ojos, testigos del insomnio. El pelo le caía en mechones desordenados sobre el rostro. El corbatín deshecho, la camisa abierta. Colocó la mano izquierda sobre su reflejo en el vitral. Presionó con fuerza. Al instante, se oyó un chasquido seco y el sonido metálico de varios resortes. Toda la parte central de la vidriera cedió a la presión de su mano. El altar entero capituló, dejando una rendija abierta en el muro.

«¿Realmente quieres seguir adelante? —se preguntó—. ¿Qué buscas? ¿Salvar a esas pobres niñas? ¿Venganza? ¿Autocomplacencia? ¿La redención a tus pecados?».

«No hay tiempo para la reflexión», se respondió a sí mismo al tiempo que cogía el farol y se introducía por aquella rendija.

Nada más atravesarla se quedó detenido en el umbral escrutando la oscuridad de aquel inmenso pasadizo. Elevó el fanal hacia las sombras y vio que al fondo se percibían varias entradas más. Le parecieron las antiguas conducciones subterráneas que transportaban el agua hasta Madrid. Un caño de cemento atravesaba el suelo de las minas. Las paredes y el techo abovedado estaban revestidos de ladrillos.

Intentó orientarse, pero la oscuridad se acrecentaba a medida que dejaba atrás la apertura de la cripta. La luz temblorosa que otorgaba el farol era mínima. Prestó oído. Un murmullo de agua se dejó sentir en el silencio. Decidió seguir su procedencia.

El cansancio acumulado hizo que el avance a través de los túneles se le hiciera eterno, acompañado tan solo por el sonido de sus latidos y su respiración. Los pies se le hundían una y otra vez en aquel limo denso y oscuro, que ni era agua ni era barro, y que escurría como si el agujero fuera el intestino de la tierra. Oyó el llanto de un bebé. Juraría que estaba muy cerca. Se detuvo a escuchar. Al oírlo de nuevo no tuvo ninguna duda, provenía del fondo del túnel donde el sonido del agua se acrecentaba y se percibía una leve claridad. Apretó sus pasos hacia la refulgencia anaranjada.

La atmósfera estaba cargada de una densa neblina de humo. Olía a cera, a incienso, a tierra y madera, y al inconfundible perfume de la muerte, tan difícil de definir, pero para él tan cotidiano. Se obligó a respirar por la boca para no percibirlo con tanta intensidad. Subió un tramo de escalones para acceder al último sector de aquel laberinto y no pudo evitar quedar maravillado al contemplar lo que tenía ante sus ojos.

La mina se había convertido en una inmensa caverna. El techo se amplificaba en una gran bóveda apuntalada por arcos y columnas de piedra caliza y arenisca. Poseía la majestuosidad del interior de un palacio griego. Varios óculos en el centro de la cúpula dejaban pasar la luz del sol, rasgando la oscuridad como un cuchillo.

Ante Bruno se extendía un largo pasillo, a cuyos lados discurrían sendos canales de conducción de agua de un metro de ancho. Cada pocos pasos había un pebetero de bronce encendido. El estrecho corredor por el que caminaba iba a dar a una plataforma rodeada por un profundo foso, de la misma anchura que los desagüeros. El suelo estaba pavimentado de mosaico en tonos tierra, que formaban vistosas cenefas geométricas. En el centro de ella se elevaba una escalera de caracol de hierro forjado, que pasaba a través de la gran cúpula del techo y que ascendía a varios metros de la superficie.

Bruno reconoció aquella escalinata como parte de la torre de la isla del lago. Imaginó que la entrada que conducía hasta allí estaría flanqueada.

«Las ofrendas están ahí, en las espirales», recordó al mirar la inmensa escalera de caracol.

Una treintena de escaños tallados en piedra se alzaban tras el foso, tomando la forma de un anfiteatro. A espaldas de los sitiarios partía una grotesca sucesión de huecos excavados en la roca, que se elevaban como una macabra torre de Babel creada por un dios pecador y soberbio. Cientos de velas encendidas iluminaban el cubil. Al igual que en la cripta de Las Hilanderas, cada uno de aquellos nichos estaba rodeado de una suerte de conchas y equinoideos y habían sido selladas por tapas de mármol en forma redonda. Cinceladas en ellas, incontables hileras de números.

Centró su atención en la escalera de caracol y en la figura que descendía lentamente por ella. Al bajar el último peldaño se quedó detenida en el centro del círculo.

Bruno casi no podía respirar. Le ardían los pulmones.

El recién llegado iba embozado en una capa. No llevaba sombrero, y el cabello blanco, peinado hacia atrás, le caía sobre los hombros. Se apoyaba en un bastón cuyo mango era una esfera de vidrio engarzada a una garra de plata. Llevaba gafas de cristales ahumados.

No necesitó más que un vistazo para saber que se trataba de Edmundo Dantés. Dio unos pasos al frente y se quedó a escasos tres metros de él. Se sorprendió del estupendo estado físico del que parecía gozar. Ni sombra de la silla de ruedas ni del aparato de oxígeno.

—Oh, Bruno, Bruno, Bruno... El valiente caballero de brillante armadura... Al fin ha encontrado La Torre del Atlante —señaló la escalera—, tras superar las distintas pruebas que el destino le puso en el camino. Ya solo le queda rescatar a las princesitas.

Dantés se acercó un poco más. Lo suficiente para que el joven pudiera contemplar con más nitidez sus ojos carmesí. Para ello se desprendió de las lentes muy despacio.

Su iris era blanco, ramificado por vetas tan rojas como su pupila. Semejaban una tela de araña que respirara con vida propia. Bruno apreció que sufría nistagmo, un movimiento involuntario del globo ocular que le confería una mirada inquietante. No pudo evitar un escalofrío. Le parecieron los de una fiera al acecho.

Dantés leyó en los ojos de Bruno y supo que el muchacho había ganado la batalla, daría igual cómo acabara aquella lucha titánica que él jamás inició, pero en la que se vio involucrado sin apenas ser consciente de ello. No se había dado por vencido cuando le había servido en bandeja al demente de Max. A pesar de las pruebas en su contra y de su intento por convencerle de que él era el Recolector, no creyó jamás en su culpabilidad. Y, por supuesto, no había sido el azar el que le había llevado a descubrir al Recolector. No. No iba a ser tan pueril como para no admitir la derrota. Se sintió miserable. El joven no veía ya en él al hombre, solo contemplaba al monstruo. No había fascinación, sino un brutal y verdadero desprecio.

—¿Ha venido usted solo?

—Así es. Solo.

—¿Y es así como piensa atrapar al monstruo? ¿A mano descubierta, sin espada ni escudo? Imagino que al menos habrá traído con usted un talismán protector.

Bruno se echó la mano al pecho donde pendía el saco de amuletos que le había regalado Uma al llegar a La Luz de Helios, y lo agarró con fuerza.

Dantés elevó una ceja con aire crítico y sonrió dando su beneplácito.

—¿Qué le parece el baluarte del Círculo del Alba? —preguntó—. ¿No es grandioso este altar? —Abrió los brazos girando sobre sí mismo—. De haber sido otras las circunstancias que le han traído hasta aquí, le hubiese mostrado con todo detalle las instalaciones y los laboratorios. También las múltiples entradas y ramificaciones que tiene esta ciudad en miniatura. Pero me temo que tendremos que dejarlo para otro día. Por cierto, tendrá que disculpar a *herr* Krauser. Está supervisando la protección de la finca junto con mis hombres. Su visita no es de cortesía. Aun así, permítame tratarle como a un invitado.

—Usted sabe a qué he venido —dijo Bruno sacando fuerzas de flaqueza. Su voz tembló ligeramente.

—Sí, lo sé. Y lamento comprobar que es más ingenuo de lo que pensaba. ¿De verdad creyó que rescataría a las niñas sin que yo se lo impidiera? —Sacudió la cabeza con una mueca irónica—. No voy a dejarle llegar hasta ellas. Si lo que quiere es que conversemos un rato sobre las pesquisas que le han traído hasta aquí, bien. Pero, luego, usted se marchará de mis dominios sin levantar polvo y dejará que todo prosiga su curso establecido.

—Ya es tarde para eso. Sé que me matará como hizo con la pequeña Alba y con todos y cada uno de los que se han interpuesto en su camino.

Dantés dio un fuerte golpe con la punta del bastón en el suelo. El eco multiplicó aquel sonido seco, lleno de furia y soberbia.

—No sabe usted nada sobre mi alma, señor Moreto. ¡Nada! Ha estudiado el

modus operandi del monstruo. Su firma. Su personalidad. Pero sigue sin saber nada de su alma. Solo cree saberlo. «Quis, quid, ubi, quibus, auxiliis, cur, quomodo, quando». «Cur», mi joven amigo.

Bruno entornó los ojos. ¿Cuál era la motivación del Recolector? ¿Por qué mataba? No iba a responderle a eso todavía. Antes tenía otras causas pendientes.

—Hablemos de Olmedo. Él le descubrió, ¿verdad?

—Frío, frío. Olmedo se acercó mucho, pero no llegó tan lejos como usted.

—Aun así le robó la víctima número seis, del año setenta y ocho. Ahí es nada.

—Sí. Me robó vilmente, pero lo hizo como venganza. Quería que yo rabiara, que me revolcara de dolor. Y consiguió su objetivo, créame. Sufrí mucho aquella pérdida. Tanto que pensé en matarlo para resarcirme. Pero él me subestimó. Soy un asesino con un control y una paciencia envidiables. Sabía que llegaría la oportunidad de recuperarla tarde o temprano. Y, ahora, mi ángel ha vuelto a mí. —Señaló una de las huesas—. Pero no fue el único que se atrevió a desafiarme. Carrubias también se llevó a diez de mis angelitos. Quiso mostrárselos al mundo, el muy imbécil. No hay peor monstruo que aquel al que le nace la conciencia. Si bien él era el más depravado, aunque no fuese un asesino. ¿No vio lo que hacía con mis ofrendas? Las robaba cuando apenas se habían enfriado. Les rasuraba el pelo y las cejas y abusaba de ellas. No busque usted la lógica en su forma de actuar, sería inútil. Era un asqueroso perverso. Después de violarlas, les regalaba un pajarillo muerto y una libélula para que jugaran en el otro mundo. Él sí que quería que alguien lo detuviese. Y fui yo quien lo hizo encerrándolo en un manicomio en cuanto descubrí lo que hacía. Reconozco que tardé en desenmascararlo porque el muy ladino, después de llevarse mis ofrendas, dejaba las lápidas como estaban y yo no me percaté. *Mea culpa*.

—¿Por qué no mató a Carrubias si sabía que fue él quien se las robó, por qué esperar veinticinco años?

Dantés exhaló un suspiro.

—Max era un muerto en vida. Soy de la opinión de que no hay mayor infierno que convertir a un cuerdo en loco. Yo controlé en la sombra su estancia en Santa Isabel. No hay nada que el dinero no compre, pero, con todo y con eso, el muy astuto logró escaparse después de veinticinco años recluido y volvió a las andadas. Ya le dije que era muy inteligente. Me salió mal la jugada y, al final, no tuve más remedio que sacrificarlo. Fue un acto de misericordia para con él, tendrá usted que reconocerlo. ¿Sufrió mucho cuando lo mataron en el cementerio? —Ladeó con cinismo la cabeza.

Bruno hizo oídos sordos a eso.

—Él fue uno de sus profesores mientras estuvo confinado en el sótano de Las Hilanderas, ¿no es así, señor Dantés? Se conocieron a través del doctor Bauer.

—Fue algo más que eso. Y ya ve cómo pagó su traición. Como el resto de los miembros del Círculo del Alba original. Nadie escapa a su destino. Nadie escapa de la Trinidad.

Bruno apenas pudo contenerse. Estaba confesando que él era la Trinidad. Él había matado a los quince. Se sintió estafado. Dolido en lo más hondo. Su gesto de repulsa fue tal que Dantés sintió crecer la furia en el pecho del joven y adivinó sus intenciones de saltar sobre él.

«Todavía no», se dijo. Sacó su revólver de la funda que llevaba a un costado, oculto bajo la capa. Era un Colt 45.

Bruno reculó unos pasos ante la vista del arma.

—No fui yo quien los mató —se apresuró a desmentir Dantés apuntándole—, pero asumo mi culpa indirecta. No solo son asesinos aquellos que quitan vidas. Un inductor es igual de culpable. Aunque en mi descargo diré que no tuve conciencia de ello hasta hace muy poco. Aun así, los quince no eran inocentes corderos. Se dejaron corromper y traicionaron la esencia del Círculo del Alba. Eran débiles y desertaron de nuestra comunión. Aunque no espero que lo comprenda. Ya le dije en una ocasión que las motivaciones solo las entiende el propio asesino. Para el resto, no son más que aberraciones de una mente enferma.

—Entonces, ¿el asalto al carruaje cuando me dirigía a su guarida fue todo un engaño? ¿Y la paliza que me dieron en el cementerio?

—Puro teatro, señor Moreto. Atrezos para hacer más creíble la historia de la Trinidad. Tenía que hacerle creer que yo era otra víctima. Solo así conseguiría mi objetivo.

Bruno le regaló un gesto interrogante. Aquello se le escapaba.

Dantés sonrió ladinamente.

—Deseaba con todas mis fuerzas que usted se uniera a mis filas. Que aceptara mi padrino y fuese el hijo que jamás tendré. Yo podría haber sido su maestro, señor Moreto. Un mecenas que financiara su talento. Podría usted haber elegido universidad para su formación: Oxford, Cambridge, Harvard... Hubiese sido el padre que nunca tuvo y que le mostrara el mundo; su belleza feroz y la gloria de su historia. Atenas, Egipto, Turquía, Florencia... ¿Ha visto usted Florencia al anochecer? Las ciudades nos muestran toda su hermosura y toda su degradación cuando anochece. Podemos camuflarnos en las sombras como camaleones noctívagos. Le hubiese mostrado esos países a los que su tutor le prometió llevarle algún día y nunca lo hizo. Yo jamás le hubiese fallado. Pero ya ve, todo se ha ido al traste. La última parte de mi plan, reaparecer ante usted como un hombre valeroso, capaz de hacer frente a la Trinidad y que aceptara mi trato, jamás ocurrirá. Lo ha estropeado usted todo.

Negó con vehemencia al tiempo que esbozaba una sonrisa astuta como si en ese momento hubiese caído en la cuenta de algo.

—Oh, Bruno, Bruno, Bruno... No solo ha venido hasta aquí para rescatar a las princesitas. Quiere interrumpir el ciclo de muertes cortándole la cabeza al dragón. ¿Cree usted, estúpido ingenuo, que todo asesino desea que lo detengan para así dejar de matar? ¿Cree acaso que asesinar es una condena? No, mi joven amigo... ¡Matar es una expiación!

De repente, se oyó el lloro de un bebé. Era apenas un sollozo apagado por la distancia. Bruno se puso tenso. Dantés ni tan siquiera hizo ademán de haberlo oído. El joven intentó reconducir la conversación. Necesitaba saber cuanto antes dónde estaban las niñas. Y solo había un modo de poder conseguirlo. Desconcertando a Dantés. Le obligaría a que dejaran de una vez el juego de mentiras, del que hacía ya rato se había cansado.

—He venido hasta aquí a desenmascarar al Recolector, señor Dantés. Quiero la verdad. Usted no ha matado a todas estas chiquillas. —Señaló las huesas—. Usted no es el Recolector. Tenemos que detener al verdadero asesino. No siga encubriendo a Otto Kofman. ¡Ayúdeme!

Dantés miró al muchacho con una mezcla de sorpresa y admiración. Sabía la verdad. Había hablado con esas dos viejas chismosas y había atado cabos. Demasiados. Con eso, el joven acababa de firmar su sentencia de muerte. Y no sería su mano la que le arrancara del mundo de los vivos. Ya nada tenía sentido. Bruno Moreto estaba sentenciado. Otto idearía para el muchacho una muerte horrenda y lenta.

—¿Cómo lo ha averiguado, Moreto? ¿Cómo supo que era Otto y no yo el asesino?

—Era solo una intuición. Pero la idea del ritual de caza se me coló con fuerza. Las niñas son exvotos para Artemisa, diosa griega de la caza y de la luna. El traje que vestían, un chitón dórico, con los pliegues recogidos por debajo del pecho, era blanco, símbolo de la virginidad de la diosa. Las astas de cervatillo en la diadema, el animal que siempre acompaña a Artemisa. Las niñas simbolizaban las ciervas blancas que algunas culturas ofrecían en sacrificio para venerarla. Sin embargo, fueron las cabezas disecadas de aquellas grandes piezas que vi en el pasillo de su guarida subterránea las que me pusieron sobre aviso. Otto era el cazador de dragones, el caballero de brillante armadura que se enfrentaba a las bestias y salía vencedor. Jabalíes, osos, ciervos de enorme cornamenta... Usted no podía ser el cazador. Él sí. Yo mismo vi cómo hizo frente a los hombres que nos perseguían en pleno centro de Madrid. Sería todo un engaño, pero no dudó en matar a dos de ellos.

—De igual modo, soy un asesino. Yo maté a la víctima número cero. ¡Maté a Alba! Fui yo quien la obligó a que se escondiera en aquel sepulcro vacío. Fui yo quien le tapó la boca y la nariz para que no gritara, para que no la oyeran ni respirar. ¡Dios! —exclamó casi fuera de sí—. Los de arriba estaban tan cerca de descubrirnos que me entró el pánico. Pensé que en realidad ella deseaba marcharse y dejarme abandonado a mi suerte.

Bruno cerró los ojos conmovido. Negó con la cabeza. ¿Estaba intentando decirle que fue un trágico accidente? ¿Realmente estaba arrepentido de aquello o era otra burda mentira?

Dantés, empuñando todavía la Colt, bajó el cañón unos instantes. Estaba roto de dolor.

—Tengo claros los sentimientos que me embargaron cuando me enteré de que Alba se iba a un colegio interno fuera de España. Simplemente me arrancaron el corazón. Hubiese hecho cualquier cosa para retenerla a mi lado. Cualquier cosa. Y sí, puede que solo fuese un mocoso de once años, pero yo la amaba con toda mi alma. Fue la única que vio al ser humano que era y no al monstruo al que había que tener encerrado. Sí hubo motivación en su muerte fortuita, señor Moreto. La separación. La ruptura de los vínculos afectivos. Mis lazos con ella; los míos y los de mi hermano. Alba era una chiquilla muy especial. Le gustaba la libertad del campo. Trepaba a los árboles y le encantaba pescar cangrejos y chirlas en los riachuelos. No había nacido para estar encerrada entre cuatro paredes. Era un espíritu libre. Otto y ella eran almas gemelas. Igual de aventureros y osados. Exploraban grutas, buscaban fósiles, cazaban insectos...

—¿Él gozaba de esa libertad con solo once años?

—Por supuesto que no. Ambos éramos prisioneros, pero él se buscó las tretas para salir al exterior. Descubrió la salida secreta a través de la cripta. En un comienzo, solo era un pasadizo antiguo parecido a otros muchos que se utilizaban antaño en algunas propiedades para poner a salvo a sus moradores de los ladrones o en caso de guerra. Fue él mismo, con los años, quien limpió las minas y las acondicionó. También mejoró la salida secreta e ideó otras nuevas y mejores. Siempre tuvo una mente despierta. Su único defecto achacable fue ser un inmaduro sentimental. Cuando encontró el cadáver de Alba se volvió loco de dolor. Solo yo soy el culpable de su trastorno. Le prometí que le devolvería a Alba. Fueron solo palabras. Una forma de calmarlo, de intentar que volviese a la cordura; pero él me creyó. Me creyó. Pensó que se la devolvería. En su mente comenzó a trazarse su propia fantasía. Una ilusión que le llevó a secuestrar a la primera niña: un calco de nuestra Alba, cuando él apenas tenía dieciséis años. Se tiraba las horas muertas observándola en la habitación del sótano. La espiaba mientras se probaba vestidos, se peinaba y jugaba con las muñecas. Todo fue bien durante un par de años. Poco a poco, la niña fue aceptando su encierro forzado. Se acostumbró a su vida junto a nosotros. Podíamos confiar en ella. Comenzamos a compartir pequeñas escenas domésticas. Comíamos, cenábamos, leíamos cuentos. Pero un día, en su undécimo cumpleaños, siguió a Otto hasta la superficie sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta y logró escapar. Ni que decir tiene que le dio caza antes de que pudiera pedir socorro a cualquier pastor o llegar hasta una de las casas cercanas en busca de ayuda. Él siguió su rastro como había hecho miles de veces con sus presas. Sin embargo, con ella tuvo más piedad. La mató con una sobredosis de narcóticos. Y la trajo de regreso

a sus dominios. Como ya habrá adivinado, ambos teníamos ya conocimientos de medicina y cirugía gracias al doctor Bauer.

»Di con Otto después de varios días, en este mismo subterráneo, bajo los cimientos de la torre del Atlante. Él había hecho de esta cueva su guarida. La chiquilla estaba inerte sobre una camilla. Él suturaba su esternón con hilo de plata. El corazón de aquella niña estaba envuelto en un paño de lino, en una bandeja sobre una mesita auxiliar de cirugía. Yo me quedé paralizado al contemplar la escena. Permanecí callado, observando cómo procedía a coser la piel de aquella cría. Cuando terminó, troceó el corazón y se lo comió crudo. “Devora el corazón de tu enemigo y su alma te pertenecerá”, dijo. Fue así como todo comenzó. Así se engendró el monstruo. Y yo lo consentí guardando silencio porque fui yo quien le dijo que le devolvería a Alba.

Un chirrido metálico irrumpió en el silencio sepulcral del santuario. El sonido arrastrado de una punta de metal arañando el pasamano de la escalera de caracol.

—¿Es eso lo que has opinado de mí todos estos años, hermano? ¿Que soy un monstruo?

Bruno se sobresaltó al ver aparecer a *herr* Krauser tan sorprendentemente. Dio unos pasos hacia atrás.

El asistente ni siquiera le miró. Caminó hacia Dantés con los ojos clavados en sus rojas pupilas. Su rostro mostraba una decepción absoluta hacia él, la que se le dispensa a un traidor al que se estima demasiado.

—Juraste por Alba que jamás me traicionarías —dijo cerrando los ojos por el dolor que aquello le causaba—. Lo juraste por ella, hermano mío.

—No es lo que tú piensas. Yo no te he traicionado. El señor Moreto ya sabía que tú eras...

—¿El Recolector? —Se rio amargamente—. Ni siquiera te atrevas a llamarme así. ¡¡Yo soy el Atlante, el amo y señor de estos dominios!!

Su voz atronó en la bóveda de aquel altar de sacrificios. Las llamas de las velas más cercanas al suelo temblaron, movidas por la brisa de su capa.

—Tú mataste a Alba... —musitó con los ojos convertidos en un océano de furia—. Tú la mataste y me lo has ocultado todos estos años. Dijiste que ella misma se había metido en la sepultura para esconderse y que se había asfixiado por la falta de aire. ¡Eres un embustero! ¡Un perro traidor! ¡Amabas a nuestra propia hermana con un amor carnal! Te he escuchado hablar de ella como si fueras su amante. ¿Y yo soy el monstruo?

Sacó de su costado una pequeña ballesta y la cargó con la flecha de punta dorada que llevaba en la mano, con la cual había arañado el pasamano de la escalera al bajar.

Dantés ni siquiera se defendió de sus acusaciones. Reculó hasta que sus pies rozaron peligrosamente el borde de la plataforma. Krauser le apuntó dispuesto a dispararle.

—¡No dispare! —gritó Bruno acercándose todo lo que pudo hasta el borde del

foso. ¡Él no la mató deliberadamente, fue un accidente!

Krauser obvió su comentario. Su pétreo rostro no sufrió cambio alguno en las facciones. Miraba a Dantés con todo el odio de su corazón. Sujetaba firmemente la ballesta con una sola mano sin que le temblara el pulso.

Bruno no se dio por vencido. Tenía que impedir que lo matara.

—¡Alba no era hermana de Dantés!

Krauser giró bruscamente la cabeza hacia él y lo fulminó con la mirada.

Bruno se apresuró a apostillar su afirmación.

—Usted y Alba sí eran hermanos, él no es hijo de Niklaus Eisenberg, me lo ha confesado *frau* Kofman.

—¡Cállese, señor Moreto!

A esas alturas, le daba igual quién fuese. Solo una idea regía en su cabeza. El asesino de Alba tenía que morir. Jamás olvidaría el momento en el que la encontró en aquel sepulcro. Sus ojos azules abiertos, extraviados, su lengua hinchada y negra. Su blanco cutis convertido en una explosión de puntos oscuros producidos por la asfixia y las marcas moradas junto a su boca, retorcida en una horrible mueca de pánico. Ya entonces tenía que haber adivinado que esas marcas eran las de los dedos de su hermano al taponarle la boca y la nariz para que no gritara y así impedir que la descubrieran los de arriba. Frederick prefirió matarla a dejar que se la llevaran.

—Me quedé contigo, hermano —le dijo acercándose más a Dantés—. Mil veces pude haberme escapado, mil veces pude haberme ido lejos, mil veces pude huir de ti y de tu triste existencia... Pero me quedé contigo.

—Y te doy las gracias por ello, Otto, pero yo también renuncié a muchas cosas por ti. Admití ser cómplice de tus ritos. Consentí que secuestraras a esas niñas que tú afirmabas que eran Alba. Formé parte de tus fantasías. Ambos somos unos asesinos. No lo olvides jamás.

Krauser se llevó la mano a la frente, mortificado, y bajó la ballesta unas milésimas de segundo para luego elevarla instantes después y apretar el gatillo con tanta rapidez que ni Bruno alcanzó a ver la flecha. Pero llegó a su objetivo. Atravesó el costado izquierdo de Dantés, desplazándolo hacia atrás con tal violencia que su cuerpo se precipitó sin remisión al foso, donde el agua estancada se lo tragó. Al caer, su Colt voló hasta estamparse contra el suelo.

Krauser, en cuanto vio precipitarse al agua a Dantés, corrió hasta el borde de la plataforma y lo buscó con ojos desposeídos, pero no logró dar con él. Se llevó la mano a la cabeza con gesto de desespero y dejó escapar de su garganta un grito inmenso de dolor al tiempo que se dejaba caer de rodillas y elevaba el rostro al cielo, suplicante.

—Mira lo que me has obligado a hacer, hermano... —murmuró roto por el sufrimiento.

Bruno contempló la escena atónito. Respiraba a bocanadas. Se sujetó el pecho intentando contener los golpes de su corazón.

De repente, varios disparos resonaron en la profundidad del túnel, a su espalda. Llegaban gritos sesgados por la distancia. Voces irreconocibles y lejanas. Krauser, pálido, elevó la mirada y permaneció alerta a los sonidos que llegaban a través de las minas. Volvió a cargar su ballesta y apuntó con ella a Bruno. Ahora sí existía para él.

—Camine hacia mí —le ordenó señalando el pasillo con un golpe de cabeza—. Muévase.

—La policía llegará de un momento a otro.

Ni se tomó la molestia de responder.

Bruno enfiló el estrecho pasillo que le separaba de la plataforma. Ambos la cruzaron dejando atrás la escalera de caracol. Recorrieron otro pasillo de comunicación. Al llegar al final, justo antes de atravesar un arco que se diseminaba en una maraña de túneles, Krauser se acercó a la pared donde había palancas, manivelas de volante y cañerías con válvulas de esclusa para la evacuación de aguas. Manipuló algunas. Un sonido acompasado y metálico se dejó sentir en distintos sitios de la caverna. Por el ruido, Bruno imaginó que había cerrado varias compuertas. Acto seguido, vio cómo daba vueltas a todas las manivelas hasta que el agua comenzó a caer en cascada por varias bocas. El ruido era ensordecedor al precipitarse con efervescencia sobre el foso que, con gran rapidez, rebasó su capacidad y la empujó hasta los dos desagüaderos. Pronto, estos también rebosarían y el esófago de la mina se inundaría para convertirse en una trampa subterránea.

Bruno se estremeció. Ya era tarde para lamentarse. Lo que sí tenía claro era que prefería una muerte rápida a morir ahogado como un ratón en un balde de agua. Se preguntaba cuál de las dos formas habría elegido Krauser para él.

Atravesaron más túneles apuntalados por arcos ojivales de una belleza irreal hasta que su captor se detuvo frente a una puerta de tosca madera. El agua les llegaba ya más arriba de los tobillos.

—Ábrala.

Obedeció. Pero justo cuando iba a cruzar el umbral hubo un intenso tiroteo que atronó en la mina. Un clamor de gritos, ladridos y gruñidos de perro llegaban hasta ellos con una claridad aterradora. Instantes después, el estruendo del agua se detuvo en seco. Krauser volvió la cabeza para mirar atrás. Bruno aprovechó esa momentánea distracción. Se giró bruscamente y le hundió el puño en la boca. El calambre de su mano sana fue brutal. El asistente, sorprendido, lanzó un aullido de furia. Lo agarró por la pechera con una sola mano y lo arrojó hacia el interior de la sala. Su caída produjo un intenso chapoteo.

Krauser se llevó la mano a la boca ensangrentada.

—Al agujero —le dijo sin gritar, señalando una trampilla al fondo del laboratorio, junto a un par de camillas y varias vitrinas de medicamentos.

Bruno se levantó lentamente. El dolor comenzaba a ser lacerante en las terminaciones nerviosas de los dedos de su brazo herido. No sentía el hombro y el cuello le ardía. Se dirigió hasta allí, seguido de cerca por su captor. Este tenía el

rostro lleno de sangre y en sus ojos se proyectaba la inmensa furia que lo sometía.

—¿Por qué me salvó la vida en el cementerio? —cuestionó Bruno.

—No saque conclusiones precipitadas. Usted me importa un carajo. Lo hice por mi hermano. A esos bastardos se les fue el asunto de las manos.

—Máteme si quiere, pero libere a las niñas, *herr* Krauser. Alba no volverá.

Él le devolvió una enigmática sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza.

—El destino de esas niñas ya está escrito. Ellas ya han tenido su oportunidad y me han defraudado. Son escoria.

Bruno hizo intención de preguntarle, pero Krauser le dio un golpe en la cara con la parte de atrás de la ballesta. Una línea de sangre se marcó en su mejilla.

—¡Cállese de una puta vez y métase en el agujero!

Se volvió a oír un intercambio histriónico de disparos. Cada vez estaban más cerca.

Bruno miró el interior del agujero. Era apenas una cuadrícula estrecha colmada de agua. El miedo ya no era miedo. Era pánico abriéndole las carnes a mordiscos. El terror tenía manos, y él las sentía apretando su cuello. Prefería cualquier cosa antes que meterse en ese féretro lleno de agua. Pero no rogaría por su vida. No le daría ese placer. Hizo intención de entrar, pero en el último momento se giró bruscamente para darle una patada en el estómago. Krauser fue más rápido y le agarró el tobillo y se lo retorció. Tuvo que dejar caer la ballesta en aquel movimiento. Bruno perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, golpeándose en la cabeza. El asistente aprovechó su ventaja y se dejó caer de golpe sobre su estómago. Con ambas rodillas sujetó los brazos de Bruno. Su cabeza quedó bajo el agua un par de angustiosos minutos. Por más esfuerzos que hacía, no pudo levantarla para respirar. Sintió la presión de la falta de aire en sus sienes, en sus oídos, en sus ojos. Y cuando ya creía que le iba a estallar el cerebro, notó que le tiraban del pelo y su cabeza emergía. Respiró a bocanadas entre toses y arcadas. Quiso incorporarse, a pesar del lastre que suponía Krauser sobre él. Fue cuando sintió el filo de un cuchillo de monte en su garganta.

—Es usted un hijo de puta muy testarudo, Moreto —le dijo con los dientes apretados y la boca ensangrentada—. Lo hubiésemos pasado de fábula cazando juntos. Qué gran compañero de juegos hubiese sido.

Dejó escapar varias risotadas cínicas. Tenía su rostro pegado al del joven, tanto que sentía su aliento. Olía su sangre.

Bruno miró por encima del hombro de Krauser. Le pareció ver una silueta que se recortaba bajo el vano de la entrada. Era Dantés. Estaba empapado de pies a cabeza. Una de sus manos cubría la herida de su costado y con la otra empuñaba el Colt.

El asistente le oyó llegar, pero no se giró. Esgrimió una astuta sonrisa y permaneció en la misma postura, apuntillando al muchacho en la garganta y con la mirada clavada en sus ojos. Dantés se detuvo a su espalda, se agachó y le encañonó la nuca. Krauser dejó escapar un gemido de desencanto al sentir el frío del metal.

—¿Has venido a matar al monstruo antes de que lo capture la turba furiosa,

hermano? —le preguntó sin dejar de esbozar una sonrisa de decepción, pero sin oponer resistencia alguna a la presión del cañón en su nuca. Tenía las venas de las sienes tan dilatadas que Bruno las veía palpar.

—Todo ha terminado, Otto —le respondió con una dulzura difícil de encajar en una situación tan extrema. Le faltaba el aliento—. No hay escapatoria. He cerrado las esclusas del agua. La policía llegará enseguida. Suelta al joven.

Krauser permaneció imperturbable. La punta del machete se hundió unos milímetros más en la garganta de Bruno y la sangre corrió escandalosa pecho abajo. Este, aterrado, miró a Dantés con ojos suplicantes. Al mirarle, percibió el dolor que le embargaba. Las lágrimas corrían silenciosas por su rostro, pero su pulso siguió firme mientras amartillaba el revólver.

La detonación del disparo resonó atronadora entre las paredes del laboratorio iluminando todos los rincones. El proyectil salió por el occipital derecho de Krauser a una velocidad brutal, llevándose a su paso restos de masa encefálica y trozos de hueso, que impactaron sobre el rostro de Bruno a bocajarro. Él apretó los párpados y los labios sobresaltado. Por unos instantes no supo si aquella sangre era la suya. Había oído silbar la bala junto a su oreja y acto seguido tenía al asistente sobre él. Se lo quitó de encima y reculó para alejarse lo más rápido que pudo.

Dantés dejó caer el arma como si quemara. Se agachó sobre el hombre al que acababa de abatir y cuyo rostro estaba sumergido en el agua rojiza. Todavía le humeaba la nuca. Le dio la vuelta y le sujetó la cabeza. Los ojos de Krauser miraban al infinito. Sus fosas nasales estaban ensangrentadas. Le cerró los ojos. Tomó una de sus manos y le puso en la palma una valva de concha que sacó de su bolsillo con gran trabajo. Luego le cerró los dedos con fuerza y lo abrazó con una ternura indescriptible.

Bruno no pudo evitar imaginarlos como cuando eran unos niños, encerrados en aquel sótano, orando frente a la capilla secreta. A espaldas del mundo. Mucho antes de que aquella macabra escalada de muertes comenzara.

Los disparos seguían atronando fuera. Oyó una carrera apresurada. Sus ojos se detuvieron en la puerta de entrada. Una figura se recortaba al contraluz. Dio unos pasos cautelosos hasta detenerse a escasos dos metros de ellos.

Era Bonaventura. Empuñaba una pistola.

—*Mani in alto!* ¡Levántese muy despacio! —gritó a Dantés mientras con los ojos de un loco escrutaba el rostro ensangrentado de Bruno sin poder determinar si estaba herido.

Él ignoró su advertencia, siguió abrazado al cadáver de Krauser como si en aquel espacio no existiera nada ni nadie que no fuese aquel hombre al que consideraba su hermano; la única familia que había conocido y al que acababa de infligir la peor de las traiciones o el mayor acto de piedad.

—*Porco zio!* ¿Me ha oído, hijo de puta? ¡Levántese y dese la vuelta! —repitió.

Dantés depositó con delicadeza a Krauser sobre el agua y se incorporó

trabajosamente. Se echó mano a la herida del costado. Don Hugo creyó que buscaba un arma.

—*Eh! Resti fermo! Le mani a posto!* ¡Quieto o disparo!

—¡No va armado! —gritó Bruno levantándose.

Dantés dio unos pasos, tambaleante, y cayó desplomado boca abajo. El joven se apresuró a llegar hasta él y le dio la vuelta muy despacio. Todavía tenía un hilo de vida.

Dantés le miró con sus pupilas erráticas convertidas en un sudario de sangre. Su respiración se tornó cadenciosa al tiempo que los silbidos que salían del agujero en su pulmón se incrementaban. Le sobrevino una bocanada de sangre y sus facciones se relajaron. Bruno depositó la cabeza de Dantés en el frío charco que era el suelo y permaneció en silencio unos instantes.

Bonaventura le ayudó a levantarse. Ambos se miraron sin decir nada y se fundieron en un fuerte abrazo.

Un sollozo de bebé, que provenía de algún lugar del laboratorio, los sacó de golpe de aquella irrealidad.

Bruno corrió pesadamente a través del agua en dirección a aquel lamento. En su recorrido, sorteó los enseres que había arrastrado la inundación. Hasta que llegó a un arco de piedra apuntalado por una verja de barrotes de hierro. Tras ellos pudo ver varios jaulones que colgaban de unas barras de acero pegadas al techo. Semejaban las que usaban los mataderos para enganchar las reses sacrificadas. Había al menos una docena. Las cadenas se mecían con un susurro metálico que se le clavó en el alma con un escalofrío.

En el techo de aquel zulo había seis huecos cuadrados por donde se colaban sesgos de claridad hinchados de partículas en suspensión. Las libélulas flotaban a través de las briznas de luz semejando filamentos azules; hadas diminutas que revoloteaban en torno a los jaulones.

El llanto se acrecentó. Pero no provenía de ninguna jaula. Lo hacía de un armario cuyas puertas bajas estaban inundadas a media altura. Se apresuró a abrirlas con el corazón desbocado.

—¡Está aquí! —gritó al tiempo que le hacía señas a la niña para que saliera de allí.

Era muy pequeña, de unos dos o tres años. Estaba empapada y solo llevaba puesto un camisón de batista blanco. Tiritaba de frío y de miedo. Unos cercos oscuros rodeaban sus ojos azules. No dejaba de llorar.

—¿Cómo te llamas?

La niña dudó. Le miró con ojos inmensos, llenos de recelo y desesperación.

—No tengas miedo. A mí puedes decirme tu verdadero nombre. *El hombre de la aguja* se ha ido para siempre. Eres Anika, ¿verdad?

—Sí —respondió ella en un susurro.

—Nos vamos de aquí —le dijo él haciendo un gesto con sus manos para que le

permitiera sacarla del armario.

La niña, con los brazos extendidos, se aferró a él con todas las fuerzas que le quedaban. Hundió su rostro contra el hombro de Bruno llena de agradecimiento.

Bonaventura había permanecido junto a las rejas de entrada a la sala. Presenció la breve pero intensa conversación entre ellos y sonrió lleno de ternura ante aquella escena. Si alguien merecía el abrazo de la niña era aquel muchacho. Había luchado con uñas y dientes por salvar la vida de las pequeñas.

Del Romo llegó magullado y cojeando en los instantes previos que siguieron al rescate de las otras dos niñas. Don Hugo tuvo que sacar las ganzúas para abrir los candados que las mantenían confinadas en las jaulas colgantes. Ambas estaban tan amedrentadas que apenas pudieron articular palabra. Eran mayores que Anika. Con toda seguridad hubiesen sido las siguientes en engrosar la lista del Recolector. Sus codos y rodillas sufrían una severa retracción a consecuencia del largo cautiverio. Ni siquiera podían andar. Las envolvieron en mantas y se las llevaron en brazos. Las tres niñas parecían hermanas. Su parecido físico era increíble.

Del Romo miró a Bruno. Ambos tenían aspecto de haber regresado de un campo de batalla.

—Condenado muchacho... Eres más terco que una mula. —Y le echó los brazos como al hijo pródigo.

—¿Cómo supieron...? —preguntó él con una mirada que encerraba todo el agradecimiento que sentía.

—Anna Cohen llamó a Hugo y le contó la conversación que tuviste con su ama de llaves. Él no tardó en atar cabos y vino a buscarme. Supo que estarías aquí. Los de arriba me van a meter un paquete por traer todos los efectivos que tenía disponibles que ni te cuento. No sé cómo voy a salir de esta...

Le abrazó de nuevo.

Horas después, salían al fin de Las Hilanderas. Bruno elevó la vista al cielo. Estaba cuajado de estrellas.

Había pasado casi un año desde que se cerrara el caso del Recolector de Ángeles. Bruno reconoció que esos meses le habían parecido lustros. Todo en su vida había cambiado desde entonces. Su evolución personal comenzó con la pérdida de su maestro y la llegada a su vida de Bonaventura. Él ya no era aquel muchacho que una noche le recibió en el porche de La Luz de Helios. Tampoco el italiano era el mismo. Ambos habían aprendido el uno del otro sin apenas darse cuenta.

Pese a las reticencias de don Hugo, al final fueron los donativos recabados por *lady* Doyle los que le sacaron del apuro con la hipoteca del banco. Pero dio su consentimiento siempre y cuando la británica aceptara que se trataba solo de un préstamo y consintiera que el italiano se lo fuera devolviendo en asequibles mensualidades.

La Luz de Helios volvió a brillar como en tiempos del padre de Olmedo. «Los muertos del día» ocuparon su puesto preferente en la morgue. «Los marcados» también. Incluso hubo inquilinos nuevos en los establos. Dos hermosos frisonos, que hicieron las delicias del bueno de Pedro y de los tres pequeños mozos de cuadras.

En esos meses desfilaron ante Bruno varias bodas, la de Cora Steiner con *mister* Louper. El británico perdonó aquel desliz sin mayores consecuencias. Era adicto al dulce bálsamo de las mentiras que la vidente le dispensaba en pequeñas dosis. También pasaron por vicaría Sofía Mendoza y Víctor Heraldo. No tenían futuro, pero los dos lo sabían y aun así se dieron el «sí, quiero». Él no hizo acto de presencia en ninguno de los dos enlaces.

Bruno tuvo la convicción absoluta de que en algo no le había mentido Edmundo Dantés. El dinero era el único y verdadero dios de los hombres. Y era una deidad cruel y absolutista, que necesitaba ser alimentada de carne humana, de pecados y de libertad.

Los diarios echaron humo sobre el caso del Recolector de Ángeles. Y, al fin, el Cuerpo de Vigilancia Judicial de Madrid pudo apuntarse un tanto. Fue inevitable que salieran a la luz algunos detalles escabrosos. Por suerte ninguno tocó de lleno a las dos únicas mujeres que se habían visto involucradas en las vidas de Frederick Schäfer y Otto Kofman. Ambas prosiguieron con sus vidas sin que nada de lo ocurrido alterara su más o menos pacífica existencia. De ese modo, la señorita Cohen también podría proseguir con la suya. La tiendecita marchaba poco a poco. La sección de Claudia cada vez conseguía más asiduas, mientras que la de Anna iba añadiendo clientela muy despacio. No obstante, no se desanimaba porque disfrutaba de su labor como librera.

Aquella tarde, Bruno llegó puntual a la hora del té. Anna le recibió como cada

día, con su delantal a juego con los manguitos. Le ofreció asiento en el rincón de los sillones.

—Cuéntame, Bruno, ¿qué tal tu primer día de clase?

—Interesante. He conocido a un catedrático estupendo. Se llama Santiago Ramón y Cajal. Creo que con él aprenderé mucho sobre histología y anatomía patológica.

—Eso está genial. ¿Un té?

Él asintió con la cabeza. Las escenas vividas en el aula no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Estaba realmente contento.

—¿En qué piensas? —le preguntó Anna ante su silencio y la sonrisilla que asomaba a sus labios.

—En un duodeno inflamado.

—Vaya, qué romántico.

—No creas, tiene su aquel.

Ambos rieron como dos colegiales.

El sonido de la campanilla de la puerta los sobresaltó. Bonaventura irrumpió en la tienda como una bocanada de viento. Saludó con un toque de chistera a la señorita Cohen y miró inquisitivo a Bruno.

—Sabía yo que le encontraría aquí. *Il lupo perde il pelo ma non il vizio*. Se tira usted en esta tienda las horas muertas, jovencito.

Bruno y Anna se miraron sin entender ni papa de aquel refrán, pero se rieron igual.

—Del Romo nos espera en la escena de un crimen. Démonos prisa, que he dejado solo al nuevo operario y no me fío un pelo de él.

—Hombre, que solo lleva una semana con nosotros. Dele tiempo.

—Y se lo daré, pero *andiamo, andiamo...*, que el tiempo es oro. Y ya me cuenta usted por el camino cómo le ha ido en la facultad. No crea que me he olvidado.

Le guiñó un ojo con gesto socarrón y dirigió un golpe de chistera a la señorita Cohen para despedirse. Ella, a su vez, le devolvió una reverencia sujetándose las puntas del delantal, a modo de chanza. Luego dirigió a Bruno una mirada de complicidad.

—Tendré el té preparado mañana a la misma hora.

Él asintió con una sonrisa y cerró la puerta tras de sí.

AGRADECIMIENTOS



A los Guardianes de las llaves, Rafa, Itziar y Eric Cabañas. Os quiero.

A mis hermanos y a mi madre. A mis sobrinos. Y a todos los que ya no están. Vuestro recuerdo sigue dándome fuerzas para seguir.

A mis *oidores*: Marga Fernández y Ricardo Albiol. Paciencia es poco.

A Fernando Montes y a Elena Alonso por estar ahí.

A Resu Bonilla, que siempre está dispuesta a darme las primeras impresiones de mis manuscritos y me soporta lo suyo.

A Diego, Mary e Ismael por su ayuda incondicional.

A Viviana Marín, ella me enseñó lo que no estaba en los escritos.

A mis compañeros de andadura, en especial a los de Mesa de Escritores: Resu, Cefe, Diego, Raquel, Álvaro. Sois los mejores, chicos.

A Baco, por seguir compartiendo literatura y rastros de vida.

A los compis de La Buena Letra: Ángeles, Jorge, Elena, Raúl... A los de la antigua EsferadeLetras: Chusa, Pilar... A los de los talleres de la Biblioteca Antonio Machado y a las chicas de Mujeres Creativas, todos de Fuenlabrada. Con ellos di mis primeros pasos. Aprendí y me enseñaron a compartir.

A Lola Gulias por creer en mi trabajo y luchar por *El Círculo del Alba*.

A todo el equipo de ficción en lengua española de Planeta, por su gran labor, por apostar por mí y darme esta gran oportunidad.

A ti, aprendiz de escritor, buscador insaciable de llaves maestras.

A ti, lector. Gracias de corazón por permitir que abra la cerradura de los sueños.



LUISA FERRO (Madrid, 1967). Luisa Ferro es el seudónimo que utiliza en alguna de sus obras Luisa Fernández.

Nació y vivió en Madrid mucho tiempo, pero su familia se trasladó por motivos de trabajo a Fuenlabrada, donde lleva viviendo ya más tiempo que en la capital. Allí empezó en el mundo de las letras en un taller de escritura creativa.

Sus obras han conseguido diferentes premios y menciones en certámenes desde 2004, como «Briareo» 2006; «El tren y el Viaje», Renfe 2008; «Ciudad Getafe» 2009 (Semana Negra); «Ser Madrid Sur» 2009, Cadena Ser; «María Moliner» 2010; «Domingo Santos» 2011, entre otros.

Ha publicado en revistas como *Al Otro Lado del Espejo*, *Miradas de igualdad* y *Groenlandia*, y ha participado en las antologías: *Más cuentos para Sonreír* (2009); *Lo que habita en el Cristal* (2010); *Crónicas de la Marca del Este. Vol. II* (2011); *Antología Z. Vol. 6, Todos los Santos* (2012), *Legendarium III* (2012) y *Fantasmagoria* (2013).

Su novela de fantasía *Alcander* (2013) fue su primera publicación en solitario, basada en uno de sus primeros relatos, *Shoumila, la cazadora de luces*.

NOTAS

[1] «Pero mientras tanto huye, huye el tiempo irremediabilmente/mientras nos demoramos atrapados por el amor hacia los detalles». Del Libro III de las *Geórgicas*, obra del poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.). <<

[2] Médico francés que obtuvo el Premio Nobel de Medicina en 1912 en reconocimiento a su trabajo acerca de sutura vascular, trasplante de órganos y vasos sanguíneos. <<

[3] Revolución del 1868 acaecida en España e iniciada por Prim. <<